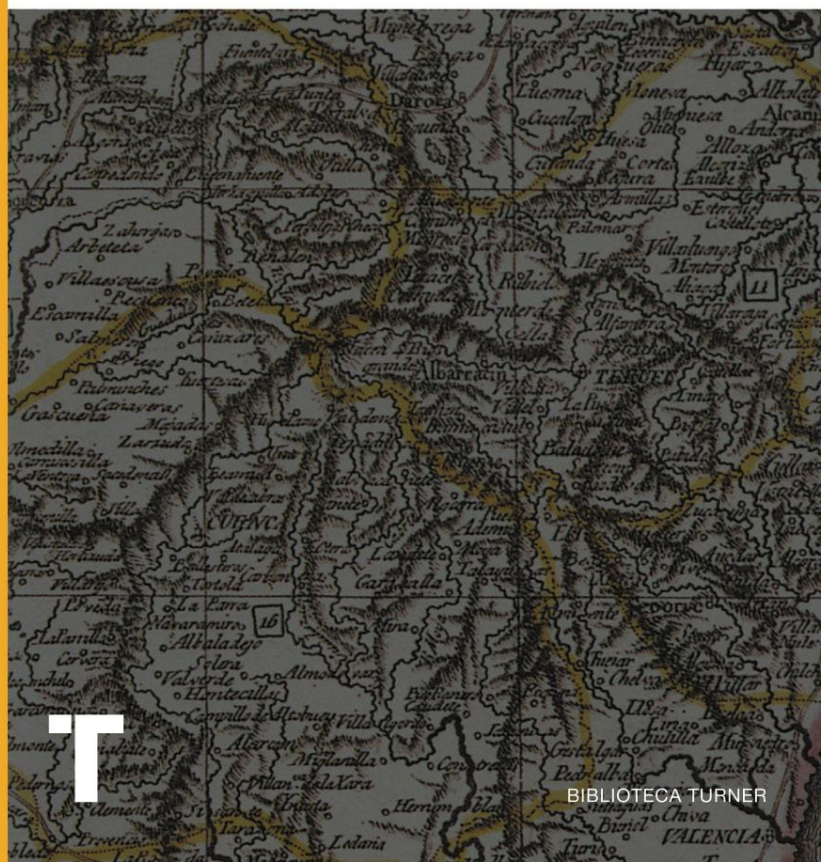
Manual para viajeros por España y lectores en casa

Madrid y Castilla

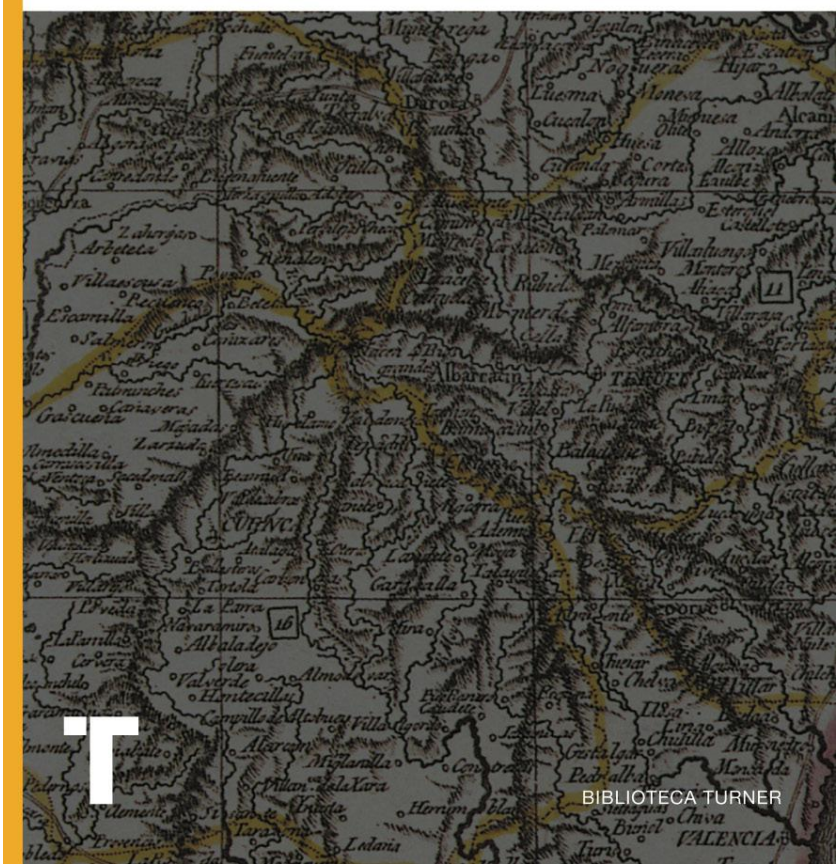
Richard Ford



Manual para viajeros por España y lectores en casa

Madrid y Castilla

Richard Ford



Portadilla

Créditos

Libro I. Madrid

Las dos Castillas

El hombre castellano

Madrid. Generalidades

Vistas de Madrid

El Museo del Prado

Otras vistas de Madrid

Libro II. Castilla

Comunicaciones desde Madrid

Excursiones por los alrededores de Madrid

Ruta XCVII. De Madrid a Ávila

Ruta XCVIII. De Ávila a El Escorial y Segovia

Ruta XCIX. De Madrid a El Escorial y Segovia

Ruta C. De Segovia a Aranda

Ruta CI. De Madrid a Toledo

Ruta CII. De Toledo a Aranjuez

De Madrid a Valencia

Ruta CIII. De Madrid a Valencia

Ruta CIV. De Madrid a Valencia por Cuenca

Ruta CV. De Cuenca a Valencia por Minglanilla

Ruta CVI. De Cuenca a San Clemente

Excursiones cerca de Cuenca

Ruta CVII. De Cuenca a Madrid por Sacedón

Ruta CVIII. De Cuenca a Madrid

Ruta CIX. De Cuenca a Teruel

Ruta CX. De Teruel a Calatayud

Ruta CXI. De Teruel a Valencia

Ruta CXII. De Madrid a Zaragoza

Ruta CXIII. De Madrid a Burgos

Excursiones cerca de Burgos

Ruta CXIV. De Burgos a Santander

Ruta CXV. De Burgos a Logroño

Ruta CXVI. De Burgos a Vitoria

Ruta CXVII. De Vitoria a Santander

Tabla de conversiones

Sobre la obra

Manual para viajeros por España y lectores en casa

que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres; las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura, deportes y gastronomía

Madrid y Castilla

Richard Ford

TRADUCCIÓN DE JESÚS PARDO

BIBLIOTECA TURNER

Título original: A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home / The Castiles, Old and New

Copyright © 2008, Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Diseño de colección: The Studio of Fernando Gutiérrez

Compaginación y corrección: EB8

ISBN EPUB: 978-84-15427-11-7

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

Libro I

MADRID

LAS DOS CASTILLAS

Estas dos provincias están unidas la una a la otra y constituyen una gran parte de la meseta central de España, de la que son verdaderamente el coro y Castilla, o sea, “el corazón y la ciudadela”; se componen principalmente de formación terciaria y se levantan a un promedio de unos dos mil pies por encima del nivel del mar. Esta tierra mesetaria está a su vez rodeada de montañas y cortada por sierras divergentes entre sí: así, por ejemplo, los Montes de Toledo, que dividen las cuencas del Guadiana y el Tajo, mientras que la Sierra de Guadarrama separa las del Tajo y el Duero; al este están las Sierras de Cuenca, que tienen algunas de las montañas más altas de estas provincias.

Las Castillas, que ahora están divididas en Castilla Vieja y Nueva, constituían en tiempos antiguos las comarcas de los Celtiberi, los Oretani y los Carpetani. La parte noroeste se llamaba Bardulia en tiempo de los godos; pero este nombre se cambió ya en el año de 801; más tarde se le añadió el calificativo de Vetula, o sea, vieja, con el fin de subrayar la diferencia entre ella y las partes nuevas y más meridionales, que fueron luego conquistadas a los moros.

El nombre “artificial” de Castilla fue tomado de los numerosos castillos levantados en esta frontera de León y Asturias, debido a lo cual los moros llamaron a la provincia Adhu-l-kilá, o sea, “la tierra de los castillos”, y también Kastellah. Tanto Livio (XXII, 19) como Appiano (“B. H.”, 467) e Hirtius (“B. H.”, 8) mencionan el número de fuertes amurallados en España en tiempos antiguos. Estos primitivos castillos castellanos no eran los modernos y poco importantes Chateaux en Espagne, sino bastiones reales y sólidos, defendidos por hombres valientes, y fueron construidos a imitación de las fortalezas romanas; su noble mampostería era completamente distinta de la tapia oriental de los alcázares moros del sur. Las Castillas tienen en su escudo un castillo sobre gules en oro.

Castilla la Vieja, como León, por estar cercana a las montañas del

noroeste, de donde los godos españoles salieron de nuevo contra los moros, no tardó en serle arrebatada al infiel, convirtiéndose en pequeña comarca soberana o condado, aunque con frecuencia bajo el dominio de los reyes de León, hasta ser declarada independiente hacia el año 762, siendo conde Rodrigo Fruelaz, que fue padre del famoso juez Nuño Rasura, cuya descendiente doña Nuña, doceava condesa, se casó en 1028 con Sancho, rey de Navarra y León, y el hijo de ambos, Fernando, fue el primero en tomar el título de rey de Castilla y también de León en virtud de su matrimonio con Sancha, hija y heredera de Bermudo III. Estos dos reinos, separados de nuevo durante cierto tiempo, se unieron finalmente en el siglo XII bajo el cetro de Fernando el Santo y fueron heredados por Isabel, que, por ser Reina Propietaria, o sea, reina por derecho propio, se casó en 1479 con Fernando, luego rey de Aragón, y de esta manera, a la muerte de ambos, los reinos unidos fueron dejados a su nieto, Carlos V. Acerca de los detalles históricos, consúltese la Historia del Condado, por Diego Gutiérrez Coronel, cuarto, Madrid, 1785; La Castilla, Manuel Risco, cuarto, Madrid, 1792, y el artículo de Benito Montejo, "Memorias de la Academia de la Historia", III, 245.

Las dos Castillas son las más extensas provincias de España y tienen algunas de sus ciudades más antiguas e interesantes. Las montañas son muy pintorescas y abundan en curiosidades botánicas y geológicas, y sus valles, semejantes a los de Suiza, están regados por arroyos trucheros; presentan un perfecto contraste con las parameras, tierras de campo y secanos, las llanuras y las mesetas, que son solitarias estepas, limitadas solamente por el horizonte, silenciosas, sin árboles ni canciones y sin setos, vallados o mojones, y que parecen no pertenecer a nadie ni ser dignas de ser poseídas por nadie; y, sin embargo, los cultivadores que nacen y mueren en estos lugares los conocen pulgada a pulgada, y miran con la rápida ojeada del propietario interesado a cualquiera que cruce unos límites para él invisibles; pero el ojo del forastero trata en vano de medir la extensión, y la mente se entrega a la desesperanza ante un espectáculo en que todo el entorno, a lo largo y a lo ancho, es de una aridez sin límite. Los castellanos sienten especial antipatía hacia los árboles y, como los orientales, raras veces los plantan, excepto los frutales o los que dan sombra a sus alamedas. El lucro inmediato es su patrón utilitario de conducta; plantar para sacar madera es cosa de previsión y de pensar en gente futura y se basa en una confianza en las instituciones que garantizará beneficios en

un tiempo aún por venir. Pero lo cierto es que tanto la persona como la propiedad, raras veces han estado seguras aquí más allá del momento en que la fuerza da la razón; y el mal gobierno es dirigido por una camarilla o por un tribunal militar; de aquí el sistema elemental de ir a lo inmediato y práctico, con cada hombre pensando solo en sí mismo y en el día de hoy, y diciéndose: "Apres moi le déluge", "¿y quién ha visto a mañana?". Los campesinos no solamente no plantan, sino que imprevisoramente desperdician esos bosques que crecen de manera natural, y raras veces se molestan siquiera en conservar las avenidas ornamentales que las autoridades tratan de mantener a los lados de las carreteras, no porque los árboles sean el prwth udh, es decir, la materia prima de las horcas, sino porque "sus hojas, al abrirse, dan tal refugio a esas criaturas ruidosas e impertinentes llamadas pájaros", que, según ellos se imaginan, solo sirven para comerse el trigo maduro, olvidando que se pasan también el resto del año destruyendo gusanos más destructores que ellos. Sin embargo, si un árbol necesita medio siglo para extender sus raíces, los prejuicios populares necesitan diez siglos para ver extirpadas las suyas.

El combustible y la madera de uso doméstico son por tanto caros en Madrid, y este es un mal que aumenta cada día, y, para empeorar las cosas, el suelo, expuesto a un sol muy intenso, se vuelve más y más inapto para el cultivo, mientras que las lluvias y los rocíos se filtran bajo tierra y las fuentes de los ríos disminuyen. La sequía es la maldición de la tierra, como la sequedad del aire; frecuentemente no llueve durante muchos meses sucesivos, y como los campesinos no arañan la tierra, sus cosechas se exponen a perderse, ya que las raíces mueren por falta de humedad. En verano, el aire y la tierra están oscurecidos por un polvo nitroso que irrita los ojos, ya afectados por la desnudez de la tierra y todas las incomodidades del desierto, pero sin las magníficas asociaciones de este. El agua es muy escasa, no solo para el riego, sino incluso para el uso doméstico, y la naturaleza y la gente son igualmente adustas y requemadas; todo es pardo: la casa, la ropa, la esposa y el asno.

Por desnudas y poco pintorescas que sean estas llanuras para cualquier ojo excepto el de sus dueños –porque la plena posesión de la tierra heredada pinta de rosa el paisaje más hostil– los campos de Castilla, como los de León, están entre los campos trigueros mejores

del mundo. El Chamorro y el Candeal son las mejores y más corrientes clases de grano, de las que, sin embargo, hay más de veinte variedades. Pan de candeal es en España el nombre del mejor y más blanco de los panes, y es la antítesis del pan de munición, la comida del soldado bisoño. Estas llanuras de cereal podrían, si estuviesen decentemente cultivadas, convertirse en el granero de España y de Europa, e incluso, con una agricultura tan descuidada como la de Berbería, el producto es muy bueno. A pesar de todo, aunque aquí no hay ni leyes de trigo ni niveles de calidad y la subsistencia es barata y abundante, la población disminuye en número al tiempo que aumenta en miseria: ¿de qué sirve que el pan tenga bajo precio si los salarios son más bajos todavía?, pero es que España es una tierra de resultados, no de teorías. Estas llanuras están igualmente bien adaptadas al cultivo del azafrán (en árabe, saffrá, amarillo), parte integrante de la cocina y la complexión de los españoles. Los garbanzos son también excelentes: esta legumbre, que es consumida en toda la Península, es nutritiva aunque difícil de digerir y flatulenta; pero una agricultura muy poco científica, junto con las dificultades del suelo y el clima, que la apatía nacional no combate, hace que el género de los guisantes adquiera gran importancia, dada la falta de cultivos invernales artificiales. Se hace un vino tinto bastante aceptable en algunos lugares favorecidos. Pero la falta de carreteras, canales y medios de transporte adecuados para llegar a los mercados neutraliza todas estas ventajas: los campesinos, no teniendo mercados, se vuelven indiferentes y, por carecer de estímulos u objetivos, se limitan a satisfacer sus rudas y animales necesidades; como es natural, la pobreza y la ignorancia tienen que ser el resultado necesario de este estado de cosas, como en Extremadura. Hay pocas granjas aisladas, ya que la inseguridad general fuerza a la gente a congregarse a fin de protegerse mutuamente; las aldeas son pocas y distantes entre sí, y las casas se construyen con una mezcla de arcilla y paja, o con simple barro, o bien de adobes, que son ladrillos secados al sol (en árabe, Attob, tobi); y la falta de cristal en las aperturas llamadas ventanas aumenta, a nuestra manera de ver, el aspecto de ruina: sus chozas no son ni siquiera pintorescas. De esta manera, cuando los invasores echaron abajo hasta los tejados para alimentar las hogueras de sus campamentos, las paredes –expuestas a las lluvias invernales– volvieron, descomponiéndose, a sus elementos originarios, es decir, el polvo al polvo. Ahora, muchas familias de

agricultores, sobre todo en torno a Ocaña, igual que cerca de Guadix, abren madrigueras en las laderas de los montes y viven en agujeros más apropiados para las bestias que para los hombres. El trabajo de sus habitantes aumenta por la distancia entre sus residencias y sus lugares de actividad: tienen que levantarse mucho antes del amanecer y volver tan fatigados como sus ganados después de caída la noche, en grupos de aspecto realmente antiguo: Fessos vomerem inversum boves, collo trahentes languido. Los campesinos pobres y sencillos visten el paño pardo y la incómoda montera, y comen el pan de la pobreza ganado con el sudor salado de sus frentes. Algunos viajeros, que se limitan a pasar apresuradamente por el Camino Real y observan a estos rústicos sin hacer nada aparentemente, excepto pasearse en grupos, todos envueltos en sus capas, o descansando sobre sus azadas y mirándolos, los consideran a todos meros holgazanes, lo cual no es cierto, porque la mano y el quehacer se detienen solo un instante, cuando pasa el forastero, y luego siguen trabajando, sin ser vistos y sin cesar, desde el principio del día hasta la oscura noche; y los que se están quietos en la plaza del mercado están dispuestos a trabajar, pero es que no llega nadie que quiera contratarles. En general, se puede decir que tanto las mujeres como los niños trabajan excesivamente en los campos de España, donde el hueso y el músculo humano suplen la falta de la maquinaria más corriente; y sin embargo, por no conocer nada mejor, el campesino castellano no se queja en absoluto y entre ellos se muestran tan amigos de las diversiones como los niños, y llenos de ingenio casero, chocarrería y bromas pesadas, y esos dons tan imposibles de divertir como poco divertidos, con que los novelistas que no han viajado han poblado la Península, no se encuentran, ciertamente, entre las clases bajas.

EL HOMBRE CASTELLANO

El castellano es muy honrado y hombre de bien; pero es bien criado más que cortés, y más inclinado a recibir que a dar conversación, siendo lo que los franceses llaman prévenant, pero una vez que ha tomado apego a alguien es sincero; sus maneras se distinguen por una igualdad sumamente práctica, ya que todos ellos se sienten los iguales del más encopetado noble, debido al derecho común de nacimiento que les da el ser castellanos. Conviene, sin embargo, tratarles como ellos mismos esperan ser tratados, y toda esta ceremonia que se encuentra entre ellos, tanto de forma como de palabra, todo este protocolo de sentarse y levantarse, no tardará en comprobarse que no se traduce en hechos. El castellano, sencillo y con pocos vicios o necesidades, vive y muere donde nació, a la manera y en la ignorancia de sus antepasados, y aunque es una criatura de rutina y está sin cultivar, es astuto e inteligente dentro de sus limitados horizontes y, como el campesino Mentor de Horacio, “rusticus ab normis sapiens crassaque Minerva”, estos castellanos, con su gramática parda, suelen tener ideas más sensatas sobre las cosas que los que los gobiernan. Es cierto que carecen de conversación libresca y que razonan más bien por instinto y que lo que dicen huele a salvajina, a veces en exceso; pero no son ni conejos domésticos ni ovejas caseras; el carácter del oriental, como el del castellano, se distingue por una falta de lo suave, lo tierno y de la tendencia a hacer concesiones: ambos han nacido y crecido entre dificultades, obstáculos y privaciones, bajo un sol de justicia y sobre un suelo duro, y son hierbas silvestres de naturaleza fuerte y lozana, que crece áspera e inflexible. Aquí, el hombre puede ser observado en su estado indómito y simple, en toda su fuerza individual ingénita; y es que aquí todo es personal, y la antítesis misma de nuestra mezcla de barniz entre social y político; como no hay ninguna homogeneidad, tampoco hay ninguna fusión, ningún compromiso, ninguna concesión. Pero quien quiera ver al castellano en su auténtico ambiente, debe ir a buscarlo a alguna de las mejores aldeas, a bastante distancia de Madrid, porque la capital no ha

ejercido influencia civilizadora en absoluto, ya que bajo sus mismos muros, el campesino se vuelve un bárbaro, mientras dentro de ellos reside el populacho peor de toda la Península; y resulta difícil decir cuál es la clase peor y menos educada, si la más alta o la más baja. El talante del labrador viril del campo, superior al burgués mísero de Madrid, es muy notable, y en su modesta casa y bajo las humosas vigas de su techo se encontrará una hospitalidad más auténtica que en los salones colgados de tapices del grande, donde casi todo es falso; entre ellos, los aldeanos son sociales y gregarios, su confianza alegre contrasta con la recelosa reserva de las clases altas. Los hogares de los campesinos acomodados son más limpios y están mejor provistos que las posadas; ciertamente, como en toda España, la suciedad y la incomodidad triunfan más bien en la posada pública que en el domicilio privado. El interior de la Península ha sido demasiado poco visitado por los viajeros para que valga la pena tener en cuenta sus caprichos y necesidades, y el nivel de estas posadas es suficientemente bueno para el mulero nacional y sus animales.

El castellano es menos dado al asesinato y la traición que el irritable indígena de las provincias del sur y el sudeste; puede, ciertamente, que sea menos agradable compañero que el jónico andaluz o el plausible valenciano, pero, a semejanza del espartano, es más noble, más masculino y más digno de confianza como persona; tanto él como sus provincias son todavía Robur Hispaniae y conservan la virilidad, la vitalidad y el corazón del país, y la dura materia prima con la que habrá que reconstruirlo. Entretanto, el castellano no es dado a vicios bajos y degradantes; aunque orgulloso, testarudo, ignorante, lleno de prejuicios, supersticioso y de carácter poco comercial, es fiel a su Dios y a su rey; su religión raya frecuentemente en el fanatismo y su lealtad en el servilismo. Estos dos ejes, estos sentimientos característicos, existen todavía, contenidos pero no muertos, y la corriente fluye aún en lo profundo, aunque silenciosamente, bajo la efervescencia y la charlatanería de las recientes reformas, exóticas y nada españolas.

Leal, en el sentido estricto de la palabra legalis, eso no lo es, porque la ley de las ciudades no es amiga del campesino. Su justicia, el sonido mismo de cuya palabra, que, como es el caso de nuestros tribunales, produce en todo español, ya sea alto o bajo, un delirium

tremens, significa en la práctica lo contrario de la justicia misma y la ruina; esa justicia solo interviene para castigar u oprimir; es un instrumento de los fuertes y los ricos contra los débiles y pobres, y nunca ha sido en España la protectora del pueblo; y, sin embargo, como muchas cosas de España, la ley misma, en teoría y en blanco y negro, es buena y necesita pocos cambios, ya que lo único que realmente le falta es ser razonablemente administrada por jueces honrados y rectos, los cuales no se puede decir que existan en la Península.

Por tanto, el castellano y el español toman la ley en sus manos o, mejor dicho, crean una ley nueva que es antagónica y correctiva de la que ha sido forjada por sus malos gobernantes; y respetan su propio código privado tanto como hacen caso omiso del público, sobre todo por lo que se refiere a las ofensas personales; de aquí la salvaje justicia de sus venganzas. La masa del pueblo simpatiza con los que quebrantan la ley pública, sobre todo en casos de contrabando; a pesar de todo, cuando no se sienten tentados por sus beneficios que todo lo corrompen, los castellanos son gente moral y bien dispuesta, y están contentos con dejar las cosas como están; y es que llevan largo tiempo gozando en la práctica de muchas instituciones republicanas bajo la férula de un despotismo teórico; así, por ejemplo, eligen a sus propios alcaldes y funcionarios, que en las localidades españolas, son los verdaderos gobernantes, tanto de jure como de facto; seguros en su anonimato, se sienten compensados por una libertad de acción que les era negada a los poseedores de rango, riqueza e intelecto, los cuales, por ser temidos del rey y el sacerdote, estaban, en consecuencia, oprimidos; y esto explica la aparente anomalía de las clases bajas, que se oponen a las mismas reformas que desean las altas; y no es que los grandes tengan ideas mucho más claras de la verdadera libertad constitucional que las que pudiera tener un club de aprendices de comercio. Entretanto, el pueblo, deseoso, ciertamente, de ver abolidos los derechos de puerta, y el tabaco más barato y mejor, cuidaba poco de males teóricos que estaban neutralizados en la práctica; y como las clases bajas constituyen, con mucho, lo mejor y lo más noble de la población de España, son también las más satisfechas; para ellos la igualdad, la libertad y la seguridad son realidades tangibles. Pueden, ciertamente, ir cantando por el Camino Real, confiados para su defensa en su propio cuchillo

afilado. En esta tierra de contradicciones, los ricos sacan poco goce de su riqueza y los pobres pocas privaciones de su pobreza. Los ricos tienen que depender para su seguridad de instituciones que aquí dañan con excesiva frecuencia y pocas veces protegen. No es de extrañar, por tanto, que estos campesinos, como dijo Addison de los de las Geórgicas, hasta cuando echan boñiga al aire lo hagan con dignidad; esto es resultado también del instinto natural, más bien que de convenciones sociales, ya que ninguno de ellos se considera a sí mismo inferior a nadie, excepto al rey, y cuida poco de las diferencias de rango y fortuna. Y tampoco la pobreza, que en Inglaterra es un delito imperdonable, hace aquí a una persona, excepto en casos realmente extremos, indigna del comercio social. Pobreza no es vileza: ni tampoco destruye la respetabilidad y la independencia personal; más aún, allá donde la mayoría es pobre, el hecho de no ser rico no degrada, y una nobleza innata de raza, que nada puede destruir, les hace indiferentes a los cambios y los avatares de la veleidosa prosperidad, y orgullosos incluso cuando van vestidos de harapos. El castellano, que es un viejo, aunque decaído caballero, nunca olvida ni permite a otros olvidar lo que se le debe; siendo cortés para con los otros, espera reciprocidad por lo que a sí se refiere, y una vez que se le da esa reciprocidad sabe perfectamente cómo comportarse. De la misma manera que los mendigos esconden bajo la solemne capa sus harapos y remiendos, así él oculta bajo un porte digno sus sentimientos internos; él espera, y su motivo es honorable, distraer la atención mostrando un talante más ostentoso de lo que sus medios familiares le permiten, y de aquí la lucha entre la ostentación y la necesidad, el boato del bisoño; pero “jactarse de la fuerza nacional es la enfermedad nacional”.

El castellano en particular afirma que tal nombre es sinónimo del de español en general, pars pro toto, y da su nombre al del reino, la nación y el idioma; y su grandiosa pretensión es la de serlo, viejo, castellano viejo y rancio, y sin mancha, es decir, no contaminado por la sangre negra de los nuevos conversos, desde los moros hasta los judíos. El Cid fue la personificación del auténtico carácter de estos antiguos castellanos de la cristiandad y del espíritu de aquella época; por degenerada que sea la pigmea aristocracia, las formas musculosas y nervudas de los valientes campesinos, verdaderos descendientes de los godos, no constituyen un marco indigno para

una mente sana y vigorosa, aunque sin educar. Aquí, ciertamente, la observación de Burns sigue teniendo validez: “El rango no es más que el cuño de la moneda, y el hombre es el oro en cualquier caso”. “Toda la fuerza de Europa –dice nuestro bravo Peterborough– no bastaría para dominar a las Castillas si su pueblo optase por defenderse”; y como él, el Duque, por frustrado que se sintiese con las llamadas clases superiores, nunca desesperó mientras “el país estuviese con él”. Sofocó su creciente indignación contra las juntas y dominó el desprecio que le merecían sus generales; reunió todas sus energías para sortear la tempestad, vislumbrando ya los rayos de su gloria inminente, y, “animado por el apoyo del pueblo”, demostró quién era, dice Napier, es decir, demostró “ser un hombre hecho para vencer y sostener reinos”.

El orgullo y el españolismo del castellano es naturalmente inmensurable. No es de extrañar que Coronel, en su prefacio, afirme modestamente que la soberanía de Castilla es, con mucho, la más antigua, noble y sublime del mundo entero y tan puramente española que procede de inspiración divina; y sin embargo, los extranjeros pueden muy bien pensar que la industriosa Cataluña, la encantadora Valencia y la soleada Andalucía están, cuando menos, cualificadas para disputar esta preeminencia a la meseta central, desnuda, desagradable y perezosa. Sea ello lo que fuere, lo cierto es que la idea que tiene de sí mismo el castellano[*] perpetúa una predilección persistente de sí mismo y unos prejuicios contra los demás que, juntos, le han conservado durante mucho tiempo en un grado bajo de civilización: en consecuencia, estas provincias imperiales cuentan entre las más atrasadas y, por muy aficionado que sea el indígena a hablar de su propia superioridad y la de su comarca, cualquiera que tenga un acre de tierra en Inglaterra, pensará de nuestro país que es como de uno de los mejores que hay para vivir de él.

Las mejores épocas para visitar las Castillas son hacia fines de la primavera y comienzos del otoño, ya que los inviernos son muy fríos. Lo más digno de atención son Madrid y los Sitios Reales: Toledo, Cuenca, Ávila, Segovia y Burgos. El paisaje en las sierras de Guadarrama, Ávila y Cuenca es grandioso, y tanto la geología como la pesca, sobre todo en las zonas montañosas, excelentes.

* El lenguaje y las formas de salutación son indicios del carácter nacional, y qué soberbia es la pompa y el protocolo de estos hinchados orientales; aquí cada mendigo se dirige a otro mendigo llamándole Señor, Don y Caballero, como un noble que habla a un hidalgo. Como todos son iguales, es decir, hidalgos, todos son Vuestra Merced, lo cual, aun cuando no se exprese así en palabras, queda implícito en la gramática, ya que al dirigirse unos a otros en tercera persona, en lugar de nuestra concisa segunda persona, you, resulta evidente este título ducal.

MADRID. GENERALIDADES

Las mejores posadas se mencionan más adelante, y los que tengan prisa por comenzar a hacer compras y ver las curiosidades, pueden consultar ya sin esperar más.

La historia de Madrid se cuenta enseguida. Al contrario que las muchas y antiguas capitales de España, esta es una favorita reciente y sin mérito, creación del capricho de Carlos V. Los eruditos compiladores de la Guía Oficial, de 1845, sin embargo, afirman que este es el año 2598 de la fundación de Roma y el 4014 de la de Madrid, y que esta más antigua y más noble ciudad fue llamada por los romanos Mantua Carpetanorum, para distinguirla así de la Mantua italiana (aunque la situación real de esta Mantua española esté en Ocaña). Si Madrid existía realmente en la época romana, lo cual es muy dudoso, lo más probable es que fuese la insignificante aldea de Majoritum; en cualquier caso, Majerit no pasaba de ser una avanzada mora de Toledo cuando fue tomada en 1083 por Alonso VI. Enrique IV, hacia 1461, amplió algo la ciudad vieja, que estaba situada en la eminencia occidental, junto al río, y las calles angostas todavía contrastan con las partes más modernas que han ido surgiendo en los sectores nordeste y sur. En otros tiempos, Madrid estaba rodeada de bosques, que según describe Argote en 1528, eran “buen monte de puerco y oso”, razón por la cual fue convertido en residencia real. Estos bosques fueron talados ya hace largo tiempo por los imprevisores habitantes y, como las bestias salvajes que los habitaban, solo existen ahora en el escudo de la ciudad, que tiene un árbol verde con frutas de color gules, al que se sube un oso, en orla azul con siete estrellas de plata. Este oso, dicen los entendidos, simboliza la Ursa Major, constelación a la que también llaman El Carro, por representar a Carpentum Mantuanorum. La pura verdad, sin embargo, es que Madrid no comenzó a ser lugar de importancia hasta los tiempos de Carlos V, que gotoso y flemático, se sentía reanimado por su aire vivo y puro; y, sin tener en cuenta otra cosa que su conveniencia personal,

abandonó Valladolid, Sevilla, Granada y Toledo para fijar su residencia en un lugar que tanto los iberos como los romanos, los godos y los moros habían rechazado por igual.

Declarada Corte por Felipe II en 1560 (quien fue aficionándose a ella a medida que El Escorial se elevaba ante sus ojos), la ciudad creció rápidamente a expensas de otras capitales más antiguas y mejor situadas. Es la creación de un siglo, ya que no ha aumentado mucho desde la época de Felipe IV; entonces, ciertamente, en comparación con Londres y otras capitales europeas, estaba destinada a ocupar lugar importante, pero ahora, como ha ocurrido con todo lo demás en la malhadada y mal gobernada España, cuyo sol lleva largo tiempo puesto, ha sido superada incluso por nuestras ciudades provinciales.

El craso error de una posición geográfica que no tiene otra ventaja que el supuesto mérito de estar en el centro de España, se hizo evidente al poco tiempo, y a la muerte de Felipe II, su hijo, en 1601, trató de transferir la Corte de nuevo a Valladolid, lo cual, sin embargo, resultó ser entonces inviable debido a los considerables intereses creados por las inversiones realizadas en el reinado anterior. Felipe II no supo aprovechar la oportunidad que se le presentó de instalar su capital en Lisboa, que está admirablemente situada, junto a un gran río y a la orilla del mar; de haber hecho esto, Portugal nunca habría podido o querido sublevarse, o sea, que la Península no se habría escindido nunca; y este fue precisamente el primer golpe asestado a la grandeza de España: y por todo ello, Madrid, y su úlcera levítica, El Escorial, es el germen donde hay que buscar el origen de la actual decadencia. Carlos III, príncipe prudente, pensó transferir la capital a Sevilla, y también lo hizo el intruso José, pero ahora la enfermedad es crónica e incurable.

Madrid está construida sobre varias pequeñas eminencias que caen sobre el Manzanares, el cual, por estar frecuentemente seco en el verano, apenas si merece el nombre de río. La elevación es de unos dos mil cuatrocientos pies por encima del nivel del mar, aunque sea en una aparente llanura, la cual, sin embargo, está muy cortada por barrancos que han sido excavados por los torrentes del Guadarrama y en los que languidecen, invisibles, unas doscientas aldeas escondidas en las hondonadas. Esta elevación en una llanura abierta

es la razón de la derivación que se suele dar a Majerit, palabra que, según se dice, significa en árabe, corriente de aire fresco, es decir, algo así como “buenos aires”. Sousa, sin embargo, hace derivar este nombre del árabe Maajarit, o sea, “aguas corrientes”, de las que, por otra parte, apenas hay; y es que perversa, ciertamente, ha sido la maña de sus habitantes, que destruyeron tanto la salubridad del aire como la fertilidad del suelo; y de esta forma, la destrucción de la madera ha resultado la maldición tanto de Madrid como de Roma, las ciudades del oso y del lobo, y reductos gemelos ambos del enemigo de las libertades civil y religiosa.

La cuenca de que Madrid es la capital está limitada por la Sierra del Guadarrama y por los Montes de Toledo y Guadalupe. Consiste más que nada en formaciones terciarias, greda, yeso y piedra caliza. Esta última, hallada en Colmenar de Oreja, cerca de Aranjuez, es depósito de agua dulce, y, por ser de buen color y consistencia, se usa mucho para los edificios de Madrid; el granito, que es excelente y abundante, procede de Colmenar Viejo, a cinco leguas, cerca de El Escorial. Hay muchos pueblos de este nombre cerca de Madrid, que tanto en español como en árabe significa “lugar de abejas”. En Vallecas, a legua y media de la capital, hay una curiosa magnesita, con huesos de mamíferos extintos.

Madrid es residencia desagradable y malsana, en la que se alternan los extremos de calor y frío, o, según el adagio, hay nueve meses de invierno y tres de infierno. Aunque, como dice un exacto escritor, Madrid está a diez grados al sur de Londres, el promedio de temperatura invernal es de 43° 7’, o sea, de solo cuatro grados más que en nuestra capital; a pesar de esto, todos los inviernos se experimenta aquí un frío cuya intensidad es muy rara en Londres; en 1830 el termómetro bajó a 9° 5’ Fahrenheit y cayó gran cantidad de nieve; todos los años, durante varias noches, el termómetro baja a más de 32° y los ríos se cubren de hielo, que suele desaparecer en el transcurso del día. La temperatura media de los tres meses del verano es de 76° 2’, o sea, 15° más alta que en Londres; pero durante el Solano, el viento del sudeste, sube con frecuencia a 90° o incluso a 100° a la sombra, mientras al sol, el calor y el resol son africanos; a esto, como si fuese una burla del clima, hay que añadir los vientos siberianos, porque, estando Madrid situada sobre una meseta abierta y desnuda, se halla expuesto a las ráfagas cortantes

que caen, impregnadas de muerte, de la cueva de Éolo del nevoso Guadarrama, foco de tuberculosis y pulmonía. La capital, aun cuando no hubiera médicos en ella, cesaría pronto de ser ciudad de gente viva si no estuviera siendo constantemente repoblada por los miles de personas que llegan de provincias, porque es la araña destructora que atrae a su tela a todos los que esperan hacer fortuna. Y, sin embargo, los indígenas no hacen sino cantar sus glorias, como los débiles mentales se muestran orgullosos de los errores mismos de que más avergonzados debieran sentirse. El verano es el periodo más peligroso, cuando se abren los poros, porque, con frecuencia, sopla un viento del nordeste que produce una diferencia de temperatura entre un lado de la calle y el otro de hasta veinte grados, y el incauto forastero, que sale de una calle abrasada por el sol, se ve cogido en una esquina por el mismo Éolo y llevado sin más de allí al cementerio. Fue el cólico de Madrid, una extraña inflamación de los intestinos, lo que hizo enfermar a Murat en 1808 y la superstición popular, según Foy, lo achacó a la venganza divina; pero ninguna Némesis le asestó entonces el golpe, porque esta enfermedad es proverbial, y

El aire de Madrid es tan sotil

que mata a un hombre, y no apaga a un candil.

Seco, inquisitivo y cortante, este aliento asesino de la muerte penetra en carne y hueso, hasta llegar a la misma médula; de aquí el cuidado que ponen los naturales en cubrirse bien la boca, las mujeres con pañuelos y los hombres embozándose en las capas: gracias a estos respiradores no mecánicos, los pulmones están protegidos, ya que el horno se escalienta por la boca. El promedio de muertes en Madrid es de uno por cada veintiocho, mientras que en Londres no pasa de uno por cada cuarenta y dos: no es de extrañar, por tanto, que según Salas, incluso los sanos vivan de medicamentos:

Aun las personas más sanas,

si son en Madrid nacidas,

tienen que hacer sus comidas,

de píldoras y tisanas.

Es fatal sobre todo para los niños pequeños, que durante la dentición mueren como chinches. El Siroco veraniego agosta la vegetación y, excitando a una población aficionada al cuchillo, llena los hospitales de heridos y las cárceles de asesinos. Ya queda bien parada, por tanto, esta "buena madre", de cuya ternura, Moya, siguiendo el principio del delincuente honrado, hace derivar el nombre de Madrid, en más bien, madrastra. La moral de casi todas las clases no es mejor que el clima, ya que Mesonero calcula que una quinta parte de todos los nacimientos son depositados en la Cuna, donde quedan expuestos a una muerte casi cierta. Las familias más acomodadas se las arreglan para criar a algunos de sus encogidos hijos, poniéndolos en manos de amas saludables de Asturias, y los fastuosos vestidos de estas aristocráticas pasiegas cuentan entre los ornamentos más curiosos del Prado.

Los habitantes de la ciudad piensan que Madrid es la "envidia y admiración" de la humanidad: hablan de ella como de la capital de España, es decir, del mundo, porque, quien dice España dice todo. No hay sino un Madrid: único, como el Fénix, Madrid es la única Corte que hay en la tierra, solo Madrid es Corte. Dondequiera que se oiga su nombre, el mundo enmudece de espanto, donde está Madrid calle el mundo. No hay más que un paso de Madrid a la Gloria, o sea, al cielo, en el que hay una ventana desde donde los ángeles contemplan a este paraíso en la tierra. La razón de que no haya casas de campo en las cercanías es explicada en serio por la gente diciendo que ninguna persona sensata podría pensar siquiera en abandonar este lugar de placeres sobrenaturales, aunque solo fuese por un día; y ciertamente, en este desierto horrible, sin hierba ni árboles ni colorido, tampoco se puede decir que haya muchas tentaciones naturales; y además, la inseguridad de los caminos convertiría una excursión por las afueras de la ciudad en un peligro,

sin que en compensación, el hidalgo que así se aventurase pudiera sentirse mucho más seguro al volver a Madrid, porque sin duda su casa habría sido atracada y sus cucharas de plata robadas. Y si recurriera a rodear su casa con un alto muro y vigilarlo con centinelas armados podría, quizá, pasearse tranquilo por el jardín y echarse a dormir tan campante como el padre de Hamlet en su huerta, gozando sin problemas de la felicidad propia de la época medieval, cuando los grandes hombres vivían en calabozos protegidos por una guarnición; pero todo esto apenas si puede decirse que sea propio de las ideas de 1845 sobre el aire, la libertad y la sencilla naturaleza de una casa de campo, o incluso de Clapham. El más grande de los castigos para los Grandes de España consiste en verse exiliados de la Corte a sus distantes fincas; un exilio a la Alhambra es como ser enviado a Botany Bay:[*] los verdaderos cortesanos solo pueden vivir en Madrid, y en todos los demás sitios se limitan a vegetar, de lo que se deduce que solamente necesitan ázoe en vez de oxígeno para sobrevivir. Esta expresión, "la Corte", produce en los oídos españoles una idea imposible de traducir al inglés. Es algo así como La Cour de Luis XIV o la residencia del sultán, el dispensador de rango y fortuna: es el centro de los empeños, los cargos, las intrigas, los títulos, las condecoraciones y el pillaje; es la carroña en torno a la que se congrega la tribu de buitres de los buscadores de destinos y los pretendientes, cuyo nombre es legión; y sin embargo, como Corte fue siempre una pobre representación de lo que se entiende por verdadera grandeza, y ahora, en comparación con otras cortes europeas, no es mucho más que una parodia. A pesar de todo, es la maldición de España, y todos los españoles bien informados convienen en que los mejores de sus compatriotas se arruinan en todos los sentidos yendo a ella, tal es su atmósfera, semejante a la que emana el antiar; y sin embargo, tal es la fuerza de la costumbre que a nadie se le ocurre escapar de allí en busca de una atmósfera más amplia y más libre. El desierto llega hasta las innobles murallas de tierra, y el campesino, que rasca la tierra de los campos al otro lado de ellas, es un bárbaro, a pesar de lo cual los habitantes de Madrid comparan estos alrededores con los de Palmira y Roma: pero ¿dónde están los antiguos almenares, palacios y templos?, ¿dónde la poesía de esas ciudades solitarias de antigua grandeza, cuyo actual abandono y melancolía constituye tan apropiado marco? Todo lo que rodea a Madrid es una abominación creada por

ella misma, sin recuerdos o asociaciones. Aquí tanto la naturaleza como el hombre parecen hechos la una para el otro, porque los desnudos alrededores solo tienen mala tierra y peores cultivos.

Madrid, esta digna capital de un país de anomalías, no es siquiera una ciudad; no es más que la principal de las villas. No tiene catedral ni obispo; se levanta con un racimo de espiras cónicas, azules, de aspecto flamenco, que, parecidas a extintores de incendios, no dejan de ser apropiadas para una ciudad en la que el clima y la policía, por igual, conspiran para acabar con la vida y la mente. Y, a pesar de todo, esta verdadera capital de España, como otros culpables recompensados, ha sido dotada de inmerecidos epítetos honrosos. Es "imperial, coronada, muy noble, leal y heroica". Toda esta titulo-manía suena bien, en blanco y negro, y le cae bien a una ciudad que parece haber sido erigida por un decreto en La Gazeta, firmado "Yo el Rey", el ipse dixi y volui del déspota. Esta pompa de epítetos hueros es al tiempo clásica y oriental, es la Augusta invicta del romano, la Kaderah, "la Victoriosa", El Cairo del árabe. Pero Madrid apenas si existía en el primer periodo de la historia de Castilla y fue construida cuando ya había pasado la época de las catedrales, la edad en que los edificios se levantaban en armonía con los hondos y nobles sentimientos que palpitaban en el interior de sus constructores; de aquí que tenga poco de interés para el aficionado a las antigüedades; está hinchada como un quiste, lo que indica la corrupción del sistema, y tomó la forma y la presión de la decadencia misma de la religión y el país cuyo exponente era. Se ha calculado que durante los siglos XVII y XVIII se gastaron en España no menos de sesenta y ocho millones de libras esterlinas en la construcción y decoración de conventos, en lugar de construir carreteras y abrir canales: ahora bien, casi todas las iglesias de Madrid fueron edificadas durante este fatal periodo. Comenzado principalmente por los Felipes III y IV, continuado bajo el desdichado Carlos II, adecuado monarca de un país en decadencia, y perfeccionado bajo el extranjero, en ninguna parte han sido llevados los lamentables churrigueresco y rococó de Luis XIV a mayores excesos. Las iglesias, sepulcros blanqueados, son tristes muestras de una insaciable avidez de oropel y dignas de un periodo en el que tanto la religión como el país mismo estaban vacíos de realidades, mientras que la parte exterior de la bandeja relucía de verdadera plata a fin de tratar de ocultar la corrupción

del interior; los Borbones pusieron su granito de arena, introduciendo esa curiosa manía de edificar y dorar que es característica de Le Grand Monarque, mientras que Carlos III, que quiso ser el Augusto de Madrid, edificó, desgraciadamente, con ladrillo, no con mármol, y su época fue, en consecuencia, la época pobre del lugar y de lo real-académico. De aquí las moles sin espíritu ni sentido, las largas calles nuevas, que muestran una fachada ostentosa, levantadas para halagar el ojo real y el amor nacional por la pompa externa, mientras que detrás de ellas hay callejas angostas, mal pavimentadas, mal iluminadas y mal alcantarilladas. Estas callejas son refugio de manadas de perros escuálidos y hambrientos, que en España, como en Oriente, son los más ocupados y con frecuencia los únicos basureros. Las mejores casas de Madrid son muy altas y grandes y viven varias familias en sus diversos pisos o apartamentos, teniendo la escalera en común; cada apartamento está protegido por una puerta sólida, un “roble”, en la que, generalmente, hay un portillo o postigo, como en las casas de juego, por el que los dignos pero recelosos inquilinos inspeccionan al visitante antes de dejarle entrar; y es que en esta ciudad corrompida, nadie ni nada está seguro. Los interiores, para nosotros, son incómodos y están sin terminar; las cocinas, los offices y otras necesidades son los más sucios y europeos que se han visto. Hay poca variedad en su escaso puchero y probablemente si Asmodeo pudiera ir quitando los tejados de Madrid a la hora de cenar, vería que la mayor parte de sus habitantes están desperdiciando su tiempo y su apetito en torno al mismo puchero o comida de todos los días.

La gastronomía teórica y práctica de los españoles es cosa que ya hemos tratado, ya que el comer constituye en todos los sitios una parte importante del día del ser humano y es un recurso que nunca falla para el viajero: en esto, sin embargo, los aislados indígenas de Castilla se aíslan todavía más; se reúnen en la iglesia y en la alameda, pero no en torno a la mesa.

Se debe, en parte, a esta relativa falta de sociedad gastronómica el que los embajadores extranjeros tengan menos influencia aquí que en cualquier otra Corte europea; como todo el arte de la diplomacia se centra en la cocina, nunca puede entrar enteramente en juego en una ciudad donde no se come, donde mecum impransus disquirite

es el axioma de la mayor parte de los hombres que ocupan los cargos en España, y que, en consecuencia, raramente “lubrican los negocios” de esta forma.

La mejor sociedad gastronómica y de otros tipos está en las casas del escaso cuerpo diplomático, porque muchas potencias no han reconocido el actual estado de cosas; estos son imitados por algunos pocos nobles, intrigantes e intermediarios, funcionarios, empresarios y concesionarios, así como por aquellos que han emigrado y descubierto que el arte de la cocina no se condensa, como el genio encarcelado, en una olla. Los grandes comen, ciertamente, con los diplomáticos extranjeros, pero con poca reciprocidad por parte de aquellos; como los príncipes de la Roma moderna, raras veces ofrecen, a manera de reciprocidad, siquiera un vaso de agua: su hospitalidad consiste en comer con cualquier extranjero que les invite. Pocos son los diplomáticos que, después de una larga estancia en Madrid, continúan invitando mucho a los indígenas, ya que esta ingrata tarea va a contrapelo de las costumbres. Durante la residencia de la Corte en Aranjuez y La Granja tiene lugar algo más de intercomunicación, pero es de un tipo más extemporáneo y ligero, campestre, y no de comidas verdaderas y constantes de buena sociedad; todo ello se hace en pequeña escala, y realmente parece juego de niños si se compara con la forma que tenemos de hacer esto en Londres; pero, en verdad, el español, acostumbrado a su propia manera, sin método y como inconexa, casual y espontánea, apresurada y embrollada, de comer, se siente cohibido por el orden y la ceremonia y la seria importancia de una comida bien organizada, y su fidelidad a las formas se extiende solamente a las personas, no a las cosas; de manera que incluso el grande no tiene más que una leve capa de brillo europeo en su mesa godo-beduina, y vive y come rodeado por un humilde grupo de cortesanos, en su enorme y mal provista casa-cuartel, sin ninguna elegancia, lujo o siquiera comodidad, según sus sólidas ideas transpirenaicas: pocas son, ciertamente, las cocinas que aquí poseen un cordon bleu, y menos aún los amos de casa a quienes gusta de verdad una entrée ortodoxa, no contaminada por las herejías del ajo y el pimentón: y siempre que su cocina trata de extranjerizarse, como en otras imitaciones, acaba convirtiéndose en una copia sin aroma; pero pocas son las cosas que se hacen en España con verdadero estilo, es decir, con preparación y gusto. Aquí

todo es provisional y hecho a la buena de Dios; el noble señor delega sus asuntos en el administrador injusto y se echa a dormir sobre su lecho de rosas, somnolescente en los negocios y despierto solo en la intriga; su numerosa servidumbre, mal entrenada y mal surtida, no tiene la menor idea de la disciplina y la subordinación; nunca se puede contar que pongan siquiera un mantel, ya que prefieren perder el tiempo en la iglesia o en la plaza a cumplir con su deber, y preferirían morir de hambre para cantar, bailar y dormir, mejor que comer bien y ganar su salario con un trabajo razonable; y tampoco el amo de la casa puede defenderse realmente, porque si los despide solo conseguirá contratar otros iguales, o quizá incluso peores.

Pocos extranjeros tienen mucha salud, física o mental, en esta ciudad asocial y malsana; y los plenipotenciarios de otros países tampoco abrigan demasiada esperanza de poder negociar satisfactoriamente con un gobierno protocolario, rígido y poco dado a la eficiencia, que atribuye a su innata majestad y a su verdadero poder una posición que, como la de Turquía o Portugal, está practicamente sostenida por la tolerancia, la protección o los recelos mutuos de países más potentes. Los funcionarios de Madrid siempre se han comportado de manera altiva con los agentes extranjeros: el Duque, incluso cuando les salvaba, no era “tratado por ellos como amigo o siquiera como un caballero”, y se veía “completamente sin influencia en sus consejos”, porque tienen “un total desprecio” de sus aliados extranjeros, y “su conducta para con ellos es completamente falta de consideración”: véanse los Partes del 31 de agosto de 1809, el 2 de julio de 1812, el 25 de agosto y el 5 de septiembre de 1813 y muchos otros. Pequeña, ciertamente, es la satisfacción que se obtiene por serias infracciones de tratados y malos tratos a nuestros comerciantes. El funcionario, como el calamar, se rodea para protegerse de una nube de papelorios: el protocolo sigue al protocolo, el expediente al documento, hasta que tanto el diplomático como el asunto que le lleva acaban por morir de muerte natural por insoportable fatiga; y siempre ha sido así. Howell, en los tiempos de Carlos I, dice que el montón de sus quejas sin respuesta era “más alto que él mismo”. Y tampoco se crea que la eficiencia y la rapidez españolas son más satisfactorias que sus demoras. Cuando el enviado francés se quejó a Felipe II de que algunos de sus compatriotas llevaban largo tiempo sin ser

procesados en las cárceles de la Inquisición, el rey contestó que se ocuparía de que “fueran objeto de buena y rápida justicia”, y a la semana siguiente todos ellos fueron quemados.

Así es Madrid, desde el punto de vista moral y físico; una ciudad en la que una larga residencia acaba agostando la mente y el cuerpo. Bien podría exclamar Góngora: “¡Este es Madrid, mejor dijera infierno!” y aunque el madrileño pueda pensar que es un paraíso, la capital realmente es poco querida por el resto de la nación. Despierta en ellos, ciertamente, orgullo y apela a su interés, pero también es cierto que todos los individuos que contribuyen a engrosar la muchedumbre de cazadores de fortuna prefiere, en lo hondo de su corazón, la capital de su propia provincia. Muy equivocado, por tanto, estaba Bonaparte cuando se imaginó que la toma de Madrid serviría para conseguir el dominio sobre el país entero, como ocurrió en el caso de París, Viena y otras capitales.

El conjunto de la población de Madrid, que está formada por emigrantes de todas las otras provincias, se caracteriza por un tono metropolitano y cortesano de superioridad; hay una afectación de menosprecio de la ciudad provinciana y sus maneras y una tendencia a evitar todo lo que huela a traje nacional: una frivolidad insincera, resultado de las falsas intrigas que tienen lugar constantemente por todas partes, le ha sido reprochada también al madrileño. Las mujeres no son, ni con mucho, tan atractivas como las de Valencia y Andalucía: tienen mucha menos salud y sus rostros son menos expresivos; les falta mucha de esa franqueza natural y cordial y esa falta de artificio que constituye el principal encanto de la mujer española. Como los hombres, son más gazmoñas, es decir, hipócritas; el populacho, de ambos sexos, es brutal y corrompido; el Manolo o la Manola (palabras que son abreviatura de Manuel y Manuela) son lo más digno de la atención del forastero, aunque no desde el punto de vista moral; estos son los majos y majas de Madrid, pero sin la gracia y elegancia de los andaluces o la sencilla honradez de los charros y charras de León.

Madrid, desde la muerte de Fernando VII, ha mejorado tanto como ciudad que los españoles que han vuelto a ella recientemente apenas la reconocen. Su primero y gran benefactor fue el marqués de Pontejos, que fue jefe político. Hay también más vida y más

movimiento en las calles, algunas de las cuales están más limpias y mejor pavimentadas e iluminadas; muchos de los antiguos nombres han sido cambiados por otros democráticos y patrióticos: estos, sin embargo, a medida que los partidos se van sucediendo unos a otros en el poder, se vuelven a cambiar; y por estar constantemente expuestos a cambios con cada alteración de la escena política, nosotros adoptaremos la nomenclatura original, con la cual además la gente está más familiarizada. La destrucción de los conventos ha abierto espacios y se están construyendo edificios nuevos por todas partes. Y también ha resultado de las recientes guerras civiles y de los constantes cambios de gobierno y de principios un accidente no previsto y un beneficio no intencionado, y es que, como cada partido, al verse en el poder, se ha puesto enseguida a perseguir a sus oponentes a muerte, los dirigentes de todos los matices políticos se han visto, a su vez, obligados a huir en busca de seguridad a Francia o a Inglaterra; de esta manera, aunque la estructura política exterior se desgarraba, alguna luz penetraba por las rendijas en este país durante tan largo tiempo tan herméticamente cerrado, porque los exiliados encontraban que el que ellos imaginaban primer país del mundo no era en realidad más que uno de los más atrasados, y todos ellos, a su vuelta, traían su granito de información. Otra fuente de mejoras para Madrid ha sido la reforma de la corporación municipal. Antes, los cuantiosos ingresos se iban entre los dedos de sus miembros o bien se desperdiciaban en costosos regalos al rey, la familia real o el favorito del momento, pero ahora los fondos se destinan a mejoras locales. Y no es que ahora todo esto se haga como es debido, o que todos los abusos hayan sido completamente abolidos, porque eso sería pedir lo imposible; los establos de Augías de la corrupción oficial, siempre que entra en juego el dinero, son demasiado incluso para un Hércules acompañado de un Alfeo, ese tipo de reformador apoyado por la opinión pública.

El mejor lugar para obtener una vista panorámica es desde la cúspide de la torre de la iglesia de Santa Cruz o bien desde el montículo que hay a la cabeza de los Jardines del Buen Retiro. Por su forma, la ciudad es casi un cuadrado con las esquinas redondeadas. Fuera de los muros de tierra, y en sus entradas principales por la parte del río, hay avenidas plantadas de árboles. Madrid les gustará más a quienes han venido directamente a España desde Francia, ya que es una ciudad verdaderamente española y,

por tanto, los vestidos, el Prado y las corridas de toros les sorprenderán por el encanto de su novedad y lo extraño de su contraste que, por el contrario, no llamarán la atención a los que lleguen a Madrid desde la bella Valencia, la mora Granada o la grandiosa Sevilla. Una semana bastará para ver las maravillas de la única "Corte del mundo", cuyos museos están, ciertamente, entre los mejores de Europa; feliz aquel que de Madrid escape a Ávila, El Escorial y Segovia, o que se dirija hacia la romántica Cuenca por la imperial Toledo y los jardines de Aranjuez; los que se sacudan cuanto antes el polvo de sus sandalias y permanezcan el menor tiempo posible en Madrid serán, probablemente, los que con mayor satisfacción lo recuerden, porque aquí el amor, pequeño al principio, irá disminuyendo maravillosamente a medida que vaya aumentando su conocimiento. Cuanto más se conozca Madrid, tanto menos gustará:

Quien no te quiere, no te sabe;

quien te sabe, no te quiere.

Los hoteles, hasta hace muy poco, eran los peores de Europa, sin exageración, pero el número de compañías nuevas de coches, al traer más viajeros a la capital, ha creado una demanda de alojamiento; algunas de estas compañías han abierto posadas o paradores propios, y también se han instalado muchos cafés y restaurantes tolerables, principalmente por extranjeros, igual que ocurre en Oriente. Pero los que viajen con señoras harán bien en escribir anticipadamente a algún amigo para que les reserve apartamentos o habitaciones particulares. Entre los mejores hoteles están la Amistad, que es de un francés; La Fonda de Genies; la de Europa, calle de Peregrinos; la del Comercio, calle de Alcalá; la de París, calle del Carmen, que, aunque pequeña, es buena. Todas estas están bien situadas y en lugares frecuentados. La famosa Fontana de Oro, que durante largo tiempo fue el hotel de Madrid y al tiempo uno de los peores de Europa, se ha convertido en establecimiento de baños, habitaciones y salones de lectura.

Los que piensen quedarse tiempo en Madrid debieran buscarse habitaciones en casas privadas que –aun cuando no suelen estar bien amuebladas– por lo menos, según nuestras ideas, son bastante tolerables para España; algunas, pocas de ellas, tienen chimenea. Nota bene: escojan siempre las que tienen chimenea, porque un buen fuego constituye un inenarrable atractivo en los países con buen clima y detestable invierno, ya que las casas allí suelen ser verdaderos pozos, sin, por ello, resultar profundos como la verdad: el hogar, con su crepitar animoso, recordará al viajero su tierra inglesa, de la misma forma que un rayito de sol le recuerda España al español exiliado en Siberia. La cama suele estar puesta en una alcoba, cuya puerta está vidriada; los suelos, de ladrillos o azulejos, están cubiertos de esteras; para alojarse, la mejor zona es la que rodea a la Puerta del Sol. El viajero podrá guiarse, sin embargo, por los avisos que hay en las ventanas y balcones de las casas donde se encuentran apartamentos a su disposición. David Purkis, Casa de los Baños, calle Caballero de Gracia, tiene buenas habitaciones y lo recomendamos. Hay varios restaurantes cerca de la Puerta del Sol: uno en la Carrera de San Jerónimo, que es de un francés, y otro en la calle del Príncipe, de un piamontés. Se puede comer también en las tres fondas de Genies, que son París y El Comercio, por precios que van desde un dólar por barba en adelante. La cocina es de segunda categoría y, sin embargo, comparada con la oscuridad gastronómica que es general en España, aquí pasa por ser de primera. Los cocineros franceses de los diplomáticos extranjeros han tenido bastante buena influencia en este asunto, pero la espina dorsal de la vida castellana sigue siendo el puchero, con su insípida y correosa vaca cocida. Este plato, peor incluso que el Buoilli francés, se burla del paladar con una apariencia de alimento: puede ser comido, sin embargo, cuando no haya ninguna otra cosa. Madrid es famosa por sus espárragos, que se cultivan en Aranjuez, y su hojaldre, una pasta ligera; las confiterías están, en su mayoría, en manos de extranjeros, ya que la auténtica pastelería española, como los bollos y las tarteletas de Inglaterra, recuerda a las edades oscuras, mientras que la Patisserie francesa es elegante en la forma, exquisita en su materia prima y llena de imaginación, genio y jalea de albaricoque. La Pastelería Suiza, calle Jacometrezo; Pastelería Extranjera, plaza Santa Ana; la de la calle del Príncipe y la Patisserie, francesa, en la Carrera de San Jerónimo, son buenas. La cerveza en botella, mezclada con zumo de limón, es otra bebida

favorita en Madrid, pero, como cabría esperar de sus ingredientes, no puede ser recomendada al paladar o al estómago de los ingleses.

El vino corriente, y el mejor con mucha diferencia, es el tinto espeso de Valdepeñas; sin embargo, el producto inferior de Arganda se vende constantemente en su lugar, y ambos están adulterados con cocimientos de palo de Campeche y otras abominaciones. Los vinos franceses y extranjeros son caros y malos: el madrileño, que no siente curiosidad por nada, se muestra muy indiferente por lo que se refiere a la calidad; su objetivo, por el contrario, es la cantidad y se limita a beber el vino que le resulte más barato y se produzca más cerca. Los Andaluces, calle de Fuencarral, y Las Delicias de Bética, calle de Carretas, venden jereces y málagas que son considerados como vins de liqueur. Recientemente se han abierto muchos cafés nuevos y buenos. Entre los mejores están el de los Dos Amigos, el Nuevo, el de Cervantes, de la Aduana y de la Estrella, todos los cuales están en la calle de Alcalá; también el de Lorenzini, Puerta del Sol, y El Príncipe y La Venecia, calle del Príncipe.

Las nieves de los montes del Guadarrama, aunque abastecen a Madrid de ráfagas heladas y están preñados de tuberculosis, proporcionan en contra, durante el verano, abundantes bebidas frescas y helados que venden por las calles sobre todo los valencianos. El agua de cebada es muy refrescante; también lo es la horchata de chufas o Michi michi, es decir, “mitad y mitad”, llamada así porque se hace con cebada y chochos (molidos), los altramuces o lupinos de los antiguos romanos, los tirmis del árabe cairota (Lane, XII, 13). Estas bebidas de emulsión son muy clásicas, porque la leche de almendras que los médicos españoles consideran una panacea, es exactamente la que describe la Amugdalh-agaqon Farmakon de Ateneo (II, 12). Ninguna bebida, sin embargo, ni medicinal ni meramente refrescante, llega a la altura del agraz. Esta refresca el cuerpo y el alma del hombre, y es deliciosa mezclada con vino de Manzanilla.

Hay muchas Casas de Pupilos. Entre las mejores están dos que hay en la calle de Carretas, dos en la calle de Alcalá y otra en la calle del Caballero de Gracia; pero vale la pena en estos asuntos, que cambian de un día para otro, consultar con el banquero de uno o

con algún amigo de Madrid. Los precios de las mejores, por cama, comida y alojamiento, raras veces pasan de un dólar diario, lo cual es bastante barato. La compañía suele ser buena y, como en todos los lugares de España, muy característica por lo que se refiere a buenas maneras y buena educación. Se hallarán también anuncios, para estas y otras necesidades del viajero, en los diversos periódicos y en los Diarios de Avisos; en ellos se hallarán también anunciadas las diversas curiosidades de la ciudad, las fiestas religiosas, los teatros, las corridas de toros, las oportunidades y los saldos, y los festivales y las escasas diversiones populares. La Gazeta es el periódico oficial; y sus páginas, durante estos cincuenta años últimos, son, con la sola excepción del Moniteur francés, la sátira más grande que jamás ha publicado pueblo alguno de sí mismo.

Los periódicos de Madrid eran en 1843 alrededor de cuarenta; en 1833, bajo Fernando VII, no llegaban, sin embargo, a media docena y gozaban de una libertad de prensa parecida a la que permite Su Santidad en Roma. Las sapientes Cortes de Cádiz pasaron de un extremo al contrario, de las mordazas de la Inquisición a la libertad más absoluta. La consecuencia natural de armar de esta manera, sin la preparación debida, a un poder al que Inglaterra apenas puede resistir, fue crear un nuevo tirano Frankenstein, peor aún que todos los males que habían sido derrocados: la prensa se convirtió, como un calibán emancipado, y como el Duque ha dicho con frecuencia, en “venal, insolente y licenciosa”. Era comprada por los partidos, que dominaban la regencia y las Cortes (Parte del 27 de enero de 1813); y así ha ocurrido siempre desde entonces, cuando es libre, es decir, cuando es esclava de algún interés dominante, ya sea de los franceses, con objeto de injuriar a Inglaterra, o de los cubanos, para defender la trata de esclavos, o de los catalanes, para desacreditar cualquier tarifa aduanera o tratado de comercio. Sus falsedades ejercen influencia en la impresionable mentalidad nacional y consiguen llegar a tener autoridad prescriptiva porque nunca son siquiera contradichas por nuestro descuidado gobierno: bien hizo realmente el Duque en sugerir “apoderarse de uno o dos de estos periódicos”, aunque ciertamente no para diseminar falsedades, sino para decir “la verdad, la pura y simple verdad” (Parte del 2 de abril de 1813). Las masas populares, después de haber sido enseñadas durante largo tiempo por el dictador y los curas, que eran otros quienes tenían que pensar por ellos, y a causa de no estar

acostumbradas ni a leer ni al debate público, creen lo que les dicen los periódicos solo porque está impreso; van a ellos en busca de datos y opiniones y de aquí que los directores engañen a estas almas cándidas y se levanten, subiéndose a ellas, a posiciones de poder y lucro. El periodismo es la escala por la que se sube a la grandeza y, por consiguiente, absorbe el talento del país, aunque en perjuicio de la literatura en general. La prensa, que por lo tanto es el órgano de la aristocracia del intelecto, no es simplemente un cuarto estado, como ocurre entre nosotros, sino el estado entero, como tiene forzosamente que ser el caso en todos los países que no están preparados para este tipo de libertad. En Inglaterra, los periodistas no tienen la posición social de que gozan en España o Francia sencillamente porque la prensa, aunque tiene auténtico poder político, refleja la opinión pública, no la dirige: nuestras instituciones permanentes garantizan el orden, pero allá donde este depende únicamente de individuos, los papeles se convierten en órganos del cambio y las revoluciones, y los que mejor tocan sus registros se elevan a la categoría de verdaderos personajes: de esta manera vemos que González Bravo pasó de dirigir El Guirigay, un periódico andaluz de jerga, al puesto de primer ministro. Estos caballeros, como monsieur Thiers, cuando están en la oposición escriben novelas históricas, libelos y farsas, y cuando están en el poder conspiran y planean verdaderas tragedias. La circulación de los periódicos de Madrid está reducida principalmente a la capital; hay unos pocos periódicos en remotas ciudades del interior que vegetan en su habitual ignorancia desidiosa. Hay muchas salas de suscripción y lectura en Madrid; las mejores están en la calle de la Montera, y El Literario, calle del Príncipe. Los que quieran comprar libros extranjeros en Madrid, o estando fuera de España libros españoles, deben dirigirse a Casimiro Morder, que tiene también un salón de lectura aquí, en el número 10 de la Carrera San Jerónimo, y otro en París, número 7, Rue de Provence.

Los baños calientes, el lujo del romano y del oriental, son cosa que últimamente se ha vuelto más corriente en las principales ciudades de España. Los mejores son los de Purkis, los del Oriente, plaza de Isabel II, La Estrella, calle de Santa Clara; San Isidro, calle Mayor y La Fontana de Oro. La calle de Alcalá es donde se dan cita los cocheros, ya que es aquí donde la mayor parte de las diligencias tienen sus taquillas. Es aquí también donde se alquilan el coche de

colleras y la calesa. Los auténticos coches de España siguen siendo cosa curiosa y sus conductores pintorescos bribones. Un coche alquilado para el día entero cuesta de tres a cuatro dólares. En la calle del Lobo se pueden alquilar cabriolés a seis reales la hora; en la calle del Infante, un coche de cristal cuesta cincuenta y seis reales diarios, veintiocho por una mañana y treinta por la tarde. Hay también extraños omnibuses públicos llevados por un tiro de mulas. Hay un mercado caballar abierto todos los jueves en la plaza del Rastro. Los mercados de comestibles están tolerablemente bien abastecidos: los mejores son los de San Ildefonso, donde los franceses echaron abajo una iglesia, y los de San Felipe Neri y la plaza de la Cebada. Las mejores tiendas están en las cercanías de la Puerta del Sol. Los libros son en Madrid escasos y caros; los que sean aficionados a la topografía y la hagiografía encontrarán una abundante colección en la Biblioteca Nacional, plazuela de Oriente. Entretanto, los mejores libreros son Ranz, calle de la Cruz; Sojo, Pérez, Sanz, calle de Carretas; Mijar, calle del Príncipe; Dennie y Hidalgo, calle de Montera, y Dionysio Carriano, el griego que antes vivía en Sevilla. Para mapas, López; calle del Príncipe. Sastres: Hernández, Puerta del Sol; Vensilla, Carrera de San Jerónimo; Warselet, Red de San Luis; Pascual, calle de Fuencarral; modistas: La Caraset, calle del Príncipe; La Vitorina, calle del Carmen; La Pepita, calle del Olivo. Las mejores tiendas para señoras o tiendas de modas son Ginés y Narciso, García Cachera, calle del Carmen; La Francesca, calle de la Montera, y una en la calle Mayor, enfrente del conde de Oñates. En Madrid, el viajero podrá conseguir un laquais de place, animal este que es muy buscado y necesario en las capitales de tierra adentro de España; hay también una especie de club, El Casino, en el que no es difícil ser admitido. El dinero extranjero puede cambiarse en las oficinas del agente de bolsa de la calle Montera y Toledo. Lo mejor es guiarse para estas cosas por el banquero de uno.

Madrid tiene, según Caballero, Noticias topográfico-estadísticas, unos doscientos mil habitantes. Está dividido en doce distritos, consta de veinticuatro parroquias y tiene dieciocho hospitales, una Cuna o Casa de Expósitos, una universidad, nueve academias, cuatro bibliotecas públicas, tres museos, una armería, un espléndido palacio, tres teatros, una plaza de toros, treinta y tres fuentes públicas y cinco puertas principales. Los que quieran conocer todos

los derechos, prerrogativas y glorias de Madrid deberán consultar la lista de descripciones locales que sirve de apéndice al Manual de Madrid, que es una buena guía: su autor, Ramón de Mesoneros Romano, ha publicado también un Panorama matritense, tres volúmenes; octavo, 1837; esta Vida en Madrid nos lo presenta desde el punto de vista amable del indígena. El coleccionista de topografía española comprará sin duda Teatro de grandezas, Gil González Dávila, folio, Madrid, 1623; Historia de Madrid, Gerónimo Quintana, folio, Madrid, 1629; Solo Madrid es Corte, Alonso Núñez de Castro, cuarto, cuarta edición, Barcelona, 1968; Ponz, Viaje I y Discurso sobre varias antigüedades, Antonio Pellicer, octavo, Madrid, 1791. Madrid ha producido muy pocos grandes hombres, aparte de Lope de Vega, Quevedo y Calderón. La historia de los que han llegado a la mediocridad, llena, sin embargo, cuatro tomos en cuarto, Hijos ilustres, José Álvarez Baena, Madrid, 1790; sobre la Provincia de Madrid, la mejor fuente es la pequeña descripción de Tomás López, Madrid, 1763. La guía cortesana anual, Guía del Viajero en España, tiene a modo de introducción una buena descripción de la capital. El mejor mapa de Madrid es el publicado por López, calle del Príncipe.

▪

* Lugar en Nueva Gales del Sur, Australia, donde los ingleses tenían una colonia penal a la que llevaban delincuentes de Inglaterra. [N. del T.]

VISTAS DE MADRID

Todo el mundo debe empezar por la Puerta del Sol que, como muestra Temple Bar, está en el centro de la capital, aunque en otros tiempos fuese la “puerta del este”, sobre la que brillaba el sol naciente; ahora se ha construido en todos sus lados y la puerta ha desaparecido, quedando solamente el nombre. La pequeña plaza está situada en el centro de una larga línea de calles que van como venas del oeste al este, del Prado, por la calle de Alcalá, y de allí por la calle Mayor al río; en este punto otras dos calles importantes, la calle de la Montera y la calle de Carretas, o sea, la Bond Street y la Regent Street de Madrid, que van al norte y al sur, se cruzan con las otras dos casi en ángulo recto. De esta manera, la Puerta del Sol es el corazón donde todas las arterias principales de la circulación se encuentran y se separan, el centro donde suben y bajan el arroyo y las mareas de la vida de Madrid.

Las tiendas de las calles que salen de allí son las más elegantes; sus mercancías, expuestas al ojo del cliente, hablan por sí solas. Suelen estar cerradas desde la una, cuando la naturaleza toca la campana de la comida, hasta las tres, cuando ya se ha dormido la siesta; los escasos coches se han metido ya para entonces en sus cocheras y tanto las bestias como los conductores están en sus respectivos establos; incluso el chirrido de las ruedas de los carros ha enmudecido; las mulas y los burros, que son los que hacen el trabajo de las compañías de entrega de paquetes, las cabras, que hacen el oficio de las vacas lecheras, están todos durmiendo en compañía de sus amos sobre el lado sombreado de las calles: pero por todas partes, todo a lo largo y ancho de esta tierra, el calor del mediodía vacía las calles y fomenta el carácter lánguido, monótono, poco-currante, tan corriente en las viejas ciudades del interior de España, donde la tranquilidad y la escasez de la población son indicios de silenciosa decadencia y languideciente atrofia. En Madrid, por tratarse de la sede del gobierno, hay incluso en las horas del despertar, una apariencia de vida, pero comparada con

Londres o incluso con Liverpool o con Edimburgo, todo aquí parece muy de segunda mano y muy de reventa. Decepcionará, ciertamente, a los que han escuchado las grandilocuentes exageraciones de los madrileños, que por su parte se cebarán en todo extranjero que no se sienta ni más ni menos que deslumbrado, calificándolo de envidioso, malintencionado o tonto.

El indígena cree sinceramente su propia y exagerada opinión de Madrid, porque no es dado a los viajes y no conoce nada mejor; y acostumbrado como está a sus empobrecidas capitales de tierra adentro, se imagina que es esto lo que es Londres, y lo que era la Roma antigua, un epítome del mundo civilizado, thj oikonmj epitomh.

Aunque las tiendas no pueden en modo alguno compararse con las nuestras, que desbordan su opulencia hasta la misma calle, el resto de la Península las considera almacén y Pantechnicón del universo: "En Madrid lo encontrará usted", dice el tendero medio moro de Toledo, León, Salamanca, etcétera, cuando algún extranjero le pregunta si tiene determinado artículo de la más cotidiana necesidad. Ciertamente, las tiendas de Madrid se han vuelto recientemente más europeas y se ve en ellas una mejora en el abastecimiento de cosas de uso corriente, sobre todo por lo que se refiere a sombrerería y artículos de adorno franceses y cosas ligeras; pero todo ello lleva un día de retraso con respecto a la moda, y las cosas que han pasado de moda y ya no se venden al otro lado de los Pirineos figuran aquí como el último grito de la temporada. Las tiendas indican una riqueza limitada; poco es lo que se hace aquí en gran escala; los negocios son poca cosa y pasivos: la gente se pasea por las calles sin tener apenas nada que hacer y menos aún que gastar; en general, los tenderos indígenas comparten la tendencia a la indiferencia tabacosa de sus clientes; carecen de empressement o prévenance, son poco corteses y dan la impresión de cuidar muy poco, como los orientales, de si uno compra en sus locales o no. Incluso las cosas más necesarias son caras: Madrid, situado en el centro mismo de España, no produciendo ni suministrando nada, lo consume todo, como una boca insaciable; como todo llega aquí desde larga distancia, el costo aumenta con el transporte y las tarifas altas. Si se termina por fin el proyectado ferrocarril de Barcelona y Avilés, los beneficios que ello acarreará a la capital

serán, ciertamente, grandes.

La verdadera e improvisada pobreza de Madrid se ve durante la feria, que empieza todos los 21 de septiembre y termina el 4 de octubre. Entonces las casas, por decirlo así, se vacían en la calle y su desnudez queda al descubierto; entonces la Corte se convierte en una gran casa de empeños, ya que todas las familias que tienen algo que vender lo exhiben en la calle. De vez en cuando se encuentra algún buen libro, algún cuadro o alguna vieja hoja de acero toledano, pero la exhibición es triste, porque hace ver cuántos son los que muestran deseos de vender y cuán pocos los compradores. Los veteranos de la feria dicen que todos los años aparecen las mismas mercancías, igual que en una represa sale siempre a la superficie la misma basura en repetido círculo vicioso; los mismos resultados son evidentes en las almonedas, que son ventas por contrato privado, y en las subastas, palabra que se deriva del latín, sub hasta.

El lado sur de la Puerta del Sol está ocupado por la Casa de Correos. Este grande y aislado edificio cuadrado fue edificado en 1768 por Carlos III y el arquitecto fue un cierto Jaime Marquet: su tono general y su disposición han sido justamente criticados. Siempre hay un fuerte piquete de soldados montando guardia, porque el edificio sirve también de puesto militar. Y esto es porque, dominando el caldero hirviente del centro de la ciudad, la bayoneta calada y el fusil cargado se vuelven completamente necesarios, ya que el aire mismo está aquí envenenado de asonadas, alborotos y ajo, y ciertamente, se suele decir que por cien dólares es fácil organizar aquí una función revolucionaria cualquier día; las tropas mismas están con frecuencia infectadas y disparan sobre las autoridades legalmente constituidas, matando incluso a sus propios capitanes generales. Al lado, a la derecha, en la Casa de Postas, están los establecimientos de caballos de correos y postas. Antes, la plaza abierta se encontraba desfigurada por una fuerte churrigueresca, obra del hereje Ribera. La estatua de Venus que remataba la fuente era llamada por la gente sencilla Mariblanca, es decir, que se limitaban a cambiarle el nombre, tan inveterado es el culto a la diosa en España; ahora la estatua ha sido llevada a la plaza de las Descalzas.

En el lado oriental está la iglesia de Nuestra Señora del Buen Suceso, ruin edificio con un reloj iluminado. Aquí, a pesar de tan prometedor nombre, ocurrió un triste suceso en los anales de Madrid. Murat escogió esta iglesia y sus patios para hacer de ella uno de los escenarios de sus terroristas carnicerías del 2 de mayo de 1808. Muchas de sus víctimas están enterradas aquí: léanse las inscripciones y obsérvese la urna en la que reposan las cenizas del canónigo Matías Vinuesa, asesinado por los pseudopatriotas el 4 de mayo de 1821. El Buen Suceso tiene el privilegio de poder decir misa hasta las dos de la tarde, ya que en los demás sitios la hora tope es el mediodía; y por tanto, se ha convertido en el principal punto de cita de las clases altas y en las fiestas está siempre lleno de gente. Pero ¿cómo puede no tener éxito una iglesia que sigue de tal manera las necesidades naturales de su congregación? Aquí se respetan las horas convenientes de la buena sociedad y hay música con que hacer más llevadera la ceremonia, incienso con que neutralizar los malos olores y excelente iluminación con que hacer resaltar mejor el vestido femenino.

De esta manera, la religión, las letras y el local juntan sus esfuerzos para convertir la Puerta del Sol en las verdaderas Cortes o Congreso, en el lugar de reuniones de la plaza del mercado y en el punto de reunión de los curiosos y los muchos que no tienen nada que hacer en una ciudad sin comercio ni industria y que comienzan y terminan aquí su día: ese día que, ciertamente, tiene poco valor, se desperdicia así en perezosa rutina; pero ningún pueblo comprende mejor el arte de matar el tiempo enemigo y de matarse unos a otros, y de hacer esas cosas que el malo ha inventado para los holgazanes.

Aquí, por tanto, todos los que deseen estudiar el carácter y los trajes no se verán nunca faltos de temas para su pluma o su lápiz; porque el madrileño, como los antiguos, vive en la calle, foris en el forum y, prudentemente, prefiere el sol reanimador a su propio hogar sin comodidades, que no tiene chimenea. Es la oriental y to agorasqai del ateniense, que apenas hacía otra cosa que “o bien contar o bien escuchar alguna cosa nueva”, y es el vespertinum forum del ocioso Horacio, que se deleitaba en enterarse de la última noticia exacta; de la misma manera dice Addison que “no hay lugar en la ciudad que me guste tanto como el Royal Exchange”. Esta costumbre

anticuada de salir a dar noticias era la ocupación de los "caminantes de Pablo" de hace dos siglos. Ahora, ante el avance de la inteligencia, clubs y periódicos matutinos han acabado incluso con los paseos por Bond Street, ya que los periódicos de la mañana nos traen a la mesa del desayuno con todo detalle, todo eso que los antiguos y los orientales pueden ver, oír y tocar de manera tangible solo saliendo a la calle y al ancho mundo. En consecuencia, el español, en quien como en muchas otras cosas, el pasado y el presente se encuentran, se sitúa en este forum de la Puerta del Sol envuelto en su capa como un romano antiguo, sin que se le vean más indicios de la civilización moderna que un puro y La Gazeta, que le tranquilizan con sus humos hueros.

Los ciegos son aquí los habituales vendedores itinerantes de las "segundas ediciones" de embusteros boletines y hojas volantes, y ciertamente es ya proverbial decir de alguien cuya vista está perdiéndose que está ya para vender gazetas; y los ciegos son guías apropiados de estos ciegos sin remedio que creen en las novelas románticas que son impresas y circulan en este corazón y cerebro madrileño, obra de esos dignos ministros que, tanto aquí como al otro lado de los Pirineos, conocen bien el arte de halagar la credulidad nacional. ¿Y quién puede dudar la autoridad de la religio loci, la Puerta del Sol?, ¿quis solem dicere falsum audeat? Y tampoco cabe negar, a pesar de las nubes de puros, humo y mentiras, que el astuto pueblo siempre se las arregla de la manera que sea para llegar finalmente a la verdad.

Obsérvense los curiosos grupos de hombres de aspecto pálido, descalzos, hambrientos, con aire de bandidos, con ojos fieramente relucientes y capas deshilachadas, que se arraciman como abejas en torno al lector de alguna "carta auténtica". Estos constituyen dos de las tres clases en que pueden ser divididos gran parte de los que llevan chaqueta larga: primero el pretendiente, que aspira a un cargo, a ser posible una sinecura, y cuyo alimento es la esperanza; luego viene el empleado, joven afortunado con la suerte de haber nacido en buena familia y cuya felicidad es la certidumbre de poder cobrar sobornos y la posibilidad de recibir el sueldo de su cargo; y finalmente el cesante, es decir, uno que habiendo tenido cargos, ha sido echado de ellos, cuyo goce y beneficios han cesado, cuyo dolor es el recuerdo y su consuelo la venganza.

Los pretendientes y cesantes desgastan los dinteles de los ministerios del momento o bien frotan con sus suelas el pavimento de la Puerta del Sol, inquietos como bestias enjauladas, porque esta es la zona de los empleo-maníacos, las víctimas de esa locura por conseguir un cargo que es la enfermedad peculiar de Madrid. De aquí que este, su punto de cita, sea la ceca del chismorreo, y que todos los que han vivido íntimamente con ellos sepan lo invariablemente que cada uno difama al otro en cuanto ha vuelto la espalda, las clases bajas a veces con un puñal, más agudo aún que la lengua. Cada uno, de hecho, es por doquier el ídolo aquí, porque ningún español tolera nunca un rival o un superior.

Ninguna guía podrá jamás detallar los "informes de círculos bien enterados" que circulan por todas partes en este lugar, desde la traición más fiera hasta el susurro más aterrador, el "se dice en el pueblo", el frigidus humor de Horacio, el insulto personal, la calumnia emponzoñada, la insinuación plausible; y todo ello dignificado por la espléndida fraseología del idioma castellano, o bien reanimado por la sátira burlona, el sarcasmo cortante y el ingenio epigramático, artes estas en las que los dramáticos serio-cómicos españoles tienen pocos rivales.

Así es como existen estos empleo-maníacos, aburridos y pesados, engañadores y engañados, porque, como verdaderos fantasiosos, son crédulos en la misma proporción:

Con ellos el placer es tan grande

de engañar como de ser engañado.

La exclamación "es falso", "mentira", "mientes" está en todas las bocas; y no es que esto sea, lo mismo que dar el mentís, lo cual en la honrada Inglaterra es el insulto mortal, con frecuencia sentido en lo más hondo. Esta doblez asiática (la furberia italiana) es tanto más engañosa cuanto que va acompañada de una aparente franqueza plausible y matizada por maneras de clase alta, que tienen la apariencia de la sinceridad misma y son muy edificantes a ojos de

los que no conocen a este pueblo extraño y oriental; pero, como dijo el Duque, que era la veracidad en persona, “es difícil entender bien a los españoles, esta gente son una curiosa mezcla de baja intriga y extrema altanería de maneras” (Parte del 13 de diciembre de 1810).

La Puerta del Sol es también el punto de reunión de los petimetres, de los elegantes y de la gente de ambos sexos cuyas intrigas no son políticas. Es también lonja de mendigos. Aquí se celebran también rifas, una especie de loterías, que son corrientes en toda España. A veces los premios son meras fruslerías, baratijas para el bello sexo, estampas de santos para los devotos; a veces un cerdo cebado o buenas onzas de oro bajo, cebos seguros sin duda alguna para el apetito ratonero y la avaricia digna de un tiburón de los que suspiran por volverse ricos de pronto con juegos de azar o intrigas.

Entramos ahora en la calle de Alcalá, que, durante el efímero gobierno de Espartero, se llamaba calle del duque de la Victoria. Nous avons changé tout cela, dice Louis Philippe. Es esta una de las más bellas calles de Europa; está situada en una suave cuesta y tiene justo la curva necesaria para ser grácil. Esta gran aorta se ensancha como un río, desembocando sus aguas vivas en el Prado. El perfecto efecto de esta calle queda estropeado por lo bajas que son algunas de las casas, que en esto no guardan la proporción debida a la anchura que bordean: los naturales, sin embargo, se extasían ante ella, porque es ancha y de aspecto extranjero, algo, por tanto, que no se ve en sus propias y más antiguas ciudades semimoras; pero el resol en el verano es terrible, y el marqués de Pontejos merece elogios por haber plantado las acacias. Mientras tanto, las ráfagas heladas de las cimas nevadas del Guadarrama penetran por las calles transversales, apagando la breve vela de la vida madrileña.

El primer edificio a la izquierda es la bella y rectangular Aduana, construida en 1769, que honra al teniente general Sabatina, de la Real Academia. Las fachadas oriental y occidental son innobles, pero la que da a esta calle es bella; el escudo y las famas son obra de Michel, pero añaden poca cosa a su fama; los patios y los detalles del interior están tan bien dispuestos que allí lo único que falta es actividad mercantil; pero los disparates fiscales de España y su reajustador, el contrabandista, se encargan de que la situación de

los comisionados sea como en otras partes una sinecura mal administrada. Incluso los sátiros de piedra que hay fuera se sonríen ante la farsa de los negocios que se hacen en el interior y de las facilidades que se extienden en el exterior al fraude, sobre todo desde los decretos y la tarifa aduanera de 1841, estranguladores del comercio y gracias a los cuales se prohibió la entrada en España a todo lo extranjero, excepto por la vía del contrabando.

Junto a la Aduana está la Real Academia de San Fernando, exótico edificio borbónico; la Academia fue fundada en 1744 y traída aquí en 1774. Felipe IV había querido crear una, pero se lo impidieron las envidias, el odio y la falta de caridad de los artistas mismos entre sí (Carducho, “Dial.”, 158). Junto al museo hay una colección de historia natural; pero fue en vano que Carlos III hiciese inscribir sobre el portal que aquella iba a ser residencia al tiempo del arte y la naturaleza, bajo el mismo techo: los reales académicos, imitadores segundones de obras ajenas y no de la naturaleza, han conseguido efectivamente impedir el matrimonio. Este edificio ha sido con excesiva frecuencia un hervidero de intrigas y cuna de mediocridad. Fundada indudablemente para restaurar el arte moribundo, fue llamada a la cabecera, como el doctor Sangrado, demasiado tarde; y tampoco era una sociedad humanitaria que pudiera resucitar a un paciente realmente muerto, y no solo en apariencia. Llegó, más bien, a sofocar la última chispa de nacionalidad y luego procedió a colgar sus naderías copiadas con tanto orgullo como un empresario de pompas fúnebres podría colgar sus crespones ante la casa del difunto. La Academia nunca ha producido siquiera un artista decente, ni se ha infundido vitalidad a sí misma aprovechando para sí el talento que pueda haber surgido en otras partes como resultado de esfuerzos individuales y no ayudados. Los académicos reales han diseminado falsos cánones con sus enseñanzas y estimulado el mal gusto con su ejemplo y el prestigio de su categoría: pues tal fue la influencia de la realeza y la Corte que la nación llegó a creer que estaba en el poder del rey absoluto, con solo nombrar a un chapucero cualquiera pintor de cámara, o bien con convertirle en su propio pintor de retratos o de cuadros históricos, el transformarle en un Tiziano o un Rafael.

La Academia posee unos trescientos cuadros de segunda categoría entresacados de colecciones reales, particulares y confiscadas.

Alrededor de una docena o así de cuadros buenos relucen como el oro en la arena parda, rari nantes in gurgite vasto; cierto número de pequeñas figuras de terracota policromada que representan la matanza de los inocentes, etcétera, han sido añadidas recientemente de la colección confiscada a don Carlos, y merecen ser examinadas. A la puerta se vende un catálogo impreso del contenido de diez salones. La galería está abierta al público los lunes y los viernes, y siempre a los extranjeros. Hay arriba algunas estancias reservadas que, a pesar de todo, se pueden visitar solicitándolo y pagando una cantidad: en el primer piso hay una colección de vaciados en escayola hechos por Mengs, con la esperanza de sacar modelos de la escultura antigua, de los que España anda muy escasa.

Los cuadros que hay en los salones de los reales académicos son de un Mengs malo que se ha vuelto loco. El salón del trono, de oropel, reluce con sus retratos de los Borbones españoles, desde la cabeza de beduino de Carlos III hasta la sensualidad porcina de Fernando VII; estos y sus consortes, dignas cónyuges, son todo lo brillantes que pueden hacerles las plumas, los flecos, el encaje y los diamantes; todo reluce menos los ojos sin brillo, todo es principesco menos los rostros: los originales parecen hechos por los "jornaleros" de la naturaleza, músicos, mozos de cámara, confesores y otros, porque está en el poder de una mujer el mancillar la sangre de Carlomagno; y sus retratos fueron pintados por hombres dignos de representar a tales individuos, por los señores López, Cruz, Estevé, reales académicos todos ellos, y por algunos otros que no son rien, pas même académicien. Los indígenas orientales, que gustan del oro bajo y los diamantes en esse et posee, se quedan en éxtasis cuando contemplan todo este deslumbrante espectáculo: "¡Maldito! –le dijo Apeles a un chapucero de oropel– como no podías pintar a Helena bella, la has pintado elegante".

Entre los mejores cuadros obsérvense, en el primer salón, un Cristo crucificado y un Cristo en púrpura, de Alonso Cano; un Cristo ante Pilatos, de Morales. El grandioso Murillo es El tiñoso, en el que Santa Isabel de Hungría está aplicando remedios a la cabeza costrosa de un niño pobre; ella está llena de ternura, pero las llagas están demasiado realísticamente pintadas para ser agradables, porque recuerdan la crítica de Plinio (XXXIV, 93) sobre un cuadro semejante de Leontino, cujus hulceris dolorem sentire etiam

spectantes videntur; pero su santa caridad ennoblece estos horrores, que una mano real no rehusa curar, y ¡con cuánta suavidad!; su cabeza bella, casi divina, contrasta con la de una vieja mendiga en primer término. Este noble cuadro fue arrebatado a La Caridad, donde el tema era muy apropiado, para ser llevado al Louvre, pero Waterloo se lo devolvió a España, aunque no a la bella Betis. Por el camino de regreso hubo de parar en la Real Academia; y, sin embargo, la Santa Isabel, aunque devuelta, no pudo escapar a la desfiguración, por haber sido demasiado limpiada y repintada, sobre todo en la esquina inferior a la derecha.

Obsérvese a continuación una buena Minerva de bronce. En el segundo salón hay dos soberbios murillos, robados también por Soult de Santa María la Blanca, en Sevilla, también enviados a París y devueltos, como el Santa Isabel. Estos espléndidos cuadros representan la leyenda del sueño de El patricio romano, que precedió a la edificación de Santa María la Mayor, en Roma, bajo el papa Liberius, hacia el año 360; son semicirculares de forma, para poder llenar los huecos que todavía se notan en Sevilla. Las pinturas en las esquinas son un desacertado perfectionnement, añadido en Francia, y distraen la atención de los originales, que fueron implacable y excesivamente limpiados en París y luego han sido muy repintados por un cierto García. El sueño es el mejor de los dos y es una exquisita representación de la sensación de dormir. El senador romano está vestido como un hidalgo español, porque el localismo y el españolismo de Murillo desdeñaban incluso tomar el atuendo del extranjero; el patricio tiene un aire muy shakespereano: está profundamente dormido, en plena siesta, y no es de extrañar, ya que tiene un gran libro, un mega kakon, que es indudablemente soporífico. La Virgen, en el aire, señala el solar de la futura iglesia. El cuadro con que hace pendant, donde el que ha soñado explica su visión al pontífice, está pintado en estilo vaporoso: la procesión lejana es admirable.

Obsérvese también un Hércules y Omfala, del que se dice que fue pintado por Rubens (?). Los bronces de Carlos V y Felipe II son de Lean Leoni, los del Conde Duque y Juan de Austria son de Pedro Tacca. En el cuarto salón hay algunos monjes bien pintados, obra de Zurbarán, especialmente uno de Jerónimo Pérez, con un libro; el Desengaño, de Antonio de Pereda, está lleno de cráneos y de

horrores; obsérvese una Concepción, de Roelas, y un retrato de Antonio Serbas, de Francisco Porbus. En el quinto salón hay retratos de Felipe IV y María, su mujer, obra de Velázquez (?). En el séptimo están las obras de los reales académicos. Los que admiren a Ribera podrán observar algunos retratos y cuadros pintados con su habitual fidelidad a la naturaleza tosca y mal escogida. Unos cuantos pequeños cuadros de Goya cuentan entre las mejores producciones del arte español moderno.

Las exposiciones anuales de los reales académicos y sus colegas tienen lugar en estos salones en septiembre, pero el espíritu del antiguo arte nacional español ha huido de aquí, y la pintura, que se elevó con la monarquía unida, ha compartido la decadencia de esta, pereciendo finalmente bajo el extranjero. Ahora todo es de prestado; no hay arte elevado ni originalidad: los mejores pintores modernos no pasan de ser mediocridades. Gutiérrez es un mero copista de Murillo, Villaamil lo es de nuestro Roberts, aunque a respetuosísima distancia. Alonso, Ribera, Esquivel, siguen los pasos de Madrazo, que con sus compañeros de la Real Academia sigue a su vez los de Mengs y David, de cuyo estilo es el suyo con frecuencia una exageración. Han aprendido un manierismo que impide y cierra la posibilidad de una vuelta a la naturaleza y, como dijo el filósofo romano, “Magistrum respicientes, Naturam ducem sequi desierunt”. En consecuencia, su arte se ha convertido en pálida copia de las ideas y las obras de otros; bajo la influencia del invernadero de la Real Academia, el arte languidece como una planta exótica, enfermiza y sacada a la fuerza de su verdadero ambiente, y no es la planta vigorosa del silvestre y rico suelo de España. No fue así como se levantaron Ribera, Velázquez o Murillo, cuya obra lleva el sello de la mente individual de todos los grandes españoles, que no tomaron a préstamo nada de Apeles o Rafael, de Grecia o de Italia; más bien, rechazaron todo esto y sus maneras y pintaron al hidalgo y a la cristiandad monacal o al marianismo español; dibujaron con color local temas que se correspondían con el ojo y la mente nacionales, mientras que la mens divinior de Murillo y la médula y el sabor masculinos de Velázquez impartieron a los temas más cotidianos su propia frescura y su propio fuego, como Pigmalión, en ese bello mito, inspiró vida en una piedra.

En el segundo piso está el gabinete de Ciencias Naturales, que

ocupa ocho estancias y fue formado por los invasores, pero Fernando VII hizo lo que pudo por repararlo y restaurarlo. Es rico en minerales y mármoles españoles; la luz, sin embargo, no es buena, ya que ha sido excluida, como en tantas capillas en que hay buenos cuadros, por una perversa ingenuidad, a pesar del bendito sol de esta tierra prometida, donde la luz es buena, como cuando la aprueba el gran Creador, y donde no hay negros, niebla ni impuesto sobre las ventanas. Hay una especie de guía bastante mediocre, titulada Paseo por el gabinete natural, Juan Meig, octavo, 1819. La zoología, la ornitología y la historia natural llevan mucho tiempo abandonadas en España. Véase Widdrington, I, 40. Últimamente han tenido lugar algunas mejoras; pero, así y todo, en esta y en otras colecciones no hay una sola cosa que esté completa, y lo que tienen apenas lo conocen y raras veces son capaces de dar la información más elemental sobre las producciones de los reinos animal y vegetal en su propio país, ni más ni menos que los cuadros o imágenes que tiene en su propia capilla. De la misma manera que en Oriente, lo poco que se ha hecho ha sido obra de extranjeros, como Bowles, Loefling, Boissier, Boutelou, Schultz, Widdrington y otros; o bien de españoles que han viajado por el extranjero, como Cabanas, Elorza y otros. El gabinete está ahora bajo la dirección de un catalán llamado Graells, de quien cabe esperar mejores cosas. La escuela de minería está también bien dirigida por el señor Prado. Los extranjeros han puesto en marcha esta rama de beneficio inmediato; y España, que ahora se ha vuelto loca por las minas, está pidiendo constantemente minerólogos inteligentes.

Las muestras de mármoles, espléndidas, son ejemplo de los tesoros que siguen escondidos todavía en la Península; las baldas de los gabinetes están llenas de las variedades más escogidas. Obsérvese el verde antique del barranco de San Juan, cerca de Granada; los jaspes pardos, de Lanjarón, ágatas de Aracena; azufres cristalizados de Conil; minerales de plomo de todos los tonos, de la Sierra de Gador; cobre de Río Tinto; un trozo de oro virgen de la mina de Sonora, que pesa dieciséis libras; otro de plata, de doscientas libras. La grandiosa atracción de los gitanos españoles es la piedra imán de gran tamaño y siempre están planeando la manera de robar este bar lachi que ellos consideran filtro amoroso y talismán contra la policía, los aduaneros y el demonio.

El reino animal es menos rico que el mineral, ya que este último puede ser extraído de la tierra tal y como se encuentra en ella, y es una materia prima lista para el museo sin más preparativos, mientras que las muestras del reino animal requieren el arte de la disección y la preparación, cosas más propias del extranjero práctico y eficiente. Aquí sin embargo, vemos el megaterio, un esqueleto prácticamente único del Mastodon Megalotherión, hallado en 1789 cerca del río Luján, a trece millas de Buenos Aires, y enviado a España por el virrey Loreto. Es el más grande y perfecto semi-fósil que existe, y a su lado el elefante parece diminuto. Hay también tres estancias que no están abiertas al público y merecen ser visitadas: una llave de plata abre sus puertas. Contienen curiosidades sudamericanas, indias, chinas, moras y de todos los tipos, ninguna de excesivo interés o rareza para los que están acostumbrados a las mejores colecciones europeas. Hay también algunos preparados anatómicos y fetos, escondidos a causa de una pudibundez demasiado susceptible: pero que nadie deje de ver la soberbia colección compuesta de unas cien tazas, tazzas, del cinquecento, y de vajillas de plata exquisitamente enjoyadas. Obsérvese una sirena con cola de esmeralda que se levanta en una llanura de oro moteado de rubíes, obra de Cellini; y una taza sostenida por una mujer. Muchas de estas obras fueron rotas por los invasores, y nunca han sido reparadas, por lo que sus guardianes parecen no darse cuenta en absoluto de su belleza y su rareza.

Al otro lado de la calle se encuentra La casa de los Heros, que es un gran almacén de cristales, y junto a él está el Depósito Hidrográfico, fundado por Carlos III y construido por Rodríguez, donde se encuentra una tolerable biblioteca, y algunos instrumentos de uso náutico y astronómico. En una hornacina de la Hospedería de los Cartujos está la admirable estatua de San Bruno, obra de Pereyra, muerto en 1667, que es un completo fósil, un monje petrificado. Su San Martín, igual de bueno, fue hecho pedazos por los invasores. Más abajo, en el mismo lado de la calle, está la casa que desde 1814 ha sido residencia de la embajada inglesa, y en la que se ha hecho alarde de más constante y espléndida hospitalidad que en cualesquiera diez casas de grandes de España. Enfrente, en la esquina del nordeste, está el llamativo palacio cuadrado que recibe el nombre de La Buena Vista y que fue construido hacia fines del siglo pasado por la manirrota duquesa de Alba. Fue comprado por

el ayuntamiento de Madrid y dado por él al adulón Godoy, que entonces se hallaba en la cúspide de su poder. Confiscado en 1808, fue convertido después en museo militar, en el que se pusieron modelos de fortalezas y muestras de curiosas piezas de artillería y otras cosas por el estilo. Todo esto fue quitado de allí cuando Espartero fue regente y residió en el palacio, y llevado al Buen Retiro, de donde, con toda probabilidad, acabará por ser vuelto a traer aquí. La noble mansión contiene un magnífico apartamento, en el que en 1844 se alojó el embajador turco, Fuad Effendi; y lo que no es raro en Madrid, de balde, o sea, gratis; de esta manera, en esta tierra de anomalías se da residencia gratis al representante del odiado infiel, el viejo enemigo de la catolicísima España; e Isabel II dio a este musulmán la orden de su gran tocaya, cuyo orgullo era precisamente haber derrotado a la media luna.

Siguiendo nuestro paseo llegamos a la Puerta de Alcalá, construida en 1778 para Carlos III por Sabatini. Es la mejor puerta de Madrid, y puramente ornamental; y es que las murallas, mero cinturón para la “Corte única”, son de tierra y podían ser saltadas por un Remo relativamente activo; pero nunca se trató de utilizarlas como defensa contra otros invasores, que no fueran, todo lo más, cigarros puros de contrabando; y sin embargo, aunque podrían ser echadas abajo solo con garbanzos, este adorno arquitectónico fue mutilado por el invasor, cuyas deportivas balas de cañón fueron dirigidas especialmente contra él; Te saxa loquuntur.

A la izquierda se encuentra la plaza de toros, que fue construida en 1749, tanto para sostener los hospitales como para proveerlos de pacientes. Tiene alrededor de mil cien pies de circunferencia y capacidad para doce mil espectadores. Desde un punto de vista arquitectónico, esta plaza de la Corte modelo es más ruin que las de muchas ciudades provinciales: no se trató de hacer un anfiteatro clásico, de imitar al Coliseum de Roma; el exterior es desnudo y sencillo, como hecho así deliberadamente, mientras que el interior está dotado de bancos de madera y es, en realidad, poco mejor que un matadero, pero también es cierto que para eso fue diseñado y hay en él algo así como un ambiente de asesinato eficiente que revela al moro, que buscaba un deporte de sangre y muerte y no un alarde de habilidad o gusto artístico. Las corridas de toros, cosa puramente española, respiran españolismo desde el principio hasta

el fin y rechazan incluso lo bello del extranjero como una adulteración. Las corridas de toros comienzan en abril y siguen hasta noviembre; normalmente, tienen lugar los sábados y los lunes y por la tarde; pero siempre se avisa con suficiente antelación por medio de carteles. El aficionado, naturalmente, saldrá la mañana anterior a caballo a El Arroyo de Abroñigal, a fin de ver qué tal es el ganado; también tomará la precaución de conseguir un billete del lado de sombra de la plaza y se situará entre la calle de Alcalá y la plaza, cosa de media hora antes de que abran las puertas para ver la llegada de la muchedumbre: qué alboroto y cuánto polvo, qué vestidos y qué calesas, qué salvajes conductores, corriendo por fuera, qué pintorescos manolos y manolas dentro...; ahora, ciertamente, estamos en España y no hay posibilidad alguna de error. El fiero sol africano, con su deslumbrante relucir, calcina los cielos y la tierra, calentando al hombre y a la bestia hasta la misma locura; y ahora vemos cómo, llevada de una feroz sed de sangre, que se ve en los ojos relucientes y en el nervioso cuchillo listo, la pasión del árabe vence a la frialdad del godo: qué diferentes son la muchedumbre y su prisa ruidosa a la vida tranquila y la monotonía normales en estos lugares. La horrible emoción fascina a la mayoría, como la tragedia de una ejecución, porque, como observa un agudo francés, “La réalité atroce es el recreo del salvaje y lo sublime de las almas comunes”. Los cuadrúpedos están tan excitados como los bípedos, si exceptuamos a los pobres caballos, que son más provocados que los toros mismos.

Los toros para esta plaza suelen proceder de los pastos del Jarama: esta raza era famosa incluso entre los moros, pero todo aficionado podrá leer la espléndida descripción de uno de ellos en la balada de Gazul, Estando toda la Corte (Durán, 1, 36). Estos versos fueron indudablemente escritos por un torero en activo, y en el lugar mismo: relucen con su luz y su color local, como un Velázquez, y son tan detalladamente correctos como un Paul Potter, mientras que la Corrida de Toros de Byron es invento de poeta extranjero y está llena de ligeras inexactitudes.

Las corridas de Madrid son de primera clase y nada se economiza en ellas, aparte de los caballos: este es el espectáculo nacional, y los salarios altos que se pagan en la Corte atraen, como es natural, igual que a nuestro Haymarket, a los artistas más distinguidos.

Enfrente están los jardines del Buen Retiro y su puerta de entrada, la glorieta. Volviendo al Prado, la vista es muy notable. El Prado, nombre conocido de todo el mundo, es el Hyde-Park de Madrid; aquí, en las mañanas de invierno y las tardes de verano, aparece toda la gente importante, la belleza y la moda. Es un lugar apropiado para estudiar la ropa y las maneras y para observar esos vehículos antediluvianos con ridículos cocheros y grotescos lacayos que recuerdan a las caricaturas que entre nosotros irían a parar al Museo Británico. Estos vehículos pesadotes dan vueltas y vueltas, rutina esta tan pesada como la monótona vida del oriental y el español, en la que el hoy es reflejo del ayer y anticipación del mañana. Las excepciones son los coches de los ministros extranjeros y de los pocos grandes y arrivistas ricos que se las arreglan para comprar los de algún embajador que se va, o bien los de los que se las han arreglado para invertir sus honradas ganancias en la Bolsa en algún equipage parisino reluciente de puro nuevo.

El Prado era en tiempos de Felipe IV una hondonada boscosa famosa por sus asesinatos y por las intrigas, tanto políticas como amatorias, que tenían lugar en él. Fue allanado y plantado por el conde de Aranda, bajo Carlos III, y trazados sus caminos por José Hermosilla; su longitud, desde el convento de Atocha hasta el Portillo de Recoletos, es de nueve mil seiscientos cincuenta pies; la parte más frecuentada, "El Salón", se extiende desde la calle de Alcalá hasta la calle de San Jerónimo, y tiene mil cuatrocientos cincuenta pies de largo por doscientos de ancho. El Salón termina con una fuente de Neptuno, obra de un cierto Juan de Mena, individuo que, evidentemente, no tiene nada que ver con el poeta del mismo nombre. De las otras siete fuentes, las de Apolo y Cibeles son las más admiradas; pero estos objetos de piedra no tienen comparación alguna con los grupos vivientes de todas las edades, colores y atavíos que se pasean y charlan, se sientan y fuman, como verdaderos orientales, contentos se gastan el tiempo y la vida en humo, fumando y diciéndose a sí mismos que no es más que humo y pensando que piensan. El Prado, una cosa y una escena puramente españolas, es único; y como no hay nada que se le parezca en toda Europa y, oh maravilla, no hay ningún inglés en toda su extensión, resulta fascinador para todos los que cruzan los Pirineos. Su eterna igualdad se pierde para el forastero que no se queda aquí más que una semana, mientras que para el indígena esa

misma igualdad tiene un encanto, porque aquí, como entre los niños y los orientales, la costumbre no se vuelve rancia y todos prefieren el mismo y antiguo juego a uno nuevo. Donde las diversiones artificiales son raras y las inquietudes intelectuales escasas, cuando el sol quema, basta con un suave paseo a la sombra, durante el cual el amor y el flirteo se convierten en evidente recurso y ocupación para los jóvenes de ambos sexos; y el apetito de este esparcimiento crece con lo mismo que lo alimenta, hasta que la matemática y la economía política parecen pasatiempos secos y nada incitantes: a medida que las partes envejecen, su amor por la vida va mezclándose con cierta medida de devoción, unas pocas puñaladas y mucho tabaco.

Y también resulta bastante animador ver en el Prado lo unidos y lo buenos amigos que los españoles parecen ser. No se acaban nunca los cumplidos y los besos, pero en el fondo, las envidias y los odios que acechan por todas partes debajo de esto son mortales; y son de doble filo los cuchillos intangibles que asen los asesinos mentales, porque muchos besan a manos que quieren ver cortadas. Sin embargo, todo está aquí disfrazado muy agradablemente, porque los españoles, como los musulmanes, son muy buenos en esto del camuflaje, tanto en la iglesia como fuera de ella; son sumamente observantes de las formas y las ceremonias, y en todo lo que los correctos franceses llaman les convenances; por lo tanto, nada de lo que pasa aquí o, ciertamente, en cualquier otro lugar de España, ofende a la vista del público y se diría que Temis está sentada en todos los bancos judiciales, y la casta Diana encerrada en todas las alcobas entre pedazos de hielo, tan bonita en la mantilla que cubre las intrigas privadas. Pero todo, en resumen, lo que en Inglaterra sale a la luz del día y es del dominio público, está aquí cuidadosísimamente ocultado y no faltan quienes piensen que, quitando al vicio toda su tosquedad, se le quita también esa mitad de su deformidad. El Prado es un escenario polvoriento y ruidoso, ya que no crece en él hierba ni hay allí nada que se parezca a un prado inglés, a pesar de su nombre, que es un modesto error, a la manera de los Champs Elysées del paraíso parisino. Ninguna flor esmalta este Prado, aparte de las que son ofrecidas por impertinentes hijas de Flora. El fuego y el agua, “¡Candela y fuego!” y “¿Quién quiere agua?” se oye gritar por todas partes; como estos han sido durante largo tiempo los ingredientes esenciales de santos

menesteres, las hogueras de la Inquisición y el agua bendita de la iglesia, resultan igualmente necesarios para encender puros y apagar la sed, y en consecuencia, chicos que parecen salidos de cuadros de Murillo corren por todas partes con cabos de cuerda encendidos para los fumadores, es decir, para el noventa y nueve por ciento de los hombres, mientras que los aguadores siguen al fuego, como bomberos, con agua fresca, ya que el español es tan adusto como su suelo y tan sediento como el Vesubio.

Por extraño que aún parezca el Prado, lo cierto es que ha decaído mucho en comparación con los buenos tiempos antiguos, anteriores a la fatal invasión y al nuevo progreso; todas las tardes la marcha del intelecto transpirenaico acaba con alguna costumbre y algún traje nacional. ¡Oh!, la tiranía de los sastres, los carroceros ingleses y las modistes, y los barberos franceses. Y así aparecen prendas y coches nuevos y barbas a la Brutus, que disfrazan esta tierra de capa y de don Patillas. Triste, ciertamente, es ver a esta gens togata, que solían ser los modelos y maestros de Europa, arrojar ahora de sí sus pieles y capas y ponerse el paleto, la librea ceñida del extranjero; pero Bonaparte nunca infligió más daño al hombre español que la pequeña modista francesa a la hija de la saya y mantilla, y tampoco están seguros sus preciosos órganos bucales, porque ahora oprimen a su espléndido idioma, cambiándolo por lo que ellos consideran las modas idiomáticas de París, con la misma falta de juicio de que hicieron gala sus estúpidos antepasados (Estrabón, III, 225).

En el Prado, espejo de Madrid, observaremos la lamentable influencia del extranjero, por quien, de palabra, el español profesa tanto desprecio,[*] pero cuyos actos contrastan ciertamente con todas sus jactancias. “Los españoles sobre todos”. Aquí quitan todo su encanto al Prado y hacen todo lo posible por desnacionalizarse a sí mismos y por destruir con mano suicida su más grande mérito, que es el de ser españoles, porque las mejores atracciones de España son precisamente las que son características de sí misma: aquí, en cambio, todo lo que está imitado resulta pobretón y de segunda categoría, y disgusta al extranjero, que puede ver los originales mucho mejor en su propia tierra: cruza los Pirineos, fatigado del aburrimiento, la monotonía y la uniformidad de la ultracivilización, para venir a ver aquí algo nuevo y no europeo; abriga la esperanza de encontrar de nuevo en España, como en la luna de Ariosto, todo

lo que se ha perdido y olvidado en otras partes: de aquí el interés constante que presentan para él las clases bajas, las cuales –como continúan siendo nacionales y completamente españolas y, muy lejos de ser ridículas– como las clases altas, constituyen el encanto y la admiración del resto del mundo. ¡Oh, fortunati, nimium sua si bona norint!

El Prado, al acercarse uno a la plaza de Atocha, se vuelve más y más sombreado y tranquilo. Este es el lugar favorito de los pesados, los amantes y los amigos de pegarse a la gente. Los que recuerdan España cuando era verdaderamente española echarán de menos a los monjes y curas y las auténticas mantillas, porque la actual mantilla es indigna de tal nombre, y el paso castellano no puede compararse con el aire y meneo del andar de una gaditana o con la gracia y piafar del paso airoso de una andaluza.

Siguiendo a la izquierda, llegamos al sencillo monumento piramidal del Dos de Mayo, levantado a los manes de las víctimas de Murat. Fue comenzado en 1814 por las Cortes, pero interrumpido por Fernando VII, a cuyos ojos los senadores y los héroes de la Guerra de la Independencia no merecían favor alguno, a causa de sus tendencias reformistas. Aquí, un modesto león castellano descansa su pezuña sobre todo el globo terráqueo, ni más ni menos. El aniversario del Dos de Mayo se celebra aquí como nuestro 5 de noviembre. Los franceses consideran esto una afrenta, y ofensivo para su honneur, y sin duda alguna, la facción galo-cristiana ahora dominante desanimará pronto esta festividad anual, que como su monumento mismo, es un recuerdo y una advertencia, porque el pasado siempre fue profeta del futuro.

Estas tres palabras: “dos de mayo”, como nuestras “cinco de noviembre”, tienen un significado cabalístico y explican la causa que condujo al levantamiento espontáneo de la nación entera. La triste historia se cuenta en pocas palabras. Murat llegó a Madrid en abril de 1808, enviado a la capital por Bonaparte, que quería asestar un golpe de terrorismo y conocía bien a su instrumento. Fue Murat quien, con Loison, barrió a los parisienses con metralla el 5 de octubre de 1795; en consecuencia, se le eligió ahora para representar la misma comedia en Madrid. La partida forzosa de los hermanos del rey fue mal recibida por los ciudadanos; se oyeron

gritos de ira. Entonces Murat dio órdenes de que “los grupos sin armas fueran atacados a sablazos por el general Dausmenil, y los polacos y los mamelucos se distinguieron por su conducta sanguinaria” (Toreno, II). De esta forma se añadió un insulto a otro, porque los mamelucos recordaban al pueblo a su antiguo invasor infiel. Las autoridades españolas accedieron entonces a una tregua, pero Murat, que prometió por su honor observarla, luego, en el instante mismo en que se restableció la tranquilidad, se apoderó de jóvenes y viejos, laicos y clérigos, y los hizo fusilar en grupos en el Prado, que era el lugar más público. Al día siguiente formó una comisión militar, encabezada por Grouchy, que envió a cientos de españoles a la muerte. Los espantosos detalles se pueden leer en Toreno y Blanco White (Carta XII), testigos presenciales; consúltese también a Foy (III, 172) y a Schepeler (I, 53). Pero Murat no buscaba más que aterrorizar a la gente: “La journée d’hier donne l’Espagne a l’Empereur”, escribió. ¡Pobre tonto Franconi! Precisamente fue aquel día el que hizo perder hasta Francia a su dueño, mientras el destino de los dos agentes satisfacía a la justicia más poética. Una bala, disparada en Pizzo el 13 de octubre de 1815, ajustaba debidamente su cuenta a “le beau sabreur”, ejecutado según las regulaciones sumarísimas de otro de sus propios draconianos decretos; y Grouchy participa en la caída de quien fue origen de todo esto.

Bonaparte, cuando se enteró de que el terrorismo no conseguía otra cosa que exasperar a toda España, sustituyó al torpe ejecutor por Savary, que llegó para ponerse al frente del bravo ejército francés, a pesar de la indignación con que aceptaba este el ser puesto a las órdenes de un mouchard y que, además, había participado en el asesinato del Duc d’Enghien (Foy, IV, 34). Pero Bonaparte sabía bien que su instrumento era apropiado para cualquier acto maquiavélico, y razón tenía porque Savary se las arregló enseguida para secuestrar a Fernando VII, en quien “sa chaleur et l’air de vérité firent impression”. Fernando, ignorante, poco educado y engañado por su pedantesco tutor, el canónigo Escoiquiz, se negó, cuando le advirtieron de que se le tendía una trampa, a creer tal cosa. “La seule idée d’une si horrible perfidie était una injure a la grande âme d’un héros tel que Napoléon”, dice Foy (III, 147).

Los héroes españoles del Dos de Mayo se llamaban Jacinto Ruiz,

Luis Daoiz y Pedro Velarde, que son populares porque actuaron de acuerdo con toda la nación como cualquier auténtico español habría hecho en su lugar. Estos oficiales subalternos, o, mejor dicho, insubordinados, de artillería, se negaron a obedecer a sus jefes cuando se les ordenó entregar sus cañones a los franceses: los dos últimos murieron en la desigual pelea. La filosofía de la guerra española de independencia fue el españolismo, es decir, la resistencia al dictado extranjero; la conducta fue accidental, impulso momentáneo, valor personal y desdén por la disciplina. Pero ¿quién podrá calcular jamás lo que hará este pueblo volcánico, que nunca calcula, pero cuyos actos espontáneos son guiados por pasiones tan fieras como el sol mismo de África y tan caprichosas e instantáneas como el huracán? Aquí tenemos a tres individuos, que solo disponían de tres cañones y diez cargas, pero que desobedecieron las órdenes recibidas y osaron oponer su debilidad y falta de preparación a la fuerza de un enemigo muy militar y poderosamente organizado; no tenían de su lado nada más que su gran valor y su odio, aún más grande, al invasor, y representaron en esto a la mayor parte de sus compatriotas. Y aunque fueron derrotados, porque sus jefes inexpertos les lanzaban contra un enemigo más fuerte, y aunque sus miserables juntas y gobiernos les dejaban "carentes de todo en el momento crítico", a pesar de todo esto, miles de españoles humildes pero valientes, tan pródigos de sus vidas como musulmanes, se levantaron para reemplazar a los caídos en esta guerra santa. Los fugitivos llevaban consigo los tristes detalles a las provincias, como conminaciones a la guerra en Oriente (Jueces, xx, 6). La cruz de fuego pasaba de mano en mano, sus chispas caían sobre regueros ya listos para arder y que explotaron por el país entero. La llama ardió como en una erupción del Etna, un solo corazón latía en el pecho de las masas, un solo grito: "Mueran los gabachos", surgió de todas las bocas. Les irritaba el desprecio del extranjero, que se creía el regenerador de la altiva Castilla; rechazaban sus obsequios, recelaban de todos los motivos de prudencia y no escuchaban más que el rechinar de sus propias cadenas. La gente honrada no necesitaba ni "monjes fanáticos ni oro inglés" para levantarse, como afirmaron falsamente los bonapartistas: fue un instinto nacional, que desafiaba a la pesadilla misma de sus dirigentes y jefes, gente miserable a más no poder; por ello se debe honor eterno al bravo y noble pueblo de España.

Volvamos ahora hacia la izquierda y entremos en el Buen Retiro. Esta gran extensión de edificios arruinados y bonitos jardines fue levantada por el conde duque de Olivares a modo de "agradable retiro" para Felipe IV, y a fin de distraer su atención de la política y de la decadencia de su país. Este rus dentro del recinto amurallado de la ciudad fue ideado para evitarle la molestia de salir de la "Corte única" y paraíso terrestre siquiera fuese por un solo día. Aquí fueron erigidos un palacio y un teatro en el que se representaban las comedias de Lope de Vega; el palacio, sin embargo, se incendió accidentalmente, y allí perecieron muchos hermosos cuadros de Tiziano y Velázquez; fue reconstruido por Fernando VI, y su actual estado de desolación es obra de los invasores, que escogieron su posición dominante para crear allí un fuerte puesto militar desde el que podían aterrorizar a Madrid; luego, el teatro, el palacio, los jardines, el museo y el observatorio fueron todos "vandalizados", como dice acertadamente Miñano.

Al entrar por la Puerta de la Pelota se ven los restos del convento de San Jerónimo, fundado por Enrique IV en honor de un torneo dado allí para el embajador inglés por Beltrán de la Cueva, que era para su amo lo que Godoy iba a ser más tarde para Carlos IV. Los Reyes Católicos añadieron mucho al edificio, que era uno de los pocos buenos ejemplos del arte gótico en Madrid y también su Abadía de Westminster, por estar lleno de sepulcros de mármol de soldados y estadistas; pero todo ello fue hecho pedazos por los invasores. En este convento tenía lugar la jura o juramento de fidelidad a los reyes de España en el momento de su sucesión; ceremonia esta que es equivalente a nuestra coronación. Fue aquí donde, en junio de 1833, Fernando VII convocó a las Cortes para ratificar la sucesión de Isabel II.

Los próceres o pares del reino, creados por el Estamento Real de 1834, se reunían en el casón o sala de banquetes. Esto, que para nosotros es una parodia de la Cámara de los Lores o, más bien, imitación de los Estados Generales, no tardó en ser disuelto por la manía de la revolución y la reforma, que confundió la innovación con la renovación.

La sala de banquetes o de baile, pintada por Giordano, a su manera audaz y suelta de Luca fa presto, fue muy estropeada por los

franceses. El Gabinete Topográfico y el Museo Militar han sido traídos aquí de Buena Vista, a donde sin duda acabarán por volver: hay que solicitar con anticipación una esquela de entrada o billete de admisión. Hay dos secciones: la primera, destinada al departamento de artillería y práctica de pontonería, y la segunda, llamada El Gabinete, que es más curiosa y donde se ven muchos modelos admirablemente ejecutados en facsímil de ciudadelas y puertos, especialmente de Cádiz, Gibraltar, Gerona y Figueras. Obsérvese en particular el exacto plano de Madrid, obra del coronel León Gil Palacio, que da una vista de pájaro de la capital. Examínese también el original modelo del proyectado palacio de Jubara, cuyo costo por sí solo habría bastado para la construcción de una casa comunal.

Cerca de aquí estaba La China o fábrica real de porcelana, destruida también por los invasores y convertida por ellos en fortaleza, que se rindió con doscientas piezas de artillería. Fue volada el 30 de octubre por lord Hill, cuando la mala conducta de Ballesteros le forzó a evacuar Madrid. Ahora La China es una de las permanentes calumnias que los españoles y los afrancesados nos lanzan, ya que se dice que nosotros, los ingleses, destruimos la fábrica llevados por envidia comercial, porque era una rival de las nuestras. “Qué otra cosa puede hacerse con tales calumnias –como dijo el Duque– aparte de despreciarlas. No tienen fin las calumnias contra mí y mi ejército, y no tendría tiempo para ninguna otra cosa si me pusiera a refutarlas o siquiera a tomarlas en serio” (parte de guerra del 16 de octubre de 1813). Estos fragmentos de porcelana e invenciones del mismo tipo del enemigo temblaron ante la potencia férrea de su consciente superioridad.

La pura y verdadera verdad es esta. Los franceses rompieron las ollas y convirtieron este Sevres madrileño en una Bastilla, la cual, y no los pucheritos, fue destruida por los ingleses, que, lejos de temer ninguna competencia española, han llegado incluso a introducir aquí su sistema de cerámica, a consecuencia de lo cual se hace ahora muy buena porcelana en Madrid y Sevilla por obra de artesanos ingleses. En este último lugar hay un convento, también convertido por Soult en ciudadela, que ahora es una fábrica de quincallería de nuestro compatriota el señor Pickman. Fernando VII, al ser restaurado en su trono, volvió a poner en marcha La China,

llevando los talleres y almacenes a La Moncloa, que fue en otros tiempos casa de la familia Alba, junto al Manzanares.

Paseémonos ahora por los agradables jardines que los invasores convirtieron en una selva virgen. Fernando VII puso gran interés en su restauración; hizo volver a plantar los árboles que habían sido arrancados por los destructores y limpió el gran estanque, el Estanque, en el que hacía maniobrar a sus cisnes y a toda la armada que las alianzas y la enemistad francesa le habían dejado a su país. También restauró el agradable jardín, que las hostiles devastaciones habían llenado de espinas y zarzas, y fundó aquí una pajarera y un jardín de animales salvajes, las fieras: estas eran animales favoritos de Su Majestad, a quien encantaba verles rechinar los colmillos al otro lado de los barrotes, como sus súbditos en las cárceles españolas, aunque no debe pensarse que estos estuvieran tan bien alimentados como aquellos. Hizo construir también pagodas chinas, a la manera de nuestro Jorge IV, y con bastante más sentido, ya que por lo menos estaban más cerca de La China que en la sombría costa de Brighton. En la parte superior de los jardines hay un montículo con una especie de pabellón de verano llamado El Belvidere, y con justicia, ya que domina una buena vista panorámica de Madrid; pero el reservado, o sea, la parte más retirada, está reservado para la familia real, aunque el administrador concede sin dificultad una esquela o permiso de acceso a todos los solicitantes respetables, y nadie debiera dejar de pedir una, porque aquí se encuentra una de las mejores estatuas ecuestres de bronce de toda Europa. Felipe IV está montado en su corcel de guerra, ataviado tal y como iba cuando entró en Lérida en triunfo. Es un Velázquez sólido, pues fue él quien pintó el cuadro por el que se guió el escultor (véase Museo, núm. 299), Montanés, que la talló en madera, y el modelo fue vaciado en bronce en Florencia en 1640 por Pedro Tacca. El grupo tiene diecinueve pies de altura y pesa ciento ochenta quintales, a pesar de lo cual el caballo caracolea, apoyado en sus patas traseras, y la melena y las riendas flotan literalmente en el aire. Como este bello objeto quedaba como perdido en el Retiro, se pensó llevarlo a Madrid, pero el ministro Grimaldi declaró que sería demasiado honor para un rey austriaco, y protestó que solo lo permitiría si la cabeza de Felipe fuera aserrada y puesta en su lugar la borbónica de babuino de Carlos III, cambio pantomímico, digno ciertamente de un

Grimaldi. Ahora se habla de llevarla a Madrid, a la plaza del Oriente, cuando se terminen el teatro y demás.

▪

* Esto también se ve en la impaciencia general que muestran todos por saber la opinión que tienen de ellos los extranjeros y en el habitual adelantarse a las preguntas y hasta provocarlas con observaciones como “los españoles son muy valientes”, o bien “las españolas son muy guapitas”. La expresión serio-cómica del que habla, mientras espera el veredicto del extranjero, derrotaría al mismo Hogarth; y al español, individualmente valiente, nunca se le debe dejar sin un cortés asentimiento, “mas claro, ya se ve”. Y también es cierto que el uso espontáneo de las observaciones arriba citadas desarma a los hombres y gana a las mujeres; y como ambos, realmente, se merecen este fácil cumplido, es un verdadero patán el que rehusara dárselo.

EL MUSEO DEL PRADO

Volvamos ahora al Prado y visitemos el museo; allí, en la parte de fuera, se lee, inscrito, “Real Artillería Británica, 1 de septiembre de 1812, A. Ramsay”. ¡Qué página de historia se condensa en esta simple constancia de un soldado raso inglés, que marchó desde Salamanca para liberar la capital!

El museo es un edificio enorme, pesado y corriente: su pesado pórtico de granito no sostiene nada, mientras que, sobre una cornisa más pesada aún, se levanta un piso superior, ruin, bajo y sin mérito arquitectónico alguno. Esta entrada tan mal aparejada no está al nivel del edificio, iluminado por pequeñas ventanas cuadradas y desfigurado por mediocres y toscas estatuas y medallones. Este fracaso, sin embargo, es calificado por los madrileños de obra “mayestática”, y que inmortaliza a su diseñador. Fue este el académico Juan de Villanueva, que lo levantó por encargo de Carlos III para sede de la Academia y Museo de Historia Natural: dejado sin terminar a su muerte, fue continuado lentamente por Carlos IV hasta la invasión. Entonces, el enemigo comenzó por destripar el edificio, y luego lo convirtió en cuartel; más tarde le arrancaron el plomo del tejado, destruyendo también grandes sectores de él y dejándolo convertido en espectacular ruina, estado en el que continuó hasta que fue destinado a galería de pinturas, idea esta por la que Fernando VII ha sido ampulosamente elogiado por Miñano, Mesoneros, Madrazo y otros, atribuyendo a su amor por las artes, que solo le inspiraban indiferencia, y al afecto paternal que sentía por su pueblo, que ni siquiera le inspiraba indiferencia, el despojar a sus propios palacios de sus mejores ornamentos, y solo por el bien público, a pesar de que el mencionado Fernando es probablemente el personaje menos estético que parió madre. La verdadera historia de esta galería de pintura es como sigue. Cuando Fernando se casó con su segunda y mejor esposa, La Portuguesa, un cierto Monte Allegre, que había sido cónsul de España en Francia, le convenció de que volviera a decorar el palacio con papeles

franceses y relojes y candeleros de bronce dorado, su particular preferencia; en vista de ello, se sacaron de él los curiosos y originales muebles cinquecento, buena parte de los cuales eran del periodo de Carlos V y Felipe II, y se descolgaron los cuadros para almacenarlos en desvanes y pasillos, expuestos al viento, el mal tiempo y las usuales depredaciones de los custodes españoles. Estaban estropeándose y desapareciendo a pasos agigantados cuando el marqués de Santa Cruz, mayor duomo, mayor, o sea, mayordomo mayor del palacio, y el duque de Gor, uno de los pocos grandes de España que tenía un ápice de gusto o talento (y que es quien nos comunicó esta anécdota), persuadieron a la reina para llevar los cuadros al Prado. Ella adelantó cuarenta libras al mes para la reparación de unas cuantas estancias en que colgarlos, y para noviembre de 1819 había ya unos pocos salones listos, en los que se colgaron trescientos once cuadros para su exposición al público; la extraordinaria cualidad de estos cuadros, sobre todo los de Velázquez, llamó inmediatamente la atención de los admirados extranjeros, que apreciaban los méritos de los viejos maestros de la pintura española mucho mejor que los indígenas. Fernando VII, al ver que era posible ganar renombre por este sistema, aportó doscientas cuarenta libras al mes, y así fue adelantando poco a poco el museo, abriéndose un salón más en 1821. De esta manera se ganó el título de augusto tan fácilmente como nuestro propio Jorge IV el mérito de haber “regalado al pueblo” la bella biblioteca reunida por su padre, aunque había tratado de vendérsela a Rusia, y comenzado ya a negociar la venta, cuando uno de sus hermanos exigió su parte del precio, y su majestad, en vista de ello, les condenó graciosamente tanto a él como a los libros a un clima más benigno que el de San Petersburgo, y envió los mamotretos, en un momento de irritación, a Great Russell Street.

El museo está abierto al público los domingos y los lunes, y todos los días a los extranjeros con solo que muestren su pasaporte. Se publicó un nuevo catálogo en 1843, que se vende a la puerta y contiene mención de mil ochocientos treinta y tres cuadros. De haberse incluido diez más, su número habría coincidido con el del año. Hay aquí más de dos mil cuadros, pero es que todavía no hay salones para todos ellos, por haber consumido las guerras civiles los fondos destinados para el fomento de las bellas artes. Los espléndidos cuadros que antes estaban en El Escorial fueron traídos

a Madrid durante el pánico de 1837, ante el avance de los carlistas a las órdenes de Zariategui, y se les puede distinguir por tener una "E" que les identifica.

Algunos de los mejores cuadros han sido grabados y estos tienen la marca "C. N.", o sea, Calcografía Nacional, que está en la calle Carretas, donde se pueden comprar. La marca "C. L." significa Calcografía Litográfica e indica los que han sido litografiados para la colección comenzada en 1826 por José Madrazo, el presidente de la Real Academia Española, con una prensa de copiar, por Ceán Bermúdez, José Musso y Valiente y otros. Madrazo, que había obtenido de Fernando VII el monopolio de la litografía en España, consiguió sus materiales y sus artistas de París, pero como la mayor parte de ellos eran de segunda categoría, muchas de las copias sacadas por ellos son poco más que calumnias del original. A pesar de todo, tal y como es, la obra resulta útil, porque por lo menos, da a conocer al otro lado de los Pirineos los temas de algunos de estos tesoros que durante demasiado largo tiempo habían estado escondidos en la apartada España. Feliz el hombre que ve esta espléndida colección en esta, la mejor galería de pinturas del mundo.

Ninguna colección ha sido jamás comenzada o continuada bajo mejores auspicios. Carlos V y Felipe II, que eran verdaderos protectores del arte, fueron los principales soberanos de Europa en el brillante periodo de la Renaissance, cuando las bellas artes se convirtieron en una necesidad y dominaban todos los aspectos de la vida, cuando las iglesias eran decoradas por Rafael y Miguel Ángel, las cucharas y los saleros modelados por Cellini, y los platos pintados sobre grabados hechos por Marc Antonio. Y también Felipe IV, quien gobernó Nápoles y los Países Bajos durante la segunda restauración del arte, que él amaba verdaderamente por lo que era. Estos tres monarcas –como Alejandro de Macedonia– se deleitaron en elevar a sus pintores a su intimidad personal, y en ningún otro lugar han sido más honrados los pintores que Tiziano, Velázquez y Rubens en el palacio de Madrid. En un periodo posterior, Felipe V, el nieto de Luis XIV, añadió muchos cuadros de los principales pintores franceses de esa época que para ellos fue augusta.

Mientras los reyes españoles protegían el arte en España, sus

virreyes en Italia y los Países Bajos coleccionaban y mandaban a España las mejores muestras de los grandes artistas que florecieron desde Rafael hasta los Carraccis y Claude, y estas espléndidas joyas eran conservadas tan puras como cuando acababan de salir del estudio de sus inmortales autores. España fue su último reducto, porque, abandonadas en un clima seco y apto para su conservación, por lo menos la desidiosa Afilokalia de los indígenas hizo –si bien no deliberadamente– un buen servicio al arte. "Todo elogio, toda gratitud inglesa –escribió Lawrence a Wilkie– es debida a esta indolencia del buen gusto (¿o de mal gusto?) de los monjes". De aquí la frescura pura y no turbada, la superficie intacta, aunque sucia y fría y con frecuencia ni siquiera barnizada, pero tampoco estropeada, sino dejada tal y como estaba cuando recibió las últimas pinceladas; no ya cosas que fueron pinturas, como los despellejados correggios de Dresde o los rafaeles repintados de Francia. De esta manera, la manta protectora del abandono, o, más bien, la suciedad monacal de El Escorial, conservó accidentalmente (que es como suelen ocurrir las cosas en España) a Tiziano de la misma manera que el barro que echaron intencionadamente los cristianos primitivos sobre los jeroglíficos egipcios han resultado una protección para los colores que había debajo.

Los invasores fueron los primeros en raptar, y luego violar, estas pinturas vírgenes y, lo que es peor todavía, dieron un mal ejemplo y enseñaron lecciones de corrupción que luego han sido terriblemente llevadas a la práctica. Estos cuadros, que volvieron desmoralizados y desnacionalizados, cautivaron con el relumbrón de los retoques y los rostros barnizados a las autoridades indígenas, las cuales, pensando ahora que el resto de la galería tenía aspecto anticuado y sin brillo, prefirieron el rouge de la ramera al sencillo carmesí de la doncella.

Las limpiezas y restauraciones hechas en París lo fueron al menos por hábiles franceses, que entendían la parte manual de su arte y eran semidioses comparados con sus incapaces imitadores de España, donde se proclamó una guerra al cuchillo. Una vez planeado el ataque contra el museo entero, los cuadros fueron siendo descolgados uno tras otro y estropeados. Apenas queda un verdadero Murillo puro en la colección, porque los crueles experimentos fueron probados primero en él, como en corpore vili;

la obra de barbarie continúa, y dondequiera que un marco vacío lleve la fatal sentencia “está en la restauración”, significa que el condenado ha sido puesto en capilla y ha terminado toda esperanza para él; ha ido al purgatorio, de donde no hay liberación, no hay indulgencia; la última pena es ejecutada en cámaras de disección subterráneas, donde los familiares borran las líneas en que reposaba la belleza, poniendo en el potro y torturando el arte como hacían los inquisidores con la naturaleza viva. Esta frase es exacta: quaequae ipse miserrima vidi, y todas las protestas fueron inútiles. Cuando a un español se le mete alguna cosa en la cabeza, por perjudicial que vaya a serle a él mismo y a su país, nada, como dijo el Duque, conseguirá impedirle que la lleve a cabo. Los principales verdugos fueron López, Ribera, Bueno, Serafín, Huerta, García, etcétera ¡Pobres de las bellas artes!, despellejadas, fregadas y repintarrajeadas. El esmaltado y las últimas medias tintas desaparecieron, y mucho de lo que antes había sido tierno y transparente se volvió ahora crudo y opaco; nuevos colores crudos eran bañados o esparcidos, hasta no quedar, en algunos casos, más que el contorno del divino original.[*]

Para dar una idea muy escueta del contenido de este museo, baste decir que hay en él veintisiete bassanos, cuarenta y nueve brueghels, ocho alonso canos, diez claudes, veintidós vandykes, dieciséis guidos, cincuenta y cinco luca giordanos, trece antonio moros, cuarenta y seis murillos, tres parmigianinos, veintiún poussins, diez rafaeles, cincuenta y tres riberas, sesenta y dos rubens, veintitrés snyders, cincuenta y dos teniers, cuarenta y tres tizianos, veintisiete tintorettos, sesenta y dos velázquez, veinticuatro veroneses, diez wouvermans y catorce zurbaranes, con muestras de muchos otros pintores italianos, flamencos y españoles de gran importancia.

Como muchos otros museos y tantas otras cosas de España, este es resultado de un accidente más bien que de una decisión deliberada. Hay poco orden, arreglo científico sistemático o clasificación; no hay series de pintores estableciendo la cronología, ya sea de arte en general o de alguna de las escuelas en particular. Es más bien una colección particular que nacional, y más bien de casualidad y capricho. No hay muestra alguna de los comienzos del arte: ningún ejemplo de la pintura griega bizantina o primitiva italiana de los

siglos XIV y XV, y la razón salta a la vista: España no llegó a ser una gran potencia europea más que cuando la pintura italiana estaba en su apogeo, y sus gobernantes no fueron nunca amigos de coleccionar antigüedades. Viviendo al día, se sirvieron del arte como de las demás cosas, es decir, según se les presentaba. Y en consecuencia, a la colección le faltan obras de Fra Bartolomeo, de Perugino, de Michelangelo, de Julio Romano, de Ludovico Carracci, de Caravaggio, de Carlo Dolci, etcétera. Es deficiente no solamente en pintores italianos y alemanes primitivos, sino también españoles: las espléndidas escuelas veneciana y sevillana (con excepción de Murillo, Velázquez y Juanes) están muy escasamente representadas en Madrid: pero todo lo español es local, porque aquí los pintores, como los vinos y otros productos del suelo, han de ser disfrutados en sus propias provincias nativas. Y de la misma manera, el arte español, como la literatura, con pocas excepciones, no es fácilmente traducible.

Seguiremos la numeración del catálogo para indicar aquí sucintamente las perlas de más alto precio de esta nebulosa del arte: describir todos los cuadros aquí expuestos sería imposible, y tampoco diremos mucho sobre sus temas y color; eso el lector lo podrá ver con sus propios ojos. El catálogo español, obra de Madrazo, le será de muy poca ayuda. Los anteriores, en español, italiano y francés, eran mucho más críticos y artísticos, por haber sido preparados por un italiano llamado Eusebi. El objeto del compilador de este parece haber sido dar el tamaño de cada cuadro, como si esto le pudiera interesar realmente a alguien, excepto a los que trabajan con escuadra y cartabón. Este tipo de crítica puramente carpinteril ha sido usada probablemente para hacer del tamaño baremo del mérito, es decir, la cantidad contra la calidad y, de esta forma, hacer resaltar los metros de lienzo sobre el que sus pares han trabajado infructuosamente. Les Musées d'Espagne, por monsieur Viardot, París, 1843, es otra guía corriente para los no informados, y contiene muchas críticas amenas, agudas e intuitivas, amén de muy francesas. Es muy deseable, ciertamente, ahora que España es de tan fácil acceso, que Kugler, Passavant o algún alemán que entienda de verdad el arte, su historia, principios y práctica, visite los museos de la Península y, por lo menos, proporcione a Europa una obra crítica exacta, en la que sea posible confiar. Desde que fue escrita esta frase, el autor se ha enterado con satisfacción de

que está a punto de publicarse algo de este tipo, y por obra de su estimado amigo sir Edmund Head, quien, como artista, erudito y viajero por España, está realmente en situación de hacer justicia a su noble tema: en el entretanto baste el humilde óbolo que ofrezco en estas páginas a tan noble objetivo, el que las sabe mejor, ese tañe las gambetas.

La rotonda del principio contiene basura: el número 27 es una alegoría de Juan Bautista Mayno (1609-1649), imitador de Paolo Veronese y amigo de Lope de Vega. A la derecha y a la izquierda se abren los salones dedicados a los antiguos maestros de la pintura española; la estancia del centro, por ser el sitio de honor, se dedica a los modernos: comenzaremos aquí, reservando el buen vino para el final. Y no se crea que los indígenas están de acuerdo en esto, porque, por cada uno de ellos que se para jamás a admirar a Murillo, son veinte los que admiran a Aparicio: pero también es cierto que el arte bajo y de lugar común será siempre el más popular entre la muchedumbre, porque la humanidad solo simpatiza con lo que comprende: y aquí las tonterías de su director encajan con sus tonterías; y el no ser capaz de aquilatar la verdadera excelencia de una obra de arte es prueba indudable de mediocridad intelectual. El arte español moderno, hijo de padres corruptos, lleva consigo desde su nacimiento un germen de debilidad. Mengs, que es la encarnación misma de la mediocridad académica, dirigió esta tendencia; tras él vino David, pintor adecuado para la revolución francesa, que pisoteó las bellas artes de una Europa intimidada. Sus escenas teatrales a la Corneille, sus fanfarrones héroes en actitudes artificiales, a la Gran Opéra, junto con una cierta severidad romana en el dibujo, y un réchauffé de lo antiguo, desconcertaron a los reales académicos españoles, ya predispuestos en su favor por el estilo tipo Mengs, al que estaban acostumbrados. Y fue a él, por tanto, a quien se dirigieron sumisos, a pesar de su falta de verdadero color y de vida, que es el alma de la pintura; y los discípulos, como suele ocurrir con las herejías, sobrepasaron a su maestro. Véase, por ejemplo, el número 554, por su discípulo Aparicio, (1773-1815). Cuando estos “esclavos rescatados” fueron expuestos en Roma, Canova, que conocía al pintor, le dijo: “Esta es la cosa más bella del mundo, y usted es el primero de los pintores”. Poco más tarde, Thorwaldsen aventuró una crítica, con lo que el don citó indignado a Canova: “Señor, se

ha estado burlando de usted", le dijo entonces el sincero danés, a quien Aparicio, en vista de ello, no volvió a dirigir la palabra. Y lo mismo ocurre con el número 577, Las glorias de España. Este es el cuadro favorito del país y, como la Historia de Maldonado, es un ejemplo de españolismo. Aquí son los españoles quienes lo hacen todo, son ellos solamente quienes hacen vacilar a las águilas francesas. Obsérvese también, de Aparicio, el número 584, una pintura del Hambre en Madrid; este tema, local y nacional, está pintado bajo todos los aspectos de una manera extraordinariamente digna del tema bisoño.

Del mismo Madrazo, que también fue discípulo de David, obsérvese el número 564, La muerte de Viriato, del que lo único que cabe decir es que merece ser desterrado a Australia. El 570, Fernando VII a caballo, es peor, si ello fuera posible, que el anterior; pobre España, cuando un compatriota de Velázquez, y en presencia de sus divinos modelos, se atreve a perpetrar tal insulsez opaca de tapa de caja de bombones. Y lo mismo cabe decir del número 570, Amor divino y profano, que participa en considerable medida de la calidad del anterior por lo que se refiere a la concepción tanto como a la ejecución. Todos los que han estudiado la obra de David, o incluso de sus semejantes italianos, como Benvenuti y Camucini, se darán cuenta, sin duda, de la inferioridad de estos imitadores españoles que les han salido, tanto en el dibujo como en el color y la composición.

Las obras de Bayeu y Mazna son flojas y corrientes. Goya solamente, 1746-1828, muestra poseer talento: 551, María Luisa, la Mesalina de España; 595, ídem, Un torero. Goya fue también grabador al aguafuerte y publicó algunas caricaturas que revelan gran temperamento, temas de los bajos fondos y temas libres; sus compatriotas, poco dados a la técnica y que no han tenido muchos grabadores, le consideran una mezcla de Hogarth, Rembrandt y Callot, lo cual es un ligero error. Lo demás es mucho mejor; y, ciertamente, hay menos malos cuadros (excepción hecha de estos modernos) que en la mayor parte de las galerías públicas de pintura de Europa. Ahora entramos en el salón de la derecha, donde están los castellanos viejos y sin mancha, los viejos maestros de la pintura española, gente buena y de pro, libre de toda mácula infiel y extranjera, pero que ahora parecen colgados aquí a manera de

advertencia in terrorem, y como ejemplo de lo que los estudiantes modernos debieran evitar; porque, la verdad, si sus directores son artistas, entonces Murillo era un animal de bellota, y Velázquez un embadurnador de lienzos.

Cuando nos paseamos por estas vastas galerías, se diría que un año entero resultaría corto para examinar todo su contenido: como en el Vaticano, se nos pone delante un banquete demasiado principesco, y corremos el riesgo de comer más de lo que podemos digerir, o bien de quedar saciados de excelencia y empalagados por el panal; pero no tardamos en volvernos selectos, y las masas se simplifican por sí solas; entonces los planetas relucen con luz propia, y rechazamos por instinto lo moderno y lo malo. Pero hay una cosa, "¡Oh, tened buen cuidado!", como dice De Stendhal. Tened cuidado de toda lasitud de lo bello; sed, ciertamente, cuidadosos de los pesados, evitad lo malo, alejaos de Madrazo, de David, del demonio y de todas sus obras; pero nunca, nunca jamás, os arriesguéis a sentiros fatigados de lo bueno y lo bello. Tened, por tanto, la precaución de repetir frecuentemente la visita, porque ver museos es más fatigoso de lo que piensa la gente, ya que uno tiene que estar a pie derecho todo el tiempo, y, con el cuerpo en pleno ejercicio, la mente también lo está, ya que ha de estar juzgando y se siente exhausta de admiración. En nuestra breve nota sobre "lo que hay que observar", extenderemos principalmente nuestras observaciones críticas a pintores españoles, porque los de otras escuelas son suficientemente bien comprendidos y además son extraños a esta Guía; nos ocuparemos, además, de un pintor a la vez, siguiendo el orden numérico del catálogo, que es casi una guía por sí solo. Concentrando así nuestra atención en un solo pintor, es más fácil obtener un conocimiento claro y permanente de sus peculiaridades que mezclando muchos pintores y temas, lo que deslíe el conocimiento y distrae.

Los grandes maestros que conviene observar son Rafael, Tiziano, Murillo y, más aún, Velázquez, ya que los tres primeros pueden ser examinados y estudiados igual de bien en Roma, en Hampton Court, en Venecia y en Sevilla; pero Madrid es el único hogar del poderoso andaluz, porque aquí está casi su obra entera. Afortunadamente para España, los generales de Napoleón no llegaron a comprender o apreciar su excelencia, y pocos de sus cuadros fueron desterrados.

Además, habiendo sido exclusivamente pintor de la Corte, sus obras fueron monopolizadas por su real protector; y precisamente por estar en el palacio de José, fueron relativamente respetadas incluso por los mismos que conocían su valor mercantil. Aquí, por lo tanto, y solo aquí, se le puede estudiar en toda la protéica variedad de su fuerza. Para su biografía consúltese a Ceán Bermúdez ("D." v. 155), y también nuestro artículo en la Penny Encyclopaedia. Baste aquí decir que Diego Velázquez de Silva nació en Sevilla en 1599 y murió en Madrid el 7 de agosto de 1660. Es el Homero de la escuela española, de la que Murillo es el Virgilio. Sencillo, sin afectación y viril, fue, sin lugar alguno a dudas, un hombre y un pintor de hombres, en lo que rivalizó con Timantes, "artem ipsam complexus viras pingendi" (Plinio, "N. H.", XXXV, 10); y así vemos que Las lanzas, que es su mejor cuadro, no contiene ninguna figura femenina.

Velázquez era igualmente grande en el retrato, en la historia, en los sujets de genre y en el paisaje; pasaba inmediatamente, sin esfuerzo o violencia, a cualquiera o a varios de ellos: de la épica a la farsa, de los bajos fondos a las altas esferas de la vida, de lo viejo a lo joven, de ricos a pobres, sabiendo elevar el retrato a la dignidad de la historia. Tuvo menos éxito en la delineación de la belleza femenina, el ideal y en los temas sacros; en esto resultó inferior a Murillo. Era capaz de dibujar cualquier cosa, lo que se le pusiera por delante, con tal de poderlo ver y tocar, porque entonces dominaba el tema, no dejándose dominar nunca por él; pero no podía con lo irreal, ni sabía captar lo invisible, pensando, como Plinio ("N. H.", II, 7), "efiggiem Dei formamque quaerere imbecillitatis humanae"; y siempre que intentó, que fue pocas veces, composiciones elevadas, acabó reproduciendo los modelos poco poéticos sobre los que había estudiado en su juventud. "Homo sum", pudo muy bien exclamar con Cicerón, "et nihil humani a me alienum puto", y pudo también haber añadido con Aretino, il poeta Tosco, siempre que se veía incapaz de reproducir lo inmortal y divino, "non lo conosco". Y, sin embargo, incluso en su estilo, prosa si queréis, pero terso, nervioso y digno de Tucídides no cabe la menor duda ni la menor posibilidad de error, y siempre hay tanta humanidad, verdad natural, carne y sangre vivas, como en nosotros mismos. Ningún hombre podrá de nuevo, ni Tiziano siquiera, dibujar la mente humana o pintar el aire mismo que respirarnos

mejor que él: su perspectiva lineal y aérea es mágica: su dominio de los materiales, su representación de la contextura, del aire y de la identidad, son totalmente sorprendentes. Su pincelada era libre y firme, juntando perfectamente la precisión más perfecta con la mayor facilidad de ejecución: siempre supo ir derecho al meollo de las cosas, sabiendo lo que quería y consciente de haberlo conseguido; seleccionaba los rasgos importantes y omitía lo trivial y, como nunca tocaba el lienzo sin una intención definida ni añadía nunca un trato de más, sus objetos enfáticos son siempre efectivos; igualmente, su tono suave y su tratamiento ligero de lo accesorio daban solidez e importancia a sus detalles fundamentales, que, de esta forma, salen a primer término, dándoles eficacia. Un hombre de esta talla no tiene parejo; la suya era esa altísima calidad de genio individual que sólo puede ocupar su propio y único lugar. Habiendo sido puesto al servicio del rey, y no al de los habituales protectores del arte, el cura y el monje, sus cuadros son menos sombríos que los de los pintores españoles en general, que se veían deprimidos por la sombra fría de la Inquisición.

Y es que la verdad y la fuerza vitalizadora son cosa que Velázquez lleva por delante a donde quiera que va. Como Shakespeare, adoptó la naturaleza como única escuela. Es el pintor más grande de la llamada Escuela Naturalista, y de aquí la simpatía que existe entre él y nuestros pintores, de cuyo estilo fue precursor, por eso de que semejantes causas tienen que producir efectos semejantes, teniendo siempre en cuenta la influencia diferenciadora de religión, costumbres y clima distintos.

Observad, por tanto, todos y cada uno de sus cuadros, digeridlos con gran cuidado, ya que “nunca volveremos a ver nada parecido”. Los que conviene examinar minuciosamente y analizar en todos sus detalles son: el número 81, retrato de Alonso Cano; gran fuerza y verdad. Número 87, C. L. San Antonio y San Pablo eremitas; “en amplitud –dice Wilkie– y riqueza, no tiene ejemplo, el beau idéal del paisaje, sin gran detalle ni imitación, pero el mismo sol que estamos viendo y el aire mismo que respiramos, y el verdadero espíritu de la naturaleza”. Números 109 y 144, retratos de Felipe IV y su segunda mujer. 117, un esbozo magistral, que se dice, del marqués de Pescara, lleno de identidad individual. 127, C. N., retrato que pasa por ser del corsario Barbarroja, bello y fiero pirata

viejo. 138, C. L., C. N., Los bebedores o Los borrachos; esta farsa de coronación de un grupo de beodos tiene el humor de Teniers junto con la amplitud y el efecto de Caravaggio; los actores pueden, ciertamente, ser tipos de intelecto bajo, pero están vivos, y si el sentimiento es parco en elevación, por lo menos es rico en significado, y lo que vemos es la representación del hombre vivo.

Obsérvese a continuación el número 142, Felipe IV, ya viejo; es el personaje mismo, con el austríaco "colgar tonto del labio inferior". 145, C. L., La fuente de Aranjuez, un paisaje exquisito, lleno de color local y de verde frescura y de grupos que dan idea de la forma y la inquietud mismas del periodo de Felipe IV y son, de hecho, en pintura, lo que las cartas de madame D'Aulnoy en descripción. Compárese con el número 540, C. L., otra Vista de Aranjuez. Obsérvense, sobre todo, todos sus detalles de paisaje, y algunos estudios arquitectónicos hechos en Roma, otros con efectos de luz lunar, y todos ellos maravillosas joyas de arte. Véanse los números 101, 102, 118, 119, 128, 132, 143. Conviene fijarse bien en el número 155, C. N., Las meninas o La teología; aquí tenemos a Velázquez en su propio estudio. Este cuadro fue llamado el "Evangelio del arte" por Luca Giordano; y no es posible ir más allá en lo que se refiere a perspectiva aérea y lineal, color local y vida animal y humana. La gradación de los tonos y las luces, las sombras y los colores, da una absoluta concavidad a la superficie plana del lienzo, miramos al espacio como al interior de una habitación, o bien como al reflejo de un espejo; las sombras están realmente en chiaro oscuro, por ser transparentes y diáfanas, y más bien una luz suave y un color menos pronunciado que un velo oscuro. El cuadro es notable por la economía de los colores brillantes: un tono verduzco oliváceo domina el fondo: los accesorios están apenas indicados; ciertamente cabe decir también de Velázquez, como Plinio ("N. H.", XXXV, 11) observó refiriéndose a Timantes: "Intelligitur plus semper quam pingitur, et cum ars summa sit, ingenim tamen ultra artem est". Pero ningún pintor fue jamás más objetivo; el artista aquí no alardea; no llama la atención a su destreza: amaba el arte por sí, sin pararse jamás a distraerse pensando en sí mismo.

La escena representa a la boba infanta Margarita, a quien sus pajes están tratando de divertir, mientras sus dos enanos, María Borbolá y

Nicolaccio Pertusano, juegan con un perro paciente, que está mejor pintado que un Snyders; desgraciadamente estos juguetes de los niños reales, estas diversiones y distorsiones de la naturaleza –que entonces estaban de moda en la Corte– son tan feos como Voltaire, ce bouffon du diable; y la Infanta tiene un rostro deslavazado y sin interés, pero Velázquez era demasiado honesto para adular a la realeza y a sus bufones. Estos enanos son los nanoi, nani de los antiguos, que hacían las delicias de Julia (Plinio, "N. H.", VII, 16) y de Tiberio (Suetonio, in Vit. 61), aunque Augusto tuvo el buen gusto de que no le gustasen. Entonces, como en España, los más feos eran los más estimados, y su precio estaba en proporción a su monstruosidad, como los perros zorreros de Escocia, que tienen su Velázquez en Landseer.

Obsérvese a continuación el número 156, Felipe IV, espléndido. El 177, C. L., C. N., el Conde Duque de Olivares a caballo; el animal es algo grande y su silla está puesta algo violentamente hacia adelante, pero indudablemente era así en la realidad, porque Velázquez no adularía ni siquiera a un primer ministro, ni se rebajaría a contentar o conciliar al espectador: su genio práctico lo veía todo tal y como era, y su mano, que obedecía a su ojo y a su intelecto, daba la forma y la presión exactas sin refinarlas mucho. Nada puede ser más bello que los efectos producidos con el económico uso del color; administraba sus blancos e incluso sus amarillos, que se asemejan al oro en sus fondos suaves, que siempre representaban a la naturaleza con el aire en el intermedio. Pasando ahora al salón de la izquierda, el número 195, C. L., C. N., La fragua de Vulcano: lleno de energía, pero tomado de modelos corrientes. El Apolo no tiene nada de la deidad, mientras Vulcano es un simple herrero gallego. El 198, La infanta María con el traje de corte de la época; el retrato es interesante, ya que la retratada fue el objeto de la romántica visita de nuestro príncipe Carlos a Madrid; la describió Howell, que estaba allí entonces, como "una dama muy bonita, más bien de tez flamenca que española, pelo rubio y con el rostro de una mezcla purísima de rojo y blanco; es rellena y de labios gruesos, lo que aquí se considera rasgo de belleza más que defecto, o exceso incluso, en la familia austríaca". Después, cuando se renunció a la boda, habla con más verdad de ella, diciendo que es "de cabello descolorido, como de lino, labios gruesos y ojos pesados". Sus cartas, Epistulae Hoelianae, cuarto, Londres, 1645, dan muchos

detalles curiosos sobre Carlos y su visita, y la verdad es que el retrato del mismo Carlos, comenzado por Velázquez, es un vacío en esta serie: “Pariunt desideria non traditi vultus” (Plinio, “N. H.”, XXXV, 2). Habría sido interesante comparar el cuadro del gran pintor español con los que tenemos de Vandyke, que se sabía a Carlos de memoria, tanto como Veláquez a Felipe IV, y tanto como tenemos la impresión de conocerle nosotros mismos después de visitar este precioso museo.

Observemos a continuación el número 200, C. L., Felipe IV en traje de caza. 209, una hermosa dama vieja, cuyo estilo tiene menos fuerza. 230, C. L., C. N., Felipe III a caballo, muestra maravillosa de sus efectos, conseguidos situando la figura sobre grises fríos; la cabeza real está llena de la imbecilidad individual de este pobre fanático. 245, C. N., un viejo llamado Menipo. 254, C. N., Esopo, bien pintado, pero más parece un zapatero remendón que un filósofo. 255, C. N., un Enano, sentado tal y como Velázquez lo vio, y como nadie más que él se habría atrevido a pintarlo. 267, Un Pretendiente o busca empleos, uno de los nativos de Madrid; la actitud es admirable. 270, C. L., El joven príncipe Baltasar, a la edad de seis años, con el perro y la escopeta; obsérvense en particular todos los numerosos retratos venatorios de la realeza austríaca, obsesionada por los animales; tanto los que llevan ropa de Corte como de caza, tienen una naturalidad, y en las prendas un ajuste tal, que se nota que son vestiduras de los cuerpos vivos y flexibles que hay debajo de ellas, no colocadas encima artificialmente, como en las máscaras que resultan cuando un pintor imaginativo copia la ropa puesta sobre una figura de madera. 279, C. N., un admirable retrato de tamaño natural de un enano; obsérvese cómo está pintada la ropa. 284, C. N., El Niño de Vallecas; es maravilloso pensar cómo habrá fijado la postura. 289, un retrato magníficamente pintado; cuánto efecto se produce con tan poco detalle, qué diferente del estilo acabado de Pantoja y sin embargo, jamás ha sido mejor representada la armadura; pero Velázquez estaba por encima de todas las tretas, y nunca disimuló la pobreza de la mano y de la idea bajo relumbrones meretricios; en él todo es sobrio, verdadero y auténtico. 291, C. N., El bobo de Coria; obsérvense los tonos verdes y la expresión de charlatanería abribonada. 295, La sorpresa de Io; nada puede superar el profundo sueño de Argos o la subrepticia acción de Mercurio; el dios de los

ladrones está pintado como perfecta anticipación del estilo de sir Joshua. 299, C. L., C. N., Felipe IV, retrato ecuestre, este auténtico Filippoj embruja al mundo con su diestra equitación, el único retrato en que el monarca de los caballeros debiera ser pintado. Este cuadro es el que fue preparado como modelo del bronce que hay en el Retiro. El caballo está vivo, y conoce a su jinete; qué bien resalta todo sobre los frescos azules y verdes del fondo; esta pintura es la antítesis misma del Fernando VII del director, que es precisamente lo que no es esta, y no es nada de lo que esta es. 303, C. N., La reina Isabel, mujer de Felipe IV, sobre un soberbio corcel blanco; obsérvese cómo está pintado su vestido, y desespere el que lo observa; obsérvese también la diferencia que hay en los caballos, los que llevan a hombres son fieros y saltarines, mientras que los que montan las mujeres son suaves y andan al paso, como dándose cuenta de la timidez de sus delicados pesos. 319, C. L., La rendición de Breda o Las lanzas, quizá el mejor cuadro de Velázquez; jamás han sido mejor pintados caballeros, soldados o incluso el carácter nacional, o los pesados flamencos, los intelectuales italianos y los orgullosos españoles, mejor destacados hasta sus mismas botas o calzas: las lanzas de los guardias vibran realmente. Obsérvese el contraste que ofrece el delicado paje en azul claro con el oscuro Spínola cubierto de hierro, quien, parangón del generoso y aristocrático guerrero, está consolando al bravo, pero vencido, enemigo. Fue otro de esos numerosos extranjeros que, habiendo llevado el peso de la guerra y ganado victorias para España, fueron recompensandos con ingratitud. Tomó Breda el 2 de junio de 1625 y murió cinco años después, con el corazón roto por la ingratitud de Felipe IV, exclamando: “¡Me han quitado la honra!”. Velázquez ha puesto su propia y noble cabeza en este cuadro, y es la situada en la esquina, con sombrero de plumas. Esta es, indudablemente, una pintura masculina, y está tratada con mentalidad y mano de hombre; y los hombres no se dan tampoco cuenta de en qué medida la corriente sexual les induce a admirar cuadros en los que aparecen bellas mujeres; aquí, donde no se ve una sola mujer, lo que vemos es el triunfo del arte por sí solo.

Obsérvese en particular el número 332, C. L., C. N., Don Baltasar a caballo; el niño, realmente, sale al galope del marco, y es una anticipación de Edwin Landseer y sus jóvenes jefes escoceses montados en sus salvajes potros. 335, C. N., Las hilanderas, la

perfección de la realidad, aunque esté tomada de la vida diaria; aquí, el artista, sintiendo al tiempo su fuerza y su debilidad, ha vuelto la cabeza de la dama, como Timantes, a un lado, dejando a la imaginación de cada espectador el darle la calidad de belleza que mejor le guste. 527, en otra sala, es el Retrato de Góngora. Los defectos de Velázquez, este gran mortal, porque no fue pintor de lo ideal, se verán en el número 62, C. L. La Coronación de la Virgen, que parece una mujer más bien malhumorada, al tiempo que la deidad se ve degradada al nivel de un monje desdentado. No podía escapar Velázquez a la humanidad, ni levantarse por encima de las nubes; no era ni poeta ni entusiasta, y más bien deficiente en capacidad creadora; y, además, pintaba para la Corte y no para la Iglesia; en una palabra, la Naturaleza misma era su guía, la verdad su objetivo y el hombre su modelo; ninguna Virgen descendió jamás a su estudio, ningún querubín se cernió nunca en torno a su paleta: de aquí el abandono y el fracaso parcial de sus temas sacros, santos, ciertamente, como los de Caravaggio, solamente de nombre, por ser grupos, más bien, de bajos fondos, y en este sentido tan verazmente pintados que sirven tanto más para destruir el sentimiento elevado gracias a un tratamiento que no se armoniza con el tema. Su Virgen no tiene ni la ternura femenina de Murillo, ni la belleza sin mácula de Rafael, ni la serenidad no tocada por pasiones humanas de los antiguos; lo que hizo fue bajar el cielo a la tierra más bien que subir la tierra al cielo. El número 63, C. N., El dios Marte, es un vulgar portero gallego. El 167, C. L., está pintado en su duro estilo primero, antes de que consiguiera emanciparse de sus dominantes peculiaridades riberescas. Y lo mismo puede decirse del famoso Jacobo y sus hijos, antes en El Escorial, aunque la pintura sea de gran verdad y fuerza, pero no es más que un grupo de gallegos. Y sin embargo, incluso cuando estamos a disgusto con tan repulsivos temas, nos vemos obligados a ceder ante el poder de la mente dominante de que se hace alarde en la representación. Este cuadro naturalista fue pintado en el Vaticano mismo; tan poca influencia habían tenido los extranjeros Rafael y Miguel Ángel en el español localista, que les desafía con sus mismos fallos; tal es el españolismo.

Murillo, naturalmente, vendrá a continuación de Velázquez. Sin embargo, donde se le ve en su mayor gloria es en Sevilla, su ciudad natal, donde pintó sus mejores cuadros y los que mejor han

escapado a la fatal restauración. Por tanto, nos remitimos a Sevilla para alguna información sobre la vida de Murillo, bastando decir aquí que las muestras de este maestro, por lo que se refiere a la gracia femenina e infantil, son numerosas, pero apenas una ha escapado a la contaminación. A pesar de todo, Murillo está tan lleno de su tema, es tan dramático, llega tan adentro, apela tanto al sentido común de la humanidad, y es tan recomendable por tan mágica fascinación de color, que cautiva igualmente a los eruditos y a los ignorantes, prueba segura de innegable excelencia. Tiene más gracia, pero una mente mucho menos masculina que Velázquez, quien, comparado con él, parece algo frío y gris en color, porque Murillo pintó la carne tal y como él mismo la vio en Andalucía, tostada y bronceada por el sol reluciente, y no la belleza pálida y sin madurar del norte. Como Tiziano, su fuerza está en el color avasallador; nadie ha podido competir con él en los arroyos luminosos y diáfanos de éter dorado en que flotan sus querubines como mariposas; su difusa y mezclada continuidad de matices, como los de la naturaleza, se funden unos con otros, sin una partícula de dureza o brusquedad; incitados por una transición imperceptible, en la que no hay contorno, ni dibujo, de manera que resulta difícil decir dónde termina uno y comienza el otro.

Murillo, además, como Velázquez, carecía de la más alta calidad del ideal italiano; verdaderos españoles ambos, eran localistas e imitaban a la naturaleza tal y como la veían; de esta manera, los temas sacros de Murillo no son formas y visiones glorificadas que nos fuerzan a doblar la rodilla y adorar, sino escenas agradables de una familia doméstica, donde los juegos de gráciles niños atraen la atención encantada de padres afectuosos. No vemos aquí ni la terrible sublimidad de Miguel Ángel, ni la pureza extraterrestre de Rafael. Y sus Niños de Dios tampoco son dioses niños prescientes y meditativos, ni sus querubines son esos ángeles del cielo de donde Rafael tomó sus tipos, sino, sencillamente, niños mortales y bonitos con alas, y ni siquiera niños corrientes de este mundo, sino niños españoles, más aún, niños locales andaluces; y lo mismo cabe decir de sus santos masculinos, que subieron a la gloria en sus viejas ropas y cuerpos béticos.

El forastero observará, naturalmente, todos los murillos, parándose en particular ante el número 43, C. L., una Sagrada Familia; bonita

escena de felicidad conyugal y doméstica. Fue cruelmente limpiada y repintada en París, sobre todo el perro y el rostro de la Virgen. El 46, C. L., que hace pendant con él, el precursor Niño; la pierna izquierda no agrada a la vista, con el contraste que ofrece el pie encallecido, endurecido al aire libre, en comparación con la delicada carne del número 46. Número 52, Conversión de San Pablo; el muslo del apóstol y su caballo blanco han sido cruelmente repintados. 54, La Porciúncula, está demasiado limpiado. 56, C. L., La Anunciación; la mejilla de la Virgen está repintada. 65, La Concepción, una de esas representaciones de dulces querubines, y la bella virgen flotando en una atmósfera dorada, que nadie supo pintar como Murillo; y luego las colgaduras, semejantes a gasas, sutiles, que juegan con el aire, velando apenas los encantos humanos, y que pudieran inspirar pensamientos contrarios a la pureza de la Virgen. 82, C. L., una Magdalena, toda ella piernas y encantos, y en su imitación del estilo de Ribera. 174, San Francisco de Paula, fue una magnífica cabeza y barba antes de que Bueno las echase a perder. 182, Muerte de San Andrés, en su estilo vaporoso, fue un espléndido cuadro, pero queda muy desarmonizado por el violento repintado blanco del caballo; las ropas del apóstol han sido también bañadas y echadas a perder. 189, C. L. Santiago, una cabeza tosca y vulgar, más bien de carácter flamenco. 191, C. L., C. N., Adoración de los pastores, en su segundo estilo, oscilando entre Velázquez y Ribera; el dibujo es bello y cuidadoso; obsérvense el colorido local y el pie de campesino, y cómo sus pardos espesos avaloran la carne delicada de la Virgen y el Niño. 202, C. L., El Niño Salvador y San Juan, un cuadro delicioso y lleno de riqueza. 208, C. L., Rebeca junto al Pozo, en su estilo medio; las mujeres son algo flamencas. 211, 2, 6, 7, La parábola del hijo pródigo; excelente en verdad, pero tratado, tanto por lo que se refiere al vestido como al concepto, más bien como en una novela picaresca española que como en la Sagrada Escritura. 219, una Concepción azul, fuerte y elocuente. 220, San Agustín; la Virgen, un poco lejana, da su leche a un monje vulgar y fornido, en ropón negro, con una casulla de un rojo intenso. 229, C. L., otra Concepción, la inocencia misma, y bellamente pintada; qué rica y jugosa es la carne, qué llena de savia y de vida palpitante. 310, C. L., Santa Ana enseñando a la Virgen. La niña, enfurruñada, es admirable, pero puramente mortal; las vestiduras son imitación de Roelas. 315, C. N., Visión de San Bernardo; este muestra también lo minuciosamente que Murillo

observó a Roelas; las vestiduras del santo han sido repintadas, pero la cabeza es bella y los sentimientos de gratitud y veneración están admirablemente expresados. Escondiendo los pies de la Virgen se da a la figura demasiada altura. San Bernardo fue un campeón de la Virgen, en lo cual cedió solamente a San Buenaventura, el seráfico doctor; y ambos defendieron la mariolatría hasta su extremo más fanático, poniendo a la Virgen en lugar del Padre y del Redentor. El don de su leche, tan corriente en las leyendas españolas, no es más que una repetición papista del mito de Juno dando de mamar a Hércules. 326, C. N., El Milagro de la Virgen dando la casulla a San Ildefonso en Toledo, pero es de tierra, terrenal, los ángeles son modistillas puras y simples y el santo un sastre monjil. 423, E., está en otra sala. La Virgen con el rosario, buen cuadro, pero temprano, en su manera riberesca.

A continuación obsérvense los cuadros de Juan de Juanes, el Rafael español, que, sin embargo, debiera ser estudiado en su nativa Valencia. Número 73, Visita de Santa Isabel a la Virgen; temprano y tirando a duro, pero completamente italiano. Número 75, La Muerte de Santa Inés, pintada como Julio Romano. 150, un Salvador, tema tratado con frecuencia de esta manera por Juanes. 158, ídem, ídem. 165, Cristo con la cruz a cuestas; bello cuadro. 169, retrato de Luis de Caltevy, igual a cualquier cosa pintada por Bronzino. 196, 7, 9, y 336, 7, C. L., temas de la vida de San Esteban, serie de aspecto italiano, pero las piedras (en el número 196) son demasiado parecidas a pudines. Obsérvese el júbilo de los muchachos malvados; el rostro de los hebreos, con sus narices ganchudas, es demasiado judío para que podamos llamarlo bella arte.

Esta observación se puede aplicar igualmente al número 225, C. L., La Última Cena, porque Juanes fue más bien, a pesar de todo, amanerado; pero la cabeza de Cristo es muy bella, aunque, por desgracia, ha sido muy repintada. 259, El Salvador en el Monte de los Olivos. 268, Descendimiento de la cruz, uno de sus mejores cuadros. Juanes, a causa de su estilo romano, y por sus contornos más duros y su dibujo más atrevido, es muy admirado por muchos españoles, que odian a la gente extranjera, pero aman las cosas extranjeras.

José Ribera, mejor conocido por el apodo de Spagnoletto, puede ser

verdaderamente bien estudiado en Madrid, donde este cruel y dedicado imitador de la naturaleza cotidiana se deleita en pintar monjes duros y ascéticos y temas que hacen hervir la sangre, de los que gustaba este pintor del fanático, el inquisidor y el verdugo: una potencia de dibujo, una fuerza de color y efecto, un menosprecio de lo ideal, lo bello y lo tierno, caracterizan sus cuadros; impopular en Inglaterra, su implacable repulsividad y su duro y severo carácter le han situado entre los pintores modelo de España. Fue amigo personal de Velázquez, quien, como Murillo, estudió profundamente su estilo, como se puede comprobar en todos sus cuadros primeros. Ribera fue un amanerado, y los que examinen con cuidado media docena de sus cuadros agotarán las posibilidades del maestro. Obsérvese el número 42, C. L., El martirio de San Bartolomé, tema favorito suyo, y que pocos sentirán deseo de ver más de una vez. 44, la Virgen, vieja y macilenta; Rafael la habría preferido joven y bella. 53, otro San Bartolomé. 72, C. N. el eremita San Pablo, repetición del cuadro que hay en la catedral de Granada. 116, C. L., La escala de Jacob, buen cuadro. El efecto general es muy grandioso; los troncos rotos y salvajes de los árboles están pintados a la manera de Salvator Rosa, y el sueño de Jacob (que es un monje pardo corriente) es admirable. 121, Prometeo, cuadro bellamente pintado de sangre e intestinos, que solamente un torero podría haber concebido y que solo puede gustarle a un pueblo cuyo deporte es de sangre y tortura; qué diferencia con el mismo tema pintado por el poético Tiziano. 125, El Martirio de San Sebastián. 204, C. L., La Trinidad, pintada a la manera de Caravaggio. 243, C. N., La Magdalena, cuadro temprano y duro. Hay muchos y bien pintados apóstoles de Ribera, que no enumeramos aquí. Número 285, otro San Bartolomé. En otras salas se pueden observar el número 415, E., San Jerónimo; el 419, E., un buen retrato de un escultor ciego, El Ciego de Gambazo, en el que el sentimiento del tacto está bien expresado; el 437, San Jerónimo; el 480, San José y el Salvador Niño, que no es sino la transcripción de un taller español de carpintería; el 484, Ixión en la rueda, o, más bien, un judío en el potro de la Inquisición española; el 542, un Cristo muerto llorado, grupo pintado con fuerza; el 545, C. L., dos gladiadores femeninos.

Hay otras muestras de maestros españoles en estas dos salas que merecen ser observadas. El número 40, C. L., San Pedro

apareciéndose a San Pedro Nolasco, de Francisco Zurbarán, 1598-1662; su estilo está basado en Ribera, Domenichino y Tiziano; sus mejores cuadros están en Sevilla; nadie pintó jamás a los monjes cartujos como él; mientras la sustancia, la contextura y el esplendor de sus terciopelos y brocados supera a Paolo Veronese, por contener más auténtica materia. 47, Retrato de Murillo, de Alonso Miguel de Tobar, 1678-1758; fue el mejor discípulo de Murillo. 48, San Jerónimo, de Mateo Cerezo, de Burgos, 1635-1685; fue un imitador de Rubens y Vandyke: obra de él también es el número 57, C. L., una Asunción. El 45, C. L., y el 49, una Virgen y el Salvador, de Luis de Morales, llamado El Divino, a quien se puede estudiar mejor en Extremadura. 61. C. L., Muchachos jugando, de Pedro Núñez de Villavicencio, de Sevilla, 1635-1700, discípulo de Murillo y El Calabrese; este excelente cuadro demuestra lo bien que había estudiado a su primer maestro. 67, C. L., El Bautismo de Cristo, de Vicente Carducci, florentino nacionalizado en Madrid. 69, Flores, de Juan de Arellano, 1614-1676; fue el Van Huysen de España, y es superior a Menéndez en la pintura de frutos y flores. 79, C. L., Vista de Zaragoza, de Juan Bautista del Mazo, Madrid, 1630-1687; fue un discípulo de Velázquez, y sus paisajes tienden a ser demasiado oscuros. 85, Retrato de la esposa de Felipe IV, de Juan Carreño de Miranda, Avilés, 1614-1685; fue el último de los viejos pintores españoles y flojo imitador de Velázquez. 88, C. L., San Juan en Patmos, Alonso Cano, Granada, 1601-1667; espléndido cuadro. 90, ídem, Rey Gótico, floja imitación de Velázquez. 95, Moisés golpeando la roca, Juan de las Roelas, Sevilla, 1558?-1625; muestra oscura e inferior del arte de este hombre verdaderamente grande a quien sólo se puede estudiar en Sevilla. 96, C. L., Adoración de los pastores, de Pedro de Orrente, murciano e imitador de los Bassanos (véase Valencia): este gran artista, el Annibal Carracci y Sebastiano del Piombo de España, solo puede ser realmente comprendido en Valencia. 108, Visión de Ezequiel, Francisco Collantes, Madrid, 1599-1656; horrible tema, y más apropiado para un claustro monacal que para un museo. 124, Carreño, una Mujer Gorda. 134, La Vocación de San Mateo, de Juan de Pareja, Sevilla, 1606-1670, que fue primero esclavo y luego discípulo de Velázquez; es verdaderamente localista y español. El rostro del Salvador es verdaderamente corriente mientras que los grupos están ataviados como en el tiempo de Felipe IV. 146, San Bernardo, de Antonio Palomino, 1653-1726; fue el Vasari de España, pero más flojo, tanto

con la pluma como con el pincel. 151, C. L., El Sitio de Cádiz, de Eugenio Caxes, Madrid, 1577-1642; en el católogo se dice que este cuadro representa el ataque inglés de 1625, por el "Conde de Lest", o sea, Essex en español; el verdadero jefe fue lord Wimbleton. La cabeza de Girón, el general español, es buena. 152, C. L., Retrato de don Carlos, hijo de Felipe II, Alonso Sánchez Coello, valenciano, muerto en 1590; cuadro histórico muy interesante. 153, retrato de María de Portugal, primera mujer de Felipe II, de Juan Pantoja de la Cruz, Madrid, 1551-1610, discípulo de Coello y, como su maestro, admirable en la pintura de las ricas ropas del periodo. 154, Retrato de Isabel, la hija favorita de Felipe II, por Coello; los maravillosos adornos y joyas contrastan con el fondo oscuro. 157, Virgen y Niño, de Morales. 166, C. L., C. N., un Cristo muerto, de A. Cano, bello pero rígido y más bien pintura de escultor. 170, Virgen y Santos, de Blas del Pardo, Toledo, 1497-1557, discípulo de Berruguete y florentino en su estilo y colorido. Sus obras son grandiosas y se ve en ellas influencia de Andrea del Sarto, pero su colorido tiende a ser pesado. La media figura arrodillada es Alonso de Villegas, autor de Flos Sanctorum. El 175, Nacimiento de la Virgen, y el 181, Nacimiento de Cristo, son de Pantoja; fue pintor duro, pero excelente en los retratos. 188, una Puesta de sol, de Mazo.

Pasemos ahora a la sala de la izquierda y veamos el número 206, Sánchez Coello, retrato, según se dice, del famoso Antonio Pérez, el perseguido ministro de Felipe II (véase Zaragoza). 221, una Magdalena, de Jacinto Jerónimo de Espinosa, de Valencia, donde se encuentran sus mejores cuadros. 222, Margarita, esposa de Felipe III, por Pantoja; el acabado, con sus complejos detalles, contrasta poderosamente con el tratamiento suelto de Velázquez. 226, C. L., La Divina Pastora, Tobar, frío y pobre si lo comparamos con Murillo. 227, San Jerónimo, Cano. 237 y 238, Apóstoles, por Francisco Pacheco, Sevilla, 1571-1654, pintor flojo, pero escritor útil. 277, Felipe II viejo, muy curioso e histórico. 283, C. N., Zurbarán, Santa Casilda. 287, San Jerónimo, Antonio Pereda, Valladolid, 1599-1669; imitó a Ribera, y la cruz está bien pintada. 290, Pantoja, Carlos V cuando tenía alrededor de cuarenta años, con armadura negra y dorada. 297, Combate Naval, Juan de Toledo, Lorca, 1611-1665; fue el Bourgignone de España. 305, Mazo, vista en pardo oscuro, cerca de El Escorial. 307, C. L., Virgen y Cristo muerto, Cano; el lado de la cabeza ha sido repintado; este

es uno de los mejores cuadros de esta galería, de un color fino y rico. 314, C. L., Bautismo de Cristo, Juan Fernández Navarrete, El mudo, Logroño, 1526-1579; sus mejores obras están en la capilla de El Escorial. 317, Zurbarán, Criado dormido, con vestidura púrpura y buen efecto.

Ahora pasemos a la bajada y observemos el número 357, retrato del pobre Carlos II, Carreño. 362, Carlos IV, Alegoría. Bajo estos dos imbélices, España y el arte perdieron su nacionalidad por igual; el último de estos dos manchones es obra de López, ¡pintor de cámara! Número 368, Carlos V y Felipe II, Pereda. Número 375, un Cristo muerto, Domenico Theotocopuli, el Greco. A continuación entramos en Las escuelas varias, que es una colección de diversas escuelas, con muchas y bellas cosas sacadas de El Escorial; la grandiosa galería central está dividida en maestros españoles modernos, italianos antiguos, alemanes y franceses. Lo mejor será tomar por sí solos a Rafael, los venecianos, esto es, Giorgione, Tiziano, Tintoretto y Paolo Veronese. Pasemos por encima, por tanto, la gran galería, echando solamente una ojeada a ambos lados a las joyas expuestas, número 723, C. L., una Sagrada Familia, de Rafael, 1483-1520; es llamado este cuadro del Agnus Dei, por la inscripción, tomada de San Juan, cuyo cuerpo ha sido muy repintado en París, donde el exquisito rostro de la Virgen recibió una capa de carmín. La arquitectura en ruinas y el paisaje pueden compararse con Tiziano y se dice que son obra de Giovanni da Udina. Número 726, E., C. N., la famosa Perla, que perteneció a nuestro Carlos I y fue vendida, con otros cuadros, por Cromwell. Felipe IV compró tantas cosas en la subasta por intermedio de su embajador, Alonso de Cardeñas, que hicieron falta dieciocho mulas para cargar los lotes adquiridos, y tan impaciente estaba por traerlo todo a Madrid, que hizo irse de allí a los lores Clarendon y Cottington, embajadores entonces de Carlos II, por sentirse avergonzado de mostrar lo que en otros tiempos había pertenecido a su antiguo amigo y visitante. Clarendon nunca perdonó esto, y en 1664, escribiendo a Fanshawe, alude a la “infame conducta de Felipe, al comprar a los asesinos tantas cosas pertenecientes a la corona, las cuales, por honor, debiera devolver antes de pedir nada a Inglaterra”. Cuando Felipe IV contempló este cuadro de Rafael, exclamó: “Esta es la perla de mis cuadros”, y demostró ser un buen juez, porque Kugler lo considera el más perfecto de los temas de

Maddonas de Rafael. Y nunca ha sido mejor plasmada la seria suavidad de la bendita Virgen Madre, su belleza de forma, la pureza de su alma; el rico cielo azul semejante a los de Tiziano, surcado de rojo, forma un bello fondo. El número 741, E., C. N., La Virgen del pez, una composición simple y simétrica, quizá un poco demasiado amarilla en color. Este cuadro fue llevado a París, y allí pasado de tabla a lienzo, habiendo sido antes raspado y barnizado. 784, Cristo con la cruz a cuestas, o El pasmo de Sicilia, considerado como inferior solamente a la Transfiguración por los que se fijan más en el tamaño o temen expresar un sincero desacuerdo cuando se espera de ellos, como cosa natural, caer en éxtasis de entusiasmo. Este cuadro sufrió un trato peor aún que el del Pez; primero fue separado de la tabla y pasado a lienzo por monsieur Bonnemaison, de quien Passavant (Kunstreise 77) cuenta a continuación la siguiente anécdota: monsieur David fue a visitarle una mañana y lo encontró frotando estos cuadros de Rafael con trementina. Hasta el hombre de la guillotina se sintió escandalizado y comenzó a reprenderle. “No lo estropea –respondió el otro– al contrario, lo alimenta”. Luego fue muy repintado; en consecuencia, su tono es duro, como polvoriento, aladrillado y laqueado. Y, de la misma manera, por bella que nos parezca la Verónica y, como ella, los grupos a la derecha, la figura principal del soldado en primer término es algo amanerada y teatral.

Obsérvese a continuación el número 794, E., una bella Sagrada Familia llamada de la Rosa; sin embargo, su autenticidad ha sido puesta en duda. El 798, E., es una pequeña Sagrada Familia, pintada en 1507. 834, E., Santa Isabel visita a la Virgen, contraste de embarazo joven y viejo, tema nunca demasiado agradable. La composición es muy sencilla, con un bello paisaje. Este cuadro también fue pasado en París de tabla a lienzo y luego repintado y demasiado barnizado. Tiene escrito con letras de oro, “Raphael Urbinas, F.; Marinus Branconius, F. F.”, es decir, fecit facere. 901, retrato, según algunos, de Bartolo, el jurisconsulto; según otros, de Andrea Navagiero, embajador veneciano cerca de Carlos V y autor de Il Viaggio de Espagna. Aunque algo duro y rojizo, es muy grandioso, sencillo y de efecto. 905, C. L., retrato del cardenal Julio de Médicis, cabeza verdaderamente italiana; obsérvese la decisión que expresan los finos labios apretados y la inteligencia de los ojos. 909, retrato que algunos piensan sea de Agostino Beazano. La perla

y La Virgen del pez no pueden ser lo bastante estudiados.

De todas las escuelas italianas, la de Venecia es la más rica. Tiziano fue amigo personal de Carlos V y Felipe II, y (aunque Kugler lo duda, por estar evidentemente poco familiarizado con las colecciones españolas) fue a Madrid en 1532 y siguió allí hasta 1535, lo que explica el número y la belleza de sus obras (véase Ceán Bermúdez, "D.", v. 30).

Igualmente, de todas las escuelas italianas, la de Venecia fue la más admirada por Velázquez, quien dijo con toda franqueza a Salvator Rosa que a él no le gustaba nada Rafael.[*] Y fue a esa ciudad deliberadamente a comprar cuadros para Felipe IV; en Madrid, por tanto, Tiziano puede ser admirado en toda la dignidad senatorial de sus retratos y la espléndida fuerza de sus colores. ¡Oh, mágico, arrebatador colorido!, carne molida más bien, si no rubíes y esmeraldas, y que, a pesar del dibujo autodidacta, se lo lleva todo por delante. Tiziano fue, ciertamente, un pintor.

De Giovanni Bellini, Venecia, 1426-1516, obsérvese el número 665, Virgen y Niño; aunque curioso, es duro y ha sido repintado. 414, Jesús dando las llaves a Pedro, es un verdadero cuadro italiano temprano; procede de El Escorial, donde había sido atribuido a Giorgione y hacía pendant con el número 792, de este gran artista, la Virgen con santos, y uno de los mejores cuadros del mundo: obsérvese el hombre con armadura. Giorgio Barbanelli, il Giorgione, 1477-1511, murió demasiado joven, mientras que Tiziano, su condiscípulo, vivió demasiado tiempo. Su cuadro, 780, de David matando a Goliat, es bueno; las vestiduras cinquecentescas son interesantes, pero las proporciones entre el muchacho y el gigante no están bien observadas.

De Tiziano Vecellio, Cadore, 1477-1576 –el inmortal Tiziano– hay cuarenta y tres cuadros, un museo para él solo. El número 421, E., La Virgen; 428, E., Cristo en el jardín, muy estropeado; 437, E., San Jerónimo; 465, E., la Virgen; 492, E., San Jerónimo; 649, Felipe II; 680, Retrato; 682, ídem; 685, C. L. Carlos V a caballo: este antes de su reciente restauración, era el cuadro ecuestre más bello del mundo; es más sublime que Velázquez, y, sin embargo, igualmente vivo; el emperador, caballero andante, inspira un temor semejante al Teodoro de Dryden que persigue a la perjura Honoria; 695, el

propio Retrato de Tiziano, venerable e inteligente; 724, un retrato; 728, C. L., Diana y Acteón; 729, Diana y Calixto, dos encantadores esbozos, coloreados con carne pulverizada y cielos de turquesa. Ambos han sido vestidos y repintados, a causa de la pudibundez española; el dibujo no es muy exacto, pero Tiziano tenía ochenta y cuatro años cuando fueron hechos. Número 740, retrato; 752, E., el famoso Gloria o Apoteosis de Carlos V y Felipe II, que, reyes en la tierra, aparecen ahora como suplicantes ante el Rey del cielo y en la Corte angélica. Este cuadro, que para muchos es la obra maestra de Tiziano, fue pintado en su mejor momento para Carlos V, quien, en su testamento, dejó dicho que debiera estar siempre colgado donde quedase enterrado su cuerpo; se quedó en San Yuste hasta que Felipe II hizo llevar los restos de su padre a El Escorial, y ahora, como Carlos lleva en él el hábito de monje, el cual, por ser entonces sudario normal en España, es necesario para poder alzarse de la tumba, indica, según monsieur Viardot (Museo, 42) da por supuesto, que este cuadro fue pintado después de la muerte de Carlos y teniendo Tiziano ochenta y cuatro años; pero, dejando a un lado la historia, limitémonos a comparar el dibujo y el tratamiento de este cuadro con los números 728 y 729.

Obsérvese a continuación el 756, el Castigo de Sísifo; 765, C. L., Carlos V con su perro favorito; aquí se le contempla en su vida privada, con su expresión de cuidado y dolor, pero es que la gota en el pie y la locura en el cerebro son el tributo de su vieja sangre y su alto rango; 769, C. L., es su hijo, Felipe II, joven y vestido de armadura, rica vestidura, delicado en formas y facciones. Estos retratos de tamaño natural son facsímiles de los retratados; ciertamente, Tiziano y Velázquez han sido tan identificados con la rama austríaca, que aquí nos familiarizamos con ella hasta tal punto que es como si los hubiéramos conocido vivos; 775, E., Santa Margarita, es muy bueno, pero ha sido repintado con falsas vestiduras; 776, C. L., Salomé con la cabeza del Bautista: este exquisito cuadro se dice que es un retrato de la hija de Tiziano, y si el rostro no es estrictamente de correcta belleza, por lo menos es personal; 787, Prometeo, compárese el tratamiento poético de nuestro italiano con el número 121, la escena de carnicería del práctico español Ribera: es Esquilo contrastado con Torquemada; 801, C. L., Venus y Adonis, espléndido, hay una repetición inferior en nuestra National Gallery: visto desde cierta distancia, que es

cuando los medios tonos se notan mejor, todo lo que parece plano desde cerca adquiere forma y significado, y esta es también la manera de mirar a Velázquez; 885, E., La fe católica volando a proteger a España; 812, Adán y Eva; obsérvense los pentimentos de la cabeza de Adán; este era el favorito de Rubens, y no es de extrañar, porque las formas son aquí más amplias y las carnes más pesadas de lo que es normal en Tiziano; 813, E., Cristo puesto en el sepulcro, bueno; 821, El Marqués del Vasto y sus tropas, bellamente coloreado, pero estropeado; 822, E., es una repetición del 813; 851, otra Santa Margarita: el rostro está bien, suavizado por el sombrío fondo de rocas; 852; C. L., Oferta a la fecundidad, maravilloso, pero escandalizará a todos los maltusianos, porque nunca fueron mejor agrupados y pintados tantos y tan juguetones niños vivos: por desgracia ha sido manchado con retoques; este fue el cuadro que, estando en Roma, en la Galería Ludovisi, fue objeto del estudio de Nicolás Poussin y de su formación como pintor. 854, Victoria de Lepanto, pintada por Tiziano a los noventa y un años; incluso en su avanzada edad viven sus acostumbrados fuegos; el colorido es rico y el efecto armónico bueno, pero la composición floja; las hileras de columnas parecen tubos de órganos y el ángel se diría que ha sido tirado desde la ventana y se va a romper el cuello; Felipe II, con sus calzas rojas y sus botas amarillas, coloca algo torpemente a su desnudo hijo Fernando sobre la mesa; sin embargo, como curiosidad del arte persistente de Tiziano, este cuadro merece ser observado. 894, C. L., una Bacanal; Ariadna, en la isla de Naxos abandonada por Teseo; este es uno de los mejores cuadros del mundo, jubilosa alegría y una danza de luz como nunca han sido coloreadas; es compañero del inferior Baco y Ariadna de nuestra National Gallery. 864, E., Descanso en Egipto: soberbio paisaje, tema grabado por Bonasoni. 878, C. L., Retrato de Isabel, esposa de Carlos V, vestidura soberbiamente pintada. 882, Adoración de los Reyes. 926, Retrato de Alfonso, duque de Ferrara; bella vestidura.

Jacobo Robusti, il Tintoretto, Venecia, 1512-1594, mantiene dignamente el estilo de su maestro. El número 490, E., una Magdalena casi desnuda. El 602, Minerva, alegoría. El 607, retrato verdaderamente tizianesco. El 626, ídem. Los 628, 646, ídem, muy buenos. El 672, Judit y Holofernes. El 679, curioso retrato del Dogo sentado con su Consejo, en un soberbio salón oficial, atribuido durante largo tiempo al Tintoretto, pero que, según ahora se ha

averiguado, es de Pietro Malombra, Venecia, 1556-1618, es sumamente interesante, tanto como obra de arte como por sus vestiduras locales. El 704, La Gloria, el bosquejo hecho originalmente para la pintura del palacio del Dogo y comprado allí por Velázquez; sin embargo, es pesado de color y una mezcolanza de piernas y brazos; el hombre de la cabeza grande parece asustado y decepcionado, cosa, por otra parte, bien comprensible en tal paraíso. El 830, San Jerónimo. El 839, Muerte de Holofernes. El 904, un soberbio Cardenal. El 913, un senador veneciano. El 919, Retrato de Sebastián Veniero.

Pablo Cagliari, Paolo Veronese, Verona, 1528-1588, aparece aquí con todo el fastuoso brocado y el esplendor de los amplios ropones; algunos de sus retratos son muy buenos; entre sus cuadros se debe observar el 453, E., Las bodas de Caná, que perteneció a nuestro Carlos I; 497, E., Cristo atado a la columna; 625, Cristo y el centurión, bueno; 661, Rebeca junto al pozo, un poco oscuro; 691, Moisés hallado en el Nilo, encantador y alegre cuadro de salón, atribuido por algunos al Tintoretto; 710, El nacimiento de un príncipe, celebris mundi Veneris partus: esta es una alegoría, con demasiado cielo azul y cortina roja; 764, Retrato de una Dama, 793; Ídem; 825, E., Cristo y el Centurión, bello; 843, C. L., Venus y Adonis, muy buen cuadro de gran reposo y efecto: la carne y las ricas vestiduras son comparables al Tiziano; 876, C. L., alegoría, Virtud y vicio: ni una ni otro son muy atractivos, y el joven tiene aire estúpido, aunque bellamente pintado, y las posturas son muy torpes; 896, Caín y su familia, magnífica composición, escena de la desesperación de un hombre consolado por una verdadera esposa, que no abandonará al padre de sus hijos: el paisaje oscuro, el cielo sombrío y el halo que se rompe están en sombría armonía con el sentimiento; 897, E., Martirio de un santo, bueno; 899, Cristo disputando con los doctores, bien compuesto, pero algo gris, verde y carente de efecto.

De los da Pontes o bassanos hay muchas muestras, pero resulta tedioso describir aquí estos cuadros de exposición ganadera de ovejas y bueyes en los que la figura es con frecuencia secundaria. Número 615, Leandro, Orfeo y animales; 620, Jacobo, 1510-1592, Dives y Lázaro; 632, E., los Cambistas en el templo; 683, Jacobo, Adán y Eva; 675, Francesco, La Última Cena; 701, Leandro,

Caldereros trabajando; 841, Jacobo, Autorretrato; 877, Francesco, El paraíso, excelente muestra del arte del maestro; 880, Leandro, La fragua de Vulcano; 910, Venecia, el Dogo embarcándose.

Habiendo examinado la escuela española, Rafael y los venecianos detalladamente, podemos ahora echar una ojeada general al resto de la galería. Para la comodidad de los que no hayan examinado a ninguno de los maestros por separado, pondremos un asterisco ante aquellos cuadros que merezcan atención, pero que acaban de ser mencionados. En la bajada a varias escuelas evítese el número 382, un Cristo abofeteado, obra del director, señor Madrazo, que sugiere la crítica, algo irreverente, de Alonso Cano, el cual, cuando le fue mostrado un crucifijo algo mal hecho, comentó: "¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen!". En las Escuelas varias, obsérvese el número 407, E., Rubens, 1577-1640, La Cena de Emmaus, cuadro bello, rico, oscuro, aunque la figura como de Sileno, de "mi anfitrión", destruye la dignidad del sentimiento; 409, un cuadro temprano del Matrimonio de la Virgen; 414*, Giovanni Bellini; 419*, Ribera; 422, E., una Concepción, Rubens, pero qué inferior en gracia a 299, de Murillo; 423*, Murillo; 435, 437*, Tiziano; 439, E., Cristo muerto, Rubens; 449, 450, E., Felipe IV y su mujer arrodillados, Velázquez; 475, E., una Magdalena, Luis de Carbajal, cuyos mejores cuadros permanecen en El Escorial. Los admiradores de Ribera encontrarán aquí muchos cuadros suyos. Obsérvese sobre todo el número 484, Ixión; 490*, Tintoretto; 492*, Tiziano; 496, E., Coronación de Cristo con espinas, Vandyke; 515, Ignacio Iriarte, 1620-1685, Paisaje: Murillo solía decir que él era capaz de pintar escenas en el cielo, con lo que sin duda quería decir en Andalucía, que es el Elíseo de los sevillanos locales; 526 y 532 son otras muestras, y, sin embargo, comparado a los paisajistas italianos, holandeses e ingleses, Iriarte es muy inferior, pero en España, como entre los clásicos antiguos, el paisaje era solamente un accesorio y raras veces se trataba como tema principal, ya fuera en el arte o en la literatura: sus esfuerzos resultaban vagas generalidades ramplonas, sin verdadera calidad gráfica, ni precisión de pincelada ni color local, aire, sensibilidad o individualidad. Raras veces veían la naturaleza con el sentimiento del poeta o, al mismo tiempo, con el ojo del pintor; la pluma y el pincel eran escultóricos más bien que pintorescos, ya que el hombre era el objeto principal que todo lo absorbía. Y, de la misma manera, el

gusto del paisaje es gusto adquirido, y pocos orientales o españoles tienen el sentimiento de la naturaleza más allá de las asociaciones del paisaje local o de las ideas del beneficio material y el goce personal; les gusta el paisaje, pero no por sí mismo, sino más bien en relación consigo mismos: pero incluso algunos de nuestros caballeros campesinos están con frecuencia tan enromados por sus costumbres profesionales que solo piensan en hacer aguas menores allá donde Turner se sentiría entusiasmado, y que, cuando hablan de toros que enloquecerían a Paul Potter, no hacen sino especular sobre el precio que su carne obtendría al peso, prescindiendo de las entrañas (véase For. Quarterly Review, XXXI, 148).

Obsérvese a continuación el número 530, Sancho Coello, Isabel, tercera esposa de Felipe II; 531, San Hermenegildo, Francisco de Herrera el Mozo, Sevilla, 1622-1685; 533, Pantoja, Retrato de Doña Juana; 540*, Velázquez; 543; Magdalena, Antonio Antolínez, Sevilla, 1639-1676; 545*, Ribera; 549, Pantoja, Carlos V; 550, Murillo, San Jerónimo.

Siguiendo adelante y pasando junto a cuadros españoles modernos, entramos en la magnífica galería italiana, donde maestros, escuelas, periodos, tamaños y temas se encuentran mezclados en una confusión e insubordinación sumamente españolas, cada uno ocupando su lugar por pura casualidad, como un grupo de guerrilleros. Aunque todos son buenos, podemos seleccionar el número 603, C. L., Giovanni Francesco Barbieri, il Guercino, 1590-1666, San Pedro en la Prisión; 609, Andres Vaccaro, Nápoles, 1598-1670, San Cayetano, niño, ofrecido a la Virgen; 611, Giulio Cesare Procaccini, Bolonia, 1548-1626, Sansón aniquilando a los Filisteos; 612, Paisaje, Gaspar Poussin; el San Jerónimo es de Nicolás; 625*, Paolo Veronese; 630, Dominico Zampieri, il Domenichino, Bolonia, 1581-1641, San Jerónimo visitado por ángeles; 633, Christofano Allori, Florencia, 1577-1621, retrato de una dama; 634, Guido Reni, Bolonia, 1575-1642, San Sebastián; 636, ídem, Cleopatra, pero algo verde y pizarroso; 637, C. L., Federico Fiori, Baroccio, Urbino, 1559-1613, Nacimiento del Salvador; 643, San Juan predicando, el caballero Máximo, Massimo Stanzioni, Nápoles, 1585-1656, cuyos cuadros debieran ser estudiados, ya que su estilo influyó mucho en el de Velázquez, que le visitó dos veces a él y a Ribera en Nápoles; 644, Salvator Rosa,

Nápoles, 1615-1673, Isaac y Rebeca; 645, il Tintoretto; 647; Guercino, el genio de la pintura con rica vestidura color naranja; 648, S. Rosa, El sacrificio de Abraham; 649*, Tiziano; 651, un curioso retrato veneciano de Pejerón, bufón del conde de Benavente; 653, Gaspar Poussin, Paisaje con animales; 660, Francesco Albano, Bologna, 1578-1660, Venus en su tocador, muy transparente, pero la carne es plana y pierde si se le compara con Tiziano, y, por elegantes que sean los cupidos, resultan convencionales y les falta la realidad del júbilo vivo e infantil.

Obsérvese a continuación el número 661*, Paolo Veronese; 664, C. L., Andrea Vannucho del Sarto, Florencia, 1488-1530, retrato de su mujer Lucrecia Fede: este cuadro, exquisito en otro tiempo, fue cruelmente restaurado en 1833; 665, B. Bellini; 666, C. L., Leonardo da Vinci, 1452-1519, Retrato de Mona Lisa: hay un doble o copia en el Louvre, y este ha sido puesto en duda: la ropa es pesada, las mejillas hinchadas y los ojos están demasiado cerca de la nariz; 671, Albano, Juicio de Paris; 672, Tintoretto; 679*, Pietro Mallombra; 681, C. L., Andrea del Sarto, Virgen y Santos: compárese con el número 911; 680 y 682, dos buenos retratos de Tiziano; 683, Paisaje, G. Poussin; 685*, Tiziano; 689, Sebastián Luciano, Sebastián del Piombo, discípulo de Miguel Ángel, 1483-1547, Cristo con la cruz a cuestas, pequeño y pintado sobre pizarra: su autenticidad ha sido puesta en duda. Estos son los cuadros sobre los cuales formó Morales su estilo. Número 670, Giovanni Battista Tiepolo, Venecia, 1693-1770, una Concepción, pero muy inferior al tratamiento español de este tema: se ven los pies de la Virgen; 691*, Paolo Veronese; 693, Paris Bordone, 1500-1570, Retrato de una dama; 695*, Tiziano; 704*, Tintoretto; 705, Agostino Carracci, 1558-1601, San Francisco contemplando una visión celeste: este cuadro es oscuro, el santo es torpe y la mano junta del ángel a la derecha, corriente: qué superior es el tratamiento que da Murillo a este tema. Número 706, Domenichino, Sacrificio de Abraham; 710*, Veronese; 711, Constantino Máximo, Sacrificio a Baco: un buen ejemplo; 721, Michel Angelo Buonarotti, 1471-1563, Cristo atado a la columna, dudoso; 723*, Rafael; 726, un buen retrato; 728, 729*, ídem; 730*, Francesco Bassano; 734, Angiolo Bronzino, 1501-1570, un espléndido retrato: un carácter bello y pensativo de aristocrático joven italiano; 737, Constantino Máximo, el Mensaje a Zacarías; 741*, Rafael; 743, C. L., Salvator

Rosa, una Vista de la bahía de Salerno; 751, E. Guido, Virgen en un trono, magnífico cuadro, bellamente coloreado y grandioso en su expresión. En este cuadro no se ve nada de su insípido amaneramiento y falta de verdadera vida e interés personal; 752*, la Gloria de Tiziano; 756*, ídem; 759, E. Sebastiano del Piombo, Cristo en el infierno: grandiosamente concebido y sublime representación del fantasmal y misterioso carácter que caracterizó todas las apariciones del Salvador después de su resurrección. Sebastián fue el Dante de la pintura, quien, sin hogar en la tierra, hizo su hogar más y más del terrible otro mundo.

Obsérvese a continuación el número 761, Alessandro Allori, 1535-1607, Santa Verónica; 765, 769*, Carlos V y Felipe II, Tiziano; 771, Giorgio Vasari, Arezzo, 1512-1574, una Caridad, dura y afectada, y mera escultura coloreada; 772, C. L., Andrea del Sarto, Sagrada Familia, muy bella y grandiosa: perteneció a nuestro Carlos I, y tanto Murillo como Mengs tienen que haber estudiado cuidadosamente este admirable cuadro; 774*, Tintoretto; 775, 776*, dos soberbios tizianos; 778, E., Sagrada Familia, por Leonardo da Vinci, pero obra, según otros, de Luini; 779, E., Cristo con la cruz a cuestas, otro Sebastián del Piombo muy grandioso; 780*, Giorgione; 784*, Rafael; 786, Jacobo Palma, una Adoración de los pastores, riquísimamente coloreada; 787*, Tiziano; 788, E., Descanso en Egipto, Andrea del Sarto; 789, Jacobo Carucci da Pontormo, 1493-1558, Sagrada Familia; 790, Giorgione, espléndido; 794*, Rafael; 795, Artemisa Lomi Gentileschi, el Nacimiento de San Juan Bautista: la vestimenta, como de satén, está pintada al modo de Zurbarán; 797, Lorenzo Lotto, una Boda, de la que se dice que es la de Fernando e Isabel, curioso por sus trajes; 798*, Rafael; 799, Bernardo Luini, Salomé con la cabeza del Bautista: ella es una coqueta belleza italiana, y ha sido cruelmente repintado; 801, 805*, Tiziano; 809, E., Antonio Allegri Correggio, 1494-1534, Jesús y María Magdalena. Este cuadro ha sido puesto en duda ya que los falsos ropones fueron borrados recientemente; pero España tiene pocos Correggios; los que Godoy había “coleccionado” fueron vueltos a coleccionar por Murat, y dos de ellos, comprados a su viuda por lord Londonderry, se encuentran ahora en la National Gallery; la Venus perteneció originalmente a nuestro infortunado Carlos I; 814 y 816 son atribuidos, con razón, a Correggio; 817, Baroccio, es una crucifixión, bella y delicadamente pintada, con

mucha resignada suavidad en la expresión: el fondo es una vista de Urbino; 821*, Tiziano; 825*, Paolo Veronese; 830, Tintoretto, San Jerónimo, bueno; 833, Luigi Cardi, il Cigoli, 1559-1613, La Magdalena; 834*, Rafael; 837, Andrea del Sarto, el Sacrificio de Abraham: curioso, por ser una repetición del cuadro enviado por el artista a Francisco I, según algunos a manera de compensación por el dinero que había desfalcado; 839*, Tintoretto; 840 y 844, bellos retratos de los duques de Toscana, Bronzino; 843*, Paolo Veronese, soberbio; 847, Guercino, una Magdalena, y particularmente desagradable; 849, Giovanni Antonio Licinio, Regillo de Pordenone, 1484-1539, La Muerte de Abel; 851, 852, 854*, Tiziano; 855, Guido, una Magdalena; 861, Bronzillo, bello retrato de un violinista; 864*, Tiziano; 867, Francesco Mazzuoli, il Parmigianino, 1503-1534, soberbio retrato: el terciopelo sedoso y los dobladillos de piel están maravillosamente pintados, y la cabeza llena de silenciosa dignidad italiana; 868*, Tiziano; 871, Andrea del Sarto, una bella Sagrada Familia: el Niño mira encantadoramente al espectador; 876*, Paolo Veronese; 879, Parmigianino, C. L., una Sagrada Familia, encantadora muestra; 880*, C. L., Bassano; 881*, Paolo Veronese; 882*, Tiziano; 883, Giovanni Lanfranco, 1581-1647, El Funeral de Julio César, de más tamaño que mérito; 890, Luca Giordano, una Alegoría de la paz, de colosales dimensiones y diminuto mérito; 894, Guercino, Susana y los viejos, bella y semejante a Domenichino: el cuerpo de Susana, sin embargo, es algo rígido; 896*, Paolo Veronese, grandioso cuadro; 897, ídem; 898, ídem, bello; 901, 905 y 909*, Retratos de Rafael; 900 y 903, G. Poussin; 904, Tintoretto, espléndido; 910, E, Bassano, Vista de Venecia: muy interesante, aunque algo frío de color; 911, Andrea del Sarto, aunque algunos dicen que es obra de Squazetti; 917*, ¿Leonardo da Vinci?; 920, G. Poussin: tanto este como el número 916 son muestras soberbias por lo que se refiere a la tonalidad y también al tema; 926*, Tiziano; 929, Bronzino, una Dama con tres niños, grandioso, pero duro y florentino.

Ahora examinaremos las escuelas alemana, flamenca y francesa, que están reunidas juntas en una sala circular, a pesar de que no tienen mucho que ver entre sí. Los españoles, con mucho sentido, han puesto a Gaspar Poussin, que nació en Roma, entre los italianos, pero tanto a Nicolás como a Claude les han incluido en la escuela francesa, a pesar de que Claude se fue de Francia a la edad

de doce años, siendo aprendiz de pastelero, y sin duda habría vivido y muerto haciendo sus pasteles, excelentes sin duda, en ese paraíso de transcendentales artistes culinarios. En la bella y poética Italia, donde hay más altares que hornos, más pintores que pasteleros, sus otros talentos latentes se despertaron; allí y entonces el poderoso genio encarcelado en un tarro de mermelada rompió sus amarras y salió a la superficie, llamado a cosas mejores; y el joven, al nacer de nuevo artísticamente en un país nuevo y más apropiado, se convirtió en un gran pintor italiano: como él, Poussin, al comienzo de su vida abandonó su poco pintoresco país; reeducado en Roma, solo sabía respirar aires clásicos y, en vista de ello, cuando fue obligado por Luis XIV a volver a Francia, languideció, enfermó y habría muerto de no haber sido devuelto a una atmósfera y un paisaje mejores. Ambos, como pintores, son esencialmente italianos y en esto está todo su atractivo; el que dude de esto no tiene más que comparar su estilo y sentimiento con los verdaderos franceses, cuyas obras están colgadas cerca de ellos, a saber, los jouvenets, lafosses, mignards y rigauds. De la misma manera que Vandyke se formó pintando damas y caballeros ingleses, los más nobles y bellos modelos de la creación entera, así Claude y Poussin fueron creados por los cielos soleados, los templos y las antigüedades de Italia, y ambos vivieron y murieron en Roma, su país de adopción; y sus cenizas reposan a las orillas del clásico Tiber, y no a las del vulgar Sena. ¡Ingrata patria ne ossa quidem! Su nacionalidad ha de ser decidida por sus frutos, y estos son las doradas manzanas de un jardín de las Hespérides, y a ambos cabe aplicar el antiguo adagio, non ubi nascitur, sed ubi pascitur.

Los Poussin, tanto Gaspar como Nicolás, son de primera categoría. Obsérvese el número 942, C. L., Claude Gilee, Lorena, 1600-1682, Ruinas en Roma, con el Coliseo; las figuras son de Philipo Laura, ya que Claude tenía la costumbre de decir que él vendía sus paisajes, pero regalaba sus figuras. Es dudoso, sin embargo, que incluso las figuras mejor dibujadas por otra mano se expresen, ya sea en la forma o en el color, tan bien como las que han sido puestas allí por el pintor mismo del paisaje, que las utiliza no ya por sí mismas, sino como ayuda y accesorio, lo cual un pintor de figuras olvidará, convirtiéndolas en cosa principal en el lienzo. Número 945, Nicolás Poussin, Normandía, 1594-1665; 947, Claude, una puesta de sol, llena de exquisito reposo. Las figuras, excepción hecha del pastor,

son de Courtois. Número 948, Nicolás Poussin, Baco y Ninfas, grupo sumamente clásico en un espléndido paisaje; 963, 964, Antonio Rafael Mengs, 1728-1779, Carlos IV y su esposa: ambos son verdaderamente muy corrientes; 967, un cuadro alemán de la hostia milagrosa de Bolseno; 971, Antonio Watteau, 1684-1721, una Boda de pueblo; 972, Alberto Durero, 1470-1528, autorretrato a la edad de veintiséis años, firmado y con la leyenda "Dass malth ich nach meine gestalt, ich war sechs und zwangiz yar alt"; 975, C. L., Nicolás Poussin, Puesta de sol con eremita, dudoso, y la figura es de Francisco da Gubbio; 976, C. L., Nicolás Poussin; 982, C. L., Nicolás Poussin, David y Goliat; 983, ídem, una Bacanal; 988, Claude, Joseph Vernet, 1714-1789, Paisaje con una cascada; 989, Nicolás Poussin, Monte Parnaso; 991, Watteau, una bonita Escena en Saint Cloud; 992, Alberto Durero, un buen retrato; 1003, Claude: 1004, 1005 y 1026, C. L., son pequeños cuadros de J. Ostades; 1006, 1020, dos curiosas escenas de caza de Lucas Cranach, 1472-1552: el elector Juan de Sajonia invitando a Carlos V, a quien se reconoce por su toisón de oro. Los edificios y la ropa son verdaderamente alemanes, y luego hay un mar de amoniaco y un desdén maravilloso por la perspectiva. El número 1009, Alberto Durero, una Alegoría musical; 1013 y 1014, Nicolás Poussin; 1017, una Alegoría, y 1019, una Sagrada Familia, ambos atribuidos a Alberto Durero; 1023, Santa Cecilia, y 1024, Roma Antigua, ambos de Nicolás Poussin; 1033, Claude, Ruinas y San Antonio, tentado; 1040, Diana, Nicolás Poussin; 1042, Quintin Metsys, 1450-1529, un cirujano de aldea; 1044, 1045 y 1047, los tres de Vernet, y buenos; 1049, Claude, una escena matinal, con la Magdalena; 1050, Nicolás Poussin, Meleagro cazando, composición verdaderamente muy clásica; 1051, ídem, Sileno; 1057, Mengs, Adoración de los pastores, un mero revestimiento, académico, ecléctico y flojo, de ideas ajenas, sobre todo del Correggio; 1062, una Sagrada Familia temprana, muy buena, con arquitectura, atribuida a Lucas van Leyden, pero parece más bien de Fernando Gallegos; 1067 y 1070, Nicolás Poussin; 1069, Alberto Durero, Adán y Eva; 1080, C. L., Claude, espléndida puesta de sol italiana, con bellísima agua: las figuras de Tobías y el Ángel son de Courtois; 1081, C. L., Claude, un soberbio amanecer con mar y arquitectura, y los grupos que se embarcan son de Courtois; 1082, C. L., Claude, Escena matinal, algo oscura y de un estilo anterior, con figuras de P. Laura. Estos Claudes, la última vez que los vi, necesitaban verdaderamente ser revestidos, pero seguían

tan puros como en el día en que fueron pintados. Estas gemas, verdaderamente italianas, están rodeadas de cuadros sobre cuya nacionalidad no puede caber la menor duda; pero las saltarinas pelucas de la época de Luis XIV sirven a manera de contraste por su estilo; ¡hasta qué punto el sencillo sentimiento de una naturaleza pura y virgen puede levantarse por encima de lo teatral y artificial!

Pasemos ahora a las escuelas flamenca y holandesa. En la galería de paso hay ejemplos de pintores napolitanos y boloñeses del siglo XVII; entre ellos es notable Luca Giordano, cuyo estilo fa presto y apresurada arrogancia condujeron a la completa decadencia de la pintura. De él son los siguientes: 1088, Hércules; 1090, Perseo; 1094, Susana; 1096, Arrepentimiento de San Pedro; 1098, Reinaldo y Armida; 1100, Erminia refugiándose con los pastores; 1124, Tancredo y Clorinda; 1128, Jacobo luchando con el Ángel; 1138, Turno vencido por Eneas; 1168, Cristo con la cruz a cuestas; 1175, Andrómeda; 1186, Flora.

Todos estos cuadros están sobre grandes lienzos, y hay varios en lienzos menores que no son dignos ni de mención ni de observación. Este maestro poseía gran rapidez en la ejecución, pero como sus masas están redimidas por poco pensamiento y sentimiento, no se nos queda en nada. El visitante puede echar una ojeada en passant al número 1097, de Paolo Veronese, una Adoración; 1105, Lanfranco, Recompensa al valor; 1114, su pendant, Gladiadores; 1151, Batalla naval, y 1160, Consulta en un sacrificio, son también de Lanfranco, que, como Giordano, era mejor pintor de techo al fresco que de cuadros de caballete. De Tintoretto son los pequeños retratos 1112, 1117, 1127, 1139, 1144 y 1180, La Violación de Lucrecia.

Hay un apartamento oficial llamado la Sala del descanso, donde la familia real reposa después de la fatiga de visitar el museo. Aquí se colgó, por orden de Fernando VII, un cuadro de su Desembarco en el Puerto de Santa María, de Aparicio: jamás se pintó o concibió cosa más mala y, sin embargo, una descripción especial de este cuadro se vendía por separado a la entrada del museo, lo cual habla volúmenes del repugnante servilismo y la ignorancia artística de los que dirigían entonces el gusto en España.

Llegamos finalmente, en el catálogo, a las escuelas flamenca y

holandesa y, por lo que se refiere a los maestros, estos cuadros son de la más alta calidad y muy puros. La larga relación entre España y los Países Bajos garantizó un abastecimiento constante de las mejores obras y, hasta ahora, por no haber sido apreciadas por los españoles tanto como las de los maestros propios y los italianos, han conseguido escapar a la fatal restauración.

El español, acostumbrado durante largo tiempo a ver el arte convertido en lacayo o, más bien, siervo de la religión, adscriptus ecclesiae, relaciona con el altar cualquier cuadro que le parezca de clase alta y seria; él busca temas religiosos, y sobre todo monacales y legendarios, y, en consecuencia, los temas bajos y terrenos de los holandeses le parecen algo vulgares y por debajo de la dignidad del arte; mientras que la verdad y la belleza de sus paisajes se pierden en una nación que no es en absoluto sensible a los encantos del campo y de la naturaleza misma.

Los mejores cuadros que hay aquí de esas escuelas son los de Rubens, Vandyke y Antonio Moro. Los de Wouvermans no tienen precio y son gemas del arte más puro. Los de Teniers, Snyders, Brueghel, P. Neefs y Both son muy bellos. En esto, igualmente, como en lo que se refiere a las escuelas española e italiana, la colección es muy imperfecta. Hay poco o nada de tan grandes maestros como Rembrandt, Carl du Jardin, Cuyp, Hobbema, Jan Steen, Vandervelt, Mieris, Backhuisen, Vandermeer, Ostade, Ruisdael, Vandervelde, Paul Potter, etcétera.

Dar aquí una descripción detallada de la pintura tipo Ostade: los perros, la caza, los utensilios de cocina, los holandeses borrachos perdidos, sería tan pesado como contar el ganado de los Bassans. Y sin embargo, esos cuadros son lo que el comercio londinense llama billetes de banco, ya que su demanda es segura y es lógico que así sea, porque siempre que se hacen fortunas de un día para otro, y un negocio o museo de pintura se considera parte integrante del ambiente aristocrático, ya que proporciona, como la política, una especie de introducción a ese ambiente, los que pintan así presentando reproducciones fieles a la naturaleza cotidiana, serán siempre buscados; y es que, para que una persona comprenda el idealismo de Rafael o la sublimidad de Miguel Ángel, miles de otras personas desearán saborear el dibujo auténtico de una jarra de

cerveza y el humor del tosco campesino que la bebe. Es Pickwick junto con Sam Slick frente a Dante o Milton. El arte bajo es siempre el más popular entre la muchedumbre, que lo recibe según el calibre del receptor. Por otra parte, los que ascienden del trabajo honrado a la categoría de Mecenas, gustan, naturalmente, de ver la industriosa exactitud en los objetos y la detallada descripción de los prácticos holandeses, cuyos pintores participaban del carácter comercial del país. Estos cuadros, como los detalles de una cuenta bien hecha, hablan por sí mismos, y son comprendidos por el hombre de negocios práctico y de sentido común, ya que no exigen nada a la imaginación, mientras que los efectos producidos por las grandes masas, con sus contornos desdibujados, su indiferencia por los detalles y sus llamadas a la inteligencia, dan la impresión indudable, sobre todo donde no hay inteligencia, de ser falsos y de mala ejecución. Pero en el español se pierde el enjuiciamiento de todo este detalle mecánico y de bona fide, porque el español es, en el mejor de los casos, un torpe ejecutante y con frecuencia promete pero ni paga ni ejecuta.

Comenzando por la sala situada a la izquierda, observemos los números 1199 y 1205, Rubens, Retrato del archiduque Alberto y de su mujer, Isabel; el paisaje se atribuye a J. Brueghel; 1210, D. Teniers, 1610-1694, Fiesta Campesina; 1213, Rubens, Saturno devorando a sus propios hijos: este tipo de revoluciones es demasiado infanticida para resultar agradable; 1216, Rubens, La lucha de los Lapitas: está lleno de músculo, movimiento y carne, tanto humana como de caballo; 1217, F. Snyders, 1579-1657, una grandiosa cacería de jabalíes; 1220, Rubens, una Sagrada Familia con San Jorge, muy bella; 1229, C. L., Rubens, el Rapto de Proserpina, grandioso; 1230 y 1247, Snyders, perros; 1233, Vandyke, Retrato del Pintor Richart; 1241, Antonio Moro, 1512-1568, un soberbio Retrato de Catalina, esposa de Juan III de Portugal; 1242, Vandyke, Retrato de un Cardenal; 1245, C. L., Vandyke, un exquisito Retrato de la condesa de Oxford; 1251, Rubens, Moisés conteniendo la plaga al elevar la serpiente de bronce; 1258, Antonio Moro, retrato de tamaño natural de Doña Juana de Austria, muy bueno; 1269, 1270, D. Teniers, tema pastoral y Fiesta Campesina; 1272, 1273, Vandyke, Retratos de Enrique de Nassau y de su esposa, Amelia; 1274, D. Teniers, el artista mostrando una Galería de Pintura al archiduque Alberto; 1282,

Vandyke, Carlos I con armadura y a caballo; 1285, 1288, dos bellos temas de caza por Snyders; 1292, C. L. Rubens, Adoración de los Reyes Magos: se dice que el pintor añadió la parte de la derecha de este cuadro estando en Madrid e introdujo también en ella su propio retrato; 1294, C. L., D. Teniers, La graciosa fregatriz: este es uno de los mejores de este pintor, aquí vemos a una vieja furtiva, envidiosa, fea y felina, que observa como un gato a su bribón de marido, el cual admira a una joven y guapa moza que saca brillo a los cacharros; 1296, D. Teniers, una de sus repetidas Tentaciones de San Antonio;[*] 1300, Rubens, El banquete de Terco, que, como cabría esperar, está horrorizado de ver los miembros y la cabeza de su hijo guisados a la Quesada; y tampoco puede decirse que el talento de este pintor baste para quitar brutalidad al tema; 1305, 1335, P. Neefs, dos de sus interiores de iglesia, muy acabados; 1308, R. Porbus, 1570-1622, buen Retrato de una dama de negro; 1314, Vandyke, ídem, ídem; 1320, C. L., Rubens, Mercurio y Argos; 1328, 1329, D. Teniers, Domadores de monos; 1330, Rembrandt, 1606-1674, Artemisa a punto de tragar las cenizas de su esposo; 1335, Ph. Wouvermans, Deportista a caballo bebiendo ante una venta, espléndido; 1338, C. L., Rubens, Cadmo y Minerva; 1339, J. Brueghel, gran fiesta campesina en la que están presentes el archiduque Alberto y su esposa, bello cuadro; 1344, J. Both, bella puesta del sol con pastores en paisaje rocoso; 1345, Rubens, Retrato de María de Médicis; 1350, C. L, Rubens, Retrato ecuestre de Fernando de Austria, y qué inferior es a Velázquez; 1354, Both, el Paso de la Montaña, bueno; 1358, C. L., Rubens, Retrato de una princesa vestida de negro; 1361, otro gran cuadro de Brueghel, figuras alegóricas de arte y ciencia en una rica galería; 1373, Rubens, agradable cuadro de un grupo bailando; 1374, 1375, P. Neefs, buenos interiores de iglesia: las figuras han sido atribuidas a Franck; 1376, Antonio Moro, soberbio Retrato de Doña María, Infanta de Portugal, 1377, Wouvermans, exquisita escena de caza, con damas y caballeros a caballo; 1378, Snyders; 1380, D. Teniers, Danza campesina; 1382, Antonio Moro, bello Retrato de una Dama; 1838, Wouvermans, Excursión cruzando un río, una verdadera joya.

Pasando ahora a la sala de la derecha, 1392, Vandyke, buen retrato de lord Arundel con pañuelo rojo; 1393, ídem, un Músico, y bueno; 1394, un Caballero vestido de satén negro, acuchillado, y muy bueno; 1400, C. L., Rubens, Felipe II a caballo, muy flojamente

concebido y dibujado, tanto por lo que se refiere al hombre como a la bestia: la cabeza del jinete es demasiado grande, y su cabalgadura muy torpe; 1401, Van-Eyk, 1370-1448, Enrique Werlis (para quien fue pintado, en 1438) Arrodillado en su celda, curioso cuadro temprano; 1402, 3. Brueghel, otro de sus cuadros alegóricos, como el número 1361; 1405, Snyders, buen León en una red; 1407, Vandyke, Retratos de sí mismo y del Conde de Bristol, que durante tanto tiempo fue ministro de Carlos I en Madrid: bueno e interesante; 1410, J. Ruysdael, 1640-1681, pequeña escena de bosque; 1418, 1419, P. Neefs, pequeña pareja de interiores de iglesia; 1422, 1423, J. Brueghel, pareja de paisajes grandes con mercado y diversiones; 1425 y la serie de D. Teniers, once pequeños temas tomados de Tasso, y no tratados demasiado poéticamente; 1440, Ruysdael, escena de bosque con lago y bote de paso; 1442, Rubens, San Jorge librando a la dama del dragón; 1443, 1444, J. Brueghel, dos grandes Festivales Campesinos; 1446, Antonio Moro, soberbio retrato de nuestra María la Sangrienta, que ha sido bien grabado por Vázquez, C. N. Los descuidados directores, partidarios del quién sabe, llamaron a este cuadro durante largo tiempo, por más que fuera el retrato de la esposa de su Felipe II, “retrato de una persona desconocida”; 1447, Vandyke, Retrato de Liberti, un organista de Amberes; 1448, D. Teniers, una buena Juerga Campesina; 1449, Rubens, Ulises descubre a Aquiles por su manera de asir la espada; 1451, C. L., D. Teniers, otra Tentación de San Antonio; 1457, Both, una montaña y una escena de bosque; 1461, Rubens, Jeremías en su cueva; 1463, R. Wouvermans, Grupo pasando un río, una verdadera joya; 1465, Rubens, Sileno; 1467, T. Wouvermans, Descanso después de la caza, con caballos bebiendo, cuadro de primera categoría; 1470, C. L., Both, bello Paisaje con eremitas; 1474, grandioso tema de Ceres y Pan, pintado por Rubens y Snyders; 1487, J. Brueghel, Damas arreglando el jardín; 1488, D. Teniers, Eremitas: estos dos cuadros son de gran tamaño; 1501, D. Teniers, Gitanos diciéndole la buenaventura a un viejo; 1507, Rubens, Mercurio. De Rubens es también una serie de apóstoles, desde el número 1509 hasta el 1514, y desde el 1513 hasta el 1536, y la verdad es que nos cansan bastante: mucho mejor, ciertamente, es el número 1515, C. L., su espléndido Retrato de Tomás Moro; 1528, Rubens, Atalante y Meleagro; 1546, C. L., Vandyke, una buena Pietá; 1551, G. Metzu; 1556, Rubens, Arquímedes; 1573, P. Wouvermans, Partida de una posada, bellísimo; 1575, C. L., Rubens,

Rodolfo de Habsburgo monta en su caballo a un cacerdote que lleva la Hostia; 1576, C. L., Rubens, muy buen cuadro, con caballeros galantes y sus damas, una obra de arte; 1578, Rubens, Vulcano; 1587, ídem, Ganimedes; 1588, ídem, El rapto de Europa, del que se dice que fue copiado del Tiziano por Rubens para nuestro Carlos I, y estos dos maestros no pueden ser comparados, excepto en su exuberancia de obra, porque cuán basto, físico y sensual es el flamenco comparado con la elegante voluptuosidad intelectual del italiano; 1591, Snyders, buen cuadro de Aves reñidoras; 1598, M. Coxcis, La Muerte de la Virgen: este cuadro fue traído de Santa Gúdula de Bruselas por Felipe II; 1599, Castillo de Emmaus, atribuido por algunos a Rubens; 1602, gran paisaje de Monper, figura de J. Brueghel; 1607, C. L. Vandyke, El Tesoro de Judas; 1610, C. L. Wouvermans, encantadora parada de damas y caballeros ante una posada caminera, de primera clase; 1615, D. Teniers.

Ahora bajemos a las nuevas salas flamencas en el piso bajo. La bajada está adornada por cuadros diversos de segunda categoría. Número 1620, Luca Giordano, débil imitación del cuadro de Murillo, Niños jugando; 1623, P. de Cortona, Gladiadores, grande en tamaño y pequeño en mérito: este maestro, nacido al final del verdadero arte, fue la anticipación de la escuela de Mengs y West; 1625, V. Carducci, enorme cabeza de diminuta inteligencia. Ciertamente el tamaño de los cuadros parece haber sido seleccionado deliberadamente por contraposición a su calidad, por ejemplo, número 1636, Virtudes, etcétera, por Sebastián Bourdon, y el 1641, una tremenda Decapitación de San Juan, con retratos del periodo de Felipe III, por no decir nada del 1642, un Arca de Noé de Rosa de Tivoli; 1646 y 1647 son más interesantes, por tratarse de Retratos de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, copiados de Antonio Rincón.

Dejando estas hectáreas de lienzo pintado llegamos a las nuevas salas flamencas, donde observaremos el número 1654, Rubens, Perseo liberando a Andrómeda: la armadura está bien pintada, pero la dama es flamenca, fofa y patizamba; 1662, Rubens, Ceres y Pomona; 1666, Rubens, Adán y Eva, bien imitados de Tiziano para nuestro Carlos I; 1670, Flora, obra conjunta de Rubens y J. Brueghel; 1679, 1683, Both, Vistas de Tívoli; 1681, Rubens, Ninfas sorprendidas por sátiros, soberbio; 1685, Vandyke, Diana y

Endimión, tratados con más elegancia que su maestro; 1686, Rubens, Ninfas y Sátiros, magnífico cuadro y, como el número 1681, sobre uno de esos temas en que a él le gustaba sumirse, y que nadie ha pintado mejor; 1689, C. L., Rubens, Orfeo y Eurídice; 1696, C. L., Rubens, La Vía Láctea, Juno en su Carruaje tirado por Pavos Reales dando de mamar a Hércules; 1699, un buen Retrato de un caballero de Santiago; 1704, Rubens, Juicio de Paris, disperso, fofo e inelegante; 1710, C. L., Rubens, Las Gracias, bien pintado; 1714, 1717, 1719, todos de Antonio Moro bellos retratos femeninos; 1716, Rubens, Diana y Calixto, soberbio color; 1720, C. L., Rubens, La Fortuna resbalando sobre las Aguas; 1721, Vandyke, San Francisco en éxtasis, bueno; 1727, Rubens, El Salvador Niño con San Juan; 1729, Snyders, Caza muerta sobre una mesa de cocina; 1739, una Cabra dando de mamar a un cachorro de lobo; 1743, 1746, dos grandes paisajes, J. Brueghel; 1745, 1753, Snyders, Fruta, animales vivos y caza muerta; 1767, Both, una bella Puesta de sol en un paisaje de montaña, Santiago bautiza al Eunuco; 1768, Porbus, Retrato de María de Médicis; 1772, Vandyke, Retrato de la marquesa de Leganés; 1774, Both, Amanecer con vaqueros; 1778, Both, Jardín de Frascati; 1782, Both, Escena rocosa, con Santa Rosalía de Palermo; 1784, El Compañero con San Bruno; 1786, ídem, con San Francisco, figuras por P. de Laar; 1788, Swanevelt, 1620-1690, Paisaje, San Pablo predicando; 1792, Antonio Moro, retrato de tamaño natural de María, esposa de Maximiliano II; 1803, ídem, retrato de este emperador joven; 1793, Swanevelt, una Puesta de Sol; 1794, Antonio Moro, buen retrato de una de las hijas de Carlos V; 1799, Swanevelt, una buena Puesta de Sol; 1804, Antonio Moro, Retrato de una dama, ricamente vestida; 1826, Porbus, Retrato de una dama joven; 1827, Both, Paisaje con cascada y pescadores, las figuras son de J. Miel.

En la época en que Fernando VII era rey, ciertas salas de este piso bajo constituían La Galería Reservada. Era esta una especie de penitenciaría a la que se relegaban todos los cuadros pecaminosos cuyas desnudeces pudieran corromper la pureza de Madrid; era aquí donde las ledas italianas y flamencas, las dánaes y otras damas indecentes se ruborizaban sin que nadie las viera, todas ellas juntas, como los epigramas atrevidos de Marcial, cuando eran coleccionados en apéndice en las ediciones bienintencionadas: y no es que en este harén hubiese muchas cosas realmente ofensivas, o

que en un clima más frío y entre gente menos pudibunda o inflamable hubieran sido escondidas a la mirada pública; y, naturalmente, en arte la desnudez es ofensiva más bien por su disposición e intención que por su mera exhibición. Por eso vemos que la desnudez de la Eva de Milton no produce vergüenza alguna. Todos los cuadros pecaminosos relegados a las sombras de abajo eran obra de extranjeros, porque bajo la censura de la Inquisición el arte en España se puso el velo y la escultura la cogulla, contentas ambas de vivir para siempre en la decencia. De esta manera, mientras que, escaleras arriba, todo era vestiduras, escaleras abajo todo era carne, color y sexo, dioses y diosas sin corsés ni corpiños; aquí se seleccionaban los sueños poéticos y voluptuosos de la mitología, en lugar de las ascéticas leyendas de monjes vulgares y familiares crueles. Varios de estos cuadros, sobre todo los de Rubens, se han emancipado desde la muerte de Fernando, cuando la libertad se puso a la orden del día; y, ciertamente, muchas de las fofas damas de Rubens, como ebrios ilotas, son más a propósito para inspirar repulsión que pasión. Entre las mejores de otros maestros están (véanse los números pintados en los cuadros) el 72 y el 75, de Alberto Durero, pintados en 1507; Adán y Eva, finas figuras y mayores que de tamaño natural; Adonis yendo a la caza; Venus y Cupido, A. Carracci, muy bueno; un Juicio de Paris claro y transparente, de Albano; un grupo de Mujeres sacando el Agua, Tintoretto, igual al Tiziano; 192, Poussin, bello tema de Bacanal; 53, Tiziano, una Dama sobre un sofá, con un joven tocando el órgano; 58, Tiziano, una Dama divirtiéndose con un perro: la carne está maravillosamente pintada; una Carrera de Atalanta, de Guido; 112, Putifar y José, muy lleno de vida; 51, Tiziano, Dánae, un boceto, pero una verdadera joya, y cuando se le ve desde cierta distancia es como de carne viva; Susana y los ancianos, Tintoretto; algunas copias de Correggio; Leda y el cisne: el cuadro, un Harper, ha sido repintado, especialmente la figura sentada sobre su rodilla; un Adán y Eva, imitando a Rafael, en chiaro oscuro; 107, una Dama desnuda dando de beber a un águila en un paisaje espléndido, como de Rubens. Estos cuadros debieran ser especialmente buscados por el visitante.

La galería de escultura está abajo y es muy inferior. España nunca tuvo mucha escultura buena en mármol, antigua o moderna. Y aquí, de nuevo, todo está incompleto y es obra de la casualidad, más bien

que deliberada. No hay muestras de obras de Berruguetes, Celmas, D'Arphes, etcétera, Ios alumnos, contemporáneos y rivales de los michelangelos, jean de bolognas y cellinis italianos, de otros ilustres españoles que inspiraron vida inmortal en el mármol, el bronce, el hierro y la plata; aquí no hay ninguna de las imágenes talladas, los pasos, el barro o terracota y la escultura pintada, en la que España destaca por sí misma y sin rival alguno; no hay muestras de esa falange de hombres potentes, verdaderos viri y barones, como Alonso Cano, Montañés, Juni, Hernández, Becerra, Forment, etcétera. En verdad, sus grandes nombres y obras son apenas más conocidos en Madrid que en Londres; pertenecen a otras provincias y han de ser buscados en sus lugares nativos, donde están relativamente vivos, entre otros tesoros perdidos de este desunido país. Es cierto que aquí estas esculturas pasaron durante largo tiempo por ser sagradas, por ser representaciones de la Deidad, pero el progreso ha pasado ya sobre muchos altares y despojado muchas hornacinas de su Dios. Y como los museos laicos y profanos de Sevilla y Valladolid están llenos de sagradas imágenes de un panteón destronado, también la capital debiera poder mostrar por lo menos un ejemplo de cada nombre de esos de que España puede ciertamente sentirse orgullosa y contener una prueba de que el cincel de sus mejores días se mantuvo sin duda alguna a la altura de su glorioso pincel. Entretanto, cientos de extranjeros han residido en Madrid y se han ido de él sin soñar siquiera con la existencia de tales cosas, o con la de los que las produjeron; y muchas son las leguas que hemos tenido que recorrer y las horas que hemos pasado a la búsqueda de esas joyas, que ahora están expuestas en cierta medida en nuestras humildes páginas.

Lo mejor de la escultura antigua expuesta aquí perteneció en otros tiempos a Cristina de Suecia y fue sacado de San Ildefonso. Algunos de los bronces del cinquecento y las cabezas antiguas son buenos. Obsérvese una pequeña estatua de mármol de Flora, con cabeza moderna; un vaciado de bronce del Hermafrodita, y algunas buenas tablas de pietre dure; las dos estatuas sentadas de Carlos IV y su esposa Luisa son la imbecilidad en compañía del vicio; un Castor y Polux, delicadamente diseñados; una estatua de hierro; una colosal cabeza griega, llena de viril belleza y cuyo original en bronce tiene que haber tenido por lo menos doce pies de altura; un bello bronce de Carlos V al rico gusto del cinquecento; un busto en alabastro de

Felipe II; un bello torso femenino. Pero los grandiosos objetos de la admiración madrileña son las obras de los señores Sala y Álvarez, sobre todo dos figuras con botas y pantalones, llamados El Grupo de Zaragoza, que apela a la gloria nacional; Álvarez, 1768-1826, es más popular por razones patrióticas que artísticas, ya que este escultor se negó a hacer un busto de Bonaparte.

▪

* Los cuadros españoles no debieran nunca limpiarse demasiado: con frecuencia están solo pintados muy ligeramente de primera mano, o sea, apenas esmaltados con colores transparentes, que se quitan del todo con fatales soluciones, sobre todo los curiosos marrones de Velázquez y Murillo, que estos artistas preparaban por sí mismos con los huesos de vaca quemados y triturados de su olla, de donde el nombre que se les daba de negro de hueso. La olla andaluza es la más rica y grasienta de España, de donde este color local sevillano. Morales, un extremeño, adoptó el tono más cálido del chorizo local, un embutido que lleva mucho picante. Juanes y Ribalta prefirieron el morado local, un tono purpúreo procedente del zumo de la morera que abunda allí.

▪

* Véase el diálogo que mantuvieron, como lo reproduce Marco Boschini, Carta del navegar pintoresco, Venezia, 1660, pág. 56. Por esta interesante y hasta ahora desconocida anécdota estamos agradecidos a nuestro amigo Mr. Eastlake, R. A., cuyo íntimo conocimiento del arte italiano no necesita de nuestros elogios.

▪

* San Antonio, modelo de monjes, fue el primer eremita que evitó el mundo, sus sábanas, jabones y toallas, yéndose a una guarida en el desierto, en la que hizo tantos milagros que cientos de personas se hicieron anacoretas; en vista de ello el demonio le inquietaba día y noche, asumiendo formas de animales grandes y pequeños. El único

e íntimo amigo de este solitario era un cerdo, por eso de que “ídem velle atque idem nolle, ea demum firma amicitia”, como dice Salustio; en vano Satanás le tentaba con bellas mujeres, porque el santo se mantenía fiel a su primer amor. En la época medieval, un jabalí y una cerda de esta especie podían alojarse gratis en las ciudades, distinguiéndose gracias a una marca especial, y su producto obtenía precios más altos que la carne de cerdo ordinario, a causa del aroma y la ortodoxia de su jamón. San Antonio sigue siendo el patrono de los cerdos, las mulas y los burros españoles, que son bendecidos y asperjados todos los días 17 de enero, su fiesta. El eremita se ganó también a los artistas, dándoles temas grandiosos y al tiempo ridículos, tomados de sus soledades, penas y tentaciones. Véase Ribadeneyra, I, 178.

OTRAS VISTAS DE MADRID

Y ya que estamos en este tema del arte, podríamos también echar una ojeada al Museo Nuevo, que fue abierto al público por Espartero en el aniversario del Dos de Mayo, en 1842. Está en la calle de Atocha y se llama Museo de la Trinidad, por haber sido establecido en el suprimido convento que llevaba ese nombre. El edificio, se dice, fue diseñado por el mismo Felipe II y construido por Gaspar Ordóñez; fue profanado primero por los franceses, que pusieron en él la biblioteca de El Escorial. Este Museo está ahora en estado de transición, ya que se piensan introducir en él muchas modificaciones y añadidos. Aquí se han reunido, de los conventos y de las galerías de Don Carlos y el Infante Sebastián, unos mil quinientos cuadros, buenos y malos; y es que en España las cosas mejores desaparecen con frecuencia, por quedarse con ellas los empleados, que luego informan oficialmente de su "desaparición".

Entre las mejores cosas podemos observar la serie de cuadros que representan los sufrimientos de los monjes cartujos, cuando estos fueron perseguidos por nuestro Enrique VIII y pintados por Carducho para el convento de El Paular; el Milagro del Maná, de Herrera el Viejo; un buen retrato de un Letrado con gafas, y una Concepción, obra del Spagnoletto; un Descendimiento de la Cruz, de D. Volterra; Avaros, de Quentin Matzis; el Abad Socinas Administrando el Sacramento a Santa María Egypciaca, que vivió cuarenta y siete años solitaria y desnuda en el desierto (véase Ribadeneyra, I, 557), de Francisco Camino (muerto en 1671); este cuadro fue pintado para el convento capuchino de Alcalá de Henares y se considera su mejor obra; San Bernardo arrodillado ante la Virgen, Alonso Cano; Carlos V, de Carreño; una copia de la Transfiguración, de Julio Romano, de El Escorial; un buen cuadro, de Penni il Fattore; Mujer Sorprendida en Adulterio, de Tiziano; Sansón y el León; retrato del Arcediano Alberto, de Rubens. Obsérvese en particular El Jubileo de Porciúncula, cuadro grande que en otro tiempo fue obra de Murillo: como está muy bien colgado, sigue causando mucha impresión y su historia puede ser

útil para los que estén a punto de comprar “originales indudables” en España. Solía pertenecer a los Capuchinos de Sevilla, cuyos estúpidos monjes lo cambiaron por algunas mediocridades modernas que colgar en sus claustros, con ayuda de un cierto Bejarano, un restaurador de cuadros que no daba una en el clavo. Aunque muy estropeada por haber estado expuesta al sol y el aire, la superficie estaba entonces pura; Bejarano lo repintó entero y luego se lo ofreció a tal mister Williams por ciento veinte libras esterlinas. Como la joya fue rechazada por este conocedor de primera clase de cosas de arte, lo compró Joaquín Cortés (director de la Academia de Sevilla) para Madrazo, por ciento ochenta libras, para hacer negocio, y este lo repintó también mucho de su propia mano, pasándoselo luego al Señor Bueno, uno de los más audaces de sus familiares. Finalmente se llegaron a pedir dos mil libras por el cuadro, que acabó siendo comprado por el Infante Don Sebastián por novecientos. Ahora, si exceptuamos el contorno, apenas hay en él una pincelada de Murillo. Estos datos nos fueron comunicados por Bejarano, Cortés y mister Williams.

Pocos conventos franciscanos estaban sin su Porciúncula, que se refiere a su gran jubileo, celebrado cada primero de agosto, cuando todos los penitentes que visitaban un convento franciscano quedaban ipso facto lavados de todos sus pecados anteriores; de aquí que el jubileo fuera llamado “toties quoties”, ya que era un beneficio anual. Comenzó de la siguiente manera: cuando San Francisco se retiró a una cueva del Monte Alverno, a unos kilómetros de Asís, se estuvo azotando durante todo el invierno con espinas; le visitó entonces la Virgen, que le dio rosas blancas y rojas, que habían florecido de sus azotes y le concedió esta inmunidad sin más, o sea, que “si alguien hubiese matado a todos los demás hombres del mundo, con solo entrar en su cueva quedaba tan puro como un niño recién bautizado”. Ahora bien, como en Italia es frecuente dar y recibir puñaladas, esta cueva se vio prodigiosamente frecuentada por los apuñaladores, y pronto las rentas derivadas de los donativos de esta gente excitaron a los franciscanos españoles, cuyos fieles pueden apuñalar también un poco, e indujeron al pontífice a conceder a cada uno de sus conventos su cueva imaginaria en la que pudieran alcanzar los mismos beneficios aquellos que ofreciesen píos donativos, y, en consecuencia, había siempre en su capilla de la cueva un cuadro de

la visita de la Virgen a San Francisco que explicaba la leyenda a los que no supieran leer.

Entre otros maestros observemos la obra maestra de El Greco. Su nombre era Domenico Theotocopuli: griego de nacimiento, se afincó en Toledo hacia 1577, donde murió en 1625. Imitó a Tiziano y a Tintoretto, pero era muy desigual; de esta manera lo que hizo bien resultó excelente, pero lo que hizo mal era peor que cualquier otra cosa. Era con frecuencia más premioso y extravagante que Fuseli y tan rígido como el cholera morbus. Fue también escultor y arquitecto. Este cuadro, que muestra lo bien que sabía pintar cuando se ponía de verdad a ello, representa el entierro del Conde de Orgaz en 1312. El difunto había hecho reparar una iglesia y en vista de ello San Esteban y San Agustín bajaron del cielo como enterradores especiales, pour encourager les autres Condes. La armadura negra y dorada es igual a Tiziano, y las cabezas de los presentes, los brocados rojos y las capas pluviales de los santos son admirables: menos bien han quedado la Virgen, el Salvador y los grupos celestiales, que resultan alargados en el dibujo y fríamente coloreados. Esta gran pintura fue hecha para la iglesia de Santo Tomás en Toledo. Hemos oído que sigue en esa ciudad, en el Palacio Arzobispal.

Hay varias buenas muestras de los Rizi, padre e hijos, sobre todo de Francesco, quien, como Luca Giordano, fue uno de los que dieron el último golpe al arte en decadencia. Hay otros cuadros de Pantoja de la Cruz. La serie de cuadros de la vida y pasión de nuestro Salvador, pintada en 1550 por D. Correa, para los monjes bernardinos de Valdeiglesias, merece particularmente ser observada. Este artista estudió en Florencia. Entre otras cosas preciosas salvadas de las manos de la muchedumbre enfurecida están las tallas de Rafael de León, ejecutadas en 1561-71, para los mencionados bernardinos. Esta sillería del coro, con otras muchas tallas en madera de San Felipe el Real y otros conventos suprimidos, está ahora almacenada en la nueva universidad, que está siendo organizada en lo que fue en otros tiempos noviciado de los jesuitas, admirablemente situado sobre una enminencia que domina el palacio. La escultura, entretanto, se ve con gran desventaja; los temas son los misterios de la Pasión, etcétera, que están tallados en bajorrelieve; los ornamentos son la habitual mezcla cinquecentista de cristianismo y

paganismo. Las cariátides son de excelente gusto.

Recomenzando nuestro paseo por el viejo museo y continuando Prado arriba, justo más allá del museo, a la izquierda, está el Jardín Botánico, cercado por una bella verja de hierro; fue fundado en un principio en 1755 por Fernando VI, y luego trasladado a su actual solar en 1781 por el Conde Floridablanca. Se adoptó en él el sistema de Linneo y las plantas fueron distribuidas y clasificadas científicamente por Cavanilles, el mejor de los pocos botánicos que ha producido España. Estaba lleno de curiosos especímenes y era un verdadero oasis de Flora en pleno desierto de las Castillas. Los invasores convirtieron este edén en un desierto, arrancando las plantas y los arbustos; las zarzas y los abrojos eran su maldición, como en Aranjuez, Abadía y otros jardines de recreo e instrucción. Cuando el Duque expulsó a los destructores, la faz de la tierra fue renovada y el arte y la naturaleza cobraron nueva vida. Ahora, una vez más, es este un lugar encantador; el jardín se conserva en excelente orden, tanto desde el punto de vista botánico como desde el del recreo y el placer, y se vuelve doblemente agradable al contrastarlo, como en Aranjuez, con los desnudos alrededores de Madrid.

Avanzando hasta la puerta de Atocha, sobre la enminencia de San Blas, están el Campo Santo o cementerio y el Observatorio Astronómico. La vista de Madrid es buena desde allí. El edificio de ladrillo y granito, con cúpula y pórticos, fue construido para Carlos III por Juan Villanueva. Al sur se encuentra un vestíbulo corintio. El observatorio fue diseñado a imitación de un templo jónico. Este edificio dedicado a la ciencia fue completamente destripado por los invasores, que pusieron en él cañones en lugar de telescopios. Según su Brillat Savarin, el mortal que descubre un nuevo plato hace más por la felicidad de la humanidad que el que descubre una nueva estrella, aforismo gastronómico que Murat, que había sido camarero en un restaurante, comprendía muy bien y de acuerdo con él actuaba. Fernando VII hizo restaurar los destrozos sólo en parte; y es que la astronomía, delicia de los árabes, nunca ha prosperado entre los españoles, cuyo afecto se concentra en las cosas inferiores, es decir, de la tierra y terrenales. Bajo la colina está el convento de Atocha, fundado en 1523 para los dominicanos por Hurtado de Mendoza, confesor de Carlos V. Fue enriquecido por una sucesión

de piadosos príncipes. Los techos fueron pintados por Lucca Giordano y las capillas llenadas de vasijas de oro y plata. Todas estas fueron robadas y todo lo demás profanado y pillado por los invasores; y Fernando VII, a su vuelta, empleó a un cierto Velázquez (ni santo ni artista) para que lo reconstruyera. La parte conventual ha sido convertida desde entonces en cuartel.

En la capilla está la famosa Virgen, el paladión de Madrid y protectora especial de la real familia, que siempre la veneró los domingos. De esta manera, Fernando VII, cuando conspiraba contra sus padres, se inclinó primero ante la imagen y mendigó su ayuda. Y también cuando fue secuestrado por Savary, antes de salir para Bayona, tomó la cinta de la Inmaculada Concepción que llevaba al pecho y la colgó en el de la imagen. Y después de su restauración, lo primero que hizo al llegar a Madrid fue arrodillarse ante ella y darle las gracias por haber intercedido dándole la libertad. De la misma manera, su antecesor, Alonso VI, en 1083, en la primera reconquista de Madrid, puso su bandera a sus pies. Fernando ha sido puesto en ridículo por los que no saben nada de España y los españoles, por haber, durante su cautiverio en Francia, bordado una saya para la imagen (lo cual él no hizo, aunque sí su tío Antonio). Y, sin embargo, la noticia les llegó al corazón a todos los mariólatras, que honraron a un rey que mostraba ser el reflejo mismo de ellos. Y así, ante esta tutelar local, su viuda, Cristina, se inclinó el 23 de marzo de 1844, antes de entrar en Madrid a su regreso a España; no hizo tal cosa, sin embargo, en Barcelona, donde rezó ante Santa Eulalia, patrona de esa ciudad.

Esta Virgen suplanta en cierto modo a San Roque, el Esculapio español. Es la Minerva médica, la Abhnh urieia, a quien recurre la facultad médica cuando el soberano está peligrosamente enfermo y los médicos se ven impotentes, cosa que suele ocurrir, particularmente, en Madrid. Así vemos que Bassompière, en su parte del 27 de marzo de 1621, describe la enfermedad de Felipe III: “Les médécins en désesperent, depuis ce matin que l’on ha commencé a user des remedes spirituels, et faire transporter au palais l’image de N. D. de Athoche”. El paciente murió tres días después de ser llamada la imagen a palacio, ubi incipit theologus desinet medicus.

Los conventos, ciertamente, pueden haber sido suprimidos, pero el espíritu claustral, por estar basado en las necesidades y los deseos de un crédulo pueblo sudeño, sigue estando profundamente enraizado en la corrupción de su naturaleza misma: las reliquias siguen siendo paseadas para traer la lluvia y extirpar la enfermedad, y la langosta sigue siendo expulsada de esta manera, y el campesino de Madrid sigue trayendo su burro para que se lo bendigan el día de San Antonio. Este paladión es el tercero en santidad de las miríadas de ellos que hay en España. Solo le ganan en importancia los de Zaragoza y Guadalupe. Se han escrito libros enteros sobre él y sus milagros; consúltese, además de los sonetos de Lope de Vega, "La Patrona de Madrid", a Francisco de Pereda, Valladolid, 1604; también la "Historia de la Santa Imagen", Juan de Marieta, Madrid, 1604; ídem, Gerónimo Quintana, cuarto, Madrid, 1637.

Algunos prelados españoles afirman que fue hecha esta imagen en Efeso en el año 470, durante la disputa nestoriana, y que esta "Gran Diana" tenía la inscripción qeotocoz, de donde se deriva Atocha. Villafañe afirma que fue hecha, o por lo menos barnizada, por San Lucas, y que fue tomada por San Gregorio el Grande de Antioquía, de donde se deriva Atocha. Otros están convencidos de que San Pedro la trajo consigo a España; todos, sin embargo, creen sin lugar alguno, a dudas que ya estaba aquí en el tiempo de los godos, porque fue visitada por San Ildefonso, y dicen que cuando los moros invadieron las Castillas, un cierto García Ramírez la escondió tan bien que no consiguió luego volverla a encontrar, en vista de lo cual fue la imagen misma la que se le reveló entre plantas de Ballico. O bien, según otros, entre Atochas o tilos, de aquí su nombre. Pero sobre todo esto se puede consultar a Villafañe, Imágenes Aparecidas, pág. 126.

Ramírez construyó una ermita en el lugar mismo, y los moros que intentaron impedírselo quedaron ciegos. Villafañe dedica treinta y tres páginas a sus milagros. Expulsó al demonio de un muchacho llamado Blas, página 97 (¿Gil?); dio voz a un mendigo mudo, que entonces dijo claramente: "Dente un cuarto" (pág. 102); levantó al hijo de un zapatero remendón de entre los muertos (pág. 103); paró a un albañil en el aire cuando se caía de un tejado (pág. 111 y ss.), pero este último era un milagro muy corriente en España en aquellos tiempos, como era natural que fuese, ya que siempre

estaban construyéndose conventos en todas partes y, por tanto, los accidentes de este tipo debían ser cosa diaria. La imagen es muy negra y vieja, pero la enagua es reluciente y nueva; por encima y en torno al pesado altar hay colgadas banderas de victorias españolas; y a su alrededor hay una verdadera feria de restos: la ropa, las muletas y las tablillas votivas que le han sido ofrecidas, igual que entre los paganos, por los enfermos que cura en sus intervenciones diarias en su favor.

Las otras imágenes notables veneradas en Madrid son el Santo Cristo de la Lluvia, en San Pedro, en su plaza; el Santo Cristo de la Fe, en San Sebastián, calle de Atocha; el Santo Cristo de las Injurias, en San Millán, plaza de la Cebada, y los pasos o imágenes santas sacadas por Pascua a las calles y guardadas en San Juan de Dios, plaza de Antón Martín. Otros pasos son el de Nuestro Señor de los Azotes, de Pedro Hermoso; Nuestro Señor en el Sepulcro; La Soledad, de Becerra, y Santo Tomás, de Miguel Rubiales. La iglesia de Santo Tomás es una gran Favissa o almacén de santos de palo, tanto sanos como rotos.

Siguiendo nuestro circuito de la ciudad, a la derecha, en la esquina de la calle de Atocha, está el enorme hospital llamado El General, fundado en 1582 por Felipe II. Fue sacado de aquí en 1748 por Fernando VI. Como la mayor parte de los demás hospitales españoles está sin terminar, porque la caridad española es doméstica y dilatoria, y lo que da es precisamente “nada a nadie”. La ayuda médica de este General se parece algo a la cooperación de otros generales como Lapeña, Venegas, etcétera; pero “los socorros de España” llegan proverbialmente o tarde o nunca. El interior de este hospital hace juego con su exterior inacabado. Junto a él está el Colegio de San Carlos, fundado en 1783 por Carlos III como colegio de cirujanos. Aquí no se llegó a conseguir tampoco del todo ni el edificio ni su intención. Tiene un museo anatómico y algunos preparados en cera relacionados principalmente con el arte obstétrico: y estos son manipulados por los sangrados en ciernes, igual que los estudiantes de náutica en Sevilla hacen con los modelos de las fragatas. Pero aquí, tanto marinos como cirujanos, en sus incertidumbres por tierra y mar, son enseñados por la Iglesia a llamar en su ayuda a San Telmo, San Ramón Nonato o la Cinta de Tortosa, para que les libere. Hemos hecho algunas observaciones

sobre la condición de los hospitales y los médicos españoles. Son muy deficientes, con pocas excepciones, en todo tipo de material mecánico, comodidades y descubrimientos modernos, cosa que es reconocida y lamentada por todos los españoles sensatos. La ciencia de la curación no progresa en relación a la de la destrucción, porque los puñales de Albacete están mejor hechos y son más eficaces que los escalpelos; pero en ningún periodo fueron los españoles cuidadosos de sus propias vidas y mucho menos de las ajenas, por ser pueblo de entrañas duras. La familiaridad con el dolor hace ensordecer los sentimientos delicados de los que están empleados en hospitales, incluso en los nuestros, porque los que viven de los muertos tienen solamente la compasión del enterrador por los vivos, y son tan ciegos a la poesía de la salud inocente como mister Giblet pueda serlo para el juguetón corderito alimentado en casa. Las cosas no han mejorado en España, donde las heridas, la sangre y la muerte del pasatiempo que son los toros, los gritos de "muera" de la muchedumbre, y los "pasarle por las armas", los decretos draconianos y los de Durango, y las costumbres de todos los que están en el poder, educan a ambos sexos a la indiferencia ante la sangre y la fatal puñalada o al tajo del cirujano como cosas de España y cosas de todos los días.

Sin embargo, a manera de compensación, la salvación de un alma[*] se ha convertido exactamente en una consideración tan importante en España como la curación de un cuerpo lo es en Inglaterra. Aquí los encantamientos y los amuletos representan nuestras medicinas patentadas, y lo extraño es que alguien pueda ser condenado en Gran Bretaña a muerte en este mundo o en la Península a la perdición eterna en el próximo; posiblemente las panaceas no son en ninguno de ambos casos muy específicas, pero, sea lo que fuere, es notable lo numerosos que son y lo bien equipados que están aquí los conventos y las iglesias en comparación con los hospitales, y lo abundantemente provistos que se hallan los relicarios en comparación con las boticas y los museos anatómicos; y también es de notar el número de santos varones que acude después de que un castellano rancio haya sido apuñalado, matado por hambre o ejecutado, ni uno solo de los cuales habría dado un paso por un ejército entero de compatriotas vivos; y entonces, ¡cuántas monedas no se recolectarán para pagar las misas que sacarán a su alma del purgatorio!

Tenga cuidado, a pesar de todo, digno lector protestante, y no se le ocurra morir en España, excepto en Cádiz o Málaga, donde hay cómodos lechos para herejes; y por lo que más quiera, evite enfermar en Madrid, ya que, una vez que haya sido puesto en manos de los cirujanos latinos o los cirujanos romancistas, lo mejor será que haga testamento enseguida, pues, si es cierto el juicio que dictan los españoles sobre sus propios médicos, no habrá esculapio que le salve a usted de los buitres. Este bajo estado de la medicina tiene, sin embargo, un buen efecto, y es que hace que todos los inválidos prudentes eviten la facultad y, en consecuencia, muchos de ellos se salvan gracias a la vis medicatrix Nature. Pasemos, por tanto, queridos compatriotas míos, por la Península sin trabar conocimiento con un solo médico, lo cual, por otra parte, es poco probable si es preciso atender a la salud; porque en esta tierra de anomalías, el soldado que maneja el sable tiene el más alto de los rangos y el que cura el más bajo; aquí el doctor en medicina, a quien el Papa infalible consulta y el rey autócrata obedece, solo tiene entrada en las habitaciones de los enfermos de la buena sociedad, que le dan en las narices con las puertas de sus salones; pero el así excluido se venga luego en los que moralmente le pasan por alto de esta manera y Madrid es, ciertamente, la Corte de la muerte y la pulmonía. La descripción de El Escorial por Bermejo nos da la prueba más firme de esto, en la muerte prematura de los personajes reales, de quienes cabría esperar que dispusieran de la mejor asistencia y asesoramiento, tanto médica como teológico-terapéutica, que el capital pueda conseguir; pero breve es la vida real, sobre todo en el caso de las mujeres y los infantes, y el resultado es innegable en estas estadísticas de la muerte; la causa está en parte en el clima y en parte también en los médicos, que, ayudándose mutuamente, pueden dedicarse con tranquilidad a averiguar cuál de ambos es el más eficaz.

En España, como en Oriente, todos los que matan, excepción hecha de los soldados, son de baja casta social: el torero matachín y el verdugo público, por ejemplo; el médico es evitado socialmente, y no solo por esta causa y por ser peligroso, como la serpiente de cascabel, sino también por los prejuicios que la Iglesia, enemiga de todo el derramamiento de sangre y de la anatomía, ha desencadenado siempre contra esa profesión rival, la cual, de ser bien recibida, podría percibir también su parte de los legados y los

secretos que dan poder y que se consiguen con facilidad en el lecho de muerte, cuando la mente y el cuerpo se ven sin fuerza. De esta manera, las universidades, gobernadas por eclesiásticos, persuadieron al pobre fanático de Felipe III a que promulgase una ley (Recopilación, libro III, título XXI, ley 9) prohibiendo el estudio de cualquier nuevo sistema de medicina y haciendo obligatorio el de Galeno, Hipócrates y Avicena: pasaron minuciosa revista a las ciencias exactas y la filosofía experimental que, según ellos afirmaban, hacían de todo médico un Tiberio "circa Deos ac religiones negligentior quippe addictus mathematicae" (Suetonio, in Vit. 69); y de la misma manera asustaron al tímido Fernando VII en 1830, diciéndole que las escuelas de medicina formaban materialistas, herejes y revolucionarios, con lo cual el amado monarca hizo cerrar sus aulas sin demora. Esta baja posición social es muy clásica: los médicos de Roma, liberti en su mayor parte, no fueronhechos ciudadanos romanos hasta César, que quiso conciliarse a estos ministros de las Parcas estando la capital escasa de habitantes después de numerosas emigraciones (Suetonio, in Vit. 42): decisión esta que puede ser de doble filo; de la misma manera, Adriano VI (tutor del español Carlos V) aprobó el que hubiera quinientos médicos en la ciudad eterna, porque, si no, "la multitud de los seres vivos acabaría devorándose mutuamente". En cualquier caso, cuando le llegó a él el turno de bajar a la madre tierra, el pueblo agradecido organizó una serenata en honor de su cirujano, llamándole "liberador del país".

En nuestros días no había más que un médico admitido por la sangre su[*] de Sevilla, estando en buena y antiflebotómica salud; y todos los extranjeros recibían la información con excusas de los nobles anfitriones de que el doctor en medicina era de casa conocida, o sea, de buena familia; de esta manera su introducción social se debía a sus cualidades personales, no a sus cualidades profesionales. Y mientras que los aventureros de toda especie recibían títulos de todas clases, al más pródigo dispensador de honores españoles no se le ocurrió jamás hacer de su médico siquiera un titulado, que es una categoría equivalente más o menos a la de par de Francia: esta prohibición aristocrática limitaba a los médicos prácticamente a no cultivar otra sociedad que la suya propia, y esto no era ni desagradable ni peligroso, porque entre lobos no se come. En Sevilla, la tertulia médica se reunía en

Campelos, calle de San Pablo, y bien sombría que era la junta de aves de mal agüero, que graznaban sobre la salud general que aquejaba a la ciudad, rezando, como sangrado en “Gil Blas”, porque, por bondad de la providencia, le cayeran encima enseguida grandes enfermedades. El que esta congregación de cuervos estuviese animada o desierta era la mejor prueba del estado de salud de la bella capital de la Bética, y por nuestra parte nosotros solíamos inspeccionarla con inquietud, porque, fueran las que fuesen las bromas de los que gozan de buena salud, cuando la enfermedad trae al doctor a la casa, todas las bromas terminan y entonces se le trata con gran consideración incluso en España, por tratarse de una elección entre dos males y por miedo al confesor y al enterrador.

Volviendo hacia el sur, hacia la Puerta de los Embajadores, entramos en unas avenidas semejantes a desnudos Campos Elíseos, que se llaman aquí grandilocuentemente Las Delicias, porque incluso las delicias celestiales son relativas. Aquí está el Casino, que el municipio de Madrid le dio a Isabel La Portuguesa, segunda y mejor mujer de Fernando VII. Es un bonito juguete, con agradables jardines, invernaderos, algunas estatuas y una especie de Trianón que en otros tiempos estuvo bien equipado; los techos de las mejores estancias están pintados por Vicente López. Este Casino recibe a veces el nombre de Las Vacas, debido a que Su Majestad intentó producir mantequilla aquí.

Ahora salen tres avenidas de los parterres circulares que hay más allá del Casino: las dos que van al oeste conducen al Manzanares, el Támesis de la “única Corte”, y llamado por los elegíacos vizconde de ríos y duque de arroyos; pero no es este el único duque que ha sido deformado en sus orillas: este miserable arroyuelo, aunque apenas baste su agua para las lavanderas, ha alimentado también el humor cortante de los ingenios y satíricos españoles, desde Quevedo y Góngora para abajo, durante varios siglos. Si recibe el nombre de río es por pura cortesía, porque tiene puentes, lo que la mayor parte de las aguas corrientes en España no tienen. El dilema aquí ha sido si sería mejor vender un puente o comprar agua. Estos enormes puentes, sobre los que no puede caber la menor duda, no son (como en Valencia) pontes asinorum exactamente, ya que sirven a modo de viaductos a través de la hondonada, y a veces los torrentes de

lluvia bajan del Guadarrama en tal volumen que incluso sus gigantescos muelles se ven amenazados por las inundaciones; sin embargo, el diluvio no tarda en pasar, agotado por su propia furia; y, cuandoquiera que llueve, lo que debe hacer el forastero es bajar corriendo a ver el río antes de que desaparezca. En verano, el riachuelo es poco más ancho que la longitud misma de su nombre, y se dice que su lecho fue "aguado" una vez porque iba a pasar junto a él Fernando VII, para impedir que el polvo le molestara. El transeúnte a pie enjuto lo cruza sin darse cuenta de ello, como en Lucano (IX, 974):

Inscius in sicco serpentem pulvere rivum transierat, qui Xanthus erat.

Góngora, además de numerosas bromas profanas y bajas, lo comparó al hombre rico que, en las llamas, mendiga una gota de agua. El epigrama de Tirso de Molina lo compara a las largas vacaciones veraniegas de las universidades:

Como Alcalá y Salamanca,

tenéis y no sois colegio

vacaciones en verano

y curso solo en invierno.

El agua de esta anatomía, que tiene forma de río sin su circulación, es atraída hacia agujeros por náyades, a cuyo cuidado se entregan los paños menores de Madrid, quos et venti subeunt et aurae. El lavado, sobre todo bajo el palacio real, es gárrulo y pintoresco, porque las prendas multicolores relucen alegremente al sol. También hay algunos baños en los que los madrileños refrescan sus resecos cuerpos en el verano.

El Manzanares comienza a unas siete leguas de Madrid y entra en el Jarama cerca de Vacia Madrid. Río abajo, hacia el este, está el canal sin terminar, proyectado en 1668 para unir a Madrid con el Tajo, canal que fue comenzado, como de costumbre, con entusiasmo y, también como de costumbre, abandonado enseguida, de modo que solo se llegaron a hacer tres leguas de todo él. Las aguas estancadas son un hervidero de fiebres y, de esta manera, están convirtiéndose en una maldición y no en un beneficio, y añadiendo su granito de arena a la insalubridad del enfermizo Madrid: hay unos pocos edificios y también una capilla para barqueros piadosos que traen cal a la capital. Cuatro puentes cruzan el Manzanares: uno de madera en el extremo oriental cruza a la ermita de San Isidro del Campo. La gran peregrinación a este patrono de Madrid tiene lugar el día 15 de mayo y es ciertamente un espectáculo curioso; ese día toda la población se reúne para venir aquí y el ambiente es de mucha más diversión que devoción, porque la música y la danza están a la orden del día entre los devotos que más lo parecen de Baco y de Venus. Aquí –y ningún viajero debiera perdérselo– cabe estudiar la mayor parte de las costumbres, canciones y danzas de las provincias, ya que los indígenas de ellas afincados en Madrid se congregan en grupos con verdadero espíritu local, conservando cada uno sus propias peculiaridades. Es un espectáculo verdaderamente español y encantador, que supera con mucho al del Lunes Santo en Greenwich, no solo por su amenidad, sino también por su piedad, ya que se trata de una peregrinación religiosa; de esta manera su prudente Iglesia convierte sus actos de devoción en fuentes de diversión para sus fieles; y su grey, aficionada a festivales que se acomodan a ellos y a su clima, los preferirán durante largo tiempo a los monótonos domingos de nuestro protestantismo, aunque sea más puro, que carece de método para la canonización de los boquerones.

Nota bene: este San Isidro es un santo muy distinto de San Isidoro, aunque los confundan con frecuencia los extranjeros y los herejes. El segundo fue el erudito enciclopedista de los godos; el primero (como San Cutberto, patrono tutelar de Durham) fue un ignorante campesino: de aquí que se le llame El Labrador; pero, como dice Soutrey, "fue labrador honrado y bueno, y debe su apoteosis a las fábulas que otros inventaron en torno a él, y no a ninguna bribonería suya". Véanse también las graciosas baladas del Poeta Laureado (Cartas, I, 191). Isidro, en lugar

de cuidar de sus surcos, pasaba el tiempo en somnolientas consideraciones sobre el "egregio doctor", su tocayo, ya que había nacido el mismo día en que el cuerpo de San Isidoro fue trasladado a León. Durante sus éxtasis bajaban ángeles del cielo y hacían su trabajo por él, y de aquí, dicen los cronistas, la persistente y actualmente milagrosa fertilidad de los alrededores de Madrid. Si no hubiera otra cosa que jardines y árboles, San Isidro habría podido servir de Pan o de Príapo.

Entretanto, los campesinos, que aran y rezan como los de las Geórgicas, acuden a él para sacar las ruedas de sus carros de los baches en que se meten, porque San Isidro es su Hercules Rusticus, y a ellos les encanta acudir, en horas de dificultad, a cualquier ayuda humana o divina, en lugar de, como dice el Duque, "a la simple tarea de cumplir cada uno con su deber". De aquí, que entre un pueblo cuya perezosa jornada está rematada por el sueño, este holgazán abogado del sistema de no hacer nada sea verdaderamente popular y se haya convertido en el madrileño San Lunes. Desde que Felipe III se curó de una enfermedad tocando su cadáver, los sangrados de la Corte, con su gran tendencia a confiar en remedios espirituales, consiguieron que el Papa canonizase a este Isidro, mientras Lope de Vega escribió un poema en diez cantos, tan lleno de sus alabanzas como de calumnias contra la reina Isabel, nuestra trabajadora Bess. El clero español cita a San Isidro como ejemplo de una "carriere ouverte aux talents". "Mirad –dicen– un bajo labrador elevado a tutelar y patrono de Madrid, donde está la nobleza del mundo"; pero lo mejor será que el lector consulte a Ribadeneyra, de cuyas páginas extraemos esto (II, 81): San Isidro era el hijo de Ibn (el hijo) de Vargas; se casó con María de la Cabeza, hija del capataz de una granja y también santa, pero esta camada de rústicos se ha ido haciendo rara en los alrededores de Madrid. Sus milagros fueron, como es natural, agrícolas; de esta manera, vemos que encontraba fuentes y hacía crecer el trigo, y no sólo arando sino también sin arar, y resucitaba caballos. Los lobos no podían comerse sus bueyes, lo cual no extrañará sin duda a los habituados a la carne de vaca de la Vieja Inglaterra, sobre todo si se les presenta la oportunidad de ver cómo es la carne de vaca española: A carne de perro, diente de lobo. San Isidro, sin embargo, se las arreglaba para comer su propia vaca, y tal era su puchero que hasta los ángeles del cielo bajaban para compartirlo con él, y entonces su

olla, cuando él acababa de limpiarla, se volvía a llenar de nuevo milagrosamente. Murió, según Ribadeneyra, el 28 de noviembre del año 973. Gil Dávila dice, sin embargo, que fue el 1 de abril de 1070, fecha más bien desfavorable. Cuando se abrió su tumba salieron de ellas las habituales fragancias milagrosas, lo cual, ciertamente, es un milagro tratándose de rústicos españoles, vivos o muertos. Se le apareció a Alonso VIII bajo la forma del campesino que le mostró el camino en la batalla de las Navas de Tolosa. Cuando Isabel la Católica, habiéndose curado gracias a su intervención, fue a rezar a su tumba, una de sus damas de honor, al arrodillarse a rezar, le quitó de un mordisco el segundo dedo del pie, para conservarlo como reliquia, y perdió en consecuencia la voz; pero escupió la reliquia y, sin más, recuperó su antigua facilidad de palabra. Los milagros que hace a diario son tan sorprendentes que es un verdadero milagro el mero hecho de que alguien pueda llegar a morirse en Madrid, aunque lo cierto es que mueren, y como chinches. El cadáver de este labriego fue puesto frecuentemente en el lecho de muerte del rey en momentos en que sir Henry Halford habría recetado un caneco o una lavativa; pero la historia natural y medicinal de las reliquias es demasiado auténtica y demasiado conocida para que nosotros tengamos que extendernos aquí sobre ella.

Entretanto, y de la misma manera que los paganos adoraban a San Triptolemo, porque inventó el arado, los madrileños adoran a San Isidro, porque hizo innecesario su uso: compárese con el santo padre Matías y su cocina milagrosa, que funcionaba sola en Salamanca. Pero el milagro permanente es que, con tanta ayuda sobrenatural, tanto la agricultura de las cercanías de Madrid como la cocina en Salamanca sean en realidad de las peores del mundo entero. Los paganos, en lugar de San Isidro, tenían a San Robino y celebraban su fiesta el día 7 de las calendas de mayo, no el 15, como ocurre ahora, pero lo cierto es que la primavera era la estación necesaria y que unos días antes o después no significaban nada. Se festejaba al patrono y se pagaba a los sacerdotes, con objeto de garantizar la cosecha del trigo y espantar el anublo: as pera Rubigo parcas cerealibus herbis (Ovidio, “Fast.”, IV, 911) y véase también Plinio, “N. H.”, XVIII, 29. Las danzas en honor de la esposa de San Isidro son exactamente las ambervalia de las Geórgicas (I, 343). Y, como ahora en Madrid, estos festejos se

celebraban en las afueras de la ciudad, en la vía Nomentana, para comodida de los pagani o campesinos.

Los que deseen conocer la historia auténtica de San Isidro, tal y como la autoriza la Iglesia, deben consultar, además de Ribadeneyra y Dávila, su biografía, escrita por Alonso de Villegas, octavo, Madrid, 1592; ídem, Jaime Bleda, cuarto, Madrid, 1622; ídem, Reginal Poc, Perpiñán 1627; ídem, Gregorio Argáiz, folio, Madrid, 1671.

Volviendo al Manzanares, pasamos sin cruzarlo, el puente y viaducto llamado el Puente de Toledo, que fue construido en 1735 por Felipe V y tiene trescientos ocheinta y cinco pies de longitud por treinta y seis de anchura. Nada cabe imaginar de peor gusto, aunque San Isidro y su mujer adornan la escena, en busca de agua. La puerta de la ciudad, más arriba, fue comenzada en 1813 por el Ayuntamiento de Madrid y terminada en 1827 por Antonio Aguado, en honor de la vuelta de Fernando VII y del exterminio de la usurpación francesa por los ejércitos españoles. Aquí tienen lugar las ejecuciones públicas, que suelen ser por garrote, una especie de máquina extranguladora basada en el dogal oriental; como espectáculo más agradable, el artista y amante de los campesinos pintorescos debiera visitar esta puerta al comienzo de la mañana y dibujar los grupos de gentes que van al mercado, sus bestias y sus mercancías, que se congregan por estos alrededores, esperando la ceremonia del derecho de puertas. Su indignación ante los insolentes resguardos da animación a sus ojos y ademanes. Este Octroi o arbitrio fue introducido por los franceses y conservado luego por el gobierno, por mor de los ingresos que proporcionaba, igual que ocurre en El Cairo; y en nada están tan de acuerdo los españoles y los árabes como en execrar este azote fiscal del extranjero.

El puente siguiente, el de Segovia, fue diseñado para Felipe II por Herrera, y es también un enorme viaducto, por tener seiscientos noventa y cinco pies de longitud por treinta y uno de anchura. La arena acumulada, que los descuidados indígenas nunca quitan de allí, ha desvirtuado sus bellas proporciones, como ocurre con los monumentos egipcios. El palacio, verdaderamente real, levantándose por encima, reluce ahora como mármol blanco sobre

el claro cielo azul. Los declives que hay debajo quedan en el abandono más desagradable cuando podrían y debían ser, con la mayor facilidad, convertidos en terrazas y, de esta forma, hechos jardines colgantes –cosa que la forma de pendiente sugeriría sin duda a cualquiera que no fuese un adorador de San Isidro– porque este esperaría que los ángeles bajaran a hacer por él ese trabajo, como los esclavos de la lámpara de Aladino.

A la izquierda están los recintos malsanos de la Casa del Campo. Esta imitación de casa de campo era un pabellón de caza de Carlos III y comunica con el palacio por medio de un puente y un túnel, que no está realmente a la altura del que hay debajo del Támesis. Tanto la casa como las jardines fueron devastados por los invasores, pero han sido restaurados por Cristina, que hizo aquí una granja modelo y realizó otros proyectos rurales, los cuales desaparecieron, como suele ocurrir, con la mano misma a que debían su nacimiento y conservación. Los jardines están bien abastecidos de agua y hay una bella fuente italiana de mármol y un soberbio bronce ecuestre de Felipe III, vaciado por Juan de Bolonia sobre un dibujo de Pantoja. Fue compañero del de Enrique IV, en París, destruido por la revolución. Dejado sin terminar por Juan de Bolonia, fue rematado por Pedro Tacca, cuyo cuñado, Antonio Guidi, lo trajo a Madrid en 1616. En la Casa de Campo se dan carreras de caballos y de obstáculos y compiten por la copa de la reina los descendientes de los férreos albas y ponces de león, vestidos de jockeys: tal es el progreso de la anglo-civilización castellana, pero tanto las carreras como la equitación son algo inferiores a las de Epson.

Cruzando el Manzanares vemos las avenidas y La Florida, que continúa por el camino a El Escorial y eran el paseo elegante en el reinado de Carlos III. Los amigos de paseos hasta la ermita de San Antonio verán algunos de sus milagros pintados por Goya. Hay otro paseo que sube a la derecha hasta San Bernardino y de allí a la puerta de Fuencarral, a cuya salida hay un cementerio. Las avenidas arboladas van en torno a las míseras murallas hasta el Prado por las puertas de San Fernando, Santa Bárbara y Los Recoletos, donde ha sido levantada una fuente, La Castellana, en conmemoración de la Jura a Isabel II. El espacio fue tendido en paseos y jardines y se proyecta un nuevo paseo que se llamará de la Indepedencia y ocupará el solar del convento de Recoletos.

La mejor manera de evitar este aburrido paseo es salir de la Florida por la puerta de San Vicente y subir hasta el palacio. Entrando por el Portillo, a la izquierda vemos el enorme Seminario de Nobles, construido por Felipe V en 1725, con la esperanza de que, gracias a él, la nobleza pudiera ser instruida en algo, pero, desesperando de tal esperanza, sus compatriotas acabaron convirtiendo la escuela en un cuartel. Muy cerca se encuentra la bella residencia de la familia de Alba, construida por Rodríguez, pero dañada por frecuentes incendios, y sobre todo por el de 1841. Aquí estaba la Venus enseñando a Cupido, de Correggio, que en otros tiempos perteneció a nuestro Carlos I. "Coleccionada" por Murat, fue vendida por su viuda a lord Londonderry y ha regresado a Londres. Entre los mejores cuadros que vimos aquí, había un retrato de Colón en rojo floreado de oro; María Estuardo; El Gran Alba, de Tiziano; un paisaje y batalla de amazonas, de Rubens; un bonito muchacho de terciopelo rojo, Velázquez; un espléndido Salvator Rosa; una Última Cena y Cupido y un León, de Tiziano; Moncada a caballo, Vandyke, muy bello; está grabado por R. Morghen; una Tormenta, Beerstraten, 1649; Herodías con la cabeza de San Juan Bautista, Guido, y un noble boceto florentino de la Virgen y el Niño. La universidad está en la calle Ancha de San Bernardo; aquí hay algunas tallas espléndidas.

De aquí seguimos al Palacio Real, que, ciertamente, es uno de los más espléndidos del mundo. Tiene dos plazas abiertas: la del este, del Oriente, que es una especie de Place de Carousel, porque en ella los invasores demolieron ochenta y siete casas y dejaron el espacio convertido en un desierto de polvo y sol, e intransitable en la canícula. Fernando VII hizo despejar las ruinas y nivelar el lugar, comenzando sobre el solar un magnífico teatro y una columnata. El lugar, ciertamente, era muy práctico y cómodo para el rey, ya que estaba cerca de su residencia, pero justo lo contrario desde el punto de vista de los ciudadanos en general, pues se halla en un ángulo lejano de la ciudad.

La plaza tiene un aspecto algo francés. Se proyecta, cuando todo esté terminado, quitar el bello bronce del Retiro, que avergonzará a las otras estatuas, inferiores, de reyes y reinas. También se tiene el proyecto de terminar el teatro y hacer un grandioso jardín con flores, fuentes, asientos, etcétera, que, ciertamente, será una bendita

mejora; entretanto, los señores diputados celebran sus sesiones en uno de los salones y escenifican la farsa de un pseudo-parlamento. El local se usa también, y con más razón, para bailes públicos y de carnaval, donde, por lo menos, las tretas y el engaño están a la orden del día sin que nadie lo oculte.

Por lo que se refiere a las Cortes españolas y lo que realmente son, véanse los párrafos dedicados especialmente al tema en la sección de Cádiz; y tampoco se crea que España está mucho más preparada hoy que entonces para lo que nosotros pensamos que es una asamblea deliberativa, ya sea en cuanto a electores o en cuanto a diputados. Los vocales, en general, abandonan la mera ejecución de sus deberes legislativos para hablar con la fluida retórica grandilocuente y huera que a ellos tan bien se les da. Sus debates son charcos en plena tormenta, el océano revuelto en tempestad, para levantar una pluma o ahogar una mosca. Se resuelven más verdaderos asuntos y de una manera más eficaz en la sacristía de una parroquia inglesa de provincias en una semana que aquí en toda una temporada parlamentaria. Pero los españoles, en sus juntas corporativas colectivas, es raro que hagan gala del sentido común, el valor, los honorables sentimientos o incluso las buenas maneras en que, como individuos, son innegablemente tan notables. El español, tomado individualmente, es sin duda una excelente persona, pero póngasele bajo un jefe en quien no tenga confianza y cuya preeminencia hiera su amor propio, por considerarle poca cosa en comparación con él, mézclese con colegas de quienes recele y no se fíe, que se apropian los fondos que debieran ser invertidos en poner en movimiento la misión que sea, en paz o en guerra, y entonces piensa que la partida se ha perdido y se entrega a la desesperación; y sabiendo que todos los demás atenderán solo a sus intereses particulares, nuestro español hará lo mismo. De aquí que haya poca unión, excepto cuando se trata de debilitar; pocos sueñan siquiera con hacer un esfuerzo conjunto por el bien público; la sola idea sería recibida con carcajadas de risa burlona.

La sociedad política no puede mantenerse unida sin concesiones mutuas, las cuales no existen en el duro carácter independiente del español. Igualmente, los partidos parlamentarios, tan necesarios para el buen funcionamiento del sistema representativo, no están aquí bien organizados ni mucho menos. No hay una normal

“oposición de Su Majestad”; todo es personal y accidental. Entre nosotros, un dirigente de la oposición es un ministro “en potencia”, mientras que entre ellos, como en Oriente, se trata de un fenómeno puramente temporal: el cohete se eleva y cae, para no volverse a elevar casi nunca. Como el verdadero poder y la verdadera superioridad resultan aquí solamente del cargo político, en cuanto la superioridad temporal accidental se retira de un hombre que la detenta, este vuelve a su anterior insignificancia, y para la semana siguiente ya ha sido olvidado o contado con los muertos, tal y como si lo estuviera ya. Raro, ciertamente raro, es que se produzca una segunda aparición suya en la escena oficial. Y esta tendrá que seguir durante mucho tiempo siendo la condición de la malhadada España, hasta que alguna mente dominante aparezca que sea capaz de soldar estos elementos discordes. El noble pueblo de España tiene, ciertamente, piernas, brazos y corazón, pero le falta una cabeza, y por ello los miembros no consiguen ponerse de acuerdo, como en la vieja fábula, o como los “árboles” de la vieja parábola verdaderamente española y oriental, (Jueces, IX). La única idea abstracta que tienen los españoles del gobierno o la soberanía, tanto en la Iglesia como en el gobierno, es, como en Oriente, que deben ser despóticos; ni siquiera la Inquisición era realmente impopular aquí, y siempre que Fernando VII cometía cualquier acto especialmente atroz, sus súbditos exclamaban, extasiados: “¡Carajo, es mucho Rey!”. Estas palabras las decía la nación entera, porque todos los españoles sentían que, en su lugar, ellos habrían hecho exactamente lo mismo y, por tanto, lo admiraban con simpatía. El poder expresado por la violencia halagaba su orgullo, ya que cada átomo contemplaba su propia grandeza personal representada y reflejada en la de su monarca. El despotismo, en consecuencia, si puede simplemente ser iluminado o ilustrado, como en Prusia, resultará durante largo tiempo una verdadera bendición para los españoles, hasta que su suelo esté mejor cavado y preparado para el árbol, o, mejor dicho, esqueje de la libertad, porque no puede ser trasplantado una vez que ha crecido del todo. Por tanto, la nación, fatigada por las guerras civiles y por una sucesión de teorías y de gobernantes a cual peor, se ha vuelto tan apática como la mula de carga y se vuelve hacia el trono en busca de un refugio contra los tiranuelos. De esta manera la incapacidad de gobernar de las Cortes hizo que el pueblo se lanzara de cabeza al asilo que le ofrecían el despotismo y Fernando; y es así como Narváez (a quien también le

llegará su vez) pudo echar abajo tan fácilmente la constitución de La Granja.

Lo que ahora le hace falta a Madrid y, ciertamente, a la Península entera es paz y un fuerte gobierno estable. Y es a este ruego, a esta necesidad de reposo, después de las emociones de las guerras civiles y los partidos rivales, a lo que hay que atribuir la apatía de la inteligente nación y la sensata indiferencia con que se permite que sus nuevas constituciones sean desgarradas por la espada. El país, en general, estaba asqueado por los aventureros sin principios y la lamentable mediocridad que la burlona fortuna había traído a la superficie desde lo más profundo del fondo. Despreciaba y desconfiaba de sus indignos gobernantes y huyó del juego perdido de la política pública para refugiarse en los intereses particulares e individuales.

En este preciso momento, las Cortes y la Constitución no pasan de ser meras palabras. Las elecciones son una farsa; los jefes políticos y sus escribanos manejan los registros e intimidan a los electores, mientras que los candidatos de la oposición son echados a un lado y los que resultan elegidos son aterrorizados por la espada: y la Cámara solo sirve para suicidarse y renunciar, por el voto, a las últimas garantías de la libertad de la nación y de la suya propia. Esto, ciertamente, según nuestras ideas, parece poner las cosas de mal en peor, ya que las formas y las garantías de los hombres libres se prostituyen y convierten en instrumentos de autócratas sin ley, pero la verdadera libertad no puede nacer de tales revoluciones, cuya eutanasia es el despotismo militar.

Tal es la consecuencia inevitable de adoptar los usos de naciones completamente distintas, porque España está poco preparada para un parlamento como el inglés, que ha nacido de un lento desarrollo, paralelo al de la nación y en un país de orden, paz y libertad tanto civil como religiosa. Podríamos igualmente adoptar nosotros sus corridas de toros, más o menos como ellos nuestra Cámara de los Comunes, o, tanto menos, una de esas constituciones de papel, plus raisonnées que raisonnables, que han sido importadas de las fábricas de Siéyes, Bentham y otros comerciantes de libertad: es cierto que estos productos no pagan impuestos o, lo que viene a ser lo mismo, solo pagan un impuesto ad valorem.

El palacio real es enorme y, como en el de Aladino y otros de este país hermano, hay en él más de una ventana sin terminar; de esta manera puede decirse que es la residencia más adecuada del soberano de un pueblo de ideas más altas que sus actos. Las troneras cuadradas de los entresuelos o entresols, esos mezzanini de Borromini, el corruptor de la arquitectura, y las irregulares y feas campanas de chimenea estropean la elevación y el carácter incompleto y desaseado del conjunto resulta poco satisfactorio; de no ser porque aquí está la oficina del primer ministro, o sea, el taller de los cargos y los empeños, este palacio tendría el aire abandonado y nada real de nuestro desierto palacio de Saint James, pero la multitud de pretendientes, empleados, cesantes, hojalateros y demás pordioseros da vida a la escena. Ocupa el solar del original alcázar de los moros, que Enrique IV convirtió en su residencia. Este se incendió en la Nochebuena de 1734; Felipe V se propuso construir un rival del de Versalles, y Felipe de Jubara, un siciliano, le preparó el modelo. Sensatamente propuso cambiar la situación del palacio, poniéndolo en la eminencia de San Bernardino, pero Isabel Farnesio, la reina, cuya ambición era promocionar a sus hijos, se quejó del gasto, y unió sus esfuerzos en camarilla a los del ministro Patiño, de manera que tales fueron las dificultades que Jubara murió de esperanzas aplazadas, como la mayor parte de los extranjeros que sirven a España. Felipe, entonces, ordenó a Juan Bautista Sachetti, de Turín, que preparase un plano más pequeño y menos caro, el cual, en vista de que la reina no tenía nada que oponer, fue aceptado el 7 de abril de 1737.

Es un cuadrado de cuatrocientos setenta pies de lado por cien de altura. Las alas y los jardines en terrazas están aún por terminar. La base rústica es de granito; la obra de las ventanas es de piedra blanca de Colmenar que, bajo la luz del sol, reluce como un bello palacio de mármol. Se debe visitar también a la luz de la luna, porque entonces, en la soledad silenciosa y semejante a la muerte, la mole se levanta como algo fantasmal y de encantamiento, o como un castillo de nieve. Sobre la pesada balaustrada superior había una serie de estatuas reales aún más pesadas, que fueron suprimidas de allí y enviadas a Toledo y Burgos, o bien enterradas en el sótano, de donde algunas se colocaron luego de adorno en la plaza de Oriente. La entrada principal está al sur y es decepcionante: conduce a un enorme patio de unos doscientos cuarenta pies cuadrados, con una

galería superior vidriada como una fábrica. Entre los arcos hay varias malas estatuas, hechas por de Castro, Olivieri, etcétera, de emperadores romanos españoles: Trajano, Adriano, Honorio y Teodosio. La estatua empelucada y bobamente sonriente de Carlos III, con su cara de babuino, no es mejor y desfigura la gran escalinata, que es noble de diseño y fácil de subir. Se dice que cuando Bonaparte subió estos escalones, le dijo a su hermano José: "Vous seriez mieux logé que moi"; luego puso la mano sobre uno de los leones de mármol blanco, exclamando: "Je la tiens, enfin, cette Espagne si désirée". Lo mismo dijo César al desembarcar: "Teneo te, Africa". Pero los franceses, como los romanos, acabaron descubriendo que España es un bocado más fácil de tragar que de digerir. "Plus est provinciam retinere quam facere" (Florus, II, 17, 8). El Duque acordó la estancia aquí del pobre Pepe: entró en Madrid en triunfo después de su victoria de Salamanca, el 12 de agosto de 1812, y se alojó en este palacio. "Es imposible –escribió desde él– describir el júbilo que manifestaron los habitantes al llegar nosotros, o lo que detestan el yugo francés". ¡Y ese yugo, levantado por un extranjero, fue vuelto a imponer por un español, por Ballesteros!

Nada resulta más fatigante que un palacio, una casa de terciopelo, tapices, oro y pesadez: como los que viven en él, il n'est pas amusable. Y sin embargo, este es verdaderamente real y en él se han usado pródigamente los más preciosos mármoles en suelos y pasillos; los candeleros de cristal y los enormes espejos fueron hechos en San Ildefonso; los techos están pintados al fresco. Aquí, anteriormente, colgaban esos cuadros que Fernando VII sustituyó por papel francés. Los sótanos y almacenes de este palacio estaban llenos de bellos muebles antiguos, pero desde su muerte ha tenido lugar un gigantesco pillaje por lo que se refiere a joyas y cualquier cosa portátil y de valor. El principal salón se llama de los Embajadores, o sea, del trono o de recepciones, y sus decoraciones son, ciertamente principescas; los candelabros de cristal, los colosales espejos, las mesas de mármol, los terciopelos carmesíes, dorados, etcétera, encantarán a los amantes de los buenos muebles; aquí los reyes de las Españas, cuando estaban vivos, recibían en los días solemnes y, muertos, eran expuestos con gran ceremonia. Aquí contemplamos nosotros al "amado" Fernando VII, su rostro, horrible en vida, purpúreo ahora como un higo maduro, muerto y con

uniforme de gala, con un sombrero escarapelado en la cabeza y su bastón en la mano.

El techo está pintado por Tiépolo, con la majestad de España, las virtudes de los reyes y los trajes de las provincias, que, por lo menos, tienen alguna semejanza con la verdad. Mellado elogia estos sublimes rasgos, de sublimes ingenios; ciertamente, por estar en techos, son en este sentido sublimes, pero es lo sublime de la mediocridad solamente, y los genios, de magia o de talento, fueron Conrado, Mengs, Maella, Bayeu, Velázquez (ningún parentesco con el Velázquez), de Castro y López. Los techos más admirados son la Apoteosis de Trajano y la Aurora, en el cuarto vigésimo primero, pintados por Mengs, cuyas obras son descritas así por Wilkie (1525), cuando tenía tanto interés por introducir en Inglaterra la pintura al fresco: “Han dado la forma y el tono, para bien o para mal, al arte moderno. Correggio, con la escultura antigua, y tales ideas de pintura como puedan haberse derivado de los restos de Portici, parecen haber sido los grandes modelos que imitara Mengs; pero Mengs carece tanto del entusiasmo como los matices de color de gran pintor. La libertad y la expresión de la pintura sufren cuando recuerda uno a los antiguos, incluso cuando se llega a la corrección y la pureza de la forma: esta excelencia se ve en partes y episodios aislados, pero nunca en la grandeza del conjunto, del estilo de la composición y en el sentimiento dominante. Mengs ha tratado de unir, y quizá ello sea imposible, las bellezas de la escultura y la pintura, crear un estilo de las imaginarias excelencias del gran pincel con los verdaderos y visibles esfuerzos de Rafael y Correggio. Examinando estos frescos me sentí menos impresionado por los ejemplos de imitación de lo que había sido hecho anteriormente a él, que por aquellos en que él mismo había sido imitado por sus sucesores, por artistas que quizá se habían negado a reconocerlo. No solamente le encontramos en las obras de sus seguidores en Italia, sino que sus principios se han extendido a otros países; en un caso debilitados por la suavidad de Angelica Kaufman y en otro estirados por la severidad de David. Incluso West parece haber sido un inconsciente imitador de Mengs: y yo no estoy del todo seguro de que la mente juvenil de Reynolds no esté en deuda con él por algunas de las cualidades que posee en común con este en otros tiempos gran maestro; pero poseyendo el raro don de mejorar lo que tomaba. Es en el fresco donde Mengs tenía el mérito

de salir a flote; cosa que no conseguía en el óleo debido a la rígida somnolencia en que estaba inmerso. No siendo colorista, sus obras han caído y pagado el precio de su deficiencia, pero el sistema que él volvió a introducir sobrevive, mientras que a él se le ha olvidado. Si Mengs no ha formado, por lo menos ha dado un impulso a la pintura de nuestros tiempos; y su éxito, me temo, ha sido causa de la opacidad y la gredosidad que dominan en el arte moderno". Hay una descripción en cuarto de estos frescos, escrita por Francisco Fabre, Madrid, 1829.

Las vistas desde las ventanas que dan al río son verdaderos paisajes de la escuela castellana; las laderas que se ofrecían a los ojos reales se han sumido en una deformidad áspera y pobre; ¡cómo habría vestido la varita mágica de los moros este desierto con flores y verdor, y levantado jardines colgantes y fuentes a imitación de las que se ven en las laderas de la Alhambra, que, aunque artificiales, rivalizan con la misma naturaleza! Ahora todo está abandonado a la suciedad, la basura, la desidia y el sol calcinante. Allá abajo fluye insignificante el Manzanares, con su gran nombre y su escasa agua; más allá se extienden los hoscos bosques de la Casa del Campo y luego las desoladas y pardas estepas, limitadas por el helado Guadarrama, cuyo escueto perfil corta el cielo reluciente y cuyas nevadas alturas congela el viento; todo es duro y tórrido, sin color y calcinado, pero, a pesar de todo, no carente de una cierta salvaje grandeza. Una infantil estancia china, obra de un cierto Gasparín, es muy admirada en este palacio. La capilla real está situada al norte y al mismo nivel que los salones oficiales. Aunque pequeña, es espléndida. El orden es corintio, los mármoles son ricos y el estuco está dorado. El techo fue pintado por Giaquinto. Aquí se ve a San Isidro, el patrono de Madrid, y a Santiago, el patrono de España. Solo se han echado los cimientos de una capilla mayor. El viajero debiera visitar el sitio donde tuvo lugar el ataque nocturno del 7 de octubre de 1841, cuando los galo-cristianos se esforzaron por llevarse a la joven reina. El complot, planeado en París, estaba dirigido por Pezuela y Concha, cuñado de Espartero, quien, cuando el plan falló, escapó y se escondió bajo uno de los puentes del Manzanares, mientras Diego de León, un valiente sabreur e instrumento suyo, era cogido y ejecutado. El regente se apartó de las máximas españolas al perdonar a los demás delincuentes, que le pagaron esta insólita misericordia conspirando para arruinarle; y,

ciertamente, de haberle cogido le habrían matado sin la menor duda. Para rematar estas cosas de España, el regimiento de la Princesa disparó toda la noche sobre el puñado de alabarderos, y ambas partes mostraron tales prodigios de valor y de mala puntería que cuatro hombres se mataron e hirieron entre sí. El coronel Dulce, que rechazó a los conspiradores, fue echado de su puesto por Cristina, la cual, al mismo tiempo que dejaba en desgracia al defensor de su hija, sonreía a los enemigos y calumniadores más fieros no solo de ella misma sino también del señor Muñoz: "C'est une belle alliance, celle de la cour avec la canaille", pero también es cierto que "la desgracia hace que incluso la realeza tenga que congraciarse con la más extraña gente". Véase Widdrington (I, 59), que da detalles auténticos de esta transacción tan sumamente oriental.

Visitemos ahora la Real Cochera y las Caballerizas. Estas enormes cocheras y establos están al nordeste: las segundas, en otros tiempos rebosantes de los caballos y las mulas que transportaban a los zoomaníacos reyes a sus cacerías diarias, están ahora más bien vacías. Los coches son muy graciosos; los hay de todas las formas y edades, desde el pesadote coche oficial al vistoso cochecito adornado con Cupidos, desde el coche de colleras hasta el equipage de París y el coche fúnebre. La cochera misma es gigantesca, y algunos de los vehículos harían buen papel en un museo. El coche fúnebre, hecho por el Barba Azul de Fernando VII para sus reales esposas, resultó demasiado pequeño cuando murió él para su ataúd, que era mayor, y como, según la costumbre, no se había hecho preparativos de ninguna clase, hubo que utilizar un coche de colleras. Se desmontaron las ventanas delanteras, de modo que por ellas salía el pie del ataúd, y un mayoral y zagal, vestidos como con el traje de caleseros corrientes, lo condujeron, jurando como de costumbre. Ataron sus capas y bultos a los ganchos de atrás y así fueron adelante, fumando sus papelitos, hasta llegar a El Escorial, mientras el coche fúnebre, vacío, iba detrás, para hacer compañía, y también por mor de la decencia. Los monjes, sobre sus tristes monturas, abrían la marcha, luego iban unos pocos soldados mal arreglados y grandes de España (el duque de Alagón, en su calidad de primer alcahuete de Su difunta Majestad, a caballo, junto al ataúd), el más bajo de los cuales llevaba pantalones negros, como un empresario de pompas fúnebres, mientras que el más alto iba

con chaqueta dorada, como los lacayos del alcalde de Londres. Pero las ceremonias públicas en España son ciertamente chapuceras comparadas con las de Inglaterra o Francia, y siempre fueron así (Justino, XLIV, 2). De la misma manera, vemos que Felipe III fue enterrado con fort petite cérémonie, y que la procesión de su hijo era de "grande magnificence pour Madrid, mais qui n'esgale point les moindres de celles que l'on fait en France", como escribió Bassompiére a Enrique IV, el 16 de mayo de 1621; ahora las cosas han cambiado, ciertamente, pero a peor.

La Biblioteca Nacional está situada en la esquina de la calle de la Bola, junto a la plaza de Oriente, en una casa que en otros tiempos perteneció a la familia de Alcañices, pero los bellos apliques de nogal y los capiteles dorados pertenecieron a Godoy. Contiene alrededor de doscientos mil volúmenes y está abierta de diez a tres. Está muy bien organizada, y la frescura y el silencio, después del polvo y el resol de la plaza, son verdaderamente refrescantes. Es rica en literatura española, sobre todo por lo que se refiere a teología y topografía, y posee algunos camafeos, antigüedades y curiosos manuscritos. Esta biblioteca ha sido muy enriquecida, numéricamente, desde la supresión de los conventos; este enriquecimiento, sin embargo, ha sido más bien en obras intrascendentes, libros antiguos y tradiciones monacales, y lo que aquí hace verdaderamente falta, como en otras bibliotecas españolas, son buenos libros modernos; pero la falta de fondos, como de costumbre, es la causa de esta carencia. La biblioteca está bien llevada, y los empleados son corteses y atentos. En la Sala del Trono se ven las medallas y monedas, que pasan de ciento cincuenta mil en número, y entre ellas hay ejemplares muy curiosos de acuñaciones tempranas españolas, godas y moras.

La ciencia numismática es de origen español, ya que Alonso V de Aragón, en el siglo XV, fue el primero que comenzó a coleccionar por gusto, y Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, el primero que lo hizo por interés científico, y su obra, Diálogos de las medallas, Tarragona, 1587, ha sido modelo de la mayor parte de los libros publicados desde entonces sobre el tema. Como, después de la comida, la moneda ha sido durante tiempo la cosa que más falta hacía en España, es posible que esta curiosa rareza y su valor indujeran a los indígenas a estimar las monedas de la antigüedad.

La moneda acuñada no existe entre los iberos aborígenes, y fue introducida por primera vez por los cartagineses para pagar a sus soldados mercenarios celtibéricos, que no querían aceptar los "billetes de cuero" de Cartago, ya que no se fiaban, igual que sus descendientes, de ningún pago que no fuese en metálico; Murcia y Bética eran casas de la moneda de los cartagineses, como Sicilia lo había sido antes, y de aquí la cantidad de monedas que todavía se encuentran en esas provincias.

Bajo los romanos, más de cien ciudades entre Cádiz y Tarragona tuvieron el privilegio de una casa de la moneda, pero nunca se acuñaba en ellas oro, ya que el pueblo, como los germanos (Tácito, De Germania, 5), eran demasiado pobres para necesitar de ese precioso metal: acuñar incluso plata era prerrogativa de los gobernadores romanos, y los iberos dominados solo acuñaban cobre. La plata circulaba también en barras, además de en monedas, y esta distinción siempre se establece en las cuentas del enorme botín enviado a Roma, que llegaba allí en plata, ya fuera en epishmon o en ashavton (Appiano, "B. H." 448), términos estos que los romanos traducían por Argentum infectum, es decir, barras o lingotes sin trabajar, o Bigatum, que eran monedas estampadas con la biga o coche de dos caballos. La frase genérica para la moneda española acuñada era Argentum oscense, Signatura oscense (véase Livio, XXXIV, 46; XL, 43 y passim). Este epíteto ha sido interpretado por algunos como una alusión a una casa de la moneda específica, la de Osca, pero Flórez, (M., II, 522), indica con exactitud la imposibilidad de que un solo lugar abasteciese de tan enormes cantidades de moneda, y sugiere que el verdadero significado de Oscensia fuese Osco, o Español, y que esta palabra fuera corrupción de Eus-cara, el nombre nacional, de donde el nombre, aún existente, de Basque. Los iberos rompían pedazos de las barras de plata (Estrabón, III, 233), lo que representaba el valor del peso del fragmento roto, y esta costumbre ha sido mantenida entre los españoles modernos, que llaman a esas fracciones macuquinos, y siguen usándolas.

Las monedas acuñadas por los romanos eran con frecuencia bilingües; tenían caracteres ibéricos junto con la leyenda latina, de la misma manera que el papel austríaco lleva también el idioma de la gente que lo va a manejar. De estos caracteres ibéricos se ha

pensado, por sus letras de aspecto cuneiforme, que fuesen púnico antiguo y muchos españoles han intentado descifrarlo e interpretar el escrito, que cada autor lee con claridad como hebreo, fenicio o vasco, según su chifladura y la teoría que prefiera; pero Wilhelm von Humboldt condena con justicia todas estas conjeturas, calificándolas de incorrectas y excéntricas, y ha llegado, después de muchos trabajos, a la conclusión de que el secreto sigue por resolver. Las primeras monedas de cobre son mucho más toscas que las de plata y ambas siguieron teniendo curso entre los godos hasta el año 567, cuando Liuva implantó un sustituto aún más tosco, que siguió usándose sin cambios en forma o ejecución hasta don Rodrigo, el último de su raza; las monedas godas son pequeñas y finas, con la cabeza vista de frente. Para detalles, consúltese la admirable obra de Flórez.

Las monedas moras en oro, plata y cobre son mucho más cuidadas y precisas. Las monedas son muy finas y están acuñadas en metal tan puro que se doblan con facilidad a poca fuerza que se haga. Están inscritas en caracteres árabes que suelen indicar el nombre de algún reyezuelo y el lugar en que está la ceca. Esta parte de la colección de Madrid ha sido admirable y científicamente clasificada por Gayangos y es probablemente el único lugar de Europa en que el tema puede ser completamente comprendido; y no es que tenga mucho interés, ya que, en su mayor parte, se trata de los monótonos restos de oscuros jeques.

Ahora volvamos a la fachada sur del palacio y visitemos la Armería Real, que es una de las mejores armerías del mundo. Para verla es necesario llevar una esquela del Caballerizo Mayor.

La noble galería, que está en el lado sur del palacio, tiene doscientos ventisiete pies de longitud por treinta y seis de anchura: fue construida en 1565 por Gaspar de la Vega para Felipe II, el cual hizo traer la Armería Real de Valladolid, donde estaba antes. Esta, como realmente contiene armas de todas clases, es una doble curiosidad, por ser el arsenal mejor provisto del país, aunque, como en otras cuestiones, los objetos están algo atrasados con respecto a los que se usan en países más adelantados. Es, además, la armería antigua mejor de toda España, porque muchas de las otras fueron saqueadas por el pueblo en 1808, cuando se levantaron contra los

franceses, ya que en aquel momento los arsenales nacionales estaban vacíos; y tampoco disponía el gobierno de medios o tenía intención de procurarse armas; confiaba en Santa Teresa y en la triple defensa de toda buena causa: triplemente está armado aquel cuya causa es justa. Pero el pueblo, menos poético, antes de que les llegaran mosquetes de Inglaterra, abrió por la fuerza las armerías y, de esta forma, se vio equipado con las mismas armas exactamente que sus antepasados habían usado para luchar contra el invasor infiel. Así estaban armados también los romanos después de la derrota de Canna (Valerio Máximo, VII, 6). Las pocas armerías que escaparon a los patriotas fueron saqueadas por el enemigo.

En 1793 se publicó un mediocre catálogo de esta armería, obra de Ignacio Abadía; y en París, en 1838, también una espléndida obra francesa, de Gaspar Sensi, con grabados. La primera impresión es muy interesante y digna de esta tierra de la caballería, del Cid y Don Quijote. Todo a lo largo del centro de la sala hay figuras ecuestres, mientras que contra las paredes vemos caballeros armados, rodeados en todas direcciones de aprestos de guerra y torneo. Por encima cuelgan banderas tomadas al enemigo, mientras las paredes están cubiertas de armaduras; pero un Meyrick y un Scriblerus se sentirían dolidos por tanto brillo, porque la fregatriz del museo (número 1294) ha estado aquí sin duda, confundiendo el clima seco y sin herrín de Castilla por su propia y húmeda tierra holandesa, para quitar, a fuerza de frotar, el respetable cardenillo. Los murillos de Madrid no están más relimpiados, ni tampoco las monedas del peluquero valenciano.

Obsérvense las diecinueve armaduras de Carlos V, cinceladas en fino estilo cinquecento. Al frente de cada una está grabada la Virgen, su patrona, y detrás Santa Bárbara, o sea, Isis y Astarté. Esta última santa es la patrona de la artillería española, como Santa Teresa es generalísima de la infantería. Santa Bárbara es también invocada por todas las viejas de España cuando hay tormenta, porque es ella quien dirige la artillería de los cielos, igual que la de la tierra. Las armaduras de Felipe II son espléndidas, sobre todo las trabajadas en negro y oro. Aquí está la tosca litera en que Carlos V era transportado cuando sufría de la gota; es algo intermedio entre un cajón en forma de ataúd y una kibitka esclavona. Obsérvense los platos de hierro de campaña, y cómo contrasta el servicio sencillo

de este emperador, nacido y crecido en la púrpura, con el nécessaire de oro dejado por el advenedizo fugitivo de Vitoria.[*] Obsérvese también la carroza de Juana La Loca, y primera que se usó en España, tallada, hacia 1546, en madera negra al estilo de Berruguete, con cupidos, flores y guirnaldas; compárese con el vehículo de acero hecho en Vizcaya en 1828 y entregado a Fernando VII cuando fue allí a planear la supresión de los fueros vascos. Las más bellas de estas armaduras son extranjeras, alemanas e italianas. Una de ellas lleva la inscripción "Desiderio Colman Cays: May: Harnashmagher ausgemacht in Augusta den 15 Aprilis 1552"; de este mismo hay un yelmo en oro y negro, con fecha de 1550. La armadura que usaba Felipe II siendo príncipe tiene grabadas las armas de Inglaterra, en un escudo en honor de su esposa, nuestra María. La llamada armadura de Felipe de Borgoña lleva la inscripción "Philipus Jacobi et frater Negroli Faciebant". Hay una escopeta sumamente elegante de acero con la inscripción "Hizó me en Ricla, Christobal Fr. Isleva, año 1565". Aquí, como en nuestra Torre, el guía repite muchas tonterías de memoria sobre los diversos yelmos de Aníbal y Julio César: este último es, evidentemente, italiano y del siglo XVI. La armadura del Cid es también falsa, pero no así la de Isabel, que la llevó puesta en el sitio de Granada. El monograma Isabel está grabado en la visera, y tuvo que haber sido una robusta dama. Fernando, su esposo, con calzones rojos nuevos y provisto de armadura negra y oro, va montado sobre un percherón de guerra, mientras que Fernando el Santo se conserva, como la efigie en cera de Nelson en la Abadía de Westminster, en una vitrina. El que está debajo de él es completamente apócrifo, a pesar de las muchas indulgencias papales que se conceden a quienes miren con fe implícita en esta falsificación: véase la nota que hay junto a él. Esta manera de salvar el alma, además de satisfacer la curiosidad, es un ventaja que la armería de Madrid tiene sobre la nuestra en la Torre.

Algunos de los escudos que hay en las paredes son soberbios. Obsérvese uno que tiene una cabeza de Medusa, y también otro moteado con camafeos y dado a Felipe II por el duque de Saboya. La armadura del Gran Capitán es auténtica; hay cuatro armaduras, todas ellas ricamente cinceladas con un emblema de dos palmeras que salen de una corona. Obsérvese el curioso yelmo, semejante a una cubeta de carbón, del Rey Chico, y una armadura, trabajada

con filigrana de plata, donada a Felipe II por la ciudad de Pamplona. Obsérvense las armaduras de Guzmán el Bueno, de Hernán Cortés, de Juan de Austria, usada en Lepanto; de Colón, blanca y negra, con medallones de plata, y también una armadura de elector alemán, pesada, cuadrada y corta de piernas, de modo que no es posible no darse cuenta del país al que perteneció su usuario. Las armaduras más pequeñas, para infantes y pequeños héroes, son juguetes militares. Las banderas turcas fueron ganadas en su mayor parte en Lepanto. La colección de armas de fuego que perteneció a Carlos III y Carlos IV es digna de estos reales guardabosques; muchas tienen piedras preciosas engastadas y una fue regalo de Bonaparte, quien, poco después, aceptó de su amigo su corona y su reino.

La colección de espadas es mucho más interesante, ya que España ha sido siempre famosa por esta arma: muchas son de indudable autenticidad, aunque algunas requieren confirmación, lo cual es una verdadera lástima, ya que estos restos son el símbolo de la mejor y heroica época de España y dan realidad a su Epos de baladas, su mejor poesía. Lástima del pobre escéptico que, siendo capaz de creer en los calzones lujosos de Fernando el Santo y en la tonta parrilla de San Lorenzo, dude, sin embargo, de estas relucientes hojas de acero y de la existencia de los constantes paladines que las blandieron. Sean examinadas, por tanto, con fe y veneración implícitas, las auténticas cimitarras de estos héroes de romance, Bernardo del Carpio y Roldán (Orlando): la espada de este último es de rica filigrana, y sin duda es la hoja misma con que dividió los Pirineos. Obsérvese la igualmente formidable Montante o falce de García de Paredes, con la que tuvo a raya a ejércitos franceses enteros, una especie de arma blanca que ahora precisamente no se hace mucho en Toledo.

A continuación vienen las espadas de Fernando el Santo, Fernando e Isabel y el Gran Capitán; esta última era usada por personajes importantes cuando eran armados caballeros. Luego observemos las de Carlos V, Felipe II, Hernán Cortés y Pizarro, en funda de acero. Es en vano que el historiador pregunte por la espada que Francisco I rindió en Pavía, porque le fue dada a Murat y, para que el deshonor sea mayor, por el mismo marqués de Astorga, cuyo deber como Divisero Mayor de Madrid era precisamente guardarla como se

guardaba antiguamente la espada de Goliat (1 Samuel, XXI, 9). Los adminículos de torneo y caza son sumamente curiosos y están muy completos, ya que el amor alemán por la heráldica y las lizas floreció en el hermano suelo de las Castillas, la tierra de las proezas personales, los hidalgos y el paso honroso. Obsérvese la alabarda de don Pedro el Cruel, y también las astas de gallardete que se fijaban a la muralla de las ciudades conquistadas. Las sillas y los escudos de cuero de los moros son curiosos, y estos últimos, o adargas, aunque ligeros, resistían lanza y espada: se juntan dos cueros por medio de un mortero compuesto de hierbas y pelo de camello; son de forma oval y están adornados con tres borlas y el umbo o botón; son las mismas Cetrae de los cartagineses y los iberos (véase Silio Italico, III, 278; X, 231; Plinio, Historia Natural, XI, 39; San Isidoro, Orígenes, XVIII, 12).

A continuación visítese La Casa de los Ministerios, edificada para las Secretarías de Estado por Sabatini por orden de Carlos VI: fue espléndidamente adecuada por Godoy y tiene una gran escalinata y vestíbulo columnado. Las antesalas están llenas de criados frugales y pacientes, vivos emblemas de la esperanza y el sueldo aplazados, ya que aquí es donde están las oficinas de los ministerios de la Guerra, Marina, Justicia y Finanzas.

La maldición endémica de la malhadada España es el mal gobierno. Sus ministros, con pocas excepciones, han sido durante dos siglos o incapaces o bribones. “Lo que más falta le hace a esta nación –escribió el Duque (parte de guerra del 20 de julio de 1813)– son hombres capaces de llevar los negocios, cualesquiera que sean; y la revolución, como se dice ahora, en lugar de haber hecho mejoras a este respecto, ha, por el contrario, empeorado el mal, poniendo en los cargos públicos de importancia a más gente sin experiencia y dando a muchos hombres, en general, ideas falsas y completamente incompatibles con sus negocios”. Y no se crea que desde entonces han cambiado mucho las cosas, porque ahora la empleomanía ha infectado a la nación entera y aquí los empleos, como en Oriente, son la verdadera fuente del poder y el dinero; en consecuencia, el palurdo empleado, el villano con poder, armado con esa autoridad, es suficiente para oprimir a miles, de la misma manera que la quijada de un asno en manos de Sansón, ya que La Charte y las constituciones son prácticamente papel mojado, que un coche de

colleras atropella a diario. El empleo le da al empleado la llave de la caja pública; el empleo le permite utilizar el telégrafo y de esta forma vigilar los altibajos de la bolsa. El objeto de todo funcionario es hacer su fortuna lo más rápidamente que le sea posible, y como tiene prisa, no se siente demasiado escrupuloso, porque la posesión de su empleo es breve e incierta, ya que hay innumerables rivales que tratan de echarle y ponerse en su lugar. De esta manera, la sanguijuela saciada es sucedida por otra peor y más hambrienta, la oruga sucede a la langosta y los verdaderos males del Estado no solamente no se enderezan, sino que aumentan. Pobre España; como un paciente moribundo, en vano cambia de ministros, agitándose en su inquieta cama de un lado para otro, de un sacamuelas al siguiente, porque cada uno de ellos, a su vez, se convierte en el objeto que ha de ser destruido y todos ellos gritan "que sus días de poder sean cortos, y otro pueda ocupar su puesto" (Salmos, CIX, 8). De 1800 a 1844 ha habido setenta y cuatro ministros de finanzas y todos ellos "sin efecto alguno". Nueve ministerios se han formado entre mayo de 1843 y mayo de 1844, y cada uno de ellos ha sido más bien peor que el anterior, y todos han desaparecido en la fiebre de su propia impopularidad e ineficiencia.

¿Cómo es posible que un país pueda estar bien gobernado, o incluso que se pueda llevar adelante un gobierno fuerte, cuando no hay fijeza de posesión en los cargos oficiales y donde, como en Oriente, en ausencia de instituciones permanentes, se pone la confianza en individuos y en las "felices casualidades del momento"? En consecuencia, todos los pretendientes pretenden puestos; su amor propio les enseña que son tan capaces de arruinar a su país y de beneficiarse a sí mismos como el que más, de la misma manera que los Blakes aspiraban a mandar ejércitos y perder batallas. Estos incapaces, como el payaso de Astley, están todos deseosos de subir y cabalgar en el corcel de la importancia, son envidiosos como turcos y no quieren soportar a ningún rival; de manera que:

Todos merecen premio de un gobierno

que vive de chapuzas y adora el cuento.

Publicar manifiestos, expedientes, documentos y las más plausibles falsedades con la más ingeniosa grandilocuencia de estilo oficial, es el gran requisito ministerial. De aquí el secreto de los ascensos y el éxito de todos los aventureros, desde los alberonis hasta los ripperdas, pasando por los calomardes y bajando hasta el último Don Fulano Embustero de nuestros días. Estos charlatanes, tanto al aire libre como en sus oficinas, han prosperado engañando a un pueblo generoso, imaginativo y lleno de buen juicio hasta el colmo; los que han prometido pagar más, los que han hablado hasta desgañitarse del honor, la dignidad y la fuerza nacional, han sido los más populares; y tampoco se crea que cuando el engañador es descubierto, el charlatán siguiente tiene la menor dificultad en ofrecer al pueblo la nueva panacea, o las mismas falsas mercancías, con el mismo lenguaje que su predecesor; de esta manera, y durante demasiado tiempo, tanto en paz como en guerra, el noble pueblo ha sido su víctima. Lo que más falta hace ahora es una clase media que, según algunos esperan, aparecerá con el tiempo entre los compradores de propiedades eclesiásticas y de otras vastas fincas que hasta ahora han estado fuera del mercado, protegidas por mayorazgos y vinculaciones.

La Casa de los Consejos, que está situada cerca, fue construida por Francisco de Mora para el duque de Uceda. Es una bella mole herreriana, pero el interior, como de costumbre, no fue nunca debidamente terminado; la principal fachada da al norte y está enfrente de Santa María de la Almudena. Esta iglesia, en otros tiempos mezquita mora, conserva, como la torre de Tortosa, su nombre del Mueddin musulmán. Fue purificada por Alonso VI y dedicada a la Virgen: de esta manera el culto femenino pagano de Astarté, Isis y Diana renace bajo un nombre mahometano en una iglesia cristiana. La iglesia misma es pequeña y carece de interés; sin embargo tiene los privilegios de una Iglesia Mayor en esta capital sin catedral. Hay un volumen en folio sobre la Invención y milagros, hecho en honor de esta imagen, José de Vera Tarsis y Villarroel, Madrid, 1692.

Ahora crucemos la calle de Segovia hasta Las Vistillas, que durante largo tiempo ha sido la residencia urbana de los duques del Infantado y donde también vivieron Fernando e Isabel. Desde estas ventanas, Ximénez, cuando le preguntaron con qué autoridad se

hacía cargo de la regencia, señaló a la artillería y a los soldados que había en el patio. Y no se crea que estas cosas han cambiado en nuestros días, cuando es la fuerza la que da el derecho.

Más allá está San Francisco, enorme mole situada en un lugar algo a desmano. El convento se ha convertido ahora en cuartel y la capilla es una iglesia parroquial. Fue diseñada por el monje Francisco Cabezas y terminada en 1784 por Sabatini. La iglesia, una de las más bellas de Madrid, es una rotonda, rodeada de capillas: la cúpula tiene ciento sesenta y tres pies de altura. El Jubileo de Porciúncula fue pintado por el flojo Bayeu: los cuadros de la capilla son obra de Maella, Calleja, Goya, Velázquez (no Diego) y otros, y no son mejores.

Sigamos ahora hasta la Puerta de los Moros y de aquí a San Andrés, que fue usado por Fernando e Isabel como capilla particular. Es aquí donde San Isidro iba a misa y donde fue enterrado; su efigie en madera es curiosa, por la ropa que lleva. La abigarrada capilla churrigueresca fue edificada por Felipe IV y Carlos II. Los milagros del patrono han sido pintados por Carreño y Rizzi: su cuerpo fue llevado en 1769 a su nueva iglesia. Contigua está la Capilla del Obispo, una de las pocas muestras del arte gótico que quedan en la moderna Madrid. Fue comenzada en 1547 por Gutiérrez de Vargas y Carvajal, obispo de Plasencia. El excelente retablo y las tallas al estilo de Berruguete son obra de Francisco Giralte y fueron pintados por Juan de Villafondo en 1548, y no por Blas del Pardo, como dicen algunos: de Giralte son también los soberbios sepulcros platerescos del prelado y su familia, y son ahora los mejores de su clase que hay en Madrid, ya que los invasores destruyeron los de San Jerónimo. Esta capilla fue dañada en 1755 por un terremoto y reparada con pésimo gusto. Hay también algunas tallas buenas en la sacristía.

Visitemos a continuación la plaza de la Cebada, o sea, del forraje, del heno, el “mercado de la hierba”, que es donde solían tener lugar las ejecuciones. Miremos el portal de La Latina o de Nuestra Señora de la Concepción, que es un hospital fundado en 1499 por Beatriz Galindo, que enseñó el latín a la reina Isabel. Fue construido por un moro llamado Hazan. Los que deseen ver el viejo Madrid y la zona de los manolos y el populacho pueden seguir ahora por las calles

del Duque de Alba, Jesús y María, hasta Lavapiés. Los que no sientan interés por un Saint Giles castellano pueden seguir por La Latina hasta San Isidro, en la calle de Toledo. Este, que fue colegio de jesuitas, fue construido en 1651 y es ahora una parroquia, llamada La Colegiata: aquí reinan sin rival el churriguerismo y el mal gusto. Este convento fue atacado por el populacho madrileño el 17 de julio de 1834 y mataron a los monjes porque habían provocado el cólera; entremos y veamos la Capilla Mayor, que fue "reparada" por Rodríguez. Aquí yacen San Isidro y su santa esposa: su estatua es obra de Pereyra. Aquí están las cenizas de Daoiz, Velarde y algunas de las víctimas de Murat del "Dos de Mayo", que fueron traídas del Prado el 2 de mayo de 1814 con gran pompa. Observemos las capillas y sacristías para ver hasta qué punto puede llegar a ser el Rococó empalagoso. La biblioteca, que perteneció en otros tiempos a los jesuitas, sigue aquí y está abierta al público.

Volvamos ahora a la izquierda a la plazuela de la Villa, que está abierta a un lado a la calle Mayor. La Casa del Ayuntamiento fue construida en el siglo XVI; los portales son posteriores y malos. El peristilo que está enfrente de la calle de la Almudena fue añadido por Villanueva: el patio y la escalera del interior son sencillos. El Duque, al entrar en Madrid como vencedor, se asomó al balcón que da a Platerías y fue aplaudido por los ciudadanos liberados: junto a él estaba El Empecinado, "el embarrado".[*] De esta forma se vieron muy auténticamente representadas Inglaterra y España, y cada una de ambas por su mejor y más idónea arma: un general de la guerra grande y un jefe de la guerra pequeña: el uno era el plan, la previsión, la disciplina y la organización, y el otro la casualidad, el impulso, intermitente, imprevisto e insubordinado. Y sin embargo, ambos iban, y de verdad, al mismo objetivo, ayudándose mutuamente y cooperando entre sí de una manera que los blakes, los cuestas y los llamados generales regulares nunca hicieron. Para una comparación entre uno de estos "viejos rocines" y el Duque, véase Talavera en la parte correspondiente a Extremadura.

Enfrente, en lo que fue la Casa de Lujanes, cuya torre se usa ahora para un telégrafo, Francisco I fue encerrado después de su derrota de Pavía, hasta ser llevado de ella, el 14 de enero de 1526, al alcázar. Aquí dio su palabra de rey de concluir tratados y, olvidando su caballeroso lamento después de Pavía, tout est perdu

hors l'honneur, la olvidó desde el instante mismo en que cruzó el Bidasoa y pisó el sagrado suelo de Francia. Pero este cristianísimo rey fue absuelto de todos sus juramentos por Clemente VII, el vicario de Cristo; Pedro Mártir (Epístola, 813) escribió así proféticamente cuando Francisco I estaba haciendo estas solemnes promesas: "Gallum ergo in Matritensem caveam die Aug. 14, Aquila clausit. Quem ex tanta victoria fructum exerpsemus tempus dicet. Parvum existimo, quia nimis mitis est Caesar, Galli vafri nimium, in actionibus negociorum"; y tenía razón.

Ahora crucemos la bella Calle Mayor hasta San Ginés, en la calle del Arenal. Esta iglesia fue construida hacia 1358 y dañada por el fuego en 1824. Obsérvese dentro el Paso de Santo Cristo, tallado por Vergaz, y un cuadro de Cristo sentado y desnudado, por Alonso Cano. Bajemos a la bóveda o sótano oscuro, donde, en cuaresma, flagelantes aficionados se azotan a sí mismos con látigos que facilita el sacristán; algunos son gatos de nueve colas y están realmente manchados de sangre. Los penitentes, que son sus propios jueces y verdugos, se pegan de acuerdo con sus propias conciencias, Gnwqi y se pegan Seautsn. En los buenos tiempos pasados de Felipe IV, los españoles se azotaban públicamente en las calles, y lo bonito era darse latigazos tan fuertes al pasar junto a las amantes de los penitentes que la sangre las manchara a estas, con una delicada atención que sus tiernos corazones no podían resistir. El bello sexo era sangrado de una manera meramente profesional, por así decir, y lo normal era que, cada vez que ella se cortaba una vena, el amante hiciera a su querida un regalo, de manera que tanto las bolsas masculinas como las arterias femeninas quedaban igualmente exhaustas. Este suave azotarse a sí mismo prevaleció entre los antiguos fieles del sexo femenino; las flagelantes de Isis (Herodoto, II, 61) dieron ejemplo a los fieles de Bellona, en Roma; pero cuando la religión popular no es más profunda que la piel, la gente puede flagelarse a sí misma con considerables beneficios; desde el progreso, la joven España aunque todavía siga venerando a divinidades femeninas, tanto en la iglesia como fuera de ella, ya no se flagela, pensando, como el honrado Sancho Panza, que la costumbre es más venerada cuando se cesa de practicarla que en su observación.

A continuación crucemos la Plaza Mayor, construida en 1619 por

Juan de Mora. Aquí se celebraban los Autos de Fe y fue también aquí donde nuestro Carlos I contempló una corrida de toros real, que le ofreció Felipe IV. Aquí en una sola semana, cuando la Jura de Isabel, en 1833, murieron noventa y nueve toros. El lugar es muy adecuado para espectáculos; el espacio es de cuatrocientos treinta y cuatro pies de largo por trescientos treinta y cuatro de ancho. Por una cláusula de sus contratos de arrendamiento, los habitantes de las casas están obligados, en estas ocasiones, a ceder sus cuartos y balcones delanteros, que están hechos a manera de palcos. El asiento real está en la parte llamada La Panadería, cuyos salones, pintados por Claudio Coello, fueron destinados por Carlos III para la Academia de la Historia, que tiene aquí una biblioteca bastante aceptable.

Saliendo por la esquina del sudeste está la Cárcel de la Corte, construida en 1634 para Felipe IV por Juan Bautista Crescenti. Ningún Howard ha visitado jamás esta casa de culpabilidad y dolor, la morada, como dice Cervantes, “de toda incomodidad y de todos los lamentables ruidos”. Los que entran en ella, si no tienen dinero, pueden despedirse de toda esperanza, mientras que jueces, carceleros y llaveros son frecuentemente cómplices del delincuente cuando este es rico.

Desde 1808, y desde los multitudinarios cambios y ejemplos de farsas y tragedias políticas que han tenido lugar en Madrid, estos calabozos nunca se han visto a falta de inquilinos de todos los matices de opinión política, ya que cada partido, en cuanto se ve en el poder, se pone a perseguir a sus oponentes. Aquí encarcelaba José a los patriotas y las Cortes a los afrancesados. Aquí Fernando encerraba a los liberales y los liberales encadenaban a los realistas; aquí carlista y cristino, servil, exaltado y moderado han visto, al llegarles el turno, el hierro de su justicia nacional, sobre todo desde la muerte de Fernando, bajo su ecuánime viuda, que encerró aquí a los realistas en 1836 y a los liberales en 1844; cosas de España. Habiendo observado los efectos, el jurisconsulto debiera ahora indagar las causas, porque es aquí donde están los tribunales de la Audiencia, o sea, los tribunales supremos de justicia, como aquí se llama. En ella, todos son supuestos culpables hasta que se demuestre su inocencia, y el juez intenta por todos los medios a su alcance, tanto buenos como malos, hallar culpable al acusado; un

abogado de Westminster, si se viera transportado por dispensa especial a este tribunal, se hallaría en un ambiente legal nuevo a más no poder. Ambos sistemas de justicia, sin embargo, fallan en sus extremos, porque si es cierto que pocos inocentes escapan en España, también lo es que pocos culpables son castigados en Inglaterra; y sin embargo, nuestras deficientes leyes funcionan bien, porque están administradas con ecuanimidad por jueces capaces y honrados, mientras que el sistema de España, siendo mejor, funciona mal porque sus ministros están corrompidos y son injustos. Una administración pura de la ley, y no su reforma, es lo que hace falta aquí para paz y bienestar de los españoles.

La jurisdicción de esta Audiencia se extiende sobre un millón veintidós mil seiscientas almas; el número de casos juzgados en 1844 fue de cinco mil ciento sesenta, o sea, uno por cada doscientos; en las sencillas montañas de Asturias la proporción es de uno por cada ochocientos noventa y ocho, lo que nos da el mejor comentario posible sobre la moral relativa de la “única Corte”. Enfrente está la iglesia de Santa Cruz; desde su torre se disfruta de una de las mejores vistas de Madrid. Los interesados en cárceles pueden ir también a la calle de Hortaleza y visitar Las Recogidas o Santa María Magdalena. Ninguna mujer puede gozar de los beneficios de esta admirable institución sin haber sido antes declarada indudablemente culpable, y ninguna, una vez admitida, puede salir de ella, excepto para meterse monja o casarse. Aquí hay también unas estancias donde se encierra a damas cuyos parientes piensan que un poco de confinamiento podría serles beneficioso; es una institución que podría ser extendida con utilidad a algunas otras capitales, además de la de España.

En la calle de Fuencarral está el Hospital de San Fernando, fundado en 1688. La fachada es obra del hereje Pedro Ribera, 1726, y es el ejemplo favorito del pésimo gusto del periodo de Felipe V, habiendo dado derecho, ciertamente, al inventor a ser admitido en cualquier institución destinada a locos de atar o a delincuentes. Rivaliza en ofensivo churrigueresco con el retablo que hay en San Luis y con la portada de Santo Tomás. En este hospital, los pobres de ambos sexos son recibidos y empleados; su trabajo subvencionado se vende luego a bajo precio y, de esta manera, vendiéndolo por debajo del precio del mercado, se causa considerable perjuicio a las familias

honradas y trabajadoras que tienen que comprar la materia prima, aparte del coste de alimentos y alquiler, con el fruto de su trabajo.

El hospital de San Antonio, en la corredera de San Pablo, fue fundado en 1606 y tiene una buena capilla ovalada, con techos pintados al fresco por Rizzi, Carreño y Giordano. Obsérvese una Santa Isabel y una Santa Engracia, pintadas por Eugenio Caxes, y la estatua del patrono, de Pereyra.

La Inclusa, u Hospital de Expósitos, en la calle de los Embajadores, se llama así debido a una imagen de la Virgen, que es muy venerada y fue traída por un soldado español de Enkuissen (Enchusen), en Holanda; esta ciudad, de paso sea dicho, fue la primera en levantarse contra los horrores visibles del duque de Alba y la Inquisición española. La influencia de la Virgen Madre se pierde por completo en esta casa de delitos y sufrimientos: aquí más de mil doscientas criaturas, niños inocentes, son abandonadas todos los años por sus antinaturales padres, y casi a una muerte cierta, debido a los fondos cada vez menores y a la miseria cada vez mayor. El asilo de esas madres, en la calle del Rosal, es llamado, como por burla, Nuestra Señora de la Esperanza, y ¿qué esperanza puede haber para su progenie?; la gente más sincera del pueblo, sin embargo, lo llama El pecado mortal: allí son relegadas las madres solteras, en todos los sentidos de la palabra, y reciben bulas papales de dispensa, pero después de haberlas pagado como es debido.

El asilo de mendicidad fue fundado en 1834, fuera de la puerta de San Bernardino, con el fin de salir al paso de la creciente miseria, resultado de las constituciones y las guerras civiles; en él se consigue apenas dar a los pobres de solemnidad una imitación de la existencia y el trabajo. Fue idea del marqués de Pontejos, fundador en 1839 de la Caja de Ahorros, institución que era completamente nueva en la oriental España, bajo cuyo sol vitalizador todas las plantas crecen rápidamente menos la de la confianza; aquí, donde muy pocos se fían unos de otros, sobre todo por lo que al dinero contante se refiere, la más frecuente inversión es en la madre tierra, donde se guardan de ordinario los dineros inútiles. España, a pesar de todo, es la tierra de las sorpresas y, en contra de todos los cálculos, esta institución no ha causado males: se paga el cuatro por cien a todos los impositores, lo cual es bastante más que lo que

suelen producir los talentos escondidos en la tierra de la Península.

La Imprenta Real está en la calle de Carretas. Este pesado edificio, obra de un cierto Turillo, contiene la imprenta real y el taller de grabados. De esta imprenta han salido magníficas muestras de tipografía; aquí se pueden conseguir impresiones de aquellas pinturas del museo que han sido grabadas; pero son de segunda categoría, porque los españoles nunca se distinguieron por su manejo del buril, que requiere demasiada paciencia y es demasiado mecánico; al principio emplearon para ello a extranjeros, flamencos e italianos sobre todo, y más recientemente franceses. Muy pocos artistas españoles han llegado a sobresalir en el aguafuerte, porque Ribera, en realidad, era napolitano, y en ningún país se han producido menos obras ilustradas. Los Borbones introdujeron el gusto de los retratos en grabado, y algunas láminas, obra de Celma y Carmona, son tolerablemente buenas.

La Casa de la Moneda, o Ceca, está en la calle de Segovia: la acuñación es chapucera, la maquinaria extranjera, los cuños mal cortados y peor trabajados. Por lo que se refiere al dinero español, véanse las Observaciones Preliminares.

Se fundó una Bolsa de Comercio en 1831, y como todos los que están en el poder utilizan sus informaciones oficiales para sacar ventaja de los altibajos bolsísticos, la Bolsa se divide entre la Corte y el ejército, que es la influencia decisiva de cada situación o crisis del momento: por listos que sean los ministros de París, resultan meros principiantes en comparación con sus colegas de Madrid, al menos en lo referente al arte de utilizar el telégrafo, el boletín, etcétera, es decir, de cuidar de sus intereses particulares.

Las operaciones de bolsa tienen lugar en San Martín de diez a tres, y allí todos los aficionados a los cinco por ciento españoles pueden comprarlos a precios irrisorios. El papel de bolsa es abundante y variado para todos los gustos y bolsillos, por ejemplo, el de Aguado, Ardouin, Toreno o Mendizábal, todos ellos “hombres honorables”: en algunos el capital está consolidado, en otros los intereses son aplazados; el principio financiero universal ha sido aquí siempre recibir lo más posible y pagar en razón inversa. Como ocurre siempre que se reparte dinero o aceite, un poco acaba pegándose invariablemente a los dedos más limpios, y, en consecuencia, tanto

los ministros como los contratistas acumulan fortunas y, de hecho, han llegado a engañar a los judíos de Londres. Pero desde Felipe II hasta nuestros días, nunca han faltado teólogos para demostrar el religioso, aunque penoso, deber de quebrar, sobre todo en contratos con herejes usurarios. El extranjero, cuando visita el banco de Madrid, haría bien en no expresar la impertinente curiosidad de ver "la oficina de pago de dividendos", porque podría ofender. Sea cual fuere el interés de nuestro lector en su visita a la Península, recuerde eso de:

No prestes nunca, ni pidas prestado

o te perderás tú, el amigo y lo fiado.

Cuidado con el papel de bolsa español, porque, a pesar de los informes, documentos y laberintos aritméticos oficiales, que, complicados como un arabesco, tienen buen aspecto en blanco y negro, a pesar de ser ininteligibles, a pesar de ingeniosas conversiones, intereses, etcétera, la prestidigitación es siempre la misma; y esta es la cuestión, ya que el crédito nacional depende de la buena fe nacional y del excedente de ingresos, y no es posible que pueda pagar interés sobre sus deudas un país cuyos ingresos han sido durante largo tiempo, y son todavía, patéticamente insuficientes para subvenir a los gastos corrientes del gobierno. La verdad es que a una piedra no se le puede sacar sangre, por mucho que se le apriete.

El Informe MacGregor sobre España, de marzo de 1844, es una exposición verdadera de ignorancia comercial, falta de cumplimiento habitual de los tratados y violación de los contratos. En la página 84 se describe la naturaleza de sus seguridades públicas, tanto pasadas como presentes. Y, ciertamente, tienen nombres muy impresionantes, como Juros, Vales reales, etcétera, pero ningún juramento puede dar verdadero valor a papel deshonrado. Según algunos financieros, las deudas públicas españolas ascendían en 1808 a 83.763.966 libras esterlinas, que desde entonces han aumentado a 279.083.089 libras esterlinas, sin

contar los farthings:[*] esto quizá esté algo exagerado, pero en cualquier caso España está endeudada hasta las cejas y es irremediablemente insolvente. Y sin embargo, pocos países, si tenemos en cuenta la fertilidad de su suelo, sus áureas posesiones, tanto en casa como fuera de ella, y su población frugal y comedida, debieran estar menos apurados que España; pero Santiago le ha concedido todas las bendiciones menos la de tener un gobierno honrado.

El Banco Nacional, llamado de San Fernando, fue fundado en 1827 y está sito en la calle de la Montera. Emite billetes de quinientos y mil reales, que no salen de Madrid, porque los que no son madrileños tienen el buen sentido de preferir los dólares locales al papel de la Corte: la circulación es de unas ciento veinte mil libras esterlinas. Estos billetes se cobran a diario de diez a una de la mañana, y aconsejamos a nuestros lectores que cambien los suyos sin pérdida de tiempo. La historia de este banco de San Fernando es característica. Antes existía el de San Carlos, fundado en 1782, con privilegios exclusivos de recibir depósitos y un monopolio de emisión de papel; pero, a pesar de cartas reales y solemnes promesas, Fernando VII, el 9 de julio de 1829, creó este rival, a favor de algunos capitalistas que le adelantaban dinero. La consecuencia natural fue que el establecimiento más antiguo quebró; pero el dominio de su destructor fue breve, porque también a él le llegó el turno en el ciclo habitual de mala fe, y a pesar de la solemne garantía de Fernando y de la carta especial de su monopolio, acaba de ser fundado un banco de la oposición, bajo el título de Isabel II, el cual, por lo menos, ha tenido la modestia de no asumir un santo nombre.

A pesar de todo, esta falta a la palabra dada no ha causado esta vez la quiebra del banco anterior, más bien, al contrario, le ha beneficiado, porque los socios adormilados se tuvieron que levantar de la cómoda cama de monopolios protegidos y, forzados por la competencia a tomar en serio los negocios, han visto aumentar sus beneficios.

En 1842 se fundó una Compañía General de Seguros de Vida y Domésticos (calle del Prado, número 42); tan nueva es aquí la idea de una garantía para personas o propiedades, que durante largo

tiempo han corrido doble riesgo. En la calle de San Juan está la Platería, fundada por Carlos III, que envió a Antonio Martínez a París y Londres en busca de ideas y maquinaria: el taller es bueno, pero no se trabaja mucho ahora la plata en España, donde las edades del oro y la plata pasaron ya hace tiempo. Recientemente se crearon varias sociedades artísticas y literarias, tales como el Ateneo, que es una especie de club; el Liceo Artístico y Literario, una especie de Institución Real para conferencias y reuniones todos los jueves; una Academia Filarmónica; un Conservatorio de Artes, calle del Turco, con unos pocos modelos mecánicos y una biblioteca sobre estos temas, y el Conservatorio de Música, fundado en 1830 por Cristina a fin de obligar a las notas italianas a frecuentar las gargantas españolas. Pero los alumnos no han conseguido hasta ahora llegar a la mediocridad: los españoles son musicales, pero sin ser armoniosos, como tienen que saber los que leen a Silio Italico (III, 346); y los que no lo leen, pueden aprender esto de cualquier mulero, o yendo a cualquiera de las óperas nacionales: las Ventas.

Hay tres teatros en Madrid. En el Teatro del Circo, que acaba de ser edificado, se ha hecho un intento a medias de crear una ópera italiana, y a veces se da ballet francés. El gran teatro nuevo está en la plaza de Oriente, aún sin terminar, y los otros dos, y anteriores, son cunas indignas e insuficientes del moderno drama europeo. El teatro originario, para el que Calderón, Cervantes y Lope de Vega escribieron para Felipe IV, fue incendiado por los franceses. El actual Teatro de la Cruz, ¡menudo nombre!, capaz para unas mil trescientas personas, está mal pensado; fue construido en 1737 por Ribera, quien dedicó su genio, fértil en absurdos, a construir tal edificio que ningún esfuerzo ulterior, excepto el de echarlo abajo, habría podido hacerlo aceptable: el arquitecto, como un Cuesta o un Blake, tomó tales medidas que el fracaso fue seguro, tanto en la ejecución de las piezas como en todo lo demás. El otro teatro, llamado del Príncipe, fue construido por Villanueva, en 1806, con capacidad para solo mil doscientos espectadores. No es necesario decir que el olor del contenido satura estos locales cerrados, en los que no se quema incienso neutralizador de malos olores, como hace en sus locales el prudente clero. Si la atmósfera fuera analizada por Faraday se vería que contiene proporciones iguales de humo rancio de puro y ajo fresco. La luz, excepto en las contadas ocasiones en que el teatro está iluminado, tiene por objeto solamente hacer

visible la oscuridad, y no hay manera de distinguir los palcos o el gallinero, hacia el que se dirigen en vano los ojos y los anteojos de los Reynards que se sientan en las lunetas y las butacas.

La tragedia española es monótona, el lenguaje envarado, la declamación hueca, francesa y nada natural; la pasión es desgarrada en harapos. Los sainetes o farsas son ordinarios, pero divertidos y muy bien representados; estos son, ciertamente, los verdaderos vehículos del gusto al sarcamo, la sátira, la intriga, la alegría y el ingenio, por lo que tanto se distinguen los españoles; y ningún pueblo es más esencialmente serio-cómico y dramático que ellos, ya sea en la venta, la plaza o la iglesia. El sainete merece ciertamente su nombre, que significa la golosina, el meollo de la pieza cobrada, con que el cazador recompensa a su halcón.

El bolero, como es bien sabido, es la salsa de la comedia, on n'écoute que le ballet; es entonces cuando las mujeres dejan hasta de hablar y los hombres de escupir.

Muy pocos de los palacios de los grandes contienen nada que valga la pena ver. Fueron saqueados por los invasores y sus dueños no tienen demasiado talento en esto del buen gusto; tampoco puede decirse que sus estancias estén mejor aderezadas que las cabezas o las bodegas de sus dueños. España, ciertamente, es una sombra de su ida grandeza, y de todas las sombras, ninguna es menos sólida, con pocas excepciones, que los actuales posesores de los títulos, consagrados por el tiempo, de su edad heroica. Los pobres descendientes de esos verdaderos hombres que hicieron gloriosos aquellos grandes nombres siguen revoloteando en torno al leve reflejo de un brillo pasado, su actual insignificancia se ve realzada por la antigua importancia de aquellos a quienes ellos tan mal representan: han crecido con el crecimiento y decaído con la decadencia de su país. Ruinas vivientes, sin la dignidad de lo antiguo, están degenerados tanto en cuerpo como en mente y posición; sus matrimonios híbridos, acentuando la consanguineidad, han servido para perpetuar defectos físicos e insignificancia moral como parte de su primogenitura; desafían a las leyes de la naturaleza orgánica y de aquí que sean forzadas sus formas y defectuosos sus cerebros. Para ser grande es ahora casi necesario ser chico tanto de persona como de inteligencia. Esta dimensión

pigmea, tanto de cuerpo como de mente, está en relación inversa a la magnitud de categoría y riqueza, como si la providencia los hubiera creado para mostrar la poca importancia que concede a esos dones tan codiciados por los mortales. Los grandes, igualmente, por no casarse jamás con el pueblo, se mantienen solos como palmeras estériles y viven de la superficie, sin echar nunca raíces profundas, entrelazadas con el sistema social, ni mostrar la educación o el talento de buscarse una posición para sí mismos. Raras veces llegan a la mediocridad, porque los pocos duques que han tenido cargos o escritos no podrían en Inglaterra colaborar en un anuario o ser miembros del comité de un almanaque de club de campo; no es de extrañar, por tanto, que estos hijos de algo sean desplazados en el poder político por los novi homines, ya sean hijos de se y de sus obras o advenedizos, pasquineros o agentes de bolsa, escritores de segunda o soldados de fortuna. Carentes de educación y sin haber viajado, estos donnadies valen solo para llenar las ceremonias oficiales, los besamanos de la Corte, donde, como verdaderos palaciegos, estos insectos relucen de bordados y condecoraciones. Madrid es, ciertamente, la Corte de los bellos apellidos, el relumbrón y los adornos de honor, ya que las formas de la verdadera fuerza se usan para levantar el aparente esplendor de un país decaído y camuflar con el símbolo la ausencia de verdadero espíritu, para cubrir el corazón ruin con una estrella brillante: en ningún sitio, ni siquiera en la emparentada Nápoles, se ve mayor prodigalidad de títulos y condecoraciones tan completamente inmerecidos. Ciertamente, la insignia confiere poco honor, pero no tenerla es una vergüenza. Antes –decía el astuto populacho– a los bribones se les colgaba de las cruces, y ahora las cruces se cuelgan a los bribones: sobre estas cuestiones, véase la Quarterly Review, CXXIII, 110.

La más grande de las casas de estos grandes, y una verdadera casa pobre, es la del duque de Medinaceli, en la carrera de San Jerónimo: parece como si se hubieran juntado allí diez casas de Baker Street. La plata y las armas fueron confiscadas por los invasores. Aquí se conservan, en escandaloso abandono, algunas antigüedades sacadas de la Casa de Pilatos, de Sevilla. No es arte de primera categoría; obsérvense un corzo, un Mercurio y un Apolo. Hay dos cañones muy antiguos: la biblioteca, antes abierta al público, es ahora pasto de gusanos. El conde de Oñate tiene

también una buena casa; lo mismo puede decirse del duque de Híjar y del marqués de Astorga.

Carlos I, cuando estuvo en Madrid, vivía en la Casa de las Siete Chimeneas. Está situada en la esquina nordeste de la pequeña plazuela del Rey, número 2, calle de las Infantas, a la que conduce la última calle a mano izquierda de la calle de Alcalá, justo enfrente de la embajada británica. Esta es la casa que durante tanto tiempo conservó el representante veneciano, incluso contra Felipe IV, y también nuestro embajador Fanshawe. Véanse sus Cartas, II, 129.

Siguiendo por esa calle se llega a Las Salesas Viejas. Este enorme convento, un segundo Escorial, fue construido en 1758 por un cierto Carlier para Bárbara, la mujer de Fernando VI, a imitación del Saint Cyr de madame de Maintenon y a manera de lugar de retiro para ella, así como de seminario para jóvenes nobles. El tamaño, el enorme costo y el pésimo gusto de esta mole indujeron a los críticos a exclamar: "Bárbara Reina, bárbara obra, bárbaro gusto, bárbaro gasto". Bárbara, además de significar una cosa propia de bárbaros, como en inglés, tiene también en español el sentido secundario de algo inmenso, desaforado. Sobre la fachada se ve un bajorrelieve de Nuestra Señora de la Visitación, a cuyo misterio está dedicado el edificio. La imponente capilla corintia ha sido ahora convertida en iglesia parroquial. El rey y la reina están enterrados aquí: sus tumbas fueron diseñadas por Sabatini y ejecutadas por Gutiérrez. Están hechas de los mejores materiales, pero las figuras de la Abundancia y la Justicia (rarae aves in Hispania) están modeladas según el gusto y la verdad de los grandilocuentes epitafios compuestos por el poeta Juan de Iriarte. Los mármoles del altar mayor son verdaderamente magníficos: las columnas verdes fueron traídas de las canteras de San Juan, cerca de Granada. La más bella de las fachadas del palacio, llamado así por haber sido residencia de la reina Bárbara, da al jardín.

Las Descalzas Reales, en la plaza del mismo nombre, fueron fundadas por Juana, hija de Carlos V. Obsérvese su efigie arrodillada, colocada sobre su tumba y esculpida en mármol por P. Leoni. Los frescos fueron pintados en 1756 por Velázquez (no Diego). El retablo del altar mayor es obra de Becerra. La abadesa de este convento tenía categoría de grande de España.

Hay muy pocas tumbas interesantes en la moderna Madrid, ya que las mejores, en San Jerónimo y San Martín, fueron destruidas por los invasores. Herrera, el arquitecto, fue enterrado en San Nicolás; Lope de Vega en San Sebastián: murió el 27 de agosto de 1637, en el número 11 de la calle de Francos. Velázquez, que murió el 7 de agosto de 1660, fue enterrado en San Juan. Este edificio fue demolido en 1811, en tiempo de los franceses, y las cenizas de Velázquez fueron esparcidas a los cuatro vientos, lo mismo que había ocurrido con las de Murillo. También fueron esparcidas de esta manera las de Cervantes: murió el 23 de abril de 1616, en la calle de León, número 20, Manzana 228, y fue enterrado en las Trinitarias Descalzas, calle del Humilladero, y cuando las monjas se trasladaron a la calle de Cantarranas, el solar fue olvidado, y sus restos están ahora abandonados, sin honores. En este convento profesaron las hijas de Cervantes y Lope de Vega.

España, después de haber negado el pan a Cervantes cuando vivía, le ha dado recientemente una piedra; se le ha levantado un monumento en la plaza de Santa Catalina, con una estatua modelada por Antonio Solá, de Barcelona, y vaciada en bronce por un prusiano llamado Hofgarten. Está vestido a la antigua usanza española, y esconde bajo su capa el brazo mutilado en Lepanto, cosa que nunca hizo en vida, ya que constituía el gran honor de su existencia. Los relieves del pedestal muestran las aventuras de Don Quijote y fueron diseñados por un cierto Piguer; el costo fue sufragado con la recaudación de la Bula de Cruzada, y, de esta manera, Cervantes, que cuando vivía fue rescatado de Argel por los monjes de la Merced, debe ahora a un fondo religioso este tardío monumento. La calle en que vivía tiene ahora el nombre de calle de Cervantes.

Los huesos de Calderón de la Barca fueron trasladados el 19 de abril de 1841 del convento de La Calatrava y enterrados en el Campo Santo de San Andrés.

El famoso Padre Enrique Flórez, cuyas obras con tanta frecuencia citamos aquí, murió a la edad de setenta y un años el 5 de mayo de 1773, en su convento de San Felipe el Real, cerca de la Puerta del Sol, y fue enterrado en la bella capilla: ahora todo ha sido barrido. Aquí se conservaban su magnífica biblioteca y su extraordinaria

colección de notas y documentos para la constitución de la "España Sagrada", para cuya conservación él había conseguido del papa Clemente XIII una bula en la que se excomulgaba a cuantos quitasen de allí o estropeasen los libros y los papeles. Esto, sin embargo, resultó ser un brutum fulmen contra el invasor, ya que el general Belliard, en 1808, convirtió la bella iglesia en un establo y utilizó para hacer camas para sus soldados todos aquellos manuscritos y libros de Flórez que no fueron quemados para los pucheros del campamento: así perecieron investigaciones anticuarias que no podrán ser reemplazadas, ya que la mayor parte de los documentos originales sufrieron después el mismo destino a manos de los mismos destructores: de aquí la actual dificultad para continuar la "España Sagrada"; acerca de los detalles, véase el prefacio de Risco, "E. S.", XLIII (compárese con Simancas, pág. 929). Sobre detalles de la vida de Flórez, véase Noticias de la Vida, por Francisco Méndez, Madrid, 1780, su compañero y erudito autor de la Typographia Española.

Santo Domingo el Real fue fundada en 1217. El portal y el coro fueron añadidos por Herrera para Felipe II en 1599, cuyo hijo, don Carlos, fue enterrado aquí hasta que lo llevaron a El Escorial. Obsérvese la efigie arrodillada de don Pedro. Hay muy pocas iglesias dignas de ser visitadas en Madrid, tan pocas que el eclesiólogo haría mejor en apresurarse a ir a la imperial Toledo, sede del primado de España. San Ildefonso fue reconstruido en 1827, ya que los franceses destruyeron la iglesia anterior. San Marcos, calle de San Leonardo, fue construido por Ventura Rodríguez, que está enterrado allí. En San Pedro hay una imagen a la que se reza mucho cuando se quiere que llueva y, por tanto, es llamada El Santísimo Cristo de la lluvia. En San Sebastián, calle de Atocha, hay otro paso tallado por Monasterio y llamado El Santísimo Cristo de la Fe: es aquí donde fue enterrado Lope de Vega. San Luis, en la calle de la Montera, es un excelente ejemplo del churrigueresco madrileño. En San Millán, plaza de la Cebada, hay una imagen, El Santo Cristo de las injurias, que es muy adorada por los campesinos del mercado. Santo Tomás, calle de Atocha, está lleno de arquitectura churrigueresca y pasos de Rubiales, otros de los cuales pueden ser vistos en San Juan de Dios, plaza de Antón Martín.

Los alrededores inmediatos de Madrid ofrecen escasas atracciones, ya que la ciudad del orgullo y las pretensiones se levanta sola en plena soledad del desierto. No hay suburbios filiales, no hay plazas de Belgravia ni Nouvelle Athenes; contados son los chalets, las rures in urbe, que tienten a los ciudadanos a ir más allá de las murallas de barro de su paraíso. Las raras excepciones son en su mayor parte propiedad real; una de las más bonitas es la Moncloa, a la derecha, en la carretera de El Escorial, y dominando el lecho del Manzanares. Fue en otros tiempos propiedad de la familia de Alba, comprada por Fernando VII, quien hizo llevar allá la fábrica de porcelana después de que los franceses destruyeran La China. Aquí su Majestad hizo algunos cacharros malos, toscos y muy caros.

El Pardo es un real sitio o pabellón de caza, a unas dos leguas de distancia, junto al Manzanares. Fue construido por Carlos V y Carlos III lo amplió, ya que era su retiro favorito: tiene una extensión de quince leguas de circunferencia. Los apartamentos reales son amplios, con algunos de los techos pintados al fresco por Gálvez y Ribera. Algunos de los candelabros de cristal son grandes y buenos. Hay en el edificio un pequeño teatro.

La Alameda es una casa construida con gran dispendio en la carretera de Guadalajara por la difunta condesa duquesa de Osuna, y resultó un enorme fracaso. Por las tardes, durante las vacaciones de verano, los ciudadanos se arriesgan a salir por la puerta de Alcalá a La Quinta del Espíritu Santo o a Chamberí, fuera de la puerta de Bilbao, donde pueden refrescarse en tabernas de segunda categoría con vinos baratos y adulterados. En una eminencia, a unos tres cuartos de legua a la izquierda, en la carretera de Toledo, está Carabanchel o, más bien, los Carabancheles, ya que los dos pueblos están contiguos uno al otro, distinguiéndose por los epítetos de alto y bajo, es decir, de arriba y de abajo. Son a Madrid lo que Highgate y Hampstead son a Londres, y aquí los madrileños se recrean los días de fiesta en malas tabernas y en lo que a ellos les parece que es el campo. Su famosa taberna, el equivalente de nuestra Star and Garter, La Vista Alegre, fue llamada así por la alegre vista de que goza sobre la desnudez del paisaje. Aquí edificó un chalet Cristina, en el que se dan fiestas reales y rurales, divirtiéndose los cortesanos, sorprendentemente, a falta de comida y bebida, con ver a condesas caerse a los estanques, y a los grandes[*] el de caballos de madera

de tío vivo de feria. ¡Oh, de qué manera se desplomaban allí el Cid y su Babieca! Cristina, aunque educada y crecida en la bella Nápoles, tenía tanto apego a su chalet que adoptó el título de condesa de Vista Alegre al irse, casi de incógnito, de Valencia después de abdicar, abandonando su trono y sus hijos: pero la clásica y nacional denominación, "del triste rostro", habría sido mejor apelativo a la tristeza de aquel momento y a su propia y obligada errabundez. En España, sin embargo, las palabras y los títulos sirven para ocultar pensamientos y actos; y lo mismo ocurre ahora, porque se dice que el señor Muñoz[**] va a ser hecho príncipe de Vista Alegre, y entonces, este Apolo de Belvedere español rivalizará con su predecesor Godoy, el príncipe de la Paz.

▪

* El preámbulo de la ley (Recopilación, libro III, título XVI, Ley 3) afirma expresamente que "el principal objeto en casos de enfermedad es curar el alma", y todo médico que omita, después de su primera visita, recetar confesión, se expone a una multa de diez mil maravedíes.

▪

* Quiere decir "sangre azul" (la buena sociedad) pronunciado con acento andaluz. [N. del T.]

▪

* El rey José I. [N. del T.]

▪

* El almogavar moro, o soldado guerrillero de frontera, era llamado así de Al Hughabbar, el polvo que le cubría durante sus correrías.

▪

* Farthing, moneda que ya no existe. [N. del T]

▪

* El último salto mortal fue realizado esta primavera por el duque de Castro-Terreno, teniente general de los ejércitos católicos y caballero del Toisón de Oro.

▪

* Agustín Fernando Muñoz, esposo morganático de Cristina, última mujer de Fernando VII. [N. del T.]

Libro II

CASTILLA

COMUNICACIONES DESDE MADRID

Antes de salir de la capital, recuérdese que hay que poner el pasaporte en regle y que no hay que dejar todos los visés necesarios para el último momento. Los funcionarios subalternos de la "única Corte" no son más fáciles de apresurar en sus gestiones que los de nuestros tribunales, y enseguida se pierde un día en hacer antesalas, que es donde realmente el asunto festinat lente avanza con pies de plomo.

Madrid, que es un lugar situado como una araña, en el centro de la tela de araña peninsular, podría ser calificado también como el corazón en que se centran las principales arterias circulatorias. En este preciso momento se habla mucho de ferrocarriles y se publican magníficos documentos oficiales y de otros tipos, por medio de los cuales "el país entero quedará surcado (en el papel) por una red de comunicaciones rápidas", las cuales crearán una "perfecta homogeneidad entre los españoles" y es que, por grandes que hayan sido los trabajos del Hércules llamado vapor, esta amalgama que es la Península Ibérica ha sido reservada con razón como número fuerte.

Las siguientes son las principales líneas ferroviarias que se piensan trazar: de Madrid a Bilbao, de Madrid a Avilés por Valladolid y León, que construirá una empresa inglesa; de Madrid a Barcelona por Zaragoza y Lérida, también obra de una empresa inglesa; de Madrid a Alicante, por una empresa española; de Madrid a Badajoz, por una empresa inglesa. Se plantean, también, líneas menores y secundarias, que irán de Mérida a Lisboa y Sevilla, de Barcelona a Tortosa y Mataró, de Reinosa a Santander y de Madrid a Aranjuez; la mayor parte de estas obras serán efectuadas gracias al hierro y al oro de Inglaterra, ese aliado entrañable y tonto que lucha por todos y lo paga todo. Como esta Guía tiene únicamente por objeto ser usada por ingleses, nuestros especuladores harían bien en meditar que España es un país que nunca ha sido capaz de construir o mantener siquiera un número suficiente de carreteras o canales

comunes para sus pobres y pasivos comercio y circulación. Las distancias son, con mucho, demasiado grandes y el tráfico demasiado débil todavía para justificar el ferrocarril, mientras que la formación geológica del país presenta dificultades que, incluso en Inglaterra, plantearían problemas hasta a la colosal ciencia y los grandes recursos de nuestros principales ingenieros. España es una tierra de montañas, que se levantan por todas partes a manera de barreras alpinas, separando a unas provincias de otras y a unos distritos de otros. Estas grandes sierras coronadas de nieve son masas de pura piedra dura, y cualesquiera túneles que jamás lleguen a perforar sus entrañas dejarían reducido, por comparación, al de Box, a la pequeña madriguera de un pobre topo. Sería igual que cubrir Suiza y el Tirol con una red de líneas de superficie, y todos los tontos cogidos en la red ferroviaria arriba mencionada no tardarán en descubrir esto a sus expensas. La inversión irá en proporción inversa a la remuneración, porque la primera será enorme y la segunda exigua. Las montañas parturientas parirán sin duda poco más que un interés ratonil.

España, como dijimos, es tierra de dehesas y despoblados y en estas extensiones silvestres y desiertas, lo más escaso, después de los viajeros, es sin duda el dinero, mientras que incluso Madrid, la capital, es ciudad sin industria ni recursos propios y más pobre que muchas de nuestras ciudades industriales. El español, que es persona de rutinas y enemigo de las innovaciones, no es animal locomotor; por ser local y sedentario por naturaleza, odia los viajes como un turco y tiene un horror particular a que le metan prisa; durante largo tiempo, por lo tanto, la mula pachorrenta ha bastado para sus necesidades de transporte al hombre y a sus mercancías. Y, repetimos, ¿quién hará el trabajo, aunque Inglaterra pague los jornales? Lo que más odia el nativo, después de su propio trabajo, es ver trabajar al extranjero, aunque sea a su servicio, y desperdiciar su oro y su músculo en la ingrata tarea. Los campesinos, como han hecho siempre, se levantarán contra el extranjero y el hereje que venga a “chupar la riqueza de España”; supongamos, a pesar de todo que, con ayuda de Santiago y de Brunei, acabase esa obra, llegando a ser posible terminarse: el problema entonces sería cómo protegerla de la fiera batida al sol y de la más fiera violencia de la ignorancia popular. La primera epidemia de cólera que caiga sobre España pasará por ser un

pasajero llegado por ferrocarril a ojos del desposeído mulero, que ahora hace el papel de vagón y locomotora. Él, el arriero, constituye una de las clases más numerosas y selectas de España. Es el instrumento legítimo del semi-oriental sistema de caravanas y nunca permitirá que su pan le sea quitado de la boca por esta locomotora luterana; privado de su medio de vida, el arriero, como un contrabandista, se lanzará a la carretera en otra dirección, y ambos se convertirán en ladrones o patriotas. Muchas, largas y solitarias son las leguas que separan a una ciudad de otra en los vastos desiertos de la poco poblada España, y ningún servicio preventivo bastará para guardar el raíl contra la guerrilla que se organizará sin duda. Un puñado de enemigos en cualquier páramo crecido de ciscos bastará, en todo momento, para cortar en cinco minutos la carretera, parar el tren, secuestrar al fogonero, quemar las máquinas en su propio fuego y sobre todo, hacer pedazos el tren de mercancías. Y, repetimos, ¿cuál ha sido la recompensa que ha recibido siempre el extranjero en España, aparte de promesas incumplidas e ingratitud? Será utilizado, como en Oriente, hasta que el indígena piense que ha aprendido sus artes, y entonces será arrojado del país y pisoteado, y ¿quién mantendrá y reparará entonces la costosa obra?; ciertamente, no el español, en cuyo pericráneo no se han desarrollado todavía las protuberancias de la eficacia y la construcción mecánica.

Las líneas que menos seguras estarán de fracasar serán las más cortas y que pasen por una comarca llana y con productos naturales, tales como la de Cádiz a Sevilla, o las zonas de vino y aceite, o bien de Barcelona a Mataró, de Reinosa a Santander y de Oviedo a Avilés, cruzando la comarca carbonífera; ciertamente, si el ferrocarril puede acabar siendo instalado en España gracias al oro y la ciencia de Inglaterra, este don, como el del vapor, será digno de la reina del océano y del verdadero campeón mundial de la paz, el orden, la libertad, la buena fe, el comercio y la civilización, y ¡qué cambio se efectuará entonces en el espíritu de la Península!, ¡cómo se verá turbada la siesta de esa entorpecida vegetación humana por el agudo silbido y el jadeante resoplido de la monstruosa máquina!, ¡cómo se romperán los sellos de esta tierra, durante tan largo tiempo herméticamente cerradas!, ¡cómo se iluminarán las oscuridades claustrales y los sueños de tesoros celestiales gracias a este relampagueante demonio del fuego del despierto adorador del

dinero!, ¡y qué lechuzas se sentirán irritadas, qué murciélagos desposeídos, qué moscones, maragatos, mulas, hojalateros y asnos se sentirán asustados, atropellados y aniquilados! Los que amen a España y recen, como el autor, todos los días por su prosperidad tienen, ciertamente, que abrigar la esperanza de ver esta "red de raíles" terminada, pero deberán también tener un cuidado especial al mismo tiempo en no invertir un cuarto en la impresionante especulación.

Entretanto, como hasta que se instalen esos maravillosos raíles, los que hacen por ahora el trabajo por las carreteras son las diligencias, los coches de colleras y los cuadrúpedos y como a veces las realizaciones españolas no están a la altura de las promesas, ofreceremos aquí, como hasta ahora hemos hecho, las siguientes comunicaciones desde Madrid para información del viajero:

De Madrid a Andalucía, por Bailén, ruta VIII.

De Madrid a Murcia, por Albacete, ruta XXX.

De Madrid a Valencia, por Almansa, ruta CIII.

De Madrid a Valencia, por Cuenca, ruta CIV.

De Madrid a Teruel, por Calatayud, ruta CX.

De Madrid a Burgos, por Lerma, ruta CXIII.

De Madrid a Valladolid, por Segovia, ruta XCIX.

De Madrid a Salamanca, por Ávila, rutas XCVII y LXVI.

De Madrid a Lisboa, por Badajoz, rutas LV y LIV.

De Madrid a Toledo, ruta CI.

Una palabra más antes de seguir adelante. Váyase a toda prisa por las Castillas y las provincias centrales, tanto de día como de noche, en coches rápidos, sirviéndose de la posta y de los correos hasta que los raíles le transporten a uno más rápidamente, pero, sobre todo, cuidado con ir a pie o a caballo, especialmente en invierno y verano, aunque son con mucho preferibles el barro, la humedad y el

frío del invierno a los calores calcinantes del verano, que cuecen la arcilla mortal hasta dejarla más frágil que una olla y más combustible que un cigarro puro. “Esos rayos –como dice Howell– que en Inglaterra apenas hacen otra cosa que calentarle a uno, aquí le dejan a uno medio asado; esos dardos que no hacen sino iluminar y dorar los campos de madreselvas de nuestra tierra, aquí despellejan y resecan el suelo agrietado y dejan demasiadas arrugas en la faz de nuestra madre común.” Y luego, una vez que los cielos y la tierra están encendidos y que el sol se bebe los ríos de un solo trago, cuando todo el terreno está teñido de un uniforme de color siena y parduzco y la hierba verde queda reducida a briznas negras como de té oscuro, y los raros olivos cenicientos y pálidos se ven blanqueados a modo de librea del desierto, cuando el calor y la aspereza del ambiente inducen incluso a los muleros, duros como salamandras, a jurar el doble que de costumbre, yendo por la ruta a duras penas, como demonios en medio de un polvo incandescente y salitroso, entonces, ciertamente, descubrirá el viajero inglés que está hecho de la misma materia, solo que más seca, y aprenderá de paso a apreciar el agua en su verdadero valor, pero una buena sed es un mal demasiado serio en España para que hagamos de ella, como si fuera simplemente un buen apetito, asunto de bromas, porque cuando todos los líquidos se evaporan y la sangre se condensa hasta convertirse en mermelada y los nervios se tensan hasta estar como las cuerdas de un violín demasiado tenso, adaptándose a la irritabilidad de puerco espín de la tensión mental, ¡cómo añora el alma calcinada la agradable frescura de una niebla escocesa, qué gratamente vuelve el recuerdo a la humedad relajante del condado de Devon!, es entonces, en medio de la sed, como la de Hagar, de esos páramos, cuando cualquier vieja momificada que salga corriendo de una choza de cañas con una taza porosa de agua salada, se convierte a nuestros ojos en una Hebe portadora del néctar de los inmortales; y entonces, ¡cómo suspira uno por la más miserable venta, que el calor y la sed convertirán en el Hotel Clarendon, ya que allí, por lo menos, se encontrarán agua y sombra y se hallará un refugio contra el dios del fuego. Bien pueden jactarse los historiadores españoles de que el sol, en el día de la creación, lució primero sobre Toledo y nunca desde entonces se ha puesto en los dominios del gran rey que, como nos asegura Berni, “tiene el sol por su sombrero”, pero los mortales de laña más humilde, que no somos los grandes de este sistema solar y para

quienes un coup de soleil no es ni una broma ni una metáfora, debieran plegar hojas de papel de estraza en forma de corona sobre sus sombreros. Sic nos servait Apollo. ¡Ah! y vosotras, mis bellas lectoras, que apreciais vuestro cutis en lo que vale, acordaos, por Dios bendito, de llevar sombrilla.

EXCURSIONES POR LOS ALREDEDORES DE MADRID

Todo el mundo, naturalmente, querrá visitar los Sitios Reales de El Escorial, San Ildefonso y Aranjuez: con el fin de ahorrar tiempo pueden incluirse en otras rutas, y de esta manera, los que estén a punto de salir de Madrid con rumbo al sur o al este podrán visitar de paso Toledo y Aranjuez y luego seguir, si es a Valencia a donde van, por Cuenca, y si a Andalucía, por Sierra Morena. Los que vayan de Madrid a Francia pueden pasar por Ávila, El Escorial y San Ildefonso, a Segovia y de allí a Valladolid y Burgos. Los que vayan de Madrid a Vigo pueden seguir por Segovia y San Ildefonso, El Escorial, Ávila y Salamanca.

RUTA XCVII

DE MADRID A ÁVILA

	Leguas	
Boadilla	2 3/4	
Brunete	2 1/4	5
Chapinería	3	8
Val de Iglesias	2	10
Guisando	1	11
Tiemblo	1	12
Berraco	2	14
Ávila	2	16

Hay algo parecido a un coche que va a Ávila y sale del Mesón de los Huevos, calle de la Concepción Jerónima. Ávila, por la carretera directa de Villacastín, está a cosa de veinte leguas de Madrid: el

camino más corto es por El Escorial, a dieciséis leguas (véanse rutas XCVIII y XCIX), pero el amante de las antigüedades, dispuesto a todo, puede alquilar caballos y un guía que le lleve a Guisando.

Saliendo de la capital, después de cruzar el Manzanares, el camino pasa por una comarca semejante a un desierto. Atravesando los ríos Guadarrama y Alberche, entramos en Castilla la Vieja y no tardamos en vernos en Val de Iglesias, famoso en otros tiempos por sus tallas. El Escorial se encuentra a la derecha, a cosa de unas dos leguas de distancia; por el camino está la granja del Quexijar, que produce un vino muy espeso llamado el vino santo, muy del agrado de los santos monjes de El Escorial, que eran oinobioi, más bien que koinobioi. Antiguamente, todas las ventanas de ese convento que daban al sol estaban cubiertas de gruesas botellas, expuestas a los rayos maduradores del astro, siguiendo la máxima horaciana: Massica si coelo, etcétera. Tal era el vino de los sacerdotes griegos, el Vinum Dominicum de los romanos.

En la parroquia de Robledo de Chavela hay, o quizá fuera mejor decir ahora que hubo, un retablo con diecisiete cuadros de la vida de la Virgen, obra de Rincón, pintor de Corte de Fernando e Isabel; aunque, pensándolo mejor, por estar tan arrinconados, o sea, relegados a un rincón tan lejano, quizá existan todavía. Al llegar al convento Jerónimo de Guisando, obsérvense en la viña algunos de los extraños animales de granito llamados toros por los españoles taurómacos, que debieran darse cuenta de cómo son los toros y de que estos animales no lo son; a nosotros nos parecieron más bien de la familia del hipopótamo o del rinoceronte. Estas esculturas han sido dañadas, tanto por el hombre como por el tiempo y las inscripciones que se ven en uno de los plintos no son de la misma época que el animal. Algunos piensan que se refieren a victorias de César contra los hijos de Pompeyo. Estos toros fueron en otros tiempos muy numerosos en las regiones centrales de España, y así vemos que Gil de Ávila, escribiendo en 1598, menciona sesenta y tres de ellos, mientras que Somorrostro, en 1820, ya no conoce más que treinta y siete, tan rápidamente fueron desapareciendo estos inexplicados restos de la antigüedad. Tan interesantes como nuestros druídicos cromlechs, son utilizados por los bárbaros para remendar carreteras y reparar pocilgas. Mucha tinta ha corrido en indagar su origen y su objeto, y algunos dicen que fueron puestos

por Hércules, lo que es lo mismo que decir los fenicios, en conmemoración del buey Apis; pero Tiro nunca habría elegido a un símbolo egipcio, aun suponiendo que sus mercaderes llegaran a penetrar en el interior de España, cosa que no hicieron. Otros mantienen que fue Aníbal quien puso estos mojones en forma de elefantes, y aun otros, y quizá acertadamente, sostienen que son los toscos ídolos de los aborígenes, cuyo dios, Neton, o sea, Marte, era el sol adorado en Heliópolis bajo la forma de un toro, el "becerro dorado" de los israelitas. Todo esto, sin embargo, es mera conjetura, ante lo cual Cervantes, en broma, hace a su caballero del bosque pesar uno de estos toros. Ahora, la joven España se cuida muy poco de cualquier cosa que no sea el presente, y un toro vivo en la plaza vale a sus ojos por una hecatombe de estos brutos de granito. Consúltense Declaraciones del toro, Gil de Ávila, cuarto, Salamanca, 1597; Viaje artístico, Bosarte, 32; Noticias, de Flórez, 133.

Fue en Guisando donde, el 9 de septiembre de 1468, tuvo lugar el memorable encuentro entre Enrique IV e Isabel: el impotente rey declaró a su hermana heredera suya, pero mientras firmaba este documento con una mano, conspiraba con la otra para que no se cumpliese. Cosas de España, véase Prescott, Ferdinand and Isabella, capítulo III.

Siguiendo el Alberche, un excelete arroyo truchero, lo cruzamos para llegar a Berraco, entre colinas cubiertas de pinos. Obsérvese el vestido de las mujeres. No tarda el camino en llegar a la áspera comarca de Ávila, y pasando el puerto, vemos abrirse la agradable vega, regada por el Adaja, con una línea de las murallas y las torres de la ciudad montañera. Su aspecto desde lejos es imponente, la ciudad tiene un aire fortificado y feudal al que coopera el color del granito con que está edificada; dentro, las calles son estrechas y sombrías; sin embargo, hay en los suburbios algunas gratas alamedas. Las murallas tienen casi dos millas de circunferencia y en otros tiempos tuvieron ochenta y ocho torres. Fueron construidas entre los años 1090 y 1098 por los arquitectos Casandro y Florín de Pituenga para don Ramón, yerno de Alonso VI, que fue el repoblador de Ávila.

Ávila es la capital de su fría y montañosa provincia, pero las parameras o llanuras son fértiles y las laderas de sus colinas

bordean muchos gratos valles regados por arroyos trucheros. Hay también buena caza en los montes y dehesas. Los campesinos son muy pobres y hay todavía mucha tierra sin cultivar. Las leyes de la amortización y los derechos feudales y solariegos han sido aquí particularmente opresivos (consúltese Miñano, I, 328, y también Estadística... de Ávila, Bernardo de Borjas y Tarrius, Madrid, 1804, y finalmente, por lo que se refiere a la ciudad misma, Grandezas de Ávila, Luis Ariz, folio, Alcalá de Henares, 1607). Este libro contiene numerosos árboles genealógicos; ciertamente, debido al número de familias nobles que contenía, la ciudad se llamó Ávila de los Caballeros. Ávila, según dicen los españoles, tuvo en un principio el nombre de Abula, en honor de la madre de Hércules, que fue fundador de la plaza, pero la palabra significa en hebreo, fructífero.

Las posadas son muy malas: las menos malas son la Mingoriana, en la plaza y la del Empecinado, Puerta del Rastro. Las galeras de Madrid paran en el Mesón del Huevo. Ávila es sede de un obispo, sufragáneo de la de Santiago y tiene una universidad. Su población es de menos de cinco mil almas. Es un lugar aburrido y decaído y nunca se repuso de la hostil ocupación del general Hugo.

La catedral gótica fue construida en el año 1107 por Alvar García de Estrella: la entrada principal está enriquecida con obras de un periodo anterior. Examínese primero el interior, con sus matacanes encastillados, mitad iglesia y mitad fortaleza; una cruz indica el lugar donde los leales ciudadanos hicieron rey a Alonso VIII cuando solo tenía cuatro años, por lo cual recibió el apodo de Rey Niño. Le defendieron contra su tío usurpador, Fernando II de León, que quería aprovechar las rencillas civiles entre los Laras y los Castros, ya que estos últimos se sentían ofendidos porque el padre del niño, muerto en 1158, había nombrado tutores a sus rivales. Ávila defendió a Alonso hasta que cumplió los once años, y por ello recibió el título de Ávila del Rey y por las armas una torre con la figura real en la ventana. Pero también es cierto que si los ciudadanos leales sabían sostener reyes, sabían igualmente degradarlos: fue aquí donde, el 5 de junio de 1465, la efigie del débil Enrique IV fue puesta en un trono, envuelta en ropas reales; el cetro, la corona y los demás atributos le fueron quitados uno por uno por los grandes, con Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, a su cabeza, y la estatua, una vez desnuda, echada a patadas del trono,

siendo proclamado en su lugar su hermano Alonso (véase Prescott, Ferdinand and Isabella, capítulo III).

El interior de la catedral es sencillo. Obsérvese el ábside circular, detrás del altar mayor. El retablo es del tiempo de Fernando e Isabel y los cuadros son de Santos Cruz, Pedro Berruguete y Juan de Borgoña; pintados en 1508, cuentan entre los ejemplares más antiguos de España. El crucero fue terminado en 1350 por el obispo Sancho de Ávila; las vidrieras son muy bellas, y buena parte de ellas fueron realizadas en 1498 por Juan de Santillana. Obsérvense el San Juan Bautista, las santas Inés, Cristina y Cecilia y también las de la capilla del Cardenal, cuyas ventanas fueron pintadas en 1520 por Alberto de Holanda. La sillería del coro fue tallada entre 1536 y 1547 por Cornelis, con una infinidad de santos y figuritas. Los respaldos están taraceados con una madera oscura llamada tejo, que crece en las colinas vecinas de Las Navas. En el trascoro obsérvense, entre algunas buenas tallas, una Adoración de los Reyes, una Huida a Egipto, un San Joaquín y una Santa Ana.

Obsérvese sobre todo la tumba del erudito Alfonso Tostado de Madrigal, obispo de Ávila en 1449, y por ello mismo llamado el Abulense. Envuelto en sus pontificalibus, le vemos en el acto de escribir, que fue la alegría y la ocupación de su vida: murió en 1455, a la edad de cincuenta y cinco años. Fue el Salomón de su época y escribió de rebus cunctis et quisbusdum aliis, o, como dice su epitafio, “Hic stupor est mundi, que scibile discutit omne”. La inscripción, además de proporcionarnos otros datos necrológicos, afirma que vivió y murió virgen y que “escribió de seguro tres hojas al día todos los días de su vida, y que sus luminosas doctrinas hacían ver a los ciegos”. Ponz (Viaje, XII, 306) calcula que su pluma cubrió sesenta mil doscientas veinticinco páginas de “sana, católica y verdadera doctrina”. Tostado, este burro cargado de letras, fue, en realidad, un comentarista pesadote, pedante y polemista que “nunca supo combinar la teología con el ingenio”. Sus libros, si consideramos la cantidad en relación con la calidad, prosa amazacotada y disertaciones sobre las cosas más abstrusas, son ahora, afortunadamente, alimento o, más bien, veneno de gusanos. Por lo que se refiere a su vida, puede consultarse su biografía escrita por Gil de Ávila, cuarto, Salamanca, 1611. Véanse también los antiguos retablos que hay en la capilla de San Antolín: el de San

Segundo, uno de los patronos de Ávila y agregado a la catedral, fue construido en 1595 por Francisco de Mora, uno de los mejores discípulos de Herrera; la piedra, que es buena, procede de las canteras de Cardenosa. Los claustros son sencillos pero merecen ser examinados. En la ciudad está la iglesia de San Salvador, que es de la misma época que la catedral.

La gran gloria de Ávila es, sin embargo, una mujer, superior en erudición y santidad al mismo Tostado y como él virgen, cuyo nombre exacto es Nuestra Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús; nacida aquí, el 28 de marzo de 1515, de nobles padres, Alonso de Cepeda y Beatriz de Ahumada; cuando solo contaba siete años ansiaba ya ir a África a sufrir martirio a manos de los moros. A los veinte años tomó el velo y poco después fue llevada al cielo, y allí le mostraron un proyecto de conventos reformados, que realizó una vez vuelta a la tierra, fundando diecisiete conventos de Carmelitas Descalzas. No tardó en serle revelado que la conversación con seres humanos corrientes era pecado, en vista de lo cual pasó veinte años de conversación íntima con ángeles, que la visitaban probablemente asumiendo la forma de monjes. Finalmente, se convirtió en la "esposa del Salvador" y adoptó su nombre; como su temperamento entero tendía al amor, su desarrollo religioso, naturalmente, se vio modificado por esta dulce tendencia. Según ella misma, los dolores de los condenados en el infierno consistían en su incapacidad de amar y ser amados. Teresa es una gran favorita de los pintores españoles, que suelen representarla echada, muriéndose, mientras un ángel le toca el corazón con una flecha con punta de fuego. El día 27 de agosto es fiesta en la Península entera por ser el día de La transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús; esta palabra es más larga incluso que transustanciación. Los monjes españoles, sin embargo, eran así de combustibles; de esta manera, vemos que a San Luis de Gonzaga se le pinta siempre tan inflamado de amor que el fuego le sale del pecho. Otras veces se representa a Teresa escribiendo en su mesa, mientras una paloma le susurra al oído "noticias de su esposo".

Fue prolífica escritora: la mejor edición de sus revelaciones es la de Madrid, de 1793, Obras y Cartas, en seis volúmenes. Felipe II coleccionó sus manuscritos como libros sibilinos, que se conservan en El Escorial y eran mostrados como joyas por los mismos monjes

que consideraban basura los manuscritos árabes: su escritura era tan difícil y dispersa como la del mismo Felipe. Para detalles de sus composiciones, véase Antonio (Bib. Nov., II, 295), en cuya obra, publicada en Madrid en 1783, son examinados como “escritos inspirados”; pero Teresa, en realidad, fue un mero instrumento de los jesuitas, y especialmente de Francisco de Borja, mientras que sus escritos fueron preparados para la imprenta por dos astutos dominicos, llamados Ibáñez y García, quienes, sabedores de lo fuerte que es la tendencia humana a creer en alguna revelación, pergeñaron estos fraudes, que sus víctimas se tragaron sin la menor dificultad. “Cosa maravillosa y terrible está ocurriendo en el país: los profetas profetizan falsamente y los sacerdotes gobiernan gracias a sus medios, y al pueblo le gusta que sea así”. (Jeremías, V, 31); compárese también con Isaías, VIII, 19, con Hechos de los Apóstoles, XVI, 16, y la damisela, que estaba también dotada de espíritu profético, consiguió para sus jefes muchos beneficios vaticinando. Felipe II apoyó a Teresa, y esta, a su vez, estaba siempre lista a ej to Filippijein, y a defender su fanatismo, de la misma manera que la pitonisa antigua actuaba de acuerdo con su tocayo de Macedonia.

Santa Teresa murió en Ávila el 4 de octubre de 1582, y diez mil mártires estuvieron junto a su cama, bajando el Salvador mismo a llevarse a su desposada a los cielos. Esta especie de “sana y verdadera doctrina católica” llena dieciocho páginas de Ribadeneyra (III, 252). Consúltese también la obra de Diego de Yepes, Madrid, 1599, y la obra en cuarto de Francisco de Ribera (su confesor y adiestrador), Madrid, 1602. Este volumen, a causa de su autenticidad, ha sido traducido. Léase también el poema, en octavo, de Pablo Verdugo, Madrid, 1615, y La amazona cristiana, Bartolomé de Segovia, octavo, Madrid, 1619, y también su vida, por Miguel Bautista de Lanuza (gran biógrafo de santos españoles), folio, Zaragoza, 1657.

Santa Teresa ha reemplazado ya a las diosas medievales, las eulalias, leocadias, etcétera, porque fue proclamada por el bobo de Felipe III patrona de España, de la misma manera que Juno lo era de Cartago, y Minerva, de Atenas; Santiago, sin embargo, siguió siendo el Hércules masculino. El 12 de marzo de 1622, Gregorio XV, sobornado por el oro de Felipe IV, puso a esta monja enferma

de amor en el calendario de las santas romanas en lugar de en el manicomio, y ahora Ávila es llamada “preciosa concha, que contiene una perla de gran precio”, a saber: su cuerpo fragante, incorrupto y milagroso, e incluso en nuestros días, las Cortes de Cádiz, o sea, la prudencia colectiva de España, se volvieron en la hora de la verdad a ella, y, habiendo negado el mando al Duque, la nombraron a ella Generalísima de los ejércitos españoles, Dux Foemina facti, y el primer acto del ministro de la Guerra, en 1844, fue ascender a la reina Cristina a coronel de Cazadores, cuyo uniforme, como delicado cumplido a su virtud, era blanco y azul, los colores mismos de la Inmaculada Concepción.

Santa Teresa está enterrada en San José, ella misma lo fundó. Visítese el convento: su estatua santifica el portal. La capilla es lugar muy santo y frecuentado por peregrinos en pequeño número, sin embargo, en comparación con otros tiempos. Las monjas nunca se atreven a sentarse en las sillas del coro, sino solamente en los escalones, porque las sillas eran ocupadas por ángeles siempre que Santa Teresa asistía a la misa, y las tallas, en cualquier caso, son verdaderamente dignas de tales ocupantes. Las monjas muestran, además de la tumba, muchas e inestimables reliquias de su fundadora que realmente no merecen la pena ver. Entre otras tumbas, obsérvese la de su hermano, Lorenzo de Cepeda, muerto en 1580, y la de un prelado arrodillado, Álvaro de Mendoza, muerto en 1586. Igualmente dos soberbios sepulcros en nichos, con columnas corintias y estatuas arrodilladas, obra de Francisco Velázquez, 1630. De los árboles de La Encarnación se dice que fueron plantados por Santa Teresa misma.

Los sacerdotes y los monjes españoles nunca dieron prueba de gran inventiva en sus leyendas y milagros, que siempre importaron ya hechos de otros países o bien recurrieron al paganismo para materia prima. Santa Teresa es una imitación de Santa Brígida de Suecia, que también fue “esposa de Cristo” y reveladora de sus deseos y embajadrix del Cielo, fundadora también de conventos, instrumento de sus astutos confesores, Peter y Mattias, y canonizada.

Como ya hemos dicho, estas santas Teresa y Catalina de Siena, etcétera, no fueron más que las pitonisas y sibilas de los tiempos antiguos, solo que presentadas con nombres nuevos. Las circes y las

sirenas transformaban a los hombres en bestias, de la misma manera que estas santas hicieron tontos de ellos, pero así ha ocurrido siempre, desde que el padre de toda mentira eligió a la mujer como engañadora del primer hombre, padre de todos los hombres, porque cuando interviene una dama en el asunto, nunca falta liga con que atrapar almas masculinas. Su persuasiva elocuencia, que apenas necesita el combustible de los hechos, añadida a la influencia sexual, es irresistible, y no se me diga que la falta de sentido común pueda ser obstáculo. Los dichos de Santa Teresa, como los del San Tiresias antiguo, pudieron resultar verdad o no, pero las solemnes tonterías siempre cautivan a la gente, que considera magnífico todo lo que no comprende, y de esta manera, la Teresa de la Eneida, movida por el espíritu, habló en un idioma desconocido, “nec mortale sonans”, y su influencia, naturalmente, fue ilimitada; ciertamente, los cuerdos paganos hicieron derivar, razonablemente, la palabra manteij apo ton de los evidentes síntomas de pérdida de inteligencia. La falta de sentido común nunca ha sido en España obstáculo cuando el que la sufría era un gobernante o un santo, ya fuera hembra o varón; más aún, algunos de los más venerables santos españoles fueron elegidos entre los más ignorantes monjes y monjas. De esta manera, Ribadeneyra, la gran autoridad hagiográfica, cita copiosamente de los escritos de El sapientísimo idiota, que escribió cosas dignas de este apelativo. Así respetan también los moros a sus idiotas, llamándolos santons y pensando que, porque son tontos en la tierra, sus santificadas mentes deambulan por el cielo: “Haec et alia generis ejusdem, ita defenditis, ut ii qui ista finxerunt, non modo non insani, sed etiam fuisse sapientes videantur”. Los filósofos paganos atribuyeron mucho de todo esto a ventosidad y flatulencia, y cuando se eructaban estos desvaríos, afflata est numine quando, sus autores eran calificados de eggastrimuqai o ventrílocuos. A estos los sacerdotes de Delfos los ponían en un trípode, y los españoles los coronaban con un halo, cuando en Inglaterra lo único que habrían conseguido es que les pusieran una camisa de fuerza, excepto en casos de verdadera inspiración, como el de Johanna Southcot. Y como siempre, es notable lo orientales que son todos estos detalles menores de Santa Teresa. Mahoma alimentaba a una paloma mansa en su oreja, donde le ponía la comida, persuadiendo a los fieles creyentes de que le estaba comunicando el Corán; mucho antes, sin embargo, Herodoto se había dado cuenta de que las palomas de

Dodona y la palabra peleia, en lengua tesaliana, significaban vieja y también paloma. Por lo que se refiere a desposorios con la deidad, a la pitonisa Dione le estaba permitido cohabitar con Júpiter, el cual, según una beata romana, estaba también enamorado de ella; y San Agustín, justamente indignado de estas blasfemias, observa: "Si verum attendamus, deteriora sunt templa ubi haec aguntur, quam theatra ubi finguntur". En España, donde las pasiones son violentas, los monjes, víctimas de un celibato antinatural, se enamoraban de las pinturas y las imágenes de la Virgen, de la misma manera que los paganos de las de Venus (comparese con Plinio, "N. H.", XXXVI, 5, o con Palomino, Museo pictórico, II, 139, y con Carduncho, Diálogos, 121). Las monjas novias, reacias del cielo, adoraban abundantemente a los bellos santos machos, y especialmente a San Sebastián, el Apolo románico; pero, como observa Plinio, "las alianzas con el panteón nunca fueron prolíficas". Cupido y Psique, Baco y Ariadna, etcétera, son todos ellos tipos de estos desposados (véanse también el artículo de Bayle sobre Santa Catalina de Siena y el Hierozoincon, II, capítulo 49).

El más bello monumento de Ávila es el que se ve en el convento dominicano, erigido al príncipe Juan, hijo único de los Reyes Católicos, que murió en Salamanca en 1497, a la edad de solo diecinueve años, porque el joven novio, como Rafael, fue víctima de ignorantes sangrados, que interpretaron mal las causas de su agotamiento temporal. Su muerte fue causa de duelo nacional, como la de nuestra princesa Carlota. Era un príncipe del que se esperaba todo y su muerte trajo consigo la ruina de España, que sus padres habían elevado a su más alta situación. La corona pasó al extranjero, porque Carlos V era flamenco de nacimiento y austríaco de corazón y desperdició en política alemana la sangre y el oro de España. Esta bella tumba, la obra maestra de Micer Domenico, de Florencia, fue erigida por el tesorero del príncipe, Juan Velázquez, quien añadió un breve pero patético epitafio. Está situada bajo un arco elíptico y guarda parecido con los exquisitos sepulcros reales de Granada. En la capilla de San Luis Beltrán hay otro buen monumento a Juan Dávila y Juana Velázquez, servidores del príncipe. La sillería del coro es de un trabajo exquisito. Algunos han atribuido las pinturas del retablo a Fernando Gallegos.

A continuación, visítense San Vicente, que es una iglesia de

extramuros construida en 1313 y, según la inscripción, por un judío converso que está enterrado aquí. Obsérvense las entradas principales y laterales, muy decoradas. Este San Vicente, como su tocayo del Cabo, fue martirizado por Daciano; nacido en Évora o Talavera, cuando le llevaron ante una imagen de Júpiter dio una patada al altar, el cual, instantáneamente, recibió la impresión de su pie. Fue ejecutado el 27 de octubre del año 303, y su cuerpo, arrojado a los perros, pero una serpiente lo defendió; esta es una idea tomada del draco, que defendía la tumba de Escipión el Africano. El reptil se lanzó contra un judío rico que quería mofarse del cadáver y que, lleno de espanto, hizo voto, si escapaba de aquel peligro, de construir y dotar una iglesia, cosa que hizo. La posesión del cuerpo de San Vicente, según se dice, "garantiza a Ávila gracia y ventura para hacerse entre todas más dichosa", y sin embargo, y a pesar de los de Tostado y Santa Teresa, como si no bastase con uno solo, pocos lugares son tan miserables como este. El agujero de donde salió la serpiente, El Bujo (mal llamado El herrojo de San Vicente), era uno de los tres lugares de impetración (compárese con Santa Gadea de Burgos .y San Isidoro de León). El prelado que sucedió a Tostado, un cierto Martín Vilches, deseó, hacia el año 1458, averiguar si el cuerpo del santo estaba realmente debajo de la piedra. Metió la mano en el agujero y la sacó rápidamente y sangrando, mordido sin duda por la serpiente. Durante mucho tiempo, se mostró a los visitantes una tabla manchada de sangre como prueba y también a modo de reliquia para edificación de las almas piadosas. El obispo, a fin de mostrar su arrepentimiento y dar cumplida satisfacción, erigió la tumba actual, a cuyo costo contribuyeron muchos devotos, poniéndose en ella las armas de estos. Después de esto, el populacho y todos los que desearan realizar una impetración solemne metían los dedos en el agujero, de la misma manera que el populacho romano los metía en el de la Bocca de la Veritá, hasta que la ceremonia fue prohibida por Isabel. "Tango aras et numina testor". La religión primitiva estaba relacionada con la ley y el gobierno: las piedras, lugares duraderos de juicio, eran el símbolo de Bethel, Gilgal y Mispech; lo mismo puede decirse de los cromlechs druídicos, tales como la "piedra negra" de lona, ante la cual se dirimían todas las disputas, como ante la piedra negra de la Caaba, en la Meca. Las supersticiones óficas aparecen en todas las leyendas de la antigüedad. Compárese con la serpiente de Esculapio, con las serpientes vengadoras de

Laocoonte y con las del templo de Júpiter.

El artista y el arquitecto encontrarán muchas cosas que estudiar en Ávila. Entre las mansiones antiguas conviene observar la de los condes de Polentinos, cuyo portal está decorado con figuras de hombres armados y un patio elegante, pero muy deteriorado; la Casa de Colmenares y el noble patio de la casa del marqués de Velada. En Ávila se pueden ver algunos toros como los de Guisando. Por lo que se refiere a comunicaciones con Salamanca, véase la ruta LXVI.

RUTA XCVIII

DE ÁVILA A EL ESCORIAL Y SEGOVIA

	Leguas	
Urraca	2 1/2	
Las Navas del Marqués	3	5 1/2
El Escorial	3	8 1/2
Guadarrama	2	10 1/2
Venta de Cercedilla	2	12 1/2
Castrejones	2	14 1/2
San Ildefonso	2	16 1/2
Segovia	2	18 1/2

Este áspero trayecto de montaña está con frecuencia cubierto de nieve desde noviembre hasta abril. Desde la cima se pueden ver las parameras de Ávila y el valle del Alberche, con los sombríos alrededores de Madrid, que se extienden hasta el horizonte. En las frías eminencias que hay cerca de Las Navas crece el tejo, Amantes frigora taxi, cuya madera oscura parece caoba. La crema o cuajada, la nata, es famosa en Madrid, pero no podría imponerse en el

condado de Devon. Nata, en árabe, significa “cualquier cosa que suba a la superficie”; manteca es también palabra árabe y quiere decir “la médula o el meollo”. Las Navas tiene tres mil habitantes; está situada en una hondonada húmeda rodeada de montañas. Después de cruzar un afluente del Alberche y bajando por una ladera de la sierra se levanta ante nosotros la basta mole gris de El Escorial.

RUTA XCIX

DE MADRID A EL ESCORIAL Y SEGOVIA

	Leguas	
A Las Rosas	3	
Puente del Retamar	2	5
Galapagar	1 1/2	6 1/2
A El Escorial	2	8 1/2
Segovia	8	16 1/2

Hay una diligencia, cuyas oficinas están en el número 26 de la calle de Alcalá. La carretera es innecesariamente magnífica, pero los españoles siempre que terminan algo lo rematan al estilo romano y, en consecuencia, no se escatimó gasto alguno en este Camino Real que, aunque de poca utilidad para el comercio o el público, conducía al refugio y monasterio del rey, ya fuese monje, guardabosques o ambas cosas, como eran, en general los Austrias y los Borbones. Saliendo de Madrid por las orillas plantadas del Manzanares, que son agradables cuando el río lleva algo de agua, se ve a la derecha la Moncloa. Pasada la Puerta de Hierro, la oficina de portazgos y el gran puente, no tardamos en vernos en el desierto de los alrededores de Madrid. En el verano, cuando los cielos vomitan

fuego y la tierra está parda y tostada, no falta aquí nada, excepto la plaga, para que el retrato oriental sea perfecto. El contraste de dejar una ciudad populosa aumenta la sensación de abandono, soledad y ruina que, como en Oriente, es parte del carácter de España, donde los pueblos están en decadencia, las tierras faltas de cultivo y los mortales vivos andan o velados o cubiertos por la capa. No hay nada riant o verde; pocas son las sonrisas que floreen en el rostro del hombre o la naturaleza; aquí todo es áspero, falto de ternura y agrado por muy lleno que esté de fuego y pasión; el silencio y la desnudez prevalecen y, sin embargo, carece de la grandeza melancólica de la soledad perfecta del desierto; aquí hay justo la población necesaria para hacer ver al viajero lo despoblado que está y, al tiempo, para despojar al paisaje de la poesía de la completa soledad y el abandono total. Y además, las características propias del desierto son molestas aquí por estar fuera de lugar, hallándose tan cerca de una Corte real, mientras que el cultivo parcial y chapucero que priva a esta campagna de flores silvestres sirve, ciertamente, para destruir su sentimiento, sin bastar, al mismo tiempo, para alegrar la vista con sus ricos productos y sus campos rientes de grano y vino; aquí el trigo lucha con el cardo y la mala hierba para sobrevivir.

Todo el camino que conduce a El Escorial continúa así, desnudo, desolado y sin grandeza; el terreno es pobre y el campesino que lo araña es prácticamente un salvaje y, sin embargo, este desierto que desfigura a Madrid constituye un acceso apropiado para esta mole sombría que en la quinta legua se ve bajo la sierra hosca y dentada. La fascinación de este espectáculo parece ir aumentando en tamaño e interés a medida que nos acercamos; acaba volviéndose tan grande que ni siquiera entre las montañas se pierde. El extremo oriental de la capilla y el mango de la reja, que sobresale, estropean la elevación, pero en conjunto se levanta impresionantemente entre jardines y terrazas rodeado de plantaciones que bordean el desierto; todo a su alrededor, a ambos lados, desde Las Rosas, que no tiene rosas, hasta Galapagar, todo es dehesa y despoblado. Acá y allá vemos largas líneas de paredes que cercan los refugios, ahora desiertos, de El Pardo, La Zarzuela y otros refugios propios de la realeza teriomaníaca. Al pasar junto a una enorme piedra de granito, vemos una cruz que indica antiguos dominios clericales; desde aquí, por entre álamos y olmos descopados, la carretera sube

hasta la aldehuela batida por los vientos, que parece miserable en comparación con este edificio aislado, cuyo tamaño aumenta ante la insignificancia de tantas construcciones menores.

El Escorial está, según algunos geógrafos, en Castilla la Vieja, pero la línea divisoria de las provincias está en la cima misma de la sierra que se levanta detrás de él. Las mejores posadas son La Fontana, la de los Milaneses y la del Correo. El mejor guía es Cornelio, ciego que guía a los ciegos, pero que ve claramente "con los ojos de su mente" y que conoce todos los rincones, indicando en particular las mejores vistas. Como el monasterio es de estricta clausura, solía hacer falta permiso del nuncio papal en Madrid para las mujeres que quisieran pasar el dintel de esta penetralia monastica. El Escorial es ahora mera sombra del pasado porque ha perdido a sus monjes vivos y también las rentas de que estos vivían. La enorme mole, expuesta al huracán y a las nieves de la montaña, era costosísima de mantener en buen estado de conservación. En los cinco años que siguieron a la amortización de los bienes eclesiásticos por Mendizábal, sufrió más daños que en los dos siglos anteriores. Las lluvias penetraron por el tejado estropeado y la humedad, tenaz y triste destructora, se infiltró por las habitaciones vacías de gente. La octava maravilla del mundo, que costó millones, estaba pereciendo por falta de unos pocos cientos, hasta que Argüelles, en 1842, asignó una pequeña cantidad, tomada del peculio privado de la reina, para su reparación, frenando de esta manera la ruina inmediata del edificio; estos gastos de conservación han continuado desde que la realeza ha recuperado sus derechos y no tienen por qué sorprenderse los que conozcan a España al ver reaparecer a los monjes, una vez más, reclamando sus antiguos cotos, y lo cierto es que son casi necesarios como el primer término de este cuadro, ya que esta mole fue construida para ellos y sin su vuelta, su ruina será segura tarde o temprano. Vasto e inútil como las pirámides, El Escorial sería demasiado grande para ser trasladado, incluso con ayuda de los esclavos de la lámpara, si hubiera trasgos en España. Hallándose apartado no sirve más que para monasterio, aunque podría, ciertamente, si fuera tres veces más grande, servir de asilo general para los pobres de la Península. Los invasores lo despojaron de su oro y recientemente también ha sido despojado de sus objetos artísticos, ya que más de cien de sus mejores cuadros fueron llevados a Madrid en julio de 1837, cuando

los carlistas, a las órdenes de Zariategui, avanzaban sobre Segovia.

Los que quieran saber cómo era El Escorial en otros tiempos deben consultar la excelente Historia de la Orden de San Gerónymo, de José de Sigüenza, folio, cuatro volúmenes, Madrid, 1600-1605. Este erudito, testigo presencial de su construcción, fue también su primer prior: Descripción... de El Escorial, XXX, de Francisco de los Santos, folio, Madrid, 1657; de esta obra hay una corta traducción en cuarto, Londres, 1671, hecha por un criado de Lord Sandwich, que en la primera página nos dice que "recientemete El Escorial ha sido consumido por el fuego". Le reali grandezze del Escuriale, de Hilario Mazzolari de Cremona, cuarto, Bologna, 1648. Descripción, etcétera, por Andrés Ximénez, folio, Madrid, 1764. Estas obras describen la espléndida condición del edificio antes de la invasión francesa. La mejor guía posterior a estos libros es la Descripción artística, de Damián Bermejo, duodécimo, Madrid, 1820, que se puede comprar en el pueblo. Hay un juego de vistas bien hechas por Tomás Lope Enguidanos, que se vende en Madrid, Imprenta Real. Herrera mismo publicó una lista de sus plantas y alzadas originales, Sumario de los diseños, duodécimo, Madrid, 1589.

El título exacto del edificio es El Real Sitio de San Lorenzo el Real del Escorial. Este último nombre se deriva según algunos de escoriae, o sea, lo que sobra de las minas, que aquí no existen, y que es una etimología semejante a la que hace derivar las Tuileries de tejas. Caski afirma que el nombre, en árabe, significa "lugar rocoso"; otros prefieren aesculetum, o sea, "lugar de robles enanos", Quercus quejigo, que son la mala hierba de la localidad. El edificio es una mezcla de palacio, monasterio y tumba, y estos fueron los objetos para los que lo hizo construir Felipe II, a quien los monjes llaman "el santo fundador" y otros "el escurialense". Su objetivo, ostensiblemente, fue realizar la voluntad de su padre construyendo un panteón y cumplir de paso un voto, inspirado por el pánico, hecho durante la batalla de San Quintín, cuando imploró la ayuda de San Lorenzo, en cuyo día tuvo lugar. De esta manera, en dudoso conflicto, el pagano Fulvius Flaccus sobornó a Júpiter, prometiéndole un templo, y de idéntico modo, afirma el mismo autor, se comportó Appius Claudius; César mismo, antes de la batalla de Farsalia, prometió un santuario a Venus Victrix.

San Lorenzo, el Hércules de este catolicísimo Felipe, era oriundo de Huesca y, como verdadero aragonés, resistía el fuego mejor que su santo fundador. Fue asado a la parrilla por Valentianus, el 10 de agosto del año 261, a fuego lento y no rápidamente à la bifstec. Resistió la operación con mucha sangre fría, porque Prudentius cuenta que iba aconsejando a los cocineros la mejor manera de darle la vuelta cuando el otro lado estaba ya quemado, "converte partem corporis satis crematum"; luego, Ludibundus, les invitó jocosamente a que se lo comieran y vieran cómo sabía mejor, si bien pasado o vuelta y vuelta:

Tunc ille: coctum est, devora

et experimentum cape

sit crudelum an assum suavis.

San Justino dice de un ibero, "qui inter tormenta risu exultavit, serenaque laetitia crudelitatem torquentium vicit": compárese con los asados de San Cucufat.

La batalla de San Quintín fue librada el 10 de agosto de 1557. Toda su gloria, como en el caso de Pavía, Lepanto, Bailén, la guerra de la Independencia, etcétera, se la arrogan ahora los españoles como propia, pero como en muchos otros casos, la batalla fue ganada por un jefe extranjero, Filiberto de Savoya, capazmente secundado por D'Egmont, con infantería flamenca y caballería alemana y, mejor aún, con ocho mil ingleses a las órdenes de Lord Pembroke. Los franceses fueron completamente derrotados y perdieron tres mil hombres, más cuatro mil prisioneros, banderas, bagaje y artillería. Si Felipe II hubiera decidido seguir adelante, habría podido tomar París con la misma facilidad que el Duque después de Waterloo,[*] pero le faltaban medios de transporte, como a Castaños, y, como este (véase Bailén), no estaba siquiera presente en el campo de su victoria. Pasaba el tiempo entre dos confesores, haciendo votos de construir conventos y jurando, una vez segura la victoria, no tentar la suerte por segunda vez. Y esta mole colosal está en proporción a

su piedad y sus temores, porque “celui qui faisait un si grand voeu”, como dice el duque de Braganza, “doit avoir eu grand peur”, y verdaderamente, es el único beneficio que sacó España de tan importante victoria. Felipe, cansado de la guerra y sus alarmas, reposó sobre sus laureles prestados y se dedicó a edificar, para lo que estaba verdaderamente dotado por ser hombre de gusto y verdadero protector de artistas. Como era de temperamento tímido y flemático, Felipe, al igual que Tiberio, buscó en la dedicación de este templo la excusa para huir de la publicidad de Madrid, “certus procul ab urbe degere”. La primera piedra fue puesta el 23 de abril de 1563 por Juan Bautista de Toledo, cuyo gran discípulo, Juan de Herrera, terminó la mole el 13 de septiembre de 1584, y sin embargo, ahora en la séptima edición de la Encyclopaedia Britannica, entre los crasos errores de la mayor parte de sus artículos sobre temas españoles (véase, por ejemplo, Gijón), se afirma con toda gravedad “que los españoles, menos patriotas que los franceses, han empleado para sus obras principales arquitectos de Francia e Italia, de manera que, naturalmente, el país no puede jactarse de ninguna peculiaridad de estilo que redunde en su propia honra, ya que el palacio de El Escorial fue hecho por un arquitecto francés, y abunda en deformidades propias de las escuelas francesa e italiana, por lo cual, no puede ser citado como ejemplo de arquitectura española”. Este error proviene de la audaz afirmación de un albañil francés de lo más corriente, un cierto Louis Foix que, habiendo llevado un capacho en las obras, dijo a su vuelta a Francia que él había construido El Escorial. Esto, que quizá fuera una broma, fue creído por Colmenar y Voltaire, porque no hay nada que la vanidad no se trague o la mala fe no tergiverse, y de esta manera, La Tour de Corduan, un faro con una cúpula semejante a una caja de bombones, levantada en la boca del Gironde en 1611, es achacada también a este Foix, “el arquitecto de El Escorial”. Pero el apellido Foy, a pesar de su significado aparente, no implica necesariamente la autoridad absoluta de la buena fe en las versiones francesas de los sucesos y las cosas de España, tali fronti nulla fides.

El mismo día 13 de septiembre, pero del año de 1598, murió aquí Felipe II, habiendo vivido en este vasto monasterio catorce años, medio rey, medio monje y jactándose de que desde los pies de una montaña gobernaba la mitad del mundo, tanto antiguo como nuevo, con dos pulgadas de papel. El santo fundador es comparado con

Salomón, que edificó el templo, cosa no permitida a hombres de temperamento, como David o Carlos V. Pero el yugo de los reyes constructores es penoso y, de la misma manera que Judea e Israel se dividieron bajo Jeroboam, se fue Portugal de España bajo Felipe IV. El Escorial, bien mirado, fue un error, porque la elección de un lugar desde el que llevar los asuntos del estado fue mal hecha, mientras que elevar un monasterio cuando ya los monjes habían cumplido su labor de sembradores de la civilización resultaba un anacronismo, y además el tremendo gasto se llevó sumas que habrían podido cubrir la Península con una red carreteras y canales, que realmente escaseaban tanto como sobraban los monasterios. El Escorial tendió también a fijar la residencia de la Corte en Madrid, la maldición de España. De esta manera, perjudicial desde el principio hasta el fin, esta colosal mole, al borde de su derrumbamiento, expone una moraleja y adorna una fábula: “Non in alia re damnosior quam aedificando”; tal fue la justa observación de Suetonio al reflexionar sobre tristes consecuencias del Palacio Dorado de Nerón.

El Escorial decepcionará a primera vista, porque las esperanzas del viajero habrán sido avivadas en exceso, pero este es el castigo de las crédulas esperanzas de los viajeros, que seguirán esperando demasiado, a pesar de su experiencia de que la realidad suele disipar las ilusiones. Y sin embargo, feliz aquel que siempre espera y desdichado el viajero que llega a Castilla desprovisto de poesía, de ilusiones románticas, con las que dorar la aspereza y las incomodidades que, en este país, caracterizan con excesiva frecuencia a la realidad.

El edificio no tiene nada en su forma y su color que sea real, religioso o antiguo. El granito limpio, las pizarras azules y los tejados plomizos parecen nuevos, como si hubieran sido construidos ayer. Tiene el aire de un cuartel o una fábrica que hubiesen crecido demasiado. La multitud de ventanas desnudas (se dice que tiene once mil en honor de las vírgenes de Colonia) y las contraventanas verdes son irritantes; las ventanas de los entresuelos parecen portillas y, a juzgar por el grosor de las paredes, podrían muy bien convertirse en troneras. Las ventanas son demasiado pequeñas, pero si hubiesen sido diseñadas en proporción a las fachadas las habitaciones iluminadas por ellas serían demasiado altas, de manera

que las apariencias externas fueron sacrificadas en aras de la comodidad interna: sin embargo, hay puntos del edificio que reducen la anchura y hacen perder la sensación de solidez. Fanático, ciertamente, tuvo que ser Felipe cuando sacrificó la oportunidad de construir un palacio perfecto en aras de la vana leyenda de una parrilla; y el pobre Herrera, forzado a rebajar su genio al nivel de un plano digno del Beefsteak Club, fue ciertamente un verdadero mártir. Las cualidades que redimen este edificio son el tamaño, la simplicidad y la situación. Se levanta a unos dos mil setecientos pies sobre el nivel del mar y forma parte integrante de la montaña, con cuyos materiales fue construido: es tan grande que, en lugar de parecer una verruga sobre el monte Olimpo, su grandeza destaca incluso entre los enormes contrafuertes de la naturaleza, que forma aquí un telón de fondo adecuado a tan severa mole cenicienta, elevándose como el palacio de la muerte, que desde aquí lanza sus ráfagas letales, las cuales bajan por estas calvas sierras, dispuestas a barrer la vida humana y vegetal del desierto madrileño. Frío como los ojos grises y el corazón de granito de su fundador, este monumento al miedo y a la superstición habría estado fuera de lugar entre las flores y los rayos del sol de un valle feliz.

El edificio es un paralelogramo rectangular, que mide setecientos cuarenta y cuatro pies de norte a sur y quinientos ochenta de este a oeste, pero no debemos medirlo, porque la sensación de vastedad es independiente del verdadero tamaño; está construido principalmente en el orden dórico. El interior está dividido en patios, que representan las intersecciones de las barras de una parrilla, mientras que el mango forma la residencia real; las patas son las cuatro torres que hay en las esquinas. Los lados norte y oeste, que dan al valle y a las montañas, tienen una bella lonja o plataforma, y al este y al sur las terrazas dan a pensiles bien diseñados y a estanques. Las laderas a los pies del edificio están bien plantas, sobre todo La Herrería y La Fresneda: los olmos, según Evelyn, fueron traídos por Felipe II de Inglaterra. La fachada principal, que es la occidental, da a la Sierra, y nosotros tardamos en dar con ella, porque el monasterio da las espaldas a Madrid, como para mostrar que sus habitantes debieran renunciar a las intrigas y los hechos mundanos. En la lonja del norte hay una galería subterránea de ciento ochenta pies de longitud, diez de

altura y siete de anchura, abierta en 1770 por el monje Pontones con el fin de conseguir una comunicación durante los huracanes de invierno, los cuales, según los guías, levantaron en cierta ocasión a un embajador, con carroza y todo por el aire, por no hablar de las faldas de monjes y damas, levantadas como globos, y de las docenas de caballeros levantados por el aire y dando vueltas como hojas muertas. Por este pasaje, si las malas leguas no difaman a los santos célibes, muchas bellas visitantes fueron introducidas sin pasaporte para tales circunstancias. El monasterio, a causa de los vientos, no está situado según los puntos cardinales; su violencia es desarmada por estar emplazado fuera del cuadrado convencional.

Los guías saben de memoria todas las proporciones y repiten que el cuadrado del edificio cubre tres mil dos pies, que el centro está en la capilla, rematada por una cúpula; que hay sesenta y tres fuentes, doce claustros, ochenta escaleras, diciséis patios y tres mil pies de pintura al fresco. Era, al mismo tiempo, templo, palacio, tesorería, tumba y museo, además “de extremada magnificencia, de fama y gloria en el mundo entero”. Pero en diciembre de 1808, los franceses, a las órdenes de La Houssaye, llegaron y saquearon un edificio que a ellos les recordaba su antigua derrota de San Quintín. Véanse los deplorables detalles en Miñano. El Escorial nunca se repuso de lo que él, justamente, califica de “feroz vandalismo de una guerra maldita, unida a la avaricia saqueadora”. Fernando VII, sin embargo, hizo lo que pudo por reparar el lugar de su nacimiento, razón por la cual ha sido llamado su segundo fundador.

La Portería o entrada principal está en la fachada norte, pero es poco usada, de manera que, después de buscar inútilmente la entrada, el viajero acabará descubriéndola al oeste, una ruin puerta de cocina sobre la que ha sido prudentemente puesto un San Lorenzo, de quince pies de altura, con una parrilla proporcionada a sus dimensiones, pour encourager les bifstecs. Dos quijadas de una ballena cogida en Valencia en 1574 completan este bodegón o tableau de cuisine. Este monstruo de las profundidades del océano habría podido tragarse a San Lorenzo entero, cocido o sin cocer, y estas reliquias son buenos emblemas de los estómagos y los poderes monacales de digestión. Pero ahora, ¡ay!, los monjes han desaparecido y el cuadro queda incompleto. Estos monjes jerónimos, como suele ocurrir con esta orden, eran grandes

agricultores o, mejor dicho, administradores, porque se limitaban a supervisar el trabajo de los jornaleros que, como los bueyes de Job, "araban mientras los asnos se cebaban junto a ellos". Las numerosas ventanas del monasterio estaban adornadas con gruesas botellas de vino santo, y cuando llegaban los extranjeros, los anacoretas, fumando sus cigarritos, los observaban, mirando por entre ellas al vano mundo al que habían renunciado, mientras sus negras cabezas y lanudos ropones parecían elegantes gusanos en frutas maduras, porque pocos miembros de las órdenes monásticas estaban más gordos, y un monje jerónimo escuálido era más raro de ver que un soldado español gordo, pero también es verdad que las bestias de presa nunca llegan a tener el buen aspecto de los animales farináceamente alimentados. Aquí se intentaron experimentos sobre la elasticidad de la piel humana para ver hasta qué punto puede estirarse sin llegar a reventar. Los más gordos de los monjes vivían encantados de su gordura, como los cerdos de dientes blancos de Homero, qaleqon tej aloiFh; ahora que las vacas flacas de los reformadores han acabado con ellos, ¡descansen en paz sus huesos!

El portal dórico y jónico de la entrada no se abre nunca, excepto para dejar paso a los reyes, vivos o muertos. El primer patio se llama de los Reyes, a causa de las estatuas de "los Reyes de Judea", relacionados con el templo de Jerusalén. Son de diecisiete pies de altura y fueron todas ellas talladas por Juan Bautista Monegro de un solo bloque de granito, del que aún queda suficiente materia para completar la docena. Las manos y las cabezas son de mármol y las coronas de bronce dorado, pero las figuras resultan alargadas y sin mérito, siendo la menos mala de todas ellas la de Salomón. El patio tiene trecientos veinte pies de profundidad por doscientos treinta de anchura y está demasiado congestionado, parece ser todo tejado, con no menos de doscientas setenta y cinco ventanas y, de nuevo, las figuras que hay sobre la entrada de la iglesia son demasiado altas y pesadas. Este patio fue el último terminado. En el lado sur está la biblioteca, y enfrente, el colegio de los estudiantes.

De aquí, por un pasillo oscuro, se va a la capilla principal, el templo, que fue comenzado en 1563 y terminado en 1586: obsérvese la construcción del techo plano, sobre el que está el coro alto. El interior de la capilla, visto desde abajo de este sombrío arco, semejante a una gruta, es el triunfo de la arquitectura, porque quita

el aliento del que mira por lo majestuoso de su sencillez. Todo es silencio y solemnidad, sin adornos; no hay estatuas de oropel o dorados baratos que estropeen las perfectas proporciones de este casto templo; los sentimentos religiosos llenan todo el interior de esta casa de Dios, donde se olvida todo lo ruin y trivial. Un espanto, der schauer des erhaben, se cierne sobre el mortal, que se siente dominado por el Sancta Sanctorum.

La capilla es una cruz griega, con tres naves, de trescientos veinte pies de longitud, doscientos treinta de anchura y trescientos veinte de altura hasta la cima de la cúpula, pero el secreto de su grandiosidad es el diseño y la proporción. El pavimento negro y blanco es serio y decoroso. Ocho de los compartimentos del tejado abovedado están pintados al fresco (predomina el color azul) por Luca Giordano. El retablo del altar mayor es soberbio y se sube hasta él por un tramo de escalones de mármol veteado de rojo. La pantalla, de noventa y tres pies de alto por cuarenta y tres de ancho, llevó al pintor Giacomo Trezzo, de Milán, siete años y se compone de cuatro órdenes. Las columnas que los dividen son de jaspe, con plintos y capiteles de bronce, y el techo está pintado al fresco por Luca Cangiagi. Las pinturas del retablo, de la Adoración de los Reyes y la Natividad, de Pelegrino Tibaldi, son muy frías, mientras que su San Lorenzo, non satis crematus, cohíbe al mismo fuego de la parrilla por su misma crudeza. Y el mártir, además, es tan grande que podría haberse comido vivos a los desproporcionados romanos con la misma facilidad con que el capitán Gulliver derrotó a los liliputienses. El Salvador, atado a la columna y con la cruz a cuestas, y la Asunción de la Virgen son obra de Francisco Zuccaro. Los medallones de bronce, la santa cruz y las quince estautas doradas son obra de Pompeio Leoni y su hijo. Un tabernáculo de madera reemplaza al de espléndido bronce dorado, que fue diseñado por Herrera y ejecutado por Trezzo y era una de las más bellas obras de arte de toda España y más aún, ciertamente, del mundo entero; los escritores antiguos hablan de él como de un “ejemplo de ornamentos de altar caído del cielo”. Esta espléndida obra de arte, que se tardó siete años en hacer, fue destruida en cinco minutos por los barbudos seguidores de La Houssaye, que lo rompió pensando que era plata sobredorada y, viéndose decepcionado, lo tiró como Nehustan, o sea, latón sin valor, aunque bien es verdad que él no era un Ezequías.

A cada lado del altar mayor hay cámaras bajas u oratorios para la familia real, mientras que encima, hay efigies arrodilladas de bronce sobredorado y pintado. Al lado del Evangelio están Carlos V, su esposa Isabel, su hija María y sus hermanas Eleonora y María. El epitafio reta a futuros reyes a superarla y, mientras consiguen esto, a hacerse a un lado y dejarle a él el puesto de honor. Enfrente se arrodillan Felipe, Ana, su cuarta esposa, madre de Felipe III; Isabel, su tercera esposa, y María, la primera, a cuyo lado está su hijo, don Carlos. Esas estatuas son retratos y los vestidos y decoraciones heráldicas son muy notables. Felipe II murió en una pequeña cámara situada cerca del oratorio, debajo de su figura. Los altares menores son más de cuarenta en número y algunos de ellos, así como las columnas, están adornados con magníficas pinturas, obra de Juan Fernández Navarrete, el Mudo, pero que sabía hablar con el pincel con todo el ímpetu de un Rubens, sin la dureza de este y con una riqueza de colorido que con frecuencia rivaliza con la del mismo Tiziano. La luz es mala para ver estos cuadros, pero los monjes, bajo el espléndido sol de Castilla, se sentían indiferentes al arte, no buscando en él otra cosa que un instrumento de su oscurantismo. Son figuras de tamaño natural de santos y apóstoles, y entre los mejores de ellos están San Felipe y Santiago. Obsérvese la manera en que están pintados los ropajes y las colgaduras. San Juan y San Mateo son dignos del Tintoretto; Santo Tomás, San Bernabé y San Andrés son realmente espléndidos. Otros altares son obra de los Zuccaro, Luca Cangiagi, Alonso Sánchez, Luis de Carvajal, ambos imitadores de el Mudo, y Pelegrino Tibaldi.

El relicario está a la derecha del altar mayor, en el crucero, y cuando se abren las puertas, su contenido aparece dispuesto en baldas, como un museo anatómico, aunque pocas salas quirúrgicas españolas poseen tan copioso inventario. Felipe II era un relicomaníaco y coleccionaba huesos, etcétera, con más ahínco aún que Tiziano; en consecuencia, todos los que deseaban conseguir su favor le enviaban algún diente o dedo bien documentado, que él enseguida montaba en oro y plata, cumulatque altaria donis. Había siete mil cuatrocientas veintiuna reliquias conservadas en quinientos quince relicarios de plata dignos de Cellini, pero La Houssaye se quedó con todo el metal precioso, dejando las reliquias en el santo suelo. Cuando se fue La Houssaye, los monjes las recogieron en cestos, pero en la confusión muchas de las etiquetas

se desprendieron, de manera que ahora es imposible clasificar todas las reliquias con la escrupulosa exactitud y cuidado de la verdad que, como todo el mundo sabe, se observa en todos los relicarios; y sin embargo, por lo que se refiere a la adoración y al beneficio públicos, el efecto cumulativo sigue siendo el mismo. Los franceses se llevaron también más de cien vasijas sagradas de plata y oro, además de la custodia de oro y piedras preciosas, la imagen femenina de plata llamada La Mecina y la imagen de plata de tamaño natural de San Lorenzo, que pesaba cuatro quintales y medio y tenía en la mano una de las barras verdaderas de su parrilla, montada en oro, dejando el hierro para consuelo de los monjes, de la misma manera que el aurívoro Dionisos dejó la estatua del Esculapio Epidauro, limitándose a llevarse la barba, que estaba hecha de oro. Esta barra inestimable fue hallada en la tumba de San Lorenzo, en Tívoli, por el mismo San Gregorio, y es aquí tan apreciada como en Corcira lo era la hoz con que Saturno mutiló a su padre. En este momento se aprecian más las barandillas de hierro, pero las reliquias tuvieron su momento, y los huesos secos de los santos monjes ya no satisfacen los problemas estomacales, o de cuchillo y tenedor, de hoy en día, pero, a pesar de todo, antes de que las Armadas comenzaran a hacer milagros y a mover montañas, la catedral de Exeter tenía la dicha de poseer algunos de los verdaderos carbones con que fue asado San Lorenzo y hasta un poco de su cuerpo. La Houssaye se llevó también las magníficas lámparas de plata, que Fernando VII sustituyó por otras de metal más bajo, de la misma manera que hizo Rehoboán después de haber sido saqueado el templo por Shishak; también son obra suya esos púlpitos de relumbrón que rompen la sencillez de la capilla.

A continuación bajamos al panteón, ya que este término pagano se aplica a un lugar cristiano de enterramiento. Este está situado debajo del altar mayor, con el fin de que el celebrante, al elevar la hostia, pueda hacerlo exactamente sobre los muertos. Felipe, aunque construyó El Escorial a modo de casa tumbal para su padre, no preparó otra cosa que una simple estancia abovedada, la cual, como la de Federico el Grande en Potsdam, se vuelve tanto más impresionante por su misma falta de oropel, siendo también instructiva por la moral que sugiere tal cambio en tal monarca. Felipe III, su hijo bobo, comenzó la actual y lujosa cámara, que fue terminada por Felipe IV en 1654, siendo puestos en ella los

reales cadáveres el 17 de marzo. La entrada, con sus adornos dorados y sus mármoles de varios colores, no tiene nada que ver con el sentimiento sepulcral. Al bajar debe observarse el retrato del monje Nicolás, que remedió una gotera cuya fuente se oye fluir detrás de la mampostería. Obsérvese a continuación el portal y léase la inscripción, Natural Occidit, etcétera. Se sigue bajando por una escalera cubierta de jaspe hasta el fondo, donde está el panteón, que es un octógono de trenta y seis pies de diámetro por trenta y ocho de altura. Los materiales son los mármoles más ricos y el bronce dorado; los ángeles son obra de Antonio Ceroni, de Milán; el mediocre candelabro, de Virgilio Francli, de Génova, y el crucifijo de Pedro Tacca. Hay ventiséis nichos abiertos en los ocho lados, con urnas de mármol negro; los que han sido utilizados tienen inscripciones con el nombre del ocupante. Aquí solo están enterrados los reyes y las madres de los reyes; en España, la etiqueta y las preeminencias sobreviven a la tumba y, para guardar la decencia, los varones están reunidos aparte y enfrente de las hembras. Los cadáveres reales están realmente depositados en sus urnas, ya que Felipe IV, en 1654, abrió la de Carlos V, que fue hallado en perfecto estado de conservación, y Fernando VII, al ser restaurado en el trono, hizo examinar las otras, temiendo que el republicano invasor las hubiese despojado, como ocurrió en otras partes, ya fuere para insultar a los reyes muertos o bien para sacar plomo con que matar a los vivos.

Fernando VII, igual que su digna madre, tenía una pasión morbosa por bajar a este lugar de muerte y observar las urnas idénticas, porque todas ellas son ocupadas en riguroso orden, y las entonces vacías abrían hambrientas sus fauces, pero ninguno de los dos sacó muchas consecuencias morales de este memento mori, ni lección de cómo la historia trata a la realeza difunta. La divinidad que protege a los reyes no llega hasta aquí y todos ellos reposan en sus lechos llenos de gusanos: la ambición de Carlos V, el fanatismo de Felipe II, la imbecilidad de Carlos II, los adulterios de María Luisa, la ingratitud de Fernando. Polvo entre polvo, expende Hannibalem. Bien poco queda de aquellos para quienes el mundo era demasiado pequeño. Y ahora todas las distinciones han terminado y la obra, tragedia o farsa, ha llegado al fin de la representación. Shiek mat, “el rey ha muerto”, y las piezas están todas juntas unas con otras, de cualquier manera, en una caja, y ¿quién es capaz de distinguir,

como dijo Diógenes, el cráneo de Felipe del de un campesino cualquiera?

Hablando en términos generales, cuando el grupo de visitantes es numeroso, cada uno lleva un velón, el cual, iluminando esta cámara de la muerte, reduce la impresión que esta produce. Y entonces se convierte en una simple exposición, donde el desperdicio y el relumbrón encajan mal con la lección que debiera sugerir al visitante este final de todas las pompas y todo el poder. El indígena, que tiene poco sentido de la ternura y del pasado, se embebe de esta magnificencia, que es como una burla a los muertos: el oro cautiva su mente y le hace pensar que los reyes tienen que desear la muerte a fin de poder descansar en una tumba como esta. Es mejor visitar este sepulcro solo, y cuando ruja fuera la tempestad y los pasillos se vuelvan fríos como la muerte, cuando retumben las puertas cerradas de golpe y se oigan los sonidos distantes del órgano y los cánticos y el gotear melancólico del agua entre el estampido de los truenos, cuando el silencioso monje se hunda más y más en su cogulla y la vela vacilante apenas haga visible la oscuridad, entonces, cuando la viveza del dorado se desvanece, surge el verdadero sentimiento hasta desbordar al corazón. La realeza lucha incluso con la nada, y el emperador muerto, pero aún con su cetro, domina nuestro espíritu desde su tumba; ahora conviene apagar la efímera vela e irse; la puerta de hierro chirría sobre sus goznes antes de cerrarse de nuevo y los muertos quedan de nuevo en su soledad, en fría apatía. Los que, como nosotros han bajado frecuentemente a esta morada de los muertos después de largos intervalos, tienen que sentirse impresionados por su estado, siempre incambiado e incambiable. Por mucho que hayan cambiado los que lo vuelven a visitar, ellos siguen igual, sin sentir los cambios que se producen en los vivos; duermen profundamente, terminada ya para siempre la agitada fiebre de la vida, donde los malvados han dejado de molestar y los fatigados descansan por fin.

Subiendo desde el panteón, en el primer descanso de la escalera hay una puerta que conduce a un lugar llamado El Panteón de los Infantes, una especie de catacumba donde descansan juntos “los demás de la familia real”, como en nuestras fosas comunes: suele llamarse el podridero y es exactamente lo mismo que el Puticolus de los paganos, Puteus, más o menos lo mismo que ab putescere.

Bermejo da una lista de los muertos, la cortedad de cuyas vidas es notable. Entre ellos yace el cadáver de don Carlos,[*] hijo de Felipe II, y el cuerpo existe realmente, según monsieur Bory, que examinó el ataúd inducido a ello por el espíritu de la pura investigación histórica, como él mismo dice. Pocos extranjeros han visitado jamás este podridero y tampoco puede decirse que su contenido o su nombre mismo sean muy apetecibles.

A continuación, debe visitarse la ante-sacristía, con buenos techos de arabesco, y seguir de allí a la sacristía, noble habitación de ciento ocho pies de longitud por veintitres de anchura. Los techos están pintados por Granelo y Fabricio. Sobre los arcones, donde se guardaban las vestiduras del clero, solían colgar antes La perla, de Rafael, y algunos de los mejores cuadros del mundo. En el extremo sur está el Retablo de la Sagrada Forma, llamado así porque en él se guarda la hostia milagrosa que sangró en Gorcum en 1525, cuando la pisotearon herejes seguidores de Zuinglio. Rodolfo II de Alemania se la dio a Felipe II, acontecimiento que está representado en un bajorrelieve. Carlos II, en 1684, erigió el espléndido altar en el que está inscrito: “En magni operis miraculum, intra miraculim mundi, coeli miraculum consecratum”. Cuando los soldados franceses entraron en El Escorial, los monjes escondieron la hostia en el sótano, y los invasores, ocupados en vaciar barriles, la pasaron por alto y Fernando VII la volvió a poner en su sitio con gran pompa el 28 de octubre de 1814. La Forma se exhibe para la adoración pública o, como se dice, es “manifestada” todos los días 29 de septiembre y 28 de octubre, días en los que el cuadro, que suele estar colgado delante de ella a manera de cortina, se baja de su sitio, y por esta causa está bastante estropeado. Este cuadro, que es la obra maestra de Claudio Coello, el último de los buenos pintores españoles, es la verdadera reliquia y está lleno de maravillosa realidad. La escena en él representada es la apoteosis de esta hostia en esta misma sacristía. El astuto sacerdote contempla la glorificación de la Forma y el triunfo de su treta; en pie, mira hacia abajo, con una seca expresión satírica, al imbécil de Carlos II, arrodillado, y a sus condignos camareros de honor. La pintura de los sacerdotes, los monjes y las vestiduras es admirable. Esta Forma no se manifiesta nunca a los herejes. Sobre esta cuestiones, véase Daroca.

Detrás del altar está el camarín, erigido en 1692 por José del Olmo y Francisco Rici. Es una gema de mármoles preciosos. La Houssaye se llevó las lámparas, los servicios sacramentales y el magnífico viril sobredorado, regalo de Leopoldo II y, en resumen, todo lo que contenía oro o plata.

Ahora se pasa a visitar los claustros o patios, y en primer lugar los dos grandes: el superior y el inferior. El claustro principal bajo es un cuadrado de doscientos doce pies por lado. Las paredes están pintadas al fresco, con figuras algo desgarbadas, por L. de Carvajal, Miguel Barroso, L. Cangiagi y P. Tibaldi: algunas están borrosas por llevar largo tiempo expuestas al aire húmedo y otras fueron desfiguradas por los franceses. El central Patio de los Evangelistas, un cuadrado de ciento sesenta y seis pies, con sus estanques y jardines bordeados de boj, se llama así por las estatuas de los apóstoles, hechas por Juan Bautista Monegro. De aquí pasamos a estancias que en otros tiempos estuvieron llenas de cuadros. Las Salas de los Capítulos son dos en número: una, llamada El Vicarial, situada a la derecha, y otra, El Prioral, a la izquierda. Aquí colgaban el San Jerónimo de Tiziano y el Jacobo de Velázquez; lo único que queda ahora son los bellos paisajes de la naturaleza, cuyas vistas desde las ventanas nadie puede quitar de allí. De aquí pasamos a la iglesia vieja, que se usó como capilla mientras se construía el templo. Aquí colgó el Tobías de Rafael, mientras en el refectorio contiguo se agita en su marco La Última Cena de Tiziano, abandonada para que perezca en la estancia de piedra, como los trofeos heráldicos en nuestras húmedas iglesias campesinas.

La escalera principal, ese elemento en el que la arquitectura moderna triunfa sobre los antiguos, conduce a un claustro superior que fue diseñado por Juan Bautista Castelló y está situado al oeste. Fue pintado al fresco por L. Cangiari, L. Giordano y P. Pelegrino. Aquí están la batalla de San Quintín y la captura del condestable Montmorency. En el techo está La Gloria, la apoteosis o ascensión al cielo de San Lorenzo, con los santos y los bienaventurados, y entre estos, Carlos V y Felipe II. Todo este espacio fue cubierto así en siete meses por Giordano, haciendo demasiada justicia a su apodo de Luca fa presto; su fatal facilidad y falta de reflexión asestaron el golpe de gracia al decadente arte italiano.

En el claustro superior había antes cincuenta cuadros. Al nordeste está el Aula del Moral; aquí estaba La Gloria de Tiziano. Contiguo está el camarín, lleno en otros tiempos de cuadros y de las más preciosas reliquias, como por ejemplo, el altar portátil, negro y oro, de Carlos V, un cofrecillo nupcial de Caná, el esqueleto de uno de los inocentes matados por Herodes, una barra de la parrilla de San Lorenzo, muchos manuscritos de Santa Teresa junto con sus plumas. El señor Beckford describe otra "pluma del ala de Gabriel, gloriosísimo espécimen de plumaje celestial, de tres pies de longitud, de un tono rosado, más suave y delicado que la más bella de las rosas". La verdad, a pesar de todo, que es tan esencial en estos asuntos, nos obliga a afirmar que, en nuestro tiempo, esta reliquia no se mostraba.

La celda prioral, dotada de buena marquetería, da a los estanques con peces y a los jardines. Aquí estaba en otros tiempos el buen Retrato de José de Sigüenza, el primer prior, obra de Alonso Sánchez Coello. Los ocho claustros o patios menores se parecen todos unos a otros. Ahora que están desiertos, estos largos corredores parecen no conducir a ninguna parte y echamos de menos al monje, digno inquilino de la fría mole de granito, que iba silenciosa y furtivamente, con su paso apagado y su aire de conspirador. España, sin embargo, es la tierra de lo inesperado y nada nos sorprendería menos que la vuelta de la ensotanada hermandad a El Escorial; ciertamente, el edificio sin ellos es como un cuadro sin su marco.

Pasando al coro alto, los techos de los antecoros están pintados por L. Giordano. Aquí se guardan los Libros de coro, que son magníficos volúmenes de gigantescas hojas de pergamino, iluminados por Andrés de León: había en total doscientos dieciocho. El coro domina la capilla. Al norte está el asiento real, sobre el que se deslizaba Felipe II en compañía de sus hermanos monjes, como su padre y tantos de sus antepasados; y aquí arriba estaba arrodillado[*] cuando recibió la noticia de la victoria de Lepanto, que salvó a Europa de los turcos. Su júbilo se vio aguado por la envidia de su hermano natural, don Juan de Austria, que mandaba la flota cristiana aliada. Los españoles se arrogaron toda la gloria, pero, como en el caso de los triunfos de Almería y Tortosa, el verdadero peso de esa batalla fue soportado por los genoveses, a las órdenes

de Doria, y los venecianos, a las de Barbarigo.

Los asientos oscuros y ricamentes adornados del coro están tallados en el orden corintio y son de siete clases distintas de madera; obsérvese el enorme facistol, que, a pesar de su peso, gira con solo tocarlo. Los frescos laterales, pintados por Rómulo Cincinato, representan el martirio de San Lorenzo, el santo patrono del monasterio, y la historia de San Jerónimo, el fundador de la orden; los otros son obra de L. Cangiagi y no tienen mérito alguno. Los invasores destruyeron la magnífica araña original, y la actual, con pájaros, etcétera, no merece realmente más que desprecio. El crucifijo está hecho con fragmentos de otro mejor, que los franceses también rompieron en pedazos: la madera se llama angélico, por estar marcada con las cinco heridas del Salvador, y de ella ordenó Felipe II que se hiciera su ataúd. Los espléndidos órganos están tallados en pino de Cuenca y detrás del asiento del prior está el famoso Cristo de mármol blanco que fue dado a Felipe II por el gran duque Cosme, traído de Barcelona a hombros humanos; la anatomía es buena, pero la expresión del rostro no pasa de corriente y el espacio entre la nariz y los labios es demasiado grande, destruyendo la belleza clásica: tiene la inscripción: “Benvenutus Cellini, Civis Florent: faciebat 1562”, y Cellini mismo lo describe en su autobiografía. La figura originariamente estaba completamente desnuda, pero Felipe II cubrió la cintura con su pañuelo, que durante largo tiempo conservó como reliquia.

La gran biblioteca está situada sobre la entrada del Patio de los Reyes; sobre la portada campea la excomunión papal general a todos los que roben los libros y a la que los invasores no prestaron atención alguna. La estancia, abovedada, va de norte a sur y tiene ciento noventa y cuatro pies de longitud, treinta y dos de anchura y treinta y seis de altura; el pavimento es de mármol y las librerías fueron ejecutadas por José Flecha sobre diseños dóricos de Herrera. Hay amplias mesas de mármol y pórfido para uso de los lectores, si los hubiera; los techos están pintados al fresco y predominan en ellos los azules y amarillos, y los colores son demasiado brillantes y variados para los sobrios libros, mientras que las figuras resultan demasiado colosales, por lo cual estropean las proporciones, pero estos errores llenan las ambiciosas obras de Tibaldi, que vencen en violencia a las de Miguel Ángel, sin poseer una pequeña parte

siquiera de su grandiosidad u originalidad. Otros de los frescos son obra de B. Carducho sobre temas adecuados a una biblioteca y personificaciones de las mismas ciencias liberales que Felipe II y su Inquisición extinguieron casi prácticamente; debajo está la Escuela de Atenas y a continuación siguen la confusión de las lenguas, Nabucodonosor instituyendo el primer instituto de segunda enseñanza, la retórica rodeada por Cicerón, Demóstenes y otros, y luego, más allá, vemos la dialéctica, la aritmética, la música, la astronomía, la geometría y la teología, con grupos y atributos adecuados, pero nada resulta tan pesado como la alegoría. En las paredes cuelgan Retrato de Herrera, el arquitecto de El Escorial, y de Arias Montano, su bibliotecario, y el aún más impresionante de su dueño, Felipe II, viejo: es un retrato lleno de identidad e individualidad, aquí le vemos en carne y en espíritu, con su expresión desesperanzada y triste, marcada con la huella melancólica de su abuela, y sus ojos fanáticos y grises, fríos y como gotas congeladas de rocío matinal: el fanático receloso y asustado parece salirse del marco de su retrato y bajar a su propia biblioteca. Los libros muestran sus bordes, no sus lomos, al espectador, por ser esta la manera en que fueron dispuestos originariamente por Montano, y en España las cosas cambian despacio, aunque también es verdad que los monjes no se molestaron mucho en turbar el reposo de los volúmenes. La biblioteca, en 1808, antes de la invasión, contenía treinta mil libros impresos y cuatro mil trescientos volúmenes manuscritos. José los hizo llevar todos a Madrid, pero Fernando VII los devolvió de nuevo a su lugar de origen, menos unos diez mil, y entre estos el catálogo, que fue muy juiciosamente sustraído. De esta manera, no se sabrá nunca lo que se ha perdido y, ciertamente, nadie lo echará tampoco de menos. Las rarezas que se suelen mostrar son normalmente un buen Alcorán, un Nuevo Testamento del emperador Conrado, del año 1039, etcétera; pero los libros han sido hechos para ser leídos, no mirados. La biblioteca superior, que no es pública, contiene códices, misales y manuscritos árabes, de los que publicó un catálogo Miguel Casiri, sirio, Biblioteca Arabica-Hispana Escurialensis, folio, en dos tomos, Madrid, 1760-70, obra que, sin embargo está llena de inexactitudes porque Casiri era descuidado y audaz y completamente ignorante de la edad de oro de la literatura árabe de Córdoba. Pero la literatura árabe ha sido muy abandonada en España, donde se podría pensar que precisamente debería haber

sido mejor cultivada porque los españoles no son filólogos y sigue latiendo en ellos un rescoldo de odio contra el moro, hasta el punto de que el clero mandaba quemar libros moros por sospechar que fueran todos coranes; véase el prefacio de Conde a Xerif Aledris (Madrid, 1799). De esta manera, miles de preciosos volúmenes de arte y ciencia árabe se perdieron irreparablemente, al igual que los de la antigüedad, a causa de los holocaustos de Omar y Gregorio VII. Los actuales manuscritos árabes fueron adquiridos por casualidad, ya que el principal fundador de los museos españoles, un cierto Pedro de Lara, capitán de Felipe III, capturó cerca de Sallee un barco moro que llevaba tres mil volúmenes, la biblioteca del rey Zidan, que ofreció sesenta mil ducados por su rescate; pero tuvo lugar en el intervalo una guerra civil en Marruecos y Felipe III decidió llevarse los libros a El Escorial; pero de lo que se ganó por casualidad, la casualidad se volvió a llevar buena parte, ya que muchos se incendiaron en 1791 por un fuego también casual; y también es verdad que nadie ha mirado estos manuscritos, excepto Conde, que hizo inexactamente muchos de sus extractos. Como era afrancesado, los invasores le encargaron que hiciese una selección de lo mejor para llevarlo a París, y también él sacó tajada personalmente de este trabajo, porque cuando se vendió su biblioteca, en Londres, en 1824, el manuscrito del Cancionero de Johan de Baena, escrito para Juan II y joya desaparecida de El Escorial, reapareció entre sus libros. Monsieur Heber lo compró por ciento treinta y una libras esterlinas, y ahora forma parte de la Bibliothèque du Roi, en París. El bibliotecario de El Escorial se dice ignorante de la lengua árabe, pero éstas son cosas que también se dan en otros museos y universidades. España posee actualmente un arabista de primera fuerza en nuestro gran amigo don Pascual Gayangos, que debiera explorar El Escorial. La soberbia colección de medallas formada por Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, y muy aumentada ulteriormente, fue barrida por el enemigo, que raras veces dejaba de quedarse con cualquier cosa que se pareciera, siquiera fuese lejanamente, a una moneda.

La cocina principal de El Escorial bien merece la inspección del gastrónomo, que se dolerá de las parrillas sin fuego sobre las que San Lorenzo podría muy bien haber sido asado, pero, ¡ay!, ya no sale ningún humo de sus chimeneas. Este departamento, en otros tiempos, era digno de doscientos monjes, sin otra cosa casi que

hacer que comer. En el dispensario médico o la botica había una buena cisterna rafaelesca, adornada con una representación del juicio de Salomón. El Colegio no merece una visita, aunque hay una galería de susurros que sirve para divertir a la gente con sus ecos, igual que la que hay debajo de la Alhambra. Desde la cocina hasta la residencia real, el camino es fácil, sobre todo porque está situado en el mango de la parrilla. Aquí los católicos reyes, cuya vida era una monótona rutina, pasaban seis semanas todos los años después de dejar su residencia de verano de San Ildefonso. Los cortesanos, sin embargo, incluso en tiempos de Felipe II, no pensaban en otra cosa que en festejos e intrigas, tanto amatorias como políticas, mezclando de esta manera las frivolidades de una Corte sumamente libertina con las apariencias externas de las austeridades monásticas. Dé el visitante un paseo por las habitaciones reales, que están muy parcamente amuebladas y decoradas. En la Sala de las Batallas conviene observar el fresco de Granelo y Fabricio sobre la batalla de Higueruela, donde Juan II y Álvaro de Luna derrotaron a los moros: los trajes son curiosísimos, y este cuadro fue copiado para Felipe II de un rollo pintado de ciento cincuenta pies de longitud que se encontró en el alcázar de Segovia: entre las ventanas están la batalla de San Quintín y otras de Flandes; los techos están decorados con arabescos.

Fernando VII nació en una habitación contigua el 14 de octubre de 1784, y también aquí, el 29 de octubre de 1807, fue casi sacrificado por su propia madre y el favorito de esta, Godoy; Carlos, su padre, consintió en su propia vergüenza y en los delitos de aquellos. El príncipe fue detenido por alta traición, a pesar de que, como un cobarde, había traicionado a sus asesores, y este acto, que hubiera debido ser la causa de su ruina y la de ellos, les salvó a todos, porque el temido nombre de Bonaparte resultó estar mezclado con otros en la correspondencia secreta y la pusilánime Corte decidió entonces silenciar el asunto.

Visítense los humildes apartamentos en que vivía Felipe II, como medio monje que era, reservando la magnificencia para el templo, y luego se puede bajar a la pequeña habitación en que murió, habiendo sido así cumplida su orden de que su última mirada fuese dirigida al altar; su prolongado final fue aterrador, porque, entonces, se sintió obsesionado por dudas sobre si su sanguinario

fanatismo, el mérito de su vida, no habría sido en realidad un crimen digno de la condenación. Su ambición había terminado ya y un rayo de sentido común le hacía dudar de la eficacia de las reliquias cuando se trata de conseguir la salvación y sospechar, con temor, que una persecución digna de Moloch fuese muy poco propia del verdadero espíritu del cristiano. Pero era un tipo muy propio de la España del siglo XVI, un déspota en política y en polémica, la personificación misma del poder de Roma, entonces amenazado por la Reforma; su religión estaba modificada por su genio y el de su país y, de esta manera, su idiosincrasia era fría, flemática, recelosa, apocada y arbitraria, mientras que la de los españoles respiraba la fiera intolerancia y el propagandismo bélico del musulmán; creyente sincero, Felipe consideraba que era más bien un favor que hacía a sus víctimas si, torturando o quemando sus cuerpos mortales, conseguía salvar sus almas; era indiferente a las consecuencias prácticas y prefería no tener ningún súbdito antes que gobernar sobre millones de herejes.

Felipe era de constitución delicada e indolente por naturaleza, sin ninguna inclinación por el ejercicio corporal o los hechos de armas: le faltaban las grandes cualidades de rey que poseía su padre. Débil de cuerpo y apocado y tímido de mente, flamenco por su aspecto externo, pero español por lo altivo de sus maneras, sus recelos y su desagrado de ser visto crecieron en él a medida que iba envejeciendo y entonces se volvió más y más silencioso, enorgulleciéndose de saber ocultar sus pensamientos; reía raras veces y nunca rió tanto como cuando recibió la noticia de la matanza de San Bartolomé; era muy diligente y le gustaba hacer las cosas por sí mismo, pero raras veces sacaba verdaderamente adelante los asuntos, ya que evitaba tomar decisiones y pensaba que ganando tiempo lo ganaba todo, y sin embargo, su gran jactancia era que, al pie de una montaña y con un pedazo de papel, podía hacerse obedecer del viejo mundo y del nuevo. Como personaje político fue un fracaso; bajo su cetro España perdió su Armada Invencible y los Países Bajos y, sin embargo, ¡qué posición la suya si hubiese sabido sentirse y estar a la altura del momento! Los Reyes Católicos habían derrotado finalmente al moro en el país, mientras que Carlos V había humillado a Francia y era el amo de Lombardía; en sólida posesión de la paz y el poder, Felipe habría podido ser un legislador y un benefactor de su país, habría podido dar a España

un código de leyes, cubrirla con una red de carreteras y canales y fijar su capital en Lisboa. Todo esto lo sacrificó por librar las batallas del Vaticano y construir un monasterio, pero fueran sus errores los que fuesen, y en parte eran resultado de su situación política y del espíritu de la época, supo por lo menos ser un verdadero protector de las artes y los artistas y descubrir o crear talento para realizar sus grandes obras; no de otra manera protegió Augusto a Horacio y a Virgilio. Se ha arrojado mucha luz sobre su vida privada gracias a Raumur, que publicó documentos contemporáneos auténticos pero, a pesar de todo, su biografía, que Watson intentó escribir, está todavía realmente por hacer, y en estos momentos tiene ocupada la pluma mister Prescott que, indudablemente, hará justicia a tan grandioso tema.

Antes de dejar El Escorial subamos a la Silla del Rey, la eminencia desde la que Felipe II solía contemplar el avance de sus edificios. Visitemos también los parques y los plantíos, que contrastan agradablemente con el desierto que se extiende al otro lado de ellos. Entremos en la Casa del Campo, una casa de campo en miniatura, demasiado pequeña ciertamente para vivir en ella y al mismo tiempo demasiado grande para llevar colgando de la cadena del reloj: fue construida por Juan de Villanueva para Carlos IV siendo este príncipe y, como la de Aranjuez, es el juguete de un infante mimado. Está costosamente decorada con mármol, marquetería y arabescos y con mediocres retratos de los Borbones españoles, de innoble aspecto. Fernando VII la redecoró con muebles modernos traídos de París; los jardines son bonitos y tienen agua abundante. La colección de cuadros es de segunda categoría y fue formada para el incipiente mecenas por sus camareros italiano y francés y ciertamente, tel maître tel valet.

Una noble carretera sale de El Escorial y va dando vueltas por la sierra del Guadarrama entre los inmemoriales pinos y abetos de San Ildefonso. Fue tendida con grandes dispensios para uso personal del rey y a veces está bloqueada por las nieves del invierno. Después de pasar el puerto bajamos al pueblo, que tiene unos tres mil quinientos habitantes, los cuales han sufrido mucho desde que la Corte dejó de visitarlo, ya que siempre pasaba los meses calurosos de junio y julio, y también septiembre, en estas frescas alturas. Este verdadero castillo en el aire es, como dicen los castellanos, digno

château del rey de España, ya que ese rey es el más alto de todos los soberanos de la tierra y, por lo tanto, su morada se eleva la más cerca de todas al cielo, del que Madrid es el equivalente terrenal; en cualquier caso, lo cierto es que la elevación no puede ser puesta en duda, y como el palacio está situado en la parte noroeste de la sierra, a tres mil ochocientos cuarenta pies por encima del nivel del mar y, por lo tanto, en la misma latitud que Nápoles, se encuentra a más altura que el cráter del monte Vesubio. La localidad es verdaderamente alpina y en torno a ella, por todas partes, no se ve otra cosa que rocas, bosques y arroyos cristalinos, y por encima de todo se cierne La Peñalara, levantándose, según algunos, a ocho mil quinientos pies. Mientras que la naturaleza es verdaderamente española, el arte es enteramente francés, porque Felipe V, el fundador, de ideas fijas, no era capaz de concebir más excelencias que las de Marly y Versalles. En cuanto a la reserva y el fanatismo, un nuevo Felipe II, su timidez hipocondríaca le indujo al retiro, no queriendo otra cosa que su misal y su mujer y convirtiéndose, de esta manera, en un muñeco en manos de esta y de su confesor. En cuanto se vio consolidado sobre el trono español comenzó a pensar en la abdicación, siempre abrigando, como Enrique II en Polonia, el deseo secreto de volver a Francia a reinar; ocurrió que, una vez, estando de caza en Valsaín, en 1722, vio esta granja, que lo era entonces de los monjes segovianos de El Parral, a quienes compró este terreno, aquí murió, el 9 de julio de 1746, y aquí está enterrado, llevándose a la misma tumba su odio a los recuerdos austríacos. No quería asociar su nombre al de estos ni siquiera yendo a reposar al panteón de El Escorial, edificio al que, como a todas las cosas españolas, él desdeñaba. Su reino fue el reino fatal en el que el nacionalismo se vio borrado por opiniones, lenguaje, costumbres y alianzas francesas. Nunca, como justamente observa Foy, se vio España tan aislada como durante el reinado de Felipe V; en los días de sus soberanos indígenas se mezclaba con Europa y traía de ella el arte y la civilización, pero ahora se convirtió en un vasto monasterio y sus habitantes en monjes y en los reclusos del mundo, con la Inquisición apostada a modo de centinela para impedir la entrada de la verdad en el país.

Lo primero que visitaremos será la colegiata, construida sobre proyecto de Teodore Ardemans en forma de cruz latina. A cada lado están los bancos o tribunas reales, protegidas por cristal. La cúpula

está pintada al fresco por esos dos gemelos del lugar común, Bayeu y Maella: el estuco blanco está realzado con dorado; el retablo se compone de jaspe fino, con columnas rojas de Cabra. El altar lo hizo en Nápoles Solimena. El tabernáculo es de rico lapislázuli. Obsérvese la tumba de Felipe V y su mujer, Isabella Farnese, con sus medallones, y la Fama, la Caridad y otros ornamentos en el peor gusto que imaginar cabe, obra de los señores Pitué y Dumandré; "horribles en su sencillez", sin embargo, a juicio de monsieur Bourgoin. José Bonaparte, a pesar de todo, cerró la colegiata el 14 de julio de 1810. El palacio, que es cosa extranjera, parece como si los esclavos de la lámpara maravillosa lo hubieran transportado de las desnudas orillas del Sena a una silvestre sierra española; es un château francés, sensual, teatral, y la antítesis del sombrío y altivo Escorial, al que da la espalda. Una parte de la antigua Granja se conserva todavía cerca de la fuente, porque el edificio está hecho a base de chapuzas y remiendos y, en ese sentido, es una cosa española. Una larga barandilla, como la del Carrousel de París, divide tres lados de la plaza. El cuerpo central está destinado a la familia real y las alas a sus séquitos. La fachada da al jardín y es animada, aunque tenga demasiadas ventanas y parezca un largo conservatorio corintio. Los salones, tanto arriba como abajo, estuvieron llenos en otro tiempo de pinturas y antigüedades, entre las que se contaban los mármoles de Cristina de Suecia, comprados para España por Camillo Rusconi. Después de haber estado abandonados durante largo tiempo, fueron transportados a Madrid por Fernando VII, cuando redecoró el palacio con su oropel moderno, y entonces, como es natural, desaparecieron muchas de las mejores cosas. Los apartamentos reales son ligeros, aireados y agradables, sin llegar a ser magníficos, y en ellos han tenido lugar extraños sucesos. En enero de 1725 abdicó Felipe V la corona, que hubo de tomar de nuevo en agosto del año siguiente, a la muerte de su hijo, por haber insistido mucho su mujer en que volviera a ser rey, ya que se cansó enseguida de la vida privada; aquí, en 1783, Carlos III recibió al conde Artois (Carlos X), que iba a tomar Gibraltar, cosa que no hizo.

Aquí, Fernando VII, el 18 de septiembre de 1832, revocó el decreto por el que se abolía la ley sálica y declaró a su hija Isabel, nacida el 10 de octubre de 1830, heredera de la corona. Hecho este que fue una maldición al ocasionar a su siempre desafortunado país, guerras

civiles y una sucesión reñida. La historia secreta es como sigue: don Carlos, su hermano y heredero presunto, estaba casado con una princesa portuguesa. Contra esta y contra su hermana, Carlota la Beira, esposa de don Francisco de Paula, un hermano menor del rey, hombre de mejor naturaleza que sentido y completamente dominado por su intrigantes consorte, llevaba a cabo una mortal guerra palaciega. Cuando Fernando se casó con Cristina, la facción napolitana ganó tanto terreno a la portuguesa que, al declararse el embarazo de la reina, la hermana de esta indujo a Tadeo Calomarde, el ministro de Justicia, a sugerir este cambio al rey, que estaba dominado por su esposa, y el decreto fue sacado a hurtadillas de la cámara real, sin que lo supieran los otros ministros; de esta manera Fernando privó de su derecho al trono a su hermano Carlos, el hermano que había sido su amigo de juventud y su compañero de la cautividad francesa y que había rehusado, en 1827, cooperar a su destronamiento.

En el otoño de 1832, Fernando cayó gravemente enfermo en el mismo palacio y se llegó a anunciar su muerte, estando aletargado, al emperador de Rusia por el plenipotenciario de este, monsieur D'Oubril; la sucesión de Carlos era entonces completamente segura y su reino habría podido, ciertamente, ser mortal y semejante al del rey leño; pero habría sido también un reino de mejoras lentas, pero seguras, porque todas las tonterías que se dicen de que habría restablecido la Inquisición, etcétera, no eran sino propaganda partidista y carente de escrúpulos. Carlos, aunque desprovisto del talento más elemental y más idóneo para perder una corona que para ganarla, era, por lo menos, hombre de honor y principios, cualidades raras en una Corte española. Cristina, en esta crisis, no tenía partido alguno de su lado y ella misma llegó a redactar una revocación del decreto que había sido firmado el 18 de septiembre por la mano guiada del testador, que había perdido la consciencia; este segundo acto fue organizado por el confesor real y Alcudia, siendo Calomarde el principal artífice que, de esta manera, deshacía su anterior obra llevado del terror que le infundía la certidumbre de la cierta venganza que se tomaría la facción portuguesa; y Antonini, el embajador napolitano, confirmó esto, insistiendo a Cristina en que se salvase. Fernando, dos días después, se restableció como por milagro, porque Carlos no había hecho que lo sofocaran con la almohada, como hicieron con Tiberio. Carlota, que estaba en

Sevilla, al enterarse de la revocación, volvió a Madrid a toda prisa, viajando de día y de noche, y recibió a Calomarde con golpes e insultos dignos de Billingsgate. A medida que el rey recobraba las energías, la reina recobraba también el valor perdido, hasta que el 31 de octubre se revocó la revocación. Cristina, echando a Calomarde toda la culpa de lo que había pasado, consiguió que este fuera expulsado no sólo de su cargo, sino también de España. El rey, todavía débil, delegó ahora su autoridad en su esposa, que le había cuidado con la mayor ternura, y ella, inmediatamente, formó un partido, desplazando a todos los realistas ultras y carlistas y situando a hombres favorables a reformas moderadas. Fernando murió el 29 de septiembre de 1833 y a su muerte comenzaron las terribles guerras civiles que han dividido y empobrecido a España.

Este mismo palacio, como por justicia poética, fue luego teatro de otra tragedia, por la cual Cristina, a su vez, fue privada de sus derechos reales: aquí, el 12 de agosto de 1836, intimidada por la ruda soldadesca, dirigida por un cierto García, un sargento, se vio obligada a proclamar la Constitución democrática de 1812. La trama secreta de esta intriga era conseguir un cambio en el ministerio conservador, poniendo en su lugar uno ultrarradical, y el resultado final, como cabía esperar, fue la caída y exilio de la reina regente y la actual restauración de las cosas tales y como estaban antes.

Los jardines del palacio cuentan entre los mejores de España; el paseo triunfal delantero, llamado el parterre porque todo, tanto en nombre como en estilo es francés, domina un panorama de flores, agua y montañas; aquí los frutos de la primavera maduran en el otoño: como todo es artificial, su costo fue enorme, llegando a los cuarenta y cinco millones de piastras, la misma suma que debía Felipe V al morir; de esta manera, los palacios españoles que los reyes austríacos comenzaron siguen sin terminar, mientras que los levantados por sus sucesores Borbones se han quedado sin pagar. Para formar estos jardines hubo que allanar y ahuecar rocas, a fin de meter por ellas las tuberías de las fuentes y las raíces de los árboles, cuya tierra había sido traída de las llanuras. Es preciso renovarla constantemente, y aun así la vegetación parece enana; pero el deleite de los déspotas es enriquecer a favoritos sin mérito, y sus gastos contrastan con la miseria del hombre. El yugo de los

reyes constructores es pesado y sobre todo cuando, como dijo Saint Simon de Luis XIV y su Versalles: “Il se plut à tyranniser la nature”. De esta manera, Nerón, como dice Tácito, “usus et patriae ruinis”, empleaba arquitectos, “quibus ingenium et audacia erat, etiam quae natura denegavisset per artem tentare”.

San Ildefonso, después de todo, no fue sino una imitación, y Delille, al alabar sus jardines, observó con justicia: “Philippe défiait son ayeul et retracait la France”. Aunque más pequeños, estos jardines son mucho más reales que su modelo; el agua es su encanto, y aquí no es un charco turbio, forzado a subir por medio de una instalación hidráulica de madera, sino puro cristal destilado y fresco, recién llegado de montañés alambique; la cascada es una gran hoja de agua que cae y que, bajo el sol de Castilla, reluce como plata fundida; procede de un depósito situado arriba y que, como en Aranjuez, recibe el modesto nombre de El Mar, como si dijéramos el océano; pero es que los españoles nunca se quedan cortos en cuestión de grandes palabras, y este estanque es puro y simplemente el de Nerón, stagnum maris instar. En la honrada y vieja Inglaterra, donde la gente tiene una idea bastante clara de lo que es el mar y tiende a llamar las cosas por sus verdaderos nombres, este estanque, todo lo más, podría llegar a recibir el nombre de lago.

Los jardines, en los que el arte rivaliza con la naturaleza, se dividen en superior e inferior; están dispuestos en estilo regular, divididos en avenidas bordeadas de árboles y cubiertos de estatuas de mármol; hay veintiséis fuentes, y las mejores de ellas se llaman Los Baños, La Latona o Ranas, El Canastillo, Los Vientos, La Andrómeda, La Pomona y El Neptuno, en donde, como dice monsieur Bourgoin, preside el genio y donde él leyó a Virgilio y citó “Quos ego”. La Fama es la más famosa y lanza agua a ciento tres pies de altura. Las fuentes funcionan en los primeros domingos de junio, julio, agosto y septiembre, días estos en los que el viajero debiera tratar de visitar este lugar. Las principales estatuas son de Apolo y Dafne, Lucrecia, Baco, América, Ceres y Milón; son más admiradas por los españoles, que tienen muy poca buena escultura de mármol de lo que en realidad merecen, quizá por ser obra de extranjeros, como por ejemplo, los señores Carlier, Pitué, Dumandré, Bousseau y otros que no merecen ser mencionados.

Consúltese, para los detalles, la guía de Santos Martínez Sedeño, Madrid, 1825. Este palacio y sus jardines, como los otros sitios reales, sufrió mucho durante las guerras civiles; se llevaron a cabo algunas reparaciones, sin embargo, en 1842, por orden de Argüelles, que luego han continuado.

Carlos III venía todos los años a La Granja a pescar y cazar y, como su segundo pasatiempo era instalar manufacturas a la fuerza, instaló aquí La Calandria, para hacer género de lino, y la Fábrica de Cristales, para hacer cristal y cerámica: estas plantas exóticas, como los mismos árboles de los jardines, nunca florecieron en terreno artificial y tanto menos cuanto que todo ello se llevó a cabo a un ritmo de pérdidas digno de un rey (compárese con Guadalajara). Era un pasatiempo borbónico, un centro de compadreo y desfalco, en el que los directores se hicieron ricos a costa del erario público. Este establecimiento se fundó, sencillamente, porque un cierto Thevart, en 1688, había fundado otro parecido en Versalles, y entretanto aquí hasta la arena hubo de ser traída de Segovia, y solamente los gastos de transporte y espejos rotos acabaron con toda posibilidad de beneficio.

Se pueden hacer excursiones a los plantíos de Robledo y Colmenar y a la Quinta de Quita-pesares, el Sans Souci de Cristina, un calmante de duelos que la elaboración de mantequilla contribuyó a desterrar. Visítese también Valsaín, Val Sabin, el valle de Savins, que dista una legua. Este antiguo lugar de caza de la corona fue habitado por Felipe V mientras se construía La Granja, pero ahora es casi una ruina por haber sido dejado sin reparaciones desde que sufrió un incendio. Las truchas del Eresma son excelentes; a dos leguas de distancia camino adelante está Río Frío, donde Isabel, viuda de Felipe V, comenzó a construir un palacio que ni terminó ni pagó. Es una bonita concha arquitectónica, con una noble escalinata y columnas de granito.

Los que vuelvan a Madrid a caballo debieran, después de ver Segovia, hacer una excursión a El Paular, el monasterio carmelita, rico en otros tiempos, situado al otro lado del Guadarrama. Está a dos leguas de La Granja por El Reventón, o sea, “la hendidura”, un paso que cruza directamente la espléndida sierra, con la alta Peñalara elevándose a la derecha hasta casi ocho mil quinietos pies:

cuando esta ruta está cubierta por la nieve hay otra, tortuosa, que va al monasterio, el cual domina el agradable valle por donde transcurre el arroyo truchero Lozoya. El edificio fue levantado por Juan I en cumplimiento de un voto hecho por su padre, Enrique II, mientras estaba en guerra con Francia. La capilla de los Reyes fue construida en 1390 por Alonso Rodrigo, y la iglesia, entre 1433 y 1440 por un moro segoviano llamado Abderrahman; cuando su supresión, los cuadros de Carducho fueron trasladados al museo de Madrid. El exquisito retablo fue ejecutado en Génova, y del mismo periodo es la sillería del coro. Hay un buen sepulcro de un miembro de la familia Frías, y un trasparente churrigueresco horrible, erigido en 1724. Los techos fueron pintados por el flojo Palomino. El Paular ya no es lo que era (véase Ponz, X, 69); cuando los monjes, señores de todo cuanto les rodeaba, eran fabricantes de papel y ganaderos de ovejas en gran escala y su hospitalidad estaba en relación con ello ya que todos los forasteros eran alojados, alimentados y bien recibidos; ahora el fuego de la cocina está apagado y los huertos de frutos y flores cubiertos de malas hierbas. Desde aquí hay que seguir el río y volver al Camino Real en Buitrago (véase ruta CXIII).

Bajando desde La Granja a las llanuras no tardamos en llegar a la antigua ciudad de Segovia: la menos mala de la malas posadas es El Mesón Grande, en la plaza, y El Café Nuevo, en la Calle Real.

Segovia es de nombre y origen iberos, ya que seca y sego son prefijos comunes, mientras que Briga, ciudad, es terminación más común todavía: consultense, para los detalles históricos, El glorioso San Frutos (el santo patrono de la ciudad), Lorenzo Calvete, Valladolid, 1610; Historia, etcétera, Diego Colmenares, folio, Madrid, 1640; Viaje artístico, Isidoro Bosarte, octavo, Madrid, 1804; El acueducto, Andrés Gómez de Somorrostro, folio, Madrid, 1820; España sagrada, VIII, y Ponz, Viaje, X.

La larga ciudad, con sus calles estrechas e irregulares, sobre un roquedo, que se levanta al este y la oeste, en un valle, con el alcázar encaramado en el extremo occidental, está cercada al norte por el arroyo truchero Eresma, que se junta debajo del alcázar con el ruidoso arroyuelo el Clamores; las orillas de estos arroyos están arboladas, son bonitas y contrastan con las colinas sombrías y desnudas. La fuerte ciudad está cercada por murallas con torres

redondas, construidas por Alonso VI, que se ven muy bien desde la colina del Calvario; es, en general, un buen ejemplo de una ciudad castellana antigua, con curiosas casas y balcones y una plaza llena de interés. Está tristemente decaída y decadente, y la población, que antes pasaba de treinta mil almas, ha quedado reducida a menos de nueve mil. Sigue siendo, sin embargo, sede de un obispo, sufragáneo del de Toledo. El clima es muy frío y los alrededores sombríos y carentes de interés.

Según Colmenares, Túbal fue el primer poblador de España, luego Hércules fundó Segovia, para la que Hispán hizo tender el puente, como se llama al acueducto, aunque traiga agua por encima de las cabezas humanas, no seres humanos por encima del agua. La ciudad lleva el puente en su escudo, con una de las cabezas de los hijos de Pompeyo mirando sobre él. Esta obra romana, por su parecido con la mampostería de Alcántara y Mérida, fue probablemente levantada por Trajano, pero ni Segovia ni su acueducto son mencionados por los antiguos, para quienes estas obras monumentales parecen haber sido cosa de todos los días. Por lo que se refiere a los ríos de empinadas orillas que hay abajo, son de difícil acceso y sus aguas no muy sanas, por lo que el puro arroyo de Río Frío fue traído desde Sierra Fonfría, a tres leguas de distancia. El acueducto comienza cerca de San Gabriel y da muchas vueltas a lo largo de su trayecto, pero, como es natural, los viajeros seguirán a pie toda su longitud. Tiene doscientos dieciséis pies hasta su primer ángulo, después otros cuatrocientos sesenta y dos pies hasta el segundo, en La Concepción, y después novecientos veintiocho pies hasta el tercero en San Francisco, y novecientos treinta y siete pies más hasta los muros de la ciudad. Algunas de sus partes son relativamente modernas, aunque hayan sido tan admirablemente reparadas que no resulta fácil distinguir la obra nueva de la antigua. Este acueducto fue respetado por los godos, pero destrozado en el año 1071 por los moros de Toledo, que saquearon Segovia y destruyeron treinta y cinco de sus arcos. Quedó hecho una ruina hasta el 26 de agosto de 1483, cuando la reina Isabel encargó su reparación a un monje del monasterio de El Parral, un cierto Juan Escovedo, quien, nacido en Asturias hacia 1457 e hijo de un simple carpintero, tuvo el buen gusto de imitar el modelo mismo que tenía delante y, por lo tanto, fue el primero en imitar el estilo grecorromano en España; cuando fue a Sevilla a

informar a la reina del fin de sus trabajos, Isabel le dio como recompensa toda la madera de los andamios; véase, por lo que se refiere a los curiosos detalles, la Historia de la Orden de San Jerónimo, José de Siguenza, IV, 40.

La obra nueva está mezclada con la antigua y se percibe sobre todo cerca de los ángulos de La Concepción y San Francisco. Escovedo construyó también los puentes sobre el Eresma.

El acueducto comienza con arcos solos, que se levantan más y más altos a medida que se va hundiendo el terreno hasta hacerse dobles. Los del orden superior son de altura uniforme; los tres centrales son los más altos, llegando a ciento dos pies. Esta noble obra está construida de granito, sin cemento ni mortero, y como otras obras semejantes de los romanos, reúne la sencillez, la proporción, la solidez y la utilidad y su grandiosidad es más bien el resultado de estas cualidades que de la intención del arquitecto (véanse Mérida y Alcántara). Antiguamente había una inscripción que iba entre los órdenes de los arcos centrales, y los eruditos se esfuerzan en vano por entender lo que querían decir sus palabras, adivinando su sentido por los agujeros que quedan al haber sido arrancadas las letras de bronce. La hornacina, situada en lo alto y que, según se piensa, contenía una estatua de Trajano, es ahora repositorio de una decaída imagen de un santo que parece más bien un cadáver putrescente. Según algunos estudiosos de las cosas antiguas, el acueducto fue construido por un cierto Licinius, pero la gente ignorante lo llama El Puente del Diablo, debido a que su satánica majestad estaba enamorado de una segoviana y le ofreció sus servicios a cambio de sus favores; cuando ella, cansada de subir y bajar por la montaña a buscar agua, prometió consentir si él construía un acueducto en una sola noche, cosa que hizo. Pero resultó que faltaba una piedra, y entonces la Iglesia decidió que el contrato era nulo, de manera que el industrioso diablo quedó burlado, como suele ocurrir con los extranjeros y herejes que trabajan en vano en esta ortodoxa tierra de ingratitud. Los españoles, sin embargo, piensan que el diablo es muy listo, y “sabe mucho, un punto más del diablo” es un delicado cumplido. Es en vano hablarles de Trajano, etcétera, porque ellos prefieren al diablo y, sobre todo, lo prefieren en el papel de Pontifex Maximus (véase Tarragona). Pero cualquier cosa que sobrepase a los limitados

medio y conocimientos del vulgo es atribuida aquí a los poderes sobrenaturales y calificada de milagro: compárese con Los Milagros de Mérida; de la misma manera los árabes piensan que las pirámides son obras de genios, de los jin (Ionios); y también en Inglaterra el padre de todo mal se lleva la gloria de la construcción de obras de utilidad pública, como puentes, diques, poncheras y boleras, pero lo cierto es que, si hay que creer lo que dice la historia, los eclesiásticos han sido siempre verdugos pontificios, y este puente podría llamarse también el Puente del Monje (Juan Escovedo), de la misma manera que el de Cardigan recibe el nombre de Pont y Monach. De esta manera se da a los viajeros la posibilidad de escoger entre el diablo o un monje, según sus gustos.

El acueducto, sea su autor el que fuere, se puede ver muy bien desde San Juan en toda su bella perspectiva, dominando completamente la pigmea ciudad. El punto más grandioso es desde la esquina de la calle de Gascos, pero las piedras han sufrido por haberse construido casas contra los arcos y han sido descoloridas por el humo de las chimeneas y el agua que cae de cerbatanas, o sea, tuberías y cunetas. Se propuso en vano un plan en 1803 a Carlos IV, para quitar de allí todas esas feas causas de tanto perjuicio, pero, en septiembre de 1806, como el coche de la embarazada embajadora de Suecia se había volcado a causa de estas invasiones y ella tuvo un mal parto, el rey dio orden de que se despejasen los arcos (compárese con los parecidos buenos resultados de un accidente, que es lo que hace moverse a las cosas en España y que le ocurrió al nuncio en Aranjuez). Se tenía intención de abrir toda la plaza del Azoguejo y, de esta manera, hacer una gran plaza con el acueducto a un lado, expuesto a la vista en toda su desnuda majestad. La invasión francesa desplazó el proyecto, de dudosa mejora artificial, porque la irregularidad y ruindad mismas de los edificios que tiene a su alrededor convierten al acueducto en la principal atracción, haciéndole levantarse más grande y más noble por las fuerzas mismas del contraste.

Más antigua que el acueducto es una tosca estatua de Hércules o de un lunático con cabeza de jabalí, que está empotrada en la pared de la escalera de una torre en Santo Domingo el Real. Este convento, llamado en otros tiempos la Casa de Hércules, fue dado a las monjas en 1513. La antigüedad ha sido enjalbegada y nadie se fija en ella.

Sobre su origen no se sabe ni más ni menos que sobre el de los toros de la raza de Guisando, que han seguido expuestos a los daños callejeros. El más grande se llamaba El marrano de piedra; el más pequeño, La marrana, habiéndoseles atribuido sexo, como se ve. Marrano es corrupción del árabe barrani, que significa cerdito.

A continuación visítese la catedral, una noble mole de estilo gótico florido que se ve mejor desde la plaza. La torre de la plaza, rematada por una cúpula, se levanta a trescientos treinta pies de altura, habiéndole sido rebajados veintidós pies por miedo a los rayos. Conviene subir a ella, ya que el panorama de la ciudad, con los jardines, los conventos, el gigantesco acueducto y las distantes montañas, es soberbio. Esta catedral fue la última que se construyó en España en estilo gótico, y la anterior fue casi destruida por los reformadores o comuneros en mayo de 1520. Estos comuneros comenzaron sus actividades echando abajo iglesias, ahorcando a las autoridades, saqueando a los ricos y quemando casas en aras del bien público. Se salvaron unas pocas reliquias en el alcázar, que rechazó al populacho, y después de haber sido sofocada la rebelión, se sacaron los huesos de San Frutos, ante lo cual cesó la morilla o pérdida de sentido común, epidemia que había sido causada por los excesos del populacho.

La nueva catedral fue comenzada en 1525 por Juan Gil de Ontañón y su hijo Rodrigo, que escogieron su bella catedral de Salamanca como modelo, y el interior de esta copia, aunque menos decorado, es también ligero y animado. El gran retablo, compuesto con mármoles preciosos, fue puesto allí por Sabatini por encargo de Carlos III. El trascoro está enriquecido con mármoles color salmón, de los que también se compone parcialmente el bello pavimento en forma de diamante. Las antiguas tumbas fueron sacadas de allí y tiradas cerca de la entrada con triste falta de decencia. Entre ellas está el memorial de Rodrigo Gil, muerto en 1577. Cerca de la puerta de San Frutos hay un magnífico retablo, obra de Juni, a su audaz manera, de 1571. Las figuras son de tamaño mayor que el natural, el sentimiento es profundo y terrible el dolor de la Virgen.

Los alegres claustros góticos pertenecían a la catedral anterior. Fueron desmontados y vueltos a construir por Juan Campero en 1524, siendo esto un verdadero triunfo del arte. Entre los sepulcros

debe observarse el de Diego de Covarrubias, muerto en 1576. Esta bella estatua del prelado, con los ojos cerrados y las manos juntas, está ataviada in pontificalibus. Obsérvese también la tumba del infante don Pedro, hijo de Enrique II. Su aya lo dejó caer de la ventana del alcázar en 1366. A juzgar por su estatua, tuvo que haber sido un bonito niño a los nueve años, pero también es cierto que los infantes españoles a veces siguen siendo niños hasta edades muy avanzadas. “No puedo tener miedo —dijo nuestra valiente Bess — de un príncipe [Felipe III] que a los doce años todavía estaba aprendiendo el alfabeto”. Aquí yace María Saltos, una frágil y bella judía por su religión, pero cristiana de corazón; iba a ser arrojada desde una roca por adulterio, cuando pidió ayuda a la Virgen, la cual se apareció visiblemente y la hizo caer despacio. Fue entonces bautizada con el nombre de María del Salto, y hecha santa murió en 1237.

El alcázar en que fue encerrado Gil Blas, porque Le Sage, como Cervantes, ha dado moradas históricas y locales a los productos etéreos de su imaginación, se levanta como si fuese la prosa de Segovia por encima de las aguas que se agitan a sus pies. El gran torreón está tachonado con torres cuadradas de ese tipo, tan corriente en los castillos castellanos, pero la pizarra y los tejados de pizarra, a la manera francesa, que hay en partes del edificio, estropean el efecto. El edificio es originariamente moro y fue magníficamente reparado entre los años de 1452 y 1458 por Enrique IV, que vivió y guardó sus tesoros en él. A su muerte, el gobernador, Andrés de Cabrera, marido de Beatrice de Bobadilla, amiga de niñez de Isabel la Católica, guardó para esta la fortaleza y el dinero, cooperando así en gran medida a su subida al trono. Desde este alcázar, el 13 de diciembre de 1474, la reina salió con toda su pompa para ser proclamada reina de Castilla. En 1476, el populacho segoviano se levantó contra este Cabrera, y entonces la reina salió a caballo y estuvo entre ellos, sola, como nuestro Ricardo II desde la torre, intimidando inmediatamente a los levantiscos con su presencia de ánimo y su majestad. Carlos V, satisfecho por la resistencia que ofreció el alcázar a los comuneros en 1520, lo mantuvo en buen estado, y su hijo, Felipe II, restauró de nuevo los salones. La torre fue convertida en prisión de estado por Felipe V, que hizo encerrar en ella al charlatán holandés Ripperda, que se había elevado de la nada hasta primer ministro, cosas de España. El

alcázar fue cedido a la corona en 1764 por el alcaide hereditario, el conde de Chinchón, cuyo antepasado tan hospitalariamente había recibido en él a nuestro Carlos I. Se alojó en él el 13 de septiembre de 1623 y cenó, dice la crónica, “ciertas truchas de extraordinario tamaño”, más grandes que las que comiera el pobre Gil Blas en Peñaflor. El palacio acastillado fue convertido finalmente en Academia de Artillería y, como es uno de los pocos que los franceses no destruyeron en España, sigue siendo una muestra de lo que eran muchos otros antes de la invasión. El carácter general del edificio es godo-moro; las cornisas y los techos están magníficamente decorados, y las inscripciones en una de las habitaciones dan los nombres de muchos reyes y reinas, desde Catalina, en 1412, hasta Felipe II, en 1592, cuyo escudo tiene en un cuartel las armas de Inglaterra por derecho de su esposa, nuestra María la Sangrienta. En la Sala de los Reyes (desde cuya ventana dejaron caer al infante) hay algunas curiosas estatuas de reyes españoles, que fueron comenzadas por Alonso IX, continuadas en 1442 por Enrique IV y ampliadas en 1587 por Felipe II. Las inscripciones fueron preparada por Garibay, el historiador, en 1595, corrigiendo el mismo Felipe II los borradores. La Pieza del Cordón es un curioso salón tubular, en el que Alonso el Sabio osó impensadamente poner en duda que el sol se mueve en torno a la tierra, y entonces sus estudios astronómicos se vieron interrumpidos por un relámpago, en memoria del cual, y a modo de advertencia para el futuro, se hizo un modelo del cordón de San Francisco y se colgó de la pared. El rey lo había usado como penitencia y también como conductor, porque al igual que el laurel pagano, desarma el relámpago eléctrico, habiendo sido puesto en torno a la tierra por San Francisco, quien, de esta manera, defendió el globo contra Satanás. La capilla contiene algunos buenos arabescos: las vistas desde las ventanas son impresionantes, aunque no tan florales y pintorescas como las representó a Gil Blas el gobernador, que las exageró un poco para salvar el honor de Castilla.

Ahora bajamos al Eresma por la Puerta Castellana y vemos el curioso alcázar desde el Fuencisla, cerca del Clamores, ahora doblemente clamoroso a causa de las charlatanas lavanderas, las náyades de este rumoroso arroyo. El roquedo que se levanta sobre el Fuencisla, Fons Stillana, era llamado La Peña Grajera, porque los cuervos anidaban allí para poder picotear los cuerpos de los

delincuentes arrojados desde la roca Tarpeya. Los cipreses situados enfrente de las Carmelitas Descalzas marcan el lugar exacto en el que María Saltos cayó sin recibir daño alguno; y en la capilla está la imagen misma de la Virgen que la salvó. La imagen fue milagrosamente escondida durante el tiempo que los moros se adueñaron de Segovia, pero reapareció en este lugar al recobrar los cristianos la ciudad, en vista de lo cual se construyó el convento y fue ricamente dotado.

Volvamos ahora a la izquierda, subiendo por el Valle del Eresma, hasta la Casa de la Moneda, o ceca, que fue fundada por Alonso VII, reconstruida por Enrique IV en 1455 y reparada y dotada de maquinaria alemana por Felipe II en 1586. Antes se acuñaban aquí todas las monedas, ya que el río facilitaba toda la fuerza hidráulica necesaria y el alcázar contiguo servía de tesorería: en 1730, las monedas de oro y plata fueron transferidas a Madrid y ahora solo se acuñan ya aquí las de cobre, y aun para esto Segovia está mal escogida, porque se halla muy lejos de Río Tinto, que es de donde se trae el metal. Muy cerca, en la ladera, está La Vera Cruz, una iglesia muy curiosa, construida en 1204 por los templarios, pero ahora en ruinas: obsérvense las formas octogonales y la torre cuadrada.

Más arriba se encuentra El Parral, monasterio jerónimo, en otros tiempos rico, que se levanta entre viñas y jardines bajo una roca desnuda, de donde el nombre y el proverbio: Las huertas del Parral, paraíso terrenal. Los sensatos monjes, ciertamente, gustaban de proteger sus devociones contra el frío, pero ahora su paraíso está aquejado de malas hierbas y zarzas. El monasterio fue construido en 1494 por Juan Gallego: obsérvese la portada; el soberbio coro fue erigido en 1494 por Juan de Ruesga; la sillería de nogal fue intrincadamente tallada, en 1526, por Bartolomé Fernández; el retablo mayor fue pintado, en 1526, por Diego de Urbina para la familia Pacheco. Los soberbios sepulcros de Juan y de su esposa María, arrodillados junto con un servidor, han sido bárbaramente enjalbegados. El claustro y los techos de la biblioteca y el refectorio son dignos de observación: la torre fue elevada a veintinueve pies en 1529 por Juan Campero.

Si el proyectado Museo de Segovia llega jamás a ser realidad, será

natural que el viajero lo visite y vea los restos salvados de éstas y otras devastaciones. Segovia abunda en temas artísticos. La Santa Cruz o monasterio dominicano fue fundado por los Reyes Católicos, como lo indica el lema, tanto monta; la reja y retablo fueron donados en 1557 por Felipe II. En San Juan están las tumbas de muchos de los conquistadores segovianos de Madrid, como por ejemplo, Diego Sanz, Fernán García, etcétera. Aquí yace también el historiador de Segovia, Colmenares, muerto el 29 de enero de 1651. El portal de San Martín es curioso; obsérvense las tumbas de Gonzalo Herrera y su esposa: el arquitecto gustará sin duda de mirar una bonita ventana de ajimez en la Casa de Segovia, el palacio del obispo, con fachada de granito y figuras de Hércules. Obsérvese también la torre que hay en la plaza de San Esteban, con sus arcos sajones, grandes capiteles y un corredor abierto en la iglesia en que está enterrado Juan Sánchez de Zuazo. La Puerta de Santiago es mora; las portadas de granito y los curiosos ornamentos toledanos en forma de bola se ven también frecuentemente en Segovia.

La desdichada ciudad nunca se recuperó del fatal día 7 de junio de 1808, cuando los invasores entraron en ella por primera vez a las órdenes del general Frere, quien, a pesar de que no se le había hecho resistencia alguna, la saqueó á la Medellín, y es que también él, como su modelo, Víctor, había comenzado su vida profesional como tambor. Y aquí también, esta vez, como en tiempos de los comuneros, los altares fueron profanados y saqueados. La prosperidad antigua de Segovia dependía de su principal producto: la lana, pero en aquella ocasión los rebaños fueron comidos por el lobo y ahora solo quedan unas pocas y pobres manufacturas de telas que languidecen en el suburbio de San Lorenzo. En 1829 se introdujo aquí alguna maquinaria más moderna, que fue destruida por los tejedores de telares a mano. Las cabañas o rebaños de ovejas de Segovia daban los vellones, y el Eresma un agua muy apropiada para el lavado de la lana. El lavado y el esquilado de las ovejas que, en otros tiempos, era causa de grandes festivales, tenían lugar de manera muy semejante a la oriental de Nabal, descrita en el Libro de Samuel.

Los enormes rebaños de los monjes de El Escorial, El Paular y otros propietarios eran llevados en mayo a grandes esquileos, o patios de

dos pisos, dirigidos por un factor. Primero, las ovejas iban al sudadero, y cuando estaban bien sudadas les ataban las patas los ligadores, que se las pasaban a los esquiladores, cada uno de los cuales era capaz de esquilar hasta ocho o diez ovejas diarias. Cuando estaban esquilados los animales, a continuación, eran llevados al empegadero, donde eran embreados y marcados; después de lo cual todos ellos pasaban a ser vigilados por los capataces o pastores en jefe, y entonces las ovejas más viejas e inútiles se seleccionaban para el carnicero; las que se salvaban de esto eran cuidadosamente atendidas, por estar expuestas a coger frío como consecuencia del esquilado y morir. Durante todas estas operaciones, todos los trabajadores eran abundantemente provistos de comida y bebida por cuenta de unas personas que recibían el nombre de echavinos. La lana la seleccionaban los recibidores, y la mala, las cardas, era puesta a un lado. La pila, o sea, el producto, si se vende inmediatamente, es pesado sobre el terreno, pero si va a ser lavado se manda al lavadero. Hay tres clases distintas de lana, que selecciona el apartador o aquilatador, profesión que tiene su gremio en Segovia. El valor ha bajado desde la invasión en una proporción como de ocho a tres; entonces también fueron destruidos muchos edificios y graneros que, por falta de capital, nunca fueron reconstruidos; la pérdida de Sudamérica, que tuvo lugar poco después, completa la ruina. La tela común que se hacía aquí era tosca, aunque fuerte; pero se hacía también una pequeña cantidad de clase más fina, llamada Bicuña, de una especie de cabra sudamericana, de una lanilla suave para el clero rico; ahora esos clientes han desaparecido. Sin embargo, es preciso reducir el ponderado volumen del anterior comercio (véase Río Seco), porque el verdadero producto principal eran toscas xergas (en árabe xercas), o sea, estameñas y paños pardos, los cuales, en los tiempos de Juan II, se vendían por solo cuarenta maravedíes la yarda, mientras que la tela de Florencia costaba ciento sesenta y siete y la buena grana de Londres cuatrocientas; de hecho, las manufacturas locales solo las compraban los pobres y también se usaban para libreas, mientras que los ricos, como ahora, lo importaban todo de mejor calidad de fuera. Y sin embargo, la España enemiga de la industria se jacta de la Orden del Toisón o Vellocino de Oro, olvidando que fue fundada por el buen duque de Borgoña para subrayar su preferencia por sus ciudades ricas, manufactureras e inteligentes por encima de su nobleza pobre, orgullosa, indolente e

ignorante, preferencia esta que evidentemente es diametralmente opuesta a las auténticas ideas españolas. Pecus, de donde pecunia era el símbolo secreto del poder de Brujas y Gante, y el Toisón de Oro, el símbolo de los comerciantes argonautas, se convirtió, como nuestro Woolsack, en símbolo del producto clave que era la lana. Y, por lo mismo, España no tenía derecho a esta orden, que pasó, con los Países Bajos a Austria. Pero, a pesar de todo, habiendo perdido la sustancia, que sigue apegada a la forma, porque ni naciones ni individuos gustan de abandonar siquiera las apariencias de títulos y poder. Hay otra carretera de Madrid a Segovia por San Rafael, a diecisiete leguas, que deja El Escorial a la izquierda; con frecuencia es impasable durante el invierno a causa de la nieve, pero en verano hay una diligencia que va de un lado al otro, saliendo de El Mesón de los Huevos.

Los que quieran visitar El Paular pueden volver al Camino Real de Madrid en Buitrago, ciudad amurallada, muy antigua, que está junto al Lozoya, donde las truchas son excelentes: su población es de unas cuatrocientas almas. A cincuenta leguas de aquí, en el camino de Guadalajara, se encuentra Uceda, otra ciudad, también muy antigua, pero ahora decaída, amurallada sobre el Jarama, con setecientos habitantes, donde también hay excelentes truchas. Uceda fue en otros tiempos ciudad importante y su castillo ha sido cárcel de hombres eminentes: aquí fue encerrado Ximénez por Carrillo, arzobispo de Toledo, irritado por haber aceptado aquel el arciprestazgo de Uceda, que le había sido concedido en Roma, en 1473, por Pablo II. Ximénez se negó a ceder y, después de una resistencia que duró seis años, consiguió conservar el beneficio. Aquí también fue relegado el gran duque de Alba después de su fracaso en los Países Bajos, por orden de Felipe II, hasta que sus servicios hicieron falta de nuevo para conquistar Portugal. Cerca de Uceda, en un desfiladero de montaña, está el pueblo de Patones, donde, durante el dominio moro, vivió tranquila una población cristiana, segura a causa de su misma oscuridad. Elegían entre ellos a un soberano o, más bien, a un jeque, y el título de rey de los Patones se hizo hereditario en la familia de Prieto; pero cuando llegaron a vivir en Madrid, los verdaderos monarcas, los patones, inducidos a ello por lo ridículo del contraste, destronaron a su rey, llamándolo simplemente justicia. Cerca de Prieto hay una gruta de estalactitas, llamada la Cueva de Requerillo.

▪

* Según De Thou, el verdadero obstáculo fue la retirada de las tropas inglesas, asqueadas por la arrogancia y mala fe de los españoles. En cuanto se retiraron, la victoria se fue con ellas. (Compárese con Navarrete).

▪

* Todas las historias que corren sobre el amor de este príncipe por la esposa de su padre y sobre su asesinato, en consecuencia, son puras imaginaciones de los poetas, los schiller, los alfieri, etcétera. Raumur ha demostrado que Carlos, débil de nacimiento, tanto en mente como en cuerpo, resultó muy maltrecho como consecuencia de una caída el 15 de mayo de 1562. Estaba sujeto a ataques y fiebres y odiaba a su padre, sin esforzarse demasiado en ocultarlo. Fue detenido, muy justificadamente, el 18 de enero de 1568, y para el 13 de abril, según observa alguien que escribía desde allí, “se habla ahora tan poco sobre este tema como si (el príncipe) llevara ya muerto diez años”. Tanto él como la reina murieron de muerte natural, y jamás tuvo lugar entre ellos ni sombra siquiera de una relación amorosa.

▪

* La fácil derrota de la Armada Invencible de Felipe fue anunciada a Isabel cuando estaba comiendo un ave, manjar siempre favorito de los britanos y, ciertamente, plato más adecuado para nuestra ahorrativa Bess que la olla de su ayunador y arruinado rival, porque “aquel que come ganso por San Miguel nunca se verá sin dinero para pagar sus deudas”.

RUTA C

DE SEGOVIA A ARANDA

	Leguas	
Basardilla	2 1/2	
Cubillo	2 1/2	5
San Pedro de Gaíllos	2	7
Sepúlveda	1	8
Boceguillas	2	10
Aranda	7	17

Esta ruta carece por completo de interés. Sepúlveda, una de las más antiguas ciudades de Castilla, está ahora muy en decadencia; su población es de mil seiscientas personas. Se encuentra agradablemente situada en la confluencia del Duratón y el Castillo, a los pies de las colinas, con jardines, alamedas y tierra de pastos. Fue reconquistada a los moros por el conde Fernán González en el año 913, que le concedió derechos de municipio. Estos Fueros de Sepúlveda, a causa de las cláusulas bien meditadas y su precedencia en el tiempo, sirvieron de modelo a muchas de las Cartas de

Privilegio de las primeras ciudades españolas. Por lo que se refiere a Aranda de Duero, véase ruta CXIII.

Los que vayan a Francia desde Madrid harían bien en tomar la ruta LXXVII.

RUTA CI

DE MADRID A TOLEDO

	Leguas	
Getafe	2	
Venta de Torrejón	2	4
Illescas	2	6
Yuncos	1	7
Cabañas	2	9
Olías	1	10
Toledo	2	12

Hay una diligencia que sale de la plaza del Progreso, número 10. La carretera, si es que se le puede llamar carretera, es con frecuencia poco más que un carril que va por llanuras semejantes a un desierto, que en verano están cubiertas de nubes de polvo y en invierno hunden al viajero hasta los tobillos en barro. Toledo, a causa de no ser visitada por el rey, no fue nunca tenida en consideración por los encargados de las carreteras y los caminos en España. Se diría que en la levítica Toledo, como en Santiago, el

clero estaba tan preocupado por suavizar los caminos hacia un mundo mejor que no se fijaron casi en los caminos menos importantes de este mundo.

Saliendo de Madrid por el Puente de Toledo, después de pasar Carabanchel de arriba, llegamos a Getafe, cuya población es de dos mil quinientas almas. Esta miserable muestra de una ciudad campesina castellana tiene una grandiosa parroquia, donde pueden verse algunos cuadros. Illescas, “illic non quiescas”, como le dicen a uno los parásitos, es un lugar igual de miserable. La Santa María tiene un buen campanario moro, que los indígenas han desfigurado añadiéndole un tejado puntiagudo moderno. El monasterio franciscano, en otros tiempos soberbio, fue destripado por los invasores, que sin duda pensaron, al comparar la pompa de las iglesias de mampostería con las chozas de barro de que se rodeaban, que los españoles laicos solo habían sido creados para mantener curas. Illescas posee una Virgen milagrosa, llamada la de la Caridad, cuya bella capilla en el hospital tiene algunos cuadros de El Greco. Olías se parece a los lugares anteriores por su pobreza e incomodidad: aquí hay también un hospital para los que caigan enfermos a consecuencia de la terrible ruta.

TOLEDO

Las mejores posadas son el Parador del Arzobispo, la Caridad, Posada del Mirador, en la entrada del este, y en la ciudad, la Fonda de los Caballeros, que es una casa grande y limpia. Toledo es la capital de su distrito, cuya parte montañosa, la Sierra o los Montes de Toledo, que divide las cuencas del Tajo y el Guadiana, se extiende sobre más de cuarenta leguas y estuvo en otros tiempos cubierta de árboles, que ahora han sido talados para la construcción y el combustible de Madrid y nunca vueltos a plantar. Se encontrarán detalles sobre esto en las Memorias de Eugenio Larruga, volúmenes 5 al 10. Toledo, ahora menospreciada en beneficio de la oportunista Madrid, fue la ciudad escogida de los primeros cronistas y anticuarios. Las mejores obras a consultar sobre Toledo son Summi Templi Toletani Descriptio, Blas Ortiz,

duodécimo, Toledo, 1549; Historia y descripción, Pedro de Alcocer, folio, Toledo, 1554; Descripción de Toledo, por Francisco de Pisa, pero compilada por Tomás Tomaio de Vargas, folio, Toledo, 1617; La primacía de Toledo, Diego de Castejón Fonseca, folio, dos volúmenes, Madrid, 1645; Los santos de Toledo, Antonio de Quintana Dueñas, folio, Toledo, 1654-63; Los reyes nuevos de Toledo, Cristóbal Lozano, cuarto, 1667, o bien la edición posterior, en cuarto, Madrid, 1764, España sagrada, V, VI, y Ponz, Viaje, I.

La imperial Toledo, el ombligo de la Península, "la corona de España, la luz del mundo entero, libre desde el tiempo de los poderosos godos", como su hijo, Padilla, dice dirigiéndose a ella, es una ciudad del pasado. Cuando se la ve desde lejos, nada resulta más impresionante, pero su meollo está podrido. Esta Durham, de una jerarquía otrora dorada, constituye el más completo contraste con una capital moderna, porque aquí todo es sólido, venerable y antiguo. Toledo no ha sido levantada de una vez por académicos interesados en satisfacer un súbito capricho real, sino que fue construida como una roca y sobre una roca. A semejanza de Roma, se levanta sobre siete colinas y está a unos dos mil cuatrocientos pies por encima del nivel del mar. El Tajo, que parece hervir al pasar por la hendedura o Tajo de la montaña, la rodea, ciñéndola, dejando solamente una vía de acceso por el lado de tierra, que está defendida por torres y murallas moras. Dentro de la ciudad, las calles o, más bien, callejas, son empinadas y tortuosas, pero esto mismo las hace fáciles de defender en caso de ataque y, al mismo tiempo, frescas en el verano. Algunas, ciertamente, son tan estrechas, que el sol no puede penetrar en ellas, mientras que, mirando hacia arriba, apenas se ve otra cosa que una tira de cielo azul, como en respuesta, por los mismísimos pelos, a la pregunta de Virgilio: "¿Dic quibus in terris, tres pateat coeli spatium non amplius ulnas?". La aguja de callejear es aquí de difícil aprendizaje, porque de estas serpenteantes callejas, tan irregulares y súbitas como guerrilleros, ninguna va de manera paralela o derecha, sino por el contrario, dando vueltas como mejor les parece, llegando a las conclusiones más ilógicas. Las casas son macizas y de aspecto moro; cada familia vive en su propio y cerrado castillo y no en pisos o apartamentos, como ocurre en Madrid. Aquí, nuevamente, encontramos el patio oriental, sobre el que se tienden toldos en el verano, de la misma manera que en Sevilla. Sus superficies se

mantienen muy limpias, y el agua de lluvia que cae en ellas se recoge para usos domésticos. Toledo, aunque escasea en agua, es una ciudad limpia. Es muy fría en el invierno y caliente en el verano. Las colinas reflejan los rayos del sol, pero los prados que bordean el río son agradables y el Tajo es ciertamente un río y no un foso seco como el Manzanares. Los toledanos, como sus casas, son castellanos rancios e íntegros y muy hombres de bien. Aquí el espléndido castellano se halla en toda su pureza de gramática y pronunciación.

En el corazón de la ciudad se levanta la catedral, y en torno a ella se arraciman numerosas iglesias y conventos, muchos ahora silenciosos como tumbas. Ni siquiera Salamanca, ciudad de estudios, fue peor tratada por los invasores que Toledo, la sede de los primados y la gran ciudad levítica de España. Lo comenzado por el enemigo extranjero fue rematado por el reformador nacional, ya que con la confiscación de las rentas eclesiásticas desaparecieron los recursos de que vivía esta capital sacerdotal; ahora han sido parcialmente restablecidos, pero el dado ha sido echado y Toledo decaerá y se convertirá en una Tebas, en la que solo seguirán en pie los templos abandonados. Antiguamente contenía, además de la catedral, veinte iglesias parroquiales y seis mozárabes, nueve capillas, tres colegios, catorce monasterios, veintitres conventos, cuatro hospitales para hombres, uno para mujeres y nueve capillas, realmente una provisión espiritual pasable para una población que ahora se ha visto reducida de doscientos mil a quince mil habitantes, cosas de España, y muy diferente de nuestra Stockport, donde tres iglesias bastan para sesenta mil personas ajetreadas y cuya verdadera teología es el capital. Ningún algodonócrata, ningún hombre interesado solamente en el dinero o el placer debiera visitar esta ciudad sombría, silenciosa e inerte, que carece de comercio, industria, crédito o manufacturas; pero por el contrario, para el poeta y el amante de las antigüedades, esta capital, viuda de dos dinastías, es verdaderamente interesante, ya que nos aleja del presente; es una ruina viva, una semejanza de la vida luchando con la decadencia, donde las grandiosas moles de una prosperidad pasada parecen ahora una burla y un insulto.

La fundación de Toledo se atribuye, como es natural, a Hércules, es decir, a los fenicios; otros, sin embargo, prefieren a Túbal, que la

construyó ciento cuarenta y tres años exactamente después del diluvio; y tampoco se crea que sus habitantes han perdonado todavía al abate de Vayrac por decir que se jactaban de que "Adán fue el primer rey de Toledo y que, el sol, entonces recién creado, se levantó sobre ella porque era el centro y el trono del mundo". Pero, sea ello lo que fuere, lo cierto es que Toledo, cuando fue conquistada por Marius Fulvius, en el año 561 de la fundación de Roma y el 193 antes de Cristo, era "urbs parva sed loco munita" (Tito Livio, XXXV, 22). Su nombre ha sido derivado de Toledoth, en hebreo "ciudad de generaciones", por haber sido lugar de refugio cuando fue tomada Jerusalén por Nabucodonosor. Indudablemente, muchos judíos huyeron a Tarshish, a "las partes más remotas de la tierra", a fin de escapar de las calamidades de Palestina, y, ciertamente, cuando Toledo fue conquistada por primera vez por los moros estaba llena de judíos o, como ellos les llamaban, "amalecitas", quienes, descontentos por las persecuciones de los godos, facilitaron el avance de los bereberes, que, por otra parte, eran mitad judíos y mitad paganos. El extraordinario botín, como se detalla en "Moh. D." y en Conde, demuestra lo rica que era la ciudad entonces. Entre los preciosos objetos estaba la mesa de Salomón, que Muza mandó buscar inmediatamente y se llevó consigo, de la misma manera que los generales franceses, sirviéndose, a manera de guías, de los libros de Ponz y Ceán, buscaron y se llevaron consigo la plata y los cuadros de las iglesias.

Conde interpreta el nombre de Toledo como Tolaitola, altura perfectum, o atalaya grande, del árabe attalah, o sea, "lugar desde el que se otea", y ciertamente, aún hoy en día el alcázar domina noblemente la ciudad, siendo su faro y al tiempo su centinela. Leovigildo, con quien se consolidó la monarquía goda, trasladó la Corte de Sevilla a Toledo, haciendo de esta ciudad la capital de España. Su sucesor, Recaredo, convirtió el reino entero al cristianismo, y de aquí que se celebraran en Toledo tantos de aquellos importantes concilios[*] que nos dan tales atisbos sobre el espíritu y las condiciones de esa época, porque, en realidad, eran convocatorias y parlamentos, ya que la aristocracia sacerdotal imitaba las maneras de la supremacía social y civil. Los godos, que han sido injustamente calificados de bárbaros destructores, repararon y mejoraron la ciudad, los puentes y las murallas romanas, partes de las cuales aún existen, porque Toledo fue una de

las pocas ciudades que quedaron exentas del Decreto de Witiza por el cual tantas otras fueron desmanteladas al mismo tiempo, como para hacer la conquista más fácil al invasor. Pero la historia de España está siempre repitiéndose; compárese con la misma política de Catón.

Wamba fue el benefactor de Toledo, como consta en la inscripción que campea sobre la gran puerta: “Erexit fautore Deo rex inclytus urben, Wamba”. Esto ocurrió, ciertamente, “hace largo tiempo”, ya que Wamba es el Japeto de España y la frase en el tiempo del rey Wamba denota proverbialmente una fecha que se remonta a más de lo que llega la memoria legal, como “as old as the hills” o “au temps où la Reine Berthe filait”. Wamba fue medio envenenado en el año 687 por Ervigio, y cuando se pensó que ya estaba muerto fue vestido, como era costumbre, con ropones de monje para enterrarlo; en consecuencia, cuando se restableció no tuvo más remedio que seguir con la cogulla. Las disensiones entre el usurpado y los legítimos herederos debilitaron al gobierno godo, permitiendo a los moros, en el año 714, dominar al dividido reino, de la misma manera que, más tarde, en 1492, las disensiones de los musulmanes prepararon el camino de su derrota final a manos de los Reyes Católicos. Los judíos de Toledo, cuando sus amigos moros les quitaron el dinero, se volvieron a los cristianos vengadores, facilitándoles la conquista de la ciudad en el año 1085, siendo rey Alonso VI, quien asumió entonces el título de emperador de Toledo, presentándose “sentado en un trono imperial” para ser llevado sobre su escudo y nombrando al Cid su primer alcaide. Toledo, honrada por el soberano y convertida en sede de un clero rico, fue siempre leal, y de esta manera, cuando Burgos le disputó su nueva preeminencia en las Cortes, Alonso XI exclamó: “Que hable Burgos primero, yo hablaré por Toledo, que hará lo que yo diga”.

Primero, se debe dar un paseo por esta ciudad, tan sumamente pintoresca, comenzando por la entrada por tierra del noroeste; bájese a la Puerta del Sol, una rica puerta mora de arcos de herradura de granito, con otros, superiores, en intersección, de ladrillo rojo, y sígase el viejo camino que serpentea ciudad abajo junto a la iglesia de Santiago; obsérvense su patio, pórtico y ábside; de allí pásese a la Puerta de Visagra, ahora cegada y, por lo tanto, llamada la Puerta Lodada. Por lo que se refiere a los muros, hay dos

circunvalaciones: la interior, construida por Wamba, que sube desde el puente de Alcántara bajo el alcázar hasta las puertas de Santa Cruz y Cambrón y, de allí, hasta el puente de San Martín; mientras que la otra, construida en el año 1109 por Alonso VI y que también comienza junto al puente de Alcántara, sigue por Las Covachuelas, por la hondonada, hasta la actual puerta nueva, continuando desde allí hasta la Puerta Lodada y luego juntándose con la muralla vieja cerca de El Nuncio, con lo que cierra en su recinto a la anterior puerta mora, cuyo nombre de Visagra es, según algunos, vía sacra, es decir, el camino por donde entró en triunfo el rey Alonso, pero es secillamente la expresión árabe Bib-Sakra, o sea, "puerta del campo", y prueba de ello es que la rica comarca cerealera y pastoril que se extiende entre Illescas y Aranjuez se llama todavía La Sagra, es decir, "el sustento". Otros leen la palabra hebrea Sahar, reluciente, por ser la puerta oriental donde reluciría el sol naciente y por donde pasarían "los que se levantan temprano", los Saharaim.

La nueva puerta fue construida en 1575 por Felipe II, que la hizo decorar con el águila y el escudo de Carlos V, el patrono San Miguel y estatuas de Berruguete. Léase la inscripción que recuerda cómo Felipe restauró la "Divos patronos urbis", destruyendo las impiedades moras. Wamba, por lo menos, atribuyó sus edificios a la ayuda de Dios, "Fautore Deo"; compárese el latín cristiano de Felipe con una dedicatoria pagana auténtica encontrada aquí (Ceán, Sumario). Herculi patrono, Endoval Tol. (Divo Toletano), V, V, Osca deeis tutel, etcétera. El uso mismo del latín da un matiz pagano a esta clase de inscripciones, incluso si el motivo no fuera tan parecido. Obsérvese también la imagen de San Eugenio, uno de los Divi de Felipe, que fue enviado a España por San Dionisio en el año 65 de nuestra era y llegó a obispo de Toledo, pero, volviendo a Francia, fue asesinado en Saint Denis. Su cuerpo, sin embargo, fue hallado por Ramón, un francés y segundo arzobispo de Toledo, que trajo aquí su brazo derecho en 1156, y Felipe consiguió el resto de Carlos IX. De esta manera, las partes pudieron ser reunidas el 18 de noviembre de 1565, al cabo de mil cuatrocientos sesenta y ocho años de separación (véase Pisa, y España sagrada, y también, como paralelo antiguo, véase León).

La alameda, en extramuros, fue plantada en 1826 por el corregidor Navarro, que construyó también los jardines y la plazuela de

Marchán, pero las estatuas de los reyes toledanos son malas y pesadas. En el suburbio de Las Covachuelas hay algunos restos romanos estropeados. Muy cerca está el Hospital de Afuera, construido por Bartolomé Bustamante en 1542 para el cardenal primado Juan de Tavera, cuya vida ha sido escrita por Salazar de Mendoza. La magnificencia indujo a los envidiosos a volver del revés la observación de sus prototipos en San Mateo y decir: "¿Por qué se les da tanto a los pobres?". La fachada está desnuda, porque, aunque el fundador dejó al hospital heredero suyo, no consiguió dejar también su espíritu benéfico, y sus albaceas, cuya caridad empezaba en ellos mismos, se embolsaron el dinero. Se entra en el noble patio y se sigue, por una columnata, hasta la capilla, cuyo retablo fue diseñado y pintado por El Greco en 1609. Aquí yace el fundador sobre una noble urna cinquecentesca, guardado por las virtudes cardinales, a las que pocos cardenales tuvieron jamás tanto derecho. Los detalles del conjunto son infinitos, y esta fue la última, aunque no la mejor, obra de Berruguete, que murió en 1561 en la habitación situada bajo el reloj.

Vuélvase ahora a la derecha y obsérvense las aspilleras para flechas que hay en la Puerta Lodada y los arcos de herradura de arriba: esta puerta fue construida por obreros moros para Alonso VI. Una bella hilera de conventos, arruinados todos por el invasor, sigue la cima de la colina, pasando junto al hospital de lunáticos El Nuncio, hasta la puerta de Cambrón, rematada por un pináculo. Debajo, a la derecha, se pueden todavía discernir los restos de un circus, y junto a ellos estaba el templo pretoriano, que fue convertido en iglesia por Sisebuto en el año 621 y ahora se llama El Cristo de la Vega. Examínese bien esta curiosa, pero muy estropeada basílica, con su ábside y sus hundidos arcos externos y redondos en su parte superior. En ella fueron enterrados los patronos de Toledo, San Ildefonso y Santa Leocadia, cuyas vidas han sido tan utilizadas como tema por los artistas y escritores españoles. Leocadia, nacida en el año 306, fue arrojada desde las rocas de arriba por Daciano y se edificó una capilla en el lugar de su caída, en la que se celebraron concilios, durante uno de los cuales, en el año 660, aparecieron ángeles y levantaron la piedra del sepulcro, levantándose entonces ella, "envuelta en una mantilla", para informar al presidente, San Ildefonso, de que "su señora vivía a través de él". San Ildefonso había escrito un tratado de mariolatría y

quedó tan complacido al oír esto que tomó el cuchillo del rey Redecivintus y cortó una de las puntas del velo de Leocadia, que fue mostrada a Felipe II en 1587; el cadáver, según algunos historiadores, subió al cielo, mientras otros han demostrado que, cuando los moros invadieron Toledo, un flamenco se lo llevó a Flandes, lo cual, ciertamente, fue un acto de gran piedad, porque pocos braves Belges, cuando tienen que recorrer huyendo una distancia de mil doscientas millas, elegirían un objeto tan portátil como una mujer muerta para llevárselo a hombros (véase Flórez, España sagrada, VI, 308, citando a Pisa). El cadáver fue vuelto a descubrir en Saint Gislem, en 1500, cuando Felipe I consiguió una parte de él para el capítulo de Toledo, y el resto fue traído por Felipe II por temor a que los herejes se apoderasen de los Países Bajos. Recibió en persona los restos en la catedral el 26 de abril de 1587. Todo este traslado, cuyo costo fue altísimo, fue organizado por un avispado jesuita, un cierto Miguel Hernández, que publicó una vida de Leocadia en octavo, Toledo, 1591. Consúltese también su biografía en Pisa y la España sagrada, en la que se encuentra impreso el relato de la escena conciliar, escrito en el año 775 por Cixila, arzobispo de Toledo. El 26 de abril es todavía una gran fiesta en honor de esta santa. Más arriba, a la izquierda y surgiendo, en cierto modo, de la roca misma, se levantan los restos del castillo palacio construido por Wamba en el año 674 a fin de dominar el acceso occidental a la ciudad: la mampostería es verdaderamente ciclópea. Abajo, a la orilla del río, hay una alcoba mora con arcos y con una inscripción en árabe, que es llamada por el vulgo Los Baños de Florinda o de Cava, la cual, según se dice, estaba bañándose aquí cuando don Rodrigo, muy orientalmente, contempló desde su terraza, arriba, los encantos de esta goda Betsabé. Los tristes resultados son ahora historia. El puente de San Martín, abajo, une una roca a otra y completa la escena. Ahora se debe volver a la Puerta del Cambrón y entrar en Toledo; en la hornacina que tiene esta puerta en su parte interior hay una estatua de Leocadia por Berruguete, florentina de estilo, tierna y hermosa de formas y dulce, suave y seria de expresión.

Siguiendo adelante se ven los restos del convento franciscano, antes magnífico, llamado San Juan de los Reyes, por estar dedicado a su santo patrono por Fernando e Isabel, que lo hicieron construir en conmemoración de la victoria decisiva de Toro. El lugar está bien

elegido, por ser verdaderamente real, y su posición es dominante. Obsérvense las insignias y emblemas, así como también las cadenas votivas que fueron colgadas fuera por los cautivos liberados del infiel gracias a la intervención de la Virgen: “Catenam ex voto Laribus”. La portada es una exquisita joya y fue terminada por Alonso de Covarrubias para Felipe II. Este convento, que fuera una de las mejores muestras del arte gótico que hay en el mundo entero, fue prácticamentc demolido por los invasores, que destriparon e incendiaron completamente la parte donde vivían los monjes. La magnífica capilla salió algo mejor parada, por haber sido usada como establo para los caballos de los soldados, pero estos pasaron el tiempo destrozando el cristal pintado e historiado y mutilando los ornamentos religiosos y heráldicos, cuya riqueza sobrepasaba toda descripción, como lo demuestran aún las partes que quedaron fuera de su alcance. Obsérvense los escudos, las águilas, los emblemas, las cifras, las coronas y la inscripción al margen, tan corriente en este periodo. Los claustros, con bellos arcos góticos de ojiva, merecen ser observados; se han realizado algunas pésimas reparaciones, que resultan peores que el anterior vandalismo, y el espacio, que antes era bonito jardín, está ahora invadido por las malas hierbas, adecuadas compañeras de la ruina de que están rodeadas. Enfrente de este convento estaba el magnífico palacio del gran cardenal Ximénez, que los invasores saquearon primero y destruyeron después.

Vuélvase ahora a la izquierda y bájese por angostas callejas a la antigua Judería, o barrio de los judíos, en el que quedan aún dos curiosísimas sinagogas. La primera, llamada ahora Santa María la Blanca, fue construida en el siglo IX pero en 1405, cuando San Vicente Ferrer incitaba al populacho contra los judíos, fue convertida en iglesia y así quedó hasta que los franceses la degradaron a la categoría de almacén. La arquitectura merece ser observada con detenimiento; fíjese el visitante en las tres naves, divididas por columnas poligonales que sustentan arcos de herradura salientes de capiteles góticos híbridos; también conviene fijarse en los patronos circulares de las enjutas, las estrellas, los cuadrados y los arcos moros angrelados. El edificio es un poco demasiado alto en proporción a la anchura, y del techo se dice que fue hecho con vigas de cedros del Líbano.

La otra sinagoga, aunque menos antigua, es más bella y está mejor conservada; se llama El Tránsito, a causa de una pintura de la muerte de la Virgen, que desapareció en el transcurso de las recientes reformas. Fue construida por Leví, tesorero de don Pedro el Cruel, porque los españoles estaban entonces regidos por el inteligente pero despreciado judío, de la misma manera que el caíd moro de Tetuán, Hash-Hash, estaba gobernado, cuando nosotros visitamos esta ciudad, por su ministro judío de Hacienda, Leví. Los hijos de Israel han tenido siempre un curioso talento para las cuestiones de dinero, sobre todo cuando se hallan en país extraño. De esta manera, vemos que José se convirtió en tesorero del Faraón; Daniel, de Nabucodonosor, y Morteci, de Artajerjes. Don Pedro, sin embargo, en el año 1300, se hallaba necesitado de dinero contante, y, conociendo a los judíos, hizo torturar y matar al pobre Leví, confiscando luego su dinero (véase una curiosa descripción de las maneras hispano-orientales en los capítulos 7, 15 y 30 de la Chronica de Don Pedro). Antes, don Pedro había protegido a los judíos, que no tardaron en ser tan numerosos y ricos que la antigua sinagoga resultó enseguida demasiado pequeña y hubo que construir este magnífico “lugar de congregación”, sunagogoh, la jama o mezquita de los moros, en una mezcla de estilo gótico, moro y hebreo, que tuvo que haber sido, ciertamente, maravilloso a la vista, pero los españoles han desfigurado el extremo oriental con un retablo de oropel que oculta el bordado, semejante a encaje; las partes superiores, por estar fuera de su alcance, han salido mejor paradas, de manera que obsérvense la cornisa de aspecto de colmena, las hileras de arcos moros angrelados y el soberbio techo de artesonado. Una amplia cinta de follaje contiene las armas de León y Castilla y está bordeada por una inscripción en hebreo, que ha sido traducida por Juan José Haydeck en las Memorias de la Academia de la Historia. Isabel la Católica, en 1494, dio el edificio a la Orden de Calatrava, cuando el Sancta Sanctorum fue convertido en archivo y las galerías de las judías en morada de ese animal que recibe el nombre de El custodio o conserje.

Hay una historia de los Sephardim o judíos españoles, por James Finn, 1841, que no agota, ni mucho menos, el tema. Eran de casta muy alta y, aunque perseguidos por godos, moros y españoles, esto es, por seguidores de credos de dos hijas del Nuevo Testamento, se aferraron tenazmente a su fe. Extraños religiosos estos que, cuando

eran los únicos poseedores de la verdadera palabra de Dios, abrazaron todas las idolatrías, adorando un becerro de oro (probablemente, por ser de oro), incluso bajo los truenos del monte Sinaí, y sin embargo, cuando llegó el verdadero Mesías, para renovar la antigua ley, se aferraron apasionada y tenazmente a lo mismo que antes habían abandonado. España (Tarshish) fue siempre el lugar favorito de los judíos cuando se vieron expulsados de Palestina. Como eran gente de paz y de dinero, siempre fueron perseguidos por los hombres de guerra, que raras veces pueden vivir de su soldada. No otra cosa fue el Judaicus Fiscus de Domiciano (Suetonio); tal la decisión de Tiberio de expulsar de Italia a todos los judíos que no abjurasen de su fe (Tácito, Anales), y es que la purificación de la religión fue siempre convertida en pretexto de la avaricia confiscadora. Los godos cristianos, a quienes el dinero gustaba tanto como a los romanos, hallaron la acusación extra de la culpa de la crucifixión. En el año 694, por el XVII Concilio de Toledo, se ordenó que los judíos fueran segados "con la guadaña de la venganza" por estar en correspondencia con los filisteos de Bereberia. Fue entonces cuando, hostigados por las persecuciones, llamaron a los moros vengadores y les abrieron las puertas de Toledo, según se dice, un Domingo de Ramos, cuando la guarnición cristiana estaba ocupada en adorar la tumba de Santa Leocadia. Por este servicio fueron favorecidos en un principio por los musulmanes y, como se les dejaba en paz, no tardaron en volverse de nuevo tan ricos que sus herejías comenzaron a apestar en las narices mahometanas, y entonces fueron estrangulados o robados. En este dilema, los judíos recurrieron a los cristianos vengadores y dejaron entrar a Alonso VI, quien también, durante algún tiempo, los animó y protegió. Como se pusieron del lado de don Pedro (porque le prestaban dinero) en las guerras civiles de 1369, fueron tratados como traidores por el vencedor, Enrique II, quien confiscó su dinero. Luego comenzaron las feroces cruzadas de San Vicente Ferrer, que incitó a la muchedumbre fanática a robar y a asesinar, presentándoles estos atroces delitos como meritorios actos de religión. El gran maestro moderno de la persecución judía fue el pérfido Philippe le Bel, de Francia, hijo de San Luis y asesino de dos papas. Los judíos españoles, que llevaban largo tiempo siendo hostigados como bestias y empobrecidos, fueron finalmente expulsados de España por Isabel en 1492, y ellos, a partir de entonces, la llamaron Jezabel en sus crónicas. Grandes números de

judíos se afincaron en las orillas mahometanas del Mediterráneo, donde sus descendientes hablan todavía el español. Muchos, sin embargo, se quedaron en España, fingiéndose cristianos, pero continuando en secreto la práctica de su propia religión y adorando al mismo tiempo a Mammon. Y algunos siguen todavía, dato curioso descubierto por Borrow y completamente ignorado por los españoles. Estos judíos son gente tranquila y acomodada, que trafica en lana y longanizas, que venden, pero no comen, porque el cerdo es ingrediente importante de este excelente embutido. Aunque los españoles no conocen su existencia, el nombre de judío sigue siendo la malediction pessima, el Nimreseth, el insulto que nunca se perdona, anathema maranatha. Los españoles, incluso en este siglo, fueron enseñados a pensar que todos los extranjeros son heréticos o judíos. El grito de judiada es todavía preludio de asesinato cierto. “Odio la opresión en todas sus formas”, dijo un liberal valenciano a Lord Carnarvon, “soy amigo de la raza humana, y, por cierto, si quedase entre nosotros un judío diría: a quemarlo, a quemarlo vivo”.

A continuación visítese la iglesia contigua de San Tomé, con una torre mora de ladrillo. Aquí se conservó durante largo tiempo la obra maestra de El Greco, El entierro del conde de Orgaz.[*] Cerca de Santo Tomé hay un solar vacío donde se levantó en otro tiempo la casa de Juan de Padilla y su noble esposa, María, los dirigentes de la insurrección comunera; esta casa, por orden de Carlos V, fue arrasada en 1522, poniéndose en su lugar una columna de granito con una inscripción infamante, monumento que, a su vez, fue destruido por los modernos reformadores. Bajando ahora al puente moro de San Martín, que fue destrozado en 1368 por Enrique de Trastámara y reparado por el arzobispo Tenorio, pariente de don Juan y famoso pontifex maximus, observaremos en la torre una estatua de San Julián, de Berruguete. El puente es estrecho y elevado, a causa de las crecidas del río, que se producen de vez en cuando; el río corre desde una garganta rocosa, en cuya cima derecha se levanta la insegura ciudad. El agua, encantada de escapar de su cárcel, se aleja serpenteante por entre las Huertas del Rey. Abajo todo es reposo y el verde prado coteja al tranquilo arroyo (compárese con Ronda). En las colinas están los cigarrales o chalets toledanos, no llamados de esta manera por los numerosos cigarros que se fuman en su interior, sino del árabe Zigarr, Cegarra,

que significa “lugar de árboles”. La palabra castellana correcta sería Casa del Campo o quinta, en árabe Chennat chint, jardín. En Galicia se llaman aldeas, del árabe Aldaia, “lugar pequeño”; en Aragón, Torres; en Andalucía, Haciendas; en Granada, Cármenes, del árabe Karm, viña.

El silvestre y melancólico Tajo comienza en los montes de Albarracín, desembocando en el mar en Lisboa, después de haber recorrido trescientas setenta y cinco millas de España, siendo destinado a ser, por voluntad de la naturaleza, la aorta de este país. Los cronistas toledanos hacen derivar el nombre de este río de Tagus, quinto rey de Iberia, pero, según Bochart, su origen está en Dag, Dagon, un pez, ya que, además de ser considerado este río como aurífero, tanto Estrabón como Marcial declararon que es también piscatorio, poluicquj, piscosus. Las mejores truchas se encuentran cerca de sus fuentes. Ciertamente se hallan en él granos de oro, pero apenas en suficiente número para mantener a un poeta, y los pobres anfibios que los buscan son llamados artesilleros a causa de sus cestos, en los que echan la arena, que luego pasan por una criba.

Sería fácil hacer al Tajo navegable hasta el mar, y entonces, con el Jarama conectando Madrid con Lisboa y facilitando la importación de productos coloniales y la exportación de vino y granos, España recibiría más beneficios que con diez mil cartas o constituciones de papel. Estas obras han sido proyectadas por muchos extranjeros, mientras los toledanos se limitaban a escuchar perezosamente. De esta manera, en 1581, Antonelli, natural de Nápoles, y Juanelo Turriano, milanés, propusieron el proyecto a Felipe II, que era entonces el amo de Portugal, pero no había dinero, la historia de siempre, porque los ingresos se gastaban en traer y llevar reliquias y en construir el inútil Escorial, y no se hizo nada, aparte de excursiones en barco y odas al “prudente y gran rey”, que iba a llevar a cabo la obra, “haré, haré, haré”, porque aquí se prefiere el futuro al pretérito. El proyecto dormitó hasta 1741, cuando otros dos extranjeros, Julio Martelli y Luigi Carduchi, incitaron en vano a Felipe IV, quien poco después de perder Portugal no tardó en olvidarse del Tajo. Pasó de esta manera otro siglo, y Richard Wall, irlandés, se ocupó de la idea en 1755, pero Carlos III, ocupado en librar guerras francesas contra Inglaterra, estaba sin dinero

contante. El Tajo, desde entonces, ha seguido su curso por su lecho rocoso, como un indómito caballo berberisco, riéndose de los toledanos, que, soñolientos, pensaban en lo imposible a lo largo de sus orillas, invocando a Brunel, Hércules y Rothschild, en lugar de arrimar ellos mismos el hombro a la tarea. En 1808, la idea fue planteada de nuevo por Francisco Javier de Cabanes, que había estudiado en Inglaterra nuestro sistema de canales y coches e introdujo las diligencias en España, publicando también un estudio de todo el río; este folio, titulado Memorias sobre la navegación del Tajo, Madrid, 1829, parece el libro azul de alguien que hubiera descubierto las fuentes del Níger, tan semejantes a un desierto son las zonas despobladas e incultas que se extienden entre Toledo y Abrantes. Fernando VII, en vista de ello, promulgó un aprobatorio decreto de papel y así terminó la cosa, porque sus decretos llenan 18 gruesos volúmenes, aunque Cabanes ya se había puesto de acuerdo con la empresa Wallis and Mason para la maquinaria. Recientemente, el proyecto ha vuelto a la vida gracias a nuestro amigo Bermúdez de Castro, un caballero inteligente que durante su larga residencia en Inglaterra ha absorbido la iniciativa y la energía del extranjero. ¡Veremos!, porque la esperanza es buen desayuno, pero mala cena, como dice Bacon.

Ahora crucemos el puente de San Martín y subamos la cuesta que hay a la izquierda; tanto la ciudad como el río no tardarán en perderse en un valle de rocas y arriba se extiende el cielo azul y debajo un arroyuelo entre mujeres que lavan la ropa, animando las piedras grises con relucientes manchas de color y alegrando la soledad con canciones. Sigamos el arroyo hasta el Tajo y, habiendo observado los molinos moros, subamos de nuevo hasta llegar a un paisaje hecho a la medida de Salvator Rosa, hasta que, llegados a una capilla, vemos que Toledo reaparece con su dominante alcázar, levantándose sobre rocas y ruinas por encima del río; luego subamos hasta el maltrecho castillo de Cervantes, nombre este que no tiene nada que ver con el autor de Don Quijote, sino que es una corrupción de San Servando; este castillo defiende el acceso al puente que hay abajo y desde él se goza de una espléndida vista de Toledo. A la derecha, abajo, hay una alameda plantada de rosas y tendida al comienzo de la carretera de Aranjuez. El prado que hay enfrente es un campo de romance: aquí celebró Alonso unas Cortes en las que el Cid se quejó de sus malvados yernos, los condes de

Carrión; aquí quedan todavía unas ruinas muy maltrechas, llamadas Las Casas de la Reina, por ser los supuestos restos de un fabuloso castillo en el aire, construido por Galafre, un rey que nunca reinó, para su hija Galiana cuando esta fue cortejada por Carlos Martel, que nunca estuvo en España y que mató en su presencia a su rival Bradamante, que nunca existió. Los que quieran averiguar la verdadera historia de esta casa mora consulten a Gayangos ("Moh. D"., II, 303). No vale la pena ir hasta las ruinas, aunque nosotros fuimos.

El puente, como otros que hay sobre el Tajo, se llama, por pleonasmo, El puente de Alcántara, o sea lo mismo que decir "puente del puente", porque los españoles no entienden siquiera el nombre de una cosa que los moros les hicieron. Aquí los romanos fueron los primeros en construir uno, que fue reparado en el año 687 por el godo Sala: destruido por una inundación, fue reconstruido en el 871 por el alcaide Halaf, reparado de nuevo en 1258 por Alonso el Sabio, restaurado por el arzobispo Tenorio hacia 1380 y fortificado en 1484 por Andrés Manrique. Examínense las torres y la téte du pont, así como la estatua de Berruguete que representa a San Ildefonso, el Divus tutelaris, a quien Felipe II dedicó el puente, como consta en una inscripción. Desde este lugar las murallas se separan, yendo a la derecha en doble hilera, la superior de las cuales es la construida por Wamba y la inferior la de Alonso VI. Súbase a la colina de la izquierda y descánsese por un momento, para ver abajo el ingenio sin tejado, la máquina hidráulica cuyas ruinas parecen hechas a la medida para el dibujante. Toledo, construida sobre una alta roca, estaba mal abastecida de agua, por lo cual los romanos cerraron el desfiladero con un gigantesco viaducto y acueducto, que iba desde el Puerto de Yévenes, que estaba a unas siete leguas de distancia. Todavía pueden observarse algunos restos cerca de Los Siete Cantos y también bajo El Camino de Plata, expresión que es una corrupción corriente en España de la vía lata. Cuando los moros conquistaron Toledo había también una enorme Naúrah, o noria, es decir, una rueda hidráulica, de noventa codos de altura, que forzaba al agua a subir por medio de tuberías, obra de los judíos, que fueron los que introdujeron la hidráulica en Oriente, donde el agua es la sangre de la tierra y el elemento de la fertilidad: ningún pueblo ejerció jamás mayor poder sobre este elemento que los moros españoles. Los

anfibios musulmanes gustaban del agua fresca, porque las abluciones, tanto fuera como dentro de las casas, son agradables, además de religiosas, bajo un sol tórrido, de manera que, mientras el griego erigía una estatua y el cristiano un crucifijo, el moro construía una fuente o bien excavaba un pozo. Los moros toledanos eran expertos de primera categoría en fuerza hidráulica: su rey, Almamún Ibn Dhia-núa, o Yahya, tenía un lago en su palacio, y en el centro de él un pabellón, en torno al cual el agua bajaba por todos los lados, rodeándole de esta manera de la más grande frescura dentro de su pabellón de verano, exactamente lo mismo que el Kasr Dubarra que existe en El Cairo. Aquí se hicieron también las clepsydrae, o relojes de agua, para los cálculos astronómicos de Alonso el Sabio, para estudiar los cuales Daniel Merlac vino desde la misma Oxford en 1185. Carlos V, a quien encantaba la mecánica, hizo que unos griegos, en 1565, se sumergieran en Toledo en una campana de buzo, y el mismo año hizo venir desde Cremona a un relojero llamado Juanelo Turriano para que reparase la Noria original, que, en 1568, hacía subir a Toledo hasta seiscientos mil cubos de agua diarios. Sin embargo, surgieron disputas entre la corona y el ayuntamiento en tanto que "conservadores del río" y, entre ellos, la familia Turriano, por ser extranjeros, resultaron engañados y murieron pidiendo limosna. Poco después, el indignado Tajo estropeó la máquina, que los indígenas no supieron reparar y, en vista de ello, recurrieron a una empresa inglesa, que rechazó la oferta por no gustarle las seguridades que se le ofrecían sobre el pago, y desde entonces la ruina ha sido completa y Toledo, la "luz del mundo", consigue su agua por medio de la primitiva maquinaria de burros que suben y bajan guiados por bípedos, cuya capacidad de inteligencia mecánica es semejante a la de aquellos: podrán verse detalles curiosos en Ceán Bermúdez.

A continuación debe visitarse el alcázar, o sea la Atalaya de Tolaitola, el monte Sión o palacio y fortaleza y característica principal de una ciudad a la que en otro tiempo defendía y ahora adorna. Era la Kassabah amalequita, a la que se hicieron ampliaciones en el año 1085 por orden de Alonso VI: las partes más antiguas dominan el Tajo, de la misma manera que el castillo de Presburgo el Danubio. Fue muy mejorada por Álvaro de Luna y también por Carlos V en 1548, que empleó a Enrique de Egas y a

Alonso de Covarrubias para que añadieran las bellas fachada y escalinata, que Herrera completó para Felipe.Todo ello fue incendiado en la guerra de Sucesión, pero no por los ingleses, como afirma Ceán Bermúdez, sino por el general portugués Atalaya, que desahogó así el odio que sentía por todo lo español en sus tocayos ciudad y castillo: las ruinas fueron reparadas por el cardenal Lorenzana, el último de los grandes y buenos primados de Toledo, ultimus Romanorum, que las convirtió en una Casa de Caridad, en la que los pobres trabajaban en el tejido de la seda. Toda su vida e ingresos fueron dedicados a las buenas obras; ayudó al clero francés exiliado y, cuando fue insultado en Roma por los republicanos armados, se apresuró a ir allí a ofrecerle consuelo, lo que sus atormentadores le impidieron hacer. Arrancado a su jefe espiritual, Lorenzana abdicó de su primacía y murió en 1804, pero los franceses nunca le perdonaron que ayudara a sus sacerdotes exiliados, y cuando entraron en Toledo se ensañaron especialmente con todas sus obras, ya que su persona estaba fuera de su alcance. Echaron a los pobres del asilo, convirtiéndolo en cuartel, y luego lo incendiaron, a manera de último obsequio, las tropas de Soult, cuando evacuaron la ciudad que dejaban medio en ruinas. Las murallas, maltrechas, de los barrios en que los soldados se alojaron la última vez que estuvieron aquí, siguen profanadas con escritos y dibujos de la mayor obscenidad.

Las ruinas son impresionantes y muy propias de Toledo, que es un lugar de palacios sin príncipes, conventos sin monjes y exclaustrados sin pan. Obsérvense la fachada, ventanas, patio y columnas de granito, todo ello de Berruguete, así como la bella escalinata y la galería superior, cubierta de adornos heráldicos y que fue mutilada por los invasores. En los salones que dan al río, la viuda de Felipe IV, la reina regente, estuvo recluida durante la minoría de Carlos II; su manera de vivir ha sido gráficamente descrita por madame D'Aulnoy y por Dunlop. Fue primero instrumento de aquel bajo aventurero Nithard y luego de su indigno amante, Valenzuela; pero no hay nada nuevo en la historia española, ni en la pasada ni en la presente.

Y ahora sigamos al Zocodover, nombre que a los lectores del Lazarillo de Tormes y Cervantes les recordará la guarida de bribones y de los pobres y orgullosos patilludos que se morían de

hambre sin dejar de jactarse.

Suk en árabe, zoco en español y soke en inglés, significan "lugar del mercado" y de cercanía de catedrales, porque el comercio y la religión siempre se dieron la mano; el santuario atraía multitudes y "cambistas", mientras que la santidad del lugar protegía al comercio. Esta plaza es muy mora, con sus irregulares ventanas, balcones, herreros y pintorescos campesinos: ahora, una calle larga, y casi la única un poco ancha en Toledo, conduce a la catedral gótica, cuyo exterior no es ni bello ni simétrico, mientras que la entrada norte está cegada: los mejores lugares para verla son al noroeste, ya sea desde la plaza del Ayuntamiento o de San Yuste; una torre está terminada y de ella se eleva una fina espira, rodeada de algo semejante a coronas de espinas.

Las crónicas eclesiásticas afirman que este templo fue construido para la Virgen mientras vivía todavía y que con frecuencia bajaba del cielo a visitarla, acompañada de San Pedro, San Pablo y Santiago. Convertida por los moros en su mezquita principal, Alonso VI les garantizó su posesión con esa tolerancia que el infiel siempre ha mostrado para con sus súbditos cristianos, pero que los cristianos españoles nunca mantuvieron con los moros. De esta manera vemos que Ximénez rompió el tratado de Granada antes siquiera de dar tiempo a secarse la tinta con que había sido escrito, y también entonces Bernardo, el primer arzobispo, apoyado por la reina Constanza, francesa como el mismo Bernardo, aprovechó la primera oportunidad en que el rey se ausentó para apoderarse de la mezquita y desposeer a los moros; entonces el alfaquí, dándose cuenta de que toda resistencia era inútil, intercedió cerca de Alonso y el edificio fue echado a bajo en 1226 por Fernando el Santo, que puso con sus propias manos la primera piedra de la actual catedral, la cual, diseñada por Pedro Pérez, fue terminada en 1492, saqueada en 1521 por los seguidores de Padilla y de nuevo en 1808 por La Houssaye. Anteriormente había sido una cantera de riqueza y arte, y así vemos que Ceán Bermúdez enumera ciento cuarenta y nueve artistas que, a lo largo de seis siglos, fueron empleados por los más ricos prelados de España para hacer de esa catedral un templo digno de la primacía, dignidad que fue durante largo tiempo conservada por la cabeza dominante de la época, porque la profesión religiosa no era obstáculo a los altos cargos, sino más bien una recomendación para ellos; no un peso para los políticos, una

dificultad gubernamental, sino, más bien, un vínculo indisoluble, y ahora, ciertamente, la religión es apenas otra cosa que un mero girón de lo que fue en otros tiempos, cuando lo era todo en todo y cuando la misma inteligencia que regía la Iglesia llevaba también las riendas del estado. Los anteriores arzobispos de Toledo fueron grandes tanto en la paz como en la guerra: los rodrigos se pusieron a la cabeza de ejércitos victoriosos, los tenorios tendieron puentes, los fonsecas fundaron centros de estudio, los mendozas y los ximénez fueron gobernantes, regentes y fundadores de universidades, mientras que los taveras y lorenzanas edificaron casas de caridad y hospitales. Estos, ciertamente, han sido barridos por bruscas manos, tanto extranjeras como nacionales, pero su recuerdo persiste y no les resultará fácil a los nuevos confiscadores laicos reparar las ruinas o rivalizar con esas obras de la piedad y la ciencia, esas ofrendas que las antiguas manos consagradas depositaron sobre el altar. Los prelados del periodo caballeresco y medieval de España se educaron en el claustro, que era entonces el único refugio de la paz, la cultura y las artes que humanizan. Tenían "tiempo libre", sin lo cual, como dice el más prudente de los hombres, nadie puede hacerse sabio. La Iglesia era entonces la mejor escuela de ministros de Estado y hombres de negocios, ya que la mayor parte de los laicos de entonces apenas pensaban en otra cosa que en la guerra o en la caza, que es una imitación de aquella. Pero ahora el servicio de Dios descalifica a sus profesores para servir a su reina y a su país y, muy lejos de poder llegar a ser ministros de Estado, se ven degradados a ser meros ministri del altar, al tiempo que ni siquiera sus miserables salarios les son siquiera pagados.

El primado de Toledo tiene como sedes sufragáneas Córdoba, Jaén, Cartagena, Cuenca, Sigüenza, Segovia, Osma y Valladolid: el capítulo era verdaderamente imperial y constaba de casi cien dignatarios y prebendados. Aquí como en León y Burgos, el rey fue siempre canónigo, de la misma manera que el sacerdocio de la Venus de Pafos recaía en un Príncipe de la Sangre, porque, de esa manera, el prestigio y el poder de la realeza se reclutaban al servicio de la Iglesia, y para mostrar su poder, el monarca era siempre multado por no asistir al coro el día de San Juan.

Antes de entrar conviene examinar el interior y las puertas. La

Puerta de los Leones se llama así a causa de los leones con escudos que hay sobre las columnas. El portal, muy hundido en el grosor del muro, con figuras góticas y hornacinas, fue ejecutado por el maestro Egas en 1459 con bella piedra blanca, que, suave al principio, va endureciéndose con el tiempo; las obras superiores fueron restauradas, con mal gusto, en 1776 por Mariano Salvatierra, de quien es también la Asunción de la Virgen. El exterior de las puertas de bronce, dignas de Miguel Ángel, fue fundido en 1545 por Francisco de Villalpando, y el interior, bellamente tallado en madera en 1541 por Diego Copin, de Holanda; pero torneos, centauros, etcétera, son cosas muy poco apropiadas para la entrada de un templo cristiano, y la moderna puerta jónica es igualmente inadecuada, al estilo gótico de la catedral. La Puerta del Reloj o de la Feria queda muy oculta por edificios y también ha sido desfigurada con obra de madera moderna, roja y dorada, que encaja muy mal con los relieves gótico-tudescos de piedra; las puertas de bronce fueron ejecutadas para hacer juego con las de la puerta de enfrente; la que está a la izquierda es obra de Antonio Turreno, 1713, y la de la derecha, de Antonio Domínguez. Están ornamentadas también con tallas en el interior, que son más antiguas y de mejor estilo; la Puerta del Perdón tiene seis hornacinas en cada lado, que sigue la curvatura del arco.

El interior, aunque bueno, es inferior al de la catedral de Sevilla, tanto en forma como en altura. Aquí las naves laterales son algo bajas y están agobiadas por órdenes de arcos y por el fatal enjalbegamiento con que ha sido implacablemente cubierto; el estilo gótico, en general, es sencillo y ojival. Las vidrieras son soberbias y deben ser observadas a la puesta del sol, cuando, mientras las naves se ensombrecen, esos muros historiados se iluminan como rubíes y esmeraldas. Las expoliaciones y confiscaciones recientes han tendido a reducir la antigua magnificencia de este magnífico templo, al que ahora faltan el espíritu y el movimiento de la vida, porque aquí la soledad y la melancolía yacen sombrías y encerradas, y triste la vestidura de Toledo. La pompa y las ceremonias de esta ciudad solían ser notables incluso para España, donde se celebraba un servicio verdaderamente divino; en tales ocasiones, el vasto espacio se llenaba de muchedumbres numerosas como hormigas, la ciudad del sueño despertaba como si hubiera sido tocada por una varita

mágica y sus calles se llenaban, trocando por movimiento y masas su habitual y mortal monotonía.

Pasando a los detalles, diremos que hay cinco naves, sustentadas por ochocientos cuarenta y un entrepaños; la longitud es de cuatrocientos cuatro pies y la anchura de doscientos cuatro; la nave central, en su punto más alto, se levanta a ciento sesenta. Los claustros se hallan situados al norte, cerca del sagrario y las salas, que contienen las reliquias y los cuadros. Las ventanas, cuyos rojos y azules son incomparables, fueron pintadas principalmente por extranjeros: por Alberto de Holanda, el Maestro Cristóbal, Dolphin, Juan Campa, Luis, Pedro Francés y Vasco de Troya. Los temas están tomados de la Biblia y de leyendas de santos locales, intercaladas con los escudos de los donantes.

El coro, como de costumbre, está situado en el corazón de la nave central, pero, al igual que el rico trascoro, no es muy alto y el ojo puede abarcarlo entero: el coro es un museo de escultura; las sillas inferiores, talladas en 1495 por el Maestro Rodrigo y enriquecidas con grotescos ornamentos tudescos, representan las campañas de los Reyes Católicos. Obsérvese, en estos auténticos documentos contemporáneos de lugares y vestidos, la rendición de la Alhambra. Las sillas superiores constituyen un perfecto contraste clásico, por estar bordadas con una profusión de ornamentos, y sobre ellas, en alabastro, se ve la genealogía de Cristo, mientras que las hornacinas están divididas por pilares rematados por candelabros y que descansan sobre cabezas de querubines. Los asientos están separados por columas de mármol rojo, y la inscripción puesta aquí por el cardenal Tavera dice la verdad: “Signa tum marmorea tum ligna coelavere hinc Philippus Burgundio, ex adverso Berruguetus Hispanus; certaverunt tum artificium ingenia, certabunt semper spectatorum judicia”, y, cuando se trata de pronunciar un juicio, no resulta tan fácil, después de todo, distinguir entre las obras de ambos maestros; de las setenta sillas, las treinta y cinco del lado de la Epístola son de Vigarny, que murió aquí en 1543 y fue enterrado cerca de su obra; pero más tarde, cuando se reparó el pavimento, el capítulo, tan falto de buen gusto como de gratitud, hizo arrojar su lápida entre los cascotes. Al criticar a los dos grandes escultores cabe observar que Vigarny es sencillo y grandioso tanto en las vestiduras como en las expresiones, mientras que Berruguete es más

elegante e italianizante. Este último artista talló también el trono del primado y la transfiguración que campea sobre él, tema que, por su propia naturaleza, se adapta mal a los materiales duros. En el coro obsérvense los exquisitos atriles de metal dorado, trabajados con bajorrelieve, de las Escrituras y divididos por figuras femeninas, obra de arte verdaderamente florentina de Villalpando. El facistol, lo que nosotros llamamos lettern, un águila sobre una torre gótica, con estatuas en los nichos, es excelente. La imagen negra de madera de la Virgen que se ve ante él es muy antigua y la falda moderna y magnífica. La reja y las columnatas doradas que sustentan las cortinas, así como los candelabros, son todos del gusto cinquecentista y fueron hechos por Domingo de Céspedes. Los órganos modernos churrigueresco no encajan con las obras de los gigantes antiguos.

Pasando al entre los dos coros obsérvense los dos púlpitos de dorado metálico, situados entre dos columnas de mármol cortas; estos, dignos de Cellini, fueron hechos de la tumba de bronce que se había hecho erigir para sí mismo Álvaro de Luna y que fue destruida por Enrique, infante de Aragón cuando, amargado por su derrota de Olmedo, ante lo cual Álvaro le envió una copia de ciertos versos compuestos sobre esta ruin venganza, mientras Juan de Mena (copla 264) condena a los vándalos sin civilizar, cuyos "corazones eran más duros que el bronce"; ¿pues qué habría dicho de los de este siglo? La espléndida reja fue ejecutada en 1548 por Villalpando. La Capilla Mayor fue ampliada por el cardenal Ximénez, pero la rica obra gótica a los lados es más antigua y forma parte de la obra original de Tenorio. El bello y alto Retablo, con cinco divisiones, contiene tallas de la vida del Salvador y la Virgen, realizadas hacia el año 1500 por Juan de Borgoña, Fernando Rincón, el Maestre Felipe y otros, bajo la dirección de Pedro Gumiel (el honrado). El conjunto está estofado, o sea pintado y dorado. Aquí están las tumbas de los Reyes Viejos, a saber: Alonso VII, Sancho el Deseado, Sancho el Bravo y el infante don Pedro. Aquí yace también enterrado el cardenal Mendoza; este gran prelado de la sacerdocracia y de alta cuna compartió la soberanía con los Reyes Católicos, razón por la cual recibió el nombre de Tertiux Rex, y, ciertamente, unía el poder religioso con el ministerial y sus decretos eran del tono de los orientales, "Saúl y Samuel". Este era el Ego et Reux meus que imitó nuestro cardenal Wolsey; y ahora, rey en vida,

yace enterrado en la muerte entre reyes, el mismo y raro privilegio de Jehoiada. Su tumba, realzada en blanco y oro, es obra de Enrique de Egas y digna de este espléndido altar mayor, donde todo el entorno, tanto por delante como por los lados, es sumamente intrincado; obsérvense los infinitos detalles de los pináculos, ángeles alados y estatuas en hornacinas y, entre ellos, el Pastor (San Isidro) que llevó a los cristianos a la victoria en las Navas de Tolosa y el "buen Alfaquí" que intercedió ante San Bernardo, el rompedor de tratados.

A continuación obsérvense los escuetos góticos respaldos del coro, erigidos por el arzobispo Tenorio en el siglo XIV y que contrastan con el trasparente, verdadera abominación del siglo XVIII, pero que es el orgullo y la vergüenza al tiempo de los toledanos. Este fue ejecutado por Narciso Tomé, heresiarca del churriguerismo que, en tal obra, torturó el material duro convirtiéndolo en nubes, rayos de luz y, en general, en todo lo que pueda parecer aéreo. Pero este fricasee de mármol costó doscientos mil ducados. El arzobispo Porto Carrero importó mármoles de Italia, y hubiera sido mejor llamarle Porto Carrara; fue el principal instigador de la sucesión de Felipe V, y este hacedor de reyes yace enterrado cerca de la capilla del sagrario con el epitafio "Pulvis et umbra nihil" lo que no puede decirse de este trasparente, pues es tan enorme y tan blanco que es imposible esconderlo, sino que, por el contrario, llama la atención en detrimento de otros objetos mejores; es el estilo de Luis XIV, pero enloquecido, sin embargo, fue inaugurado con corridas de toros, sermones y sonetos. Un monje, un cierto Francisco Galán, escribió un poema sobre esta Octava Maravilla; a pesar, sin embargo, de sus absurdos, muestra mucha fantasía depravada y gran habilidad y dominio sobre la materia. Por desgracia, un bello retablo antiguo y algunos cuadros fueron destruidos, como en León, para dejar sitio a esta monstruosidad en mármol.

A continuación visítese la capilla de Santiago, levantada en 1442 por ese gran trasgo de la familia, el condestable Álvaro de Luna, para ser panteón de su familia, y, como era maestre de Santiago, las Veneras abundan, como también las armas inclinadas, "gules partícipe de azur y una luna revertida en plata". Las tumbas originarias de bronce fueron convertidas en púlpitos y las actuales, de alabastro, son obra de Pablo Ortiz, que las esculpió en 1489 y

fueron erigidas por María, hija de Álvaro. El armado Maestre, que fue ejecutado en Valladolid en 1451 por su ingrato soberano, yace con su espada entre las piernas, mientras caballeros con camisote de malla se arrodillan a su lado; cerca de él está la urna de su mujer, Juana de Pimentel, muerta en 1489, por el reposo de cuya alma rezan las monjas todavía. Los retratos de los muertos están cerca del altar. Obsérvese también la tumba, en otros tiempos dorada, de Juan de Zerezuela, arzobispo de Toledo, muerto en 1442; era hermanastro del condestable y hermano de Benedicto XIII; la cabeza es muy buena.

A continuación visítese la capilla de los Reyes Nuevos, que lo son en relación con los que están enterrados cerca del altar mayor; fue planeada en 1531 para el cardenal Tavera por Alonso de Covarrubias y ejecutada por Álvaro Monegro; el forastero es recibido por heraldos en este aposento de realeza desaparecida, donde, en hornacinas blancas y doradas de bordado plateresco, digno de Cellini, reposan Enrique II, muerto en 1379; su esposa, Juana, muerta en 1381; el hijo de ambos, Juan I, muerto en 1390; su esposa Leonora, muerta en 1382 (sus efigies se arrodillan en el presbiterio); Enrique III, muerto en 1407, y su esposa Catalina (hija de nuestro Juan de Gante), muerta en 1419. Juan II, que fue quien hizo construir esta capilla, está enterrado en Miraflores, pero su estatua está aquí, entre sus antepasados.

Es preciso visitar todas las demás capillas, aunque describirlas sería tema suficiente para llenar un libro entero. En San Eugenio hay algunos restos de la vieja mezquita, con inscripciones cúticas y un arco y tumba de intrincado trabajo en bajorrelieve. En la de Santa Lucía hay algunos monumentos e inscripciones antiguos del siglo XIII: un buen cuadro del martirio de San Pedro y fuera, a la izquierda, otro de San Juan con un cordero, de mucho efecto. En la capilla de la Antigua obsérvese la rica obra gótica de la Virgen. En la Adoración de los Santos Reyes obsérvese el portal de piedra pintado en rojo, azul y oro; también el retablo, la reja con barras retorcidas y la pintura del Salvador muerto. La capilla de San Pedro sirve de parroquia de la catedral.

La capilla de San Ildefonso contiene magníficas tumbas; primero la del primado Gil de Albornoz, muerto en 1350, que es una obra

maestra de trabajo de hornacina y escultura gótica; luego la de su sobrino Alonso, obispo de Ávila, muerto en 1514, que es encantadoramente cinquecentesca, con trabajo de aves, frutas etcétera, en bajorrelieve y realzado en oro y blanco y que cubre la urna en que yace el prelado. Cerca, en una hornacina, está el sepulcro de Iñigo López, que murió en 1491 en el sitio de Granada y cuya cabeza está coronada de hojas, casi como un turbante. Cerca están las tumbas de Juan de Contreras y del cardenal Gaspar Borja, muerto en 1645. Esta noble capilla gótica está también ilustrada con escultura sobre temas relacionados con el santo patrono, San Ildefonso, cuya leyenda ha servido de inspiración a Murillo y a los mejores artistas españoles. Nació en Toledo en el año 690, fue capellán de San Isidoro y se preocupó mucho por la introducción de la mariolatría, llegando a escribir un libro en defensa de la virginidad perpetua, de la aiei parqenoj, que algunos herejes franceses han puesto en duda; su sermón sobre este texto se conserva aún (véase España sagrada, V, 493), pero algunos de sus argumentos, por muy propios que fueran para ser oídos por una congregación de godos, no pueden ser repetidos aquí. Una mañana, la Virgen descendió del cielo y asistió a maitines en la catedral, sentada en el asiento de su campeón, como también, más adelante, se sentó en el de Teresa de Ávila, y de la misma forma que los dioses griegos, quienes, sin embargo, preferían la carne a la misa. Nadie ha ocupado jamás el asiento usado por la Virgen desde que Sisiberto trató de hacerlo y fue instantáneamente expulsado de él por los ángeles. Y la Virgen, en cuanto hubo cantado los maitines, puso sobre los hombros de su defensor la casulla y luego, hablando como la estatua de Juno, le dijo que “venía de los tesoros de su hijo”. La relación original de este suceso, redactada por Cixila en el año 780, fue publicada de nuevo y confirmada por la Iglesia española en 1750. Cuando la invasión mora, esta casulla fue llevada a Asturias y se dice que está en el tesoro de Oviedo, invisible, naturalmente, a los ojos de los mortales, y tampoco se la puede poner ningún mortal que no sea Ildefonso mismo, porque, cuando su sucesor se la puso, le estranguló como la camisa enloquecedora de Deyanira.

Prisole la garganta como cadena dura

fue luego esfogado por su gran locura.

Las deidades femeninas de los paganos se mostraban igualmente liberales en sus dones, que también eran prendas de vestir, como el peplum de Minerva o el cistus de Venus (compárese con la cinta donada en Tortosa por la Virgen).

San Ildefonso (cuya principal fiesta aquí es el 22 de enero) llegó a primado de Toledo, donde murió en el año 617, siendo enterrado a los pies de Santa Leocadia; su cuerpo, cuando la invasión mora, fue también puesto a salvo y estuvo perdido durante largo tiempo, hasta que reapareció de la siguiente manera. Hacia el año 1270, un pastor toledano fue detenido en la catedral de Zamora por sospecharse que fuese un ladrón, pero él replicó: “San Ildefonso, que se me apareció en persona, me condujo aquí y desapareció”; en vista de lo cual, Alonso VIII hizo cavar en el lugar, se percibió el aroma de siempre, se halló un cadáver y se hizo construir una capilla, a la que los peregrinos ricos hicieron donativos y donde tuvieron lugar milagros a diario; véanse los detalles auténticos. Como Zaragoza reclamaba la primacía de Aragón porque la Virgen había descendido del cielo allí para ir a visitar Santiago, Toledo debe su elevación en Castilla al mismo cumplido, hecho por San Ildefonso; en consecuencia, el cardenal Rojas, erigió un santuario sobre el lugar exacto, el cual se levanta en forma de pirámide de obra gótica tallada; obsérvense sus armas y su retrato. Los bellos bajorrelieves de Vigarny representan a San Ildefonso predicando su notable sermón y recibiendo la casulla; detrás se encuentra la verdadera losa sobre la que se posaron realmente los pies de la Virgen; enmarcada en mármol rojo es objeto de universal adoración, hallándose separada por una barandilla, con la inscripción: “Adorabimus in loco ubi steterun pedes ejus”. El lema más antiguo, según Ortiz, decía así:

Quando la Reina del cielo

puso los pies en el suelo

en esta piedra los puso.

De besarla tened uso

para más vuestro consuelo.

La multitud, que ha aprendido de esta manera de la Iglesia el consuelo de besar, ha llegado a gastar la piedra, como en Zaragoza y Santiago: este roce de labios piadosos rivaliza con el que los ídolos de la antigüedad no sabían resistir, pero tal es la naturaleza de las cosas, como observa Lucrecio en De Rerum Natura:

Tum portas propter ahenas

signa manus dextras ostendunt attenuari

saepe salutantum tactu.

De esta manera se besaban las huellas de la diosa, según Apuleyo, "exosculatis deae vestigiis". Pero ni el diamante siquiera podría resistir este constante desgaste, como dice Hudibras:

Las estatuas de mármol hechas pedazos a fuerza de frotar con valor y besos de peregrinos.

Cerca de esta capilla hay dos buenos cuadros que representan a San Antonio y a San Vicente Ferrer.

A continuación visítese la capilla mozárabe; el retablo data de 1508. Este curioso ritual fue establecido aquí de nuevo en 1512 por Ximénez para sugerir al Vaticano que España no había olvidado su antigua independencia espiritual; sin embargo, lo cierto es que, por

muy ultravaticanista que hubiera sido en apariencia la política y la práctica de los españoles, siempre se resistieron a la verdadera dominación del pontífice extranjero, aferrándose a su credo y dogma por igual, en oposición al Corán de los musulmanes invasores y a la Biblia de la reforma, pero el rey católico fue campeón del papa por sus propias razones españolas, de tal manera que, mientras Roma infundiese valor a sus ejércitos y sostuviese sus ambiciones y su Inquisición, él seguía siendo el mayor y más sumiso hijo de la Iglesia, pero en cuanto el italiano quería imponer a los españoles personas y planes italianos, el españolismo se sublevaba de inmediato. De esta manera los iberos sobornaban a sus dioses cuando se pedían favores y eran concedidos, pero apelaban a la fuerza y la violencia si estos eran rechazados; Clemente VII fue apresado por Carlos V y la ciudad saqueada por sus tropas, peor incluso que por los galos, antiguos o modernos, y de nuevo, en nuestros tiempos, cuando faltó dinero, la Iglesia fue despojada sin consultar a Gregorio XVI, al que solo se apeló cuando la lujuria satisfecha, los miedos supersticiosos y los anhelos de despotismo requirieron de él que hiciese la obra de Palacio en Madrid.

El ritual mozárabe era el de los godos españoles, que, libre de los modernos inventos de Roma, era el más antiguo de la cristiandad y el que más se acercaba a la forma apostólica primitiva que fue, en un principio, dada a los santos; este ritual es para España lo que el rito ambrosiano para los milaneses: el texto original fue modificado por primera vez en el año 633 por San Isidoro y San Leandro, que son comparados con Ezra, modificador de los libros del Antiguo Testamento: la nueva versión fue impuesta por el IV Concilio de Toledo e iba directamente contra las herejías arrianas, que negaban la divinidad del Hijo; fue conservada por los cristianos que, bajo el tolerante dominio de los moros, conservaron aquí seis iglesias que siguen existiendo todavía en sus emplazamientos originales y debieran ser visitadas; son las de Santa Eulalia, San Torcuato, San Sebastián, San Marcos, San Lucas y Santa Justa, y sus nombres son las mejores pruebas de su antigüedad. Las características de este ritual son su simplicidad y su serio tono de devoción así como la ausencia de la confesión auricular. Las oraciones son tan bellas que muchas han sido adoptadas en nuestro libro de Oraciones; la hostia se dividía en nueve partes, que representaban la encarnación, la epifanía, la natividad, la circuncisión, la pasión, la muerte, la

resurrección, la ascensión y el reino eterno.

La palabra mozárabe, Muzarab, ha sido derivada erróneamente de Muza y sus árabes y también de mixti-árabes, dando por supuesto que los moros hablaban latín y, por ello, llamaban así a los cristianos que vivían entre ellos; pero la expresión árabe Mus-Arab significa hombres que vivían entre los árabes y los imitaban, pero que no eran Arab-al-Araba, como los hebreos de los hebreos. El abandono del ritual gótico fue culpa de los franceses, que desnacionalizaron España al introducir en ella el ultra-vaticanismo, porque Bernardo, no contento con desposeer a los musulmantes, atacó a continuación a los cristianos influyendo en su débil compatriota la reina Constanza, hasta conseguir que pervirtiera a su marido; de esta misma manera, las "esposas extranjeras" sedujeron a Salomón, como la Jezabel sedujo a Ahab, induciéndole a toscas supersticiones. Alonso, sin embargo, encontró grandes dificultades en poner el misal gregoriano en lugar del gótico y nacional, porque sus independientes súbditos, que aborrecían todo dictado y toda innovación extranjeros, se aferraban a su ritual primitivo, calificando el ritual rival con el nombre de rito gálico, epíteto dado desde entonces a otros "beneficios" derivados de Francia: finalmente tuvo lugar el cambio por medio de combate judicial, porque en aquellos tiempos se recurría a la espada para cortar cualesquiera nudos gordianos, tanto de leyes como de teología; se celebró una solemne prueba de armas, de modo que cada rito tenía su campeón armado, pero cuando el defensor del rito gótico, Juan Ruiz, derrotó a su oponente galo-papal, el pérfido Bernardo se negó a aceptar el resultado de una prueba que él mismo había propuesto y apeló entonces a la prueba del fuego, de manera que los dos volúmenes fueron puestos sobre una hoguera y el del rito gótico quedó incólume, mientras el del galo-romano saltaba a un lado. Pero, a pesar de estos dos veredictos, prevaleció la moda francesa y los rituales antagónicos recibieron en un principio permiso para seguir usándose al mismo tiempo, hasta que Roma, por medio de sobornos y de fuerza, consiguió eliminar a su rival; de aquí el proverbio, donde quieren reyes ahí van leyes, o el nuestro, el poder hace la justicia. La misa gregoriana se cantó en Toledo por primera vez el 5 de octubre del año 1086, y de esta forma se introdujo la pequeña cuña en España y salió triunfante el deseo favorito de Gregorio VII y del apasionado Hildebrando; de esta manera, el

ritual romano, redactado en una lengua que la gente no entendía, se consolidó en España, excluyendo al mozárabe, y la centralización vaticana acabó con la independencia religiosa nacional. Ximénez hizo imprimir el ritual original en Alcalá de Henares en 1500 y, como la edición se hizo muy rara, fue reeditado por Lorenzana en 1770 en Puebla de los Ángeles, Méjico, y de nuevo por el mismo en Roma, en 1785-1804. Para los detalles consúltense sus prefacios y a Ortiz, capítulo 41, La vida de Ximénez, por Eugenio Robles, cuarto, Toledo, 1604, y la Historia de la Reforma en España, por M'Crie. Las paredes de esta capilla fueron pintadas al fresco por Juan de Borgoña en 1514 y representan la campaña de Orán que fue planeada, sufragada y dirigida por Ximénez en persona; de aquí el dicho: Pluma, púrpura y espada, solo en Cisneros se halla. El día en que fue conquistada Orán, el 18 de mayo de 1508, el sol se detuvo en su carrera y, de esta forma, todo el sistema de las esferas celestes quedó desorganizado, a fin de que pudiera prolongarse un feroz saqueo bajo los ojos del cardenal, que bendecía a los soldados mientras se empapaban en sangre y lujuria. Estos milagros solares, sin embargo, fueron siempre muy corrientes en España y en África; de la misma manera, antes de la expedición de Escipión a Africa, relucieron dos soles en el cielo, pero el historiador (Tito Livio, XXIX) atribuye esta creencia a la superstición, porque los hombres eran entonces "proni et nuncianda et credenda prodigia".

Visítese a continuación la Sala Capitular de Invierno, cuya antesala es muy mora. El portal cuadrado fue realizado por Bernardino Bonifacio y la entrada por Antonio Gutiérrez, en 1540, sobre diseños de Antonio Rodríguez; el soberbio techo de artesonado fue pintado por Francisco Lara. Obsérvense sobre todo las intrincadas tallas en los armarios roperos más antiguos, que es obra de Gregorio Pardo, discípulo de Berruguete, a quien se atribuyen erróneamente, hechas por encargo del arzobispo Siliceo. Al entrar en la sala conviene examinar bien las partes de arriba y abajo, es decir, el pavimento y el magnífico techo. Las paredes están decoradas con una serie de pinturas, ejecutadas, en 1511, para el cardenal Ximénez, por Juan de Borgoña, que, por su estilo, se asemejan mucho a Pietro Perugino. Las mejores son la Natividad de la Virgen, su encuentro con Santa Isabel en un paisaje rocoso, el don de la casulla y una bonita Sagrada Familia cerca del trono. Sobre los asientos cuelgan retratos de los Primados, que, a partir de Ximénez,

son auténticos; los anteriores son buenos y verdaderos hombres de inteligencia dominadora, pero la Iglesia fue degenerando al mismo ritmo que el país y su arte y la transición de lo sublime a lo ridículo se remata en el babuino atontado del infante Luis, que es la personificación de la imbecilidad mitrada.

Visitemos ahora la parte de la catedral que contiene las pinturas, reliquias, etcétera, que se conservan en la sacristía, sagrario, ochavo y otros salones hechos en 1616 para el cardenal Rojas por Juan Bautista Monegro y otros y terminados por el arzobispo Moscoso en 1652-58. La familia Rojas está enterrada en la capilla de Santa Marina. El techo del Salón de la sacristía está pintado por Luca Giordano con el milagro consabido de la casulla: obsérvese el autorretrato del artista, cerca de la ventana, a la izquierda del altar. Entre los mejores cuadros hay un Martirio de Santa Leocadia de estilo veneciano, obra de Orrente, con una buena figura en negro cerca de una columna; El Calvario, o sea Cristo con la cruz a cuestas, pintado por El Greco, algo suelto; también de este pintor hay una Natividad y una Adoración. Pregúntese en particular por un pequeño San Francisco, que es una imagen tallada, de cosa de dos pies y medio de altura, obra de Alonso Cano, verdadera obra maestra de cadavérico sentimiento extático. En el vestuario hay otros cuadros y, entre ellos, un Julio II digno de Vandyke; una Natividad y una Circuncisión, de Basano; un esbozo, pintado por Rubens, de San Jorge y la Sagrada Familia, y un Enterramiento de Cristo, de Bellino. El ochavo es un octágono, terminado en 1630 por un hijo de El Greco, con preciosísimos mármoles y una cúpula pintada. Este es el Donarium o cámara del tesoro de la Virgen (compárese con Apuleyo, Metamorfosis, IX, 183); aquí se guardan sus magníficos vestidos y las más eficaces reliquias. La plata de iglesia fue en otros tiempos mina en Perú. Los principales objetos fueron llevados a Cádiz cuando la invasión, de la misma manera que los toledanos, once siglos antes, enviaron a Asturias sus penates y sus propiedades, que de esta manera escaparon al despojador infiel. Los franceses, a pesar de todo, hicieron buena cosecha, porque se llevaron alrededor de 23 quintales de plata de esta catedral, no dejando en ella ni siquiera suficiente para la celebración de las ceremonias de la religión que ellos mismos también profesaban. El admirador de la plata antigua debe preguntar dónde están las urnas de plata dorada hechas para los

cuerpos de San Eugenio y Santa Leocadia por encargo de Felipe II por Francisco Merino, 1566-87; hay también una estatua de San Fernando de plata, una custodia gótica, obra maestra de Henrique d'Arphe; la cruz misma del cardenal Mendoza, que fue izada en 1492 sobre la Alhambra conquistada; las espadas de Alonso VI, el conquistador de Toledo (estas dos últimas son ciertamente reliquias históricas); un Incensario (exactamente lo mismo que el antiguo qumiamaterion, Thuribulum), hecho en forma de nave (navis, nave en inglés, nief); un relicario gótico en forma de espira, que se abre como un épergne y contiene algunas reliquias bien conservadas; un vaso de iglesia precioso, engastado, como la antigua crysendela, en piedras preciosas antiguas, etcétera, y también, entre estos objetos, un tema priápico, pero Millin había creído ver una Ciboire, o sea, el receptáculo de la hostia, o sea, Cristo presente local y físicamente, en el que se habían engastado medallones fálicos. Conviene preguntar también por las figuras de plata alegóricas de las cuatro partes del globo. El sabelotodo, que nunca falta en estos sitios, sin embargo, se encargará de indicar los principales objetos de las preciosas reliquias y la curiosa platería que aún se encuentra allí y que se exhiben en una especie de mezcla de museo anatómico y aparador. Toledo, en la época gótica, era tan famoso por sus orífices que los ornamentos de la mezquita de La Meca se hicieron aquí; era una ciudad de reliquias (véase Oviedo) y todavía posee, además de la leche de la Virgen y espinas de la corona del Señor, muestras de casi todas las cosas y personas que se mencionan en los Testamentos Antiguo y Nuevo: un inventario exacto y completo lo da Ortiz, un capítulo que, dentro de mil años, seguirá siendo interesante como curiosa reliquia de las edades oscuras.

Pero la Virgen es aquí la reina y "Gran Diana"; su imagen, tallada en madera negra, a la que se aplica el texto del Cantar de los cantares, "nigra sum sed formosa" está sentada en un grupo bajo un dosel de plata dorada, sostenido por columnitas; su corona, digna de la emperatriz de los cielos y la tierra, es una masa de gemas, con una notable paloma de esmeraldas y perlas que cuelga bajo una cruz de diamantes; su guardarropa, que se conserva en una sacristía más pequeña, rivaliza con los de Montserrat, Zaragoza y Guadalupe. En días importantes sale vestida de brocado y cubierta de oro, perlas y bárbara magnificencia, para cuya mejor exhibición la falda se ensancha en la base formando un triángulo con la punta de la

corona; sus anillos, collares y dijes son incontables. Triste, ciertamente, sería el lamento de la bienaventurada Virgen María, cuyo dulce encanto era precisamente su modesta sencillez, si pudiera bajar solo una vez aquí, visitar esta catedral y ver toda esta pompa mundana de ornato y vanidad femeninas.

A continuación, visítense los elegantes claustros góticos, que, llenos de luz del sol y de flores, fueron edificados por el arzobispo Tenorio en 1389, sobre el lugar en que antes estaba el mercado de los judíos, cuyo olor ofendía a la nariz del primado y cuya cercanía ensombrecía sus píos sentimientos. Como no querían vender el solar, instigó él a la muchedumbre con sus sermones a que incendiasen las casas de los infieles y luego hizo levantar este bello cercado sobre sus cimientos. Mandó pintar las paredes al fresco, al estilo de Giotto, con temas que describe Ortiz, el cual detalla sobre todo los grupos de herejes que están siendo quemados, sin duda los mismos comerciantes judíos cuyas tercas almas fueron entonces condenadas a las mismas llamas que consumieron sus domicilios terrenos. Estas extraordinarias y casi únicas muestras del arte del siglo XIV fueron borradas todas en 1775 por el bárbaro capítulo, que encargó a los flojos Bayeu y Maella cubrir de pinturas la superficie con sus naderías académicas y llenas de lugares comunes, cuyos tonos modernos y ásperos desentonan del sobrio entorno gótico. Estas malas pinturas representan los milagros y leyendas de San Eugenio, Santa Leocadia y otros Divi et Divae locales. Enfrente de aquella en la que Felipe II traslada el cuerpo de Eugenio hay una interesante inscripción gótica encajada en la pared, que se descubrió en 1581 al excavar los cimientos de San Juan de la Penitencia, y esta temprana muestra de mariolatría española dice así: “In nomine Dni consecrata est, Ecclesia Scte Marie, in catolico die primo idus Aprilis, anno feliciter primo regni Dni nostri gloriosissimi Fl. Recaredi Regis Era 625”, o sea el año 587. Dejando esto, pasemos a ver el bello portal plateresco del Niño perdido, que fue levantado en 1565 por Toribio Rodríguez. Este pequeño Cupido de la mitología toledana ha sido tema de muchas plumas y muchos pinceles; consúltense, por tanto, las Historias, aprobadas por la Iglesia, de Rodrigo de Yepes, cuarto, Madrid, 1583; de Juan Marieta, octavo, Madrid, 1604; de Sebastián de Hieve, y también de Pisa. El clero toledano, con objeto de enfurecer al populacho fanático, solía acusar a los judíos ricos de crucificar a un muchacho

cristiano en su Pascua y de poner su corazón luego en una hostia a manera de encantamiento contra la Santa Inquisición; de esta manera, en 1490, hicieron creer que un muchacho de Guardia, El Niño de Guardia, llamado Juan Passamonte había sido secuestrado y asesinado; de aquí que Cervantes, con una secreta y despectiva sonrisa, diera el nombre de Passamonte a su truquista favorito. Estas acusaciones son una vieja historia oriental, porque no otra cosa eran los sacrificios a Moloch, o el muchacho Simón, del Concilio de Trento en 1472. Una de las calumnias más tempranas de los judíos contra los cristianos era precisamente que solían matar a un niño pagano a fin de mojar en su sangre el pan de su sacramento, y aún hoy en día, en Oriente, siempre que los píos musulmanes quieren saquear a un judío rico inventan este asesinato de niños; de tal manera, en justa retribución, los hijos de los antes perseguidos judíos se vengan con las mismas acusaciones de los descendientes de los acusadores de sus antepasados. Y como la herejía es cuestión de opinión y resulta demasiado sutil para el populacho, los delitos sociales, que son cosa que la muchedumbre es capaz de comprender, son más apropiados para inflamar sus pasiones; esta es la razón de que se hayan inventado tan terribles crímenes, como también supersticiones, que son creíbles a causa de sus ritos secretos y Pascuas a puerta cerrada, por eso de que omne ignotum pro nefando est, y el misterio parece implicar una atroz culpabilidad. El asesinato de niños es una de las acusaciones más antiguas, por ser la que más éxito tiene, ya que levanta a las madres contra los culpables, convirtiéndolo al sexo débil, que domina al hombre, en furias.

En la esquina de los claustros hay una gran pintura de la Virgen y San Blas, con el infante don Fernando armado, ejecutada en 1584 por Luis de Velasco, de quien es también la encarnación de nuestro Salvador, sobre la puerta. Obsérvense las bellas tumbas del prelado Arias y del fundador, Tenorio, muerto en 1399; esta última obra es de Fernán González. La parte superior de los claustros fue terminada por Ximénez. Una puerta al este conduce a la Sala Capitular de Verano, en la que hay tres excelentes cuadros, llamados La espada, El pájaro y El pez, que fueron pintados en 1584 por Velasco, aunque durante mucho tiempo fueron erróneamente atribuidos a Blas del Pardo.

A continuación, visítese la biblioteca del capítulo, un tesoro que, como en algunas catedrales protestantes, está envuelto como en una servilleta, ya que no se abre al público, quedando para banquete de polillas, arcedianos y gusanos. En la antesala hay seis buenos cuadros, los mejores de los cuales son Judit y Goliat. La biblioteca, un noble salón, es fresca y está limpia y libre de polvo. Apenas otra cosa entra aquí, ciertamente, que la luz y el aire de los cielos. Contiene una buena colección de manuscritos griegos, latinos y árabes, una Biblia de San Isidoro, las obras de San Gregorio, en siete volúmenes, del siglo XIII; un buen Talmud y un Corán, una Biblia griega del siglo X, una Esther en hebreo, algunos manuscritos del tiempo de Dante, una Biblia iluminada, donada por San Luis, y muchos misales de la época de León X. Los libros impresos, según se dice, pasan de siete mil y fueron donados por Lorenzana, pero nada resulta menos satisfactorio que una ojeada apresurada a libros que han sido hechos para ser leídos con tranquilidad y sobre todo con un canónigo hambriento o adormilado bostezando junto a uno y arrepintiéndose de habernos abierto la puerta de la cárcel.

En la plaza occidental de la catedral está el Palacio Arzobispal, cuya portada fue hecha por Tavera para su Hospital de Afuera, pero se apropió de él su sucesor, cuya caridad empezaba en su propia casa. Conviene preguntar por el gran cuadro de el conde de Orgaz, pintado por El Greco. La contigua Casa del Ayuntamiento fue construida por Doménico Greco. Sobre la bella escalinata hay unos versos dirigidos al municipio, tan perfectos en blanco y negro y en teoría, que constituyen una sátira de la actitud de cualquier junta: “Desechad las aficiones, codicias, amor y miedo”, advertencia útil, pero de la que se hace muy poco caso. El arquitecto encontrará mucho que observar en Toledo; un detalle curioso es la disposición de los portales de las casas, los paflones, jambas de las puertas que sobresalen, dinteles y ornamentos en forma de bala de cañón. Visítese La Casa de Vargas, que domina la vega y fue construida para el secretario de Felipe II por Vergara, tan ricamente como una muestra de la platería de Cellini. Obsérvense la fachada deteriorada, el patio y la escalinata. Lleva largo tiempo abandonada por su indigno dueño, el conde de Mora, un verdadero mwroj, aunque descienda del historiador de Toledo, pero, a pesar de todo, el tiempo fue considerado con ella hasta la llegada del invasor, el cual, después de saquear el interior, incendió y destruyó el resto: “Le

temps, qui détruit tout, a été moins cruel que vous".

Cerca del Zocodover está el Hospital de la Cruz, fundado por el gran Mendoza, cardenal de Santa Croce. Su situación sobre el Tajo es magnífica y el edificio fue una de las joyas del mundo, y no hay engarce de Cellini que supere a la elegante portada, sobre la cual se encuentra la Invención de la Cruz. El estilo general del edificio es de transición del gótico florido al clásico y Renacimiento. Fue terminado en 1514 por Enrique de Egas, para cuyas exquisitas cinceladuras parece haber sido creada la piedra color crema, La Piedra Blanca. Un soberbio patio está enriquecido con las armas del orgulloso Mendoza y su lema de "Ave Maria gratia plena". Obsérvese sobre todo la escalinata, que, con sus techos, balaústres, etcétera, supera toda descripción. La capilla, que es una bella y larga nave, está sin terminar, ni tampoco está el altar situado donde se había pensado ponerlo en un principio. Hay algunos cuadros malos de L. Giordano y un retrato del fundador. Este deteriorado edificio se usa ahora para Casa de Expósitos, tema sobre el que ya hemos mareado a nuestros lectores, ex uno disce omnes.

En la contigua El Carmen se encuentran las nobles tumbas de Pedro López de Ayala, muerto en 1444, y otro don Pedro, muerto en 1599; son al estilo de Berruguete. En la calle de las Tornarias hay una casa mora, bella, pero echada a perder, llamada El Taller. Obsérvense el trabajo de artesonado en madera, el Lienzo y las inscripciones del Colegio de Santa Catalina. Visítese la prohibida y fabulosa cueva de Hércules, hecha ahora realidad por Scott y Southey (véase su Roderick), la misma en que don Rodrigo descendió y tuvo una visión del invasor. La entrada está cerca de San Ginés y fue abierta en 1546 por el arzobispo Silíceo, pero todavía no ha sido debidamente estudiada.

En la calle del Cristo de la Luz hay una mezquita mora muy curiosa, que fue ulteriormente entregada a los Templarios: el tejado está sostenido por cuatro columnas bajas y cuadradas, cada una de las cuales tiene un capitel distinto, como las de Córdoba. El techo está dividido en nueve secciones, con cúpulas o medias naranjas; el escudo suspendido, "gules, una cruz de oro", fue dejado aquí, se dice, por Alonso VI, que se detuvo para una misa cuando entró en Toledo como conquistador de la ciudad. En la misma calle hay una

sombría mole con rejas, que fue cárcel de los penitentes de la Inquisición, y la casa de la esquina fue el Refugium Parturentium, o asilo para dar a luz las madres solteras, institución en otros tiempos muy necesaria en esta ciudad de ricos célibes levíticos. Navagiero describe de esta manera la vida clerical de Toledo en los tiempos de Carlos V: "I Padroni di Toledo e delle donne prepicue sono i preti, li quale hanno bonissime case e triunfano dandose la miglior vida del mondo, senza che alcuno li reprende". No es de extrañar que Cortés aconsejara a Carlos V no enviar tales prelados y dignatarios al Nuevo Mundo, temiendo que su ejemplo sirviera para desacreditar al cristianismo incluso entre los ignorantes salvajes. La clase hidalga bisoña, prosigue Navagiero, no tenía "ducados", "ma in loco quella suppliscono con superbia o come dicono loro con fantasia, della qual sono si ricchi che si fussero equali le faculta no bastaria il mundo contra loro"; ni tampoco puede decirse que este sitio haya cambiado mucho por lo que se refiere a las pretensiones y la pobreza.

El eclesiólogo debiera preguntar por la bella capilla jónica del Convento Bernardino de Los Silos y por la bella Asunción de la Virgen de El Greco. En San Román hay mucha obra mora, con curiosos arcos y antiguas columnas, y cerca de allí, en San Clemente, hay un bello portal del cinquecento. En San Pedro Mártir hay ciertas buenas estatuas de la Fe y la Caridad, y una en mármol blanco y negro del dominicano Mártir. Y que nadie deje de visitar San Juan de la Penitencia, fundado por Ximénez en 1511, porque la capilla es del más rico gótico florido, con un atisbo del estilo moro: obsérvense el tejado que sobresale a la entrada, los azulejos, los lienzos y las contraventanas, el altar mayor y la soberbia reja. Aquí está también la bella tumba de Francisco Ruiz, obispo de Ávila, amigo de Ximénez y por quien fue terminado el edificio. Quizás el cabello de las mujeres sentadas sea defectuoso, pero la cortina levantada por los ángeles arroja una bella sombra sepulcral sobre la efigie del prelado. El retablo columnado está lleno de pinturas tudescas. El techo de artesonado, con esquinas descendentes en forma de panal e intrincada obra romboide es digno de la Alhambra. En La Concepción hay algo de obra mora, pero no es fácil verla, ya que el convento es de clausura. El convento de Santiago, que domina una magnífica vista del Tajo, tiene dos bonitos patios, enriquecidos con columnas y azulejos; la capilla está

muy complejamente decorada, pero, como de costumbre, el interior solo puede verse de manera muy imperfecta a través de la reja. En la Sala Capitular hay algunos cuadros y un Cristo muerto atribuido a Alonso Cano.

El Hospital de los Locos, o sea un asilo de lunáticos (Locoa, en árabe, loco), como el Morostan de El Cairo (mwroj), y como la mayor parte de otros establecimientos de este tipo en España y en Oriente sirve solo para desacreditar tanto a la ciencia como a la humanidad. La locura parece deformar la inteligencia de los pacientes tanto como endurece las entrañas de los encargados de cuidar de ellos, al tiempo que la costumbre de apropiarse los escasos fondos ha dado resultados verdaderamente lamentables, improvisados y peligrosos. No se ve el menor intento de classification, lo cual, por otra parte, no es cosa muy de España. Los allí encerrados están apretujados como si fueran todos iguales —los monomaniacos, los dementes, los locos de atar— en una confusión de suciedad y miseria, en la que todos se gritan unos a otros, encadenados como bestias y tratados peor incluso que si fueran delincuentes, porque las pasiones de los más furiosos son excitadas más aún por el salvaje látigo. No hay siquiera una cortina que esconda las tristes necesidades de estos seres humanos, reducidos ahora a la categoría de animales: todo aquí es público, incluso la muerte, cuyo último gemido se mezcla con las risas frenéticas de los espectadores supervivientes. En algunos raros casos, los cuerpos de aquellos cuyas mentes son un vacío están recluidos en celdas solitarias, sin otra compañía que la propia aflicción. Muchos de estos, al llegar aquí por primera vez, enviados por amigos y parientes sin estar locos, no tardaron en enloquecer, ciertamente, a medida que la soledad, la tristeza y el hierro les entraban en el cerebro. Este establecimiento, que los toledanos realmente debieran ocultar como una vergüenza, suele ser, por el contrario, una de las primeras cosas que llevan a ver al forastero, y sobre todo si es inglés, ya que, considerando que todos nuestros dignos compatriotas están locos, el toledano se imagina que se encontrarán aquí como en su casa, pero el espectáculo es triste y tan vergonzoso para el cuerdo como para el indígena demente. Los dementes furiosos imploran un “préstamo” al extranjero, ya que de sus propios compatriotas han recibido una piedra. Una especie de locura se manifiesta, ciertamente, con frecuencia en la frenética

energía e intensa ansiedad de los mendigos españoles, y aquí, aunque las facultades de razonamiento ya no rijan, la propensidad nacional a mendigar y pedir prestado sobrevive al naufragio del intelecto y, de hecho, es el "sentido común" indestructible del país. Los más adecuados para ser encerrados aquí serían sin duda los que han adelantado dinero sobre valores españoles, sean lo que fueren en todo lo demás.

Suele haber siempre algún paciente en particular cuyo lamentable estado, agravado, le convierte en objeto especial de cruel curiosidad. Así vemos que, en 1843, los guardas (buena palabra, propia de bestias salvajes) llevaban siempre a los forasteros a la jaula o guarida de la esposa de un famoso capitán general de Cataluña, funcionario con mayores poderes que nuestro lord Teniente de Irlanda. Allí se la permitía vivir desnuda entre abyecta basura y servir de espectáculo público. Los moros, por lo menos, no recluyen a sus mujeres dementes inofensivas, dejándolas vagar desnudas por las calles, mientras los hombres son respetados como santos, cuyas mentes, se supone, están deambulando por el cielo. Los antiguos iberos (niños de pecho en cuestiones de medicina) creían por lo menos curar la locura con la hierba vettonica, y la hidrofobia, con una cocción de cynorhodon o agua de rosa canina o zarzaperruna, por ser doblemente desagradable para la especie canina rabiosa (véase Plinio, Historia Natural).

La famosa Fábrica de Armas o manufactura de espadas toledanas está situada a la orilla del Tajo, a unas dos millas al sudoeste de la ciudad. El enorme edificio fue erigido para Carlos III por Sabatini y está bien provisto de fraguas, etcétera, pero ahora le falta vida, friget non fervet opus, y la espada de la misma España, ¡ay!, está mellada. Las pocas hojas que todavía se hacen aquí son de fino temple y acabado y tan elásticas que a veces se venden en cajas, enrolladas como el muelle de un reloj, o sea, "en círculo", como dice Falstaff, "como una buena hoja de Bilbao, en la circunferencia de un celemín, de la empuñadura a la punta, del talón a la cabeza". Las armas eran la alegría y la vida de los aborígenes españoles, más necesarias que la vida misma, porque cuando se les desarmaba se suicidaban. Entonces, como ahora, siempre iban armados, y esto de estar provistos de medios de defensa y agresión fomentaba en ellos esa confianza en sí mismos, en las hazañas y la independencia

personales, que ha sido característica suya en todos los períodos de su historia. De aquí también, como tenían el arma siempre a mano, su tendencia a las guerrillas y al asesinato. Esta costumbre de llevar siempre encima el frío acero, to sidhroForeisqai, insólita entre los civilizados griegos y romanos, fue calificada por Tucídides de prueba de barbarismo y de inseguridad en la persona y en la propiedad. Los antiguos germanos iban siempre armados, y es evidente que los godos trajeron esta costumbre a terreno abonado. Entre los hispano-godos, la mano era siempre para la espada y el talón para la espuela.

Las espadas de España eran de tal excelencia que fueron adoptadas por los belicosos romanos, conservando para ellas el adjetivo de españolas. Polibio distingue entre éstas y las de Galia, mientras Diodoro Sículo se extiende sobre sus méritos y método de fabricación. No es de extrañar que Aníbal, que era un verdadero soldado, se diera cuenta de su eficacia y armara con ellas a sus soldados. Silio Itálico describe la espléndida armadura hecha en Galicia a modo de regalo a este gran capitán. Los romanos, que luchaban contra él con sus propias armas, dieron a sus velites, o tropas ligeras, la espada española, que les servía para la lucha y también como arma arrojadiza. Su doble filo no era menos mortal que la auténtica daga ibérica, prototipo del moderno cuchillo al que Cicerón llama pugiunculus Hispaniensis, pero su nombre vernáculo era daga, lo que nosotros llamamos dagger y que los griegos traducían por bracu xiFisbracuterh, debido a lo corta que era. De esta manera, nuestro “gran Ben Jonson” llama al espadón moderno “la espada larga, el padre de las espadas”, idea que fue seguida por Hudibras:

Esta espada tenía una daga, su paje,

que era pequeño para su edad.

Y por servir así de complemento a la espada larga recibió también el nombre de paraxiFij y egeiridion, o sea, una cosa pequeña y fácil de manejar. La palabra española broquel se deriva de bacu, y a su

ayudante nunca se le permitió separarse de su señor feudal. De esta manera vemos que el hidalgo recibió de Felipe II en 1564 la orden de no aparecer más que con su espada, spatha, y su broquel; el uso de este último era cortar carne y despachar al enemigo caído, y los iberos lo llevaban en el cinturón de la misma manera que ahora se lleva el cuchillo en la faja. De la misma manera que la bayoneta es el arma inglesa, la que decide sus grandes victorias, así la daga y el cuchillo son los instrumentos mortíferos de la guerrilla y deciden la pequeña guerra. Con estas armas los iberos acabaron con sus enemigos en Canas, ni más ni menos que los españoles de nuestros tiempos con miles de rezagados y heridos franceses. Es la misma arma que la sica, el arma de los Sicarii o degolladores de la antigüedad, como también la de los Miquelites de César Borgia y, aun hoy en día, la formidable arma de los salvajes moros bereberes de las montañas del Rif y del español, desde el Bidasoa hasta el estrecho de Gibraltar. Sobre el Pugio ibero, véanse Marcial, XIV, 33; Estrabón, III, 231, y Diodoro Sículo, V, 356.

Las mismas minas que fueron explotadas por los antiguos producen todavía el mejor mineral, porque el suelo de España está lleno de hierro. Las que están situadas cerca de Calatayud, junto al Jalón, el "templador de acero" Bílbilis, rivalizan con los metales de las provincias vascas y de las montañas de hierro de Somorrostro y Mondragón; y los españoles, poco dados a la mecánica, siguen explotando sus minas exactamente igual que los toscos iberos, porque sus ferrarías siguen siendo exactamente iguales a la ferraría que tanto dinero contante le dio a Catón. Los antiguos españoles enterraban el acero con el fin de que sus ingredientes más bajos se deshicieran al enroñecerse. Los mejores son los de Mondragón, que se encuentran entre una arcilla roja y reciben el nombre de hierro helado, o sea, justo el efecto que produce en él el Jalón, qui ferrum gelat, al que alude Marcial. En consecuencia, el acero se templaba en invierno y la hoja, cuando estaba al rojo vivo, era hecha girar al aire frío, y al reducirse el calor a un cerezado, como se dice ahora, se sumergía en aceite o grasa y a continuación en agua hirviente (véase Mondragón, ruta CXVIII).

Los belicosos romanos imitaron los procedimientos y manufacturas de los iberos y, luego, los godos hicieron lo mismo, ya que San Isidoro elogia en particular el acero del Bílbilis y Tarazona. Los

moros introdujeron su sistema de damasquinado o adorno y temple adicionales, y ya en el año 852 esta misma fábrica funcionaba en Toledo en tiempos de Abd-r-rahman Ben Alhakem. Los moros introdujeron aquí una espada grande de doble empuñadura y doble filo, que se convirtió en el modelo del montante medieval. Las mejores marcas son las de El Morillo, El Moro de Zaragoza (sobre estas marcas véase la Carta 13 de los Viajes por España de Dillon). Las mejores, después de éstas, eran las hechas por italianos, por Andre Ferrara, que se afincó en Zaragoza y que hizo aquellas espléndidas hojas que Fernando el Católico envió a Enrique VIII con motivo de su matrimonio con su hija Catalina de Aragón. Esas "cortantes espadas eran las más fieles y de confianza de Toledo – dice Mercutio– el sueño de todo soldado". Estas eran las armas que Otelo, el Moro de Venecia, "guardaba en su alcoba" como un tesoro, "la espada de España, el temple de arroyo helado, mejor hoja nunca se apoyó en el muslo de un soldado". Otras buenas marcas son La Loba y El Perrillo; de esta manera, don Quijote, en su aventura del león, observa que su "hoja no es un perrillo".

La mejor colección de espadas históricas que hay en el mundo está en Madrid. La espada, el tipo y el arma de la caballerosidad, fue siempre honrada en España. Los moros la mimaban y le daban siempre nombre de niño; Mahoma llamaba a la suya la "espada de Dios", Kaled ben Walid; la Tizona, o sea, "la reluciente o chispeante", y la Colada, ambas del Cid, fueron su spolia opima, tomadas a reyes moros. Estas eran las queridas prendas, caras prendas, a las que amaba más que a su esposa e hijas y que con tanta frecuencia aparecen en su Romancero. Así, vemos que Carlomagno tenía su Gaudicoso, Roland su Durandal, el rey Arturo su Excalibur, que Ricardo Corazón de León cambió en Sicilia a Tancredo por una armada entera. Muchas de las espadas de la España medieval llevan lemas que indican el bueno y viejo espíritu castellano, como, por ejemplo, "no me saques sin razón, no me envaines sin honor". La introducción de las armas de fuego asestó un rudo golpe a las espadas de Toledo, que pasaron entonces a ser arma de caballería, en la que los españoles no sobresalen. El último golpe fue la moda del espadín francés que, siendo menor, echó a un lado la espada española; pero, incluso bajo los godos, encontramos que las armas de los belicosos franceses eran populares en España: se llamaban Franciscas. El estudioso puede consultar, por lo que se

refiere a armas españolas antiguas, el Lancea, Gaesum, Olosideron, etcétera (Historia Literaria, Mohedano, III, 336).

Esta transición de viejas espadas a viejos castillos es fácil, ya que cerca de Toledo abundan estos, sobre todo en Orgaz, Montalbán, Escalonilla y Torrijos, en el camino que conduce a Maqueda.

▪

* Algunas obras sobre estos concilios han sido ya mencionadas. La mejor edición hasta ahora es Collectio Máxima, José Sáenz de Aguirre, folio, cuatro volúmenes, Roma, 1693-94; o bien la nueva edición, folio, seis volúmenes, José Catalani, 1653.

▪

* Orgaz está situada a unas cinco leguas al sur de Toledo, cerca de las faldas de los montes, su población es de dos mil quinientas almas. La iglesia parroquial, Santo Tomé, aunque sin terminar, es una soberbia muestra de los diseños y la construcción de Herrera. El arruinado castillo de los Condes es pintoresco.

RUTA CII

DE TOLEDO A ARANJUEZ

	Leguas	
Villamejor	3	
Aranjuez	3	6

Esta carretera, apta para vehículos, tendida por el cardenal Lorenzana, puede recorrerse en diligencia. Sube por la cuenca del Tajo, que corre a la izquierda, a veces cerca, a veces a cierta distancia, a través del valle de La Sagra. Sus verdes orillas marcan su curso, retorciéndose como una serpiente en el desierto. Los aldeanos que se ven entre el río y Madrid son auténticos castellanos viejos rancios y han sido descritos de primera mano por Borrow. Aquí existe el amor árabe a la tribu y el odio al vecino, porque Vargas y Villaseca no se pueden ver entre sí. Los campesinos son simplemente cultivadores de la tierra y criadores de burros.

Villa mejor fue muy empeorada por los invasores, que la saquearon y devastaron sus bellos edificios, erigidos aquí por Carlos III. A Aranjuez se llega por el Campo Flamenco, porque aquí todo es extranjero. Este oasis muestra lo que podría hacerse en otros lugares a base de sentido común y agua. Las posadas de la diligencia son las mejores: la de las Cuatro Naciones la lleva un inglés y no se distingue ni por la cortesía con que se trata al viajero ni por lo

moderado de sus precios.

ARANJUEZ

Aranjuez –ara jovis– fue, originariamente, residencia veraniega de Lorenzo Suárez de Figuerra, Maestre de Santiago, y se convirtió en propiedad real cuando ese maestrazgo revirtió a la corona en tiempos de los Fernando e Isabel. Carlos V, en 1536, la convirtió en pabellón de caza, y Felipe II encargó a Herrera la construcción de edificios adicionales, todo lo cual fue echado abajo por el Borbón Felipe V, que levantó en su lugar un château francés. Allí solía residir la Corte todas las primaveras hasta junio, cuando el lugar deja de ser agradable o sano, ya que los calores corrompen las aguas y llenan el aire de fiebres y calenturas; entonces la realeza lo abandonaba, dejando los pueblos en manos de la monotonía y la pestilencia. Durante los recientes sucesos, que trajeron consigo la ausencia de la Corte, único medio de prosperidad que tenía este lugar ficticio, la ruina y la mala hierba amenazaron los palacios, los jardines y las quintas. Y entonces, ciertamente, Aranjuez inspiraba pena más bien que admiración, porque la soledad y la pobreza son precisamente lo que no debiera existir en las residencias de los monarcas. Algo hizo Argüelles en 1843 por frenar el deterioro y, sin duda, si el lugar se conserva, la Corte volverá a sus costumbres antiguas en beneficio, por lo menos, de este lugar.

Entretanto, según el pueblo de Madrid, el valle de Aranjuez es un Tempe y, mientras El Escorial es el triunfo del arte, este valle lo es de la naturaleza; y, ciertamente, para los que han nacido en las Castillas silenciosas, sin árboles y áridas, este lugar de arroyos, jardines, pájaros canoros y verdor, es un afortunado cambio, donde el contraste acentúa el goce del verdadero campo, del que, aparte de este lugar, solo tienen una idea abstracta; pero todo es relativo y, en Inglaterra, Aranjuez no impresionaría mucho. Su encanto consiste en lo que ha hecho la naturaleza más bien que en la obra del hombre, porque aquí la frescura pone fin a la irritación producida por el desierto y suaviza el desagrado de las Castillas. Ahora bien, como por espíritu de contradicción, mientras que en

Madrid hay un bello palacio sin jardín, aquí tenemos un jardín sin palacio, porque el edificio es despreciable y con pocas pretensiones de magnificencia real o de mera comodidad. Los jardines fueron tendidos por Felipe II y están tal como Velázquez los pintó (véase Museo, Nos., 145, 150), pero el château fue completado por Carlos IV, el más ñoño y chocho de todos los Borbones españoles: fue frecuentemente saqueado por Soult, Víctor y otros, y, para detalles de sus "vandálicas destrucciones", véase Miñano. Convirtieron los jardines en un desierto y el palacio en una morada de lechuzas y, sin embargo, nuestro duque, incluso estando lejos, en Villatoro, escribió inmediatamente a Hill, que estaba a punto de ocupar Aranjuez: "Tenga cuidado de que nuestros oficiales y soldados respeten las casas y los jardines del rey". (Parte de guerra del 20 de septiembre de 1812). De la misma manera, Marlborough, avanzando y victorioso en Francia después de Malplaquet, "ordenó que se respetase la casa de Fenelon".

Aranjuez, durante la jornada o temporada real, solía contener hasta veinte mil personas en apretujada y cara incomodidad, pero cuando la Corte estaba ausente su población bajaba a cuatro mil almas y era un lugar tan aburrido como un teatro una vez terminada la comedia, cuando actores y espectadores se han ido. Entonces se parecía a Sans Souci, Versalles y otros desiertos caprichos de déspotas. En tiempos antiguos el hospedaje era aquí inicuo, porque incluso los diplomáticos deipnosofistas vivían en casas troglodíticas excavadas en las laderas de las colinas al estilo de los conejos que viven en esas miserables localidades. Sin embargo, en una ocasión de una cena subterránea dada por el nuncio, un vehículo hundió con su peso el terreno que servía de techo y se presentó a modo de entrée cuando nadie lo esperaba, en vista de lo cual el italiano Grimaldi, ministro de Carlos III, que antes había estado en La Haya, pensó construir una especie de ciudad holandesa, con avenidas, y de esta forma transformó el pueblo, igual que su famoso tocayo el payaso habría hecho con una pantomima. Y de esta manera, la diplomacia ha hecho otro favor a España, como en Segovia.

No hay mucho que ver o hacer en Aranjuez, ya que incluso las diversiones de la temporada eran aburridas sin ser decentes y la intriga, política y de otros tipos, era la ocupación obsesiva de todos, y sus ídolos Mammon y Venus. Aquí, el Maligno encontró siempre

algo que hacer para los cortesanos más desocupados, ignorantes y licenciosos de Europa. Aquí, como dijo la dama francesa de Versalles: “Outre la passion, je n’ai jamais vu de chose plus triste. Que ne puisse-je vous donner —escribía a madame de Maintenon— une idée des grands!, de l’ennui qui les dévore, de la peine qu’ils ont a remplir leurs journées.” Y si esto podía decirse de la brillante Corte de Luis XIV, ¡cuánto más cierto tendrá que ser de la intratable Corte española! Florecían en ella de vez en cuando los escotes o meriendas campestres, en las que los grandes, montados como es natural en asnos, hacían borricadas en los bosques, a veces imitando a don Quijote, porque cuando el madrileño está decidido a divertirse y se ve rodeado de árboles de verdad, se vuelve más loco que un grillo: Dulce est desipere in luco. Aranjuez tiene una noble plaza de toros, un teatro pasable y un telégrafo que fue instalado para divertir a Fernando VII, cuya pasión era enterarse siempre de algo nuevo. Se dice que el primer mensaje que envió al solemne Consejo de Castilla en Madrid fue “una monja ha dado a luz gemelos”, y la respuesta inmediata fue “de haber sido monje habría sido noticia”. En una colina situada a la izquierda, yendo a Ocaña, hay un estanque llamado aquí como de costumbre el mar, El mar de Ontígola, pero los gansos españoles son siempre cisnes gracias a sus espléndidos nombres erróneos. A pesar de todo, “no todos son ruiseñores”, como dice Calderón.

El bienamado Fernando no renunció en modo alguno a las tradicionales diversiones de sus reales antepasados, porque nunca dejaba de ir a la herradura, a la que llevó a su delicada Cristina y sus damas de honor, de la misma manera que Felipe IV. Lo mejor de la función era ver una operación que se hacía con toros jóvenes a fin de adecuarlos al arado. La palabra herradura se deriva de la costumbre de marcar al ganado con un hierro caliente, ferradura a ferro, que es de origen oriental y fue introducida por los sarracenos en Francia, donde todavía se llama La Ferrade en Camargue, cerca de Arlés. También se introdujo en España entre los godos. Los centros reales de cría de ganado situados cerca de Aranjuez, como los que había cerca de Córdoba, fueron todos ellos destruidos por los invasores, pero restaurados por Fernando VII. Los garañones, o los asnos de don Carlos, por su tamaño y capacidad, hicieron honor a su amo. Todo esto se vio turbado por los conflictos civiles y, a pesar de todo, en 1842, Argüelles restableció parcialmente las

instalaciones, haciendo traer sementales de Inglaterra.

El palacio apenas merece una visita; está situado cerca del Tajo, en la parte del pueblo más cercana a Madrid, o, como dicen los campesinos, a la "metrópolis de Flora". Una desnuda plaza de San Antonio, una especie de Place du Carrousel francesa, con un corredor y barandilla de hierro, deja espacio para el polvo y el resol. El interior del palacio tiene algunos malos cuadros y techos pintados al fresco por Conrado Bayeu y otros mejores. Hay algún buen relieve de marquetería, y la vista de los jardines, con el parterre, la isla y la cascada, es encantadora. Aquí parecen haberse reunido todos los árboles de Castilla para salón de unas Cortes de todos los ruiseñores de España, y dulcísimo, después del árido e incanoro desierto, es el "ruido melodioso de los pájaros entre las ramas abiertas, y la grata caída del agua, que corre impetuosamente". Estos ruiseñores cantan igual esté aquí la Corte o no; a estos emplumados coristas de la naturaleza les tiene indiferentes que haya o no un auditorio humano, como le ocurre a su ama, que está ocupada con sus más grandes obras en las más profundas soledades, que es donde revela sus más grandes encantos. ¡Qué suaves y llenas eran las notas de la triste Filomela la última vez que nosotros paseamos por esos bosquecillos!, y sin embargo, ¿por qué la tristeza?, ¿qué motivos de pesar tiene el que anima a su tierna cónyuge durante sus largas horas de incubación con su comprensión, sus felicitaciones y su mejor melodía marital?

Hay una descripción del palacio y los jardines, escrita por Álvarez de Quindos, cuarto, Madrid, 1804, y una guía publicada en 1824 por Domingo de Aguirre. El jardinero llevará al visitante a ver los leones de la Isla, la última de cuyas fuentes fue pintada por Velázquez. Los objetos que más vale la pena ver son la Puerta del Sol, fuente del Cisne, La Cascada, Neptuno y los Tritones; en una palabra, aquí podrían entretenerse y jugar las nereidas, las náyades y las dríadas, mientras Flora y Pomona contemplan sus juegos. Los olmos traídos de Inglaterra por Felipe II crecen magníficamente bajo la mezcla de calor y humedad.

La Casa del Labrador es otro juguete del bobo de Carlos IV; a pesar de todo, si el Madrid imperial es capaz de escoger a un labrador como patrono suyo, su monarca, con el mismo buen gusto y sentido

común, puede perfectamente preferir una cabaña a un palacio. Pero todo esto es falso y cosa de falsa humildad, un juguete tonto, ajustado a los caprichos de niños mimados por la fortuna, en los que se juntaron grandes gastos y mal gusto para producir una cosa que resulta completamente inútil sin ser excesivamente ornamental. La Florera o jardín inglés, como llaman todos los extranjeros a este lugar irregular, sin orden y con malas hierbas, fue tendido por Richard Wall, irlandés.

Fue en Aranjuez, el 19 de marzo de 1808, donde Carlos IV, con el fin de salvar al favorito de su mujer, Godoy, abdicó la corona. Toreno ha publicado todas las vergonzosas cartas escritas por él y por su mujer, ¡los orgullosos monarcas de Castilla!, a Murat, ¡su muy querido hermano!; a Murat, que unos pocos años antes había sido camarero y que seis semanas después inundaría su capital con sangre española. Godoy, instrumento de Bonaparte, se salvó de esta manera, con el fin de consumar su culpa y su locura firmando con Duroc en Bayona la entrega de España a Francia, estipulando solamente, ruin hasta el final, cuestiones de vil medro personal y pensiones. La famosa insurrección o motín de Aranjuez, que puso a Fernando VII en el trono, fue, como la mayor parte de las cosas españolas, resultado de la casualidad y el accidente, el motor habitual; y Schepeler observa con justeza que el pueblo y los actores estaban todos “sans plan, sans conduite, comme poussés par le même instinc”; en esta frase se juntan toda la historia y toda la filosofía de España y los españoles, desde los días de Iberia hasta el sábado pasado.

Por lo que se refiere a la carretera de Madrid y sobre las comunicaciones con el sur, véase la ruta VIII. Los que tengan tiempo harán bien en desviarse hacia Ocaña y Tarancón, ocho leguas, y de allí hacia Cuenca, volviendo a Madrid por cualquiera de las rutas que se indicarán en sus lugares respectivos.

DE MADRID A VALENCIA

Hay dos rutas: una, llena de rodeos, pasa por Albacete y Almansa, mientras la otra va directamente por Cuenca. La primera es la que toman los correos y la diligencia. Las oficinas de coches están en la calle de Alcalá, números 15 y 21. La segunda no es apta para vehículos en toda su longitud, aunque se lleva mucho tiempo trabajando en ella y sobre todo recientemente cerca de Las Cabrillas. La primera, o Camino Real, se bifurca en Albacete hacia Murcia y en Almansa hacia Alicante y es en buena parte de su longitud monótona y carente de interés, mientras que la excursión a Cuenca, aunque pocos son los viajeros que la realizan, abunda en todo lo que puedan desear el artista, el anticuario, el pescador y el geólogo.

RUTA CIII

DE MADRID A VALENCIA

Ángeles	2	
Espartinas	3	5 1/2
Aranjuez	2 1/2	8
Ocaña	2	10
Villatobas	2 1/2	12 1/2
Corral de Almaguer	3	15 1/2
Quintanar de la Orden	3 1/2	19
Mota del Cuervo	2	21
Pedernoso	1 1/2	22 1/2
Pedroñeras	1	23 1/2
Provencio	2	25 1/2
Venta del Pinar	2	27 1/2
Minaya	2	29 1/2
Roda	2 1/2	32
Gineta	2 1/2	34 1/2
Albacete	2 1/2	37
Pozo de la Peña	2 1/2	39 1/2
Villar	3	42 1/2
Bonete	2 1/2	45
Almansa	3 1/2	48 1/2
Venta del Puerto	2	50 1/2
Venta de Mojente	3	53 1/2
Venta del Conde	3	56 1/2
Alberique	2	58 1/2
Alcudia	1 1/2	60
Alginete	1	61
Catarroja	3	64
Valencia	1	65

Estas sesenta y cinco leguas equivalen a setenta y seis leguas postales y media. Por lo que se refiere a Ocaña, véase la ruta VIII, después de la cual el Camino Real se bifurca a la izquierda, continuando casi hasta Almansa por una zona de trigo y azafrán desoladora, sin árboles, salitrosa y empobrecida. En El Corral viven unos cuatro mil agricultores que trabajan muy duramente; no tarda en cruzarse el Rianzares, de donde toma su título ducal el Señor Muñoz, y a continuación el Jiguela, afluentes ambos del Guadiana. Ahora salimos de Castilla la Nueva para entrar en la igualmente monótona La Mancha. A la derecha de Quintanar están Toboso, tierra de Dulcinea, y esas laderas desnudas que el genio ha revestido de inmortal interés. Las pantanosas llanuras entre Minaya y Albacete fueron saneadas por Carlos IV, que encargó de ello, como ingeniero, a un cierto John Smith, caballero ciertamente difícil de identificar. De esta manera el aire se ha vuelto menos malsano y los pantanos más fértiles, pero todas estas mejoras cesaron al llegar los franceses y estas comarcas fueron despiadadamente devastadas por Moncey como por Coulaincourt. Inmediatamente antes de llegar a Gineta se pasa por una esquina de Murcia.

ALBACETE

Albacete, Abula, gracias a su posición central, de la cual salen carreteras para Murcia, Valencia y Madrid, es lugar de mucho tráfico y ciudad de vehículos, desde la diligencia hasta el burro. La Fonda de la Diligencia es la mejor posada: los paradores y mesones son numerosos y grandes, porque son innumerables los bípedos, cuadrúpedos y vehículos rodados que hacen escala aquí. El nombre de Albacete significa en árabe “una vasta llanura”, y esto es lo que es la trafagosa capital; su población pasa de once mil habitantes. Los alrededores son fértiles, estando regados por un canal que tiende a incrementar el grano y el azafrán, mientras que los pantanos sin drenar producen fiebres, calenturas y mosquitos. Otro elemento de prosperidad es la audiencia, o tribunal de apelación, que fue arrancada en 1835 a la chancillería de Granada, que antes tenía el monopolio; la jurisdicción se extiende a más de novecientas

ochenta y seis mil almas; el número de casos juzgados en 1844 fue de tres mil trescientos treinta y dos, o sea, un promedio de uno por cada trescientos treinta.

Albacete se llama la Sheffield de España, como Châtelherault en Francia, pero todo es relativo, y la tosca cuchillería que se hace en ambos lugares, cuya factura y material es ludibrio del artesano inglés, responde perfectamente a las ideas y necesidades de los nativos. El objeto de un cuchillo español es "cortar pan y matar a un hombre", y se aconseja a nuestros lectores que tengan el menor contacto posible con ellos. El cuchillo, como el abanico de la andaluza de clase alta, es parte integrante del equipo de todo español de clase baja, que nunca va sin un arma de ataque y defensa, hecha en forma de lengua de mujer, esto es, larga, cortante y puntiaguda. La prueba de un mal cuchillo es que no corta un palo, pero sí un dedo, cuchillo malo, corta al dedo y no al palo.

Este cuchillo, que es exactamente la daga de los iberos (para detalles, véase Toledo), es el arma nacional: de aquí que "¡guerra al cuchillo!" sea el moderno grito de guerra que ha suplantado a la vieja algarada de ¡Santiago y Cierra España! Ahora Castilla espera que cada cuchillo en este día cumplirá con su deber; este fue el reto de guerra, verdaderamente español, que Palafox envió a modo de respuesta a la conminación francesa a capitular. Este instrumento "largo y de doble filo" se lleva metido en la faja, como la antigua daga, o bien en el bolsillo lateral de los pantalones, donde nuestros carpinteros guardan su regla; como los héroes griegos llevaban su paramhria. Esta, sin embargo, era la moda oriental, junto al "muslo derecho", y así vemos que uno de los personajes de Chaucer llevaba un cuchillo de "Shefeld" en su pernera, de la misma manera que las manolas o amazonas de Madrid esconden un cuchillito en la liga, a modo de "trampa de acero allí guardada". Este juguete se llama también puñaleco e higuela, lo que realmente significa "relleno de enaguas", y todas estas armas son semejantes al puñal de Mattucashlash, que los montañeses escoceses llevaban en sus axilas: un puñalico femenino, que tenemos en este momento ante nosotros, lleva el lema "Sirbo á una dama"; sirvo, Ich Dien. Los cuchillos de caballero tienen también lo que Shakespeare llama su "poesía cuchillil", y es una costumbre mora, porque nuestro amigo Gayangos ha encontrado en lo que a primera vista se diría mero

ornamento de filigrana en un cuchillo moderno de Albacete estas palabras en árabe: “¡Con ayuda de Alá espero matar a mi enemigo!”. De esta manera, los fabricantes españoles, durante muchos siglos, han trabajado sobre el mismo modelo y con el mismo benéfico objeto, y cada operario copiaba su modelo guiado por un cierto instinto, sin comprender siquiera el significado de lo que está toscamente grabando en la hoja. Los lemas de las espadas toledanas eran soberbios, y los que se ven en los cuchillos reflejan una realidad más humilde; por ejemplo, “Soy de mi Dueño y Señor”. De la misma manera, el puñal de Nerón llevaba la inscripción “Jovi Vindici”. Cuando el sistema o Constitución de 1820 fue eliminado, los cuchillos realistas llevaban inscripciones como “Peleo a gusto matando negros” y, en el reverso, “Muero por mi Rey”. Las palabras negros y carboneros se usan desde hace mucho tiempo para indicar bribones políticos, que son azotados y ahorcados con tan pocos escrúpulos por el oscurantista despotismo de España como lo son los negros en los libres e ilustrados Estados Unidos de América.

La palabra navaja quiere decir cualquier hoja que se pliegue y cierre en su mango, ya sea una hoja de afeitar o un cortaplumas corriente: las navajas de Guadix, que rivalizan con los puñales de Albacete, tienen con frecuencia un molde muelle o resorte, por medio del cual se fija la hoja larga y puntiaguda, que de esta manera se convierte en daga o bayoneta de mano. El ruido metálico y seco que hace el acero cuando queda cogido bruscamente en el resorte produce en los oídos españoles la misma sensación agradable que en los nuestros el amartillamiento de una pistola. Como los gitanos son grandes ratas y atracadores, rinconetes y cortadillos y maestros de germanía y tretas de todas clases, han inventado muchos nombres de jerga para designar el cuchillo, como, por ejemplo, glandi, chulo, churri, la Serdanie, cachas dos puñales a una vez; los catalanes lo llaman el gavinete. Se llama, en metáfora juguetona, la tía, corta pluma, monda diente, o palillo. Y los españoles son también muy eruditos en el arte de hacerlo y cortarlo. De esta manera, Sacho Panza, cuando oye que Montesinos había atravesado un corazón con un puñal, exclama enseguida: “Entonces quien lo hizo fue Ramón Hozes de Sevilla”.

Por poco hábiles que sean, los sangrados de costumbre en anatomía

y en el uso del escalpelo, la gente toda sabe utilizar el cuchillo y dónde asestar el golpe; y tampoco se piense que se equivocan, porque la herida, aunque no sea tan honda como un pozo ni tan grande como la puerta de una iglesia, “servirá”. Suele darse a la manera traicionera de sus antepasados orientales e ibéricos y, si ello es posible, con un golpe por la espalda, precisamente lo que tanto temían los antiguos, “impacatos a tergo horrebis Iberos”, y “bajo la quinta costilla”, y “un golpe” es suficiente. La hoja, como suecede con el emparentado cuchillo de Arkansas o Bowie de los yanquis, “rasgará a un hombre de golpe”, o le perforará hasta tal punto que el cirujano podrá ver a través de él. Como la perfección viene con la práctica, un verdadero baratero sabe perfectamente tirar su navaja contra una puerta a través de una habitación con tanta seguridad y rapidez como si fuera la bala de un rifle; el español, cuando está armado con su cuchillo para el ataque y con su capa para la defensa es verdaderamente temible y clásico. Muchos de los asesinatos que se cometen en España han de ser atribuidos a la presteza del arma, que siempre está a mano cuando la sangre hierve: de esta manera, cuando un inglés desarmado cierra el puño, el español abre el cuchillo. Este instrumento del pícaro, una verdadera puñalada de pícaro, resulta fatal en las luchas por celos, cuando las clases bajas encienden su ira en las antorchas de las furias y prefieren los venablos reales a los verbales: es entonces cuando la estocada da en el blanco, “vitamque in vulnere ponit”. El número de gente que muere en las grandes fiestas sobrepasa al de los que caen en el campo de la mayor parte de las batallas españolas y, sin embargo, estos sucesos pasan prácticamente desapercibidos en los periódicos, como si fueran cosa sabida y de todos los días; pero los delitos que, en el caso de nuestros periódicos, son causa de una segunda edición y de doble página, en el continente europeo son ocultados, porque el extranjero oculta lo que nosotros proclamamos a los cuatro vientos.

En casos poco importantes de flirteo, en los que no hace falta recurrir a la pena de muerte, la parte ofendida se limita a abrirle la mejilla a la ofensora y, uniendo la palabra a la acción, observa “ya estas señalá”; y, de la misma manera, “mira que te pego, mira que te mato”, expresiones éstas juguetonas y acaricantes de una maja a su majo. Cuando esta señal es solo una amenaza, la frase sevillana es “mira que te pinto un jabeque”, o sea, un xebec, la felucca

mediterránea, larga y fina. “Solo aquellos que nunca sintieron una cicatriz bromean sobre las heridas”, pero cuando quiera que este jabeque llega a ser pintado de verdad, el paciente, avergonzado por el estigma, se siente, como es natural, deseoso de recuperar su buena reputación y su buena piel, lo que solo puede hacerse con un cosmético, y este, en el tiempo de Felipe IV, era el unto de gato, que entonces solía borrar tan superfluas señales:

El sebo, unto de gato

que en cara defienda las señales.

Con el tiempo, a medida que la ciencia iba adelantando, este cosmético fue siendo sustituido por el Unto del Ombre, o sea, grasa humana. Nuestro estimable amigo, don Nicolás Molero, cirujano de mucha clientela en Sevilla, nos aseguró que antes de la invasión francesa él mismo había preparado con frecuencia este cataléptico, que solía venderse a peso de oro; pero, habiendo sido adulterado con spermaceti por empíricos desaprensivos, cayó en descrédito. La receta del Alabastrum que Venus dio a Faón ha intrigado al erudito Burmann no menos que el bálsamo de Fierabrás a los modernos comentaristas de don Quijote. La amabilidad de don Nicolás nos proveyó de los ingredientes de esta pommade divine o, más bien, mortale. “Tómese un hombre en perfecto estado de salud que acabe de ser muerto, cuanto más recientemente mejor; recórtesele la grasa de en torno al corazón y fúndase a fuego lento, aclárese y póngase luego en un lugar fresco antes de usarla”. El número de fiestas religiosas que hay en España, combinado con el sol, el vino y las mujeres, ha sido siempre garantía de una abundante provisión de buena materia prima.

Albacete, a causa de su situación central, fue ocupada en 1843 por Espartero, que, de esta manera, esperaba poder amenazar al mismo tiempo a Murcia y a Valencia, proteger Madrid y asegurarse la retirada a Andalucía, pero solo le salió bien esto último. Su caída, como su subida, fue una cosa de España, pues apenas se vio en el poder cuando ya su puesto era envidiado y se volvió impopular

entre los rivales, cuyo amor propio se sentía herido por su superioridad, y los "muchos" veleidosos, sobre todo si son de origen oriental, pasan sin gran dificultad de gritar Hosanna a pedir sangre. Y, como siempre, sus talentos, que nunca pasaron de mediocres, habían sido exagerados, "Nanum, Atlanta vocamus", de la misma manera que, en la reacción, fueron igualmente subestimados y que el duque de Victoria pasó, transición realmente fácil, a ser un duque de nada, o sea, un don nadie. Personalmente valiente y honrado, su gran error fue el deseo de gobernar de acuerdo con la constitución, tarea que ni el mismo Hércules habría podido llevar a cabo; su error siguiente fue escoger para ministro suyo a un cierto Becerra, miembro del Senado, con lo que sólo consiguió que la Cámara Baja se sintiera afrentada; entonces tuvo lugar su rechazo de la ley de amnistía, que, so pretexto de "unión y olvido entre los españoles", cosas completamente imposibles, no era sino un invento de sus enemigos para traer de nuevo a España a sus adversarios exiliados. Y naturalmente, Espartero que, como español honrado que era, se sacudió el yugo francés, se volvió hacia Inglaterra, la verdadera liberadora de su país, y en consecuencia fue aceptado como individuo por nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores; en vista de ello, como habría sido posible prever, París se convirtió en un hormiguero de intrigas y complots, y se utilizaron todos los medios desleales de que dispone la doblez francesa, apoyada por el maquiavelismo italiano, mientras se sobornaba a una prensa venal para que influyese en el impresionable españolismo, representando falsamente al regente como L'Agent de l'Anglais, lo cual fue repetido por los contrabandistas catalanes, que temían un tratado de comercio.

De esta manera cayó sobre Espartero todo el descrédito de ser un Anglo-Ayacucho, sin el apoyo de Inglaterra, por la cual fue moralmente abandonado, primero porque el gobierno Tory vio la evidente inconveniencia política de apoyar la causa de un simple individuo y, encima, de uno que era radical y confiscador de bienes eclesiásticos, que nunca podría ser popular a la larga entre los españoles, esencialmente leales y religiosos, y segundo, porque nuestro gobierno es o demasiado honrado o demasiado indiferente para lanzarse nunca a luchar con sus amigos y enemigos sin escrúpulos, utilizando las mismas armas que estos. Además, el regente tenía en contra suya toda la influencia espiritual de Roma,

apoyada por un ejército de sacerdotes y monjes despojados y hambrientos. Y tampoco se piensa que faltaba dinero al otro lado de los Pirineos para fomentar una nueva explosión de esas que siempre es posible organizar en cualquier ciudad española por 100 libras esterlinas; como por todas partes abundan aquí los patriotas y los cesantes, para quienes el orden es el aniquilamiento y que siempre fomentan los disturbios, ya que en cuanto la autoridad desaparece pueden intervenir ellos y robar el erario público, contrabandear y poner en marcha el telégrafo. Las primeras explosiones fueron los pronunciamientos simultáneos de Lugo y Málaga, ciudades situadas en los antípodas una de otra; tan eficaz fue el grito contra el extranjero; los españoles se levantaron entonces contra el dictado inglés y en defensa de la independencia nacional, garantizada por Francia, ¡oh, tergiversación de la verdad! De esta manera, Guizot, protestante y primer ministro de un Roi citoyen, consiguió, poniendo en sus manos el grito de libertad civil y religiosa, llevar de nuevo a cabo la restauración del despotismo y el ultra-vaticanismo.

Cuando llegó la contienda, Espartero, more Hispano, “en el momento crítico, resultó no estar a la altura de las circunstancias”; desprovisto de todos los nervios de la guerra, carecía de talento o energía en sí mismo con que crearlos. Y esta vez no tenía a un coronel Wylde, como en Bilbao, o a un traidor Maroto, como en Vergara, que hicieran su labor; no, al contrario, como las ratas abandonan la casa que se derrumba, fue abandonado él en su hora crítica por todos aquellos a quienes había levantado. Zabala, su propio amigo íntimo, que había comido su pan, fue el primero en traicionar a su jefe en Valencia, mientras que Seoane y Zurbano, en el norte, permitían a Narváez marchar sobre Madrid por Teruel; pero, incluso entonces, si Espartero hubiera utilizado las armas de sus enemigos en la lucha, si los hubiera aplastado con una maza de hierro, derramando, como había amenazado Narváez, “océano de vil sangre negra”, habría podido prolongar la contienda; pero estaba aquejado, por increíble que esto pareciera, con la monomanía de gobernar ¡de acuerdo con la ley constitucional!, en lugar de adoptar el único sistema español, que consiste en que el poder da el derecho, como lo hicieron con toda sensatez los mismos que le habían destronado a él, ya que toda conciliación, componenda o concesión es achacada por los españoles y los orientales a “temor y

debilidad". De esta manera, el regente continuó fumando y dormitando en Madrid sobre "cartas constitucionales de pergamino" cuando sus enemigos, audaces, activos y carentes de escrúpulos, se movían por todas partes, y en lugar de actuar rápida y decisivamente cuando los traidores se lanzaron al campo, pareció dispuesto, por el contrario, a dar a sus enemigos el tiempo que necesitaban para reunirse y a sus amigos la oportunidad de separarse. No abandonó Madrid hasta el 21 de junio, y aun eso para perder el tiempo en Albacete hasta el 7 de julio, demasiado tiempo sin hacer nada; y entonces, cuando vio perdido el juego, se retiró a la bahía de Cádiz, a refugiarse a bordo de un barco de guerra inglés, como Bonaparte, de quien es caricatura. Su caída les pareció extraña a los que juzgan las cosas de España por el rasero de Europa, pero entre los españoles su partida no causó ni sorpresa ni compasión. Allí, como en Oriente, el pachá advenedizo se levanta como una burbuja, se hincha y estalla, y ya no se vuelve a saber más de él; en menos de una semana todo ha terminado. Espartero quedó contado con los muertos y olvidado como si realmente estuviera ya en la tumba. Y sin embargo, los extranjeros se extrañaban de que una nación dada a tan africanas pasiones y a tan medieval determinación mostrase tan pasiva indiferencia cuando el nuevo dictador rasgó de un espadazo las preciosas cartas constitucionales de su predecesor, pero es que en todos estos cambios de escena las cuerdas a que responde el corazón de los españoles no fueron tocadas en absoluto. El hecho fue realizado por un español, que no atentó ni contra su fe ni contra el trono. A las masas les tiene tan sin cuidado una constitución como a los bereberes o a los orientales, y para ellos este objeto de pergamino no es una realidad, sino una mera abstracción que ni comprenden ni aprecian. El pueblo no quiere que sus leyes cambien, sino que sean administradas de manera justa; las leyes son buenas en teoría, aunque en la práctica estén roídas por los gusanos del soborno y la corrupción. Confiérase a los españoles una constitución reluciente de puro nueva y digna del mismo Bentham y la cogerán sin siquiera dar las gracias; anúlese y responderán con un paciente encogerse de hombros. Su única idea de gobierno es el despotismo, y bajo ese sistema han vivido siempre, sin que, por odioso que sea en teoría, haya oprimido nunca duramente a la nación en la práctica. Pero España es el país de las contradicciones. Véase, por lo que se refiere a estas cuestiones, Madrid, Daroca y Durango.

Tras dejar Albacete, la carretera se bifurca y desciende hasta Alicante por entre las colinas de Villena, que alegran el ojo al viajero harto de llanuras. Almansa está bien construida y es una ciudad medianamente floreciente de siete mil habitantes. La vega está irrigada y muchos de los pantanos que producían fiebres han sido desecados, especialmente los de Salahar y San Benito. El Pantano de Alfera es un buen depósito de agua y un elemento de increíble fertilidad bajo este sol casi africano. Cerca de Almansa se decidió, el 25 de abril de 1707, una de las pocas batallas en que los franceses hayan derrotado a los ingleses y aquí, como en Fontenoy, los traidores lucharon contra su país y a favor de su enemigo. Los franceses iban mandados por un inglés, Berwick, hijo natural de Jacobo II, sobrino de Marlborough y por lo tanto de buena raza de soldados; mientras que los ingleses iban al mando de un francés, un cierto Henri de Ruvigny, un aventurero, hecho conde de Galway por Guillermo II de Inglaterra. Este tipo, semejante a los Cuestas o a los Blakes, era personalmente valiente, pero un "verdadero niño en el arte de la guerra", siempre "ansioso de librar batallas campales", pero sin llegar a hacerlo nunca, excepto para ser derrotado. Los ingleses, en el momento crítico, fueron desertados por sus aliados españoles, que, como en Barrosa, Albuera, Talavera, etcétera, les dejaron que aguantaran todo el peso de la lucha. Socorros de España, cuya ayuda resulta muy bien expresada con la palabra francesa assister, que significa estar presente sin participar, o sea, asistir a una cosa como espectador. Y, además, la batalla, como la de Albuera, no habría debido tener lugar en absoluto, porque el mismo Peterborough, la totalidad de cuyo sistema bélico era audaz y agresivo, había aconsejado un tipo de campaña fabiano, es decir, de hostigar al enemigo y desgastarlo, pero se opuso a esto Stanhope, que había sido convencido por el español marqués de las Minas, de la misma manera que Beresford fue convencido por Castaños. Los aliados eran solo doce mil de a pie y cinco mil de caballería, mientras que los franceses pasaban de treinta mil y, además, estaban frescos y dispuestos, mientras que a los ingleses se les sometió a "marchas y contramarchas", como en Barrosa, y llegaron al campo de batalla fatigados y hambrientos. La batalla se perdió principalmente a causa de la cobardía del general portugués Atalaya. La victoria francesa fue completa, pero sus laureles fueron mancillados por el feroz saqueo de Játiva y el incumplimiento de todas las capitulaciones acordadas. Orleans, después regente, llegó

demasiado tarde para la batalla, perdiendo de esta manera una oportunidad de borrar la vergüenza que había sufrido ante Turín en 1706. A una corta milla de Almansa hay un ruin obelisco, que recuerda el lugar de esta batalla, sumamente importante, y es proporcionado a la ingratitud gubernamental española; y pequeña es, ciertamente, la mención que hacen Páez y compañía de los valientes franceses, que hicieron todo el trabajo y cuya obra se arrogan los nosotros.

Cruzando el puerto bajamos a la agradable costa valenciana por encantadores desfiladeros. Pasando Mogente a la izquierda y Játiva a la derecha, el número de pueblos aumenta; la tierra y el cielo cambian y todo es alegre y atractivo, es un constante jardín de graciosos arrozales y palmeras. Alberique es proverbial por su fertilidad, que no conoce el reposo, es una Tierra de Dios: ayer trigo y hoy arroz. Y ahora volvemos la espalda a las desnudas mesetas centrales, al monótono paño pardo, la montera y la choza de barro, y damos la bienvenida al vistoso valenciano, con sus vestiduras orientales y llenas de color, alegre y chispeante como el sol y las flores de su provincia. Alberique está rodeada de acequias, unos canales por medios de los cuales son sangrados los ríos. La Gran Acequia del Rey cruza la carretera y va a la Albufera, aislando con el Júcar y sus afluentes una importante zona arrocera. La calzada continúa, pasando por terrenos hundidos e irrigados, llenos de abundancia, fiebres y mosquitos. Hay varias rutas de Madrid a Cuenca, una de las cuales va por las llanuras (ruta CVIII), otra por los baños minerales y los montes (ruta CVII) y otra más que comunica con Valencia y que es la que ahora pasaremos a describir.

RUTA CIV

DE MADRID A VALENCIA POR CUENCA

	Leguas	
Vacia Madrid	3	
Perales de Tajuña	3	6
Fuentedueña	3 1/2	9 1/2
Tarancón	3	12 1/2
Huelbes	2	14 1/2
Carrascosa	2	16 1/2
Horcajada	2	18 1/2
Cabrejas	3	21 1/2
Albaladejito	3	24 1/2
Cuenca	1	25 1/2
Fuentes	3	28 1/2
Reillo	2	30 1/2
Arguisuelas	2	32 1/2
Cardenete	2 1/2	35
Camporrobres	3	38
Utiel	3	41
Requena	2	43
Siete Aguas	3	46
Venta de Buñol	2	48
Chiva	2	50
Venta de Pozos	2	52
Valencia	3	55

La comarca hasta Cuenca, como la meseta central de la Península, aunque carece de interés, produce mucho grano y azafrán. Después de salir de Vacia Madrid se cruza el Jarama, un poco más arriba de donde se une al Manzanares. La tristeza y monotonía de las cercanías de Madrid comienza a ceder cerca de Arganda, con sus olivos, viñas y campos de trigo; el vino tinto es excelente. Perales está en un rico valle, regado por el Tajuña que, bajando de la Sierra de Solorio, se une al Henares. Cruzando este entramos en Villarejo, que tiene un bello castillo en ruinas, y la iglesia parroquial contiene algunos cuadros de Pedro Orrente; desde aquí, cruzando el Tajo, vamos, por una comarca desolada, hasta Fuentedueña, con su castillo moro, otra zona monótona que, con alguno de los molinos de don Quijote de vez en cuando, conduce a Tarancón, ciudad de cierta actividad, por estar en el centro de muchas comunicaciones que se cruzan. La fachada oeste de la bonita iglesia parroquial conserva sus antiguos y minuciosos ornamentos góticos, pero la norte fue modernizada y adaptada al orden jónico del tiempo de Felipe II. La comarca recupera ahora su desolación anterior, los pueblos son escasos y la población está mal vestida y azotada por la pobreza.

Uclés (población, unos mil quinientos habitantes) está situada a dos leguas de Tarancón, entre sus jardines y alamedas, regadas por el Bedija; sobre una colina, dominando el panorama, se encuentra el monasterio, magnífico otrora, de la Orden de Santiago, del que Uclés fue la, primera encomienda y su abate era mitrado; fue fundado en 1174 sobre el solar de un alcázar moro, del que la Torre Albarrana y una parte fueron incluidos en el nuevo edificio; la capilla fue construida en el año 1600, en el sencillo estilo herreriano. Uclés es lugar fatal en los anales españoles, ya que fue aquí, en el 1100, donde Sancho, el hijo de Alonso VI fue derrotado y muerto por el infiel, lo cual rompió el corazón de su padre; véase el conmovedor relato que hace de esto Mariana. Y también aquí, el 13 de enero de 1809, Víctor derrotó al miserable Venegas, que había avanzado desde Tarancón para sorprender a los franceses, quienes, ante su sorpresa, se volvieron contra él; en vista de lo cual huyó sin más a Uclés y ocupó la fuerte eminencia; pero en cuanto el audaz enemigo comenzó a ascender la ladera, el ejército español, como en Somosierra y otros lugares, abandonado sin armas ni comida suficientes y desanimado por sus indignos jefes, volvió la

espalda y echó a correr, dando el ejemplo el mismo Venegas, que siguió vivo para sufrir nueva vergüenza en Almonacid; entonces Víctor trató a Uclés á la Medellín, es decir, enjaezó al clero y a los respetables habitantes y los hizo arrastrar ladera arriba, como si fueran bestias de carga, todas las cosas que él no podía llevarse, a fin de hacer feu de joie en celebración de su victoria; a continuación sesenta prisioneros fueron asesinados en el matadero, que fue humorísticamente elegido para esta apropiada carnicería. Víctor a continuación hizo ir a los supervivientes a pie hasta Madrid, haciendo que todos los que caían a lo largo del camino víctimas del hambre y la fatiga fueran fusilados sobre el terreno. Toreno, Southey y Schepeler describen horripilantes detalles, y este último compara a Víctor con Tamerlán, “sorti au berceau avec le signe du sang”. El amable monsieur de Rocca registra lo ocurrido y lamenta los horrores de que hubo de ser testigo en aquel momento.

Cerca de Uclés, en Cabeza del Griego, hay algunos restos romanos y es el supuesto solar de las antiguas Munda y Cartima (para detalles, con planos, véanse las Memorias de la Academia de la Historia, III, 170, y también España sagrada, XLII, 332).

Saliendo de Tarancón continua la elevada meseta, rota, sin embargo, por ondulaciones con pantanos en las partes bajas, hasta Horcajada, verdadero lugar colgante. Ahora las colinas están cubiertas de pinos y robles, y subimos por un puerto o paso sobre la cima más alta, desde donde las aguas bajan por el este y el oeste. Cruzando el Júcar, después de Albaladejito, la zona se vuelve pintoresca y, después de ir por un desfiladero frondoso, entramos en la Cuenca trepadora y edificada sobre rocas por su antiguo puente; la posada no pasa de ser tolerable, pero cuando se termine el tendido de la carretera que pasará por Las Cabrillas es indudable que se instalará aquí un Parador de las Diligencias.

CUENCA

Cuenca, palabra derivada de concha o bien del árabe cuemcom, que significa jarra o cántaro, es ciertamente una concha ceñida de

montes y la capital de su comarca montañosa, estando ella misma a unos tres mil quinientos pies de altura sobre el nivel del mar. Las cadenas de montañas que hay al nordeste son continuación de la cordillera cantábrica, que serpentea a través de España por Burgos, Oca, Montcayo, Molina de Aragón y Albarracín. Los tupidos bosques reciben el nombre de los Pinares de Cuenca y son proverbiales, rivalizando con los de Soria. El paisaje, con estos bosques y roquedos inmemoriales, es digno de Salvator Rosa, mientras los lagos y los arroyos, aguas vírgenes donde casi nunca se pesca, abundan en truchas, y las colinas y los montes contienen curiosas muestras de botánica y geología que están aún por investigar.

Cuenca, en los siglos XV y XVI, estuvo densamente poblada por comerciantes que se dedicaban a su principal producto, la lana, pero ahora todo está aquí desolado y empobrecido. La comarca es una de las menos pobladas de la Península, ya que no contiene apenas trescientas almas por legua cuadrada, mientras que la capital, Cuenca, no pasa de los tres mil habitantes. Las montañas, montes orospedani, eran una guarida de los bravos celtíberos, que libraron una desesperada guerra de guerrilla contra los romanos, de la misma manera que Juan de Cerecedo en la Guerra de Sucesión y que el Empecinado en nuestros tiempos contra los franceses; de aquí las muchas veces que ha sido saqueada Cuenca: la primera y peor de todas fue a manos de Caulaincourt, enviado por Savary a aliviar a Moncey después del revés de este ante Valencia. Los invasores entraron en Cuenca el 3 de julio de 1808, y el clero, que salió a su encuentro con sus vestiduras sacras para darles la bienvenida, con banderas de tregua, fue tiroteado y asesinado; por lo que se refiere a los detalles, que, según Schepeler, superaron a “les horreurs ordinaires”, véase su historia. El botín personal de Caulaincourt en plata de iglesia fue enorme, porque se hizo llevar a su cuartel general la espléndida custodia, y una vez allí la hizo romper en pedazos portables, a pesar de lo cual fue nombrado por Buonaparte gouverneur de ses pages; este mentor, que había enseñado a sus discípulos el arte de disparar, recibió su ajuste de cuentas en forma de una bala en Moscua el 7 de septiembre de 1812. Cuenca fue saqueada nuevamente por el general Hugo, el devastador de Ávila, el 17 de junio de 1810, y de nuevo otra vez el 22 de abril de 1811 por La Houssaye, el despojador de El Escorial y Toledo; la empobrecida ciudad no ha podido reponerse de todo esto. Fue en

otros tiempos famosa por su magnífica platería, y la familia de Becerriles fue aquí lo que la de los d'Arphes en León o la de Foppa (Caradosso), de Milán, fue con respecto a Cellini en Florencia; Alonso y Francisco Becerril vivieron en Cuenca a principios de 1500 y fue obra de ellos la en otros tiempos magnífica Custodia o la plata de iglesia. Martyriço detalla las magníficas cruces, cálices, etcétera, que fueron sacados de aquí por Caulaincourt, cuyo sacrilegio general causó tal indignación nacional que José, el día mismo de su entrada en Madrid, dio orden de que todo ello fuera repuesto a expensas del gobierno. No es necesario decir que no se hizo absolutamente nada en este sentido, pero la orden, en blanco y negro, fue de buen efecto para el que la leyera; más aún, José, mientras la escribía, estaba también muy ocupado quedándose con la plata que guardaba Fernando en sus cofres y que no tardó en llevarse en su fuga.

Cuenca está románticamente situada a cosa de mitad de camino entre Madrid y Valencia, en la confluencia del Júcar y el Huécar y entre las alturas de San Cristóbal y Socorro; el que quiera saber detalles consúlte La Historia de Juan Pablo Martyriço, folio, Madrid, 1629, curioso volumen que contiene también retratos de los Mendozas, que fueron durante largo tiempo sus gobernadores. Según este autor, la ciudad fue fundada en el mismo día y a la misma hora exactamente que Roma. Sin embargo, la verdad verdadera es que es puramente mora y, como Ronda, Alhama y Alarcón, está construida sobre una roca aislada por un río. Fue dada en el año de 1106 por Ben Abet, rey de Sevilla, como parte de la dote de su hija Zaida y mujer de Alonso VI. Los habitantes, sin embargo, se rebelaron y la ciudad fue reconquistada por Alonso VIII el 26 de septiembre de 1177. La campaña, verdaderamente española, se puede leer con todo detalle en Mariana; Alonso VIII, como de costumbre, se encontró carente de todo en el momento crítico: el lugar del campamento donde pasó hambre se muestra todavía al visitante en Fuentes del Rey. La ciudad fue tomada finalmente gracias a una estratagema pensada por un esclavo cristiano que estaba en ella, un cierto Martín Alhaxa (buena alhaja de criado), y que sacó los merinos de su amo como si fueran a pastar, pero en realidad para entregárselos a sus hambrientos compatriotas, quienes, una vez que los hubieron comido, se pusieron sus pieles y fueron conducidos a cuatro patas por el

esclavo a Cuenca, en la que entraron por un pequeño postigo que aún existe en la muralla; de este extraño rebaño procede la mayor parte de las familias hidalgas de Cuenca, como, por ejemplo, los Albornoz, Alarcón, Cabrera, Carrillo, Salazar, etcétera

Cuenca, famosa en otros tiempos tanto por sus artes como por su industria, es ahora apenas una sombra del pasado; su prosperidad fue agostada por la invasión francesa y ahora solamente conserva su situación pintoresca, que no pudo ser destruida; a pesar de todo, los bellos ríos Huécar y Júcar (sucro, las aguas dulces) llegan a Cuenca bajando por desfiladeros cubiertos de encantadores paseos arbolados y cruzados por puentes que han sido puestos allí para deleite del artista; por encima de todo esto se eleva la ciudad, como un nido de águila, con sus viejos muros y torres, sus casas que cuelgan sobre los precipicios y sus rocas desnudas, que aumentan el encanto de los fértiles valles que se extienden a sus pies. Desde el suburbio, la ciudad se levanta sobre terrazas, es decir, en cierto modo, tejado sobre tejado, hasta llegar a la plaza y la catedral, que ocupan casi el único espacio plano, porque las calles son todas empinadas y estrechas; entre los puentes conviene observar el de San Pablo, sobre el Huécar, que une la ciudad con el monasterio dominicano; digno de los romanos, rivaliza en altura y solidez con los arcos de Mérida, Alcántara y Segovia y se levanta a una altura de ciento cincuenta pies, uniendo las rocas cortadas. Ha sido levantado sobre colosales estribos y fue construido en 1523 por Francisco de Luna, a expensas del canónigo Juan de Pozo, para uso y comodidad de los monjes. La fachada de San Pablo ha sido, por desgracia, modernizada, pero en el interior se encuentra el retablo, maravillosamente trabajado, que data de 1447 y que originariamente estaba en el altar mayor de la catedral; ante él podía verse la figura yacente de Juan de Pozo, el fundador.

La catedral es una de las más notables de España, por ser un verdadero museo de las bellas artes; la primera piedra fue puesta en 1177 por Alonso VIII, que trajo al nuevo obispado las antiguas sedes de Valera y Arcos; el estilo del edificio es de un sencillo y severo gótico, con un remate en forma de “E” semicircular. La fachada que da a la plaza fue modernizada en 1664-69 por un chapucero desatinado llamado Josef Arroyo por orden del capítulo, que en otros tiempos fue muy rico en dinero contante, aunque

miserablemente pobre en buen gusto. Los bárbaros hicieron cuanto estuvo en sus manos para modernizar y desfigurar su venerable iglesia, pintando el interior de blanco y negro, como una mezquita de El Cairo, aunque esto se hiciera a modo de imitación de la catedral de Siena y de cumplido a Diego de Mendoza, un conquense que entonces llevaba largo tiempo mandando aquí como déspota y que está enterrado ahora en la catedral. Miembro de esta gran familia fue don García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete y héroe de la guerra araucana, que es el tema del poema épico de España escrito por Ercilla. Véase Los hechos, etcétera, de Suárez de Figueroa, cuarto, Madrid, 1613.

El visitante debe ir hasta el crucero, mirar a su alrededor y examinar en particular las bellas vidrieras y el panorama circular; los arcos son semimoros y semigóticos y surgen de una audaz cornisa que sobresale hasta más allá del remate de las columnas inferiores. El arco ornamentado y semimoro que constituye la entrada al altar mayor, y que es superior a cualquier alabanza, surge de salientes situados en las paredes laterales; se conserva una forma oriental parecida en los arcos que hay en el extremo oeste de la catedral, pero estos surgen de la parte superior de los entrepaños, como es normal en la construcción gótica. El coro, situado como de costumbre en el centro, fue por desgracia modernizado y estropeado por el obispo Flórez, de cuyo lamentable periodo son los órganos y el púlpito de jaspe; la magnífica reja, sin embargo, y el facistol en forma de águila son de tiempos antiguos y obras maestras de Hernando de Arenas (1557). El retablo original fue quitado de aquí en el siglo pasado y llevado a San Pablo con objeto de hacer sitio para el actual altar mayor, que es, ciertamente, todo lo bello que el jaspe puede dar de sí; aunque clásico en estilo, está marcado por la vulgaridad de su diseñador, Ventura Rodríguez, muerto en 1785. La imagen de la Virgen fue esculpida en Génova; el trasparente, el orgullo de Cuenca, está dedicado a San Julián, que con San Onorato, es patrono tutelar de esta ciudad. Los jaspes son muy ornamentales y vistosos y los capiteles de bronce de mucho valor; las columnas verdes fueron traídas aquí del Barranco de San Juan, en Granada, y rivalizan con las de la catedral de esta ciudad y las de las Salesas de Madrid. La urna, con las estatuas de la Fe, la Esperanza y la Caridad, fueron esculpidas en Carrara, en 1758, por Francisco Vergara, un valenciano afincado en Italia. El costo del

transporte desde Alicante fue enorme, pero, a pesar de todo, no son sino mediocridades académicas, sin vida, ni alma, ni sentimiento. Como Cuenca está situada en un distrito productor de jaspe, la catedral, naturalmente, está adornada con este costoso material; todas las capillas merecen ser examinadas. Comenzando, por tanto, por la derecha, observemos el portal y las rejas de la espléndida capilla de los Apóstoles, que está construida en un intrincado estilo gótico, con una bella piedra traída de las vecinas canteras de Arcos. Pasando ante el clásico retablo, obsérvese el pequeño altar de tiempos de Felipe II, con una imagen muy venerada de la Virgen de la Salud, una Minerva médica; yendo no lejos de la puerta, hasta el palacio episcopal, está la capilla de San Martín, con un buen altar y tallas y cuatro notables sepulcros de los primeros prelados: Juan Fánez, descendiente del Cid; López, Pedro Lorenzo y García. Pocas cosas pueden superar a la entrada plateresca que conduce a los claustros y se levanta a doscientos ochenta y un pies de altura, hecha en piedra de Arcos por Xamete en 1546-50, como consta en unas inscripciones, a expensas del obispo Sebastián Ramírez. Algunos piensan que este Xamete fue moro, basándose para ello en el nombre, xamete, que significa bicolor; en cualquier caso tuvo que haber estudiado en las escuelas cellinescas de Italia y es digno rival de Berruguete y de Damián Forment; solo ver este arco justificaría un viaje a Cuenca, porque no puede ser descrito, ya que es obra de una época en que las renacidas artes del paganismo rivalizaban hasta en las iglesias con la cristiandad; aquí tenemos santos y arpías, leones, vírgenes, tritones, jarrones, flores, virtudes alegóricas, etcétera, todo ello entremezclado, pero formando en conjunto un todo de complejidad sin paralelo y con un efecto muy propio del cinquecento.

Los claustros son de un estilo distinto, por haber sido construidos en 1577-83 por Juan Andrea Rodi con la bella piedra sacada de las canteras vecinas de La Haz. El sencillo dórico de Herrera estaba entonces de moda y contrasta con el friso plateresco que se ve en el extremo oriental, obra de otra mano y otro periodo. A continuación obsérvese la capilla mortuoria de los Mendozas en forma de cruz griega, con cúpula, mientras que el altar mayor, de estilo corintio, está adornado con pintura y escultura: los monumentos, enriquecidos con jaspe y hornacinas arqueadas, están dispuestos en torno a él; obsérvese el de doña Inés, con columnas de mármol, y el

de Diego Hurtado, virrey de Siena, muerto en 1566. Desde los claustros se puede subir a la secretaría.

A continuación visítese la capilla de Nuestra Señora del Sagrario, con sus soberbios jaspes, y obsérvese la milagrosa imagen que ayudó a Alonso VIII en sus victorias. La fachada de la Sala Capitular es digna de Xamete; las puertas de nogal, talladas con imágenes de San Pedro, San Pablo y la adoración de los reyes, se atribuyen a Berruguete, pero la transfiguración es obra de manos menos diestras; la sillería de nogal es también excelente. La capilla de San Juan fue fundada por el canónigo Juan de Barreda y tiene una buena reja corintia con querubines y escudos de armas. La capilla de Santa Elena, frente al trasparente, tiene una bella portada y un buen retablo de nogal. En el lado izquierdo de la catedral están las capillas de San Juan Bautista, con pinturas en retablo de Cristóbal García Salmerón, que, nacido en 1603, llegó a ser discípulo de Orrente y adoptó el estilo de Bassan, sobre todo en esta Natividad y en el Bautista Predicando. Obsérvese la reja que hay en la capilla de la familia Muñoz. La capilla de los Caballeros, llamada así por las tumbas de la familia Albornoz, aunque recarga un poco el conjunto de la catedral, es muy digna de ser visitada; la puerta es del tipo que conviene a la entrada de una cámara mortuoria, por estar adornada con un famoso esqueleto de piedra. La reja es excelente y también lo son las ventanas, que están intrincadamente pintadas y decoradas con blasones de armas. Las buenas pinturas del retablo fueron donadas por el protonotario Gómez Carrillo de Albornoz, que había vivido mucho tiempo en Italia; están ejecutadas por Hernando Yáñez, un artista capaz cuyas obras son muy raras en España; se dice que fue discípulo de Rafael, pero su estilo es más florentino que romano.

Entre los muchos sepulcros principales obsérvese el del gran cardenal Gil Carrillo Albornoz, cuya vida ha sido escrita por Baltasar Parreño; obsérvese también la tumba de su madre, Teresa de Luna, y la airosa figura militar que hay a la izquierda del altar mayor. Hay asimismo otras obras de Xamete en las capillas de San Fabián, San Mateo y San Lorenzo.

Cerca de la catedral está el palacio episcopal, con una fachada de gótico mixto y un buen salón en su interior, llamado el de San

Julián, todo lo cual fue completamente saqueado por los franceses. Muchas de las parroquias más antiguas están construidas contra las murallas y, de esta manera, contribuyen a su efecto irregular y pintoresco. Los interiores, en general, han sido lamentablemente modernizados por el clero, en otros tiempos rico, que torturó sus finas maderas hasta darles formas doradas y churriguerescas, cursis y ostentosas; en el dedicado a San Juan Bautista están las tumbas de los Montemayor, una de las cuales data de 1462 y otra, hecha al gusto plateresco, de 1523, con la figura yacente de don Juan con atuendo sacerdotal.

Las curiosas Casas Solares, o sea, mansiones familiares de los conquistadores, están ahora abandonadas y sus escudos de armas continúan campeando sobre las hornacinas, semejantes a portales, de los muertos: los interiores fueron destripados por los invasores. Muchas de estas casas están pintorescamente construidas en declives, como, por ejemplo, el alcázar de los Mendozas, que domina el Júcar; obsérvense las casas de las familias de Priego y Carrillo y algunas que hay en la calle de Correduría. La casa de la moneda, que ahora no se usa (porque no hay oro que acuñar), fue construida en 1664 por Josef de Arroyo. El convento franciscano fue erigido en el siglo XII por los templarios. La situación de las Carmelitas Descalzas sobre las rocas y el río es buena, como también lo es la de San Pedro de Alcántara, que está situado sobre el Júcar fuera de la ciudad. Cuenca fue en otros tiempos notable por sus colegios, sus imprentas, sus manufacturas, sus artes, ciencia e industria, todo lo cual fue tan completamente barrido por los franceses que Toreno, que lo narra con detalle, llega a preguntarse cómo es posible que una nación tan civilizada y humana pueda seleccionar, para su destrucción, las obras de la piedad y la cultura españolas. ¿Pues qué diría de las ruinas de Toledo y Salamanca?

Cuenca, en sus buenos tiempos antiguos, produjo grandes hombres de diversa excelencia. Entre sus personajes de nota cabe mencionar a los Mendoza y Gil de Albornoz, generales y prelados; a los artistas Becerril, Xamete, Yáñez y Mora, el mejor discípulo de Herrera. Aquí nacieron Figueroa, el poeta, y Alonso de Ojeda, el amigo de Colón, y finalmente, pero no en último lugar, Lope de Barrientos, el quemador de libros. La ciudad lleva en su escudo de armas “gules, un cáliz sacramental, con una estrella de ocho rayos de plata”. Para

excursiones y rutas secundarias, véanse las páginas siguientes.

Continuando la ruta desde Madrid a Valencia llegamos a Fuentes, situada en una hondonada muy sujeta a inundaciones del Río de las Moscas, el cual, como indica su nombre, será el deleite de pescadores con mosca artificial. Reino, de cimientos romanos, tiene un castillo arruinado en las alturas. Cardenete, que es una aldea grande, está cerca del Guarzum y el Cabriel, que corren bajo la serranía que separa esta cuenca de la del Júcar. Tiene un castillo viejo, construido por un miembro de la gran familia de Moya, cuyo marquesado estaba situado al norte, entre los ríos Cabriel y Alfambra. Utiel comunica con las interesantes minas de sal de Minglanilla, por Caudete, y el camino pasa por la Serranía de Contreras, que está en una comarca silvestre, áspera y cubierta de pinos y abundante en caza. Requena es ciudad grande, agradablemente situada en una vega bien irrigada. Su población es de mil almas. Una diligencia va de aquí a Valencia. Las iglesias parroquiales de San Salvalor y Santa María tienen buenas fachadas góticas. El camino entra ahora en la zona montañosa de las Cabreras o Las Cabrillas, que separa Castilla de Valencia. Las alturas son ásperas y están cubiertas de pinos, y los valles, regados por claros arroyos, de los que los riachuelos de Buñol, Yatoba y Macastre fluyen hacia el Requena, que es afluente del Júcar. Cerca de la Venta de Siete Aguas entramos en la encantadora provincia de Valencia por un quebrado desfiladero de subidas y bajadas cortado por arroyos. Desde las alturas de Las Cabrillas se abren ante nosotros las soleadas llanuras, moteadas por relucientes granjas y pueblos engastados en un paisaje de fertilidad sin paragón; en la distancia están las colinas que dominan Denia y el cinturón azul del mar. No lejos de Buñol, que está bajo las Cabrillas, hay algunas cuevas con estalactitas llamadas “Las Maravillas”. Chiva es conocida por su mala gente, y los ladrones acechan en escondrijos que parecen hechos a propósito para ellos. Son famosos por su crueldad y con frecuencia tratan mal a sus víctimas, dejándolos en cueros, muy de acuerdo con la conducta de los antiguos ladrones orientales cerca de Jericó. Saliendo de las colinas y pasando la llanura arbolada del Quart vemos que se produce un cambio en la vegetación y contemplamos el algarrobo, el alfónsigo, el moral y la palmera, así como también cañas altas y susurrantes. Ahora entramos en la Huerta de Valencia, el paraíso de los moros; de esta

manera pasamos del desierto de las colinas a una tierra de promisión, rebosante de aceite y vino.

RUTA CV

DE CUENCA A VALENCIA POR MINGLANILLA

	Leguas	
Valera de Arriba	3	
Valera de Abajo	1	4
Bonache de Alarcón	2	6
Alarcón	3	9
Villanueva de la Jara	3	12
Iniesta	3	15
Minglanilla	2	17
Villa Gorda	3	20
Requena	5	25
Valencia	12	37

Este camino silvestre de herradura –conviene ir bien abastecido de provisiones– está lleno de interés para el pescador, el artista y el geólogo. Alarcón, población de ochocientas almas, una verdadera ciudad fortaleza mora, está construida, como una Toledo en miniatura, sobre una península rocosa ceñida por el Júcar. Sólo se puede entrar en ella por una angosta tira de tierra que ha sido comparada con el mango de una sartén, comparación más adecuada que elegante. El acceso por tierra está bien guardado por torres moras y un alcázar, mientras que las puertas y los puentes, la empinada cuesta que conduce a la ciudad, con sus jardines, molinos de agua y desfiladeros, y el río que corre a sus pies, todo lo cual parece salido de la imaginación de un pintor, recuerdan Ronda. Esta ciudad, ahora en decadencia, pero en otros tiempos importante, cuenta todavía con cinco iglesias parroquiales. La Santa María tiene fachada gótica y tiene, o tenía, una magnífica custodia, hecha por Cristóbal de Becerril (1575). La fachada de la Trinidad está ornamentada con armas y volutas de la mejor época de los Reyes Católicos. Alarcón fue tomada a los moros en 1177 por Fernán Martínez Zevallos, cuyos descendientes llevaron por esta causa el título de Señores de Alarcón, y fue a Hernando, uno de ellos, a cuyo cuidadano fue entregado Francisco I después de Pavía. Sus comentarios, Los hechos, etcétera, folio, Madrid, 1665, son verdaderamente caballerescos e interesantes. Esta ciudad, en julio de 1195, fue escenario de una tremenda batalla entre los moros y Alonso VIII de Castilla, y para los moros este año fue fecha memorable, Amul-l-Alark.

Villanueva de la Jara se encuentra, como indica su nombre, en una región de cistos. El nombre de Iniesta o retama indica también parecida situación botánica. Y ciertamente, estas zonas desoladas están cubiertas de aromática maleza, que es deleite de la abeja y de las ferae naturae, que proliferan aquí. La iglesia parroquial de Iniesta es buena. Las famosas minas de sal están a cosa de dos millas al este de Minglanilla, cuya población es de una mil quinientas almas. Descendamos a las galerías, que, cuando están iluminadas, parecen las cuevas del tesoro de Aladino. Es más bien una cantera de sal que una mina y en pequeña escala puede compararse con las minas de sal de Wieliczka, cerca de Cracovia. Se diría que son inagotables, y su explotación da trabajo a la zona. Los mineros, vistos en bóvedas de cristal, parecen parientes de la mujer

de Lot después de su salina transformación. El camino cruza ahora la silvestre Serranía de Contreras, entrando luego en una comarca arbolada y abundante en caza, y de allí se sigue hasta el Gabriel, que se une al río Júcar cerca de Cofrentes (confluentes, Coblenza); de aquí se pasa a Requena, entre cuyos pinos y rocas se ven fragmentos de paisaje dignos de Salvator Rosa.

Los que, habiendo hecho la gira de Cuenca, quieran visitar Murcia antes de seguir hasta Valencia tienen que volver al Camino Real de Madrid en Almansa y seguir desde allí hacia el sur por la ruta XXX.

RUTA CVI

DE CUENCA A SAN CLEMENTE

	Leguas	
Valdeganga	3	
Valverde	3	6
Cañavete	3	9
San Clemente	3	12

Esta ruta carece de interés, los pueblos están arruinados y la comarca apenas poblada por gente azotada por la pobreza, porque pocas zonas de España fueron devastadas más frecuente o cruelmente por los invasores, en particular a las órdenes de La Fontaine, Víctor y Frere. Véase, por lo que se refiere a los tristes detalles, Schepeller, III, 118.

EXCURSIONES CERCA DE CUENCA

Las posibilidades son numerosas y llenas de atractivos para el geólogo y el pescador de caña. En Bonache está la curiosa Cueva del Judío, y en Ballesteros, al sur de Cuenca, hay un lago negro llamado precisamente La Laguna Negra, de la que se dice que tiene comunicación subterránea con la de Fuentes, ya que han aparecido en una cabezas de ganado ahogadas en la otra. De otro lago, llamado el Pozo Ayrón, que dista una legua de Almarcha, se dice que no tiene fondo. Cierto don Buesso, según asevera la leyenda, arrojó a él a veinticuatro de sus amantes completamente desnudas, y una de ellas tiró de él hasta hacerle caer con ella. Cerca de Montalvo, a cinco leguas de Cuenca, hay otro lago que, sin embargo, tiene fondo y es somero; la caza de aves silvestres en invierno es allí magnífica. Visítese con antorchas la cueva de estalactitas llamada la Cueva de Pedro Cotillas, que está a unas tres leguas subiendo el delicioso valle del Huécar, cerca de La Cierva, donde se encuentran bellos jaspes violeta. El Huécar es menor que el Júcar, pero sus aguas poseen una cualidad curiosamente fertilizante, como lo demuestran sus riberas ajardinadas. Toda la ruta hasta Palomera, a dos leguas, es de verdor perenne, gracias a perennes fuentes que surten a Cuenca de agua abundante, y la zona poseyó además un excelente especialista en hidráulica, en 1538, llamado Juan Vélez. La Fuente del Fraile, cerca de Palomera, es más digna de una Egeria que de un fraile ilota. Los molinos que hay junto a estos arroyos y los pinos y las rocas cubiertas de flores silvestres son verdaderamente pintorescos.

El botánico y el pescador de caña pasarán otro día subiendo al Júcar. El valle no tarda en ensancharse y convenirse en un paisaje semejante a Suiza; alrededor de una milla cuesta arriba están las Fuentes del Rey, donde acampó Alonso. Dominando todo esto, un arroyo truchero, que brota de la montaña, riega la llanura. A dos leguas de distancia está el Val de Cabras, famoso por sus pinos, que flotaban Tajo abajo hasta Aranjuez a fin de abastecer a Madrid de

madera de construcción. El Pinus hispalensis, llamado Alvar por los madereros, abunda mucho. A legua y media más arriba está Una, con su laguna, o lago, bien abastecida de truchas y en la que hay una isla móvil (?). Cerca de aquí hay ciertas minas de carbón y una de buen azabache. Los que quieran extender sus investigaciones geológicas o piscatorias y volver a Madrid pueden seguir el trayecto siguiente.

RUTA CVII

DE CUENCA A MADRID POR SACEDÓN

	Leguas	
Buenache de la Sierra	2	
Beamud	3	5
Tragacete	3	8
Checa	5	13
Peralejos	2 1/2	15 1/2
Cueva del Hierro	2	17 1/2
Beteta	1	18 1/2
Cañizares	2	20 1/2
Priego	2	22 1/2
Val de Olivas	2	24 1/2
Alcocer	2	26 1/2
Sacedón	2	28 1/2
Auñón	2	30 1/2
Tendilla	3 1/2	34
La Armilla	2	36
Santorcaz	3 1/2	39 1/2
Los Hueros	2 1/2	42
Puente de Viveros	1	43
Madrid	3	46

La parte montañosa de esta ruta es un silvestre camino de herradura y casi sin hospedaje, sobre todo las primeras trece leguas; contrátese, por lo tanto, un guía y póngase cuidado en abastecerse de provisiones. En Bonache, los jaspes de color púrpura compiten con los amarillos y purpúreos que se encuentran en la Hoya de Machado, a dos leguas y media al este de Cuenca, donde debe visitarse la Cueva del Judío.

Tragacete, cuya población es de unas novecientas personas, está situada en un valle ceñido por colinas y regado por el Júcar, que nace cerca de allí; aquí se encuentra cristal de roca. La siguiente jornada a caballo lleva al viajero a las nudosas e intrincadas Sierras de Albarracín y Molina de Aragón; cruzando el Cerro de San Felipe, en Puente García, que es su centro, el Tajo brota de una pequeña fuente, en su cuna rodeada de nieve: la situación es romántica. El valle está ceñido por montañas y por la Muela de San Juan, o sea, la mandíbula de San Juan, en cuyas alturas la nieve dura ocho meses al año. El Tajo corre hacia el oeste, mientras que, en la serranía de enfrente, nace el Cabriel, un afluente del Júcar, ambos excelentes por lo que se refiere a la pesca de truchas. Estos alambiques de las montañas centrales abastecen luego de agua a muchos otros ríos. El Turia o Guadalaviar, Wada-l-abyadh o “el río blanco”, nace en la Muela de San Juan y fluye hacia Valencia; el Mesa, buen arroyo truchero, nace frente a las Fuentes de Jarava y va a Molina de Aragón, muriendo luego en el Tajo. Entre otros buenos ríos trucheros se encuentra el Escabas, que nace en el Cerro Canales, cerca de Tragacete, y corre por Priego para morir en el Guadiela. Por todas partes se ven indicios de actividad volcánica, porque se forman muchos lagos en antiguos cráteres, como los de Barbagada, Mintrosa, Caudete y Valmoro.

Saliendo de Tragacete se cruza el Cerro de San Felipe y se llega a los pinares de Checa, que están bellamente situados junto al Cabrilla; de aquí se va a Tremedal, que está a la derecha, cerca de Orihuela, y durante mucho tiempo ha sido famoso por su “lugar alto” y su imagen bajada del cielo, a la que se hacían peregrinaciones. Los franceses, a las órdenes de Henriod, saquearon Orihuela el 25 de noviembre de 1809 y volaron el santuario, pero la imagen fue escondida por un campesino y, después de retirados los destructores, fue sacada de nuevo con gran pompa de su escondrijo,

y su salvación ha sido considerada desde entonces como un nuevo milagro. Peralejos de las Truchas, nombre que le hará la boca agua al pescador de truchas, es buen lugar para hacer alto. Ahora entramos en la zona de las aguas minerales: al llegar a Beteta visítese La Cueva de los Griegos, cuyas aguas goteantes tienen cualidades petrificantes; en Los Baños de Rosal hay un manantial ferruginoso caliente, con una fuente de agua dulce que sale de debajo de la ermita de esta Virgen del Rosal. Las aguas han sido analizadas: véase Noticias, cuarto, Domingo García Fernández, Madrid, 1787.

Beteta, que en árabe significa espléndido, conserva todavía partes de sus muros y su alcázar moros. Los principales baños están en Satán de Cabras, llamado ahora real sitio por haber sido visitado por Carlos IV y Fernando VII, para cuya comodidad se hizo una carretera que sube valle arriba. La localidad tiene forma ovalada y está ceñida por colinas cubiertas de pinos y regadas por el Cuervo, buen arroyo truchero y afluente del Guadiela. El manantial de aguas minerales nace al pie de la colina de Rebollar y los baños están muy cerca; el frecuentado por las personas reales está dedicado a San Joaquín. A principios del siglo XVI unos pastores observaron que sus cabras se bañaban en el agua cuando tenían achaques cutáneos y, siguiendo el ejemplo de las bestias, llegaron a descubrir su secreto. La temporada de los baños es del 15 de junio al 15 de septiembre, y entonces las aguas se usan tanto interna como externamente: tienen un sabor subácido, con un promedio térmico de 17° sobre cero Réamur. Son algo viscosas al tacto, como si contuvieran petróleo y también hidrocloratos de sosa y magnesia, combinado con gas de ácido carbónico. De estos baños sale en dirección a Madrid una carretera apta para vehículos; también se puede ir a ellos desde Cuenca por una ruta más corta que la que acabamos de describir, pues tiene solamente diez leguas de longitud y va por Priego, donde hay una posada grande y decente y cuya población es de unas mil cien almas. El lugar está bellamente situado sobre una eminencia que domina un excelente arroyo truchero, el Escabas, cerca del cual hay muchos montes y dehesas que abundan en caza, sobre todo la zona situada cerca del verdaderamente confiscado desierto, un monasterio fundado por Carlos III. Priego, edificado a los pies de la sierra, combina las producciones del monte y llano y es buen lugar de estancia para el

pescador de caña. El pan, el cordero y los vinos son excelentes y baratos, pero el campesinado es muy pobre en medio de tanta abundancia. Tiene un castillo en ruinas, una vieja iglesia gótica y una nueva, comenzada, con rústico campanario al estilo de Brunelleschi, obra de Miguel López. La flora es muy interesante; ccrca de allí corre el bello arroyo truchero de Trabaque, muriendo en el Guadiela, de donde las aguas claras y verdemar, juntas, penetran serpenteantes en el Tajo por entre rocas de arenisca roja, con encantadores y artísticos puentes y molinos. Después de pasar por la decaída Alcocer, la comarca cambia de carácter, y dejamos la cuenca del Guadiela, yendo tierra adentro hacia Sacedón, que, con una población de dos mil quinientas personas, está situada en un pintoresco valle rodeado de colinas. Los baños calientes, las antiguas Thermida, son muy frecuentados durante una temporada que va de junio a septiembre por los madrileños enfermizos, y en esos meses hay una diligencia de la empresa Carsi y Ferrer que va y viene. Las aguas fueron analizadas en 1801, y se describen en un tratado publicado en este mismo año en Madrid por Villalpando. Los principales ingredientes son muriato de cal y magnesia; la mineralogía de la comarca es curiosa. Se encuentran aquí ciertos cristales marcados con óxidos de hierro y llamados Piedras de San Isidro en honor del labrador, patrono de Madrid. Fernando VII fundó aquí una pequeña ciudad-balneario que se llama ahora El Real Sitio de Isabel.

Al sur de Sacedón, en la orilla opuesta del Guadiela, está Almonacid, donde Sebastiani derrotó a Venegas el 15 de agosto de 1809. Este hombre mandaba veintisiete mil hombres y tenía instrucciones de cooperar con Cuesta y el duque de Talavera, pero se mantuvo al margen, como consecuencia de instrucciones secretas que había recibido de la traidora Junta de Sevilla. Con la iniciativa en sus propias manos, toda su conducta reveló una crasa ignorancia de su profesión, porque el día 10 debiera haber atacado a los franceses, que eran muy inferiores a él en número, pero demoró el ataque hasta que llegaron las reservas francesas, y entonces, precisamente cuando hubiera debido evitar el combate, lo provocó y fue derrotado de manera completa e instantánea, hasta el punto que un solo y bravo ataque francés de caballería bastó para poner a todo su ejército en fuga, con él mismo a la cabeza, mientras que sus tropas, desmoralizadas y mal equipadas, no pudieron hacer

otra cosa que seguirle. Este sujeto lamentable fue luego recompensado con el cargo de gobernador de Cádiz y más tarde recibió el título de marqués de la Reunión de manos de Fernando VII. ¿Es posible imaginar una broma de peor gusto en el nombre?; de esta manera, el título de una Belle Alliance le fue otorgado al mismo delincuente honrado que, al no realizar precisamente una reunión, expuso la causa aliada en Talavera en tan inminente peligro. Para completar estas cosas de España, Toreno imputa del desastre de Almonacid a un cierto Zolina, otro general del ejército español que se negó a luchar como consecuencia de un mal agüero de su caballo, que había tropezado en el avance. Según Schepeler, este hombre llevaba siempre un capellán consigo, y en las batallas no desenvainaba nunca la espada, sino que contaba las cuentas del rosario, y en otra ocasión se resistió a cruzar un arroyo susurrante porque tomó el ruido por un aviso del cielo contra tal idea. ¿Es de extrañar, por lo tanto, que los ejércitos españoles se vieran desbaratados por todas partes como ovejas ante los franceses, que iban dirigidos por tan buenos oficiales? ¿De qué servía la bravura individual de los soldados españoles cuando se veían expuestos de esta manera a la vergüenza de traidores e incapaces en plena batalla, mientras que, antes y después de esta, se veían privados de todo lo que es necesario para el soldado por sus ignominiosas juntas y gobiernos?

A cuatro leguas de Almonacid está Huete, ciudad de mala fama, ya que, como dice el proverbio, Huete, míralo y vete; y aquí, en 1706, fue saqueado el equipaje de Lord Peterborough por sus dignos habitantes que también asesinaron a algunos prisioneros ingleses, en vista de lo cual nuestro general tomó el lugar, pero, a pesar de tan justa provocación y por ser la misericordia prueba de la verdadera nobleza, ni incendió ni saqueó la llanura, á la Medellín o Uclés, sino que se limitó a subir hasta el convento, donde se habían refugiado todas las mujeres, huyendo de la temida venganza de nuestros compatriotas, doblemente gallardos, alegando que quería preparar unas fortificaciones, pero “en realidad sin otro objeto que echar una ojeada a la temblorosa nidada”. Peterborough, después de esto, se fue de España, asqueado de su ingrato gobierno: sus irritados sentimientos quedaron, en consecuencia, concisa paro duramente expresados en una carta a “la vieja Sara”: “España es el país más desagradable del mundo, sus oficiales los más grandes

ladrones, sus soldados los mayores cobardes; lo único que es allí tolerable es la gente de tu sexo, y aun eso está rodeado de los más grandes peligros".

Saliendo de Sacedón penetramos en unos desfiladeros silvestres cubiertos de pinos y de allí salimos a la garganta del Tajo, cruzado en este lugar por el Puente de Auñón; luego, por una meseta cubierta de maleza, llegamos a un profundo valle, con un convento de encantadora situación, y acabamos en Tendilla, ahora decaída, pero en otros tiempos reducto de los poderosos Mendozas, cuyo alcázar en ruinas sigue dominando sombrío la comarca. El primer alcaide de la Alhambra tomó su título de esta ciudad. Madrid se encuentra a 13 leguas de distancia. Los que no han visto Guadalajara y Alcalá de Henares pueden volver por la ruta CXI. Hay una ruta más corta de Cuenca a Madrid por las llanuras y por una silvestre comarca de tierras altas y bosques, abundante en caza.

RUTA CVIII

DE CUENCA A MADRID

Albacete o Cañaveras	6
Priego	2
Madrid	8

Los que vayan a seguir de Cuenca a Valencia o Zaragoza y quieran visitar partes de estas montañas geológicas y estos valles piscatorios deben ir primero a Teruel, de donde salen carreteras que se bifurcan hacia Aragón y Valencia y que, aunque no pertenecen, estrictamente hablando, a esta sección, pueden incluirse aquí por comodidad.

RUTA CIX

DE CUENCA A TERUEL

	Leguas	
Buenache	3	
Tragacete	5	8
Frías	3 1/2	11 1/2
Albarracín	3	14 1/2
Venta de Falantre	2 1/2	17
Teruel	2 1/2	19 1/2

Cuídese de ir bien abastecido de provisiones y contrátese un guía local, porque la comarca es silvestre y los caminos ásperos e intrincados, pero pueden conducir al viajero a comarcas que son la alegría del pescador de caña y el geólogo. Albarracín es una silvestre población de montaña, con menos de dos mil habitantes y construida bajo una eminencia sobre la que se levantaba en otros tiempos la ciudad antigua, como muestran aún sus murallas y dunas. El cortado Barranco del Guadalaviar es pintoresco; las nieves

y el frío del invierno son duros. Esta zona está muy poco poblada, con un campesinado pastoral que cría ovejas en pequeña escala, pero que producen buena lana y excelentes chuletas. Los pinares abastecen de combustible a las numerosas ferrarías, en las que el abundante mineral de hierro sigue siendo fundido tan toscamente como en tiempos de los celtíberos; a pesar de todo, aunque el terreno esté sin cultivar y el hombre se vea impelido por las instituciones pervertidas a la pobreza y la ociosidad, la naturaleza, simpre activa, ha vestido estos páramos con hierbas aromáticas y, como ella, las abejas están siempre ocupadas. Aquí el aire está perfumado por todas partes con el aroma de las flores silvestres, los anuncios con que Flora atrae solamente a sus diminutos clientes alados, porque ningún botánico bípedo ha investigado jamás estas abandonadas dulzuras. La miel es deliciosa, y Moya, con sus colinas, cerca del Cabriel, es el Himeto de España; de aquí procedía, probablemente, la mel excellente hispanicum, que es elogiada por Petronio Arbitro.

TERUEL

Teruel, situada en Aragón, es la principal ciudad de su partido: su población es de unas siete mil quinientas almas: la posada no pasa de decente. Vista desde lejos, con sus viejas murallas, puertas y torres aragonesas, la ciudad tiene un aspecto que impone, levantándose sobre su bien arbolada vega junto al Turia, que aquí se une al Alfambra, ambos buenos ríos trucheros. El interior es sólido y sombrío. La catedral, elevada a la categoría de sede en 1577, es oscura y está muy desfigurada por el estuco y el estilo churrigueresco. Las sillas corintias del coro son buenas y mejor todavía es el retablo cinquecento, noble obra de Gabriel Yoli, escultor francés que floreció aquí hacia 1538. Obsérvense también la portada y las columnas de la magnífica capilla de la Epifanía; a la derecha del crucero hay un cuadro que representa a las Once mil Vírgenes, pintado por Antonio Bisquert, raro pintor valenciano.

El palacio episcopal tiene un grandioso patio, por más que el corredor superior ofenda a la vista por tener más columnas que los

inferiores, que, de esta forma, están situadas sobre las coronas de los arcos. En la parroquia de San Pedro hay otro buen retablo de Yoli, con pinturas de los santos patronos San Joaquín y Santa Teresa, obra de Bisquert. Todos aquellos cuyo corazón haya sido alguna vez tocado por la tierna llama debieran visitar el claustro en donde se conservan los restos de los “Amantes de Teruel”, tan familiares a los lectores de obras de teatro españolas. Los nombres de estos Abelardo y Eloísa peninsulares eran Isabel de Segura y Juan Diego Martínez de Marcilla. Murieron en 1217 y sus esqueletos fueron traídos aquí en 1708. Véase Los Amantes de Teruel, de Pérez de Montalbán. En la iglesia de Santiago hay un buen Cristo muerto, obra de Bisquert, que evidentemente formó su estilo sobre el modelo de Ribalta, los Carraccis y Sebastián del Piombo: Bisquert murió de dolor en 1646 porque Francisco Ximénez, y no él, había sido escogido para pintar la Adoración de los Reyes en la catedral. Sus obras son muy raras, apenas conocidas en España y completamente desconocidas fuera de ella.

El antiguo Colegio de Jesuitas, y ahora seminario auxiliar, es un bello edificio. Examínese sin falta y con cuidado el acueducto Los Arcos de Teruel, que es digno de los romanos, tanto por su forma como por su intención y solidez, Fue levantado en 1550-60 por un arquitecto francés de gran pericia llamado Pierre Bedel. Teruel lleva en su escudo su río, un toro (de donde Teruel) y, encima, una estrella, Ahora estamos en el centro mismo de este núcleo de la actividad volcánica. En Caudete y Concud, a una legua, hay algunos de los yacimientos de huesos más grandes de Europa, y, como hasta ahora apenas han sido mencionados por Bowles, están pidiendo a gritos la llegada del doctor Buckland. Los huesos se encuentran aquí en todos los estados posibles, tanto fósiles como no fósiles, y se ha conjeturado, en vista de la abundancia de restos humanos, que aquí tuvo que librarse alguna gran batalla: la Cueva Rubia, que es como Kirkdale, solo que en gran escala, merece ser investigada con detenimiento. La ciudad y todos sus distritos fueron saqueados por Suchet, que no perdonó iglesias ni chozas, edad ni sexo.

RUTA CX

DE TERUEL A CALATAYUD

	Leguas	
Caudete	2	
Villarquemado	2	4
Torremocha	2	6
Villafranca del Campo	2	8
Monreal del Campo	2	10
Camino Real	1	11
Calamocha	2	13
Vaguena	3	16
Daroca	1	18
Retascón	1	19
Miedes	3	22
Belmonte	2	24
Calatayud	2	26

Esta es la carretera de Zaragoza y la que recorrió Fernando VII, llegando desde Valencia, a su vuelta del cautiverio en Francia. Fue en Daroca donde se enteró de la caída de Bonaparte e inmediatamente se puso a meditar el derrocamiento de las Cortes, acto al que, de haber sentido él repugnancia por cometerlo, que no

era el caso, la nación le habría impelido. Harta de la incapacidad y la licencia de sus malos gobernantes y desesperando de todos sus remedios, la nación se lanzó de cabeza en brazos de un jefe legítimo y, huyendo de tiranuelos, dio la bienvenida incluso a un despotismo en el que veía al poder y en el que esperaba encontrar paz y protección; pero esta ha sido siempre, y siempre será, la tabula post naufragium, la gran roca de apoyo en una tierra cansada. No es sino la ceirokratia que Polibio consideraba consecuencia y eutanasia de la democracia. España, al dar la bienvenida de nuevo a los Borbones, se semejaba a Roma, que acogió con júbilo el absolutismo de Tiberio y que, como Fernando, despreciaba a sus esclavos: "Oh homines ad servitutem paratos" (Tácito, Anales). Los grandes dieron el ejemplo, echándose encima las cadenas de la legitimidad, y todos se apresuraron, para usar las palabras del mismo filósofo, a "ruere in servitium; consules, patres, eques, quanto quis inlustrior, tanto magis falsi ac festinates, lacrima, gaudium, questus, adulationes miscebant".

Esta fue una reacción que los amigos de preguntarse el porqué de las cosas, y que no sabían nada de España y de los españoles, nunca han conseguido explicarse ni han cesado de acusar a Fernando de ser un Nerón y un monstruo, pero para todos los conocedores de este país y de su pueblo es una cosa que no podía dejar de ocurrir y en la que el rey fue solamente la cabeza de la serpiente, cuyo avance era impulsado por la cola misma. El intuitivo duque previó con mucha anticipación todo esto y, escribiendo el 5 de septiembre de 1813 (parte de guerra), observó: "Si el rey vuelve, echará abajo todo este andamiaje, a poca energía que tenga", y esto es justo lo que se hizo.

Después de cruzar la zona de los huesos y los fósiles, la carretera sigue al Jiloca, que nace cerca de Celda, aldea cuya parroquia contiene un excelente y pintoresco retablo. Monreal fue fundada en 1120 por Alonso I de Aragón a manera de freno contra Daroca, que no tomó a los moros hasta dos años más tarde. Daroca, con quinientos habitantes, tiene una pasable posada. El nombre, Dar-Auca, indica que fue en otros tiempos el Duar o residencia de la tribu de Auca, y ahora es el núcleo principal de la fértil cuenca del Jiloca y de una zona abundante en trigo y vino. Su situación es muy pintoresca, en un valle rodeado de colinas, en torno al cual se

levantan eminencias defendidas por murallas y torres moras que, como en Jaén, se adaptan a las incidencias irregulares del terreno y dominan encantadoras vistas desde su altura. Daroca, situada en cierto modo en un embudo, está muy expuesta a inundaciones, y de aquí que hayan excavado una mina o túnel, a modo de salida para las aguas crecidas; el pasaje, cuando está seco, se usa ahora también a manera de rambla o camino. Esta obra, de utilidad y magnificencia verdaderamente romanas, fue realizada en 1560 por Pierre Bedel, el mismo y capaz francés que levantó el acueducto de Teruel. El túnel tiene dos mil trescientos cuarenta pies de longitud, veinticuatro de anchura y veinticuatro también de altura.

Pero Daroca se jacta de más grandes maravillas que esta. Primero tenemos la Rueda, una milagrosa rueda de molino que durante una inundación, en la noche del 14 de julio de 1575, se puso a girar por su propia iniciativa, rompiendo las puertas de la ciudad y dejando de esta manera, que salieran las aguas, con lo que salvó a los ciudadanos, porque los vigilantes y guardianes estaban, como de costumbre, profundamente dormidos. Esta buena suerte tuvo lugar, muy apropiadamente, el día de San Buenaventura, en vista de lo cual la rueda fue guardada, como reliquia, en la Calle Mayor y puesta allí debajo de un cuadro que representaba a esta fortuna bona virilis. La segunda maravilla es el hombre de piedra, no el Convidado de piedra de don Juan, sino el cuerpo petrificado de un cierto Pedro Bisagra, que fue puesto en La Trinidad con un cesto en el brazo. Este fósil, cuando estaba vivo, tenía la costumbre de robar uvas y, atrapado una vez en flagrante delito, negó el hecho, añadiendo que esperaba, si contaba una mentira, que Los santos corporales le convirtieran en piedra, lo cual hicieron sin tardanza, y el culpable, en esta pétrea transformación, perdió dos tercios de su altura original, contrayéndose como un catalejo encogido. El geólogo, después de observar los huesos fósiles de Caudete, debiera informar sobre este raro espécimen, que el naturalista puede comparar con el hombre de agua de Liérganes. La tercera y mayor maravilla del mundo pasado y presente es Los santos corporales o, como se llaman aquí, El Santo Misterio, que se conserva en la colegiata. Esta bella iglesia gótica, construida por Juan II de Aragón, que murió en 1479, fue modificada en 1587 por Juan Marrón, que hizo la portada corintia y el bajorrelieve del misterio. La torre es mucho más antigua, por haber sido levantada en 1441

por el rey Alonso V. La capilla en que se conservan las reliquias tiene un retablo del cinquecento, con columnas salomónicas de mármol negro y una Ascensión de la Virgen esculpida en 1682 por Francisco Franco. La leyenda ha sido autorizada por muchos papas y está consagrada por innumerables indulgencias concedidas todavía a los fieles creyentes. El lector que quiere enterarse de todos los auténticos detalles deberá consultar La historia de los corporales, octavo, escrita por Gaspar Miguel de la Cueva, Zaragoza, 1590. El rasgo, de Moya, página 113. Crónica de España, de Beuther, Valencia, 1604, 42. Hay también una historia local de Daroca, Antigüedades, cuarto, Núñez y Quílez, Zaragoza, 1691. Los hechos, contados en resumen, son como sigue. En 1239, un cierto don Berenguer Dentenza estaba sitiando el castillo de Chío, cerca de Bellus, en Valencia, cuando veinte mil moros acudieron a ayudarle, en vista de lo cual el Dentatus español salió a su encuentro con cinco caballeros para rechazarlos. El cura de Daroca había consagrado previamente seis hostias, pero antes de que el grupo tuviera tiempo de comulgar, los infieles les atacaron; en vista de ello el sacerdote, cuya vocación era pacífica, echó a correr sin tardanza, pero primero envolvió las seis formas en sus corporales o paños (en inglés corporex), tirándolas a unos arbustos. Los seis españoles, como era normal en aquellos tiempos de milagros, derrotaron fácil y rápidamente a los veinte mil moros, y cuando ya no quedaron moros en la costa reapareció el cura, buscó y encontró sus corporales, que ahora contenían, en lugar de seis hostias, seis pedacitos de carne ensangrentada; de esta manera, quedó demostrada incontrovertiblemente la transustanciación. Pero ahora cada uno de los seis caballeros quería poner a buen seguro el tesoro, y la cuestión fue zanjada como sigue: fueron metidos en una caja y puestos a lomos de la mula del cura, acordándose que los corporales se quedarían donde quiera se detuviese el animal. La mula volvió por sí sola a Daroca, aunque estaba a más de cien millas de distancia por montañas sin carreteras, y cayó de rodillas ante la parroquia del cura (compárese con San Ramón Nonat). A partir de este momento comenzaron a llegar ofrendas, y gracias a ello se salvaron almas y la iglesia se enriqueció considerablemente de paso. Este milagro, por feliz coincidencia, tuvo lugar hacia la misma época en que sangró la hostia en Viterbo, ante lo cual Urbano VI fue inducido, en 1263, a instituir la fiesta de Corpus Christi, cuya presencia en la forma, tanto local como corporalmente, quedó de

esta manera demostrada, y ningún país cristiano ha ofrecido pruebas más maravillosas de este hecho que España; así vemos, en Ivorra, cerca de Castelfolit, la principal reliquia de las que allí se guardan recibe el nombre de Lo Sant dupte, o sea, la santa duda, porque aquí, en el siglo XII, el cura, habiendo consagrado la oblea, dudó de si esta contenía sangre mortal, en vista de lo cual manó tanta sangre que el altar se vio inundado, y el paño con el que se limpió la sangre se convirtió en reliquia. También en Valencia, al incendiarse una iglesia, se encontró que un corporal había quedado completamente intacto, y tan asbéstica reliquia se convirtió, como es natural, en objeto de veneración universal.

Si nuestros lectores pasan ahora a León, a Lugo y a El Escorial verán lo grandes que son el culto y la adoración en España a la Santa Forma u hostia consagrada, pero para los que creen sinceramente en la transustanciación, esta adoración es sin duda la consecuencia necesaria, porque aquí el Salvador está presente en carne, y no en cuerpo glorificado, en el que solo existe verdaderamente por ser un espíritu inmortal, y en tal gloria, como en la transfiguración y aparición a San Pablo, ningún ojo humano puede contemplarle.

La doctrina de la transustanciación fue inventada por primera vez en el año 831 por un monje francés, un cierto Pascacius Radbertus, pero no tardó en desaparecer, hasta el siglo XI, cuando cobró nueva vida, y finalmente se consolidó en 1215 en el IV Concilio Laterano, del que todos los protestantes, y con toda la razón, disienten. De esta manera, la institución misma, que el divino fundador del cristianismo quería que fuese el símbolo de la pertenencia común a su doctrina y una hermandad religiosa de toda la humanidad entre sí, ha sido pervertida por Roma hasta convertirla en el baremo y la piedra de toque de la separación religiosa. Es imposible comprender las costumbres y las bellas artes españolas sin tener una idea de la manera en que el testimonio evangélico del sacramento es aquí sistemáticamente anulado. Aquí la espiritualidad ha sido corporeizada por completo y la letra y el significado de la institución falseados. Ante todo no se “parte el pan”, poniéndose en su lugar una oblea estampada; luego, la copa de la cual se ordenó “bebed todos” es negada al estado seglar. El Salvador, en la institución de este solemne memorial, sustituyó, como lo demuestran todas y cada una de sus palabras, el cordero de la

Pascua de la antigua ley por un objeto conmemorativo mucho más conmovedor y emocionante en recuerdo de sí mismo una vez terminada la nueva revelación. Los españoles, sin embargo, prefieren usar los elementos consagrados de la vieja acepción pagana de hostia, o sea, una víctima viva ofrecida en sacrificio, lo que contradice la evidencia de nuestros propios sentidos y que induciría incluso a un pobre pagano a exclamar de nuevo: "Ecquam tam amentem esse putas qui illud quo vescatur Deum esse credat?".

Es evidente que si se hace creer a la gente que el sacerdote tiene el poder, siempre y cuando le venga en gana, de hacer bajar a Dios del cielo y llevarlo en sus propias manos, esta invocación y el ministro que la realiza se elevarán por encima de la humanidad corriente. En consecuencia, cuando todos se arrodillan ante la hostia alzada, en realidad están arrodillándose ante el sacerdote que, en pie sobre el altar elevado, contempla desde esas alturas, ciertamente, al inferior rebaño que tiene a sus pies; y con el fin de dejar bien clara esta superioridad, tanto fuera de la iglesia como dentro de ella, la ley de Juan I, 1387, declara que todas las personas se arrodillarán en su presencia, incluso judíos o moros (véase libro I, tít. 1, ley 2). La hostia es mencionada y tratada como si fuera Dios mismo, "Su Majestad", y su presencia se anuncia con una campana, ante la que todos deben arrodillarse, como hemos visto hacer nosotros mismos en Sevilla, incluso cuando había un río tan ancho por en medio como el Guadalquivir, y también en el transcurso de una cena en la residencia del capitán general, cuando todos se levantaron y fueron a los balcones a arrodillarse. El pueblo, al oír la campana, grita: "Dios, Dios", y se descubre; de aquí el proverbio; "Al rey viéndolo, a Dios oyéndolo". Este homenaje se le hace al rey cuando se le ve, a Dios cuando se le oye; pero el viajero protestante hará bien en no ofender nunca a sus hermanos más débiles negándose participar en las genuflexiones generales ante un hombre que merece sin duda el homenaje de todos; y, ciertamente, hace unos años, el que rehusase hacerlo habría sido hecho pedazos por la muchedumbre. Lo normal es que, cuando se lleva la hostia a un moribundo, las personas que vayan en el primer vehículo con que este tropiece se bajen y hagan sitio al sacerdote, costumbre por cierto que la realeza misma practica de manera ostentosa. Y también todos los Lunes Santos se lleva la hostia en una magnífica procesión a las casas de los impedidos, es decir, de los que se han visto impedidos de comulgar

en la iglesia, y entonces las calles se adornan como para el paso del soberano, mientras el sacerdote, llevando el Viril, pasa triunfalmente en una carroza dorada, asistido por los principales personajes, y contempla complacido a la multitud que se arrodilla a ambos lados santiguándose y golpeándose el pecho de manera sumamente oriental.

Los abusos y la profanación a que conduce a diario en España esta transustanciación serían difíciles de enumerar aquí. Primero hay que someter a prueba la sangre de Dios, ya que fue con ella cómo los dominicanos envenenaron al emperador Enrique III, en vista de lo cual el pontífice mismo la bebe por una caña. Luego, en todas las corridas de toros está siempre presente el sacerdote, por si acaso la necesitase alguien mortalmente herido, y si no ha hecho falta se vuelve a llevar a la iglesia. Y, de la misma manera, la procesión ornamental de la hostia que realiza el alcalde en el día de Corpus Christi es el espectáculo principal de muchas ciudades y de la misma manera, sirve en otras ocasiones para entretener a la realeza. Estas observaciones podrían continuar indefinidamente, pero es tema que los protestantes apenas osan mencionar, por mucho que la familiaridad y la tendencia baja a materializar lo espiritual haya acostumbrado a los españoles a contemplar e incluso tomar a broma tan lamentables profanaciones.

Daroca lleva en su escudo “seis hostias”, eclipsando de esta manera a Galicia y a Lugo, cuya honrosa distinción eran seis gansos, las ocas inclinadas: la ciudad tiene también otras seis iglesias parroquiales. Visítese la de Santiago, cuya fachada es hermosa, mientras que dentro hay una pintura de la batalla de Clavijo, de Ambrosio Plano, pintor indígena. Daroca y la comarca entera fueron terriblemente devastadas en noviembre de 1809 por los invasores a las órdenes de Clopicki, y, sin embargo, Fernando VII, cuando fue restaurado en su trono por Inglaterra, eligió este lugar para dar una apresurada prueba de su gratitud, antes incluso de llegar a Madrid, e hizo público un decreto ordenando que el día de San José fuese celebrado de manera particular, con el fin de purificar a la inmaculada España de la mancha de los herejes, con lo cual aludía a sus liberadores ingleses; y, no contento con esto, no tardó en restablecer el “Santo Tribunal”, aparentemente por las mismas razones y con el mismo objeto.

En estos lugares, el botánico encontrará campo amplio y hasta ahora no investigado: la fruta es excelente, especialmente las peras llamadas Pera pan y Cuero de dama, y la manzana camuesa. Al sur de Daroca se encuentra la llanura de Bello, con su salobre lago de Gallocanta, cerca del cual hay sosa, saxífraga y otras plantas salitrosas en abundancia; más allá está Villar del Saz, donde hay minas de hierro que abastecen a Calatayud (véase ruta CXII) de un mineral de fama inmemorial. Los que no quieran ir a Calatayud pueden atajar por Cariñena, dieciséis leguas, en cuyo campo de cereal crecen los buenos vinos El ojo de gallo y Blanco imperial, que constituyen la bebida habitual de Zaragoza. Los que estén escasos de tiempo pueden saltarse Daroca y desviarse en Lechago.

Molina de Aragón está situada a nueve leguas al sudoeste de Daroca y tiene una población de tres mil quinientas almas. Es la capital de su Señorío y fue incorporada a la corona de Castilla por el matrimonio de la heredera, María, con Sancho el Bravo en 1293. La ciudad está orientada al sur sobre una ladera, dominando el Gallo, que es un excelente arroyo truchero, y protegida por sus murallas y el alcázar contra los vientos del norte. Toda esta comarca fue saqueada por los invasores en noviembre de 1810, cuando tres partes de la infeliz ciudad fueron incendiadas y todos los pueblos cercanos saqueados, ya que los franceses recordaron y vengaron el antiguo odio de esta región a sus antepasados. La comarca fue cedida a Du Guesclin y a sus “compagnies de pillards” por Enrique II a modo de recompensa por sus servicios, ya que le ayudaron a destronar a su hermano, pero, irritado por el dictado extranjero, el pueblo se levantó contra sus nuevos amos, implorando la ayuda de Pedro IV de Aragón. Hay una buena Historia local escrita por Diego de Castrejón y Fonseca, duodécimo, Madrid. 1641.

RUTA CXI

DE TERUEL A VALENCIA

	Leguas	
Puebla de Valverde	3	
Sarrión	3 1/2	5 1/2
Barracas	3 1/2	9
Jérica	3	12
Segorbe	2	14
Torres torres	3	17
Murviedro	2	19
Albalat	2	21
Valencia	2	23

Valverde, que se encuentra situada sobre una eminencia, tiene milhabitantes. La portada jónica de la parroquia tiene la fecha de 1591. Sarrión tiene una fuente minera, La Escaleruela. Cruzando la áspera sierra de Javalambre y dejando a la izquiera la Peña golosa

está Alventoso sobre su rocosa loma azotada por el viento, situada en una hondonada bien regada por los confluentes del Mijares; desde aquí, por una comarca áspera y silvestre, se va hasta la provincia de Valencia, en Barracas, cuyas colinas, así como las de La Pina, abundan en caza. No tardamos en bajar a las agradables y fértiles Huertas de Jérica, y allí el frío Aragón se convierte en la grata Valencia. Jérica (Jericó), cuya población es de tres mil almas, está situada bajo una ladera coronada por un castillo en ruinas a orillas del Palancia, que aquí está cruzado por un buen puente construido en 1570 por Juan de Muñatones, obispo de Segorbe. Se encuentran muchas inscripciones romanas en esta comarca. La parroquia tiene una intrincada fachada de piedra; de aquí se sigue hasta Segorbe.

RUTA CXII

DE MADRID A ZARAGOZA

	Leguas	
Puente de Viveros	3	
Alcalá de Henares	2 1/2	5
Venta de Meco	1 1/2	7
Guadalajara	3	10
Torija	3	13
Grajanejos	3	16
Almadrones	2 1/2	18 1/2
Torremocha	3	12 1/2
Bujarrabal	2 1/2	24
Lodares	2 1/2	26 1/2
Arcos de Medinaceli	2 1/2	29
Huerta	2	31
Monreal de Arizar	1	32
Cetina	2	34
Alama	1	35
Bubierca	1	36
Ateca	2	38
Calatayud	2	40
Frasno	3	43
Almunia	3	46
Venta de la Ramera	3	49
Muela	2	51
Garrapinillos	2	53
Zaragoza	2	55

Se habla de un ferrocarril entre Madrid y Zaragoza, que continuará hasta Barcelona; entretanto, las diligencias siguen tomando el viejo Camino Real, y lo cierto es que resulta bastante poco interesante. Hay también diligencias que van por caminos secundarios y que hacen el trayecto de Madrid a Alcalá y a Guadalajara, los dos lugares más dignos de ser visitados; el viajero, por lo tanto, haría bien en visitarlos antes, habiendo reservado previamente un asiento en la diligencia de Guadalajara; los paradores de las diligencias son las mejores posadas en todas partes. Los que tengan tiempo deberían visitar Sigüenza y Medinaceli, desviándose en Guadalajara y tomando la diligencia de Zaragoza en Huerta. Después de salir de Madrid y antes de cruzar el Jarama, a la izquierda, está la alameda, uno de los pocos conatos de construir una quinta o una casa de campo que se han hecho cerca de esta capital y donde la difunta condesa duquesa de Osuna se gastó un dineral en el vano intento de crear un oasis en pleno desierto. Cruzando el Jarama, a la derecha, está Torrejón de Ardoz, donde nació don Hernando Muñoz, cuyo padre tenía un estanco o tienda de tabaco; este afortunado joven era guardia de corps de Fernando VII y sus patillas negras llamaron la graciosa atención de la bella Cristina, la cual, a la muerte de su real marido, le llevó a su lecho y le hizo duque de Rianzares: “intrépido es amor y de todo sale vencedor”.

Fue en Ardoz donde, en julio de 1843, llegó a su fin el agitado drama de la carrera de Espartero y un Waterloo español asestó el golpe final al regente aventurero y caricatura de Bonaparte; fue aquí donde los valientes de Narváez se encontraron con los valientes de Zurbano y, habiendo fumado prodigiosos puros unos contra otros, “confraternizaron” y envainaron las terribles espadas. Esta batalla de acuerdos acabó lo que había comenzado el traicionero convenio de Vergara; y entonces Narváez gobernó en lugar de él, más afortunado que César por haber sido elevado al gobierno sin pérdida alguna de preciosa vida humana, por lo menos en el campo de batalla, ya que la sangre “negra” se derramó bastante copiosamente en el patíbulo. El vencedor iba a haber recibido el título de duque de Ardoz. Al justipreciar los títulos ducales al otro lado del canal de la Mancha, la regla más segura consistirá en adoptar el significado que se da a otras palabras convencionales; tómese, por ejemplo, la expresión “vale un millón”, la cual significa, en Inglaterra, un millón de libras esterlinas, pero,

en Francia, es un millón de francos, y el franco equivale a nueve peniques y medio, mientras que, en España, donde se completa el paso de lo sublime a lo ridículo, se trata de un millón de reales, de los que caben cien en una libra esterlina; y lo mismo pasa con los duques, ya que Fernando y sus sucesores hicieron duques por docenas, y Bonaparte y los Borbones por veintenas cada vez; pero en Inglaterra, la invencida por mar o tierra, solo se han hecho dos duques en un siglo y medio: el de Marlborough y el de Wellington. De esta manera, Nelson, que venció en el Nilo, murió con el título de vizconde, mientras que monsieur Decres, que fue vencido allí y tuvo que huir, llegó a ser Duc et Pair.

Una comarca desnuda y monótona continúa hasta Alcalá de Henares (en árabe El Nahr), cuyo símbolo lleva esta universidad, en otros tiempos floreciente, en su escudo de armas. El lugar parece imponente cuando se ve desde lejos a causa de sus murallas, pero por dentro todo es decadencia. La ciudad vieja, Alcalá el viejo, fue construida sobre el Cerro de San Julián del Viso y se llamaba Complutum, quasi confluvium, a causa de la unión de ríos. Fue tomada por Alonso VI, inducido a ello por una visión de la cruz en el aire, vista por el arzobispo Bernardo, a quien el monarca concedió todas las tierras situadas cerca del lugar de tan oportuna visión; de aquí la prosperidad del lugar, que creció bajo la fructífera protección del primado toledano. Bernardo hizo construir una ermita en la colina de La Vera Cruz, a la que dio un retablo en 1492 Pedro Gumiel, un arquitecto de Alcalá a quien se llamaba generalmente El honrado, porque el costo de sus obras nunca sobrepasaba el presupuesto inicial; y todos los que, por desgracia para ellos, hayan especulado con cal y canto, materias primas de la quiebra, visitarán el monumento funerario de este buen hombre, ya que, entre unas cosas y otras, nunca verán otro como él en España ni fuera de ella. Hasta Salomón, el más sabio de los hombres y el más grande de los constructores, se equivocó en sus cálculos, y nada menos que en setecientas veinte mil libras esterlinas, al pedir prestado a un amigo (1 Reyes, IX, 11). El arzobispo Tenorio hizo construir la muralla y tender el puente en 1389; pero el gran benefactor fue el cardenal Ximénez, que, habiendo sido educado aquí, recordó en su época de poder el colegio de su juventud y lo elevó, en 1510, a la categoría de universidad, como hizo Wolsey, imitándole, con Ipswich. Llegó a tener en una época hasta

diecinueve colegios y treinta y ocho iglesias, y estaba tan abundantemente provisto de dinero que Erasmo hizo un juego de palabras a propósito de Complutum, llamándola pauplouton, alusión a sus abundantes riquezas y al "cumplimiento" de su ciencia; y aquí, por lo menos, fue donde nacieron Cervantes y Antonio Solís, el historiador de Sudamérica.

Ximénez, amargado por la recelosa ingratitud de Fernando el Católico, se retiró aquí después de la conquista de Orán y dedicó su tiempo y sus ingresos a sus nuevos edificios. Durante su regencia había acumulado mucha fortuna, con toda la cual, al llegar Carlos V a España, dotó a su universidad, diciendo: "Si un ángel me la hubiera pedido antes de la llegada de mi soberano, le habría tomado por un demonio, y si me la llegara a pedir ahora de nuevo, seguiría tomándole por tal". Alcalá se convirtió para Salamanca en lo que Cambridge para Oxford, y Francisco I, que cuando estuvo prisionero en España pasó aquí tres días de continua fiesta, siendo recibido por once mil estudiantes, observó que "un monje español había hecho lo que sólo un linaje de reyes franceses habría podido conseguir". La famosa Biblia políglota fue impresa aquí, por lo cual ha recibido el nombre de Biblia Complutense, y consta de seis volúmenes en folio, 1514-15. Ximénez, su creador, como Tolomeo Filadelfo en el caso de la Septuaginta, no escatimó ni trabajo ni dinero. En 1502 comenzó a reunir materiales y compiladores y vivió para ver la última hoja ya impresa; pero, después de su muerte, León X, advertido por el cardenal Pole del peligro que suponía para el papado la circulación del libro de la Verdad, "la luz iluminando un lugar oscuro", demoró la publicación hasta 1522, y aun entonces la limitó a seiscientos ejemplares. El costo de la edición ascendió a la entonces enormísima suma de cincuenta y dos mil ducados; solamente tres ejemplares fueron impresos en pergamino: uno para el Vaticano y otro para Alcalá; el tercero fue comprado por mister Standish por quinientas veintidós libras esterlinas y se lo legó a Luis Felipe. El texto está en hebreo, griego, latín y caldeo, pero no es muy estimado por los críticos bíblicos. Los manuscritos tuvieron un triste fin. En 1784, el profesor Moldenhauer fue a Alcalá a consultar uno de los primeros evangelios antiguos, pero en vano preguntó por él a los directores y miembros de los colegios, quienes, como sus hermanos salmantinos, se contentaron con sacarle el jugo a la universidad, gozando

comodonamente de su indiscutida posesión y sin saber nada de manuscritos y muy poco más de cualquiera otra cosa. Aquí los libros, según ellos mismos, estaban destinados a mantener gusanos, cuyos vientres podrían engordar tranquilamente a base de tonterías comprobadas, ya que el Index expurgatorius había tenido buen cuidado de limpiar las bibliotecas españolas de todas las obras que realmente merecían ser leídas.

Finalmente, Moldenhauer descubrió que el bibliotecario, cosa de treinta y cinco años antes, como necesitaba sitio para memeces modernas, había vendido los pergaminos a un cierto Toryo, radical y fabricante de fuegos artificiales, que los usaba para envolver sus cohetes. La venta había sido contabilizada en los libros de cuentas oficiales "como membranas inútiles", y la cantidad vendida era tan grande que hubo de ser pagada en varias veces. De la misma manera, recientemente, durante las guerras civiles, carros enteros cargados de documentos conventuales y pergaminos medievales fueron vendidos a fabricantes de goma, que veían en ellos una simple fuente de materia prima para su producto. Y así resulta que el único elemento adhesivo en una España reacia a la unión se consigue a costa de su literatura y sus antigüedades.

Y, sin embargo, esta tierra de anomalías y contradicciones fue de las primeras en traducir la Biblia, aunque ahora sus eclesiásticos son precisamente los que más la prohiben, ya que por haberse alejado tanto de su letra como de su espíritu el libro les condena. Ellos alegan, imitando la negativa musulmana a imprimir el Corán, que vulgarizarla de esta manera, reduciría su santidad. Borrow, en su gráfico libro La Biblia en España, ha mostrado la mortal hostilidad de los sacerdotes a este libro inspirado, que queman de la misma manera que los pontífices paganos de la antigua Roma quemaban los rituales de los credos contrarios. De esta manera, las mentiras de los hombres sirven de sustituto a la verdad de Dios.

Inspeccionar, como nosotros hemos hecho con frecuencia, cualquier biblioteca religiosa española o abrir cualquiera de los libros de devoción que proporcionan los confesores a las mujeres y a la gente en general, mostrará que la mayor parte de ellos son falacias mariolátricas, leyendas vanas o vidas de monjes, falsas histórica, cronológica y geográficamente tanto como desde el punto de vista

moral y religioso; pero “ay de los que llaman mal al bien y bien al mal, de los que dan oscuridad por luz y luz por oscuridad, de los que ponen amargo en lugar de dulce y dulce en lugar de amargo” (Isaías, V, 20). ¿Cabe extrañarse, en consecuencia, de que, en vista de que la verdad lleva tanto tiempo siendo ocultada sistemáticamente y los españoles impedidos e imposibilitados de “investigar las escrituras”, no haya actualmente en España más que dos clases: infieles, que viven en la fría negación de toda verdad religiosa, razonando, como Voltaire, que para estar verdaderamente ilustrado es necesario no creer en nada, o fanáticos, que tragan ávidamente las piedras que les dan diciéndoles que son pan? La primera clase va en aumento entre las clases altas y medias, porque, como dijo Aristóteles, los errores, cuando son revelados como tales y rechazados con menosprecio, se llevan consigo la verdad al fondo; porque los hombres, cuando descubren los engaños de que llevan largo tiempo siendo víctimas, reaccionan con resentimiento contra los abusos de la superstición, declarando la guerra a la verdadera religión y dudando de todo, y tampoco se crea que en estos casos les queda algo mejor a que recurrir, aparte de la terrible y dura infidelidad, ya que no hay para ellos una via media, un protestantismo, una Biblia en España.

Alcalá es ahora un lugar pobre e ignorante, ya que al llevar la universidad a Madrid se remató su ruina y, como en el caso de Salamanca, es ahora mera sombra de lo que fue. Visítese el Colegio Mayor de San Ildefonso, comenzado por Ximénez en Tapia; y cuando Fernando el Católico puso objeciones a tan humilde material de construcción, replicó que a él le iba bien, siendo como era criatura hecha de polvo, el dejar el mármol para sus sucesores. De aquí la inscripción “Olim lutea nunc marmorea”. Lo terminó en 1533 Rodrigo Gil. Hay tres patios: en estilos dórico, jónico y de Berruguete; el llamado El Trilingüe fue terminado en 1557. La capilla, construida por Gil de Ontañón, es magnífica; aquí, el rico gótico está matizado con decoración mora, azulejos y lienzos.

Obsérvense los arcos calados bajo un techo de artesonado sin par, con paneles fajados y estrellas de alhambra. El fundador yace enterrado ante el intrincado retablo: su efigie reposa sobre una soberbia urna elevada, obra maestra de Dominico el Fiorentino; la reja es obra de los Vergara, padre e hijo, 1566-73. Los ricos

ornamentos cinquecentistas presentan la habitual lucha entre símbolos paganos y cristianos: el paraninfo o salón de las antiguas ceremonias está adornado con exquisitas galerías superiores; los calados lacunarios del techo de artesonado son muy ricos. Ximénez murió en Roa, cerca de Valladolid, el 8 de noviembre de 1517, a los ochenta y un años de edad, con el corazón roto por la ingratitud que mostró Carlos V, como su abuelo antes que él, a un viejo y fiel ministro. De la misma manera murieron Colón, Cortés y Gonzalo de Córdoba. Ximénez fue severo reformador y fanático perseguidor de judíos y moros, pero nadie puede poner en duda la sinceridad de sus actos, por errada que fuese su política. Su palacio, noblemente planeado, sigue sin terminar; las ventanas del primer patio se parecen a las de Berruguete en el alcázar de Toledo; el segundo patio es plateresco y fue construido por los primados Fonseca y Tavera: la escalinata y la fachada que da al jardín merecen ser visitadas. Alcalá fue saqueada repetidas veces por los invasores, y de aquí que sus iglesias y conventos estén ahora sin plata, sin cuadros y desolados. En San Diego están el grandioso sepulcro y la estatua yacente del primado Alonso de Carrillo, muerto en 1882. La principal iglesia, el Magistral, es gótica, con una excelente reja, obra de Juan Francés, y una compleja sillería del coro; aquí yace Pedro Gumiel, el honrado, ahora olvidado y deshonrado.

La gloria y defensa de Alcalá es el altar de sus santos patronos, Justo y Pastor; estos Gemini, como los Fratres Helenae, son sunnaioi y residen juntos. Eran hijos de un caballero gótico, dice Pío V, y a la edad, respectivamente, de siete y nueve años iban un día a la escuela, el 6 de agosto del año 306, para aprender el alfabeto, o sea, las primeras letras, cuando Daciano los hizo matar, por lo cual San Isidoro llama a Pastor cordero. La piedra sobre la que fueron ejecutados conserva todavía la huella de sus rodillas y es venerada por los campesinos en el Paredón del Milagro, a cosa de dos millas de distancia de la ciudad. Cuando los moros invadieron Alcalá, los huesos de los mártires fueron llevados a Huesca y traídos de nuevo aquí con toda pompa por Felipe II, por ser los patrones más adecuados para un lugar donde la idea joven es, o era, enseñada a brotar. Ribadeneyra proporciona detalles más completos; véase también Prudentius. Alcalá tiene un teatro, una plaza de toros y dos bonitas alamedas, llamadas el Sal y el Chorrillo. Muchos cambios han tenido lugar aquí desde la supresión de los conventos, algunos

de los cuales son ahora colegios militares para la caballería, cedant togae armis. Hay una historia local, escrita por Portullo y Esquivel.

A dos leguas al sur está Loeches, con el convento dominicano al que se retiró el conde duque al verse en desgracia con Felipe IV; aquí escribió, con el seudónimo de Nicandro, esa famosa apología de su política que, precisamente por ser imposible de contestar, acabó de rematar su ruina, pues fue desterrado a Toro, donde murió en 1643, acosado, como él pensaba, por un espectro o, mejor dicho, por el fantasma de España, cuya grandeza él mismo había asesinado; fue enterrado en la capilla de este convento, que había adornado con diez cuadros de Rubens, que desaparecieron de la siguiente manera: en 1807, mister Wallis, que había recibido de mister Buchanan el encargo de comprar cuadros para él en España, negoció con las monjas la compra de seis de esos cuadros por seiscientas libras esterlinas, pero, antes de que le fueran entregados, las tropas de Bonaparte entraron en Madrid y mister Wallis, confundido con uno de los soldados franceses, escapó por los mismísimos pelos a la horca en Loeches. Después de este cumplido pidió a Sebastiani que le ayudase, y este, como el mismo mister Buchanan nos informó, le ofreció sus bayonetas, estipulando que reservaría dos de los cuadros para él a manera de pago; en consecuencia, todos ellos fueron quitados de allí por la fuerza, y Sebastiani tomó los dos mejores, quia nominor leo: uno de estos, el Triunfo de la religión, y, ciertamente, no el del octavo mandamiento, se encuentra ahora en el Louvre, vendido por él en treinta mil francos al gobierno francés. Los otros cuatro cuadros no tardaron en ser causa de la infracción de otro mandamiento, a saber, el décimo o, para usar la eufemística perífrasis de mister Buchanan, “en llamar la atención del Gobierno de Bonaparte”, siendo depositados por Wallis, para protegerlos, en la casa de mister Bourke, el ministro danés, que, por desgracia para él, era también comerciante en virtú y por quien fueron vendidos por diez mil libras esterlinas a Lord Grosvenor; de esta manera, mister Buchanan perdió el dinero y los cuadros (véanse sus Memorias de pintura, II, 222, que dan detalles curiosos sobre la manera de formar colecciones con dinero inglés, bronce corso y hierro francés). Sebastiani, en 1814, cuando las cosas parecían empeorar, ofreció a un caballero inglés venderle su colección de setenta y tres cuadros por once mil libras esterlinas, y le fueron ofrecidos a Jorge IV, que no los pudo comprar por haber gastado

todo su dinero disponible en dar fiestas a los soberanos aliados; en vista de ello muchos fueron comprados por los señores Watson Taylor y Alexander Baring.

A la derecha de Loeches, y a cosa de dos leguas de Alcalá, está Corpa, famosa por sus aguas, que despiertan el apetito. Morales, Antigüedades de España, cuenta que un jornalero se sentó un lunes con su provisión semanal de pan y, sin más, se comió su panecillo diario, empujándolo luego con agua bebida en el manantial, y cuanta más agua bebía tanto más comía, hasta que terminó los siete panecillos, por lo que la fuente se llama La Fuente de las Siete Hogazas. Otros teólogos afirman que el rústico se comió sus siete panecillos de una sola vez y, sintiéndose considerablemente empachado, bebió el agua, y solamente entonces le fue posible digerir tanta masa. Leed esto, ¡oh caballeros de la ciudad de Londres!, con el apetito que queráis. Estos líquidos tan provocantes son, ¡ay!, tristes arroyos de exageración en tristes lugares donde lo que falta es la comida y no la capacidad de digerirla.

Saliendo de Alcalá, las llanuras desnudas continúan hasta Guadalajara, Wádá-l-hajarah, “el río de piedras”, que en estas llanuras cereales están más libremente distribuidas que los panecillos. Este río, el Henares, está cruzado por un puente, construido en 1758 sobre cimientos romanos. La ciudad, sobre todo cuando se la ve desde San Antonio, fuera de las murallas, se levanta con bello perfil cortado por baluartes que se desmoronan, mientras los jardines del palacio de Mendoza cuelgan sobre un barranco silvestre. Dentro, sin embargo, es monótona y pobretona y siempre ha sido así; por esta razón el arzobispo Fonseca solía decir que “aun cuando está a solo cuatro leguas de Alcalá, eran realmente ciento cuarenta de distancia en riqueza y cultura”, pero ahora están ambas al mismo nivel por lo que se refiere a pobreza e ignorancia: su población es de unos seis mil setecientos habitantes. Las posadas son malas, pero la de la diligencia es la menos mala de todas.

Guadalajara fue reconquistada a los moros por Alvar Fáñez de Minaya, cuya efigie ecuestre está en el escudo de la ciudad. Los lectores de las viejas baladas estarán familiarizados con este pariente y “fidus Achates” del Cid, a quien dio sus preciosas espadas. Alvar fue un fiero guerrillero de aquella época de

exterminio y, como su jefe, no tenía en cuenta ni la edad ni el sexo, haciendo pedazos a los infieles. No es de extrañar que los cronistas moros no mencionen nunca el nombre de Albarhanis sin añadir, "que Dios le destruya". Los grandes señores de Guadalajara fueron los Mendozas, la familia Mecenas de la Península. La fachada de su curioso pero deteriorado palacio está tachonada con botones salientes, mientras un amplio escudo de armas, con sátiros a modo de portadores, remata la portada: arriba, sobre esta, hay una elegante hilera de ventanas moras, desde las cuales Francisco I contempló el torneo que le brindó el duque del Infantado, cuya magnífica hospitalidad describen los testigos presenciales (véanse Hechos de Alarcón, X, 302, folio, Madrid, 1665, e Historia de Pescara, VIII, 3, Zaragoza 1562). Los Mendoza vivían aquí casi como reyes; su séquito, guardia, etcétera, son detallados por Navagiero. Al entrar en la casa, se ve el patio, singularmente rico y curioso; sobre las arcadas hay extraños leones esculpidos, con cabezas como de puercoespines, y una profusión de volutas y escudos. Todo esto es ahora una abominación de desolación: las habitaciones de ceremonia están divididas con tapique, habiendo quedado reducidas a las necesidades de sus degenerados inquilinos. Es melancólico pasear por este palacio, que es un objeto muy propio del país cuyo pasado esplendor lucha con su actual decadencia. Los magníficos techos de artesonado, por estar fuera del alcance de la mano, se burlan, con su dorada magnificencia, de la indigente miseria de las paredes que hay más abajo, y los azulejos conservan sus diseños de Primaticcio. En una habitación situada arriba hay algunos retratos de los sombríos Mendozas, que se agitan en sus marcos ante este abandono de su descendiente, Osuna, el más rico de los grandes de España. Obsérvense el techo de uno de los salones, desde donde se ve el jardín invadido de malas hierbas, y el de otro que lleva las armas de Inglaterra, con las divisas y los tenantes de los Tudor. La Sala de Linajes, que en otros tiempos fue el salón de las genealogías de los orgullosos Mendozas, ha sido convertida ¡en almacén! Obsérvense también las chimeneas y sobre todo la que hay en la galería principal. Este palacio fue completamente destripado por los invasores republicanos, irritados ante la hospitalidad de que fue objeto en él su mismo rey en su hora de desgracia.

A continuación se debe visitar San Francisco y observar, en la

capilla de los Dávalos, una dulce estatua de una mujer dormida que tiene en la mano el cordón del santo patrono; aquí la juventud y la belleza encontraron fin prematuro, cortadas ambas en la flor de su vida: “Che sciagura!”; de haber tenido ochenta y dos años de edad y sido vieja y fea, a nadie le habría importado dos reales su muerte.

Ahora bajemos al panteón, donde reposan las cenizas de los Mendozas, los valientes, los piadosos, los eruditos y los magníficos. El sepulcro, digno de su bondad y grandeza, rivaliza en ricos mármoles con los de los Médicis en Florencia y con El Escorial, fue comenzado en 1720, al entonces enorme costo de ciento ochenta mil libras esterlinas: contenía veintiocho tumbas y, entre ellas, la del duque que había dado hospitalidad a Francisco I, pero sus cenizas, en 1809, fueron esparcidas a los vientos por los invasores, que hicieron balas con sus ataúdes de plomo y luego rompieron los preciosos mármoles en pedazos. Infantado, después de la expulsión de los franceses, dejó deliberadamente durante largo tiempo el panteón sin restaurar a manera de muda, pero elocuente prueba de la filantropía revolucionaria. El duque era particularmente irritante a ojos de los franceses por ser un verdadero patriota español. Fue nombrado general en jefe en este mismo lugar el 2 de diciembre de 1808, después de la derrota sufrida por La Peña ante la ciudad, que fue luego espantosamente saqueada por Bessiéres.

Cerca del palacio de los Mendozas hay un edificio pseudomoro de ladrillo, que fue transformado por los invasores en batería y luego ha sido utilizado como cárcel; enfrente está la fábrica real, idea francesa de Felipe V, que quería obligar a España, país naturalmente agrícola, a hacer manufacturas caras y malas. Aquí todos los vellones de merino de España iban a ser convertidos en tela nada menos que para abastecer al mundo entero, pero todo ello acabó en más ruido que lana: Mucho ruido y pocas nueces. Fomentada y ayudada desde 1757 hasta 1784 por Carlos III con enormes pérdidas, se convirtió en tal hormiguero de latrocinio, intrigas, desorden y mala administración que el ministro Wall, que era irlandés, consiguió atraer a un cierto Thomas Bevan, de la ciudad de Melksham en el condado de Wiltshire, para que pusiera la maquinaria y los asuntos en estado de funcionamiento, de la misma manera que hacen los orientales, y dejó luego empantanado al pobre extranjero cuando hubo terminado su tarea, de modo que

murió con el corazón roto en vista de que todas las deslumbradoras promesas que se le hicieron habían quedado incumplidas; cosas de España. Esta fábrica fue destripada y arruinada por los invasores que, en este sentido, pero completamente sin proponérselo, hicieron un beneficio, porque "multi etiam cum obsesse vellent profuent et cum prodesse obfuerunt". Fernando VII, tras su restauración, restableció tan ruinosa empresa, como hizo con la Inquisición, porque las máximas de Colbert habían penetrado ciertamente muy adentro en todos los corazones borbónicos; en todas partes, a pesar de principios más sólidos, impondrán sus reales caprichos industriales a fuerza de subvenciones y otros medios semejantes, que a fin de cuentas son como gravámenes fiscales impuestos a sus propios consumidores. De esta manera, se malgastaron millones y millones que podrían haber sido mejor invertidos en abrir carreteras o canales o en introducir mejoras agrícolas.

A continuación visítese la plaza de Santa María y obsérvense las pintorescas arcadas y la antigua mezquita de San Miguel, con su entrada columnada, columnas redondas de contrafuerte y remate puntiagudo, arcos de herradura, aspilleras y diseños de punto espigado bajo el tejado. La iglesia de San Esteban tiene el ábside circular toledano e hilera de arcos en el exterior. Hay una historia de Guadalajara, escrita por Fernando Pecha, jesuita, pero publicada con el seudónimo de Antonio Núñez de Castro, folio, Madrid, 1653.

A cosa de dos leguas al este de Torija están las llanuras de Brihuega o la Alcarria, que en árabe significa una llanura de granjas o alquerías. Esta bella comarca pastoral y triguera fue originariamente un vasto lago que estaba separado por la sierra del Guadarrama de otro parecido y que ahora es la Tierra de Campos en Castilla la Vieja. La cuenca de agua dulce se compone de rica marga roja y greda y está regada por arroyos que desembocan en el Tajuña. La comarca se eleva a unos cuatro mil doscientos pies por encima del nivel del mar. Con los arbustos aromáticos de las colinas se produce una miel muy buena, mientras que los vinos de Poyos son excelentes. Gualadajara es la principal ciudad.

Brihuega, Centobriga, es una antigua ciudad, en otros tiempos amurallada, de cuatro mil ochocientas almas. Fue aquí donde, el 9 de diciembre de 1710, Vendôme derrotó a Stanhope, cuyas victorias

sobre los franceses en Almenara y Zaragoza habían ganado Madrid, de la misma manera que la de Salamanca en nuestro días. Como sus pesadotes aliados alemanes habían olvidado asegurarse las comunicaciones entre Portugal por vía de Alcaraz, Vendôme se apoderó de la iniciativa y, con la decisión y la rapidez que son características de sus compatriotas, avanzó desde Talavera sobre Madrid con fuerzas muy superiores, de la misma manera que Soult sobre Hellín. Fue así como los aliados se vieron forzados a retirarse a Cataluña, igual que el duque se retiró a Portugal. El egoísta austríaco, Carlos, dirigió la retirada, llevándose toda la caballería consigo a modo de escolta, y de esta manera, privó al ejército de todos los medios de conseguir información y vigilar al enemigo. Los aliados se dividieron en tres cuerpos, formando los portugueses el centro, los alemanes el ala derecha y los ingleses la izquierda. Los aliados se movían con demasiada calma y fueron atacados de nuevo, completamente por sorpresa, por el audaz Vendôme, que sensatamente dirigió su primer ataque contra el pequeño contingente inglés, que entonces, como en nuestros tiempos, era, para usar las palabras del mismo Stanhope, “la sal que sazonaba el conjunto”. Vendôme tenía más de veinte mil hombres, mientras que Stanhope apenas disponía de cinco mil quinientos sin caballería y con muy poca munición. Inmediatamente envió un mensaje a Staremberg, el cual, aunque sólo estaba a cinco horas de distancia, entonces, en el momento en que los minutos eran preciosos y de ellos dependía el destino de la campaña, tardó dos días en llegar, siendo de esta manera la causa de que su aliado y él mismo fueran derrotados por separado. Stanhope resistió a los franceses todo el tiempo que le permitieron sus reservas de pólvora y solo entonces capituló, con condiciones sumamente honrosas que Vendôme violó vergonzosamente, manchando de esta forma su gran gloria. A la mañana siguiente, o sea, el día después de la fiesta, llegó el pesado Staremberg a Villaviciosa, que distaba cosa de una legua, con trece mil hombres y luchó allí tan bien y bravamente que Vendôme, en un momento de la batalla, pensó retirarse a Torija: así las cosas, con solo que los lentos aliados hubieran marchado un poco más rápidamente uniéndose a tiempo con Stanhope, los franceses habrían sido necesariamente destrozados. Llegó la noche, dejando la batalla indecisa, y fue entonces cuando Vendôme preparó a Felipe V, en su propio campamento, un verdadero lecho de vencedor, hecho con las banderas capturadas al enemigo. A la mañana

siguiente, Staremberg se retiró, llegando a Barcelona con solo siete mil hombres. Carlos, poco después, fue coronado emperador de Alemania, y Bolingbroke, vendiendo Inglaterra y España a Francia, consolidó la corona de Felipe V, con lo que terminó la Guerra de Sucesión, de la que Lord Mahon nos ha dado una historia tan excelente.

A cuatro leguas de Brihuega, por Solanillos, está Trillo, ciudad de ochocientos habitantes, cerca del Tajo y de Cifuentes; posee excelentes baños minerales que son muy frecuentados del 15 de junio al 15 de septiembre por los madrileños enfermizos. Una diligencia va y viene durante la temporada desde Madrid por Guadalajara; los baños están situados a cosa de una milla de distancia de Trillo, por un camino muy hermosamente arbolado; un baño llamado La Piscina está destinado especialmente para leprosos, y hay también un hospital en el que se recibe a los pobres, y bien pobremente por cierto. Los baños, igual de frecuentados, de Sacedón están situados a unas pocas leguas al sur de Trillo.

En Almadrones la carretera se bifurca a la izquierda hasta Sigüenza, en Castilla la Vieja, cuatro leguas; pocos visitan esta ciudad, que, sin embargo, tiene una catedral llena de magnífico arte. Su población es de unos cinco mil habitantes. Es la principal ciudad de su zona, la cual, poseyendo buenas llanuras y agua abundante, podría ser convertida en el granero de España. Sigüenza fue construida, según se dice, por fugitivos de Saguntum. El solar de la celtíbera Segontia, Saguncia, dista cosa de dos millas y se llama todavía Villa Vieja. Esta, que fue en otros tiempos importante ciudad fronteriza entre Castilla y Aragón, fue reconquistada en el año 1068 por Alonso VI y sigue conservando parte de sus antiguas murallas y puertas. Como está construida en forma de anfiteatro, en la ladera de una colina, bajando hacia el valle de Henares, la parte superior de la ciudad es empinada, con la altura coronada por el palacio episcopal o alcázar, porque el obispo era en otros tiempos señor de Sigüenza. La catedral gótica es un edificio bello y sólido y tiene una sencilla fachada entre dos torres, con un medallón de la Virgen dando la casulla a San Ildefonso sobre el portal central; bajando hacia el interior vemos los veinticuatro nobles contrafuertes que sostienen la central y más alta de las tres naves, que son imponentes. El muy admirado trascoro, con mármoles rojos

y negros, fue edificado en 1685 por el obispo Bravo para recibir una imagen tallada de la Virgen, que había sido milagrosamente conservada y salvada de los moros. La rica y gótica sillería del coro fue tallada en 1490; los enormes órganos son de fecha muy posterior. El sencillo y clásico retablo del altar mayor se compone de tres órdenes superpuestos: jónico, corintio y mixto, y fue puesto allí, junto con los bajorrelieves, por el obispo Mateo de Burgos en 1613. Las estatuas de la Fe, la Esperanza y la Caridad merecen ser examinadas. Entre las muchas tumbas de prelados que hay en el presbiterio, obsérvese cerca de la puerta del sagrario la efigie yacente del famoso primado de Toledo, que fue muerto en una batalla cerca del Tajo y, por indiferente que fuera en vida a la verdad o a las distinciones entre lo meum y lo tuum, fue, ciertamente, un valiente soldado. La parte del crucero en que están las reliquias de Santa Librada, patrona de la ciudad, es complicadamente arquitectónica. Obsérvense los detalles del retablo y la hornacina en que reposa su cuerpo; encima hay una escultura de ella subiendo al cielo, y nada se ha escatimado en esta obra de lo que el dorado y el trabajo minucioso pueden hacer. El fundador, el obispo Fadrique de Portugal, está arrodillado en una hornacina muy decorada cerca de su obra.

La capilla de Santa Catalina está cerca de la puerta que se abre a la plaza del mercado. Obsérvense un delicado portal plateresco con su reja y también algunos soberbios sepulcros con figuras yacentes, por ejemplo la de Martín Vásquez de Sosa, la de Sancha, su mujer; la de Martín Vásquez de Arce, y un bello caballero de Santiago, armado. Pero, sobre todo, obsérvese la del obispo de Canarias, Fernando de Arce, muerto en 1522, que fue quien puso allí algunas de las otras, de antepasados suyos, porque es verdaderamente berruguetiana, con estatuas de niños, escudos y decoración cinquecentesca, entre todo lo cual yace el prelado en tamaño natural sobre la urna. Otro sepulcro, más antiguo, llena el centro de este extraordinario conjunto de arte monumental. ¡Qué impresionante, qué cristiano es el sentimiento que se respira aquí! No hay imitación alguna de ropajes paganos de la antigüedad, sino, por el contrario, todo habla de la España y de la época, y tanto el bravo cruzado como el piadoso prelado yacen extendidos sobre el lecho de muerte, a pesar de lo cual, las manos juntas, ahora que la espada y el báculo han sido echados a un lado, indican esperanza, fe y confianza en otra

vida, El retablo es churrigueresco, pero el original está en la sacristía, con una pintura florentina excelente, pero muy estropeado, de la crucifixión. La contigua capilla de San Francisco Xavier tiene también un portal plateresco, y en la capilla semicircular está la tumba del obispo Bravo, con un bello crucifijo. El portal de la sacristía o sagrario es del mejor estilo plateresco y la talla en madera que hay dentro está ejecutada en el mismo estilo, mientras que el relicario está lleno de estatuaria y diminuta escultura y la reja es magnífica. La espléndida plata de iglesia desapareció durante la guerra de invasión. Los claustros góticos, con delicadas ventanas y adornos, fueron terminados en 1507 por el cardenal Bernardo Carvajal y fueron pavimentados en el siglo pasado por el obispo Bullón, que desfiguró el carácter general poniendo allí sus escudos. Examínense, sin embargo, las puertas y las capillas contiguas.

El Colegio Jerónimo fue fundado por un miembro de la familia de Medinaceli, que está enterrado en el crucero, muerto en 1488. Obsérvense la tumba del obispo Bartolomé de Risova, muerto en 1657, y el claustro clásico de estilos toscano y dórico. Sigüenza tiene agradables paseos a lo largo de las orillas del río, que fueron tendidos por el obispo Díaz de la Guerra, porque los obispos han sido importantes benefactores de su ciudad. Ellos levantaron el acueducto, que cruza una hoyada situada debajo de su palacio y abastece a la ciudad, y es obra de intención, solidez, utilidad y grandeza verdaderamente romanas. Fue en Sigüenza, el 30 de noviembre de 1808, donde Castaños, después de ser derrotado en Tudela, abandonó el mando de sus tropas a La Peña, el de la vergüenza de Barrosa; y entonces, el héroe de Bailén, que nunca había tenido otra victoria que aquella, accidental, pasó de ser el ídolo de España a convertirse en objeto del desprecio popular.

Se puede tomar de nuevo la carretera de Zaragoza a Lodares, pasando primero por Medinaceli, a cuatro leguas. Esta no es una “ciudad del cielo”, ni metafóricamente ni en la realidad, sino, sencillamente, la “ciudad de Selim”; en otros tiempos fue fuerte reducto fronterizo de un moro de ese nombre y en consecuencia escenario de muchos conflictos, tanto intestinos de los moros como entre estos y los cristianos. Fue aquí donde, el lunes 7 de agosto del año 1002, murió el famoso Al-Mansúr, “el victorioso”, el Cid de los

moros y el más terrible enemigo de los cristianos. Mohammed Ibn Abi nació el 28 de octubre del año 938 cerca de Algeciras; fue primero escribano epistolar a la puerta del palacio de Córdoba y luego secretario de Sobha, la madre de Hishen II, cuyo Antir llegó a ser gracias a una larga red de intrigas, traiciones y asesinatos orientales y españoles y se convirtió en el Hageb o Maire du Palais y en realidad en el amo del débil sultán. Libró mortal guerra contra los cristianos, proclamando todos los años una "santa cruzada" o Algihad, y las incursiones o talas, ataques y razias a Galicia llegaron a sobrepasar incluso a las de los modernos invasores. Llevaban consigo a escritores, a sus Borys y Pelets, con objeto de denigrar a sus oponentes y glorificar su propio honor, misericordia y bondad. Fue derrotado en el año 997 en Catalañazor, y algunos dicen que enfermó a causa de esto, aunque otros van más allá y afirman que se suicidó (véase España sagrada, XXXIV, 309), pero el suicidio no es un recurso oriental o español, por ser completamente opuesto a sus singulares resignación y fatalismo. Al-Mansúr, en realidad, murió de muerte natural y llorando por anticipado ante la desintegración de un poder que él había consolidado y que en España, como en general en Oriente, dependía solamente del apoyo individual de su fundador. Fue enterrado en el polvo de cincuenta campañas, porque después de cada batalla, como buen almogávar que era, este vencedor de nombre y de hechos solía sacudirse el polvo de sus vestiduras en un cofre que llevaba consigo por todas partes con este objeto, de la misma manera que el victorioso Nelson duerme en un ataúd hecho con la madera de un barco enemigo capturado. La triste premonición de Al-Mansúr se vio pronto confirmada, porque después de su muerte su ejército se dispersó de manera verdaderamente oriental, yéndose cada hombre a su casa, y, con la caída de su apoyo, cayó el califato de Córdoba, ya que el vínculo de unión quedaba roto y en consecuencia se desintegró en pequeñas y ruines desuniones, siendo sus pedazos atacados uno a uno por los cristianos. Monsieur Viardot, en su Essai sur les Mores en Espagne, ha convertido a Al-Mansúr en un héroe de novela, como Florián hizo con Gonzalo de Córdoba y Chateaubriand con el Abencerraje. Reinaud (Inv. des Sarrasins), como escritor crítico que es, advierte a sus lectores que tengan cuidado con el ilustre ultrafrancés de monsieur Viardot.

Medinaceli, que ahora es el frío hogar de unos mil seiscientos

mortales, está construida sobre una empinada eminencia, dominando el arroyo truchero Jalón, y da su título ducal a la gran familia de los Cerdas, legítimos herederos de la corona, porque Fernando, llamado de la Cerda a causa de un curioso mechón o cerda que tenía, hijo mayor de Alonso el Sabio, murió en vida de su padre, dejando dos hijos que había tenido con Blanche de Bourbon y que fueron desposeídos en 1284 por su tío Sancho el Bravo. El historiador español no sabía que la exclusión de los sobrinos y la sucesión en el poder de los hermanos era una antigua costumbre ibérica. Esta costumbre fue introducida en España con toda probabilidad por los cartagineses, ya que era la que se seguía en Numidia. Los desposeídos duques de Medinaceli continuaron durante largo tiempo reclamando la corona y siéndoles impuesta una pequeña multa a modo de castigo simbólico. Su pequeña capital tiene una colegiata, que es un palacio arruinado con un buen patio dórico y los restos de un arco romano. La ciudad fue tomada a los moros, en el año 1083, por Alvar Fáñez de Minaya, cuya efigie ecuestre lleva en sus armas.

En Arcos cruzamos el Jalón y no tardamos en entrar en Aragón y decirles adiós a las Castillas en Huerta, que es población pobre, mordida y congelada por los vientos de los sombríos montes de Moncayo; sin embargo, posee uno de los mejores monasterios bernardinos de toda España, construido sobre el solar de un palacio de Alonso VIII en 1142-47; ha sido modificado de vez en cuando por el mal gusto moderno. Tiene dos patios, lo que, con doble columnata, resulta sumamente elegante; el ojival de abajo contrasta con los arcos redondos de arriba. Este convento fue cementerio de muchos antiguos caballeros de los siglos XIII y XIV, que murieron luchando contra el moro, por ejemplo, los Finajosas, los Pérez, los Martínez, los Montuengas, los Muñoz y otros, cuyos epitafios, dignos de Froissart, han sido conservados por Ponz y pronto serán borrados. La sillería del coro, llena de caprichos cinquecentescos y al estilo de Berruguete, es sumamente elegante; obsérvese la silla del abad. Cerca del altar yace Rodrigo Ximénez de Rada, el belicoso primado que luchó en Las Navas de Tolosa. La iglesia estaba antiguamente decorada con representaciones pictóricas de esta decisiva victoria. La biblioteca, en otros tiempos magnífica, ha sufrido la suerte de la mayor parte de las bibliotecas españolas. Entre los personajes notables enterrados aquí están el San

Sacerdote, Martín Finajoia y muchos de los legendarios franceses que vinieron en ayuda de Enrique II contra don Pedro. El monasterio merece ser cuidadosamente inspeccionado.

Se entra en Aragón por Ariza, nombre del que se dice que se deriva del vasco Ariza, o sea, abundancia de ovejas. Es un lugar miserable que conserva parte de sus antiguas murallas y fortificaciones de barro. De aquí, siguiendo el Jalón, llegamos a Alhama, situada bajo una noble roca que domina al río; a dos leguas de distancia están los baños, las romanas Aquae Bilbilitanae, que son frecuentados entre junio y septiembre. De aquí pasamos a Bubierca, Voberca, y a Ateca, ciudad de tres mil almas que fue conquistada a los moros por el Cid, y hay una torre en la carretera de Valencia que todavía lleva su nombre. A unas diez millas de distancia, en el Monasterio de Piedra, hay imponentes cascadas, particularmente una, llamada La Cola del Caballo, que tiene trescientos pies de altura.

Calatayud es la segunda ciudad de Aragón. La posada de diligencias es la mejor, pero el Parador de Llover es decente. Su población es de unos dieciséis mil habitantes. La ciudad tiene imponente aspecto, empotrada entre rocas y con un noble castillo. Las colinas son grises, escuálidas, desnudas y escamosas y se están desmoronando, igual que los arruinados edificios construidos con sus piedras y entre ellas, porque todo este lugar está en ruinas y es monótono. Es de origen moro, como indica su mismo nombre, que significa el "castillo de Ayub", o Job, sobrino de Muza, que, para construir su nueva ciudad fronteriza, utilizó los restos de la antigua Bilbilis a modo de cantera; esa antigua ciudad ibérica estaba situada a unas dos millas al este, en Bambola, y era famosa por ser el lugar donde nació Marcial y el de una victoria ganada en el año 680 de la fundación de Roma por Quintus Metellus contra Sertorio. Era también famosa por su superior acero y sus arroyos, aquis et armis nobilem, ya que no se debe leer aquí Equis. Estas aguas eran las del Jalón, armorum Salo temperator. Véanse también Justino y Plinio, y por lo que se refiere a las espadas españolas, Toledo. Las catorce medallas acuñadas en Bilbilis son enumeradas por Flórez. La moderna Calatayud tiene que parecerse mucho a la antigua Bilbilis que Marcial describe; es fría e inhóspita, por estar expuesta a los embates de los vientos del temido Moncayo, mons Caunus, calvus. Esta sierra calva, que es una masa pelada de arenisca roja y piedra

caliza, divide las cuencas del Ebro y el Duero y por estar aislada capta las nubes y es morada de Eolo y de la pulmonía, igual que en los días de Marcial, que temía al sterilem Caunum cum nivibus.

Marcial mismo, aunque aragonés de nacimiento, era en realidad más bien un andaluz gracioso. Fue a Roma, donde descuidó los negocios y se dedicó a escribir epigramas, como Salas, y seguidillas, como Quevedo. Las características de su estilo son bien resumidas por su amigo Plinio en sus Espístolas, que dice que tenían salis et fellis, o sea, sal andaluza y hiel, y podría haber añadido que también porquería, pero los antiguos autores de baladas eran francos y abiertos en sus expresiones y no había un inquisidor que les obligase a guardar la decencia y a observar una apariencia exterior de les convenances. Lo que eran las antiguas seguidillas puede vislumbrarse por las que cita Suetonio, Gallias Caesar subegit, etcétera, pero los que echen una ojeada al Cancionero de burlas, Madrid, Luis Sánchez, o sea, el impreso en Londres, por Pickering, verán a la musa española en relativo déshabillé. Marcial aduló bajamente a Domiciano cuando estaba vivo y fue hecho caballero por este, pero lo insultó después de muerto. Se sintió ofendido al verse abandonado por Trajano, su paisano, y volvió a España después de treinta y cinco años de ausencia, y allí escribió a Juvenal una descirpción de su manera de vivir, la cual, aunque tosca en comparación con los lujos de Roma, le parecía preferible, como buen español que era, “sic me vivere, sic juvat perire”.

Calatayud es una auténtica ciudad aragonesa, y ahora es cuando empiezan los curiosos sófitos y las vigas talladas protuberantes de los tejados, y donde la quinta castellana cede su lugar a la torre, y el monótono paño pardo a las panas y velludillos azules y amarillos. La ciudad es barata, ya que sus alrededores, por estar bañados por el Jalón y el Moca, abundan en pastos, fruta y verduras; el cáñamo es tan bueno como el de Granada. La ciudad tiene también un teatro, una plaza de toros y algunas bonitas alamedas.

Hay dos colegiatas. Una, el Santo Sepulcro, fue construida en 1141 y en un principio perteneció a los templarios; el altar del sepulcro está hecho con mármoles de la provincia. La segunda, la de Santa María, tiene un portal cinquecentesco elegantísimo, levantado en 1528, pero el interior es inferior, por haber sido desfigurado con

obra de estuco de mal gusto. Hay unos pocos cuadros de segunda categoría de pintores aragoneses. El pavimento, de 1639, es de un mármol llamado claraboya, que recuerda al de Paros; el campanario es octangular, como es corriente en Aragón y Cataluña. El convento dominicano tiene un espléndido patio con tres galerías que se levantan la una sobre la otra. Obsérvese una parte del exterior enriquecida con obra seudomora, como las cárceles de Guadalajara, aunque, cuando se examina de cerca, resulta defectuosa en diseño y ejecución; pero, vista de lejos, es intrincada y llama la atención. Las armas de la ciudad son verdaderamente celtibéricas, "un hombre montado, sin espuelas, y armado con una lanza"; este blasón aparece constantemente en las monedas antiguas. En su otra mano, el jinete tiene una cruz, con el lema "Bilbilis Augusta" debajo. Consúltense las historias locales: Tratado, de Miguel Martínez del Villar, cuarto, Zaragoza, 1598, y otra escrita por Jerónimo Escuela, 1661. Cerca de Calatayud y del camino de la Soledad hay algunas curiosas cuevas con estalactitas. Por lo que se refiere a la comarca hacia Teruel y las comunicaciones con Valencia y Cuenca, véanse las rutas CVIII y CX.

Saliendo de Calatayud comienzan los viñedos; los vinos se hacen en el campo de Cariñena, que está situado a cosa de diez leguas al nordeste, y cuentan entre los mejores de Aragón. Almunia está bellamente situada entre jardines, cipreses y olivos, con un campanario octangular ricamente ornamentado. Ahora la carretera, que es buena, continúa a través de llanuras monótonas y montañas gredosas hasta Muela, desde donde Zaragoza, con sus torres esbeltas y altas, forma el centro imponente de un espléndido panorama cuyo telón de fondo son los sombreados Pirineos, y grata es la visión de jardines, olivares y viñedos, después de los páramos que dejamos a nuestras espaldas.

RUTA CXIII

DE MADRID A BURGOS

	Leguas	
Fuencarral	1	
Alcobendas	2	3
San Agustín	3 1/2	6 1/2
Cabanillas	3	9 1/2
Lozoyuela	2 1/2	12
Buitrago	1 1/2	13 1/2
Somosierra	3	16 1/2
Castillejo	3	19 1/2
Fresnillo	2 1/2	22
Onrubia	2 1/2	24 1/2
Aranda de Duero	3 1/2	28
Gumiel de Izán	2	30
Bahabón	2	32
Lerma	3	35
Madrigalejo	2 1/2	37 1/2
Sarracín	3	40 1/2
Burgos	2	42 1/2

Como esta es la principal ruta para ir a Francia, es la más transitada de España, y los que se vean obligados a viajar por ella en sus propios vehículos encontrarán remudas de caballos en las distintas paradas. Este trecho lo recorren también muchos correos, diligencias y vehículos públicos. La ruta es muy fatigosa, ya que la carretera está sin reparar y las ciudades son miserables; las posadas de las diligencias son, sin embargo, muy decentes. Las Sillas Correo, lo que nosotros llamamos mail, constituyen el mejor modo de viajar, por ser el más rápido de todos; feliz el hombre que puede dormir durante el viaje, si lo permiten los baches quebrantahuesos, de Madrid a Burgos, a partir de donde el viaje se vuelve más interesante. Aconsejamos muy de verdad a todos los que no hayan visto El Escorial, Segovia y Valladolid que vayan a Burgos pasando por esos lugares, como recomiendan las rutas CIX, LXXIX y LXXVII.

El desierto comienza al alejarse de las murallas de tierra de Madrid, y tanto la comarca como sus habitantes tienen un aspecto tan digno de pena como si todos ellos se encontrasen ante un tribunal inglés. Fuencarral, azotada por los vientos, a la derecha de Chamartín, es una vieja mansión de la familia Mendoza, donde Bonaparte se alojó del 2 al 22 de diciembre de 1808, y fue también aquí donde, el 3 de diciembre, recibió a la Diputación de Madrid, encabezada por el traidor Morla, ya que el temor a morir por el puñal español, en venganza al Dos de Mayo, le indujo a mantenerse alejado de la capital española.

San Agustín, aunque esté en las últimas etapas del viaje a una ciudad cuyos habitantes la consideran la etapa inmediatamente anterior al cielo, no es una Civitas Dei del antiguo padre de la iglesia cuyo nombre lleva. Al igual que Medinaceli, este delincuente honrado es un lugar lamentable y nunca se ha recuperado del mal trato que sufrió a manos de los franceses después de la derrota de Dupont en Bailén. Toda la zona a lo largo de la carretera hasta Burgos fue entonces saqueada, “cosechas enteras de trigo fueron consumidas, rebaños y manadas, viñas e higueras, y las ciudades amuralladas quedaron empobrecidas”; nada escapó, porque robaron incluso a los mendigos, sí, incluso a los mendigos españoles. Los aldeanos sin armas recurrieron en vano al mariscal Moncey en busca de protección, pues este les prohibió extinguir las llamas que consumían sus hogares y quedaron reducidos a enfriar las cenizas

con sus lágrimas. Savary escapó a la furia popular disfrazándose de criado, siguiendo en esto el digno ejemplo de Nerón y dando ejemplo también a Bonaparte en Orgon. José escapó entre los primeros, él que solamente un día antes de la batalla de Bailén había entrado en Madrid como soberano de la capital, introduciéndose de esta manera, como una polilla en el armiño de Castilla, y ahora huyó: "¡Oh vicio de los reyes!, ¡oh carterista del imperio!", después de haber saqueado los cofres de plata de Fernando, como hizo con sus galerías de arte en su siguiente fuga. En el mismo mes de julio, treinta y siete años después, murió José en su exilio de Florencia, dejando varios millones de francos; pero Su Majestad Imperial empezó su vida como asistente de un leguleyo y en una época en la que

L'on a vu des commis, mis

comme de princes,

qui d'hier sont venus, nus

de leurs provinces.

El rostro de la naturaleza se vuelve ahora triste y monótono, y el calor en el verano es terrible; el color verde y el líquido llamado agua se vuelven aquí verdaderas curiosidades; es exactamente el lugar a donde se debe mandar a un paciente que sufre de hidrofobia, pero, a pesar de todo, en Cabrenillas y Lozoyuela comienzan las estribaciones de Somosierra y la zona es más fresca, pero los desfiladeros están infestados a veces de ladrones; los campesinos, que ahora son pocos y pobres, están vestidos de paño pardo, sus chalecos están abiertos en el pecho y llevan monteras, como en La Mancha; las mujeres, en los días de fiesta, se ponen pintorescos corpiños, abrochados delante con cordones; sus hijos están envueltos como momias egipcias. El puerto o desfiladero que cruza Somosierra es la puerta y defensa natural de Madrid y fue muy reforzado por los patriotas con dieciséis cañones el 30 de noviembre de 1808. "Su mala conducta –dice Napier– apenas halla

paralelo en los anales de la guerra"; ciertamente es casi increíble para los que estamos familiarizados con los ejércitos españoles que una posición que por sí sola era prácticamente tan inexpugnable y defendida por doce mil hombres pudiera ser abandonada sin pánico alguno, simplemente por una deliberada sensación de peligro y ante la simple carga de unos pocos escuadrones de caballería, que dos compañías de buena infantería han bastado para detener sin dificultad; la carga de los polacos, considerada como mera operación militar, fue extravantemente alocada, pero, examinada como resultado de la sagaz idea que tenía Bonaparte del verdadero valor de las tropas españolas, fue un feliz ejemplo de genio intuitivo. Los españoles echaron a correr en todas direcciones. La aparición de una patrulla francesa aterró a los pobres cobardes, que se detuvieron cerca de Segovia, y la multitud corrió de nuevo hasta Talavera y allí cometieron la imperdonable villanía de asesinar a San Juan, su desgraciado general, y colgaron su cuerpo mutilado de un árbol, después de lo cual, dispersándose, llevaron el deshonor y el miedo a sus respectivas provincias. El asesinato[*] de generales derrotados es una vieja costumbre ibérica y púnica y a ella se añadían frecuentemente tormentos. Parecidos ejemplos ocurrieron constantemente durante la guerra de la Independencia y durante las recientes guerras civiles, y fueron la justicia salvaje, la venganza de los soldados mal tratados por largos años de desgobierno y engaño. Las Juntas y los generales en sus retóricos discursos y jactanciosas proclamas aseguraban a las tropas que eran invencibles, y no es de extrañar, en consecuencia, que cuando llegó el día de la batalla y se vieron ante la primera carga de caballería de los terribles franceses, se disipasen sus ilusiones y que soldados medio muertos de hambre y mal armados, amargados por la decepción y la derrota, echasen la culpa de los para ellos sorprendentes reveses a sus jefes y les dieran muerte por haber vendido y delatado deliberadamente todo al enemigo. Ciertamente, como dice Napier, la mala conducta colectiva de los ejércitos regulares de España fue penosa contradicción al valor de los individuos de que estos se componían, y apenas se libró una sola batalla durante toda la guerra en la que no quedase demostrada esta triste verdad; pero la verdad y la justicia piden también que sean los verdaderos culpables los que carguen con la vergüenza y la deshonra y no el pueblo de España o la nación en general, y, por la más elemental justicia, siempre hemos subrayado esta importante distinción: véanse, sobre todo,

nuestras observaciones sobre el valor personal y el escrupuloso sentido del honor del individuo. También hemos mostrado que la verdadera pesadilla eran el pésimo gobierno y los indignos jefes: véanse Ocaña y Almonacid. “Recordad siempre –escribe el justo duque (parte de guerra del 16 de abril de 1814)– su completa falta de eficacia, su completa falta de todo lo que sirve para mantener unidos a los ejércitos”. Si los españoles hubiesen estado mandados, como los portugueses, por oficiales ingleses y además bien vestidos y armados y con las necesidades del “bolsillo y la tripa” bien cubiertas, también ellos habrían “luchado como verdaderos gallos de pelea del ejército”. “Nuestros propios soldados –dice el duque– siempre luchan, pero la influencia de la paga regular se nota siempre seriamente en su conducta, su salud y su eficacia; por lo que se refiere a los franceses, es notorio que no harán nunca nada si no se les paga y alimenta con regularidad” (Parte del 25 de julio de 1813); y, a pesar de todo, los españoles, incluso estando medio desnudos, medio armados y hambrientos, buscaban siempre el combate desigual, incluso con temeridad, “tal era su deseo insaciable”, dice el duque, “de librar batallas campales con tropas indisciplinadas”. Y esto, ciertamente, bastaría para mostrar su ignorancia militar de las posibilidades de éxito, pero también es cierto que no cabe ver en ello un indicio de cobardía. Considérese de nuevo la conducta de los guerrilleros, que hicieron la verdadera guerra de Iberia, cada hombre por sí solo en combate personal e intermitente, y se verá la energía que mostraron, su rapidez de movimientos, su habilidad en el trazado de los planes, su espíritu en la ejecución de estos, las privaciones que supieron sufrir en medio de las mayores fatigas y privaciones y el valor de que hicieron gala, en la medida en que sus hechos parecían más bien cosas de novela que de realidad. Los españoles, como pueblo, mostraron en todo momento la determinación de enfrentarse con el enemigo, estando tan dispuestos a lanzarse a la lucha después de la derrota como antes de ella; porque, en ningún caso, como dice Polibio, decidió una sola batalla el destino de España, como ocurrió en Jena o Waterloo con el de Prusia o Francia, ni tampoco fue nunca fácil, incluso cuando quedaban derrotados ejércitos regulares, conservar lo conquistado. La inveterada debilidad de los españoles ha sido siempre su falta de unión o “de juntar sus escudos”. De esta manera, vemos que los lamentables pobrecitos, que, por el gusto de burlarse de la fortuna, fueron elevados a puestos de poder y mando, nunca

actuaron cordialmente y por el bien común y también que nunca, hinchados de vanidad, habrían permitido que un extranjero asumiese sus puestos (véase Peñíscola). Esto es lo que ha ocurrido siempre, y el extranjero era tanto más odiado cuando tenía éxito, porque su mérito hacía más patente su indignidad. De esta manera, sus antepasados cartagineses, habiendo sido conducidos a la victoria por Xantippo, que era espartano, profesaban honrarle en público, al mismo tiempo que daban órdenes secretas de que fuera asesinado, y esto es lo que se hizo.

Y, de la misma manera, el amor propio de cada español como individuo le induce a quitar importancia y a recelar de todos los demás; y tampoco se piense que muchos de sus jefes eran el tipo de personas que son capaces de neutralizar esta tendencia nacional, pues su "ignorancia de su profesión" y sus constantes derrotas tendían, por el contrario, a reforzarla en lugar de debilitarla; sea testigo de esto si no la incapacidad de hombres, niños mimados de la vergüenza, como Blake, Cuesta, Venegas, La Peña, Areizaga, Mendizábal, etcétera, y la guerra entera no bastó para producir siquiera un general español mediocre, porque esos héroes modernos, Castaños y Freire, eran apenas otra cosa que pobre gente y "niños en el arte de la guerra"; el primero no ganó en toda su vida otra batalla que la de Bailén, que fue pura casualidad, mientras que el otro fue derrotado en todas partes excepto en San Marcial, donde estaba apoyado por los ingleses. El desaliento por lo que se refiere a los asuntos públicos de todas clases es un importante rasgo de la mentalidad nacional. Los españoles, que han visto que todos los intentos de poner remedio a sus males políticos solamente sirven para ponerlo todo peor, se desesperan por completo y se limitan a dejar que las cosas vayan por su camino normal, cuidando únicamente de sus intereses individuales, sauve qui peut. En consecuencia, en esta derrota de Somosierra, los franceses hicieron pocos prisioneros. "Velocitas genti pernix", dice Justino. El vigoroso español tiene buenos jarretes, y, de esta manera, Muza dijo que "cuando quedan vencidos son cabras en escapar a los montes, que no vean la tierra que pisan". El ejército entero desapareció de la faz de tierra, como es normal en Oriente y también en España. Bonaparte llegó a Madrid sin encontrar un solo enemigo, y la verdad es que a la mayor parte de los españoles les tuvo bastante sin cuidado su pérdida. La versión oficial española de Somosierra es

característica; según Páez, aquí “un cuerpo o varios de españoles combatieron contra todo el ejército francés, mandado por Napoleón en persona”; es decir, que doce mil hombres pusieron pies en polvorosa al sonido de las herraduras de unos pocos lanceros polacos mandados por Krasinski.

El Camino Real que va por el puerto está bloqueado por las nieves invernales, pero un amplio parador o Venta de la Juanilla ha sido edificado aquí recientemente por la empresa de las diligencias. El puerto está situado en la espina dorsal que divide a ambas Castillas. Ahora bajamos a una comarca muy fea, pero rica a pesar de todo en grano y vino, y de aquí seguimos a Aranda, junto al Duero, entre sus viñas. El río, bordeado de álamos, está cruzado por un buen puente, y las casas, colgando sobre él y con miradores, son pintorescas. El palacio episcopal fue destripado por los franceses. La población es de alrededor de cuatro mil quinientas personas. Visítese el mercado irregular, donde se congregan los campesinos, como Sancho Panza, con sus alforjas al hombro. Las mujeres ahora llevan medias rojas y refajos de estameña verde y azul.

La fachada sur de la principal iglesia es de bello estilo gótico de los Reyes Católicos, cuyos emblemas se mezclan con los escudos de los Enríquez, almirantes de Castilla: obsérvese la forma de escama de la piedra que hay sobre la puerta; esta tiene buenos paneles tallados y ricos nichos y estatuaria, con tres altorrelieves: La cruz a cuestas, la Crucifixión y la Resurrección. El retablo, en el interior, es bueno y contiene escenas de la vida de la Virgen. El portal dórico y jónico del convento dominicano es clásico. Aquí está (o estaba) el bello retablo y sepulcro ejecutado por Juan de Juni para su protector Álvarez de Acosta, obispo de Osma. El púlpito está hecho con esculturas que fueron quitadas de esta tumba por bárbaros. Aranda, que ahora es un lugar miserable, estuvo en otros tiempos habitada por reyes: para detalles de sus pasadas glorias, consúltese Obispado de Osma, López Loperráez, página 174.

Las comunicaciones con Aragón y Navarra por Soria y las partes orientales de Castilla se encontrarán en la ruta CXXIX.

En Gumiel obsérvese el portal corintio de la iglesia parroquial, levantada en 1627, enriquecido con apóstoles, virtudes cardinales y la Asunción y Coronación de la Virgen. A media legua de distancia

está el antiguo monasterio de San Pedro de lzán, que contiene algunos notables sepulcros; la comarca, que es triste y monótona, sin vida, árboles ni agua, continúa hasta Lerma, lugar decaído de unas mil trescientas almas y construido a orillas del Arlanza, que es buen río truchero; también es buena la caza cerca de aquí, en El Bordal. Lerma dio su título ducal al primer ministro de aquel imbécil fanático que fue Felipe III, como saben todos los lectores de Gil Blas; fue ministro idóneo para la rápida decadencia de la efímera grandeza de España, y sus dignos principios fueron la hipocresía como máscara de la avaricia, de manera que mientras fundaba conventos saqueaba al público. Felipe IV, a la muerte de su padre, estrujó bien esta esponja empapada y luego mandó decapitar a su agente, Rodrigo Calderón, de la misma manera que Enrique VIII hizo con los Empson de su padre. En Lerma, en 1604, el ministro hizo edificar un vasto palacio, diseñado por Francisco de Mora, el mejor discípulo de Herrera, en el estilo de Las casas de oficios de El Escorial; el patio y las nobles escalinatas y columnata muestran lo que era este edificio hasta la invasión francesa, cuando todo fue saqueado y el edificio mismo convertido en cuartel. La colegiata fue también construida por este duque: el retablo es de pésimo gusto, pero el tabernáculo, con sus bellos mármoles y ángeles de bronce, es mejor. El soberbio monumento erigido al cardenal Lerma ha sido atribuido a Pompeo Leoni.

A la derecha de Lerma, a cosa de una legua de Covarrubias, está el antiguo monasterio de San Pedro de Arlanza, que existía ya en tiempos de los godos, pues en él tomó Wamba la cogulla; fue restaurado en el año 912 por el conde Fernán González, a modo de agradecimiento por su importante victoria de Cascajares: era aquí donde se guardaba la maravillosa cruz que le fue enviada por el papa Juan XI y que rivalizaba con las de Oviedo y Caravaca como remedio seguro contra el granizo; su virtud fue puesta a prueba en 1488 por el obispo Luis de Acuña, que la puso en un incendio y las llamas quedaron inmediatamente extinguidas. Aquí se guardaba también la Virgen de las batallas, una diosa de la guerra de bronce, una Bellona que era contemporánea de la del Cid. El conde murió en el año 968 y fue enterrado aquí; fue, ciertamente, el fundador de la monarquía castellana y un perfecto héroe de romance por estar metido en aventuras; sus principales hazañas fueron las derrotas que infligió al infiel en Lara, Osma y Piedrahita; su fuga de la

prisión y otros incidentes enardecedores se narran en algunos encantadores romances antiguos.

Al salir de Lerma, el fatigado viajero contempla con alegría los muros de Burgos, con su imponente castillo y su espléndida catedral, que se levanta noblemente sobre los sembrados que bordean al Arlanzón. Las mejores posadas son el Parador de Díez, el Parador de Badals, en la calle de Cantaranas, y el Parador del Dorado, calle de la Pescadería, donde para el correo. Hay también buen alojamiento en la plaza, donde está la fuente de bronce de Flora. Pocos viajeros paran en Burgos, ya que suelen tener prisa por llegar a Madrid, o más prisa todavía de salir de las Castillas; y, sin embargo, el amante de las antigüedades y el artista debieran pasar allí un par de días. Para saber de su historia, consúltense la Historia de Castilla, de Diego Gutiérrez Coronel, cuarto, Madrid, 1785; el artículo de Benito Montejo en las Memorias de la Academia de la Historia, III, 245; el Viaje artístico, Isidoro Bosarte, octavo, Madrid, 1804, y Flórez, España sagrada, XXV y XXVI.

BURGOS

Burgos, nombre que algunos relacionan con el término ibérico Briga, significa en cualquier caso “lugar fortificado en una eminencia” y está relacionado con izuvros, Burgus, Burgh, Burough, Bury, etcétera. Situada cerca de las montañas, donde ya en el año 874 los tenaces montañeses se levantaron contra los moros, fue fundada la ciudad en el 884 por Diego de Porcelos y se convirtió en capital de la recién nacida monarquía: sus armas son “sobre gules, figura de medio cuerpo del rey, con una orla de dieciséis castillos en oro”. Estuvo en un principio sometida, en cierta medida, a los reyes de León cuando Fruela II, hacia el año 926, invitó a los principales jefes a una fiesta y entonces los mandó matar a todos, según un procedimiento bastante corriente en la política ibérica, púnica, oriental y española (véase Estella). Los ciudadanos de Burgos, entonces, eligieron jueces para que les gobernasen, de la misma manera que los moros de Sevilla eligieron a Mohammed Abu’-l-Kasim como Kadil-jamah, o juez principal, cuando fue destruida la

dinastía Omeya. Los más famosos de estos magistrados fueron Nuño Rasura, Laín Calvo y otros que figuran en viejos romances históricos. Finalmente, Fernán González consiguió liberarse del yugo de León y con él el título de conde de Castilla pasó a ser hereditario; "conde" era entonces equivalente de un soberano independiente. De la misma manera, entre los judíos, la época de la ley precedió a la de la monarquía. Su nieta, Nuña, se casó con Sancho el Mayor de Navarra, cuyo hijo, Fernando I de Castilla, unió en 1067 los reinos de León y Castilla al casarse con Sancha, hija única de Bermudo III.

Cuando Alonso VI, en 1085, elevó a Toledo a la categoría de capital, surgieron disputas sobre precedencia entre Burgos y su rival que no se solucionaron hasta que las zanjó Alonso con una componenda, ya que permitió a Burgos hablar primero en las Cortes, diciendo que él hablaría por Toledo. Los reyes de Castilla, al sacar su Corte de Burgos, retiraron de la ciudad las fuentes de su prosperidad, y la invasión completó esto. La población ha bajado de cincuenta mil a doce mil habitantes, pero Burgos conserva, a pesar de todo, su aspecto venerable, aburrido, húmedo y frío, con un verdadero carácter de auténtica ciudad godo-castellana, y los que viven en ella son también castellanos rancios y viejos, Su principal recurso está en el tráfico de viajeros que va a Madrid. Tiene catorce parroquias y se encuentra situada a orillas del Arlanzón, que está cruzado por tres puentes de piedra. Un río menor, el Pico, que se divide en vaguadas, que aquí se llaman esquevas, atraviesa las calles, que de esta forma se limpian y refrescan. Burgos tiene una audiencia, que fue creada a expensas de la chancillería de Valladolid; una biblioteca pública, un museo, un teatro y una lamentable Cuna. Su queso, el queso de Burgos, tiene mucha fama en España, pero los conocedores del stilton y el parmesano pensarán sin duda que le va mejor al gusto del hambriento Sancho Panza que al suyo.

Los franceses entraron en Burgos por primera vez el 10 de noviembre de 1808 y esta fue la época de su ruina: todo el ejército español, que por desgracia fue puesto bajo el mando del incompetente Belveder, dio la vuelta y huyó ante la carga inicial de los audaces invasores, que no perdieron ni cincuenta hombres. Ahora este "dedecus ingens", uno de los frecuentes ejemplos que

pueden ponerse de los malos resultados que dan los malos jefes, se presenta como la gran gloria de Burgos por parte de todos los escritores españoles modernos, desde Miñano hasta Mellado en 1842. La ciudad, que no había resistido, fue entonces saqueada por Bessiéres a lo Río Seco; aquí, este, sin embargo, no actuó más que como agente de Bonaparte en persona, que quería, con un ejemplo de terror desde el principio mismo de la invasión, intimidar toda futura resistencia. Esta fue también la bárbara política romana en España, donde incluso Escipión, en la toma de Cartagena, dio orden a sus soldados de matar a todo ser vivo, kataplhxewj cadin, a fin de que su nombre despertase un "terror anonadante". Las ideas de Bonaparte fueron llevadas a la práctica con tal perfección que él mismo consideró prudente lamentar, en un comunicado que fue leído en París, los "horrores que le habían hecho estremecerse", pero que una sola palabra suya sobre el terreno habría sido suficiente para impedir. Aquí permaneció doce días, derrotando a los ingleses con las balas de papel de su cerebro.

Burgos es sede de un arzobispo, que tiene por sufragáneos a Pamplona, Palencia, Santander y Tudela. El rey, como Señor de Vizcaya, era uno de los canónigos del capítulo, igual que en León y Toledo. Entre los miembros elevados a la tiara están Rodrigo Borgia, cuyo nombre de papa fue Alejandro VI, que fue arcediano de Burgos. La catedral, una de las mejores de España, está por desgracia muy obstruida por ruines edificios, pero vista de lejos, cuando se eleva sobre estos obstáculos, es una soberbia mole de gótico florido, con pináculos de arracimada filigrana. Fue comenzada el 20 de julio de 1221 por el obispo Mauricio, que era amigo de Fernando III el Santo. La entrada principal u occidental está situada entre dos torres coronadas por espiras del más delicado calado en piedra, que, ciertamente, parece encaje, hasta tal punto de que uno se pregunta cómo es posible que no haya volado por los aires en este clima tormentoso. Los tres portales, que corresponden a las tres naves, desentonan por desgracia del conjunto, pues, llevado de una fatal manía de modernización, el bárbaro capítulo quitó de allí las antiguas puertas góticas anteriores profundamente retranqueadas. La del centro se llama de Santa María, por estarle dedicado el templo a ella; su lema está grabado arriba en la balaustrada, mientras que su Concepción, su Asunción y su Coronación se encuentran esculpidas sobre las entradas, pero

todo, ya sea en el cielo o en la tierra, es de ella, según este credo mariolátrico. Obsérvense en particular la bella ventana de rosetón y los nichos y remates. El suelo, en esta parte delantera, es muy desigual, pero no carece de pintoresquismo. Véanse la curiosa fuente y el tramo de escalera, ya que todo el conjunto parece un cuadro de Roberts. La puerta que da al norte está a cosa de treinta pies por encima del pavimento de la catedral. Esta puerta alta está también enriquecida con un portal hondo y con hileras de estatuas en nichos. En el interior se sube al crucero por medio de una escalinata muy original y compleja, diseñada por Diego de Siloé, en cuyos detalles el paganismo compite con el cristianismo y los hipogrifos con los santos canonizados. Obsérvese también la puerta llamada La Pellegería y, dentro, la tumba de Bernardino Gutiérrez, que algunos atribuyen a Torregiano, y cuyo follaje y niños son verdaderamente graciosos: la puerta situada enfrente está adornada con columnas y trabajo gótico. Obsérvense el San Pedro, el San Pablo, la Virgen y el Niño y un prelado arrodillado.

El interior está, como de costumbre, bloqueado por el coro y su reja, que es muy voluminosa; pero el cimborio es un noble octógono, que se levanta a ciento ochenta pies de altura, de contrafuertes circulares, adornado con armas imperiales y arzobispales. Felipe de Borgoña, el arquitecto, está enterrado cerca de su principal obra. Si “monumentum quaeras circumspice”. Fue terminado el 4 de diciembre de 1567 a expensas del arzobispo Juan Álvarez de Toledo, hijo del duque de Alba, ya que el crucero originario se había derrumbado el 4 de marzo de 1539. Los bellos órganos son de Juan de Argete. La sillería del coro es de nogal y de diferentes períodos y artistas: obsérvese el trono del arzobispo. La primera hilera de sillas está tallada con escenas del Antiguo Testamento, pero los respaldos son más modernos. Las de la hilera inferior son al estilo de Berruguete y algunas de las figuras son muy italianas. La intrincada reja, obra de Juan Bautista de Celma, fue donada en 1602 por el cardenal Zapata, y hay también buena obra gótica en los respaldos del coro, pero el trascoro ha sido modernizado con incongruente obra corintia y en el mismo mal gusto; un portal gótico fue eliminado, y en su lugar pusieron otro de carácter griego. La reja del crucero fue trabajada en 1723 para el arzobispo Navarrete por un lego llamado Pedro Martínez, pero estas barandas, bellas en sí mismas, dan la impresión como de encerrar a

la catedral en un cercado. El altar mayor cuenta como Capilla Real, porque aquí están enterrados algunos cadáveres reales. Obsérvese la figura de doña Beatriz, con una tableta en la mano. El retablo se compone de los órdenes clásicos, con pilares salomónicos, o sea, en espiral retorcida, puestos aquí por el arzobispo Vela en 1575: las figuras talladas son algo alargadas. La imagen de la Virgen, que es la dominante, fue tallada por Miguel de Ancheta, de Pamplona. Este gran primer término es obra de los hermanos Rodrigo y Martín de la Aya o Haya, 1577-93. Obsérvese el árbol de la genealogía del Salvador, que sube, retorciéndose como una hiedra. Desgraciadamente muchas de las figuras han sido mutiladas y repuestas en él por manos inferiores. La espléndida custodia de plata fue robada por los franceses, aunque todavía, sin embargo, hay seis candelabros del más bello arte plateresco, que, en ocasiones importantes, son puestos ante el altar mayor. Pregúntese también por La cruz grande de las procesiones, magnífica obra de Henrique d'Arphe.

Las diversas capillas de esta catedral merecen ser examinadas con detenimiento, ya que están llenas de buena escultura, tumbas y vidrieras. La más notable de todas es la del Condestable, que fue levantada para tumba de la familia Velasco, condestables hereditarios de Castilla. Esta rica capilla gótica es tan grande como algunas iglesias y es admirable, tanto por dentro como por fuera; ciertamente, sus pináculos o agujas forman un racimo encantador y se corresponden con las espiras. La entrada es muy impresionante. Primero obsérvense los macizos, contrafuertes, entrepaños y columnas enguirnaldados, enriquecido todo ello con nichos y niños que sostienen tallas bajo los espléndidos doseles. La piedra blanca constituye un admirable material para tan admirable escultura. Los temas son la Agonía del Salvador, la Cruz a Cuestas, la Crucifixión, que es el mejor de todos, la Resurrección y la Ascensión. Los extremos angrelados del portal forman como un marco de rico encaje, bajo el que se ve la capilla ligera, sencilla y alegre, con sus tumbas y decoraciones heráldicas. Ante el retablo reposa el fundador, Pedro Hernández de Velasco, muerto en 1492 en compañía de su mujer, María López de Mendoza, muerta en 1500, a cuyos pies yace un perro, símbolo de su fidelidad. Estas bellas tumbas fueron esculpidas en Italia en 1540, y las vestiduras, la armadura y el encaje, así como los detalles, merecen detenido

examen. A continuación obsérvese la alta y soberbia reja, que está rematada en lo alto por Santiago. La baranda es, ciertamente, una obra maestra de Christobal de Andino, 1523, nativo de Burgos; pero ahora, ¡ay!, ha decaído a causa del tiempo y el abandono, pero ¡cómo debió ser cuando gozaba de toda su frescura, cuando reveló por primera vez a Burgos las glorias del Renacimiento! Obsérvense la cerradura y las figuras arrodilladas, con escudos en las manos, que son completamente a l'antique. Entre otros preciosos objetos hay un bloque de jaspe pulido que pesa doscientos quintales y una bella Purificación en el retablo; pero las estatuas de San Sebastián y San Jerónimo, obra de Becerra, se dice, son muy admiradas, como se merecen. Las sillas talladas son buenas. El cuadro, muy alabado, de la Magdalena, con el pelo castaño rojizo, es atribuido erróneamente a Leonardo da Vinci; pero, en cualquier caso, es buena pintura lombarda, La sacristía, que está al lado, tiene buena plata de iglesia, es decir, cetros, capones, incensarios, un buen cáliz y una cruz de Juan d'Arphe. Obsérvese también una Virgen de marfil y ébano en una hornacina ornamentada con perlas. A la izquierda de esta capilla está la gran tumba de Juan de Orteaga Velasco, abad de San Quirce, muerto en 1559. Obsérvense los Querubines y las Cariátides, la Concepción de la Virgen y el Bautismo en el Jordán. Entre otros sepulcros que pueden verse en la capilla de Santa Ana está el del arzobispo Luis de Acuña Osorio, que terminó una de las torres; la efigie es un retrato. Obsérvense las estatuas de las virtudes cardinales.

El altar es de excelente estilo gótico. El retablo contiene el encuentro de San Joaquín y Santa Ana, los padres de la Virgen. Obsérvense la detallada genealogía y un bello cuadro florentino de la Virgen, con un niño en la rodilla, servida por San Juan y San José.

La capilla de Santiago es la parroquia de la catedral, y el retablo, con su santo patrono montado, es bueno; en su sacristía hay dos espléndidos sepulcros cinquecentescos del arzobispo Juan Cabeza de Vaca. En el centro de la capilla está el arzobispo Juan de Villacreses, vestido de pontificalibus. Obsérvense las vestiduras de las dos figuras yacentes de la familia Escalona y las de los Lesmes de Astudilla, con la escultura que representa la Presentación de la Virgen, San Juan y Santiago. En la contigua capilla de San Enrique

hay un espléndido sepulcro de mármol italiano, con una figura arrodillada en bronce del prelado y fundador, Enrique de Peralta y Cárdenas, 1679. Obsérvense el tallado de las sillas, el atril y el águila de bronce. En la capilla de la Visitación yace enterrado Alonso de Cartagena, que, en 1435, sucedió a su padre como arzobispo; también San Juan de Sahagún, vestido de monje, con un libro a los pies; admirable muestra de arte diminuto. En esta capilla hay seis pinturas de la vida de Cristo, obra de un antiguo artista alemán. Pregúntese por la imagen de Nuestra Señora de Oca, sentada en un trono, con un niño que tiene una manzana en la mano, pues este es el grupo que se lleva a hombros para ser adorado públicamente. Al salir por la Puerta del Perdón se ven dos grandiosas estatuas del Salvador, concebidas al estilo de Sebastiano del Piombo, con la leyenda "Ego sum principium et finis; alpha et omega"; del mismo artista es también el cuadro que hay en la capilla de la Presentación, la segunda a la derecha según se entra por el oeste, que es una de las mejores pinturas que hay en toda Castilla la Vieja. En ella vemos a la Virgen, de tamaño mayor al natural y de cuerpo entero, sentada con el Niño, que está dando la bendición: el niño es algo envarado y duro. Esta obra maestra es aquí erróneamente atribuida a Miguel Ángel. Fue donada a la capilla por el fundador, un florentino llamado Moci. Los viejos retablos están ocultos tras decoraciones modernas; obsérvense, sin embargo, las figuras de Santa Casilda y de una santa montada a caballo.

Aquí está la tumba de Jacobo de Bilbao, el primer capellán de la capilla: la cabeza es buena, pero los demás detalles son de verdadero estilo plateresco y berruguetiano. Igualmente rica es la puerta de la sacristía. Obsérvense también el órgano, la balaustrada y la tumba de Alonso Díaz de Lerma, sobrino de Moci; el tocado y el sarcófago están bellamente esculpidos, pero los medallones que hay en el sepulcro de Gonzalo Díaz de Lerma no son tan buenos. La ventana de esta capilla es grande y grandiosa. En la capilla siguiente, la del Cristo en agonía, hay una crucifixión de Mateo Cerezo, el Vandyke español, pero el colorido es parduzco y leonado, defecto bastante corriente en este pintor. La capilla de Santa Tecla ofrece una magnífica muestra del churrigueresco a quienes gusten de la cursilería ostentosa y sobredorada.

A continuación visítese la Sala Capitular, que tiene algunos malos cuadros, pero un buen techo artesonado. En la Pieza de Juan el Cuchiller, el trinchador, está la efigie armada de aquel bravo caballero que empeñó sus ropas para pagar una comida a Enrique III, que no tenía dinero suficiente para ello, y esto mientras el arzobispo estaba dando un gran banquete, al que asistió el rey disfrazado: véanse los detalles de este suceso en Mariana. Pero las casas españolas son conocidas por su mala administración. desde la venta hasta el palacio, ya que en todas ellas, de las muchas cosas que faltan, la principal es una bien abastecida despensa. La reina, como todos sus súbditos, vive al día y apenas tiene lo necesario para la comida del día, ya que, cuando llega la noche, no se encuentra más que un vaso de agua bajo el techo plebeyo o real. Cosas de España: tavta, es decir, carestía, hambre, pobreza. La sacristía contigua es churrigueresca, con un techo coloreado como una fuente de porcelana. Pregúntese por una bella mesa florentina de Pietre Commesse y sobre todo por El Cofre del Cid, el viejo cofre, comido por los gusanos, que, como cuenta la historia, el Cid llenó de arena y luego les dijo a los judios Rachel y Bidas que contenía oro y joyas, consiguiendo así un préstamo con garantía verdaderamente española. Ahora las cosas han cambiado por completo y, a menos que la fama universal calumnie al señor Mendizábal, es un primer ministro judío español quien “se la pega” a los prestamistas cristianos. Pero el honrado Cid no faltó a su palabra y, por increíble que ahora pueda parecernos, devolvió realmente el dinero prestado y el interés encima. ¡Oh raro Cid!, honra de España. El Cid, además, se sentía deprimido al verse reducido a tales dificultades por culpa de la ingratitud de su propio rey:

Oh, necesidad infame

a cuantos honrados fueros

a que por salir de ti

hagan mil cosas mal hechas!

La sacristía vieja contiene mediocres retratos de prelados de esta catedral con curiosos letreros; aquí hay también algunas buenas tallas en nogal de Pedro Martínez, 1723. Este lugar se usa a modo de favissa o almacén para las imágenes talladas de dioses y diosas que se habían deteriorado. Ahora pasemos a los bellos claustros, que, como la capilla de Santa Catalina, están situados a un nivel irregular. Obsérvense, sobre todo, la curiosa obra ojival de la entrada y una puerta principal tallada en roble, con un noble panel de un rey coronado. La cabeza de un monje, de la que sale el borde exterior del arco, se dice que es el busto de San Francisco y, en cualquier caso, es un bello objeto. En los claustros deben observarse las ventanas, las escaleras y la tumba de Diego de Santander, muerto en 1533, que. tiene un exquisito altorrelieve de la Virgen y el Niño; obsérvense también los sepulcros de Gaspar de Illescas y Pedro Sar de Ruilobo, con un Salvador muerto. Obsérvese un grupo de cuatro figuras coronadas, en el fuste de la esquina, cerca de la tumba de Francisco de Mena, y la urna de Gonzalo de Burgos, eminente abogado, así como también el curioso retablo de la esquina, dedicado a San Jerónimo, con escultura medieval. Las fechas de las tumbas oscilan entre los siglos XIV y XVI.

A continuación se debe subir a la eminencia en que está edificado el castillo, contemplando de camino la vieja iglesia de Santa Gadea (Agueda), que fue una de las tres Iglesias Juraderas, o sea, iglesias donde se podía purgar por adjuración (véanse León y Ávila). La piedra de toque de la verdad es el cerrojo, llamado del Cid, porque se afirma que fue sobre él donde el Cid obligó a Alonso VI a jurar dos veces que no había participado en el asesinato de su hermano Sancho en Zamora, cosa que el rey no le perdonó nunca. De esta misma manera, Callipo se vio forzado a purgarse a sí mismo por juramento en el templo de Ceres y Proserpina, cuando se sospechó de él que hubiera conspirado contra la vida de Dión. Cuando fue suprimida en España esta costumbre por Isabel la Católica en las Leyes de Toro, el obispo Pascual de Ampudia hizo que el cerrojo fuese puesto fuera del alcance, ya fuese para conservarlo como una antigüedad o bien para clavarlo, in terrorem, como se suele clavar una moneda falsa sobre un mostrador. Todos los que querían demostrar su inocencia solían tocarlo, “tango aras et numina testor”, y luego se besaban el pulgar. Queda todavía algún residuo de esta costumbre en la frase española de cumplido, beso a Vmd. la

mano. Ahora, cuando las clases bajas van a prestar juramento, cierran con frecuencia la mano y levantan el pulgar, besándoselo. Tal es el sentido de la antigua canción de las montañas escocesas: “He aquí mi dedo pulgar, nunca te engañaré.”

El interior de Santa Gadea ha sido saqueado y fue abominablemente modernizado en 1832, cuando se sacaron de aquí los viejos retablos, etcétera. Obsérvense, sin embargo, la pila bautismal, la tumba del chantre Alonso Delgadillo y las estatuas de la Virgen y San Pedro.

De aquí, subiendo la colina, llegamos al arco de triunfo levantado por Felipe II en honor de Fernán González al estilo gótico, con pirámides que tienen bolas en la punta: esta Calle Alta, por ser la más cercana al castillo protector, fue la primera que se habitó cuando Burgos llegó a ser ciudad, y aquí era donde vivía la aristocracia. El solar de la casa del Cid fue despejado en 1771 y ahora está señalado con columnas: es un solar muy pequeño para tan gran hombre, pero su gloria llena el mundo: ahora todo está abandonado y arruinándose a pasos agigantados, porque las épocas heroicas de España pasaron y estos monumentos de castellanos viejos solo sirven para avergonzar a las modernas mediocridades. Las calles de la antigua parroquia de San Martín, algo más arriba, fueron completamente arrasadas por el invasor, cuya aljaba, ciertamente, fue aquí un sepulcro abierto, porque ahora se ha establecido un Campo Santo o cementerio público donde las tumbas ocupan el lugar de las casas que en otros tiempos rebosaban de vida. Una vieja puerta conserva su arco moro. Encima, la colina del castillo llega a su cúspide, y debajo anida la ciudad populosa. La vista desde las alturas es amplia y ahora se ven realmente las espiras de la catedral; más allá, en la distancia, al norte, están los monasterios de Miraflores y Cardeña, mientras que al este, fuera de la ciudad, se levanta el Real Convento de las Huelgas, con las verdes Isla y Vega extendiéndose hasta perderse de vista.

Las posiciones que el duque ocupó aquí estaban en la eminencia opuesta, comenzando en San Miguel, a la izquierda de la carretera de Vitoria, y extendiéndose hasta San Pedro. El castillo fue originariamente palacio de los primeros reyes, y es aquí donde tuvieron lugar las ceremonias nupciales del Cid y de nuestro

Eduardo I con Leonor de Castilla; también fue aquí donde nació don Pedro el Cruel. Actualmente lamentable y hors de combat, en aquellos días era un verdadero alcázar moro y fue muy mejorado por Isabel la Católica, Carlos V y Felipe II. Las salas de ceremonia fueron destruidas por un fuego accidental en 1736 y que se extinguió por sí mismo sin que nadie en todo Burgos intentara siquiera apagarlo. Las ruinas, bellas incluso en su estado actual, fueron usadas por los franceses para levantar fortificaciones, que ellos mismos destruyeron al retirarse Reille el 14 de junio de 1813 ante el avance del Duque. Luego, el enemigo minó la catedral, que solo se salvó, como la Alhambra, por pura casualidad por haber fallado la pólvora, mientras que, a causa de una explosión prematura, muchos cientos de los zapadores "saltaron por el aire con sus propios petardos", como broma de una Némesis vengadora.

El castillo es memorable por la retirada del Duque en 1812, después de su victoria de Salamanca, que arrojó a Soult de Sevilla y a José de Madrid, cuando habría podido perseguirlos a los dos hasta Valencia, de no ser porque "su servicio fue escatimado y abandonado", tanto por el gobierno inglés como por el español. Todos los que tenían que cooperar con él le fallaron: el general Maitland fue enviado a la costa oriental demasiado tarde, y una vez allí no hizo nada, mientras los españoles eran derrotados en Castalla. De esta manera se vieron desequilibrados sus planes y sólo le quedó, tomando Burgos, la posibilidad de abrir comunicaciones con Galicia: dividió su ejército y, dejando a Hill en Madrid, dio orden a Ballesteros de situarse en Alcaraz, entre los franceses y la capital; pero este digno cooperador, al negarse a obedecer a un extranjero, dejó el flanco abierto a Soult, que avanzó entonces sobre Madrid con tal superioridad numérica que Hill se vio obligado a evacuar Madrid y el duque a levantar el sitio de Burgos. De esta manera, los resultados de la campaña británica fueron sacrificados a causa de un pervertido españolismo. Anteriormente, el duque se había visto obligado a atacar la ciudadela, como en Badajoz, in forma pauperis, "rogando, pero sin dar con el mazo", como dice Picton. "¿Qué es lo que se puede hacer?", como él mismo escribió antes de ponerse en camino (parte de guerra del 23 de agosto de 1812), "¿qué es lo que se puede hacer por esta nación perdida?, y por lo que se refiere a levantar hombres o bastimentos, o incluso tomar una medida para ponerles en situación de continuar con la

guerra, todo eso es completamente imposible. Me estremezco solo de pensar en la enormidad de la tarea que he emprendido, con poderes suficientes para hacer nada y sin ayuda de ninguna clase por parte de los españoles o, mejor dicho, de ningún individuo de la nación española", incluso la nación, "porque el entusiasmo del pueblo se iba en vanas jactancias" (parte de guerra del 24 de diciembre de 1811). Y, sin embargo, no desesperó: ahora no se podía perder el tiempo. Marchó hacia Burgos el 1 de septiembre de 1812, esperando que se uniera a él el ejército gallego a las órdenes de Castaños, que, en teoría, constaba de treinta y cinco mil soldados, pero que llegó después de infinitas demoras con solo once mil, "carente de todo y en el momento crítico", mientras Madrid se negaba a proveerle de los medios de mover un solo cañón, y tal llegó a ser el abandono de nuestro propio gobierno inglés que el Duque llegó a Burgos el 19 con solo tres cañones de dieciocho libras y apenas munición. Unos pocos cañones le fueron enviados finalmente, ¡después de levantarse el sitio! Los españoles, además, le engañaron, al informarle de que el castillo era muy débil, pero una sola ojeada le bastó para darse cuenta de su formidable fuerza y, además, de que estaba defendido por una magnífica guarnición a las órdenes del bravo Dubreton. "Esta dificilísima tarea no es de esas que se llevan a cabo con medios insignificantes", dijo el Duque, aunque él, a pesar de todo, ganó las alturas de San Miguel al asalto y el 22 pudo y debió haber tomado el castillo por la brecha practicada debajo de la iglesia Santa María la Blanca de haber obedecido sus instrucciones el teniente coronel. El ataque, el 28, del lado de San Pedro falló también, por lo que se vio reducido a zapar y minar, pero, al oír que Soult estaba avanzando, aprovechó la oportunidad e, instantáneamente, el 21 de octubre, se retiró de noche a lo largo del Arlanzón bajo los cañones del castillo, y ganó de esta manera un día de marcha de ventaja sobre los franceses, llevando su ejército sano y salvo a Ciudad Rodrigo, mientras el enemigo, a pesar de su enorme superioridad numérica, no osó en ningún momento atacarle. Y ahora el señor Toreno critica sus operaciones de la misma manera que el pedante Formio criticaba a Aníbal sobre el arte de la guerra, pero al mismo tiempo hace la vista gorda ante la mala conducta de Ballesteros, el verdadero causante del fracaso (parte de guerra del 2 de noviembre de 1812): ¿es que a esto se le puede llamar ayudar a los amigos?

Burgos tiene forma de semicírculo irregular y subsisten grandes partes de las antiguas murallas junto al río. La parte principal de Santa María, porque aquí todo respira adoración a diosas, es maciza y con contrafuertes, y la mole está coronada por la imagen de la Virgen. Carlos V añadió estatuas de personajes burgaleses, que están agrupadas en torno a la suya; estos son, Diego Porcelos, Fernán González, el Cid, Nuño Rasura y Laín Calvo. El río Arlanzón corre por entre paseos arbolados hasta la Isla, donde los franceses construyeron un puente de piedra que los patrióticos indígenas destruyeron después de la evacuación, por ser obra de un enemigo (véase Sanlúcar). El río baja hasta la vega, mientras que, más arriba, está el Espolón o Esplanada, que, junto con sus jardines, fue tendido por el marqués de Villena. Las pesadas estatuas de Fernán González, Alonso III Enrique III y Fernando I fueron puestas aquí por Carlos III. La moderna hilera de casas que hay en el Espolón contrasta con las mansiones sombrías y medio fortalezas de la Calle Alta, San Lorenzo, Avellanos, San Juan y otros barrios. El arquitecto puede seleccionar muestras igual de buenas entre las casas anteriores: la Casa del Cordón, la casa del Condestable, con sus torres, armas y el cordón sobre el portal. Obsérvese la enorme escultura heráldica de esta poderosa familia que hay en la parte trasera de su capilla, en la catedral. Su palacio fue destripado por los invasores, por quienes fueron destruidos también casi todos los retratos de familia, que antes formaban la más completa serie de ellos existente en España y desde entonces han reinado aquí la ruina y el abandono. Los azulejos y artesonados que escaparon a la destrucción muestran que el edificio entero tuvo que tener originariamente un carácter moro. El patio, con sus galerías y las armas de los Feria, Mendoza y Haro, es todavía imponente. A la izquierda de la Puerta del Sarmental y enfrente de la catedral-claustro está el palacio arzobispal. Obsérvense los portales del número 34, La Llana de afuera; el número 4, calle de los Avellanos; el número 7, calle San Lorenzo, y obsérvese también la cornisa que hay bajo el tejado. En la calle de la Calera está la casa de Miranda, con un soberbio patio. Las ventanas, los portales y las cornisas de estas viejas residencias burgalesas merecen ser examinados. La Plaza Mayor, irregular y construida de ladrillo, fue diseñada por Ventura Rodríguez en 1783. Hay unas cuantas tiendas pobres bajo los pórticos, que los paseantes sin un cuarto, envueltos en sus capas deshilachadas, contemplan pensativamente. En el centro hay una

estatua en bronce de Carlos III, obra de un cierto Domingo Urquiza, que ha metamorfoseado al principesco Borbón en un babuino empelucado. Se debe visitar la Casa del Ayuntamiento no por los mediocres retratos de jueces, reyes y reinas o por el retrato patiabierto del Cid, sino porque sus cenizas fueron quitadas de su lugar originario de reposo y ¡puestas aquí en una urna de madera de nogal, de esas que sirven para guardar té, en una miserable capilla!, donde, por cierto, hay también una especie de Concepción atribuida naturalmente a Murillo.

Entre las iglesias se debe visitar la gótica de San Esteban, con una historiada fachada. En su interior, el elegante arco, con galería encima, la ventana de rosetón, el púlpito monumental y los bajorrelieves de La Última Cena forman un grupo artístico. La dominicana de San Pablo tiene un noble claustro con tumbas al estilo de Berruguete y los arcos góticos del crucero son buenos; aquí estaban los sepulcros de los Gallo, 1560-93; de los Maluenda, 1562-74, y del obispo Pablo de Santa María, judío converso, su esposa e hijos. Un obispo católico, apostólico y romano, casado y además de origen judío, no es ciertamente cosa que se vea con frecuencia en España, sea lo que sea en Jerusalén nuestro protestante doctor Alexander. La iglesia gótica benedictina de San Juan contiene buenas tumbas de las familias Torquemada y Castro Mogica.

Burgos, como Valencia, tiene un crucifijo milagroso capaz de navegar por sí solo, llamado El Cristo de Burgos. Según la España sagrada, un comerciante burgalés encontró la figura navegando por sí sola, como Santiago, en el golfo de Vizcaya; se llevó a un convento e hizo tantos milagros y atrajo tantos donativos que el arzobispo decidió llevarla a la catedral. Inmediatamente el crucifijo resucitó a diez muertos y tendió sus brazos a la reina Isabel la Católica, de la misma manera que la cortés estatua de Memnon se inclinó ante Sabina, la esposa de Adriano. Antes de la invasión, el capellán solía decir a la muchedumbre que la barba del crucifijo crecía con tanta regularidad como la suya propia. “¡Dii te Damasippe Deaeque verum ob consilium donent tonsore!”. Un obispo francés le quitó un dedo del pie de un mordisco y se lo llevó a casa como reliquia, de la misma manera que el de Pirro se conservaba para curar el bazo. El mariscal Bessiéres, que había sido

ayudante de barbero, se rió de la barba, pero respetó los dedos del pie restantes, porque sólo se llevó la corona de oro que había sido donada por el conde de Ureña, de la misma manera que Dionisio se limitó a quitar a la imagen de Esculapio la barba de oro. Mucho antes, la modesta imagen burgalesa se había quitado ella misma la diadema, sacudiendo la cabeza, y, en consecuencia, hubo de serle puesta a sus pies, como las paterae doradas de Juno, y, como otras, quitadas por el mencionado Dionisio. Este crucifijo fue tallado por Nicodemo con materiales sobrenaturales; de la misma manera, nadie sabía decir con qué madera había sido hecho el Apolo Lyceo. A nosotros, aquel nos pareció, después de un minucioso examen, haber sido tallado en pino de Soria y ni por Becerra ni por Hernández, pero, en fin, los entendidos de Burgos prefieren atribuírselo a Nicodemo. Sea ello lo que fuere, lo cierto es que como obra de arte es admirable, y la expresión de sufrimiento de la cabeza caída sobre el hombro es muy buena; y tampoco disgustaría a nuestras bellas lectoras la enagua de encaje que lleva. La última vez que nos fue mostrado este crucifijo estaba cubierto por cortinas, como en Valencia.

Burgos era muy rica en estas imágenes milagrosas, por estar tan cerca de Valladolid, la gran escuela de la escultura castellana. Flórez describe una en La Trinidad, iglesia que el populacho estaba destrozando en 1366 cuando cayó una piedra y dio en la nariz de la imagen, que sangró abundantemente; de la misma manera, en tiempos antiguos, cuatro imágenes, en Cassena, sudaron sin cesar durante veinticuatro horas, y lo mismo le pasó al Apolo de Cumas.

El convento franciscano era una mole de gran exquisitez. Fue fundado en 1256 por Ramón Bonifaz, el almirante francés que rompió el puente de barcas en Sevilla, pero su tumba y sus obras fueron demolidas por sus compatriotas invasores, que ni siquiera respetaron aquella rara avis inter Gallos, un marino victorioso. Destruyeron también la espléndida iglesia de los Trinitarios, dejando solamente, sin embargo, un fragmento como muestra de su antigua belleza, que luego fue demolido también por los españoles. En Santa Ana hay buenas tumbas de obispos, sobre todo una situada bajo un elegante nicho o arco y otra que es un sarcófago aislado. La iglesia de San Gil está llena de sepulcros góticos; obsérvese el de los De Castro, 1529. En la calle de San Juan, que en otros tiempos fue

residencia de grandes de España y ahora lo es de pobres de solemnidad, está el hospicio. Obsérvense la fachada y la entrada, como también la puerta aspillerada de San Juan, a la izquierda. En San Nicolás están las tumbas de la familia Polanco, 1412-1503, que fue la que donó el altar mayor y la reja. En San Lesmes hay un buen retablo en la Capilla Mayor, con excelente escultura sobre temas de las vida de Santa Isabel y San Juan, con la inscripción MRS, o sea, Martínez, que fue quien la hizo en 1560, así como también la tumba de Juan de San Martín.

Cerca de la Isla, a poca distancia de Burgos, bajando, está el famoso convento cisterciense de Santa María la Real, llamado habitualmente Las Huelgas por haber sido sido construido en el lugar de ciertos jardines de recreo que pertenecían a Alonso VIII, que lo fundó para satisfacer el deseo de su esposa, Leonora, hija de nuestro Enrique II. La pía obra fue comenzada en el año 1180 y halló su recompensa en la victoria de Las Navas de Tolosa. Se compone de un bien cercado conjunto de innobles edificios de diversos períodos, como oficinas, alquerías, etcétera, que se arraciman en torno al convento, ocultándolo. Este, en otros tiempos museo de arte y riqueza, fue saqueado por los invasores y recientemente se suprimió un hospital que formaba parte de él y estaba destinado a peregrinos enfermos camino de Compostela. La abadesa era una princesa palatina y estaba allí, como rezaba su título oficial, “por la gracia de Dios”, mientras que el convento mismo era nullis diocesis, posesor de más de cincuenta pueblos. Pasando por sus muchos patios hasta la capilla, observemos la fachada gótica, con una imagen de la Concepción, puesta allí por Fernando e Isabel; aquí también se ven muchos sepulcros antiguos. En el interior hay dos claustros que semejan a los de Amalfi y Calabria, en forma de arcos redondos, obra de los Godos, y también son dignas de observación las columnas agrupadas y los capiteles, que parecen normandos. En el coro de la capilla está la tumba del fundador, pero tanto este como otros monumentos apenas se ven a través de las rejas, ya que el interior es de estricta clausura y ningún varón puede entrar. Esta era la capilla de San Jorge de los primeros reyes de España, y es aquí donde Fernando III el Santo se armó caballero a sí mismo y aquí también donde su hijo, Alonso el Sabio confirió en 1254 ese mismo honor a nuestro Eduardo I, y aquí, asimismo, donde el bravo Alonso XI veló sus armas y se armó

caballero y se coronó a sí mismo y donde estaba la estatua articulada de Santiago, que en algunas ocasiones puso la corona sobre la cabeza de monarcas españoles. Tanto de día como de noche se celebraba aquí el servicio divino por las reales cenizas, hasta que los invasores convirtieron la capilla en un establo, con el resultado de que lo único que sobrevivió fueron las soberbias tallas del coro. Obsérvense un curioso cuadro de la victoria de Las Navas de Tolosa y un púlpito dorado, En el interior está la capilla de Belén, que fueconstruida en un estilo de transición entre lo gótico y lo moro y, ciertamente, tanto los arcos como los lienzos podrían pertenecer a la mezquita de Córdoba. Ahora, este Escorial de Castilla la Vieja está decayendo rápidamente; por lo que se refiere a sus pasadas glorias, consúltense la España sagrada y Ponz.

Burgos, por ser ciudad de paso, fue constantemente cuartel de ejércitos en avance o en retirada, y esta es la razón del mal estado en que se encuentran sus edificios sacros y, lo que es peor, por obra de católicos, apostólicos y romanos, porque nuestro protestante duque dio orden de que “las iglesias no serían usadas por los soldados sin permiso de los habitantes y del clero y, cuando lo fuesen, se tendría el máximo cuidado con los objetos sacros y con todo cuanto sirviese para usos religiosos, y ni los caballos ni ningún otro animal podrían ser introducidos en iglesias por ninguna razón que fuese”.

■

* Los godos españoles usaban esta dulcem vinz para forzar a sus jefes a tomar el mando, no a abandonarlo. De esta manera, Wamba fue informado de que “nisi consensurum te nobis modo promittas, gladii modo mucrone truncandum te scias”, España sagrada, VI, 535.

EXCURSIONES CERCA DE BURGOS

Todos debieran dedicar un día a una peregrinación a Miraflores y a la tumba del Cid. Cruzando el río y volviendo a la izquierda, la carretera no tarda en subir por las colinas y el convento cartujo se ve a una distancia de dos millas, levantándose, con su nave y sus contrafuertes, como la capilla del colegio universitario de Eton. Fue construido en 1441 sobre el solar de un palacio de Enrique III por el hijo de este, Juan II, como lugar de enterramiento real; fue incendiado por accidente en 1452 y restaurado por Enrique IV, siendo terminado en 1488 por Isabel la Católica, sobre planos de Juan de Colonia, en el más bello estilo gótico florido; esta reina puso también el espléndido retablo, el coro y el sepulcro de sus padres, que no tienen rival ni en España ni en ningún otro sitio. El artista fue el Maestro Gil, padre del famoso Diego de Siloé. Dedicó cuatro años a este trabajo, que quedó terminado en 1493, y bien pudo Felipe II, que era buen entendido en arte, exclamar cuando lo vio: "En El Escorial no hemos hecho nada". Aquí yacen Juan II y su esposa Isabel, con su hijo, el infante Alonso; sus sepulcros de alabastro desconciertan a la pluma y al lápiz por igual. Nada puede superar la ejecución de las soberbias vestiduras, animales, ornamentos, laterales historiados, santos, evangelistas, etcétera. Las efigies reales estaban situadas a ambos lados del retablo, que estaba ricamente dorado con escenas de la vida de nuestro Salvador. Es verdaderamente triste contemplar las indignas mutilaciones de la soldadesca invasora. La sillería del coro fue tallada por Martín Sánchez en 1480; la capilla, como es costumbre en los conventos de Cartuja, está dividida en tres partes: la exterior para el pueblo, la central para los legos y la interior para los sacerdotes. Las vidrieras son del siglo xv y las paredes fueron forradas de conchas al estilo de Berruguete y guirnaldas para escenas de la vida de la Virgen. El espléndido oratorio de Juan II, donativo a este rey de Martín V, fue arrebatado por los invasores junto con todos los buenos cuadros florentinos y los dedicados a la vida de San Bruno, obra de Diego de Leyva, que murió aquí de

monje en 1637. A continuación los invasores devastaron los jardines y el cementerio y ahora solo quedan unos pocos cipreses, tristes dolientes, en el claustro cubierto de malas hierbas, mientras que, en las esquinas, se ven todavía los marcos de donde fueron arrancadas las pinturas.

Continuando nuestra ruta por las áridas dunas aparece ante nosotros San Pedro de Cardeña, en una cañada arbolada, cercado por largos paseos. La fachada fue modernizada en 1739. Sobre el portal vemos al Cid montado en Babieca, matando moros à la Santiago; el bravo corcel de guerra fue honrado en vida y también después de muerto, como le ocurrió en Copenhaguen, el corcel de nuestro Cid en Waterloo, porque nadie pudo cabalgar en "Babieca" después de muerto su amo; y cuando murió también el caballo cavó su tumba ante la entrada del monasterio el mismo Gil Díaz, uno de los más fieles seguidores del Campeador.

Los franceses llegaron aquí el 10 de agosto de 1808 y destriparon el edificio, quemando uno de los archivos y biblioteca más curiosos de España; afortunadamente, muchos de sus títulos más antiguos habían sido impresos por un monje de este convento, cuya obra es ahora de tal autoridad que se acepta como prueba de los tribunales. Todo coleccionista de libros debe conseguir las Antigüedades de España, Federico de Berganza, dos volúmenes, folio, Madrid, 1719-21. Este monasterio fue el primero que fundó en España la orden benedictina y fue edificado por la princesa Sancha en el año 537 en memoria de su hijo Teodorico, que murió en una cacería, en la fuente Cara digna, de donde el nombre de Cardella. El convento fue saqueado por el moro Zefe, en el año 872, muriendo doscientos monjes, pero fue restaurado en el 899 por Alonso II de León, y la sangre de los monjes asesinados manaba todos los años en el aniversario de su martirio, completamente fresca y milagrosa, como la de San Januario en Nápoles, y todo esto fue declarado completamente verdadero por Sixto IV en 1473; el flujo de la sangre, sin embargo, cesó en 1492, cuando sus manes quedaron satisfechos con la expulsión definitiva de los infieles.

Entonces, sin embargo, y a manera de compensación, el cuerpo de San Sisebuto, su vigésimonoveno abad, comenzó a hacer tales milagros que los campesinos le rezaban como intercesor entre ellos

y Dios y también ofrecían dinero en su sepulcro, donde los tullidos eran curados constantemente. Las devastaciones que tuvieron lugar durante la guerra fueron parcialmente restauradas por un monje llamado Bernardo Zubia Ur, de Bilbao. El curioso Libro Becerro, de fecha del año 1092, fue salvado por un monje llamado Miguel García, que estaba por casualidad consultándolo cuando llegaron los invasores. Los benedictinos, en 1823, restauraron desgraciadamente la capilla con ramplones rojos y amarillos e hicieron resaltar las columnas en blanco y negro. Entre las pocas inscripciones que escaparon a los franceses está la de la tumba de Sancha, "obiit aera, 580", aunque mutilaron el sepulcro de Teodorico. Los viejos claustros han sido también modernizados, pero algunas de las columnas cortas originales, con sus capiteles, pueden verse aún, y todavía hay una lápida que marca el lugar donde doscientos monjes sangraban todos los años.

Unas palabras sobre el Cid, ahora que nos encontramos cerca de su tumba. Rodrigo Ruy Díaz de Vivar, pueblo donde nació en 1026, es el príncipe, el campeón de España, El Cid Campeador y el Aquiles y Eneas de la epopeya godo-hispánica, porque ni un solo incidente de su vida de Condottieri guerrillero ha quedado sin registrar en canción, que es la forma de la historia primitiva; de esta manera, como dice Schlegel, se puede afirmar que vale lo que toda una biblioteca para la comprensión del espíritu de su época y el carácter del castellano viejo, el caballero y campeón de la cristiandad, del que este duro paladín era la personificación misma y del que él también se consideraba la médula: "Soy don Rodrigo de Vivar, castellano a las derechas". Vaciado en el duro molde de un credo disputado y de una invasión hostil, cuando los hombres luchaban por su Dios y por su patria, por todo lo que tenían o esperaban en este mundo y en el próximo, el Cid poseyó las virtudes y los vicios del español medieval, uniendo el audaz valor personal a la fría determinación y perseverancia del nórdico, contundente como un martillo, y todo ello injertado en la sutil perfidia y la brillante caballerosidad del oriental. Como un Alarico o un Tamerlán, era terrible para sus enemigos, amable y generoso con sus amigos, caritativo con los pobres, liberal y sumiso con el cura, y de esta manera presentaba esa extraña mezcla, que todavía marca el carácter árabe y español, de dureza y benevolencia, crueldad y generosidad, rapacidad y munificencia; si buscamos rasgos más

sombríos tendremos que consultar a los cronistas moros, ya que las primitivas historias españolas, por haber sido compiladas exclusivamente por clérigos, pintaban, como es natural, de color de rosa, y no de sangre, a su campeón, destructor de reyes infieles y de sus templos, al tiempo que donaba su botín a los altares cristianos.

El Poema del Cid fue escrito en el siglo XII, y esta obra, el poema épico de España, es por lo tanto como la Ilíada, la primera y, al mismo tiempo, la más bella obra del idioma, estando marcada con la poesía del heroísmo. Ya entonces de su Aquiles, el Cid, hablaba con orgullo y afecto, por haberse convertido, como Nelson, en propiedad de toda la nación, el mio Cid, mi Cid. “El que en buen hora nació”, “el que en buen hora ciñó espada”; y él mismo siente que es el horno de su país: “Soy el Cid, honra de España”, lo cual, por cierto, está dispuesto a probar en cualquier momento con su buena espada. Los principales incidentes de su vida han sido registrados por una serie ininterrumpida de escritores españoles y moros; Alonso el Sabio, en el siglo XIII, habla de él como si fuera ya el héroe de muchos romances primitivos. Conde y Gayangos han comprobado que los autores árabes coinciden exactamente con los españoles por lo que se refiere a fechas y datos: le pintan tal y como les parecía a ellos, o sea, un enemigo fiero, pérfido y sin misericordia. El tipo del Cid es oriental, y la historia bíblica abunda en jefes como él, que triunfaron por sí solos en la lucha por el poder, tales son Jefta, Rezin, David y tantos otros. Y de la misma manera que este último fue perseguido por Saúl, así el Cid lo fue por Alonso, y los dos, viéndose obligados a buscarse su propia fortuna con su propia y buena espada, reunieron en torno a sí “personas vanas y ligeras”, “gente endeudada y descontenta”, es decir, el tipo de personas desesperadas que no tienen nada que perder, pero sí todo que ganar, y que tan bien describe Salustio (141 a. de C.) cuando habla de los reclutas del patriota radical Catilina.

Y también, en las naciones y en las épocas semibárbaras, la agricultura y la guerra son las únicas profesiones que no pierden categoría. Los iberos antiguos, como los Pindarrís de Industán, gustaban de los placeres de la batalla, de la emoción de las incursiones y de la posesión del oro, mientras que la caza, que es una mímica de la guerra, junto con el amor, la guitarra y el adorno

personal, llenaban sus breves horas de paz. Estos elementos siguen existiendo y forman la base del carácter español; de esta manera, vemos que, aun hoy en día, los españoles son personalmente valientes, amigos de la aventura y pródigos con sus vidas, y nunca le han faltado a un Sertorio, a un Hafsún o a un Cid seguidores valientes y, asimismo, en nuestros tiempos, los minas y los zumalacárreguis han llevado a cabo hechos que solo necesitarían la distancia de los siglos para parecer casi igual de fabulosos; pero estas mismas cualidades, admirables para incursiones de saqueo, para emboscadas y para una guerrilla intermitente e irregular, siempre han incapacitado a España para producir generales verdaderamente grandes, porque el Gran Capitán es la excepción que solo sirve para confirmar la regla.

Nada hay en el surgimiento o en la carrera del Cid que resulte más extraño que lo que vemos en la de Jefta o David. También él era supersticioso y poco atento a los derechos de la propiedad, la vida y la felicidad humanas, pero, fiel a su fe y a su rey por ser el ungido del Señor, sus malas acciones eran camufladas por una aureola de poder. De esta manera, durante la invasión, los saqueos de palacios e iglesias se pasan por alto si los culpables son alguaciles armados, mientras que si son ciudadanos particulares los autores serían justamente acusados de robo y saqueo; pero lo cierto es que en aquellos tiempos semicivilizados y sin principios no se consideraba vcrgonzosa la violencia audaz, porque los que tenían el poder cogían, y los que podían, guardaban lo cogido. Así vemos que la conducta de David para con su protector, Achish, es narrada, pero no condenada, por Samuel, ni tampoco la ferocidad, unida a la perfidia, del Cid es censurada por sus cronistas eclesiásticos. No cabe la menor duda, por lo que se refiere a la veracidad de sus afirmaciones, aunque en general, estén teñidas de adulación, y así ocurre que Niebuhr, el claramente escéptico y viejo historiador, considera que el Cid es personaje real y cita sus recuerdos, en los romances, como datos primitivos basados en la verdad y, sin embargo, al borde mismo de una época fabulosa. Masdeu, sin embargo, consideró oportuno dudar de su misma existencia, pero esto se debió a un secreto rencor contra Flórez y Risco, sus rivales en el campo de la investigación antigua; y en nuestros tiempos, el doctor Lardner, en sus compilaciones encliclopédicas, ha repetido estas absurdas patrañas. Nuestros lectores harían mejor en consultar

la “Chronica del Cid”, folio, Burgos, 1593; La Castilla, Manuel Risco, cuarto, Madrid, 1792, o el “Romancero del Cid”, Juan Müller, duodécimo, Francfort, 1828, muy adecuado para ir en las alforjas del viajero. En su biblioteca, en casa, el mejor lugar debiera ser asignado a la nueva edición de la “Chronica del Cid”, de Herr von Huber, Marburgo, 1844. Nuestro estimado amigo y capaz y erudito hispanista es también autor de los Skitzen aus Spanien, uno de los mejores bocetos de este original pueblo y país. El Cid, además, es el héroe de la poesía popular española, cuya edición más práctica es la publicada en cinco tomos en Madrid, 1828-32, por Agustín Durán; también Depping, en 1817, hizo imprimir una buena selección en Leipzig, “Samlung der besten alten Spanischen Romancen”, y su compatriota Nicolás Böhl y Faber editó en Hamburgo una excelente Floresta. La soberbia edición de mister Murray de las vívidas traducciones de nuestro glorioso maestro Lockhart ha sido justamente elogiada en dos artículos sobre el tema publicados en la Edimburg Review, número CXLVI, y en la Westminster Review, número LXV, en los que se consideran estos temas. Los lectores ingleses se han familiarizado recientemente con el Cid gracias a un brioso volumen de nuestro amigo mister Dermis, duodécimo, 1845.

Baste decir aquí que el Cid, en desgracia en la Corte, se vio reducido a sus propios recursos y, como las ricas tierras de los infieles eran consideradas en aquellos tiempos presa legítima de cristianos, reunió un ejército de audaces aventureros y conquistó Valencia, donde gobernó por su propia cuenta, muriendo en el año 1099. Su cuerpo fue traído entonces a Cardeña a lomos de Babieca y sentado en un trono con su Tizona, “el reluciente tizón”, en la mano, con la cual, según las leyendas, no tardó en matar a un judío que había tenido el valor de mesar la barba al león muerto. Jimena, su viuda, con el fin de tenerle quieto, le hizo enterrar. La tumba, que aún existe, fue erigida en 1272 por Alonso el Sabio, que compuso el epitafio, ahora apenas legible:

Belliger, invictos, famosus marte triumphis,

Clauditur hoc tumulo magnus Didaci Rodericus.

El sepulcro original fue construido en el lugar de honor, cerca del altar mayor, pero cuando la capilla fue reformada, en 1447, el abad, Pedro de Burgo, lo hizo trasladar a la sacristía, de donde se quitó en 1541; entonces la guarnición de Burgos se quejó a Carlos V, quien dio orden de que la tumba del buen Cid volviese a la capilla, de donde, el 5 de febrero de 1736, fue trasladada a la capilla de San Sisebuto, que se decoró de manera semiteatral, con escudos de oropel, etcétera. En torno a él fueron enterrados su fiel Jimena y sus dos hijas, María Sol, reina de Aragón, y Elvira, reina de Navarra, con sus maridos, y su hijo único, que murió en la batalla de Consuegra, junto con Martín Antolínez, Pero Bermúdez y otros fieles y tenaces compañeros suyos, entre quienes se contaba Alvar Fáñez Minaya, primo carnal suyo y fidus Achates, o, como solía llamarle, su "brazo derecho", pues era para el Cid lo que Lord Hill fue para nuestro Duque. El Cid llevaba en su escudo dos espadas cruzadas, Tizona y Colada, con una cruz entre ellas, cercadas por una cadena.

A pesar de lo pobre que era esta cámara mortuoria, al Cid no se le permitió descansar en ella después de tantas mudanzas y movimientos, tanto vivo como muerto, porque, en 1808, cuando los franceses invadieron España, "su curiosidad", dice Southey, no se despertó en absoluto hasta que llegaron a Burgos y oyeron que Chimene, o sea Jimena, estaba enterrada en Cardeña, y entonces se organizaron muchas excursiones para visitar su tumba, recitaron pasajes de Corneille, o, mejor dicho, de lo que Corneille había adaptado de autores españoles, que para él fueron más o menos lo mismo que Menandro había sido para Terencio. Su "Cid" fue pergeñado a base de Las mocedades del Cid, de Guillén de Castro, y de El honrador de su padre, del monje jerónimo Juan Bautista Diamante, y por ello los críticos de entonces, animados por la envidia del cardenal Richelieu, apostrofaron al plagiario evocando el espíritu de Castro para que reclamara sus plumas prestadas. Corneille, además, situó la escena en Sevilla, que entonces y hasta más de dos siglos más tarde seguiría en manos de los moros, hablando además constantemente de Granada, ciudad que ni siquiera comenzó a ser construida hasta ciento cincuenta años después de su muerte. Corneille, sin embargo, se limitó a tomar

prestadas ideas, y si fue plagiario, como Le Sage, por lo menos no convirtió en mera ganga una joya española, “nihil non tetigit quod non ornavit”; y de esta manera, sirviéndose de materiales olvidados o toscos, echó los cimientos de la tragedia en su país, entre cuyos muchos ilustres nombres brilla ahora el suyo y vive, justamente, inmortal.

Algunos de sus compatriotas armados, a pesar de la alta moral de la poesía que tanto citaban ellos, se llevaron prestada toda la plata de iglesia, mientras que un cierto monsieur de Salmdyk visita l’église dévastée y se llevó el esternón del Cid y el fémur de sa Chimene. Los invasores quitaron de allí a continuación el viejo sepulcro con el fin de decorar el nuevo paseo que habían tendido en Burgos, una cosa teatral que asqueó incluso a un apothicaire francés, ¡y vaya boticario!, pues este, en sus Mémoires, administra una buena reprimenda al general Thibeault, quien, esperando, como dice, vincular su insignificancia a la inmortalidad de Rodrigo, había hecho inscribir su nombre en la tumba como perpetrador de la mudanza. Pero El gran Lor vengó a El mio Cid y se encontró con el Thibeault este (a quien antes había dado una buena tunda en Vimiero), dándole su finiquito en Aldea de Puente el 29 de septiembre de 1811. El sepulcro del Cid fue devuelto a Cardeña con gran pompa el 30 de julio de 1823, pero las cenizas volvieron a ser turbadas por la marcha del intelecto cuando, a raíz de la confiscación de los conventos, se pusieron en una caja de nogal de guardar té y fueron llevadas al ayuntamiento de Burgos, decisión que dice mucho a favor de la prudencia absoluta de los alcaldes españoles, así como también del gusto proverbial de las corporaciones municipales; “requiescant in pace”.

COMUNICACIONES CON BURGOS

Los que lleguen procedentes de Francia harían bien en ir a Madrid por Valladolid, Segovia y El Escorial (véanse las rutas LXXIII y LXXV), y de esta manera, evitarán el trayecto pesadísimo (ruta CXIII) que va por Aranda. Como Burgos es ciudad de paso y encrucijada, tiene muchas comunicaciones de diligencia con

Madrid, Valladolid, Santander, Vitoria y Logroño y desde allí con Tudela, Zaragoza y Barcelona.

RUTA CXIV

DE BURGOS A SANTANDER

	Leguas	
Quintaña Dueñas	1	
Huérmeces	3	4
Urbel del Castillo	2 1/2	6 1/2
Bastoncillos	3	9 1/2
Llanillo	1 1/2	11
Canduela	2 1/2	13 1/2
Fuentevellida	2 1/2	16
Reinosa	1 1/2	17 1/2
Barcena pia de concha	3	20 1/2
Molledo	1	21 1/2
Cartes	3 1/2	25
Arce	2	27
Santander	3	30

La empresa Los Catalanes tiene una diligencia, y en su precio se incluyen todos los gastos del trayecto, el cual llevará al pescador de caña a algunos de los lugares donde mejor se pescan la trucha y el salmón en toda España, ya que desde Santander se puede ir a Bilbao y a las provincias vascas o bien lanzarse por la izquierda a Oviedo,

Lugo y el Bierzo.

Saliendo de Burgos, la carretera entra en el valle del río Urbel. Vivar, donde nació el Cid, está a la derecha y las colinas de Villadiego a la izquierda. A continuación subimos a Urbel del Castillo, que está construido en la cima de La Pinza, junto a su arroyo truchero. Este pueblo decaído fue originariamente lugar de la sede episcopal de Burgos; desde aquí, por la sierra que separa las cuencas del Ebro y el Pisuerga, se va a Canduela y Reinosa. Esta última es la principal ciudad de la comarca. Las montañas que hay en torno son muy elevadas y con frecuencia están cubiertas de nieve. Este es el núcleo donde se bifurcan Las Montañas de Santander y las de Burgos. Estas montañas abundan en bosques naturales, abandonados o mal utilizados de robles y castaños. El botánico y el pescador debieran dirigirse a los alrededores de Liébana, y Potes puede servirles bien de residencia; se levanta en el centro de cuatro encantadores valles que parecen suizos: el Val de Prado, Cereceda, Val de Baro y Cillórigo. La pesca en el Deva, el Nansa y el Sal es excelente. Potes fue una de las primeras ciudades en que entró Soult, quien, con los guardias parisinos fue recibido con palmas, pero mandó saquear la plaza inmediatamente, siendo exterminados sus habitantes.

Los bosques de Liébana son magníficos y están abandonados, como de costumbre, ya que la naturaleza abastece al español de todas las materias primas, pero son muy pocos los valores adicionales que dan de sí su arte o su industria; al contrario, resulta más frecuente ver que el producto, abandonado, se pudre en el suelo mismo, mientras que los que podrían sacar de él mejor provecho ven denegado el permiso de hacerlo. De esta manera, en 1843, el Ministerio de Marina recibió una proposición de los señores Septimius Arabín y Compañía, que querían comprar o explotar los bosques de Asturias durante veinte años. La empresa se comprometía a proveer al Estado de toda la madera de construcción que necesitase para su armada y, además, a construir cuantos barcos pudieran ser necesarios sobre modelos facilitados por el ministro. A fin de cubrir sus gastos, la empresa pedía una asignación de quinientos mil árboles. La respuesta del ministerio fue como sigue: “El pueblo español aprecia en lo que vale la importancia de sus bosques. La Empresa desea recibir dos árboles

por cada árbol que tale en interés de España, de manera que, a cambio de recibir un barco, España daría dos a una nación extranjera. El gobierno español tiene todavía los medios de proveer a su armada y de mejorarla sin necesidad de destruir sus bosques. El gobierno, sin embargo, expresa su agradecimiento por el interés que muestra esa Empresa inglesa por la armada española, aunque no le sorprenden esos sentimientos, ya que España tiene desde hace largo tiempo muchas razones para creer que gran número de naciones sienten ardientes deseos de ver reducida la armada española. Mientras este ministro continúe a la cabeza del Departamento de Marina, sin embargo, no escuchará una proposición que pueda dar por resultado una idea semejante a la que, a su modo de ver, ha dictado la proposición que nos ocupa". Entretanto, los bosques de Liébana seguirán en su reposo y natural decadencia primigenios, mientras El Ferrol no puede facilitar siquiera un palo para una barquilla; pero "jactarse de la propia fuerza es una enfermedad nacional" de los des-ministros españoles, cuyas palabras son más grandes que sus ideas y que reposarán bajo sus laureles después de haber rechazado de esta manera orgullosamente al extranjero. Este divertido documento fue, ciertamente, un blasón para un gobierno del que fue primer ministro un ci-devant compilador del argot de Madrid: risum teneati.

Reinosa es la principal ciudad de su montañosa comarca. Algunos de los desfiladeros que hay en las laderas del noroeste son muy altos: el Portillo de Bedore se eleva a tres mil ochocientos pies, y el Lunada, a tres mil cuatrocientos pies sobre el nivel del mar. El Ebro nace en Fontibre, o Fuentes de Ebro, de un manantial silvestre y rocoso. Cruza la Rioja a lo largo de trescientos cuarenta y dos millas y divide Aragón. Reinosa es una limpia ciudad de montaña, con una buena calle y un buen puente: su población es de mil quinientos habitantes. Es lugar activo, frecuentado por transportistas, y por el puerto pasan el grano y el vino de las llanuras, trayendo de vuelta el hierro y el pescado de las cosas. Santander merece el nombre de puerto de Madrid: se han hecho, en blanco y negro, muchos proyectos para facilitar esta importante comunicación, y de esta manera, vemos que el principal canal de Castilla, que fue comenzado en 1753 y no se ha terminado todavía, iba a comunicar Segovia con Burgos; luego, una carretera nueva y más corta se iba a tender hasta Burgos, y ahora la compañía del canal de Castilla y el

municipio de Santander proponen establecer un ferrocarril desde esta ciudad hasta Reinosa, el cual, si llega a ser realidad, sería de gran beneficio para la España central.

A las ferias que se celebran en Reinosa el 25 de julio y el 21 de septiembre acuden los más pintorescos campesinos y las pasiegas. Hay buenas posibilidades de caza en los montes y breñas, sobre todo en los que están cerca de Val de Arroyo y del convento dominicano de Monte Claros. Esta región, naturalmente inexpugnable, que podría haber sido convertida en la Torres Vedras de Galicia, fue absurdamente abandonada en 1808 por Blake, que provocó su propia derrota en Espinosa. Y entonces Reinosa fue tan malvada y espantosamente saqueada por Soult que Schepeler pensó que los invasores habían querido dejarla como monumento a los más grandes horrores que se podían perpetrar por todos los medios imaginables.

Cruzando el noble puerto de montaña bajamos con el arroyo truchero, el Besaya. Esta elevada sierra se extiende a lo largo de doce leguas y es una de las más frías de España. Las duras rocas, sin embargo, ofrecerán buenas oportunidades a los ingenieros ingleses de mostrar su habilidad en el arte de abrir y sortear túneles y son también un buen medio de gastar a fondo perdido algo del superabundante oro de la perfide Albion. Somaoz, en el valle de Buelna, está situado a mitad de camino entre Reinosa y Santander, y la comarca es verdaderamente alpina y digna de Suiza. El Pas se cruza enseguida en el lugar donde se juntan las carreteras de Santillana y Oviedo. Esta es la sana comarca de las pasiegas, que, reventando de jugos de montañas, dan de mamar a los encanijados hijos de las clases acomodadas del enfermizo Madrid.

Por lo que se refiere a Santander, véase la ruta CXVII.

RUTA CXV

DE BURGOS A LOGROÑO

	Leguas	
Zalduendo	3	
Villafranca	3	6
Belorado	2	8
Villaypún	2	10
Santo Domingo de la Calzada	2	12
Nájera	3	15
Navarrete	3	18
Logroño	2	20

Hay una diligencia que hace este camino y que comunica con Tudela y desde esta con Pamplona, Zaragoza y Barcelona. La comarca, accidentada y montañosa, continúa hasta Belorado por las montañas de Oca. En el valle Atapuerca, cerca de Zalduendo, se libró en el año 1053 la batalla entre Fernando I de Castilla y su hermano García de Navarra, que fue muerto y enterrado en Nájera: de esta manera fue anexionada Rioja a Castilla. Mariana da detalles de la púnica perfidia y de la ibérica estrategia de estos príncipes fratricidas.

La comarca de la Rioja está situada entre Burgos, Soria y Álava, y se llama así a causa de su río, La Oja, el río Oja, que nace en las alturas de San Lorenzo. El rico valle tiene forma de ese y su longitud es de unas veinticuatro leguas, con desigual anchura, que varía de ocho a diez leguas. Está dividida en Rioja alta y baja. La primera va de Villafranca de Montes de Oca a Logroño, y la segunda, de Logroño a Agreda, estando ambas sepearadas por la sierra que separa también las cuencas del Ebro y el Duero. Toda su extensión es de unas doscientas setenta leguas cuadradas, con una población de veinticinco mil almas. La tierra es fértil, pero está muy mal cultivada, y esta comarca, desprovista tanto de placer como de interés, puede muy bien ser borrada del mapa de todos los viajeros. Consúltense, para detalles, Memorias políticas, Eugenio Larruga, vol. XXVII, y La descripción de la Rioja, Juan Josef de Salazar.

Santo Domingo de la Calzada se levanta junto al Oca y tiene alrededor de cinco mil almas, compartiendo con Calahorra la dignidad de un obispado, como Jaén y Baeza y nuestras Bath y Wells. La catedral es de un macizo y sencillo gótico temprano y fue comenzada en 1180 por Alonso VIII y terminada en 1235, pero quedó muy deteriorada por un incendio que tuvo lugar en 1825. El coro, el altar mayor y la capilla del santo patrono son al estilo de Berruguete. Este Santo Domingo no fue el sanguinario inquisidor, sino un italiano que había sido enviado a España en el año 1050 por el papa Dámaso II como exorcizador a petición de los campesinos, que estaban siendo comidos por la langosta. A estos rapaces visitantes los echó a las tierras de los infieles y luego, como le gustaba también a él esta fértil comarca, se afincó aquí. A continuación hizo pavimentar un camino para peregrinos que iban a Compostela e hizo más milagros después de su muerte que durante su vida. Su principal hazaña consta en el escudo de la ciudad, que es de “plata, un árbol verde, con una hoz, una cruz, un gallo y una gallina naturales”. Southey compuso una balada humorística sobre esta leyenda, que Moya había narrado gravemente en prosa. La hoz y el árbol representan el bosque que el santo taló antes de edificar una venta, cuya Maritornes se había enamorado de un bello peregrino que resistió a sus halagos; en vista de ello, irritada por estas spretae injuria formae, ella escondió unas cucharas en las alforjas de este casto José, que fue hecho detener por el alcalde y ahorcado sin más. Pero sus padres, algún tiempo más tarde, pasaron

bajo el cadáver, que les dijo que era inocente y estaba vivo y bueno, y todo ello gracias a la intercesión de Santo Domingo; entonces fueron a donde estaba el truculento alcalde, que iba a cenar unas aves asadas y que, al oír su informe, observó: “Es como si me dijeran vuestras mercedes que este gallo —y diciendo esto señaló a su asado— iba a ponerse a cacarear”; cosa que el gallo, efectivamente, se puso a hacer y fue llevado, con su gallina, a la catedral y todos los años nacieron, con toda regularidad, dos pollos de tan respetables padres, de los que ningún ornitólogo itinerante debiera dejar de llevarse uno para el jardín zoológico. El gallo y la gallina fueron debidamente conservados cerca del altar mayor, y los peregrinos se ponían sus plumas en el sombrero. Los prudentes escritores, sin embargo, sin tener en cuenta a Santo Domingo, pondrán un par de aves corrientes de asar en su “despensa”, porque el camino de Logroño es de los que dan hambre. Los otros milagros del santo se cuentan con detalle en las obras de Luis de Vega, cuarto, Burgos, 1606, como también en Andrea de Salazar, cuarto, Pamplona, 1624. El estudioso podría comparar estos pollos ominosos con los pulli paganos con los cuales los arúspices informaban a los antiguos, que también eran conservados en “caveae”; sus revelaciones eran tan claras que incluso los augures beocios eran capaces de interpretar los cacareos de sus Gallos Gallináceos. Tito Livio afirma que un gallo y una gallina cambiaron de sexo. Pero las aves han figurado durante mucho tiempo en las mitologías, y testigo de esto son el gallo de Esculapio, las palomas de Venus, Santa Teresa y Júpiter, que, por lo menos, tenía un águila, pero los que piensen en el perro de Santo Domingo y en el cerdo de San Antonio preguntarán, como Cicerón, ¿hasta dónde se puede bajar en esto de lo sublime a lo ridículo?: “Si dii sunt, suntne etiam nymphae deae?, si nymphae, Panisci et Satyri. Tum Charom tum Cerberus dii putandi”. Pero estas cosas, como observó el filósofo romano, son invención de los poetas. Por mucho que los españoles hayan olvidado la ciencia ornitológica, siempre han destacado, sin embargo, en la investigación de los milagros de los seres emplumados, y de esta manera, Lampridio, alabando a Alejandro Severo, dice que vencía incluso a los augures de España.

Nájera, ahora lugar decadente de tres mil almas, fue en otros tiempos la Corte de Navarra y es aquí donde fue coronado Fernando III el Santo. En la benedictina Santa María hay enterrados treinta y

cinco cadáveres de las familias reales de Castilla y Navarra. El intrincado coro gótico fue tallado por el maestro Andrés y Nicolás en 1495, y el claustro fue llenado de estatuas por A. Gallego, 1542-46. El convento está o, mejor, estaba adornado con un soberbio retrato de Ruiz Pérez de Ribera, obra de Pantoja, 1596. Obsérvense los retablos de Juan Vascardo y Pedro Margoledo, 1631, y la pintura temprana del Maestro Luiz, 1442. Fue entre Nájera y Navarrete donde el Príncipe Negro repuso en el trono al pérfido, cruel e ingrato don Pedro, de la misma manera que el duque, en la no lejana Vitoria, repuso al deseado Fernando VII, y el paralelo es sorprendente en todos sus detalles, porque de esta manera responde al pasado. Entonces, como en nuestros tiempos, la Península fue escenario de la guerra, entre gigantes rivales, entre Inglaterra y Francia; entonces el Príncipe Negro, a pesar de ser sus fuerzas inferiores, derrotó en todas partes a los expertos y valientes Du Guesclin, de la misma manera que el duque a los Soults; entonces, como hace poco, los españoles, por sí solos, dirigidos por jefes indignos y "carentes de todo", fueron derrotados igual de fácilmente por los franceses que estaban muy bien organizados; entonces, como ahora, las juntas y los jefes españoles eran orgullosos y tercos y estaban llenos de confianza en sí mismos cuando el peligro estaba lejos, pero se volvieron temerosos y pidieron clamorosamente ayuda en cuanto se acercó: insolentes y sanguinarios en la hora de la prosperidad, cuando el extranjero hubo terminado su tarea le trataron con ingratitud, rompieron todas sus promesas y le robaron incluso su gloria.

Los franceses eran valerosos, caballerosos y dignos soldados, pero no tenían demasiado respeto a los derechos de la propiedad y a los sufrimientos humanos. Los ingleses eran valientes en la batalla y honrados de palabra y hechos: en nuestros tiempos nunca ocuparon una posición sin conservarla ni atacaron una enemiga sin tomarla. Estaban acosados por clima, el hambre y el vino, que siempre fue su peor enemigo; respetaron en lo que valían a los valientes franceses como "las únicas tropas contra las cuales valía la pena luchar", y los franceses, como Bonaparte mismo, pensaban que "solo los ingleses debían ser temidos". Los españoles se sentían irritados por este menosprecio implícito y odiaban por igual a amigos y enemigos, usándolos y abusando de ambos alternativamente, "así os diera la peste a los dos". De esta manera, vemos que el bienamado Fernando

quería ver a sus aliados ingleses, Los Borrachos, ahorcados con las entrañas de sus enemigos franceses, los gabachos, que es justo lo que dice la oración del buen moro, “Ensara fi senara, le jud fi sefud”, o sea, el cristiano al gancho, el judío al asador.

Froissart ha descrito gráficamente la campaña. Comiéncese en el capítulo 230. La desunida España estaba desgarrada y debilitada por disensiones civiles. Entonces, Pedro, el rey, tenía en su contra a su hermano natural, Enrique de Trastámara, aliado de Francia, que ponía cómo pretexto de invasión el mal trato que daba Pedro a su esposa, Blanche de Bourbon, aunque el verdadero motivo era poner coto a la influencia inglesa y dar trabajo a sus legiones revolucionarias, Les pillards, les compagnies, cuyo oficio era la guerra y que, a causa de la paz con Inglaterra, se habían quedado sin trabajo. Y entonces estos benditos mercenarios, que vivos habrían podido convertirse en la vergiienza de su país, fueron vomitados contra la infeliz España, donde se les habían preparado tumbas a manera de trampas con cebo de gloria y pillaje. Don Pedro, lejos, en Sevilla, reaccionó inicialmente “hinchándose y volando por el aire y jactándose de su fuerza” y, “descansando sobre sus laureles”, no hizo ningún preparativo de defensa; pero cuando los franceses avanzaron con su tremenda fuerza y rapidez de costumbre, el rey, como las juntas de 1810 y 1823, se dejó dominar por la situación y mendigó inmediatamente ayuda a Eduardo III, de la misma manera que, en nuestros tiempos, los Torenos se la mendigaron a Jorge III. El Príncipe Negro cruzó los Pirineos en febrero de 1367; llegó a Logroño, “sumido en la mayor angustia mental” por falta de comida y de la cooperación que le habían prometido los indignos ministros de Pedro. La misma angustia, y por las mismas causas, sufrió nuestro duque después de Talavera, pero ninguno de los dos desesperó, por bastarse a sí mismos. La mañana del 2 de abril contempló a treinta mil ingleses (Mariana dice veinte mil), en Navarrete, contra ochenta mil franceses y españoles, suficientes, como dijo nuestro duque en Rueda, para “comerles de un bocado”. Los españoles despreciaban a los agotados ingleses, que, astutamente, habían prescindido de “la carne y el ron” de que tanto habla monsieur Foy. Lo único que temían era que echásemos a correr antes de que ellos pudieran cogernos en una red, igual que pensaban los Cuestas cuando salían a “cazar” a los franceses.

En vano el valiente y experto Du Guesclin, que recordaba Poictiers, habló de prudencia y aconsejó, como Soult en el Tormes, una defensa fabiana, “que se mueran de hambre en la hambrienta Navarra y se pudran en los pantanos del Ebro”. Sus palabras, como las de nuestro duque ante Ocaña, se perdieron frente a los jefes españoles, que gritaban: “Tenemos el doble de soldados que ellos, podremos más que ellos y les venceremos”. Los franceses comenzaron la batalla con uno de sus característicos y tremendos ataques en avant, pero los ingleses se mantuvieron firmes y silenciosos, recibiendo la cabeza de la columna con una lluvia tupida de flechas. Entonces el enemigo vaciló y entonces fue el “¡arriba, guardias, y a ellos!”, lo que fue seguido por un sauve qui peut. Los franceses fueron sacrificados por sus aliados, porque don Telmo, que antes de la batalla había sido el más grande de los fanfarrones, como su modelo, Gaal, comenzó entonces a correr antes incluso de empezar, exponiendo, de esta manera, el flanco de sus aliados, que tuvieron así que soportar el peso entero del ataque; de la misma manera que los Cuestas, las Peñas y Blakes hicieron en Talavera, Barrosa y Albuera. Don Telmo dio ejemplo en la fuga, como los Areizagas y Venegas en Ocaña y Almonacid.

La victoria quedó decidida antes de las doce, perdiendo los ingleses, según el mismo Froissart, que era francés, solo cuarenta hombres, y sus enemigos, diecisiete mil quinientos. El ejército español se dispersó, “cada hombre a su ciudad”. El sanguinario Pedro procedió entonces, a la manera oriental, a matar a sus prisioneros y sólo con gran dificultad pudo ser frenado por el indignado general inglés, de la misma manera que lo fue Cuesta por el duque después de Talavera, porque la dulce misericordia es el verdadero emblema de la nobleza, y la humanidad en la hora de la victoria es un adagio inglés más antiguo de lo que el mismo e inmortal Nelson pensaba. Don Pedro se arrogó inmediatamente toda la gloria a sí mismo y dejó el ejército para dedicarse a matar a todos sus enemigos, haciendo quemar vivas hasta a las mujeres. Dedicado a su “vil y negro derramamiento de sangre” olvidó por completo pagar sus créditos, aportar su parte en los gastos de la guerra, dejando incumplidos todos los tratados y todas las promesas. Finalmente, el Príncipe Negro, reluciente espejo de la buena fe y la caballerosidad inglesas, se fue de España asqueado, exclamando que “los castellanos habían roto vergozosa y deshonrosamente todos sus

compromisos (compárese con San Quintín); así se retiró el duque después de Talavera y de nuevo tras haber repuesto a Fernando en el trono. “Le gouvernement ayant manqué a tous les engagements faits avec moi, j’ai donné ma démission” (parte de guerra del 30 de octubre de 1813). En cuanto se retiraron los ingleses reaparecieron los franceses, y esta vez, como solo tenían que enfrentarse con los mal armados españoles, ocuparon la Península al galope, y de esta manera, la promenade militaire del recio Du Guesclin en 1369 no fue otra cosa que el prototipo de la del delicado Angouléme en 1823.

Navarrete fue la Vitoria de aquella época, ya que despejó España de invasores, y su temible general cayó prisionero en manos del Príncipe Negro, que sabía bien cómo tratar con todos los honores a un valiente enemigo, habiéndole salvado del feroz Pedro, según monsieur Villeneuve. Pero no hay sátira que pueda ser más severa con las cosas de España que el relato del mismo Mariana, quien, dicho sea de paso, llama a Du Guesclin, Bertrand Claquin. Enrique II, cuando fue puesto en situación de destronar a su hermano, gracias a este general extranjero, concedió a este su título anterior de conde de Trastámara, haciéndole también duque de Molina e introduciendo de esta manera el título de duque por primera vez en España. Pero fue robado de sus honores y bienes a causa de insurrecciones fomentadas en la Corte española, de la misma manera que Pedro, después de haber concedido el Señorío de Vizcaya al Príncipe Negro, envió órdenes secretas para impedirle que tomase posesión de él. Tal ha sido la recompensa que los generales extranjeros recibieron frecuentemente de reyes españoles, y de la misma manera sus antecesores, los cartagineses, después de haber sido salvados por Xantipo, que era lacedemonio, le cubrieron públicamente de honores, pero luego le ahogaron en secreto.

Hoy en día los historiadores españoles se limitan a hablar de una “decisiva batalla entre don Pedro y su hermano”, omitiendo la parte de Hamlet en ella. Y, de la misma manera, Mellado palía las victorias de nuestro gran duque, mientras que, para completar los rasgos del carácter nacional, monsieur Foy atribuye ingeniosamente esta victoria no a los ingleses, sino a los “normandos y gascones” que luchaban a las órdenes del Príncipe Negro. ¡Bravo, gasconés! Véase también Roncesvalles.

Por lo que se refiere a Logroño y sus comunicaciones, véase ruta CXXXIV.

RUTA CXVI

DE BURGOS A VITORIA

	Leguas	
Quintanilla	3	
Castel de Peones	3	6
Briviesca	2	8
Cubo	3	11
Pancorbo	2	13
Miranda del Ebro	3 1/2	16 1/2
Puebla de Arganzón	3	19 1/2
Vitoria	3	22 1/2

Esta es la gran ruta de Madrid a Francia y la que usan los correos y las diligencias; la carretera es muy buena y va por una tierra montuosa, pero bien cultivada y agradable. Briviesca, Virovesca, es una ciudad cuadrada y construida de manera regular junto al Oca, e Isabel la Católica la tomó como modelo para Santa Fe, cerca de Granada. En la colegiata, en el retablo de Santa Casilda, hay imágenes de San Pedro y San Pablo, de Becerra. El altar mayor

gótico y el retablo de Santa Clara son buenos. Fue en Briviesca, en 1388, donde Juan I convocó Cortes, en las que dio a su hijo mayor el título de Príncipe de Asturias, en imitación de nuestro Príncipe de Gales, y por deseo expreso de Juan de Gante, cuya hija estaba casada con el heredero del trono. Tanto el pescador de caña como el artista y el aficionado a las antigüedades deberán hacer una excursión al famoso monasterio benedictino de Oña, que se levanta en medio de su aldea, cerca del Ebro, a cosa de cuatro leguas de distancia de Briviesca; para detalles, consúltese Flórez y Braganza. Está dedicado a San Salvador y en otros tiempos era señor de su rico valle ceñido de montañas, regado por los dulces ríos Vesga, Omino, Oca y Bureba; los jardines y estanques eran encantadores. De la fuente perenne de Sagredo mana, como de la de Vaucluse, un chorro de agua cristalina. Toda la merindad de Valdivielso es verdaderamente suiza y pastoral. Los molinos son muy artísticos. A cosa de una legua de Oña está La Horadada, que es un alto puente de un solo arco tendido sobre el Ebro y del que se piensa que es romano. El monasterio, que ahora, por desgracia, está cayendo en ruinas, fue fundado en el año 1011 por el conde don Sancho para lugar de su tumba; murió el 5 de febrero del año 1017, y su epitafio, en versificación leonesa y con juegos de palabras, registra sus hechos y su valor. Oña es nombre que se deriva, según algunos, de Maiona, la madre del conde, que, temiendo que su hijo estuviese a punto de casarse con una princesa mora, le dio veneno en una copa, induciéndole a beber de ella, y luego, a modo de expiación, hizo edificar el monasterio; pero el verdadero nombre de la madre era Abba o Ava. Los nombres de las damas, sin embargo, eran raros en aquella época, y así vemos que la primera abadesa, hija del conde, se llamaba Tigritia. Mariana afirma que la costumbre de que las mujeres beban antes que los hombres comenzó a causa de aquella maternal malignidad. El exterior del convento es antiguo, sencillo y severo, y el interior era en otros tiempos dúplex, o sea, dispuesto de manera práctica para que monjas y monjes vivieran bajo el mismo techo, abusos que fueron reformados en el año 1032. La capilla gótica fue comenzada en 1470, y los claustros fueron terminados en 1503 y son muy airosos y elegantes. Obsérvense las estilizadas ventanas, los remates y los escudos; entre los sepulcros laicos están los de las familias de Bureva, Sandoval y Salvador; las tumbas reales de la capilla consisten en cuatro ricas urnas; aquí reposa el infante García, Sancho de Navarra y su mujer y Sancho II,

que fue asesinado en Zamora. Obsérvense las antiguas pinturas y los doseles trabajados como relicarios. La prosodia del epitafio de Sancho dejaría perplejo a Porson: “Sanctus forma Paris, et ferox Hector in armis”, etcétera. En este altar mayor Fernando III el Santo fue puesto por su madre hasta que la Virgen le curó de los gusanos; sobre este milagro escribió un Romance Alonso el Sabio. Este convento fue saqueado por los invasores, que quemaron la buena biblioteca, y de nuevo en 1835 fue convertido en cuartel por Córdoba, que usó sus claustros a manera de establo, mientras que sus soldados añadían nuevos desmanes a los ya mutilados sepulcros. La parada de Córdoba aquí fue durante una de sus absurdas “marchas y contramarchas” por montañas más altas, según él mismo dijo, que el vuelo de las águilas, a fin de fatigar a sus desgraciados soldados, cosa que hizo, y también para ayudar al general Evans, cosa que no hizo, ya que dejó a su valiente aliado empantanado en la hora del peligro. Hay una carretera bien terminada que va de Oña a Villacayo, seis leguas, por las alturas.

Después de salir de Briviesca, la carretera continúa hasta Pancorbo, Porta Augusta, la pintoresca garganta que va entre los desfiladeros de los montes de Oca y las laderas pirenaicas; el río Oroncillo y la carretera apenas tienen sitio para pasar por la angosta garganta, en cuyo centro hay una capilla a Nuestra Señora del Carmen, es decir, que supervisa el camino y protege a los viajeros de las avalanchas, porque todo alrededor se levantan fantásticas rocas que constriñen esta entrada y barrera natural de Castilla y donde los antiguos españoles de otros tiempos desafiaron el avance moro y los modernos huyeron asustados del nombre mismo de Bonaparte. Arriba hay un castillo en ruinas, que goza de una bella vista de la Rioja; es en él donde se dice que don Rodrigo sedujo a la malhadada Cava, ¡ay!, de España perdida por un gusto. Este castillo fue reforzado por los invasores en 1810 y desmantelado en 1823 por Angouléme, que, aunque entonces era aliado de España, aprovechó la oportunidad para destruir un obstáculo a futuras invasiones. Ahora todo está hors de combat, excepto las cavernas o algibes moros; ni siquiera los cañones clavados por los franceses o la metralla y las balas que habían rodado por entre las rendijas rocosas habían sido eliminados la última vez que pasamos nosotros por allí.

Saliendo de Pancorbo, la carretera de Bilbao no tarda en bifurcarse a la izquierda; se cruza el Ebro en Miranda por un buen puente y aquí dejamos las monótonas Castillas y entramos en Álava y las provincias vascas. La naturaleza se vuelve aquí más fresca, la población aumenta y las ciudades tienen más árboles y jardines en sus cercanías; el rostro humano se vuelve más rubicundo, pero la pobreza no desaparece. El campanario abierto de las iglesias se convierte ahora en torre cuadrada. Miranda tiene dos mil quinientos habitantes y carece por completo de interés. Aquí están las oficinas de la aduana, ya que esta es la frontera fiscal de Castilla, cuyo sistema no rige en las provincias vascas, en las que entramos ahora. Después de estas inspecciones la carretera continúa siendo excelente. El Ebro es una línea de demarcación tan geográfica como vegetal, ya que el maíz no tarda en convertirse en el alimento habitual y la región cerealera queda a nuestras espaldas. Miranda del Ebro tiene una iglesia antigua con portal delante, a modo de protección habitual contra el mal tiempo en estas húmedas provincias del noroeste. Logroño está a diez leguas de Miranda del Ebro; las primeras tres millas, hasta Haro, son pintorescas, ya que siguen el serpenteo del río.

La Puebla de Arganzón está situada en el desfiladero de los montes Morillos y es la garganta por la que salieron las aguas de la cuenca de Vitoria, que fue en otros tiempos lago. La carretera y el Zadorra pasan por este desfiladero, entrando en las llanuras, a cuyo extremo se levanta, lejana, Vitoria. Esta cuenca ondulante tiene cosa de doce millas de longitud por diez de anchura y está cortada por el Zadorra, que serpentea cuesta abajo por la izquierda; está moteada de bosques, pueblos y terreno accidentado, que ofreció buenas posiciones defensivas a los franceses contra el ataque inglés.

El día 20 de junio de 1813, nuestro ejército acampó en las Bayas, un arroyo montañero que corre a la izquierda de la carretera y ocupó Tuto, Subijana de Morales (el cuartel general del Duque), Zuazo, Vitoriano y Marquina. El enemigo, mandado por Josef y Jourdan, estaba delante, en fuertes posiciones, en la apertura del desfiladero; su ala derecha estaba en Tres Puentes y la izquierda en Subijana de Álava, con la colina de Arinez en el centro, no lejos de donde hay una altura llamada Inglesmendi, o sea, el “monte inglés”, donde cinco siglos antes habían derrotado ya a los franceses. El 21,

el duque ordenó a Hill comenzar el baile, y él, con Morillo, subió por las alturas a la derecha, donde cayó el bravo coronel Cadogan, que pidió ser puesto en un lugar desde donde pudiera morir feliz, ante la vista del enemigo en plena fuga, y este último deseo le fue concedido, porque los franceses, a las órdenes de Gazan y Darricau, fueron rechazados enseguida. Entretanto, Graham, que había sido enviado con veinte mil hombres desde Marquina, en la extrema izquierda, para dar la vuelta hasta la carretera de Bilbao, venció a Reille en todos los puntos en que chocaron, mientras Lonja y los españoles retenían Gamarra Menor y los ingleses rechazaban al enemigo en Gamarra Mayor y Abechuco, privándole de esta manera de la posibilidad de retirarse por la carretera de Irún. Mientras se ganaban estas dos batallas y victorias distintas, el duque dirigía el centro y asestaba un golpe en el corazón de su oponente. Pasó como pudo el desfiladero por Nandares, mientras Kempt, al mismo tiempo, con la división ligera, cruzaba el Zadorra por Tres Puentes e irrumpía en la posición francesa, cuya clave era el Mamario de Arinez, y entonces Josef vaciló y envió a Villate a Gomecha, en su retaguardia; el duque vio la oportunidad y, con la decisión intuitiva del genio, ordenó una carga general. El rápido ataque a la colina de Arinez fue magnífico. El viejo Picton, a la cabeza de su "invencible división", les animaba paternalmente, como era su costumbre, diciéndoles: "¡Adelante, valientes bellacos!", y ellos siguieron a su valeroso jefe hasta el último hombre. Los franceses resistieron como buenos y recios soldados que eran, pero ahora, como en Salamanca, esta división, según dijo su propio jefe, "aunque el enemigo era cinco veces superior en número y tenía cincuenta cañones, se lo llevó todo por delante, mientras los ojos de todo el ejército les contemplaban". Finalmente, sus filas acabaron por ceder, con Josef a la cabeza de los fugitivos, de la misma manera que en Cressy, donde, según el viejo Aleyn, "el rey volvió la cabeza y al mismo tiempo sus hombres la cola". El enemigo, dice Southey, "fue derrotado ante la ciudad, en la ciudad, por la ciudad, fuera de la ciudad, detrás de la ciudad y por la ciudad entera". Huyeron, dejando ciento cincuenta piezas de artillería e incluso el botín que llevaban. La batalla no tardó en terminar, porque, como en Salamanca, los números eran aproximadamente iguales y, en consecuencia, el duque tomó la iniciativa del ataque; pero, a pesar de todo, ni siquiera dos tercios de su ejército eran británicos, y los resultados separan la paja del trigo, porque nuestras pérdidas

ascendieron a tres mil trescientas ocho, las de los portugueses a mil cuarenta y nueve y las de los españoles a quinientas treinta y tres; ahora estos últimos reclaman para sí la mayor parte de la gloria, y Mellado, en su guía, la última publicada, ni siquiera nombra a los ingleses y se ven grabados que representan a los españoles, a las órdenes de Álava y solos, forzando a los franceses a abandonar Vitoria. Las Cortes, ciertamente, el 3 de julio de 1813 dieron orden de que se elevase un monumento aquí en honor del duque, lo que es citado por Argüelles como prueba de gratitud oficial; pero no es necesario decir que no se hizo nada y todo quedó en el papel. En cualquier caso, la victoria fue completa, y Clausel escapó por milagro a Huesca, como Joseph a Roncesvalles. Entonces, el duque, habiendo injertado en el tallo de la noble cuna la distinción de la nobleza personal, continuó su persecución de los fugitivos hasta llegar a los Pirineos, y en su cimas, como dice Napier, "saliendo del caos de la Guerra de la Independencia, se irguió como vencedor indudable, y entonces, en esas elevadas cumbres, el resonar de las trompetas se oyó alto y claro y su esplendor apareció como llameante insignia ante las naciones en guerra". Vitoria no solamente despejó España de invasores, sino que reanimó a Europa en general, porque sus consecuencias hicieron vacilar a Bonaparte en Dresde, como Salamanca le había hecho vacilar en Rusia; indujo a los aliados a rechazar el armisticio, consolidó la vacilante adhesión de Austria y, de esta manera, fue el anuncio de la gloriosa Leipzig. Monsieur Boy, describiendo esta batalla, después de criticar severamente la mollesse del ataque inglés, continúa de esta manera: "Les braves, débandés par le découragement des chefs, se jetèrent vers les Pyrénées, tandis que Lord Wellington, qui se crut vainqueur de Vitoria, s'arrêta paisiblement avec toutes ses forces dans une ville sans importance [lo que no es verdad], au lieu de marcher vivement sur Bayonne. Sans avoir vaincu selon la signification du mot, les anglais demeurèrent en possession de quatre-vingt pièces de canon au moins [o sea, ciento cincuenta y uno]. La France n'eut pas á regretter plus de cent braves [o sea, seis mil] tués ou blessés qui restèrent sur le champ de bataille". La relativa pequeñez de las pérdidas francesas fue debida a que, como en Oudenarde y Ramillies, fueron derrotados demasiado rápidamente, y en segundo lugar porque, como en Salamanca, sus fugitivos arrojaron las armas, etcétera, es decir, todo cuanto constituye un soldado, pero que dificulta la rapidez de movimientos.

Y de nuevo, el enorme botín que dejaron al huir fue una tentación que nuestras tropas no supieron resistir; ellos, que habían desafiado el acero enemigo, fueron vencidos por su oro y, sin embargo, fue un justo premio a la victoria, ganada a los fuertes por los más fuertes después de una batalla bien librada y no como resultado de haber despojado a ciudadanos que no se defendían. Los soldados británicos recogieron, en total, cinco millones de dólares, pero, con ello, "todo orden y disciplina desaparecieron", como dijo el indignado duque, que, como caballero y soldado que era, detestaba el estruendo del pillaje: "Je suis assez long temps soldat pour savoir", escribió en su nervioso anglofrancés, "que les pillards et ceux qui les encouragent ne valent rien devant l'ennemi" (partes de guerra del 23 de diciembre de 1813, del 5 de marzo de 1814 y del 27 de junio de 1815). Los ingleses se fatigaron buscando botín en vez de rematar su victoria y, de esta manera, al inclinarse para recoger el oro, perdieron, como Atalanta, la carrera del honor. La vieja maldición del Aurum Tolosanum hostigó tanto a vencedores como a vencidos. Aquí, como en Bailén, los movimientos franceses se vieron impedidos porque, al otro lado de la ciudad, tenían en casi dos mil carros y vehículos de varios tipos el botín que habían acopiado en toda la Península durante cinco años, y el deseo que sentían de no perder este "butin infame" calmó sus ansias de combate, mientras los carromatos, etcétera, dificultaban su retirada. Nuestro duque, cuya política era la honradez inglesa tanto de palabra como de hecho y que, como los héroes de la antigüedad, prefería el reluciente honor al sucio lucro, cuyo objetivo era "gloriam ingentem, divitias honestas", nunca contaminó su dorada inteligencia con la ganga de la especulación o el pillaje y nunca vendió su gran gloria "por lo que podría ser asido con la mano". Al altar de su fama, como al de Gustavo Adolfo, sólo se podía llegar pasando por el templo de la virtud, y él confiaba en que su país, agradecido, le daría los medios de sustentar una dignidad que él mismo se había labrado con una espalda inmaculada de soldado. Esta es también la máxima de nuestro marino. "Córcega –escribe Nelson (parte de guerra del 27 de junio de 1794)– por lo que se refiere a botín, no produce nada, pero el honor está muy por encima de la riqueza. Si hubiera yo cuidado menos del servicio de mi patria, podría haber recogido también algún dinero; sin embargo, confío en que mi nombre seguirá existiendo cuando se haya olvidado el de los buscadores de riquezas". Southey ha

descrito de manera sumamente gráfica la extensión y variedad de las colecciones francesas, la plata y los cuadros de iglesia, las delicadas provisiones de boca, las queridas, los perros de aguas, los monos y los loros que se llevaban consigo. El duque trató a las mujeres con la caballerosa cortesía de un Escipión o de un Peterborough, protegiéndolas de todo insulto y enviándolas en sus propios coches a Pamplona bajo bandera de tregua. Joseph estuvo al borde mismo de perder la vida, pero su coche fue capturado, como el de su hermano en Waterloo, y estaba lleno, según dice Toreno, de botín, de objetos robados y de cosas obscenas importadas de Francia, mientras que el Bâton del mariscal Jourdan fue hallado en su fourgon de comestibles; esto, junto con la bandera del centésimo regimiento, fue "desplegado por el duque a los pies del príncipe regente", quien, con sumo buen gusto, recompensó el cumplido entregando el bastón de mariscal inglés al que había ganado todo aquello. Las pérdidas del enemigo fueron tan completas que les dieron a ellos mismos tema para chistes, y así vemos que L'Apothicaire, en sus inteligentes Mémoires, consolaba a sus amigos, que habían sido tan completamente limpiados por esta purga de Wellington, citando a Horacio; "Todos vosotros vinisteis a España más delgados que comadrejas e igual de delgados tendréis que salir de ella". Los soldados franceses ridiculizaron igualmente a su general, que había sido derrotado también antes en Talavera, exclamando, irreverentemente: "El mar huyó y el Jordán fue rechazado".

Las Spolia opima de Vitoria se encontraron en el carruaje imperial de Joseph, porque Su Real e Imperial Majestad había almacenado allí muchos de los mejores cuadros que guardaba Fernando en su gabinete y que ahora decoran dignamente Apsley House, trofeos ganados en limpia lid, no donativo voluntario de capítulos amenazados a punta de bayoneta o frutos de cohecho. Más aún, en cuanto se enteró el duque de que los cuadros eran más valiosos de lo que él había pensado, escribió para expresar sus deseos de "restituírselos" a Fernando, sospechando que hubieran podido ser "robados por Joseph" de los palacios reales (parte de guerra del 16 de marzo de 1814).

Monsieur Bory atribuyó la pérdida de Vitoria a la falta de confianza de los soldados franceses en sus jefes, y, sin ,embargo, Salustio (año

1 a. de C.) achaca la decadencia de las armas romanas a la mala conducta de los Silas en Asia, que comenzaron por entonces a coleccionar “tabulas pictas, vasa caelata”, sin sentir nunca escrúpulos sobre si “ea privatim act publice rapere, delubra spoliare, sacra profanaque omnia polluere”; pero no hay nada nuevo bajo el sol. Otro botín, más precioso para la sagrada causa de la verdad y la historia que la plata o las pinturas, fue metido también aquí, en el carruaje del usurpador, a saber: la correspondencia oficial y confidencial entre Madrid y París, la cual revela algunos secretos de la prisión de Bonaparte y levanta una punta de su manto de “ruse doublée de force”; estos pensamientos, disparados de la más íntima de sus aljabas, ofrecen la mejor contradicción a sus declaraciones y comunicados públicos, ese veneno con el que alimentó a sus súbditos en lugar de darles pan. Estos documentos privados, que no estaban destinados a ser publicados en el Moniteur, corroboran completamente los partes públicos de guerra del duque, porque la noble inteligencia lo osará todo menos mentir. Que Bonaparte era un general de primera categoría y un genio meteórico es algo que nadie pondrá en duda, y menos que nadie los ingleses, de cuyo acero fue digno enemigo; y tampoco fue una hoja de su gran guirnalda ganada a expensas de estos, y los que tratan injustamente de reducir las justas proporciones de esa guirnalda privan a nuestros soldados y a nuestros marinos, que se hicieron cimeras con sus hojas, de la mitad de su gloria, pero la verdad no se albergaba en él. ¿Quién no se sentirá tentado de aplicar a este hombre maravilloso, hombre de intelecto y maquiavelismo verdaderamente italianos, lo que Tito Livio predicaba, tan injustamente, del gran Aníbal: “Has tantas viri virtudes, ingentia vitia equabant, inhumana crudelitas, perfidia plusquam punica, nihil veri, nihil sancti, nullus Deum metus, nullum jus jurandum, nulla religion”.

RUTA CXVII

DE VITORIA A SANTANDER

	Leguas	
Miranda del Ebro	6	
Ameyugo	2 1/2	8 1/2
Valderrama	4	12 1/2
Frías	1 1/2	14
Trespaderne	2	16
Monco	2 1/2	18 1/2
Villarcayo	2	20 1/2
Espinosa	3	21 1/2
Salcedillo	1	22 1/2
San Roque	2 1/2	25
Liérganes	2	27 1/2
Santander	3	30 1/2

Volviendo sobre nuestros pasos hasta Miranda del Ebro no tardamos en apartarnos del Camino Real, hasta Frías, ciudad vieja y destartalada situada junto al Ebro, con un puente del que se dice que tiene cimientos romanos; el título ducal de la gran familia Velasco proviene del castillo arruinado de este lugar. En Villarcayo,

la carretera de Burgos se bifurca, descendiendo, y cruza el Ebro en Puente de Arenas, por donde el duque, el 14 de junio de 1813, hizo marchar a su ejército; de esta manera, por medio de una maniobra magistral, hizo volver sobre sí mismas a las posiciones franceses en Pancorbo y los primeros resultados fueron la evacuación de Santoña y Bilbao por el enemigo, lo que permitió a la armada y a los bastimentas ingleses acercarse desde Portugal y aprovisionar así al ejército en las hostiles provincias vascas. Napier describe en los siguientes y heroicos términos el avance inglés a través de estos lugares alpinos: “Las glorias de doce victorias retozaban en sus bayonetas, los franceses huían como ovejas ante los lobos, todas sus combinaciones estaban desbaratadas, los ríos habían sido desecados y los barrancos aplanados por el genio de aquel que no tardaría en acabar aniquilándolos”. El duque hizo pasar a sus hombres por los intrincados desfiladeros que hay entre Frías y Orduña, en los que anduvieron penosamente durante seis días, y entonces, “saliendo de las montañas, como arroyos impetuosos de todos los desfiladeros, cayeron, espumeando, en la cuenca de Vitoria” y en la victoria. Este magnífico avance es descrito hasta por el mismo monsieur Savary como “un movimiento que nadie habría osado llevar a cabo ante un enemigo activo y en plena maniobra”, pero que ahora fue realizado sin disparar un solo tiro, como una tranquila marcha en tiempos de paz, y esto ante un mariscal francés de primera categoría y acompañado de sus magníficos soldados, “tales (según dice el duque que nunca negó a sus bravos enemigos su grande y bien merecido mérito militar) que ni austríacos ni rusos han tenido nunca que enfrentarse a tropas parecidas” (parte de guerra del 21 de diciembre de 1813).

No lejos de Villarcayo, en la carretera de Bilbao, está la ciudad de Medina de Pomar, de Castilla la Vieja, cuya población es de mil doscientas personas. Está agradablemente situada junto a los excelentes arroyos trucheros Trueba y Nela y tiene un buen puente, una bella fuente en la plaza y algunas grandiosas tumbas de la familia Velasco en Santa Clara. Uno de los duques de Frías yace aquí en su armadura, con su esposa a su lado; obsérvense los animales a sus pies.

De Villarcayo a Santander hay dos caminos, uno por Soncillo, tres leguas y media, y de allí doce leguas más por el Camino Real de la

Rioja; el otro es de herradura y más corto, por Cabada y Espinosa. Espinosa está en un agradable valle regado por el Trueba, que junto con el Nela no tarda en unirse al Ebro. Los habitantes tenían el privilegio de montar guardia sobre la persona del rey durante la noche, y de aquí que se llame Espinosa de los Monteros. Este honor fue concedido en recompensa al valor de Sancho Montero, que salvó la vida al conde Sancho en 1113. Consúltese Origen de los Monteros, Pedro de Guevara, cuarto, Madrid, 1632.

Espinosa fue testigo, los días 10 y 11 de 1808 de un abrumador ejemplo de la ignorancia de Blake, Mahy y Mendizábal en el arte de la guerra, pues, estando apostados en alturas bien defendidas, fueron sorprendidos por Víctor y echados de ellas; entonces todo su ejército, desmoralizado, siguió el ejemplo de sus indignos jefes y se dio a la fuga, y esto justo en el momento en que Castaños perdía la batalla de Tudela. De esta manera, Moore, que había avanzado por las Castillas confiado en la frágil caña de la cooperación española, se quedó solo con su puñado de ingleses y con todo el peso del enemigo encima. Blake y Mahy, cuando ya no pudieron correr más por faltarles el resuello, se pararon en Reinosa, de donde huyeron, abandonando sus desfiladeros casi invulnerables al solo rumor del avance francés, abandonando a Santander a su destino, que fue el más completo saqueo. Entonces todos los bastimentos enviados por Inglaterra para la defensa de España cayeron en manos del enemigo y fueron usados contra el mismo aliado que los había enviado, y, como para rematar la farsa, ahora Páez dice, hablando del revés de Espinosa, que fue una vigorosa resistencia.

Liérganes está junto al Micra, que es un delicioso arroyo truchero; aquí en el siglo XVI, instaló unas fundiciones de hierro una empresa flamenca, y de esta aldea salen todavía herreros itinerantes y afiladores de cuchillos, tan necesarios que vagan por la España central. Aquí nació, en 1660, Francisco de la Vega Caz, el Hombre pez español. Este hombre pez se lanzó al mar en 1674 y fue cogido en unas redes de pescadores cerca de Cádiz en 1679, en vista de lo cual, el Señor Caz, al ser sacado de ellas, gritó: “Pan, vino, tabaco”, y los pescadores al oírle se dieron cuenta que era cristiano y compatriota, y como después añadió: “Liérganes”, identificaron también su patria chica. A pesar de todo, este montañés anfibio, como verdadero hombre de mar, no tardó en cansarse de la tierra y

desapareció de nuevo, yéndose con los peces. Su casa fue durante largo tiempo el principal punto de atracción de Liérganes, y arzobispos y hasta el padre Feijoo, el refutador de las leyendas populares, creían todas estas tonterías. Véase la narración crítica que da de esto el Teatro Crítico y compárese con el hombre de piedra de Daroca. Este milagroso hombre marino habría servido de buena pareja al maravilloso hombre de tierra del Tajo, que cuando fue sacado de debajo de la tierra por un arado tanto sorprendió a los que le contemplaron en la antigüedad. Ahora entramos en la zona del hierro, y las mejores minas son las de Pamanes, Vizmaya y Montecillo, pero Somorrostro, la mejor de todas, dista doce leguas. Los bosques de robles y hayas proveen a los hornos de mal combustible, a pesar de que el puerto de Gijón podría facilitar todo el carbón que hiciese falta. En La Cavada, junto al Miera, Carlos III estableció una fundición artillera.

Santander, Portus Blendium, tiene buenas posadas, Las Fondas de Boggio, De Cristón y El Parador de Moral, calle de Becedo. La ciudad está situada en el extremo de un promontorio y se encuentra protegida al norte por un monte; el puerto es accesible y está resguardado, y el fondeadero es bueno. Su población es de más de trece mil habitantes. Es lugar próspero, por haber subido a expensas de Bilbao, ya que durante las guerras civiles los comerciantes enviaron sus establecimientos a esta zona menos turbulenta. Santander tiene un teatro, un liceo y baños; a pesar de todo, es lugar puramente comercial y carente de objetos de arte o de interés. El muelle, que es bueno, y las casas, de reciente construcción, de los principales comerciantes, tienen un aspecto más bien francés que español, y en las tiendas abundan los colifichets parisinos y los mediocres grabados hagiográficos. El activo muelle, con sus pacas, azúcares y barriles de harina y su tráfago, contrasta con la pobreza en pescados de la ciudad vieja, sobre todo en el barrio de San Pedro: ¡qué contraste el de la activa industria y prosperidad con la delincuencia, la indolencia y la enferma mendicidad! Aquí, el trabajo del porteador, como en Bilbao, lo hacen las mujeres, si es que estas amazonas andróginas y epicenas merecen el nombre de tales. Los carros locales tienen aspecto como de ataúdes, construidos a semejanza de los carretones afganos, con ruedas macizas chirriantes. Los paseos, ventilados por la brisa en la altura de la colina, gozan de bellas vistas de toda la ría, el Muelle de las

Naos, la bahía llena de barcos y la batería de San Felipe. Las alamedas de Becedo y de los Barcos son los paseos de moda. El hospital, Cuna y cárcel no reflejan ni mucha ciencia ni mucha humanidad. Santander es ciudad barata y bien abastecida; el pescado, tanto de mar como de agua dulce, es abundante y excelente. Los valles verdes del Pas producen mantequilla, que traen a la ciudad las pasiegas, de aspecto suizo, y que llevan cestos sujetos con correas, cuyo peso las fuerza a doblegarse; sin embargo, cuando se les quita ese peso de encima se enderezan como cañas dobladas. El Vin du pays es un mediocre chacolí cidroso, y tampoco es buena el agua, pero hay una fuente mineral, llamada La Salud, a cosa de dos millas de distancia que es muy frecuentada entre junio y octubre por los que padecen desarreglos viscerales, y a cosa de veinte millas de distancia, en Ontaneda, hay baños, con un parador grande y decente.

Santander es residencia de las autoridades provinciales y sede de un obispo, sufragáneo del de Burgos; esta sede fue fundada en 1174 por Alonso IX: la catedral es una de las menos importantes de España; la bahía y el puerto fueron muy estimados en los períodos tempranos de la historia de España. Fue de aquí, en 1248, de donde la armada de Fernando II el Santo zarpó para sitiar Sevilla, suceso que se conmemora en el escudo de la ciudad. Después decayó, hasta convertirse en mera ciudad pesquera, pero volvió a levantarse cuando se le dio categoría de puerto habilitado, es decir, autorizado a comerciar con Sudamérica, y todavía surte a Cuba de grano de las Castillas a cambio de productos coloniales; Santander es, en realidad, el puerto de mar de Madrid, y cuando quiera que se terminen el canal de Castilla o el ferrocarril de Reinosa se beneficiará necesariamente en gran medida, pero Dios sabe cuándo.

Aquí desembarcó Carlos V, el 16 de julio de 1522, para tomar posesión de España, y en este mismo muelle embarcó nuestro Carlos, abandonando España después de su romántica visita a Madrid; llegó a Santander el 11 de septiembre de 1623 (fecha antigua; quiere decir el día de San Mateo, o sea, el 21) y estuvo a punto de ahogarse el viernes 12, cuando iba a ver su barco; a pesar de todo zarpó de aquí el día 17, llegando sano y salvo a Portsmouth el domingo 5 de octubre ante júbilo indescriptible de toda la nación, que, veintiséis años más tarde, le vio decapitar con casi la

misma alegría.

Santander fue ferozmente saqueado por Soult el 16 de noviembre de 1808 y, sin embargo, ningún otro lugar de España hizo gala de más egoísta localismo o de mayor animosidad contra nuestros ejércitos liberadores. La Junta, que había pedido a voces nuestra ayuda, se volvió contra nosotros como bereberes cuando esta le fue concedida, insultando y maltratando a sus mismos defensores; los ciudadanos se negaron incluso a dar albergue a los mensajeros del duque, aunque sus gastos corrían por cuenta de Inglaterra e iban en servicio de España. Pusieron en cuarentena a los heridos ingleses y de la manera más ofensiva (parte de guerra del 14 de enero de 1814). "La ciudad de Santander", escribió el duque, "ha cortado prácticamente y de un solo golpe los aprovisionamientos de todos los ejércitos aliados y de esta manera ha conseguido lo que no había podido hasta ahora el enemigo". Y también el 14 de octubre de 1813 anota "el mal humor mostrado por Santander a los ingleses, que no ha sido observado en ninguna otra parte de España". Igualmente, cuando Evans desembarcó aquí con su legión, los ciudadanos se negaron a facilitar las rosas más necesarias a aquellos mismos valientes cuya ayuda habían implorado. Las magníficas zonas pesqueras que se extienden hacia el oeste, en dirección a Oviedo, han sido ya descritas en las rutas CXII y CXIII. Hay diligencias de Santander a Burgos (ruta CXIV) y a Valladolid (ruta LXXVI) en verano; un vapor costero hace a veces el trayecto entre San Sebastián y Cádiz. Por lo que se refiere a la carretera de Bilbao, véase la ruta CXXIII.

TABLA DE CONVERSIONES

1 pulgada: 2,54 centímetros

1 pie: 0,30 metros

1 yarda: 0,91 metros

1 milla: 1,60 kilómetros

1 legua: 4,8 kilómetros

1 onza: 28,35 gramos

1 libra: 0,45 kilogramos

1 pinta: 0,47 litros

1 galón: 3,78 litros

Fahrenheit a Centígrados: [Grados Fahrenheit] – 32 x 5 : 9

El Manual para viajeros por España y lectores en casa de Richard Ford, publicado por primera vez en español por Turner en la década de 1980, se reedita en 2008 en conmemoración del 150 aniversario de la muerte de Richard Ford (1796-1858).

La obra se publica íntegramente en siete volúmenes:

I Observaciones generales

II Andalucía

III Madrid y Castilla

IV Cataluña, Valencia y Murcia

V País Vasco, Navarra y Aragón

VI Asturias y Galicia[*]

VII Extremadura y León[**]

▪

* Nuevas traducciones

▪

** Nuevas traducciones